





NONELL

EL V. P. JOSÉ

PIGNATELLI

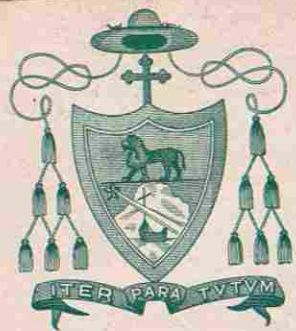


2



BX4705  
. P775  
N6  
v. 2

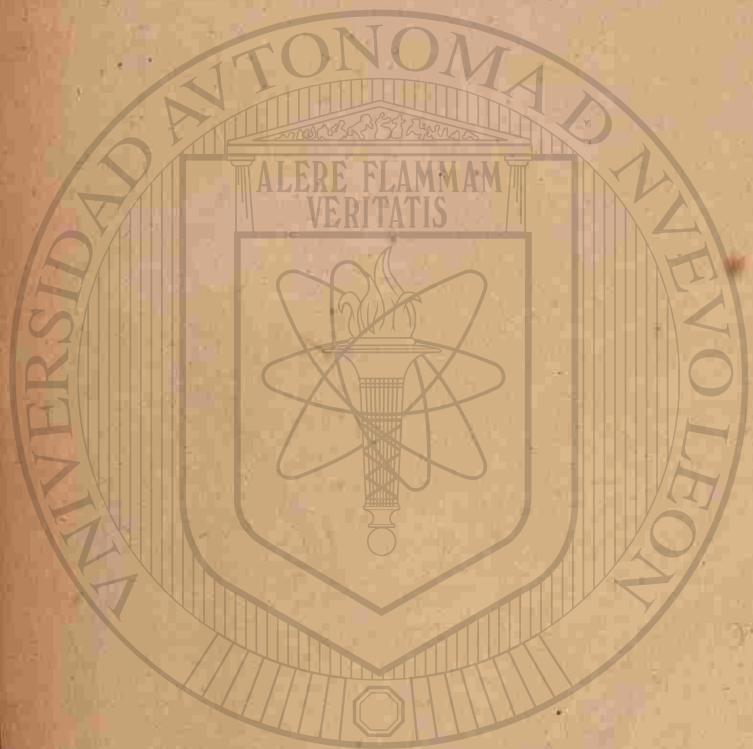
005739



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080016691

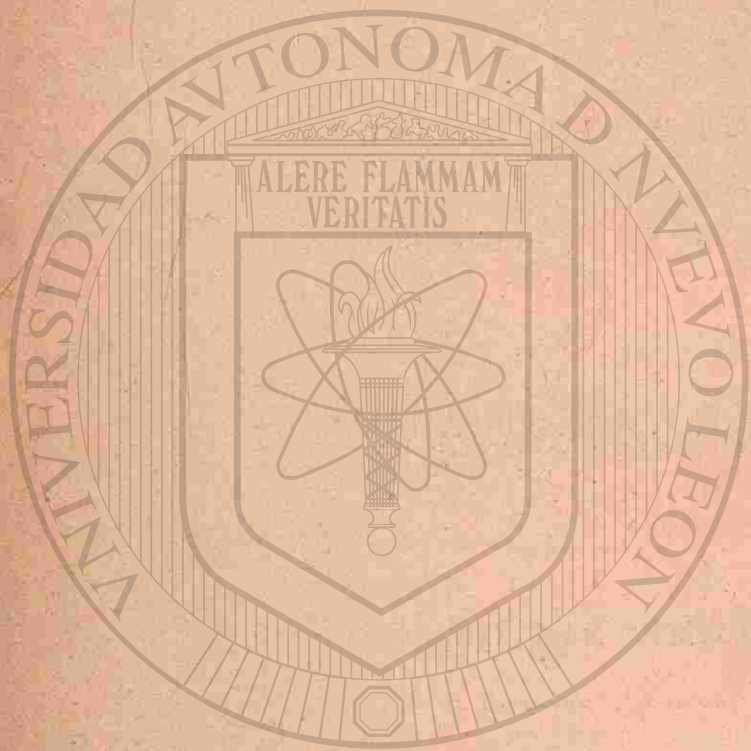


EL V. P. JOSÉ PIGNATELLI

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL V. P. JOSÉ PIGNATELLI

Y

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EN SU EXTINCIÓN Y RESTABLECIMIENTO

POR EL

P. JAIME NONELL

DE LA MISMA COMPAÑÍA

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO II

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANRESA

IMPRENTA DE SAN JOSÉ, CALLE DE PICAS, 8  
1894



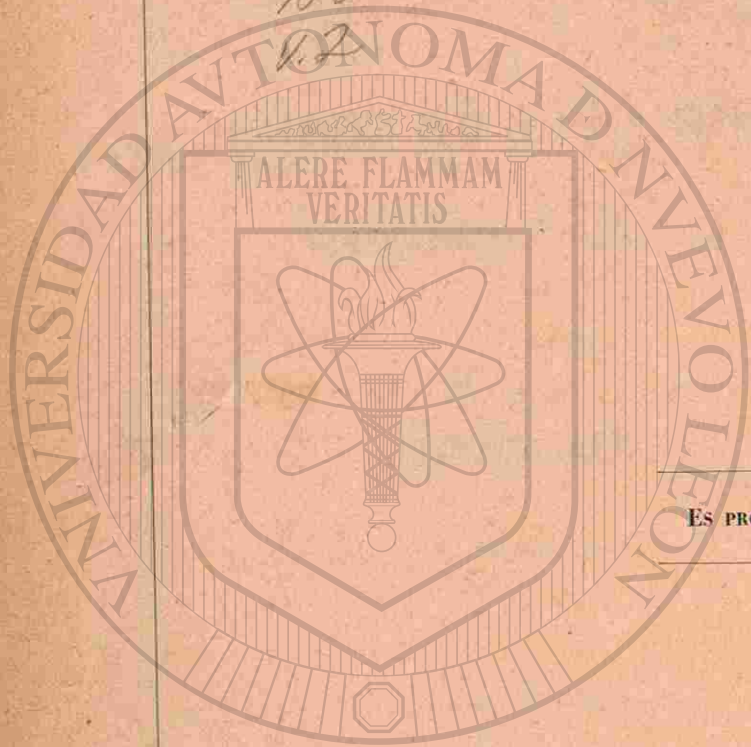
Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

42783

BX2705

.P775

916



ES PROPIEDAD

PARTE SEGUNDA

EL V. P. PIGNATELLI

Y LA COMPAÑIA DE JESÚS EXTINGUIDA

JUANIL

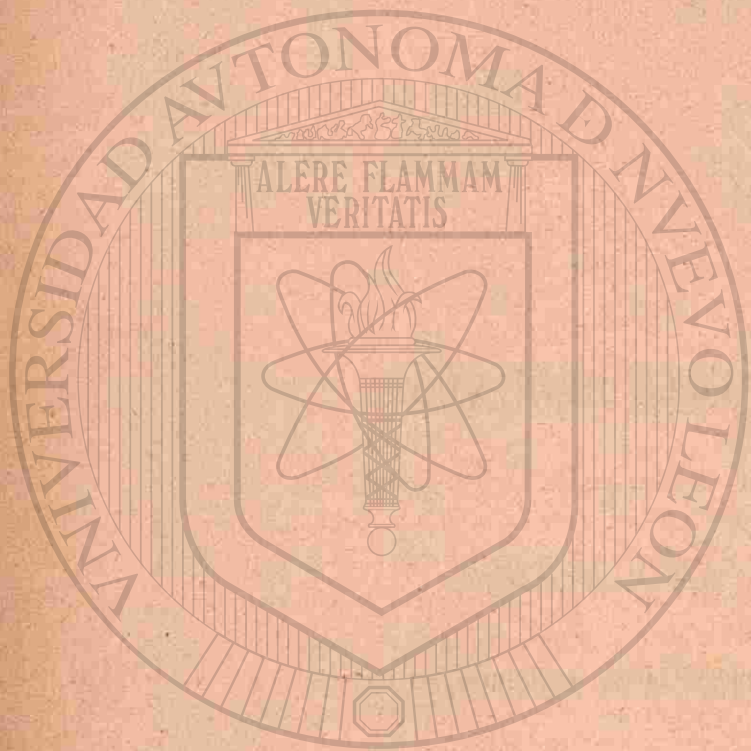
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### LIBRO TERCERO

Desde la extincion de la Compañía por Clemente XIV hasta la fundacion del noviciado en Parma con autorizacion de Pío VI.

1773 — 1798

Así como desde el momento en que se intimó á los Padres de Zaragoza la órden del destierro, hasta que se fulminó contra toda la Compañía la sentencia de muerte, apareció en realidad el P. Pignatelli como enviado del cielo para bien y defensa de sus hermanos; así tambien continuó en adelante ejercitando el oficio de amoroso padre con todos los que residian en Bolonia, á donde fue providencialmente relegado por el gobierno español, aunque con muy diverso fin. En los últimos tiempos de su residencia en esta ciudad pudo escribir un testigo de vista<sup>1</sup>, que el P. José Pignatelli había sido «el padre, protector y escudo de todos los jesuitas españoles y americanos» y en la actualidad, añade, «ayuda y protege á todos con mucho amor, actividad y talento en los lances que ocurren.»

Mientras él así socorría á sus huérfanos hermanos, trabajaba tambien por conservar y acrecentar su espíritu interior, para transmitirlo puro y vigoroso á una generacion, que en breve había de venir á dar vigor y aliento á los despojos de su madre al parecer difunta. Y digo *al parecer*; porque la Compañía no sola-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 228.

005739

mente quedó con una centella de fuego vital entre las nieves septentrionales; sino que en los mismos países del mediodía de Europa, aquel que parecía cadáver derribado y yerto, daba de vez en cuando tales muestras de vida y movimiento, que tuvo en continua zozobra y vigilancia á sus verdugos, los ministros españoles, los cuales solo con el brazo del monarca más poderoso de la tierra, hecho juguete suyo, lograron mantenerlo inmóvil y neutralizar sus esfuerzos por levantarse y mostrar la plenitud de vida que en su corazón encerraba. Esta época gloriosa de la Compañía en los días de su mayor postracion aparente, y la conservacion y acrecentamiento de su espíritu en el ánimo del P. Pignatelli durante ella, formarán el objeto de este libro.

## CAPÍTULO I

Encíclica contra los jesuítas. — Sus causas y efectos. — Cambio en el vestir. — Proyecto frustrado de vuelta á España. — Solicitud del conde de Fuentes por sus hermanos José y Nicolás. — Intímase de nuevo la pragmática sancion. — El P. José transformado en clérigo secular. — Rumor esparcido contra los Pignatelli. — Se trasladan á Bolonia. — Defensa del P. José por D. Ramon, su hermano. — Plan de vida del P. José en Bolonia. — Pension eclesiástica concedida á los Pignatelli. — Medidas adoptadas para pervertir á los jesuítas. — Primer conato de restablecimiento. — El *statu quo* en Prusia y Rusia. — Enojo de los enemigos de la Compañía. — Desahogan su cólera vejando á los jesuítas en Italia. — Tristes rumores que esparcen de gravísimos males. — Prision de Bernardina Renzi. — Nuevas congojas y sobresaltos. — Muerte del Pontífice. — Restablécese la calma. — Vigilancia que se ejerce sobre los Pignatelli. — Muerte del comisario Coronel. — Estudios eclesiásticos del P. José. — Descripción de Bolonia.

1773 — 1774

Junto con el Breve de abolicion intimóse, como se ha dicho, á los jesuítas aragoneses una Encíclica de Su Santidad acerca del ejercicio de los ministerios espirituales en beneficio de los prójimos. Es muy digno de saberse el único y verdadero motivo por qué se procuró tan presto, y solo para el Estado Eclesiástico, esta Encíclica. El caballero Azara lo explica á su modo en carta escrita á Roda el 2 de Setiembre, por estas palabras: «Como en el breve de extincion,» dice, «se dejaba á los jesuítas existentes



fuera de los colegios, la facultad de confesar con la licencia de los ordinarios, se ha visto luégo el inconveniente del *fanatismo*, que seguía á estos hombres bajo cualquier traje: y así el Papa ha revocado esta cláusula, mandando al vice-gerente que quite las licencias de confesar á todo ex-jesuita; y en las iglesias que fueron de ellos han puesto religiosos de otras religiones, que confiesan en sus mismos confesonarios, y las gentes con esto se van acostumbrando á ver caras nuevas.»

Así escribía D. Nicolás; cuyas palabras, traducidas en cristiano, vienen á decir lo mismo que en lenguaje natural dijo el P. Olcina<sup>1</sup>, y es como sigue: «La publicacion del Breve de abolición fue de sumo sentimiento al pueblo de Roma y le hizo prorrumper en mil maldiciones contra los que oprimían la Compañía: y la prohibicion que en él se hacía de que pudiesen ejercer ministerios los jesuitas que viven de comunidad en convictos, irritó extremadamente y desoló toda aquella parte numerosísima del pueblo, que perdía sus directores jesuitas. Dentro de pocos días varios de estos, para poder ejercer sus ministerios en bien de las almas, salieron de los convictos, y distribuidos en algunas iglesias de Roma, se dejaron ver en los confesonarios. Fue grande el júbilo y regocijo del pueblo, y muy extraordinario el concurso de él á los confesonarios de los pocos jesuitas confesores, con el fin de desahogarse con ellos y salir de mil dudas y tentaciones que se levantaban en sus ánimos á vista de una conducta tan violenta y tan contra toda justicia y razon, como la que se había tenido contra la Compañía.»

«Los principales autores y promotores del Breve se llenaron entonces de vergüenza y confusion; y fue extraordinaria la rabia y despecho que les ocasionó esta demostracion tan pública del crédito y amor del pueblo para con los jesuitas, que ellos acababan de ajusticiar: de modo que la Encíclica fue hija legítima de la confusion y rabia de los verdugos de la Compañía; y si se dirigió únicamente á los obispos del Estado Eclesiástico, fue so-

<sup>1</sup> *Relacion festiva*, Parte segunda, fol. 264.

lamente por la urgente necesidad, en que se vieron, de publicarla luégo; lo cual no les dio tiempo ni lugar para verse con los ministros de las cortes extranjeras. El ánimo fue ciertamente de que fuese universal para todos los obispos del mundo: y con efecto, poco después de publicada en el Estado Pontificio, se solicitaron sin pérdida de tiempo las demás cortes para que la admitiesen; aunque las más de ellas no la quisieron admitir.»

Terrible fue el golpe recibido por los jesuitas del Estado Eclesiástico con la publicacion de tal Encíclica, que los condenaba á la inaccion, y les impedía desahogar su celo en bien de los prójimos; pero no fue más que el principio de una serie de vejaciones tanto ó más dolorosas que la presente. Intimidado el Breve á los jesuitas, diéronles ocho días de tiempo para que en él pudiesen agenciarse con alguna comodidad los sacerdotes el vestido propio de clérigos seculares, y los hermanos coadjutores el correspondiente á un secular. Obedecieron todos con la mayor exactitud; y dentro del prefijado tiempo no quedó uno solo que no anduviese ya con el nuevo uniforme: y aunque todos traían el corazon partido de pena y sentimiento por la abolicion de la Compañía, á ninguno de ellos era posible contener la risa al empezar á presentarse en público con su nuevo traje<sup>1</sup>.

La herida causada en el ánimo de los jesuitas por el Breve de extincion se les hizo mucho más sensible por ir acompañada del arresto y prision del P. General Ricci y de los Padres Asistentes y Secretario general. «El jueves pasado, por la noche,» decía Azara en 30 de Setiembre, «fue trasportado del colegio

<sup>1</sup> «Aquellos,» dice el P. Olcina, «fueron propiamente días de carnestolendas, pareciendo máscaras los más de los jesuitas con el nuevo vestido, ó por mejor decir, con el vestido viejo cortado y reducido á nueva forma.» Y explicando la transformacion que él hizo en su traje, dice: «Cortéle el cuello á mi sotana de jesuita, y en su lugar me puse el alzacuello: de mi manteo hice capa con solo ponerle vueltas; de mi sobrerropa, balandran; mi sombrero de teja le hice de tres picos, y santas pascuas. Así me vestí yo entonces, y así se vistieron los más de los jesuitas españoles.»

inglés, donde estaba preso, el general Ricci á las prisiones del castillo [de Santángelo]: y aunque era muy á deshora, con todo hubo en el puente un concurso inmenso para verlo pasar; esto es, para ver un coche cerrado rodeado de soldados, y nada más..... La misma noche, una hora después, fueron tambien transferidos al castillo el P. Comolli, secretario favorito de dicho general, y el asistente de Alemania: y á renglon seguido trajeron del Jesús á las mismas prisiones al P. Montes, asistente de España, y á los otros asistentes de Polonia, Italia y Portugal.»

«Son con estos doce jesuitas los que están en el castillo, cada uno en cárcel separada, y con órdenes rigurosas para no comunicarse entre sí, ni con los de fuera. Lo peor es, que no parará aquí la fiesta; porque sabemos que se preparan otras muchas prisiones: y porque en el castillo no habrá lugar para muchos más, se ha enviado orden á Civitá-Castellana para preparar allí prisiones á propósito.» Esto escribía Azara.

Además, corrió entonces muy válida por todo el Estado Pontificio la voz de que todos los jesuitas desterrados volvían luego á sus respectivos reinos en el estado y traje de clérigos seculares; lo cual era para ellos la más sensible de las penas, mayormente que podían recelar no les cupiera la misma suerte que á los Padres de Portugal, que se estaban consumiendo en lóbregos calabozos.

Al P. Pignatelli le aconsejaba la vuelta á España su hermano D. Joaquin; y aun pasaba más adelante D. Ramon, pues proponía para él ó para su hermano, el P. Nicolás, una canonjía vacante. Así se lo escribía D. Ramon á D. Joaquin en carta de 14 de Setiembre de este mismo año de 1773, en que le dice: «Cuya canonjía [del Sr. Barberan] todavía está vacante, y pudiera convenir á uno de nuestros hermanos, si se resolvieran como tú les aconsejas: pues ciertamente no les queda otro partido<sup>1</sup>.» Veamos cómo dispuso la Providencia que no se verificase la vuelta de los jesuitas á su patria.

<sup>1</sup> Archivo de Fuentes.

Que el ánimo de los ministros de las cortes borbónicas fuese de cumplir la palabra que dieron al Sumo Pontífice de aliviar su Estado de tanto número de extranjeros, no puede prudentemente dudarse; pues es cierto que dieron orden á los comisarios reales de España para disponer el viaje á expensas de la corte<sup>1</sup>. Mas al ir estos á ponerla en ejecucion, se opusieron los cardenales Legados de las tres Legacias, en que estaban los jesuitas españoles; pretendiendo que solos ellos debían entender en aquel negocio<sup>2</sup>. Mientras los comisarios consultaban á Moñino, suspendieron los Legados la intimacion de la vuelta á España á los españoles. El ministro no se atrevió á resolver por sí: dio parte á la corte, no dudando que á vuelta de correo se le darían las oportunas instrucciones.

En este intervalo entendió la corte que ni en los dominios del rey de Prusia, ni en los de la Emperatriz de Rusia, se había admitido el Breve de abolicion; y por lo mismo continuaba en ellos con existencia legal la Compañía; y envió orden de que por ningun caso saliesen del Estado Pontificio los españoles, hasta que aquellos dos soberanos admitieran y dejaran intimar el Breve. Al mismo tiempo se envió á los comisarios una real orden que termina con estas palabras: «Declaro quedar sin novedad en su fuerza y vigor el extrañamiento de los individuos expulsos de la extinguida orden de la Compañía, y sus efectos, y las penas impuestas á los transgresores: que así es mi volun-

<sup>1</sup> P. OLCINA, *Relacion festiva* etc., Parte segunda, fols. 281-282.

<sup>2</sup> En 18 de Setiembre (1773) escribía el P. LUENGO que los Legados de Ravena, Ferrara y Bolonia tenían orden de disponer la marcha de los jesuitas españoles para España; y añade: «Por lo que á mí toca, aunque tengo por muy provechoso para el comun, y especialmente para los jóvenes, el que nos lleven á España, no lo miro como favor particular y apreciable; y estoy firmemente resuelto á quedarme en este país, si lo permitieren las órdenes de la corte y hubiere cuatro amigos que me acompañaren. Porque ¿quién sabe qué condiciones se nos impondrán al entrar en España, y qué juramentos tendremos que hacer de fidelidad al Soberano, de abjuracion del Instituto de la Compañía, y otros igualmente oprobiosos é impiós que estos?» (*Diario*, Tomo VII, parte 2.<sup>a</sup>, págs. 288, 289.)

tad.» Expidióse esta real orden el 16 de Setiembre de 1773, y en su consecuencia reunidos los Provinciales de Aragon, Perú y Méjico con algunos sujetos de más autoridad y suposicion de estas tres Provincias, entre los cuales no faltaria el P. José Pignatelli, se les intimó de nuevo la real pragmática de Abril de 1767.

Esta disposición tuvo por objeto dar que sentir al Sumo Pontífice y herirle en lo más vivo, por permitir que en las cortes de Prusia y Rusia permaneciesen *in statu quo* los jesuítas, á quienes los ministros borbónicos deseaban ver exterminados en todo el mundo: pero fue de grande consuelo á los desterrados, á quienes era menos duro el destierro de su patria, que la vuelta á ella; pues como escribe el P. Oleina<sup>1</sup>, «Solo aquellos españoles que tuviesen vocacion de podrirse en una cárcel, pudieran caer en la tentacion de volver á España, á vista del rigor con que en toda ella procedían las justicias contra cualquiera de los expulsos jesuítas, que se atrevía á comparecer en aquellos reinos.»

Seguros ya de su permanencia en Italia los hermanos Pignatelli, procuráronse habitacion que no desdijese de la grandeza y decoro de su casa; vistieronse como correspondía á su nobleza, y á la misma ajustaron todo su porte exterior. Cuán á disgusto y con qué repugnancia de su espíritu hiciese el P. José esta pública ostentacion, se comprenderá, si se tiene en cuenta su humildad y el amor verdaderamente entrañable que desde su entrada en la Compañía profesó á la pobreza. Pero le constaba tambien que en repetidas ocasiones durante los seis años del destierro, la nobleza de su sangre y lo ilustre de su nombre, puesto al servicio de sus hermanos, los había librado de injustas vejaciones y ayudado á suavizar las penalidades de su triste situacion y de la residencia en extraños países é incómodas habitaciones. De él se puede con verdad decir que vivía más para sus hermanos, que para sí mismo; y se hubiera juzgado reo de una inconcebible crueldad, si ahora que estos se hallaban en la

<sup>1</sup> *Relacion festiva*, etc., Parte segunda, fol. 286.

mayor de las miserias y sujetos á tolerar en lo sucesivo nuevas privaciones, no hiciera cuanto estaba de su parte para aligerar los males presentes y prevenir los futuros.

El medio humano que hasta entonces había por experiencia conocido ser más poderoso para atender á la defensa y seguridad de los suyos, era la cabida que le daban los títulos de su nobleza con las autoridades eclesiásticas y civiles, y con los grandes del mundo. De esta arma se valió toda su vida, como se verá y se ha visto ya en la relacion de los acontecimientos realizados desde la salida de Zaragoza. Esta fue la razon principal del cambio exterior introducido en su persona por el P. José.

Algo tambien pudieron contribuir á lo mismo las circunstancias de su familia. Desde mediados de 1773 el conde de Aranda, vencido por sus rivales y separado de la presidencia del Consejo de Castilla, pasó á París á reemplazar en la embajada al conde de Fuentes. Trabajábase en Madrid con grande actividad para que D. Joaquin admitiese dicha presidencia, honor tan ambicionado, y que él rehusó constantemente. Creyóse que la muerte de la condesa su esposa, ocurrida en 12 de Octubre de este mismo año de 1773, le dejaría más expedito para desempeñar aquel cargo, y que por esta causa lo aceptaría; mas tampoco le decidió este infausto suceso á admitirlo: solo pudo recabarse de él que no rehusara la presidencia del Consejo de Órdenes<sup>1</sup>.

Además el hijo segundo del conde, por nombre D. Luis, desde principios del año, viajaba por Italia. Á principios de Febrero estaba en Roma: de aquí pasó á Nápoles, á Parma, y segunda vez fue á Roma, en donde le alcanzó la noticia de la muerte de su madre<sup>2</sup>. El nombre, pues, de los Pignatelli, dos

<sup>1</sup> El P. LUENGO, al referir esta conducta de D. Joaquin, dice: «Ha hecho muy bien: pues no están los tiempos en España para entrar en semejantes oficios, y menos durar en ellos, quien no se determina á sacrificar su alma y su conciencia.» (*Diario*, Tomo 7.º, Parte segunda, pág. 214).

<sup>2</sup> Nació D. Luis en Zaragoza á 23 de Enero de 1749. Casó en París

de cuyos individuos residían en Ferrara, resonaba en todos los gabinetes y entre las clases más elevadas del país: todo lo cual comunicaba á los dos miembros de la familia, víctimas del odio de los gobiernos contra la Compañía, cierta aureola de gloria, acompañada de sentimientos de compasión: y á ellos pareció conveniente no dar á entender por un porte exterior menos conforme al esplendor de su familia, que renunciaban á las atenciones que por este concepto se les debían. De estas se mostraba muy celoso, tal vez demasiado, el P. Nicolás.

Pues siendo así verdad que el P. José no se proponía en el nuevo trato de su persona otro objeto que el poder ejercitar más extensa y eficazmente la caridad con sus abatidos hermanos, esparcióse entre los enemigos de los jesuitas aquel malicioso rumor, que transmitió á Roda el caballero Azara en 16 de Setiembre. «Los Padres Pignatelli,» dice, «se ve que no era por religion que estaban tan pegados á su hábito; pues apenas lo han dejado, se han echado furiosamente al mundo. Han puesto casa magnífica, tren, galas, etc. etc., y se hacen llamar el príncipe tal, y el príncipe cual. Hacen mil locuras en Ferrara.»

Inútil es advertir que á los ojos de Azara y de los suyos hubieran sido los hermanos Pignatelli ensalzados como modelos de hombres de cordura y de ilustración digna de su noble alcurnia, si en realidad se hubiesen «echado furiosamente al mundo» y «chubiesen hecho mil locuras» en el sentido que daría á estas expresiones toda persona sensata y no poseída del espíritu volteriano de los que se escandalizaban de la nueva conducta de los Pignatelli.

La noticia de estas locuras en Madrid llegó á oídos del conde D. Joaquin, y hubo de hacerse creíble en aquellas circunstancias. Recordaría las palabras proferidas por el P. José en el

con D.<sup>a</sup> Alfonsa Luisa de Egmon, y sucedió más tarde en el condado de Fuentes por muerte del primogénito D. José María, el tan celebrado marqués de Mora, fallecido en Burdeos el 27 de Mayo del año siguiente de 1774. (Árbol genealógico de los condes de Fuentes.)

acto de intimarse á la Provincia de Aragon el Breve de Clemente XIV; palabras que le merecieron una severa reprensión de la corte, segun hemos referido. Por lo que toca á Nicolás, se le haría más verosímil cuanto contra él dijese; porque conocía su carácter menos formal que el de su hermano José. Amábalos entrañablemente á los dos; pero tanto se abultarían por los agentes españoles los escándalos que daban en Ferrara, que se sirvieron de él como de instrumento para arrancarlos de la compañía de sus hermanos aragoneses, residentes en aquella ciudad, y desterrarlos á la de Bolonia, como en efecto se verificó en este mismo mes de Setiembre de 1773 ó á principios de Octubre.

Recuérdese que, segun frase de Roda, los jesuitas aragoneses eran los más fanáticos; y que la causa principal, si no la única, de este fanatismo era el espíritu y la paciencia que les infundían los ejemplos y la paternal solicitud del P. José Pignatelli. Téngase además presente que gobernaba la diócesis de Bolonia Malvezzi, el cual se había mostrado grandemente hostil á los jesuitas poco ántes de la extinción<sup>1</sup>: en la misma ciudad residían los tres comisarios regios, encargados de vigilar á los jesuitas españoles y de pagarles la pensión del rey. Uno de estos comisarios era D. Fernando Coronel, que fue, segun escribe el P. Luengo<sup>2</sup>, la causa principal de la prisión y destierro del P. Isla: el mismo tuvo encargo de vigilar al P. Isidro López, uno de los más respetables de la Provincia de Castilla, si se le escapaba alguna expresión contra el Pontífice ó contra el Rey: era finalmente Coronel hombre «muy abonado para fabricar de planta una calumnia contra este P. Isidro<sup>3</sup>.» La casa de este comisario fue la que se designó para domicilio ó cárcel de los PP. Pignatelli en Bolonia.

<sup>1</sup> «Después de la extinción,» dice el P. LUENGO, «se mostró compasivo, y les favoreció en varias cosas.» (*Diario*, Tomo 8, pág. 227).

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 8, pág. 279.

<sup>3</sup> *Id. ibid.* pág. 483.

Comunicó el conde D. Joaquin á D. Ramon, su hermano, las providencias tomadas contra sus dos hermanos y la pena que por ello afligía su corazón. No fue menor la de este; pero como conocía perfectamente el carácter del P. José, no dudó hacer de él una defensa en la carta que á D. Joaquin escribió á los 26 de Octubre de este mismo año de 1773, por estas palabras: «Me llena de aflicción cuanto me avisas de los hermanos, y no hay duda que son cosas de Nicolás; pero me admira que Pepe no le haya podido sujetar en vista del ejemplo de Idiáquez<sup>1</sup>. Cree que son cosas de Nicolás, que me temo no ha de hacer honor á la sotana: y no sé por qué hizo la profesión, con los antecedentes que no podían ignorar, según lo que habían escrito sus compañeros, que no sé cómo no le contienen. Sin embargo espero que en vista de tu carta se reformará; pues así corresponde á su educación; y más, si tú le previenes á Coronel lo que le conviene<sup>2</sup>: pues si no, mira que el Nicolás nos ha de dar que sentir, y particularmente en un pueblo como Bolonia: y así, si se pu-

<sup>1</sup> El P. Francisco Javier Idiáquez, del cual escribía el P. LUENGO en 29 de Agosto. (*Diario*, Tomo 7.º, pág. 105): «Ha hecho en el traje la menor mudanza que ha sido posible, haciendo por otra parte todo lo necesario para obedecer en esto á Su Santidad. Se ha puesto zapatos con hebilla, sombrero de tres picos, cuello ancho y azul, según usan aquí los sacerdotes seculares y en España los canónigos que no son de oficio: la sotana es una loba abierta por delante y abotonada con dos docenas de botones desde el cuello hasta los pies, y el manteo tiene su bávaro ó sobrecuello como las capas regulares de España. Este es el nuevo traje con que se ha vestido el Sr. Idiáquez.»

<sup>2</sup> En un principio la estancia de los Pignatelli en casa del comisario se tuvo por cosa meramente interina. Así lo escribía el P. LUENGO en 30 de Octubre (1773). «De todas las Provincias españolas,» decía, «han venido (á Bolonia) algunos, y de algunas varios y aun muchos; y de la de Aragon, que está establecida en Ferrara, me consta que son sesenta los que se hallan ya de asiento en esta ciudad (de Bolonia); y entre estos han venido los dos Padres ó Señores Pignatelli D. Joseph y don Nicolás, hermanos del conde de Fuentes..... y se han puesto á vivir interinamente, por insinuación de su mismo hermano, en casa del comisario D. Fernando Coronel.» (*Diario*, Tomo 7.º, parte 2.ª, página 454). No obstante el P. José vivió en casa de uno ú otro comisario todo el tiempo que estuvo en Bolonia, como se verá en su lugar.

diera lograr traerlos á España á alguna de nuestras iglesias, sería acertadísimo. Como sé lo mucho que los estimas, espero harás cuanto esté de tu parte; pues te aseguro que siempre el Nicolás me ha dado cuidado, y lo mismo á Pepe, aun cuando estaban aquí<sup>1</sup>.» Esto escribía D. Ramon. Y en carta de 13 de Noviembre siguiente añadía: «Espero que tus cartas han de hacer fuerza á nuestros hermanos, y que moderarán sus ideas, á no ser que Nicolás desbarre<sup>2</sup>.»

Pobre concepto tenía de Nicolás su hermano D. Ramon. Con cuánta exactitud se verificaron sus presentimientos, se verá más adelante. Pero al mismo tiempo hace la defensa del P. José; y no se equivocaba: porque siempre permaneció firme en su tenor de vida santa y ejemplar. En efecto: consta por testimonio tan fidedigno, como es el de su biógrafo el P. Agustin Monzon, que «aunque depuso la sotana de la Compañía para obedecer á los mandatos de los Superiores, no se despojó del espíritu religioso; ni por vestir traje seglar, se creyó desobligado de aspirar á la perfección que le imponía el vínculo de la profesión, con que tan de buena voluntad se había obligado con Dios. Debía sin embargo,» continúa, «parecer en el siglo con traje y porte exterior conveniente en alguna manera á la condición de su ilustre casa.»

Y tanto es esto verdad, que desde el momento de la supresión hasta que volvió á juntarse en Parma con sus hermanos, veinte y cinco años más tarde, observó siempre el mismo tenor de vida de cuando era religioso. «Oración y estudio fueron las dos solas ocupaciones en que repartió las horas del día: y en cuanto á la oración, no dejó ninguna de aquellas prácticas de que hacía uso siendo religioso. Cada mañana dedicaba una hora, y más si podía, á la meditación de las cosas celestiales, en la que alimentaba la mente con el conocimiento y encendía el corazón con el amor de su Dios; en seguida celebraba con ternísimo

<sup>1</sup> Archivo de Fuentes.

<sup>2</sup> *Ibid.*

afecto el santo sacrificio de la misa, lo que nunca omitió, como la falta de salud no se lo impidiese. Entre día ocupábanle los acostumbrados exámenes de conciencia y la lectura de libros devotos; y si salía de casa, las visitas eran al Santísimo Sacramento en los templos, donde se detenía en oracion más ó menos prolongada segun se lo consentian las ocupaciones de caridad con sus prójimos<sup>1</sup>.»

Otro testigo de vista da los siguientes pormenores de la vida del P. José en Bolonia durante los primeros años, que siguieron á la extincion. «Después de esta desgracia,» dice<sup>2</sup>, «se vino á Bolonia á insinuacion de su hermano el conde de Fuentes: y en esta ciudad se estableció algo señorialmente en su persona y en las cosas tocantes al trato con la nobleza y con otras gentes de distincion. Siempre engolfado, al parecer, en cosas seculares y de mundo, conservaba, por decirlo así, el corazon y espíritu de jesuíta y un grande amor á la Compañía de Jesús, su difunta madre, como yo mismo lo experimenté hallándole prontísimo á dar un gran paso á favor suyo de acuerdo y union con nuestro P. Idiáquez, aunque al cabo no pudo tener efecto.»

La triste suerte de los PP. Pignatelli preocupaba vivamente á sus hermanos. Ya que no pudieron llamarlos á España, como era su deseo, les procuraron socorros abundantes, como escribe el mismo autor por estas palabras: «Á este señor D. Joseph Pignatelli y á otro hermano suyo, llamado D. Nicolás,..... se les ha dado por el Rey una renta eclesiástica, como de quince mil reales, á cada uno: y son los primeros, en cuanto yo sé, que después que somos seculares, han recibido cosa alguna de renta fija de nuestra corte; y aun á estos se les ha dado de tal modo y con tal arbitrio y estratagema, que no se falte á los órdenes ó pragmáticas, que nos hacen incapaces de renta eclesiástica. Se ha dado, pues, una pension ó beneficio eclesiástico á D. Ramon Pignatelli, canónigo ó dignidad en la iglesia de Zaragoza, con el

<sup>1</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. I.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 45, pág. 1069.

fin de que socorra con sus frutos á sus hermanos los ex-jesuitas desterrados en Italia<sup>1</sup>.»

Al paso que los Padres Pignatelli abundaban más que sus compañeros en socorros materiales, los demás jesuitas gozaban de mayor libertad. Y esto afligia al P. José, por el daño espiritual que podía seguirse de quedar todos los jesuitas (excepto ellos dos) en plena libertad de establecerse en cualquiera parte del Estado Eclesiástico que escogiesen con licencia de solos los comisarios reales, quedando cada uno libre y dueño de sus acciones y metido otra vez en medio del mundo y rodeado de grandes peligros de perderse. Y como si esto no fuese bastante, no pasó mucho tiempo sin que la corte prohibiese so pena de perder la pension, que los escolares, sacerdotes jóvenes y hermanos coadjutores vivieran en una misma casa con los profesos.

Lo que con esta orden intentaban los ministros de Madrid, lo ven hasta los ciegos; y no era sino que los jóvenes y sencillos tuviesen menos apoyo para perseverar en su antiguo propósito de vida santa, y mayor libertad para perderse: y los hombres de juicio, lejos de extrañar el que en algunos pocos se hubiese logrado tan criminal intento, se maravillaban con razon de que no se hubiese conseguido otro tanto con todos los jóvenes, no pocos de los cuales, á pesar de aquella separacion, procedieron con un tenor de vida muy ejemplar, y manifestaron cuán arraigadas tenían en sus corazones las sólidas y macizas máximas de virtud, que habían aprendido en la Compañía.

Entretanto se estaban haciendo en Francia las primeras tentativas de restauracion de la Compañía. En este reino no fue aceptado el Breve de Clemente XIV por las autoridades civiles ni por el clero. Aquellas creían que la publicacion del Breve era inútil; puesto que habían sido extinguidos por el Parlamento y por el rey los jesuitas. El clero reclamó contra el Breve en la persona del arzobispo de París: así que el cardenal Leonardo Antonelli en su voto particular sobre la causa de los jesuitas, no

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 8, pág. 381. Escribía esto á 25 de Noviembre de 1774.

dudó asegurar que los de Francia continuaban siendo miembros de la Compañía después de la extinción ni más ni menos que lo eran antes de ella, «como quiera que por una parte la autoridad civil, careciendo, como carecía, de la autoridad necesaria para abolirlos, no los pudo suprimir; y por otra parte la autoridad eclesiástica nada hizo contra ellos, ni les intimó el decreto de abolición<sup>1</sup>.»

Entendíalo así los jesuitas franceses, y volvían á reunirse, tomando el nombre de «Sustitucion» en vez del de «Compañía.» De las negociaciones entabladas sobre este asunto entre los gabinetes de París y Madrid enteraba D'Alembert al duque de Villahermosa en carta de 4 de Marzo de 1774<sup>2</sup>, en la que le decía: «Ya sabréis el gran negocio que ocupa á la corte de España y á esta: el proyecto de restablecer los jesuitas bajo otra forma ó bajo otros auspicios. Excusado era matarlos, si habían de resucitarlos después.» «He oído,» escribía Azara<sup>3</sup>, «una especie muy en confuso, pero que si es verdad, me daría mucho cuidado. Esta es que en Francia se funda una nueva congregación, ó sea religion, con el nombre de «la Sustitucion» y que en ella serán admitidos los ex-jesuitas. Me suponen que ya el Papa ha expedido la bula de aprobación, pero no sé aún de cierto si es así. Si lo fuese, *siamo iti* (estamos perdidos), porque todo lo que hemos hecho seria nulo; pues los jesuitas no habrían hecho más que transformarse en mariposas, para resucitar gusanos de otro color y apestarnos. La cosa es dura; pero se ven tales cosas y veo aquí tales gentes, que todo lo creo factible.... Entretanto los jesuitas de Prusia y los de la Polonia moscovita se mantienen unidos y vestidos en sus colegios, como ántes de la supresion, y se rien de Roma y de nosotros; y solo falta que lo de Francia sea verdad, para que se den la mano unos con otros,

<sup>1</sup> Trae íntegro este precioso documento el traductor al francés de la obra del P. Zaleski, Tomo II, Apéndice, Documento V, pág. 362.

<sup>2</sup> Archivo de Villahermosa.

<sup>3</sup> Carta de 17 de Marzo de 1774.

y volvamos *da capo*,» (esto es, á ver la Compañía viva y robusta.)

Quince días más tarde pudo tranquilizar á Roda, ó congratularse con él, dándole la noticia siguiente en carta de 31 del mismo mes. «Aquello de Francia,» dice, «fue verdad; pero parece que nuestro amo nos ha librado de esta peste: y supuesto que es negociacion de ahí, la sabrá V. méjor que no yo, que no la sé sino por mayor.»

Los soberanos del Norte, aunque heréticos ó cismáticos, no se ensañaban contra los hijos de la Compañía. El rey de Prusia y la emperatriz Catalina se negaron á intimar el Breve de supresion á los jesuitas residentes en las provincias polacas, nuevamente anexionadas en el repartimiento de la Polonia: y alegaban tres razones de su conducta: primera, que el Breve no se les había remitido oficialmente; segunda, que al hacer el reparto, se habían comprometido formalmente á conservar el *statu quo* en materias religiosas; tercera, que no veían maestros más á propósito para la instruccion de la juventud, que los jesuitas.

Hemos dicho en otro lugar cuán buena acogida se había hecho al P. Estanislao Czerniewicz cuando fue á San Petersburgo á jurar fidelidad á Catalina. Doce días ántes de publicarse en Varsovia el Breve de extincion, esto es, el 22 de Octubre de 1773, el P. Sobolewski, Provincial de Polonia, escribía á dicho P. Czerniewicz, rector del colegio de Polotsk: «Probablemente ya no me será posible volver á visitar la Rusia Blanca, porque uno de estos días va á publicarse el Breve de abolicion. Por esta causa y porque sois el rector de la casa más numerosa, os transmito las facultades de Provincial, y os nombro Vice-Provincial conforme al espíritu del Instituto. Á vuestra prudencia y á vuestro celo confío la administración de las iglesias, de las escuelas, de los colegios, y el cuidado de hacer que aumenten. Concédalos el Señor sus gracias con abundancia para mantener la fe católica y los restos de la Compañía en esas regiones donde moráis.»

El 3 de Noviembre se publicó en Varsovia el Breve de aboli-

cion, y unos días después en toda Polonia. Esto causó hasta disturbios en los colegios de los Padres de la Rusia Blanca. Unos opinaban que conocida la publicacion del Breve, no podían en conciencia continuar en la religion: otros eran de parecer que no habiéndose cumplido la formalidad expresa en él de que les fuese intimado, no quedaban absueltos de sus votos religiosos y de las obligaciones por ellos contraídas. Tal estado de cosas los tenía en grande confusion.

Para calmar los ánimos, Kretchetnikof, gobernador de Mohilew<sup>1</sup>, escribió al P. Czerniewicz diciéndole: «Oigo decir que ahí donde estáis se asegura y se repite á cuantos quieren oírlo que va á suprimirse á vuestra Compañía. Á tal noticia no puedo guardar silencio: más aún: á todos los individuos de la Compañía, que habitáis en la Rusia Blanca, os prometo de la manera más solemne el poderoso amparo de nuestra Excelentísima Soberana; y os lo comunico por expresa voluntad de la misma. Esta generosa Soberana, que á todos sus vasallos ama con amor de madre, me hace saber que no puede, sin hacer injuria á su bondad, privar de su proteccion á hombres tan útiles al Estado. Por lo tanto si de Roma se os envía algun decreto, este documento no puede tener valor alguno, si no está ántes aprobado por el gobierno; y á todos y á cada uno está prohibido por un úkase el recibir ó publicar en el país decretos semejantes.»

Kretchetnikof en efecto había recibido estas instrucciones de San Petersburgo. Así consta de una carta cifrada del Nuncio Garampi al cardenal Pallavicini, secretario de Estado, en que le dice, que el 14 de Octubre de 1773 «se había enviado desde San Petersburgo al general-gobernador de la Livonia en Riga un úkase firmado por Catalina, por el cual permite á los individuos de la Compañía de Jesús en todo el territorio ruso observar su

<sup>1</sup> Después de jurada la fidelidad, dividióse la Rusia Blanca en dos departamentos, el de Mohilew, cuyo gobierno se confió á Kochowski, y el de Polotsk, que gobernó Kretchetnikof. (P. ZALENSKI, *Los Jesuitas de la Rusia Blanca*, Tomo I, Lib. II, Cap. VI.)

instituto de la misma manera que el rey de Prusia lo permite en sus estados. Recomiéndase al general-gobernador, que proteja á todos los Padres jesuitas, que á él recurran, en cualquiera lugar en que se hallaren. Un úkase parecido se ha enviado á la provincia recientemente desmembrada de la Polonia (la Rusia Blanca), para que el gobernador de este país se oponga al secuestro de la tercera parte de los bienes del colegio de Polotsk, que radicaban en Lituania.»

Habiase encargado por Roma al obispo de Vilna, Ignacio Massalski, la publicacion del Breve de Clemente XIV. El obispo, como no juzgara conveniente, sino antes muy peligrosa para sí dicha intimacion sin el previo consentimiento de la emperatriz, cuyas intenciones de conservar á los Padres le eran bien conocidas, á 29 de Setiembre dirigió á los Padres de la Rusia Blanca la siguiente carta<sup>1</sup>.

«Ignacio Jacobo Massalski, de los soberanos príncipes roxolanos, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica obispo de Vilna. — Aunque el decreto emanado de la Cabeza visible de la Iglesia de Cristo, por autoridad del mismo recibida, contra la Orden Religiosa hasta ahora llamada Compañía de Jesús, solamente sea conocido por pública fama y noticias privadas, y no se haya legítima y públicamente intimado en Nuestra Nacion; sin embargo á fin de que no dé origen y motivo á muchos y varios desórdenes y trastornos, hemos creído de Nuestro deber, por la obligacion de la vigilancia Pastoral, recomendar á los Superiores de las Casas de la dicha Compañía, que entretanto pongan toda diligencia en cumplir las obligaciones impuestas por los fundadores de las mismas y en guardar el mismo orden y objeto de las cargas, hasta tanto que otra cosa se determine acerca de los mismos por el Supremo Gobierno Civil y Eclesiástico<sup>2</sup>: y de un modo muy especial que los Superiores impidan

<sup>1</sup> ZALENSKI, Libro I, apéndice, *Documento J.*

<sup>2</sup> En la primera Congregacion Polocense, en 10 de Octubre de 1782, se escribe: «Cosa que hasta el presente no se ha verificado.»



toda disminucion y detrimento perjudicial á la integridad de las fundaciones hasta ahora conservadas y que pasaron legalmente á ser derechos de la Iglesia.»

«Á los mismos Superiores comunicamos Nuestra potestad sobre las Personas sujetas á su gobierno y que viven en sus casas, á fin de que, autorizados con esta potestad, contengan á sus súbditos en la conveniente disciplina; y á su tiempo les pediremos cuenta de todo cuanto en esto los obliga su oficio Pastoral y su conciencia.»

«Mandamos por último en virtud de la debida obediencia que estas Nuestras Letras sean comunicadas lo más presto posible á todas las Casas existentes en Nuestra Diócesis, y que con exacta ejecucion sean observadas. — Dado en Varsovia el día 29 de Setiembre de 1773.»

El tres de Noviembre publicóse en Varsovia el Breve de Clemente XIV, unos días después en toda Polonia, y al mismo tiempo fue llamado por Tchernichef á San Petersburgo el nuevo Vice-Provincial P. Czerniewicz. Salió para la corte á mediados del mismo mes: ya que la premura del tiempo no le había permitido escribir al Nuncio Garampi desde Polotsk, lo hizo en el viaje desde Riga, para enterarle del compromiso en que se hallaba.

«Estamos,» dice, «en grande afliccion. Por una parte la Emperatriz nos ha manifestado, que toma bajo su proteccion á todos los jesuitas, que residimos en sus estados; por otra parte ignoramos la manera cómo quiere realizar su proyecto: tememos en gran manera no se nos acuse de desobedientes á la suprema autoridad espiritual, á la que deseamos someternos, aun en el caso que hayamos de morir víctimas de ella. Acaba de ordenarnos el general-gobernador que nos presentemos en San Petersburgo: nos es imposible dejar de cumplir esta orden; y por otra parte si la cumplimos, nos exponemos al odio y á las calumnias de muchos que juzgarán tratamos de resistir á la obediencia, que todos los católicos deben al Papa, y mucho más nosotros. Un solo consuelo nos queda, y es la conciencia de la

sinceridad y rectitud de nuestras intenciones, y nuestro afan y firme é inquebrantable propósito de demostrar con los hechos al mundo, cuando se ofrezca la ocasion, que estamos prestos á renunciar no solamente á las ventajas todas de la alta proteccion (de la Emperatriz), sino tambien á la vida misma, ántes que faltar á la obediencia que á la Santa Sede debemos<sup>1</sup>.»

Así escribía el Czerniewicz. Y aunque sus dos compañeros, los PP. Lenkiewicz y Katembring, que tambien ahora iban con él, eran de parecer que ante todo se mirase de conservar aquellos restos de la Compañía; con todo eso el Vice-Provincial, sin dejar de reconocer la fuerza de las razones que ellos aducian, opinaba lo contrario, por el deseo de mantener puro y sin manilla el buen nombre de su ya extinguida religion. La única gracia que deseaba obtener de la Emperatriz, una vez llegado á San Petersburgo, era que á él y á sus súbditos dejase que se les intimara el Breve de abolicion.

En los primeros dias de Enero de 1774 Tchernichef llamó á su casa á los Padres, y les declaró que era voluntad de la Emperatriz que permaneciesen como estaban, que observasen su instituto y no hablasen más de intimacion del Breve. «La Emperatriz,» añade, «venera al Papa; pero no quiere mostrar en esta parte mayor celo que el rey católico y el cristianísimo, los cuales sin su pase regio no permiten que se dé publicidad á los decretos pontificios, que no se refieren al dogma ni á la moral. Gusta Su Majestad de vuestra sumision al Soberano Pontifice, y no se opondrá á que os conforméis con el Breve desde el momento en que os sea intimado; más no os toca á vosotros decidir qué leyes deban publicarse ni qué medidas se hayan de tomar en el Imperio.» Y dirigiéndose al P. Czerniewicz, añadió: «Creedme, el Papa mismo se alegrará de que os conservéis: ahora pensad en los medios de hacer durable vuestra existencia.»

Á pesar de todo esto, el buen Padre no pudo aquietarse; sino que escribió y presentó un memorial á la Soberana suplicándole

<sup>1</sup> *Hist. Ms. Alba-Rossæ Societ., Lib. II, Cap. 4.*

les permitiese obedecer á su Superior, el Romano Pontífice, para no echar sobre la Compañía el negro borron de la desobediencia. La czarina respondió con el úkase que sigue: «Nuestra voluntad soberana es que los jesuítas residentes en nuestro imperio conserven su antiguo género de vida y continúen en la enseñanza en sus colegios.» Con otro edicto prohibió de nuevo bajo las penas más severas el aceptar ó publicar el Breve de supresion. Con todo para tranquilidad de los Padres obtuvo del mismo Clemente XIV al menos la aquiescencia para omitir la intimacion del Breve, ó lo que es lo mismo, para que ellos se conservasen en el estado en que se hallaban ántes que la Compañía fuese extinguida<sup>1</sup>.

La suerte de la Compañía en los estados del norte era el golpe más fatal que podía darse á los enemigos jurados de ella, y á la vez el lenitivo más poderoso para calmar las penas de sus hijos que residían en Italia. El P. José Pignatelli nunca dudó que la tormenta pasaría, volvería la calma, y la Compañía tornaría á su ser primero. Como él opinaban todos sus compañeros con ninguna ó muy rara excepcion. Este firme convencimiento de los Padres y el ver lo ineficaz del Breve de abolicion para acabar de una vez y para siempre con todos los jesuítas del mundo, traía fuera de sí de puro enojo á los ministros de las cortes borbónicas, y en especial al de España en Roma, Sr. Moñino, que trabajaba con un teson sin ejemplo en arrancar al Papa una Bula confirmativa del Breve, que completase la frustrada abolicion. Para inducirle á esto, no contento con dejarle en sus Estados tanto extranjero, procuró vejar á los jesuítas de cuantas maneras le sugería su astucia.

<sup>1</sup> Véase á ZALENSKI, *Los Jesuítas de la Rusia Blanca*, Tomo I, Libro III, capítulo VIII. En un documento célebre y auténtico, que más adelante copiaremos, el obispo de Mallo da testimonio de esta aquiescencia del Papa Clemente XIV con estas palabras, que son las primeras de su escrito: «El Papa Clemente XIV, de feliz recordacion, por condescender á los deseos de la muy Augusta Emperatriz de los Rusos, dejó de hacer ejecutar en los dominios de su imperio el Breve *Dominus ac Redemptor*.»

Cada correo que llegaba de Roma á Bolonia, donde residía el P. Pignatelli, era portador de las más funestas noticias, que consternaban á los jesuítas y los llenaban de tristeza y amargura<sup>1</sup>. Una semana se les hacía saber por las gacetas y cartas particulares la prision de un jesuíta, y en otra la de otros; dejándoles siempre con temores de nuevas prisiones el ver que aún había lugar para más presos en el castillo de Santángelo, y que nunca se daba por satisfecho el odio de los enemigos. Ya se les notificaba la fuga de alguno de los jesuítas de Roma, ya las pesquisas que se hacian de otros, ya tambien los procesos que con gran rigor se les estaban instruyendo al P. General y á sus Asistentes.

Más de una vez se les avisó en secreto que se iba á hacer á todos los españoles un registro general de sus papeles, para que cada uno con tiempo tomase las oportunas providencias, si no quería verse trasladar á Roma acompañado de buena escolta de alguaciles y corchetes, y encerrado en el castillo. Tambien corrió la voz que se trataba de enviar allá á todos los jesuítas que habían sido provinciales, ó gobernado los principales colegios de las provincias, ó ejercido el empleo de procurador en la corte ó en alguna de las ciudades de mayor importancia. Dijose tambien, lo que ya ántes de la extincion se había insinuado, que á todos los españoles los iban á confinar en las islas Baleares ó Canarias, y allí dejarlos en total abandono.

Rumores eran estos que ni del todo debían creerse, ni tampoco podían despreciarse del todo, como no los despreciaban varones de tan insigne discrecion y prudencia como era el Padre Isidro López, residente en Bolonia, el cual hablando de este asunto con otros jesuítas, dijo que nada extrañaría que en Madrid se hubiera tratado seria y eficazmente de dar este infeliz destino á los jesuítas españoles, á vista de las reiteradas veces que desde España lo habían escrito.

Vino á aumentar el pánico que producian estos rumores la

<sup>1</sup> P. OLCINA, *Relacion festiva*, Segunda parte, fols. 302 y siguientes.

ruidosa prision de la célebre Bernardina Renzi, por otro nombre la *Contadina*, de Valentano, y de su confesor y de algunos jesuitas: á ella se la prendió por haber profetizado muchas cosas muy gloriosas y de gran consuelo para la Compañía, y haber anunciado el día fijo de la muerte del rey de Francia Luis XV y la del Papa Clemente XIV para el próximo año de 1774. Á los jesuitas se los redujo á prision por haber tratado con Bernardina y aprobado su espíritu. Estas prisiones acabaron de llenar de terror y espanto á todos los jesuitas, temiéndose una tragedia semejante á la de Lisboa en 13 de Enero de 1759; pues más de una vez se había escrito de Roma haber entrado el verdugo en Santángelo y detenidose allí algunas horas, y á cada momento creían les iba á llegar la nueva de haber muerto en un cadalso á manos del verdugo el P. General y sus Asistentes con él presos.

En medio de su consternacion respiraban y se animaban los jesuitas con lo que pasaba en las regiones septentrionales. «El rey de Prusia,» escribía Azara en 3 de Febrero de 1774, «continúa su tema de proteger á los jesuitas..... Los rusos tambien hacen lo mismo: y para los jesuitas que hay en la parte de la Polonia, que se han apropiado, han hecho un reglamento, y los han puesto bajo la presidencia de un obispo..... Yo tengo mis miedos de que cuantos abates ex-jesuitas hay en el mundo piensan como los de Prusia y se tienen interiormente por sus hermanos.»

Esto traía inquietos y molinos á los autores de la extincion, y los impulsaba á ensañarse contra los miembros de un cuerpo, que creían haber privado de vida, y no obstante se les representaban como vivos y con movimiento. Por esta razon alcanzaron que el Pontífice les prohibiese todo trato con religiosas y toda clase de mujeres que vivieran en congregacion; por este motivo se les intimó la orden de separarse, hasta el extremo que refiere el P. Isla<sup>1</sup> en carta de 22 de Febrero de este año de 1774.

<sup>1</sup> *Cartas á su hermana*. Carta 268. Colec. de Ribadeneira, Tomo XV.

«Es el caso,» dice, «que para el mes de Mayo, por repetidas órdenes de la corte, debemos ya estar separados unos de otros sin que podamos vivir en una posada más de dos ó tres: nuevo golpe,» añade, «que hará perecer de desnudez y de miseria á los que no tenemos otro recurso que la pension del rey.» Más que la muerte corporal pretendían la del espíritu. Esta orden no se cumplimentó hasta el próximo año de 1775, como luego se dirá.

Estas disposiciones de la corte de Roma y de la de España, ó mejor de Moñino, aumentaban la continua zozobra y agitacion, en que se hallaban los jesuitas españoles de Bolonia y de todo el Estado Pontificio. Pero vino á reanimar su esperanza el cumplimiento de una parte de la prediccion de la Contadina, lo cual les hacía creer se había de cumplir en su totalidad. En efecto: el 10 de Mayo de 1774 murió el rey de Francia Luis XV, en el mismo día profetizado por aquella inspirada mujer, puesta en este tiempo en reclusion muy estrecha en el convento de Montefiascone.

Desde fines de Junio comenzaron á esparcirse rumores muy fundados de que el Soberano Pontífice estaba gravemente indispuerto; y no obstante en todas las gacetas de Europa se leía en letras de molde que el Papa no sentía novedad y gozaba de perfecta salud. Estando en esta perplejidad,» escribe el P. Olcina<sup>4</sup>, «comenzó á meternos en nuevos y mayores sobresaltos y temores lo que de Roma escribían varios sujetos seculares, encargando el mayor secreto á sus correspondientes, y valiéndose solo de medias palabras y de expresiones enfáticas, sin acabarse jamás de explicar; pero bastantemente se entendía en general que presto se verían en aquella ciudad escenas las más trágicas y horrosas.»

«Unos escribían que lo que iba á suceder daría tanto golpe en toda la Europa, que la haría olvidar de la abolicion de la Compañía. Otros aseguraban que era tan extraordinaria la no-

<sup>4</sup> *Loc. cit.*, fol. 305.

vedad que iba á reventar, que nadie era capaz de poder imaginársela ni de creerla sino viéndola. Finalmente, algunos á las primeras palabras de la cláusula la cortaban poniendo algunos puntos, y diciendo después, que no la proseguían porque les temblaba la mano y se les despeluzaban los cabellos. Y lo peor es, que desde que comenzó á hablarse en voz baja de esta horrible novedad, siempre continuaron en confirmarla las cartas de Roma, y poco después ya las anunciaban también las de Venecia y de Milan, citando dichos de este y del otro sujeto que podían saber muy bien cuanto se maquinaba en Roma para estrago y deshonor de los jesuitas. Esto á la verdad nos tenía á todos des-pavoridos y consternados.»

¿Cuál era la causa de tanta conmocion? Oigamos cómo la describe un autor de aquel tiempo<sup>1</sup>. Por la muerte de Carlos Clemente, hijo único de los Príncipes de Asturias, en 7 de Marzo (1774), se turbó é inquietó tanto su abuelo Carlos III, que salió de sí y se puso casi furioso en fuerza de la pena y del dolor. Aun no había vuelto en sí de su turbacion y congoja, cuando tuvo otra afliccion y pesadumbre más grave, viendo caer enfermo de mucho peligro á su hijo y heredero, el Príncipe de Asturias: y al salir este del cuidado y peligro de su enfermedad, recibió la noticia de la muerte de Luis XV, rey de Francia, sucedida el 10 de Mayo siguiente. Con tantos y tan terribles golpes quedó Carlos III como demente, y algunas veces se ponía alborotado y casi furioso, llegando hasta á intentar renunciar la corona, y retirarse á pasar el resto de su vida en el delicioso sitio de Caserta cerca de Nápoles.

En Roma había también novedades de rigor y crueldad. Desde 15 á 25 de Mayo fueron arrestados, como ya hemos dicho, los PP. Coltraro y Nimfo, ex-jesuitas, el Sr. Azaloni, arcipreste de Valentano, y la famosa Contadina ó labradorcita del mismo Valentano. Los tres primeros fueron encerrados en el castillo de Santángelo, y la última en un convento de monjas. El delito de

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 8.º, pág. 288 y siguientes.

esta fue el ya insinuado, de haber predicho el día de la muerte de Luis XV, y tener anunciado también el de la del Papa.

Estas novedades en las cortes de Roma, Francia y España, y los anuncios funestos y trágicos de la labradorcita de Valentano «tienen á todos los enemigos y perseguidores de la Compañía de Jesús en Roma,» escribía el P. Luengo, «inquietos, confusos y asombrados; y por más que afecten intrepidez y grandeza de ánimo, están llenos de susto y de consternacion: y el mismo Clemente XIV se muestra muy cuidadoso, caído y abatido; y advierten de Roma que va perdiendo fuerzas y carnes, y disponiéndose, sin entenderlo y á pesar suyo, á verificar en su persona la prediccion de la Contadina.»

Á todas estas causas de agitacion y efervescencia añadióse otra de mucha gravedad para los enemigos de los jesuitas. El 27 de Mayo en las exequias de Luis XV celebradas en París pronunció un discurso fúnebre Monseñor de Beauvais, obispo de Senez. Habló en él de las virtudes del difunto monarca, y también de sus faltas, entre las cuales enumeró la supresion de la Compañía en Francia, haciendo recaer la culpa de todo sobre los ministros y el antiguo parlamento, y con esta ocasion hizo un bello elogio de la Compañía.

Á propósito de la agitacion que las expresiones del prelado produjeron en los ministros de las cortes, dice el P. Luengo: «Bien puede el historiador de la presente persecucion de la Compañía, cuando llegue á este paso, usar de símiles y comparaciones las más expresivas y más fuertes que se le ofrezcan, de pinturas las más vivas y animadas que sepa formar, y de expresiones las más enérgicas y vehementes que suministre la lengua para dar á entender de algun modo la conmocion, inquietud, tumulto y alboroto que causó la oracion fúnebre del obispo de Senez en todos los ministros de las cortes extranjeras, que han tenido parte en la extincion de la Compañía; y yo salgo fiador que nada se dirá que no sea cierto ó que sea alguna hipérbole ó

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 8.º, pág. 344.

exageracion avanzada y más expresiva de lo justo. Yo solamente digo, que si el Illmo. hubiera dicho tantos insultos é injurias gravísimas contra todos los Soberanos, cuantas dijo palabras en elogio y recomendacion de la Compañía, no hubiera sido mayor el disgusto y enojo en los ministros de las cortes, ni su empeño y presteza en quejarse al Rey y pedir la conveniente satisfacción.»

Este disgusto y enojo causado en los ministros españoles por las novedades de Francia, y el peligro en que los puso en España la tentativa de abdicacion de Carlos III y el miserable estado de su salud, ambas cosas grandemente favorables á la Compañía, les hicieron inventar y esparcir mil amenazas y terrores contra los extinguidos jesuítas, con el fin de que estos no concbiesen esperanzas de un pronto restablecimiento, que frustrase en un todo los planes de sus victoriosos enemigos. Lograron estos alejar el peligro, aterrar á los jesuítas; pero no ahogar la cierta seguridad de resurreccion ni en ellos ni en el pueblo romano: pues como escribe el conde Fantuzzi en sus Memorias manuscritas<sup>1</sup>, «á la muerte de Clemente XIV corría por Roma como cosa tan cierta el rumor de la restauracion de la Compañía, que mayor extrañeza produjo el que no se restableciese al instante, que había producido su abolicion.»

Duró aquel estado de continua congoja y terrible agonía hasta bien entrado el siguiente año de 1774, en que todo se disipó como por encanto á la muerte de Clemente XIV, ocurrida en el día preciso que con tanta anticipacion había anunciado la Contadina, esto es, el 22 de Setiembre de 1774, y á su muerte se apaciguaron los enemigos de los jesuítas.

Del continuo susto y zozobra que tuvieron en Bolonia los jesuítas españoles, participaron los Padres Pignatelli en grado tanto mayor, cuanto que se hallaban en aquella ciudad bajo la vigilancia del comisario Coronel, pronto siempre á delatar al gobierno español cualquiera expresion menos recatada, que de los

<sup>1</sup> *Civiltà Cattolica*, 10 Oct. 1876.

labios de los dos saliese contra el rey ó contra el Papa. Señaláronseles criados que les sirviesen y acompañasen como su condicion requeria; pero en realidad no eran sino vigilantes que los custodiaran, escuchas que observasen todas sus palabras, testigos de todos sus hechos, espías de todos sus pasos. Ni á solas entre sí podían los dos hermanos comunicar, ni mucho menos tratar con sus compañeros de infortunio sin la presencia de un tercero, que pudiese descubrir cualquier palabra de queja ó de desahogo que pronunciasen. Para conocer cuán penoso hubo de serle al P. José esta prision disimulada en la casa del comisario, bastará recordar lo activo de su carácter, y su más activa caridad, que no le dejaba tener reposo; y ahora se veía condenado á la inaccion más completa.

Poco tiempo sin embargo habitó en compañía del Sr. Coronel: pues murió este comisario en 21 de Diciembre de 1774 con circunstancias tales, que afligirían bien al P. José por las pocas esperanzas de su salvacion. Su confesor le dijo sin rodeos que para poderse salvar, le era indispensable hacer una formal y pública retractacion de todas las cosas que hubiese dicho, escrito ó hecho contra justicia en perjuicio y deshonor de la Compañía, y de algunos jesuítas particulares, y una reparacion perfecta, en cuanto pudiese, de los daños y deshonor que les hubiese causado. Sintióse movido á hacerla, y llamó para ello con mucho secreto á un jesuíta. No faltó quien le dijese al oído, que si en la causa de los jesuítas daba algun paso que desagradase al Ministerio de España, serían del todo abandonados él, que estaba sumamente cargado de deudas, y su hija, que quedaría reducida á la miseria. Con este lazo añadaron su garganta, y murió sin hacer la retractacion<sup>1</sup>.

Pasaron á vivir los Pignatelli con el comisario D. Pedro Forcada, sujetos á igual vigilancia. No le quedó, pues, al Siervo de Dios otro remedio, que emprender una vida del todo privada, y hacerla tanto más acepta y amable á los ojos de Dios, cuanto

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo, 8.º pág. 618 y siguientes.

más oculta y escondida á las miradas de los hombres. La vida de Jesucristo en el taller de Nazaret fue el modelo que se puso ante los ojos y que procuró imitar con todas las fuerzas de su alma. Desde su salida de Zaragoza para el destierro apenas le había sido posible dar pábulo á aquella hambre insaciable de estudiar y saber, que era lo que podríamos llamar su pasión dominante: y ahora aprovechó la coyuntura, en que una forzosa ociosidad le ponía, para entregarse á los libros, siquiera para suavizar las molestias de su dorada prision, y más que todo para no dar lugar al ocio, que era su más detestado enemigo.

Al principio no salía de casa sino para ir á alguna iglesia á orar, como dijimos, ante el Santísimo Sacramento, de donde sacaba fuerza y consuelo en la triste situación en que se hallaba: de la iglesia pasaba á las librerías á registrar las obras que más al caso le podían hacer para cultivar su entendimiento con las ciencias y artes, é inflamar su corazón con la lectura de libros santos. Así es que poco á poco fue enriqueciendo su escogida biblioteca, en que reunió lo más selecto de los maestros más celebrados en todas las ciencias, descollando entre todos los sagrados libros y sus más insignes comentadores, los santos Padres de la Iglesia, los teólogos positivos y escolásticos, las historias de los concilios y eclesiásticas, y los que trataban de antigüedades, también eclesiásticas, á las que desde jóven fue tan aficionado.

Para colocar su librería y retirarse á estudiar con mayor sosiego, compróse en Bolonia una casita, en la cual fue depositando los libros y más adelante los objetos artísticos que iba recogiendo, como cuadros y pinturas de mérito, de los cuales hizo una rica colección. Abrió su biblioteca á todos sus hermanos, para que pudieran darse al estudio los que lo deseaban y por otra parte se hallaban faltos de recursos para proporcionarse los libros necesarios. Conservó la propiedad de aquella casita hasta que se restableció en Nápoles la Compañía. Así lo depone el H. Santiago Annoni. «Cuando estábamos en Colorno,» dice<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 744.

«oía decir que el Padre tenía en Bolonia una casita de su propiedad, en donde entonces conservaba algunos objetos, que me parece eran cuadros y libros.»

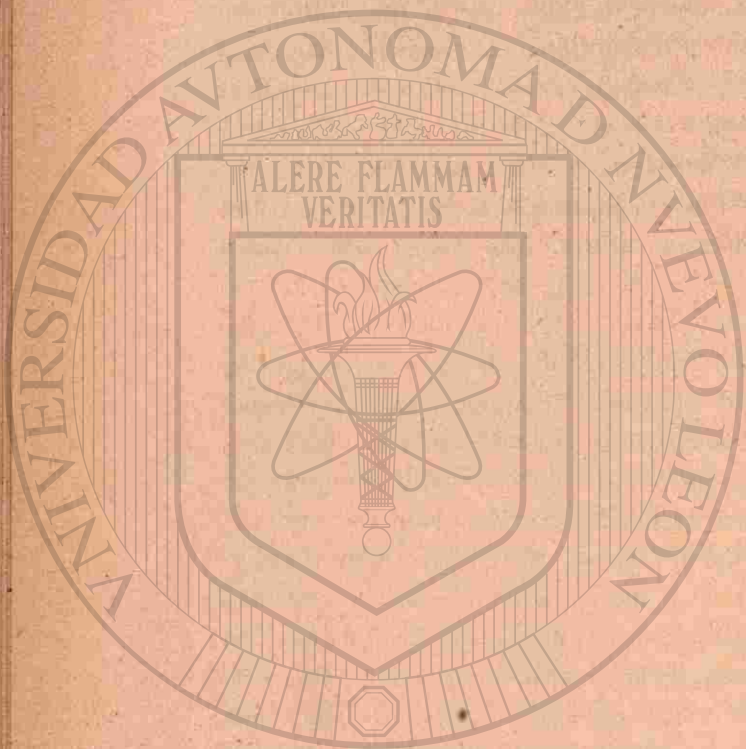
Á satisfacer el hambre de estudiar que devoraba el corazón del P. José y le libraba del fastidio que le producía la inercia, á que se veía reducido, ayudábanle no poco las muchas academias florecientes en Bolonia. Oigamos al P. Isla y la graciosa descripción que de esta ciudad hace: «Este país no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente noble más tratable: limpieza, policía y cultura; expresiones cuantas usted quisiere; mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas tabernáculos, caballos frisonos (salvo que son de azabache), mujeres polifemas<sup>1</sup>, literatos á pasto, academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren, damas que vuelan, y frailes que bailan<sup>2</sup>.»

«Este es el pueblo en donde vivo, las campañas, jardines, palacios, casinas, bosques, huertas, arroyos, ríos, pozos, fuentes, y en una misma pieza viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos, como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso: los alimentos, de bella apariencia, pero de poca sustancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Las damas más damas lo beben como allá se bebe la horchata. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos (hablo del vino venal). Está usted obedecido en la descripción que me pide de esta región<sup>3</sup>.»

<sup>1</sup> Esto es, muy locuaces.

<sup>2</sup> Refiérese á la viveza de sus movimientos.

<sup>3</sup> *Cartas á varios*. Carta de 26 de Noviembre de 1772.



## CAPÍTULO II

Elección de Pío VI. — El pliego misterioso. — Retracción de Clemente XIV. — Reprime el P. José las demasías del comisario Forcada. — Medidas de Moñino contra los jesuitas españoles. — Confesión de Aranda. — El Iluminismo de Véishaupt. — Sale el P. Nicolás de la casa del comisario y de la compañía del P. José. — Sentimiento de este. — Una esperanza fallida. — Estudia el P. José las ciencias naturales. — Relaciónase con la alta sociedad y personas ilustradas. — Muerte del conde D. Joaquín. — Autoridad del P. José con la nobleza. — Su trato edificativo. — Veneración en que se le tiene. — Solicitud por sus compañeros. — Moñino y Pignatelli en Bolonia. — Esperanza de restauración de la Compañía. — Pío VI y los ministros de las cortes. — Temores de estos.

1775 — 1777

El día 5 de Octubre de 1774 reunióse el conclave para la elección de nuevo Pontífice: el 14 de Febrero de 1775 se procedió al escrutinio definitivo; y reunió todos los votos el cardenal Ángel Braschi, que tomó el nombre de Pío VI. Poco después de su coronación, «fue el Padre Santo al palacio de Monte Cavallo ó del Quirinal, en donde murió su predecesor Clemente XIV; y el asunto ó motivo fue recoger, abrir y leer un pliego cerrado y sellado, que dejó el difunto Papa para su sucesor con este título *Pro futuro Pontifice*.... En el semblante del Papa, al leer aquellas cosas, se descubrieron pasmo y admiración, aflicción y tristeza<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 9, pág. 107.

¿Qué contenía aquel misterioso pliego sellado, que tan raros afectos excitó en el pecho del recién elegido Pontífice? El mismo autor que nos ha transmitido esta noticia, nos lo dirá. «No mucho después de la muerte del dicho Papa (Clemente XIV) se dejó ver un papelito en latin de cuatro hojas como estas, de letra bien metida, que era una retractacion expresiva, vehemente y absoluta del mismo Clemente XIV de la extincion de la Compania..... Ella está escrita, en cuanto ahora me acuerdo, con una especie de turbacion, agitacion é impetuosidad muy propia de aquel estado de inquietud y desasosiego, en que se halló el pobre Papa en los últimos meses de su vida; y en ella se explican bien los pasos y medios con que fueron los ministros y otros que rodeaban al Pontífice induciéndole, hostigándole y violentándole á firmar el Breve de extincion.»

«Desde luego que empezó á correr esta retractacion, se explicó tambien el modo con que se había publicado; asegurándose que el Papa la había confiado al Cardenal Boschi, Penitenciario Mayor, y este con disimulo había dejado salir una copia de ella; y ahora se espere que Pio VI la encontró tambien en el pliego cerrado y sellado, que halló en el palacio del Quirinal'.» Esto escribía el P. Luengo en 6 de Abril de este año 1775.

Del mismo documento da noticia el P. Olcina con estas palabras: «Tercera vez se probó Clemente XIV á escribir contra su Breve;..... en este su tercer escrito hizo añicos el Breve, declarándolo por del todo inválido y nulo en la Retractacion, que Su Santidad escribió de puño propio el día de San Pedro del año mismo que murió, como más largamente lo diremos en su propio lugar<sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 9, pág. 146-147.

<sup>2</sup> *Relacion festiva* etc., Segunda parte, fol. 264. La más extensa relacion que aquí promete, no se halla en su manuscrito. Por lo demás menciona la Retractacion el P. DIOSDADO CABALLERO en su *Gloria Postuma*, págs. 95 y 97. La publicó PEDRO FELIPE WOLF en su *Allgemeine Geschichte der Jesuiten*, (1789 - 1792), Tomo III, págs. 296 y sigtes. En 10 de Marzo de 1853 el periódico *O Cathólico* de Braga dio á luz una

Cotejados estos pormenores con lo que escribe el cardenal Antonelli en su voto particular, se ve que convienen aun casi en las palabras con que están expresados. Y no tiene esto nada de extraño: porque dicho cardenal debió de haber leído la mencionada retractacion; pues segun consta por testimonios fidedignos, el Papa, poco ántes de morir, la entregó efectivamente á su confesor extraordinario, que era el cardenal Boschi, Penitenciario Mayor, el cual en el conclave reunido para la eleccion de Pio VI, mostró el autógrafo de Clemente XIV á los cardenales zelantes<sup>1</sup>.

Esta retractacion de Clemente XIV á quien menos hubo de admirar fue á los agentes y ministros de las cortes, á quienes constaba con la mayor certidumbre la resistencia, con que el Pontífice había pugnado contra el embajador que de continuo le asediaba, y que solo la violencia y el engaño pudieron arrancarle el Breve de abolicion. Pero teniales cuenta el que la cosa no transcendiese. De aquí que solo pensasen en conservar á los jesuitas en la mayor comunicacion posible y en continuo temor, y con fieras amenazas de retirarles la pension á cualquier liviano moti-

copia de ella recibida del marqués Lavradio, embajador de Portugal en Roma. El Sr. GUTIÉRREZ DE LA HUERTA en su Dictámen, pág. 32, hablando de la irregularidad del Breve de abolicion, dice: «Sobre lo cual no quedaria duda alguna, si estuviera asegurada la legitimidad del papel que el Fiscal (que era el mismo Huerta) ha visto con el título de *Retractatio Clementis XIV manu propria subscripta, et extraordinario confessori tradita, die 29 Junii anni 1774 Incarnationis Dominicæ et 6 nostri Pontificatus*.» Esto escribió el Sr. HUERTA en 1815.

<sup>1</sup> Sacáronse del autógrafo varios ejemplares. Uno de estos lo dió el cardenal Juan Francisco Albano al P. Francisco Antonio Zaccaría, otro á Juan Bautista Scarponi el cardenal Rezzónico, y más adelante otros cardenales lo dieron á dos ex-jesuitas españoles; y finalmente el cardenal Garampi puso otro ejemplar en manos de José Fernando de Silva, ex-jesuita, el cual estando en Faenza, patria del cardenal Boschi, oyó de este repetidas veces la narracion de todo este suceso; y como lo oyó, lo refirió y testificó vuelto á España después de restaurada la Compania ante sus compañeros: á uno de estos yo he conocido y tratado, el cual aseguró habérselo oído contar muchas veces al P. Silva, y dio fe de ello en Madrid el 18 de Octubre de 1856.



vo que para ello diesen. De la opresion en que se los tenía, es clarísima prueba el hecho que voy á referir.

Muerto, como dijimos, el comisario Coronel, quedaron solos los otros dos, es á saber, D. Luis Gnecco, que lo era de los Padres de Castilla, y D. Pedro de la Forcada. Era este segundo, como escribe el P. Luengo, hombre de genio dominante: por lo cual se temieron algunos desmanes, y luégo se vio cuán fundados habían sido los temores. En febrero de 1775 hallábase algo indispuerto el P. Nicolás, hermano del P. José Pignatelli. Hizo venir el doliente, para que le curase, á un Hermano coadjutor de la Provincia de Filipinas, que estaba en Faenza, y era diestro en medicina. No se le ocurrió al enfermo hablar de esta venida del Hermano Marcos, que este era su nombre, al comisario Forcada, de quien dependían los de Faenza. Púsose en esto gravemente enfermo en Bolonia el P. Ignacio Osorio; y tambien le asistió el H. Marcos.

Tuvo noticia de todo Forcada; y llamando á su presencia al enfermero, le dio una severísima reprension, por no haberle pedido licencia para ir á Bolonia. Excusóse él con el llamamiento de los Padres Pignatelli, y alegó la gravedad en que estaba el P. Osorio; pero nada le valió, porque le ordenó que aquel mismo día se volviese á Faenza, como lo cumplió Marcos, dando aviso de todo á los Padres Pignatelli.

No les pareció justo á estos sufrir en silencio tanta altivez, que podía ser principio de nuevos disgustos en lo porvenir. Elevaron sus quejas al ministro en Roma, Moñino; pero sin fruto. Acuden á su hermano, D. Joaquin, presidente del consejo de órdenes en Madrid; y este se interesó con Figueroa, gobernador del Consejo, á favor de sus hermanos y del P. Osorio; y al momento escribió Figueroa á Forcada desaprobando altamente su conducta, y mandándole que al instante mismo llamara á Bolonia al médico Marcos, y le pusiera á disposicion y voluntad de los PP. Pignatelli.

Al verse el orgulloso Forcada reprendido por el gobernador del Consejo y vencido en este punto por los ex-jesuitas, tuvo

tanta pesadumbre, que le dio una molesta enfermedad; de lo cual concibieron algun temor los demás ex-jesuitas. Parecíales que con este disgusto se irritaría más y solo pensaría en desahogar su humor con otros, que no le podían hacer frente como los PP. Pignatelli, de quienes sin embargo esperaban ser defendidos en caso de que tal intentase el comisario Forcada<sup>1</sup>.

La situacion del Papa respecto á los jesuitas era sumamente difícil: y aunque no le fue posible resistir abiertamente á los injustos opresores, hizo sin embargo cuanto pudo para favorecer á los inocentes oprimidos. Dispuso que los jesuitas presos en Santángelo fuesen juzgados por la misma comision nombrada por Clemente XIV, la cual hasta entonces no se había atrevido á condenarlos ni absolverlos. Á falta de delitos, se les fue absolviendo sucesivamente á todos: el P. Lorenzo Ricci, ántes que se declarase su inocencia y se le absolviera, murió la muerte de los justos á 24 de Noviembre de 1775.

Entretanto los ministros de Madrid desahogaban su cólera contra los jesuitas españoles, hostigándolos con nuevas medidas opresoras. Una de ellas fue el mandar que se ejecutase en el término de 15 días la Instruccion remitida el año anterior por Grimaldi<sup>2</sup>, de la cual copio aquí las siguientes cláusulas: «Que habiendo quedado secularizados en virtud del Breve *Dominus ac Redemptor* de 24 de Julio de este año, y en el número de los individuos del clero secular los que ántes eran parte de la extinguida Orden de la Compañía del nombre de Jesús, se vayan mezclando los individuos de unas Provincias con otras, de modo que no quede memoria de Provincia de Castilla, Aragon, México, Perú etc., conforme estaba ya indicado á los comisarios reales, y aun intimado al Prepósito General Lorenzo Ricci, que no eligiese Provinciales *in partibus*, ni los extrañados españoles diesen á sus residencias nombres de colegios de España.»

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 9, pág. 71 y siguientes.

<sup>2</sup> Remitióse á Moñino en 9 de Noviembre de 1773, y fue comunicada á los comisarios en 2 de Diciembre. Tráela el P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 3.º, pág. 101 y siguientes.

No contento el **ministro** con borrar hasta el nombre de las Provincias y de las **casas**, ordena la division y separacion unos de otros de los **individuos** que las componían. «Por lo respectivo,» dice, «á no **romper** la union, en que vivían en las Legaciones los **extrañados**, ha parecido á Su Magestad muy bien lo que V. S. I. respondió á los comisarios reales en dos de Septiembre; esto es, que se les diese un término competente para devengar los **alquileres** de casas, y consumir las provisiones, que tenían hechas **en comun**. No desea Su Magestad que se les haga la mala obra de **hacerlos** dividir, antes que llegue el referido caso; pero quiere que los comisarios reales estén á la mira para efectuar la **division** luégo que ya no existan estas razones. Que si algunos **individuos**, sean Sacerdotes ó Legos, quisieren vivir solos, lo **executen** desde luégo; pues observando las insinuaciones de Su Magestad y la mente del Breve de extincion, así lo deben hacer; pero atendiendo á que los pobres podrán mantenerse **mexor arranchados**, que enteramente dispersos, ya que de este modo **será** más comprehensible su residencia, permite Su Magestad que vivan algunos juntos, como no pasen de tres, haciendo la **mezcla** de las Provincias que va expressada, y con tal de que los que eran Profesos del cuarto voto no vivan dentro de una casa **con** los individuos, que no hayan tenido igual profesion, por **los** inconvenientes que podrian resultar.»

El objeto de esta **completa** desunion no era otro sino hacer que perdiesen los **extinguidos** toda esperanza de resurreccion, y destruir, si les fuese **dado** hasta la posibilidad de ella. Bien claro lo atestigua Moñino **en** la orden dada á los comisarios reales en Junio de este año de 1774, concebida en los términos siguientes:

«Harán Useñorías **saber** á los que están unidos en mayor número que permiten **los** órdenes, se desunan dentro del término de 15 días; y no **haciéndolo**, se les suspenderá el pago de la pension; enviándome **lista** de los que fueren, para dar cuenta á Su Magestad: añadiéndoles que su conducta dimana de la aprehension, en que **están**, de que pueden resucitar, y que de esto deben desengañarse, **pues** ni sucederá, ni su proceder irregular

sirve de otra cosa que de empeorar sus negocios, como lo verán por una experiencia, que me es sensible á mí mismo.» Esta era la pesadilla de los ministros, la esperanza de los jesuitas de volver á su ser primitivo, y el deseo de conservar el espíritu de la Compañía aun después de su extincion.

Este temor les indujo á faltar á la obligacion contraída con el Papa de admitir en España á los jesuitas desterrados, en cuanto se hubiese expedido el Breve de abolicion: este era el argumento con que urgían á Pío VI para que confirmase el Breve con una nueva Bula, que destruyese los restos conservados en Prusia y Rusia, como escribía el conde de Aranda en su carta á *Mr. l'abbé Isidore*, por estas palabras: «Si el Santísimo Padre acabase de desengañar el mundo de que los muertos [los jesuitas ya extinguidos] no pueden resucitar, creo que les haría un gran bien: y sin este medio, no puede prometerse que sus huesos se trasladen á ser enterrados en su tiempo bajo el sol que nacieron,» esto es, sin este medio no alcanzará ver aliviados sus dominios de tanto número de extranjeros, ni estos tendrán el consuelo de regresar á su patria<sup>1</sup>.

Del efecto producido por la orden del ministro de España, dice el P. Luengo<sup>2</sup>: «Ha consternado á todos generalmente: y su primer aspecto nos anuncia una tribulacion, un trabajo, una confusion y trastorno comparable con las mayores aflicciones y disgustos que hemos tenido en estos años de destierro.» Recibióse el día de San Luis, 21 de Junio, 1775, y «en pocas horas,» dice, «estaba esparcida entre todos los jesuitas españoles, que estamos en Bolonia; y se ha oído y leído generalmente por todos con admiracion y pasmo, y con inexplicable sentimiento, afliccion y congoja.»

La causa de tanto sentimiento fue, que con la corta pension de cuatro reales tenían que mantenerse, vestirse, pagar alquiler de casa y sirviente que les preparase la comida, y médicos y me-

<sup>1</sup> Véase íntegra esta carta en el Apéndice núm. I.

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 9, pág. 253.

dicinas en sus enfermedades, y todo lo demás que les era menester. No podían ejercitar ministerios: escaseaban las celebraciones; y las pocas que se les ofrecían, eran para horas incómodas y sitios ordinariamente muy distantes; lo que hacía imposible á enfermos y ancianos el aceptarlas, como lo refiere el P. Isla.

Fueles preciso obedecer y dispersarse, teniendo que renunciar al consuelo de habitar juntos aquellos que tanto tiempo habían vivido bajo un mismo techo, y además á la economía y mejor servicio con que podían pasar estando muchos reunidos en una misma casa. Con esta separacion se impedía el mutuo aliento que les comunicaba la compañía de muchos, y con la prohibicion de ejercitar los ministerios se alcanzaba además que los ex-jesuitas perdiesen su ascendiente sobre los pueblos, y que en estos desapareciera insensiblemente el cariño y veneracion que á sus bienhechores profesaban; y lo más triste fue, que á aquellos jóvenes ardorosos, á aquellos misioneros acostumbrados á las penosas fatigas del apostolado, á aquellos profesores encanecidos en la enseñanza, condenábaseles á una forzosa ociosidad, que los enervaría y les quitaría los bríos y el espíritu que en su vida religiosa habían adquirido.

No pasemos adelante sin consignar aquí un hecho que en esta misma sazón estaba verificándose, y tiene íntima conexión con los sucesos que vamos refiriendo. Francmasones, filósofos y jansenistas acababan de quitar de en medio la Compañía de Jesús por conceptuarla obstáculo insuperable á la realizacion de sus planes destructores; y para impedir toda posibilidad de resurreccion de aquella orden, trabajaban por extinguir en sus miembros el espíritu de su Instituto que se conservaba vigoroso en cada uno de ellos. Al mismo tiempo un hombre fatal, hipócrita profundo, ateo sin remordimientos, estaba ideando una vasta conspiracion, con la cual comparadas las logias de los masones, los clubs de Voltaire y D<sup>e</sup> Alembert, y los conciliábulos de los jansenistas no eran sino juegos de niños. Hablo del fundador del Iluminismo, Adan Wéishaupt.

Había nacido en Baviera hacia el año 1747, cuando en Lon-

dres y en Roma se decretaba la destruccion de la Compañía. Siguió la carrera de jurisprudencia, y alcanzó una cátedra de ella en la universidad de Ingolstadt. Si por una parte detestaba los servicios prestados por las órdenes religiosas á la religion y á la sociedad, porque á una y á otra odiaba de muerte; por otra admiraba los institutos de sus fundadores, y sobre todo el gobierno de los jesuitas, por el cual un solo jefe dirigía á un mismo fin á tantos hombres esparcidos por el universo. Conoció que podría adoptar los mismos medios «proponiéndose designios diametralmente opuestos<sup>1</sup>,» y dijo para sí: «Lo que estos hombres hicieron á favor de la Iglesia y del Imperio ¿no podré yo hacerlo contra el Imperio y la Iglesia? Con las legiones de iniciados que estén bajo mi autoridad, ¿no podré yo destruir ocultamente lo que ellos en público edificaron? ¿Porqué no he de hacer yo por mis discípulos y apóstoles contra Dios y contra el César lo que por Dios y por el César hizo el mismo Jesucristo por los suyos<sup>2</sup>?»

El abate Barruel, de quien tomamos estas noticias<sup>3</sup>, resume en estas palabras la substancia de los misterios de Wéishaupt: «La igualdad,» dice, «y la libertad son dos deberes esenciales del hombre en su primitivo y perfecto origen, que recibió de la naturaleza. La propiedad fue la que dio el primer golpe á esta igualdad; y las sociedades políticas y los gobiernos lo dieron contra la libertad. Los únicos apoyos de la propiedad y de los gobiernos son las leyes religiosas y civiles. De lo cual se infiere que para restablecer al hombre en sus primitivos derechos de igualdad y libertad, es preciso comenzar por destruir toda religion y toda sociedad civil, y acabar por la abolicion de toda propiedad.»

Para llevar á cabo su fatal designio, puso los ojos en los discípulos que el gobierno le había confiado: sedújolos fácilmente,

<sup>1</sup> MIRABEAU, *Monarchie Prussienne*, Tomo 5, art. *Religion*, pág. 97.

<sup>2</sup> *Escritos originales*, Tomo 1, art. 13. — Carta 2.<sup>a</sup> á Ajax, 27.<sup>a</sup> á Caton, etc.

<sup>3</sup> *Compendio de las Memorias*, Tomo 2.<sup>o</sup>, Parte cuarta, §. 2.

y los convirtió en maestros, que esparcidos después por las campañas y por las ciudades, y aun introducidos en las cortes de los soberanos, le procuraron numerosos y fanáticos prosélitos. Dos de sus discípulos, ambos de unos veinte años de edad, fueron con su maestro los primeros fundadores del Iluminismo<sup>1</sup>. Inauguróse la monstruosa sociedad con la iniciación de los dos jóvenes el día 1.º de Mayo<sup>2</sup> de 1776, tres años después de la abolición de la Compañía, y quiso su fundador que se llamase la «Orden de los Iluminados.» Los hechos posteriores demostraron quiénes fueron los asesinos de los reyes y los perturbadores de la pública tranquilidad, si la orden de Wéishaupt, ó la Compañía de Ignacio, cuyos hijos eran el blanco de todas las calumnias y de las más crueles persecuciones. Pero volvamos á nuestra historia.

No pudo menos de lastimar el bondadoso corazón del Padre José Pignatelli la nueva vejación de que eran víctimas sus hermanos. Preveía los muchos peligros espirituales á que se los exponía, obligándolos á vivir aislados en casas de seglares, donde no era posible que observasen el recogimiento propio de religiosos, único preservativo contra los males que habían de acompañar necesariamente á la omnimoda libertad que se les imponía, al ocio á que se los condenaba, y á los ejemplos que por fuerza debían presenciarse viviendo en el seno de las familias. Pero más sensible que esto le fue la conducta de su hermano Nicolás.

Sea que el comisario Forcada, resentido de la reprensión que por causa de los Pignatelli había recibido de Madrid, tratase á los dos hermanos con demasiada aspereza; sea que la com-

<sup>1</sup> Llamóse el primero Massenhausen, á quien cambió este nombre en el de Ajax, y fue más adelante consejero de Munich. El segundo llamábase Merz, á quien puso por nombre Tiberio: desterrado de Baviera, fue después secretario del embajador del Imperio en Copenhague. Wéishaupt tomó el nombre de Espartaco.

<sup>2</sup> Nótese bien el día y el mes, que tan célebres se han hecho estos últimos años.

pañía de José y su tenor de vida le diese en rostro á Nicolás; deseoso este de sacudir el yugo y de gozar de libertad más amplia, empezó á hacérsele insoportable aquella especie de arresto, en que con cien ojos se examinaban todas sus acciones, se vigilaban todos sus pasos y se espiaban todos sus movimientos: así que determinó librarse de él y agotar todos los recursos que le suministraban los títulos de su nobleza y las preeminencias de su familia, para recuperar su libertad, y salir de aquella esclavitud, que reputaba indecorosa y humillante para el nombre de Pignatelli.

En vano José le reconvenía, y le exhortaba á que dejase pasar aquella época de tanto trastorno, seguro de que se calmarían poco á poco las pasiones, y se vería que nada había que temer de los hombres, y se les dejaría en la libertad de que sus hermanos gozaban. Nicolás, agobiado ya por el peso de las calamidades pasadas y los padecimientos de ocho años de destierro, no desistió de su propósito, y logró por fin que se le dejase en pleno dominio de sí mismo. Salió, pues, de la casa y de la opresión del comisario, y se procuró en la misma ciudad de Bolonia habitación decorosa, capaz y conveniente á la nobleza de su casa, pareciéndole que esto exigía su calidad y el buen nombre de su familia.

Sintió en extremo el P. José la conducta de su hermano: porque le parecía que aquello era como avergonzarse de la simplicidad y humildad de Cristo, en que había vivido desde su entrada en la Compañía, y que había jurado profesar el mismo día antes que le desatasen los hombres de los vínculos con que solemnemente y con plena libertad se había ligado con Dios. Mostróle repetidas veces su disgusto; pero todo fue en vano: y su celo por el bien de Nicolás, lejos de reducir á este, fue ocasión de que se entibiase su afecto para con José, y aun le mirase como á severo censor de sus acciones, y enfrió más de lo que pudiera creerse su antiguo y fraternal amor para con él, con no poca pena y sentimiento del P. José.

Quedó, pues, solo este en casa del comisario Forcada, sufriendo con invicta paciencia todas las incomodidades de aquel

disimulado encierro, preocupándose más de la suerte de su hermano, que de su propia desgracia. Por un momento creyó que esta había de aligerársele algo; pero no tardó en convencerse de que no podía esperar de los hombres alivio alguno, y que solamente la total resignación en la divina Providencia era lo que había de suavizar su triste situación. Los motivos que le inducían á esperar que mejorase su estado, eran en primer lugar el ver que á otros de sus compañeros se les hacía justicia reconociendo su inocencia. Así sucedió con el P. Isla, á quien se le permitió salir de Budrio, lugar de su destierro, y establecerse en Bolonia en compañía de sus hermanos, como lo escribe á su hermana en 29 de Noviembre de 1775 por estas palabras: «Desde el primer día de Setiembre,» dice, «estoy fijamente establecido en Bolonia y alojado en el palacio Todeschi.»

Además el día 3 de Diciembre falleció el Cardenal Arzobispo Monseñor Malvezzi, el que había desterrado de Bolonia al P. Isla y á otros tres jesuitas españoles acusados falsamente de haber escrito ciertas sátiras; y poco tiempo después de la muerte del arzobispo se falló en Roma la causa de aquellos, fueron los tres declarados inocentes, y restituidos á su nueva patria la ciudad de Bolonia. Respiraban los ex-jesuitas españoles al ver que comenzaba á recobrar sus fueros la justicia y sus derechos la inocencia; pero duró muy poco su alegría: porque los enemigos de los pobres expatriados no dejaban piedra por mover en razón de llevar á Bolonia un prelado, que continuase con los ex-jesuitas la conducta de su predecesor. Obtuvieronlo en efecto; y fue enviado á ocupar aquella Sede Monseñor Gioanetti, quien desde un principio se mostró públicamente hostil á las doctrinas jesuíticas, y no permitió que ninguno ejercitase ministerios espirituales con los prójimos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Andreas Gioanetti, Cardinalis et Archiepiscopus Bononiensis, animo irato atque percito, nescio unde natus et exortus fuerit, Jesuitas precipue hispanos afflixit, eorum doctrinas de moribus tam in publicis quam in privatis catibus reprobavit, omnibus abnuat concionandi et excipiendi confessiones*

Tuvo, pues, que resignarse el P. José á continuar su vida retirada y de soledad, sin más ocupación que la de los libros y la práctica de las virtudes interiores. Para dar alguna variedad á sus estudios y perfeccionar su entendimiento en todos los ramos del saber humano, se dedicó también á adquirir las ciencias naturales, de las que en España, por razón de la enfermedad que le sobrevino al terminar la teología, solo había recibido una ligera tintura. Asistió para ello á las públicas clases de química y física experimental y de botánica. Las personas ilustradas, conocedoras de las prendas personales del P. Pignatelli, acudían á visitarle, y admiraban á la vez lo sutil de su ingenio, lo vasto de su erudición, la noble sencillez de su fino trato, la pureza é integridad de sus costumbres y su conversación amena é instructiva.

De su conformidad con los designios del cielo y entera resignación en la divina voluntad, dio un raro ejemplo en la muerte de su hermano D. Joaquin, ocurrida en la corte de España el 24 de Mayo de 1776. Muy sensible fue al Siervo de Dios la pérdida de aquel hermano, que había ejercitado con él desde niño, y ahora continuaba ejerciendo, todos los oficios de solícito y cariñoso padre. Comunicóle tan infausta noticia Grimaldi<sup>1</sup>. En el archivo de los Duques de Villahermosa se conserva el original de la carta que ocho días después dirigió al Duque, su sobrino, y es la única que se conoce de las varias que con esta ocasión escribió á los diferentes miembros de su numerosa familia.

La carta del P. Pignatelli es del tenor siguiente: «Bolonia 4 de Junio de 76. — Querido sobrino. — Conozco tu espíritu y fortaleza de ánimo: por lo que creo habrás visto en un punto todas las razones, tanto cristianas como filosóficas, que en ocasiones semejantes á las actuales circunstancias, suelen tranquilizar al-

*facultatem, aliaque infestissime egit. (P. CABALLERO, Gloria Postuma Societatis, Basis V, pág. 87).*

<sup>1</sup> Era secretario de Estado en Madrid. Á fines de este año reemplazó á Moñino en Roma y este á Grimaldi en Madrid.

gun tanto el ánimo. Mas como de este, especialmente cuando es bien hecho, es una propiedad la sensibilidad, temo que esta haya podido excitar algún siniestro accidente en tu salud. Sé cuánto amabas nuestro buen Joaquin, y que conoces cuánto habemos perdido con su muerte. Á mí todas sus circunstancias me la hacen más dolorosa. Hasta la misma falta de la relacion detallada de ella y de sus resultas me da nuevas inquietudes. Si de ellas me pudieras librar con tus cartas, me harías el mayor favor. Entretanto encarecidamente te suplico (si bien conociendo tu corazón, lo creo ya ejecutado,) consueles tu mujer, animes la viuda<sup>1</sup>, alientes los demás de casa, y cuídes muy particularmente de Luis, procurando no se dé en brazos á su melancolía. Supongo que Ramon habrá inmediatamente pasado á esa corte.»

«Escribo hoy á todos, que es lo único que puedo hacer; y lo hago también á Grimaldi, agradeciéndole el aviso de la muerte de Joaquin, que me envió por Zambecari<sup>2</sup>. Por medio del mismo Grimaldi podrás escribirme, en lo que recibiré particular consuelo. No olvides que te estimo muy de corazón, y que soy y seré tu más afectísimo amigo. — JOSEPH PIGNATELLI. — Mi querido sobrino Villahermosa.»

Pasadas las primeras impresiones del dolor, entregóse el Padre José á cultivar las nuevas relaciones, que sin pretenderlas él, se le ofrecían. La nobleza de Bolonia á porfía procuraba tenerle en sus casas para honrarse con él, y él no rehusaba ir á ninguna; en lo cual no se proponía solamente corresponder á quien manifestaba estimarle, pues era de suyo enemigo de dejarse ver en público y de intimarse con gente grande; sino que le impulsaban dos causas secretas y de carácter más elevado, las que confió él mismo al P. Pedro Rossini, el cual confiesa haberlas oído de boca del Siervo de Dios<sup>3</sup>. Fue la primera el impedir con

<sup>1</sup> Había D. Joaquin casado en segundas nupcias el 3 de Diciembre de 1774 con D.<sup>a</sup> María del Pilar Ana de Silva, duquesa viuda de Húscar, de la cual no dejó sucesión. (Árbol genealógico de la familia).

<sup>2</sup> Ministro de la corte de Madrid en Bolonia.

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fol. 799.

su presencia y autoridad lo que tan fácil es que suceda en semejantes reuniones de personas de diferentes edades y sexos, esto es, que se deslizase obra ó palabra que pudiese redundar en ofensa de la caridad de Dios y del prójimo. La segunda, el cautivarse la benevolencia de aquellos señores, y servirse de ella en beneficio de sus hermanos, con quienes si no se encontraba ya ligado con vínculo de religion, pero sí, y mucho, con intimidad de afecto.

En cuanto á lo primero, «bastaría decir,» escribía uno de sus biógrafos más de treinta años hace, «que en las casas de Tanara, Malvasia, Marsili, Fava, y más aún en la de los Príncipes Spada, en que entraba con mayor frecuencia, dejó tal perfume de santidad y virtudes, que aun hoy en día, (al cabo de más de setenta años), se conserva y percibe<sup>1</sup>.» Por más que le suplicaron mil veces, no consintió ponerse á jugar una siquiera; y como atestigua el marqués Boschi<sup>2</sup>, testigo ocular, apenas veía que se preparaban las mesillas de juego, superior á todo respeto humano, se levantaba y partía. Toda su conversacion versaba siempre sobre cosas de letras ó de piedad; y esto con tal gracia, que no se cansaban de escucharle; y por este motivo le querían como amigo, al paso que le reverenciaban como á un santo.

El principe D. José Spada Veralli tenía siempre en su habitación el retrato del P. Pignatelli de tamaño natural, con la veneracion que pudiera profesar á un santo del cielo. Jamás en las tertulias se suscitaba controversia ó cuestion, que él no acudiese á aplacarla; y por la autoridad que se había granjeado con aquellos señores, siempre los encontraba prontos á deferir á su juicio y aceptarle por árbitro. Verdad es que de su parte nada omitía para dulcificar los ánimos mal prevenidos ó enconados: razones, súplicas, y en caso necesario hasta dinero, todo lo tenía á la mano para procurar la paz, como lo hizo en dos particulares ocasiones, en que le costó cuantiosas sumas el componer y apa-

<sup>1</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. 1.

<sup>2</sup> *Process. Bononien.*, ad 31.

ciguar ciertas disensiones, que acarrearán á la ciudad escándalo público.

El P. Juan Antonio Grassi, hablando de las relaciones del Siervo de Dios con los príncipes Spada<sup>1</sup>, dice: «Causó alguna maravilla ver al Siervo de Dios frecuentar el trato con la princesa Spada, en cuya casa se reunía cuanto de más distinguido se hallaba en Bolonia; mas en el decurso del tiempo se vino á descubrir el motivo que le impulsaba á hacerlo, mayormente cuando entraron en Bolonia los revolucionarios franceses: pues se vio que no era otro que el de ser útil á sus hermanos.»

Una de sus más favoritas distracciones, al interrumpir los estudios serios, eran las bellas artes, en especial la pintura. «Encuentro memoria,» dice el P. Boero<sup>2</sup>, «que en la pintura aprovechó notablemente: y tanto, que á más de tener noticia de los pintores más famosos, así antiguos como modernos, sabía distinguir por sus obras á qué escuela pertenecían y el orden de mérito á que en ella eran acreedores: y cuando se ofrecía dar su parecer, lo tenían por respetable y autorizado los mismos profesores y peritos en el arte.»

Desde el momento en que se vio el P. José favorecido con la amistad de todas las clases distinguidas de Bolonia y de lo mejor de su nobleza, no pensó en otra cosa que en aprovecharse del ascendiente que tenía en la ciudad para socorrer á sus hermanos los ex-jesuitas. Dos cosas le lastimaban el corazón respecto de estos desgraciados: la una era el estado de miseria en que yacían la mayor parte de ellos, principalmente los ancianos, después de consagrar una vida llena de afanes al bien de los prójimos y á la propagación de la fe entre gentiles: la otra era la ociosidad, á que se veía condenada aquella pléyade de jóvenes activos, á quienes no se permitía ni predicar, ni confesar, ni enseñar, ni ejercer otro alguno de los ministerios propios del instituto á que habían pertenecido. Veamos cómo se desvivió en

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 936.

<sup>2</sup> *Loc. cit.*

aplicar el conveniente remedio á cada uno de estos dos males, y en primer lugar cuán fervorosa y solícita caridad demostró en favorecer á sus hermanos dispersos.

Estaban, como se ha dicho, en Bolonia los Padres de las Provincias de Castilla y parte de la de Méjico; y suprimida la orden, casi todos permanecieron allí. Algunos tenían con qué vivir, gracias á la generosidad de sus parientes y amigos; pero otros con la sola pensión que les pasaba el rey de España vivían con estrechez y sujetos á mil privaciones. Y esto era tanto así, que muchos de ellos se cargaron de deudas que no podían satisfacer: y reclamando los acreedores, se dio orden de Madrid á los comisarios, que al entregar la pensión á los adeudados, se les sustrajese la tercera parte de ella para cubrir sus deudas: con esto se les reducía á una situación verdaderamente insostenible<sup>1</sup>.

Velaba siempre el Siervo de Dios para descubrir las necesidades de estos pobres, y empleaba con liberalidad en sostenerlos las grandes sumas que de sus hermanos, mayormente D. Ramon, y de su hermana, la condesa de la Acerra, le llegaban: así que todos le miraban como á padre común, y en sus necesidades acudían á él, seguros de hallar propicio su corazón y pronto el remedio. Uno de ellos, como al morir no tuviese con qué satisfacer á sus acreedores, instituyó heredero al P. José, el cual aceptó gustoso, y satisfizo todas sus deudas.

Con los enfermos mayormente, de espíritu, era todo entrañas de caridad. Iba en busca de ellos sin ser llamado, y se informaba muy por menudo de su necesidad para remediarla. Supo en cierta ocasión que un amigo suyo estaba sumido en un mar de melancolía y de tristeza por cierto accidente imprevisto: voló á socorrerle, estuvo á su lado dos días y dos noches derramando en su alma el bálsamo de dulces palabras, y no se apartó de él hasta que le vió serenado y tranquilo. Así que con toda certeza se puede asegurar lo que atestigua haber oído decir á los Padres

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 9, pág. 431.

españoles el H. Santiago Annoni, es á saber, que «la principal ocupacion [del P. Pignatelli en Bolonia] fue aliviar á sus hermanos<sup>1</sup>.»

Para que el ocio no los pusiera en peligro, y una moderada ocupacion les sirviese de solaz y de alivio á sus penas, les proponía su ejemplo, inculcándoles el estudio, y excitándoles á que se aventajaran en las artes y ciencias; y para esto á todos abría su biblioteca, y los ayudaba cuando era menester con sumas cuantiosas para la impresion de sus libros. Incitaba en particular á los misioneros de América á que escribiesen la historia de sus misiones; y más de una efectivamente vio la luz pública por su cooperacion y eficacia. Él por su parte trabajaba sin cesar en recoger memorias y manuscritos útiles para la historia de la Compañía, que tanto le interesaba; y pudo acotar un gran número de ellas, particularmente de las que tenían relacion con los últimos acontecimientos.

Para gozar de más prestigio á favor de sus hermanos, no dejaba el Siervo de Dios perder ocasion de aparecer lo que era. Óigase cómo refiere el P. Luengo<sup>2</sup> lo que hizo con Moñino al dirigirse este á España: «Otros dos jesuítas por lo menos han visitado,» dice, «al Sr. Moñino; y son D. Joseph Pignatelli, hermano del conde de Fuentes, y un Heredia<sup>3</sup>, que tiene un hermano secretario de Embajada en París, y ambos son aragoneses. Les recibió el Ministro con agrado y buen modo; y esto dio ánimo al Rector del colegio [de San Clemente, de los españoles, en donde se apeó], para preguntarle si había algun inconveniente en que aquellos señores ex-jesuítas se quedasen á comer en su compañía; y habiendo respondido Moñino que no había alguno, comieron efectivamente con él Heredia y Pignatelli. Ya se ve,» continúa, «que nada pierde Moñino en comer á una mesa con

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 744.

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 11, pág. 18. Día 4 de Enero de 1777.

<sup>3</sup> El P. Francisco Xavier Heredia, natural de Graus, en Aragon, nació el 22 de Abril de 1735; entró en la Compañía en 20 de Octubre de 1751, y murió en Roma el 13 de Febrero de 1810.

un D. José Pignatelli, que en nobleza y en lustre de la familia no cede á las casas más distinguidas de España, de Italia y de otros países..... Con todo no ha dejado de causar alguna maravilla, que haya tenido la bondad y dignacion de que dos de ellos [de los ex-jesuítas] se sienten á su mesa.»

Lo que más le animaba á no dejar de la mano la noble tarea de recoger las noticias todas referentes á la extincion de la Compañía y en particular al destierro de España, y de las misiones ultramarinas, era la esperanza segura que tenía de que la tormenta había de calmar, y sucedería la bonanza con grande gloria de la Compañía. Y no le faltaban á la verdad fundamentos sólidos en que apoyar sus esperanzas: porque los sucesos favorables á la extinguida religion se iban multiplicando, y dejaban entrever una restauracion no lejana, á no torcer su curso una fuerza oculta, ya que no podía del todo impedir que se realizasen.

El Pontífice Pío VI deseaba reparar las injurias hechas á la faz del mundo á la Compañía, y devolver á los fieles sus celosos pastores y á la juventud sus antiguos maestros. En el principio de su pontificado aprobó la conducta de los Padres de Rusia, y los tranquilizó desvaneciendo los temores en que vivían de escandalizar al pueblo cristiano con su aparente desobediencia al Romano Pontífice, que los enemigos de la Compañía calificaban de abierta rebelion y de cisma. Y como el P. Czerniewicz le pidiese facultad para admitir en la Compañía algunos Padres polacos, que deseaban incorporarse en ella, respondióle en 13 de Enero de 1776 por medio del cardenal Rezzónico, secretario de los memoriales, concediéndole la facultad que le pedía, con aquellas palabras: «Feliz resultado de tu peticion, como yo auguro y tú deseas;» advirtiéndole que bastaban estas frases tan lacónicas, pues no le era posible ser más explícito<sup>1</sup>.

Tan faustas noticias, aunque transcendian no poco desfigu-

<sup>1</sup> *Precum tuarum, ut auguro et exoptas, felix exitus.* ZALENSKI, *Los Jesuítas de la Rusia Blanca*, Tomo I, Lib. III, Cap. 1.



radas al público, corrían por Italia y aun por toda Europa: ellas eran las que daban aliento al P. José para sostener á sus hermanos con halagüeñas esperanzas<sup>1</sup>. No se le ocultaba, es verdad, que los agentes del rey de España hacían esfuerzos inauditos para impedir que el Soberano Pontífice alentase á los jesuítas rusos; y que no contentos con esto, trabajaban por obtener una Bula de extincion de mayor eficacia que el Breve de Clemente XIV, ó por lo menos una confirmacion de aquel Breve; pero conocía tambien cuán difícil era su pretension: y el descontento y zozobra que en el exterior mostraban los diplomáticos españoles, le daban á entender que sus intrigas y manejos en Roma distaban mucho de obtener el resultado que ellos pretendían, y que su causa no navegaba con rumbo tan próspero como en los años anteriores. Cuán en lo cierto estuviese y cuán acertadamente interpretase la verdad de los sucesos que se iban verificando, lo demostrarán documentos, cuya autencidad no es lícito poner en duda.

En 15 de Marzo de 1777 escribía Azara: «La confirmacion de la extincion sería un abismo de miserias..... Basta considerar que nada desea tanto el Papa como hacer esta confirmacion: me lo ha confesado; pero añadiendo que no la puede hacer en conciencia sin oír á los jesuítas y examinar su instituto y vidas, etc.» Es evidente que el abismo de miserias, en que se había de convertir la confirmacion solicitada, no era de miserias para los jesuítas, quienes por una parte estaban ya reducidos á la extrema; y por otra, hubiera bastado ser posible reducirlos á otras mayores, para que sus enemigos hubiesen trabajado sin cesar por arrastrarlos á ellas, como habían hecho hasta ahora.

¿Para quiénes, pues, era aquel abismo de miserias, sino para los ministros de Carlos III y sus cómplices en sorprender y en-

<sup>1</sup> Alarmado D' Alembert, escribía á Voltaire en 23 de Junio de 1777: «La razon está perdida, si el ejército enemigo gana esta batalla.» En esta misma carta incluye el plan de varios escritos que pensaba publicar á fin de persuadir á los ministros, que Francia y el rey estaban perdidos, si se restableciera la Compañía.

gañar tan villanamente al monarca é inducirle á cometer tamaña iniquidad? Si al oír á los jesuítas, como exigía Pío VI, se hubiese presentado algun documento auténtico, en que se revelaran los planes de abolir el gobierno monárquico, forjados por aquellos ministros desleales, que tan celosos se mostraban de las regias prerrogativas, ¿qué hubiera sido de todos ellos, una vez descubierta su trama? Bien pudiera suceder que alguno de los iniciados en los execrables misterios de la masonería, sea para acallar los remordimientos de su conciencia, sea por vengarse de algun enemigo particular, hubiese hecho en España lo que con mucho menor motivo, y no sin grave riesgo, hizo el oidor Galvan en Filipinas.

Este sí que fuera un verdadero «abismo de miserias» para cuantos en Portugal, en Francia y mayormente en España fulminaron los rayos contra el árbol fructífero, mientras perdonaban, y aun regaban, á los que tan venenosos frutos producían, engañando así miserablemente á la humanidad. Con razon afirma Azara que «podría componer un libro de reflexiones contra esta idea:» y aunque lo principal lo dice en la carta de oficio, pero confiesa «que ha sudado para hacerla:» y no dejarían de sudar los que en Madrid leyeron su contenido, en vista de los males que les debía acarrear el exámen exigido por el Papa ántes de proceder á la confirmacion, y de lo inútil de sus hercúleos esfuerzos para destruir la Compañía: la cual, á pesar de todas sus maquinaciones y todas sus calumnias y todas sus injustas violencias, conservaba un resto de vida, que iba comunicándose paulatinamente á sus miembros, y hacía prever que llegaría en breve á infundir vigoroso espíritu á todo el cuerpo.

Muy inseguros y temerosos se hallaban los complicados en tan indignas maniobras; mientras que para las inocentes víctimas de la iniquidad se iban realizando sucesos, que fortalecían sus esperanzas y les comunicaban grande aliento. En 17 de Abril escribía el mismo autor: «Los jesuítas cada día más insolentes: ya solo les faltaba una mutacion en España para acabar de triunfar.» En las cuales palabras confiesa que habían empe-

zado á triunfar, y que continuaban triunfando, y que para acabar de triunfar del todo, solo faltaba una mutacion en España, esto es, un cambio ó de soberano, que no hubiese sido víctima de sus traiciones, como Carlos III, ó de un ministro desleal en otro fiel, que con fáciles y evidentes argumentos abriera los ojos al monarca, para que cayese en la cuenta de cuán torpemente engañado le traían los traidores ministros que desde Esquilache le rodeaban. Por dicha de Azara y de sus compañeros tal mutacion no tuvo lugar en España; pero no escasearon nuevos desengaños, que les hicieron comprender que la Providencia se burlaba de sus amaños é intrigas.

## CAPÍTULO III

Proceso de Pombal. — Esfuerzos de los ministros de España para que no se instruya. — Su inutilidad. — Esperanzas de los jesuitas. — Medidas del gobierno español contra ellos. — Principios de un noviciado en Rusia. — Temores y prenuncios de Azara. — Facúltase en Italia á los jesuitas para ejercitar los ministerios. — Rescripto del Papa á favor de los jesuitas de Colonia. — El *Decreto formidable*. — Prodigalidades del P. Nicolás. — Enfermedad del P. José. — Encárgase de la tutoría de Nicolás. — Resentimiento de este. — El duque de Villahermosa embajador en Turin. — Terremotos en Bolognia. — Los PP. Pignatelli en las cortes de Parma y de Cerdeña. — El P. José y sus sobrinos los duques. — Vuelta de los Padres á Bolognia. — Obséquianlos los príncipes Spada.

1777 — 1779

El primer contratiempo, y el que sin duda puso en mayor aprieto á los ministros españoles, fue lo que sucedía en Portugal. Murió en Febrero de este año de 1777 el rey José I, á cuya sombra el marqués de Pombal había ejecutado contra los nobles y los jesuitas aquellas monstruosas é inauditas crueldades, que se harían increíbles, á no constar evidentemente por la historia. Toda la nacion esperaba este momento para ver arrojado del poder y de la corte aquel Neron de los tiempos modernos. D.<sup>a</sup> Maria, hija de José I, ayudada de su tío Carlos III, sucedió á su padre en el trono, y casó con su tío paterno don

zado á triunfar, y que continuaban triunfando, y que para acabar de triunfar del todo, solo faltaba una mutacion en España, esto es, un cambio ó de soberano, que no hubiese sido víctima de sus traiciones, como Carlos III, ó de un ministro desleal en otro fiel, que con fáciles y evidentes argumentos abriera los ojos al monarca, para que cayese en la cuenta de cuán torpemente engañado le traían los traidores ministros que desde Esquilache le rodeaban. Por dicha de Azara y de sus compañeros tal mutacion no tuvo lugar en España; pero no escasearon nuevos desengaños, que les hicieron comprender que la Providencia se burlaba de sus amaños é intrigas.

## CAPÍTULO III

Proceso de Pombal. — Esfuerzos de los ministros de España para que no se instruya. — Su inutilidad. — Esperanzas de los jesuitas. — Medidas del gobierno español contra ellos. — Principios de un noviciado en Rusia. — Temores y prenuncios de Azara. — Facúltase en Italia á los jesuitas para ejercitar los ministerios. — Rescripto del Papa á favor de los jesuitas de Colonia. — El *Decreto formidable*. — Prodigalidades del P. Nicolás. — Enfermedad del P. José. — Encárgase de la tutoría de Nicolás. — Resentimiento de este. — El duque de Villahermosa embajador en Turin. — Terremotos en Bolognia. — Los PP. Pignatelli en las cortes de Parma y de Cerdeña. — El P. José y sus sobrinos los duques. — Vuelta de los Padres á Bolognia. — Obséquianlos los príncipes Spada.

1777 — 1779

El primer contratiempo, y el que sin duda puso en mayor aprieto á los ministros españoles, fue lo que sucedía en Portugal. Murió en Febrero de este año de 1777 el rey José I, á cuya sombra el marqués de Pombal había ejecutado contra los nobles y los jesuitas aquellas monstruosas é inauditas crueldades, que se harían increíbles, á no constar evidentemente por la historia. Toda la nacion esperaba este momento para ver arrojado del poder y de la corte aquel Neron de los tiempos modernos. D.<sup>a</sup> Maria, hija de José I, ayudada de su tío Carlos III, sucedió á su padre en el trono, y casó con su tío paterno don

Pedro. El primer cuidado de la reina fue destituir á Pombal, ordenar que se le instruyese proceso, y que se hiciera justicia á todos los vasallos oprimidos por aquel monstruo.

No ignoraban los ministros de España que el proceso de Carvalho era el suyo propio; y que si llegaba á instruirse con sinceridad y buena fe, como no podía menos de suceder, segun era general la indignacion contra aquel privado, indefectiblemente se descubrian á la faz del orbe las inicuas maquinaciones que de concierto con él habían tramado. Aquí fue el desplegar toda su actividad febril para impedir la formacion del proceso; no perdonando para ello á medio alguno, aunque fuese necesario arruinar á España en razon de conseguir su intento.

El ardid que siempre les había producido mejores resultados, era hacer intervenir al monarca en la realizacion de sus planes. Continuaba todavía la cuestion inveterada de los límites de las fronteras en las posesiones americanas entre los gabinetes de Madrid y de Lisboa: y en 1.º de Octubre de este mismo año de 1777 entra la reina en negociaciones con su tío Carlos III, y se firma por ambas potencias en el real sitio de San Ildefonso un tratado desventajoso para España y ventajoso para Portugal. Algunos meses después, en 24 de Marzo del año siguiente de 1778, la reina viuda D.ª María Ana Victoria, llamada por su hermano Carlos III y venida á España, hace con él íntima alianza en el Pardo<sup>1</sup>.

«La corte de Lisboa,» dice el P. Luengo<sup>2</sup>, «viéndose al principio de este reinado llena de confusion y desorden dentro de su casa, en una guerra peligrosa con los españoles, con pérdidas por esta parte y con miedo de otras mayores, contemporizó, y mucho, con los ministros de España en la causa del ministro Carvalho y en la de los jesuítas, para conseguir la paz y con las condiciones menos malas que fuese posible;..... y los ministros de Madrid le concedieron una paz ventajosísima con la intencion

<sup>1</sup> GEBHART, *Hist. general de España*, Tomo VI, pág. 275.

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 14, pág. 416.

de que no se les disgustase en las dichas causas del ministro y de la Compañía.»

Y dos páginas más adelante dice: «Este tráfico impío y sacrilego solo pudo hacerse entre algunos ministros de una y otra parte, dando ventajas en la paz los de Madrid, y prometiendo los de Lisboa apartar á la reina del pensamiento de hacer mal á Carvalho y bien á los jesuítas.» Y da la causa de todo en la página 425, diciendo: «Es evidente que por estas declaraciones de Carvalho aparecerán todos ellos [los ministros de España], ó será muy fácil inferirlo de ellas, unos hombres injustos, mentirosos, desvergonzadísimos, y por consiguiente traidores al Rey y dignos de padecerlo todo.»

Con todo esto no lograron los ministros de Carlos III que se suspendiera absolutamente la instruccion del proceso; porque la reina se reconocía obligada en conciencia á hacer justicia á tantos súbditos injustamente oprimidos en el reinado anterior con asombro de todo el reino y de todo el mundo civilizado, á donde llegaba la nueva de tales tiranías: y esto tanto más, cuanto que las víctimas del furor de Carvalho eran las familias y personas más ilustres del reino por su nobleza, piedad y religion<sup>1</sup>.

Los jesuítas portugueses desterrados en Italia conocían estas disposiciones de su reina: y estando su causa tan unida con la

<sup>1</sup> Á los jesuítas encerrados hasta entonces en lóbregos calabozos se los puso en libertad. De ellos escribía un autor contemporáneo: «Los jesuítas salidos de las cárceles predicán con grande aplauso de los fieles. El pueblo dice que no han cambiado de doctrina ni de vida con la mudanza de traje en el de sacerdote secular. Con el permiso de la reina el P. Pérez, oriundo de Bahía, ha vuelto de Roma. Los religiosos de la Compañía de Jesús resplandecen en este reino á los ojos del pueblo por el admirable ejemplo de sus virtudes. El P. Borges posee una gracia particular para la asistencia de los moribundos; y en todas partes, aun en las casas de los grandes, se lo disputan.» (CRISTÓBAL MURR, *Diario*, Tomo VIII, páginas 64, 66; citado por Zalenski). Permittedse á seis de ellos vivir reunidos en el monasterio de nuestra Señora de Belen junto á Lisboa. El rey D. Pedro se gloriaba de no haberse olvidado de la saludable doctrina que de ellos había aprendido.

de los caballeros, no dudaban de que se haría pública su inocencia y se les levantaría el destierro. «Las tonterías de Portugal,» escribía Azara en 17 de Julio de 1777, «des han vuelto la cabeza, y no sueñan otra cosa que resurreccion. Esperan otra tal revolucion en España, para ver su pleito ganado. Lo peor es que la predicen.»

Afortunadamente para Azara se habían tomado ya las más rigurosas medidas á fin de que los ex-jesuitas residentes en Italia no comunicasen, ni siquiera por cartas, sus impresiones y esperanzas á los parientes, amigos ó conocidos de España. Esta fue táctica adoptada desde el principio del destierro, seguida después de la extincion, y empleada con más rigor ahora, cuando empezaba á hacerse luz sobre los misterios de iniquidad de los agentes del gobierno. Algunos de los ex-jesuitas habían alcanzado licencia del presidente del Consejo para escribir á sus familias; pero ahora aun á estos se les privó de este alivio, ó se los sujetó á condiciones las más injustas y tiránicas.

Oigamos al P. Isla: quien, escribiendo á su hermana el día del Corpus (29 de Mayo) de este año de 1777, le dice: «Ya habrás sabido la orden que se nos ha intimado de no escribir á España, aun los que tenemos licencia para ello, sino por mano de nuestros comisarios, á quienes se deben entregar las cartas abiertas<sup>1</sup>.» Así lograban que en España se estuviese á oscuras acerca de los sucesos favorables á los jesuitas, y podían á mansalva propagar en el reino las más negras calumnias que ellos se forjaban. Para ello y para mayores disgustos les dio abundante materia un importantísimo triunfo de los jesuitas.

La muerte iba disminuyendo el número de estos en Rusia: y Catalina, para reparar estas continuas bajas, procuró les facultase el Pontífice para recibir novicios en aquel imperio. Cuán á pechos tomó Catalina este negocio, veráse en la siguiente carta del conde Tchernichef al Padre Czerniewicz. Dice así:

«Reverendísimo Padre. — Hoy he recibido otra carta de la

<sup>1</sup> Carta CCLXXVIII á su hermana.

Emperatriz, mi soberana, cuyo afecto se aumenta de día en día más para con vuestra Compañía. Su Majestad Imperial se digna participarme que aprueba la ereccion de un noviciado de vuestro Instituto en la Rusia Blanca. Sin embargo ántes que se levanten las dificultades que á esta obra se han de oponer, y tomadas las precauciones necesarias para que enteramente logre feliz éxito esta empresa, Su Majestad Imperial, vuestra Soberana, os ordena que deis principio siquiera á la fábrica de dicho noviciado.»

«Este nuevo testimonio de atencion, que tengo encargo de participar á V. R., os obligará indudablemente á todos los de vuestro Instituto á estarle eternamente agradecidos. Me atrevo á esperar de vuestra sumision especialmente, que os daréis toda la prisa posible no solamente en lo que toca á la fábrica, sino tambien en lo que concierne al mueblaje que requiere el dicho noviciado. — Entretanto tengo el honor de ser con toda consideracion — De V. R. humildísimo siervo — ZACARIAS TCHERNICHEF, Gobernador de la Rusia Blanca. — Moscou, 23 de Febrero de 1777<sup>1</sup>.»

Nada deseaba tanto Su Santidad, como complacer á Catalina y conservar aquel sagrado fuego que ardía en un rincón de Europa, de donde se había de propagar por todo el mundo. Pero aquí fue donde desplegaron toda su actividad y agotaron los recursos de su ingenio cuántos temían el abismo de miserias en que iban á precipitarse con la resurreccion de los jesuitas. Este negocio costó más de tres años de tiempo, y «provocó» dice el P. Zalenski<sup>2</sup>, «una muy viva correspondencia diplomática, dando origen á violentas acusaciones contra la Compañía.»

El sagaz agente Azara, que comprendía bien el éxito que había de tener este negocio, sin poder disimular su sentimiento, y aun abultando los hechos, como acontece al que teme, daba parte de sus temores escribiendo en 24 de Abril (1777): «En Alepo han celebrado los jesuitas, y los capuchinos sus secuaces,

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 7.º, pág. 35.

<sup>2</sup> *Los jesuitas de la Rusia Blanca*, Tomo I, Lib. III, Cap. I.

la resurreccion de la Compañía con procesion y fiesta en casa del cónsul. Han venido aquí á quejarse de las nuevas herejías de estas gentes el obispo de Jerusalem y un misionero franciscano; y apenas han puesto los pies en Roma, cuando los han amedrentado y mandado callar..... En Lituania viven y hacen hijos. En Prusia cuasi lo mismo. En Alemania son adorados. En Francia gobiernan todo el clero y los dos tercios de los seglares. En Portugal ya pide la nueva reina el rezo del Corazon de Jesús y otras gracias para los jesuitas que han salido de prision. En Italia tienen general y provinciales. En Roma insultan ya á sus contrarios, etc., etc. ¿Qué les falta, pues, para estar resucitados y gloriosos como ántes? Que suceda una desgracia en España, y que el ministro español en Roma vaya *in focchi* (con solemnidad) á pedir al Papa la supresion del Breve de supresion, y no dude V. que este caso no lo miran aquí como imposible. Yo no puedo hacer más que *instare, obsecrare*; pero tengo chica voz.»

Y á 7 de Agosto, echándola de profeta, decía: «V. se acuerde, que yo le pronostico desde ahora, que los jesuitas lograrán ántes de dos años, no el restablecer su Compañía, pero sí resucitar bajo otra forma, que en sustancia será lo mismo. Lo veo tan claro, como el sol que nos alumbrá; pues todas las líneas de aquí y de afuera se dirigen á esto. Dios quiera que yo sea un mal profeta.»

Á grandes comentarios se prestan todas estas lamentaciones, que omito aquí por no ser de este lugar. Lo cierto es que pintan con vivos colores el estado de los ánimos así de los amigos, como de los enemigos, de la Compañía. El aliento que infundían en el ánimo del P. Pignatelli tan prósperos sucesos, no hay palabras con que significarlo. Por sus relaciones con los personajes de Bolonia más ilustres en saber, nobleza y autoridad estaba al corriente de todo lo que iba sucediendo en favor y en contra de su religion, cuya prosperidad le colmaba de alegría.

No fue pequeña la que recibió por este tiempo, al ver habilitados para los ministerios del Instituto á sus compañeros hasta entonces ignominiosamente privados de su ejercicio, como lo es-

escribe el P. Isla con fecha 11 de Abril de 1778<sup>1</sup>. «Así en Roma,» dice, «como en los demás estados de Italia ejercitan los ministerios de enseñar, confesar y predicar todos aquellos que quieren los obispos; y entre ellos hay algunos españoles, particularmente aragoneses<sup>2</sup>. El nuevo Cardenal Arzobispo de Bolonia, mi buen *padrone*<sup>3</sup>, ha nombrado por maestro de retórica de este su seminario á un ex-jesuita boloñés muy hábil y de mi particular cariño.»

Henchíasele de gozo el corazon al P. Pignatelli al ver que su madre la Compañía recobraba su primera estimacion y aprecio ante los Pastores y la grey cristiana; y esto, á pesar de los obstáculos que por todas partes la suscitaban sus enemigos, y más que todos, los agentes de España en Roma<sup>4</sup>. Lo que estos trabajaban por inutilizar los esfuerzos del Papa en el asunto del noviciado de Rusia, era increíble al que por sus propios ojos no lo viese.

El caso que voy á referir demostrará con qué afán se desvelaban nuestros diplomáticos por estorbar todo lo que se intentaba con el fin de rehabilitar á la extinguida religion. Me serviré de las mismas palabras de Azara en su carta de 4 de Febrero de este año de 1778:

«Si yo no estaba por el mundo,» dice, «bravo parche nos ha-

<sup>1</sup> Carta CCLXXXI, á su hermana.

<sup>2</sup> En Ferrara fueron más fáciles las autoridades eclesiásticas en permitir á los jesuitas el ejercicio de sus ministerios.

<sup>3</sup> Era este, como dijimos, el cardenal Gioanetti.

<sup>4</sup> Como ejemplo de la suma vigilancia que estos ejercían sobre todo lo que tuviese relacion con la causa de la Compañía, citaré el hecho siguiente, que escribe Azara en su carta de 1.º de Enero de 1778. Dice así: «Días pasados llegó aquí un peregrino alemán, el cual se presentó á su penitenciario; y para instruirle de su buena conciencia, le mostró todos sus certificados de confesiones; y entre ellos, uno de un santuario de Prusia, llamado *la Virgen del Tilio*, cuyo capellan es un jesuita, y se firma, como tal, *Societatis Jesu*, en prueba de que subsisten y se tienen por tales jesuitas, como si la Compañía no hubiera sido extinguida. Este certificado,» añade, «le tuve yo, y lo he dado al embajador, para que le haga un argumentico al Papa esta noche.»

bían pegado los jesuitas, pues indirectamente habían resucitado; porque con gran secreto habían ya obtenido un rescripto del Papa, para que los que viven juntos en los colegios de Colonia pudiesen predicar, confesar, abrir escuelas y encargarse de educar muchachos en colegios etc. Ya ve V. que la extinción quedaba puro nombre, pues no habría de mudado más que el hábito<sup>1</sup>. Si fuera maligno, con haber callado dejaba armarse una tempestad, que Dios sabe cuándo se hubiera apagado; y yo estaba seguro que yo solo en Roma lo sabía. Sin embargo se lo comuniqué luego al embajador, y todo se ha remediado; y el rescripto queda suprimido. Creo que no ha sido este pequeño servicio.»

Sería nunca acabar el referir todos los servicios de este género prestados á los ministros de Carlos III por D. Nicolás de Azara. Toda la vida de Pio VI fue una continua lucha á brazo partido contra esos hombres, á quienes el miedo de que se descubriesen sus iniquidades traía hechos unos Argos para descubrir los planes que se meditaban á favor de la inocencia oprimida y en bien de la Iglesia, y ahogarlos en sus mismos principios. Resistencia tan constante y tenaz prueba sin embargo cuán sinceros eran los propósitos del Papa de restablecer la Compañía á instancias de los obispos y aun de varios príncipes y pueblos; propósito que más de una vez manifestó á los que le suplicaban restaurase la orden abolida.

Á mediados de este año de 1778 viéronse como transportados de inefable gozo los enemigos de los jesuitas, cual si no solo hubiesen por fin logrado sacudir de sí los temores concebidos, particularmente desde la desgracia de Pombal, cuya suerte veían

<sup>1</sup> En el correo anterior (29 de Enero) escribía D. Nicolás: «De cosas de aquí no hay nada esta semana que avisar. Sé, no obstante, que los jesuitas no duermen; y que el grande Antici está haciendo vivas diligencias, para que á los que conviven [esto es, viven reunidos] en los colegios de Alemania, se les permita confesar, predicar, etc., contra lo dispuesto en el breve de Clemente XIV. Esto sería resucitarlos enteramente, sin más diferencia que el hábito. El elector de Colonia, gran fautor de esta gente, es el que promueve la pretension. Dudo que la logre; pero no hay que fiar.»

haber de ser tambien la suya, si se descubrian sus tramas; sino tambien asegurado con un nuevo triunfo su porvenir y dado un golpe mortal á sus contrarios. Tratábase en Roma la cuestion del noviciado de Rusia: la agitacion de los agentes del gobierno de España había sido activa y animada cual nunca: y su aire de triunfo hacía presentir algo más que una mera negativa de la fundacion de un noviciado. El desaliento se apoderó del ánimo de cuantos habían concebido segura esperanza de un pronto restablecimiento de la Compañía. Solo el P. Pignatelli se mostraba imperturbable, fijo su corazón en aquel Señor que no permite sea siempre oprimida la inocencia, y dirige con mano suave sí, pero tambien fuerte, los humanos acontecimientos, y aun las diabólicas instigaciones, al bien y provecho de sus escogidos.

Humanamente hablando tenían bien de que alegrarse los adversarios de los jesuitas. Á fuerza de intrigas y de malas artes habían conseguido de Pio VI un decreto que los Padres Rusos con razon calificaron de *formidable*. En él se comunicaban al obispo de Mallo *in partibus*<sup>1</sup> facultades tan amplias, que en un momento podia destruir la obra de los jesuitas en Rusia y apagar de un golpe aquel resto de vida que allí conservaba la Compañía. Creo conveniente copiar aqui aquel documento traducido al español. Es del tenor siguiente:

«En la audiencia de 9 de Agosto de 1778 Nuestro Padre Santo el Papa Pio VI, por relacion del infrascrito, secretario de la sagrada Congregacion de la Propaganda, para conservar y mantener la observancia regular en los países sujetos al imperio moscovita, ha tenido á bien conferir por tres años al Reverendísimo Señor Estanislao Siestrzencewicz, obispo de Mallo en la Rusia Blanca, la jurisdiccion ordinaria sobre los religiosos

<sup>1</sup> Segun Cristóbal de Murr, MALLUS fue el nombre de una ciudad de Pisidia, y el mismo nombre tuvo otra de Cilicia, en el Asia. Ambas fueron elevadas á Sedes episcopales en el siglo V. (*Diario*, Tomo XIII, pág. 273, nota).

existentes en las provincias confiadas á su administracion; de suerte que en virtud de esta concesion del Pontífice, tiene derecho de visitar é inspeccionar con la autoridad apostólica, por sí mismo ó por delegado probo y capaz, cuantas veces le pareciere oportuno, conforme á los sagrados cánones y al concilio Tridentino, los monasterios regulares tanto de hombres como de mujeres, los prioratos, las casas de cualquiera orden, aun mendicante, los hospitales, aun los exentos y sujetos inmediatamente á la Santa Sede ó que alegaren cualquier otro privilegio; los cabildos, conventos, universidades, colegios y personas; de inquirir diligentemente sobre su estado, costumbres, disciplina, en general y en particular, en las cabezas y en los miembros; concediéndole facultad, cuantas veces, conforme á la doctrina apostólica, los santos cánones, decretos de concilios generales, tradiciones y estatutos de los Santos Padres, comparados con las circunstancias y naturaleza de las cosas, advirtiere que cualquiera parte necesita de mutacion, correccion, revocacion, renovacion ó aun de nueva institucion, de reformar, cambiar, corregir y de nuevo instituir: y lo que hubiere instituido de conformidad con los santos cánones y decretos del concilio de Trento, de confirmarlo, propagarlo, mandarlo ejecutar, de extirpar todo abuso, de restablecer y reintegrar por medios convenientes las reglas, constituciones, observancias y disciplinas eclesiásticas en donde quiera que hubiesen decaído; de inquirir con rigor y emplear la fuerza coercitiva contra los religiosos que vivieren mal, que fueren relajados, infieles á su instituto ó culpables de otra cualquiera falta, aunque sean exentos y privilegiados, conforme á las reglas de la justicia y de la sana razon: y cuanto haya estatuido, cuide de hacerlo observar como si hubiese emanado de la Sede apostólica, no obstante toda disposicion á esto contraria<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Ex audientia Sanctissimi habita die 9 Augusti 1778. — Ms. Archiv. Nunz. di Polonia.* Publicalo CRISTÓBAL DE MURR en su *Diario*, Tom. IX, pág. 315. El cardenal Caselli, al firmar este decreto, exclamó: «Este do-

Tal era el contenido del decreto: y en verdad que los enemigos de la Compañía lo consideraban como el golpe más certero y mortal que pudieran asestar al corazón de su víctima. De aquí las demostraciones de júbilo con que lo celebraban, y los rumores que esparcían de que presto se habían de ver libres de aquella fantasma ominosa que los tenía en continuo sobresalto. El Nuncio de Polonia, Monseñor Archetti, no dudaban que secundaría sus planes; pues creían participaba de la opinion de que la existencia de los Padres en Rusia no era conforme á derecho; y solamente la actitud de Catalina y su decidida voluntad de mantener la palabra que dio á los polacos de no inmutar cosa ninguna en lo tocante á asuntos religiosos, le habían impedido la intimacion del Breve de Clemente XIV á aquellos Padres.

Respecto al obispo de Mallo, tampoco abrigaban la menor duda de que usaría de sus amplias facultades contra los jesuitas, que habían dado ocasion á que, sin esperarlo él, le fuesen otorgadas. Sabían su historia: y esto los tenía tranquilos. Siestrzencewicz había sido calvinista en su niñez y en su juventud durante sus estudios en Alemania é Inglaterra: vuelto á Rusia abrazó el rito católico latino porque así convenia á su medro personal: llegó á ser obispo por la gracia de Dios, pero no por la de la Sede Apostólica; si bien esta le reconoció aquel grado por el favor de la Emperatriz de que gozaba el intruso, cuando esta pidió la creacion de un obispado latino en la Rusia Blanca<sup>1</sup>.

cumento se dirige contra la Compañía, y podría ser muy bien que la salvase.» Notóse además por los que conocían el estilo de la curia Romana en semejantes documentos, que contra la costumbre ordinaria se había omitido en este la cláusula *Juxta constitutiones apostolicas*: y como el Soberano Pontífice no hizo la tal omision por descuido y sin pensar, sino de propósito; deducían que la causa de ello era evitar toda alusion al Breve de Clemente XIV; ó lo que es lo mismo, que el Papa dirigía el documento no á la destruccion, sino á la salvacion de la Compañía en Rusia: pues sabía que el obispo no obraría respecto á ella contra la voluntad de la Emperatriz.

<sup>1</sup> El P. Zalenski da curiosos pormenores de este hombre. Fue hijo de padres calvinistas. Enviado por el sínodo á estudiar teología sucesivamente á Koénisberg, Fráncfort, Amsterdam y Londres, solo se dio



Cuál fue el desenlace de tan peligroso drama, lo veremos después que hayamos referido un suceso que causó los más graves disgustos al P. José Pignatelli. Hemos dicho ya cómo su hermano Nicolás, aburrido de su arresto, salió de la casa del comisario regio y de la compañía del Siervo de Dios. El Padre Manuel Luengo<sup>4</sup>, que por muchos años trató con Nicolás, dice de él que era «un joven inocente, de buenas costumbres y muy amable..... de poco juicio en algunas cosas, y de simple prodigalidad:» y añade: «Aunque tiene muy buena renta para el estado presente, y no menor que su hermano D. José, que con su buena conducta lo pasa grandemente y se porta como caballero y señor, está lleno de deudas sin saberse en qué pueda gastar tanto sino en simples y necias prodigalidades.»

Separado Nicolás de José su hermano, puso casa en Bolonia con un lujo tal, que si bien no era superior á lo esclarecido de su linaje; pero no decía bien con un miembro de la familia Pignatelli, que desde niño había profesado la pobreza religiosa; y contrastaba grandemente con la escasez ó con la modestia, en que vivían sus antiguos hermanos en religión aun los pertenecientes á familias acomodadas ó ilustres. Jamás había entendido qué cosa fuese gobierno, administracion ó economía: así que no tardaron los excesivos gastos á superar las únicas entradas con que

á aprender lenguas extranjeras. Vuelto á su patria, malgastó una cantidad de dinero de su padre: y temiendo algun castigo, sentó plaza en el ejército prusiano, y llegó á oficial. De resultas de un duelo, tuvo que dejar el servicio de Prusia, y entró en el de Polonia, donde llegó presto al grado de capitán. Pidió la mano de una joven, la cual era católica: ella respondió que por nada de este mundo tomaría por esposo á un hereje. El pretendiente se fue á Vilna, y al cabo de una semana vuelve y hace saber á la joven que ya es católico. Respondióle ella: «Con la misma facilidad con que cambias de religion, cambiarías de mujer:» y le despidió. La esperanza de un pingüe beneficio le decidió á abrazar el estado eclesiástico, y en 1763 á los 32 años de su edad fue ordenado de sacerdote. Tal era el hombre de que necesitaba Catalina para obispo de los católicos del rito latino. (ZALENSKI, Tomo I, Lib. II, Cap. VII.)

<sup>4</sup> *Diario*, Tomo 19, págs. 292-293.

contaba, que eran la pensión del rey y la renta que en España se le había concedido.

Empezó, pues, con sus prodigalidades á contraer deudas: estas insensiblemente fueron aumentando hasta ponerle en más de un compromiso. Recurría á sus hermanos de España; los cuales no veían con buenos ojos el despilfarro de Nicolás, advirtiéndole que á José la renta, que le fue asignada, no solamente le bastaba para atender á su decorosa manutencion, sino que le sobraba para remediar las necesidades de sus compañeros; y esto tanto era así, que su hermana la condesa de la Acerra continuamente le estaba remitiendo sumas, á veces bien considerables, para socorro de los necesitados.

Heriala á José en lo más vivo la conducta de Nicolás. Hacíale ver que con ella no se honraba á sí mismo, ni miraba por el honor y buena reputacion de la familia, ni daba la edificacion que de él podían esperar sus hermanos en religión y las personas de la ciudad que no ignoraban había sido religioso. Pero todo fue en vano: Nicolás continuaba derrochando y adeudándose; y en más de una ocasion el P. José, para impedir que los acreedores le llevasen á los tribunales en demanda de justicia, tuvo que desembolsar crecidas cantidades, que tenía destinadas á aliviar la miseria de los pobres y de sus hermanos, puestos en verdadera necesidad.

La pena que todo esto causaba al Siervo de Dios, era más dolorosa de lo que puede con palabras explicarse. Basta decir que la continua opresion de espíritu en que vivía por esta causa, llegó á influir en su salud corporal; pues empezó á sentirse debilitado el estómago y con penosísima lentitud en la digestion; achaques que acabaron en náuseas y bascas, y le redujeron á no poder tomar alimento sólido hasta la noche, teniendo que sustentarse entre día con algunos sorbos de chocolate y á veces con sola alguna taza de salvia. Con esto se debilitaron insensiblemente sus fuerzas, y cayó en un estado de postracion tal, que en todo lo restante de su vida no se vio libre de ella enteramente: y como escribe el P. Monzon, esta enfermedad ahora

contraída, le duró por más de treinta años, esto es, hasta el fin de su vida<sup>1</sup>.

Y no fue todavía esto lo más sensible para su tierno corazón, sino los medios que arbitró su familia para ver de reducir á Nicolás á un término razonable, y fueron tratarle como á pródigo ó menor de edad, nombrándole un tutor que le fuese entregando á cortos tiempos las cantidades precisamente necesarias para sus gastos ordinarios; y acudieron para esto á la caridad y prudencia del P. José, á quien efectivamente encargaron la tutoría de Nicolás. Tomó sobre sí el buen Padre aquel odioso cargo, aunque en verdad con poca esperanza de que produjese el buen efecto que sus hermanos pretendían; antes al contrario previendo y temiendo que en vez de remediar el mal, lo acrecentaría, avivando en el corazón de Nicolás el interior resentimiento con él, nacido de la diferente conducta de entrambos.

Podría ser que tuviese relación con el arreglo de este tan espinoso asunto el viaje á Italia del conde D. Luis, su sobrino, en otoño de 1778: pues consta que estuvo por este tiempo en Roma, como lo escribía Azara en carta de 13 de Octubre. «Yo,» dice, «me estoy aquí plantado (en Roma),..... y acompaño á ver *l'antichità* (las antigüedades) al conde de Fuentes, que viene de Sicilia, y está alojado en mi casa. Un día de estos parte para París.» Y en 29 del mismo mes añadía: «Aun tengo aquí al conde de Fuentes, pero parte muy presto para París.»

Estuviese ó no relacionado con aquel asunto este viaje, lo cierto es que la cosa no se compuso á satisfacción del P. José, como se desprende de los hechos posteriores, y le fue preciso tomar la tutoría de Nicolás, origen de nuevos disgustos y ocasión de que las buenas relaciones entre los dos hermanos se pusieran cada día más tirantes. Por más que el P. José le acertase las asistencias, reduciéndolas á lo que bastaba para vivir su hermano

<sup>1</sup> Si esta enfermedad le duró más de treinta años, y el Venerable falleció á fines de 1811, resulta que debió de contraerla lo más tarde en este tiempo, es á saber, en 1779 ó 1780.

holgadamente y con el decoro que correspondía á su esclarecido linaje, de continuo acudían los acreedores al P. José, exigiéndole exorbitantes sumas por las deudas que su hermano contraía.

Lo que más sensible era á su cariño fraternal era ver la enajenación del ánimo de Nicolás, conociendo que si quisiera este vivir en su compañía, fuera cosa fácil reducirle á un término justo. Muchos eran los medios que excogitaba para alcanzar de él que se estrechasen más las mutuas relaciones; pero Nicolás, que se sentía por una parte humillado, al verse tenido por menor ó pródigo y constreñido á depender de un hermano casi de su misma edad, y por otra contrariado en sus prodigalidades y reducido á cierta estrechez en sus gastos; no comprendía que tal oficio con él ejercitado era de pura caridad y nacido del deseo de su bien; pues su conducta le rebajaba á los ojos de sus compañeros y más á los de sus parientes, los cuales reputaban como un borron para toda la familia tal conducta en uno de sus miembros.

No dejaba el P. José pasar ocasión alguna, que se le presentase, de atraer á sí á Nicolás y ponerse más en contacto con él. Determinó, pues, aprovechar una muy favorable que se le ofreció. El día 16 de Marzo de 1779 llegó á Turin D. Juan Pablo Azlor, Duque de Villahermosa, que fue de embajador de España en aquella corte. Acompañábale su esposa, D.<sup>a</sup> María Manuela, sobrina de los Padres Pignatelli, á quienes nunca había tratado ni conocido. No ignoraba el P. José que el duque su sobrino estaba inficionado de la nueva filosofía, por lo cual pudiera ser inoportuna la presencia de los dos ex-jesuitas en Turin.

Resolvió no obstante hacer á los nuevos embajadores una visita con su hermano Nicolás. Dióle buen pretexto para ello el pánico que reinaba en Bolonia á causa de los temblores de tierra que sin cesar se repetían, como se ve por una carta escrita desde aquella ciudad por el P. Isla á su hermana en 14 de Junio de este año de 1779. «Al comenzar el 2 del corriente,» dice, «se sintió en esta ciudad un violento terremoto, que se repitió

cinco veces en aquel día, y la tercera con igual violencia que la primera. Repitiéronse por once días los mismos estremecimientos más ó menos violentos, con gran consternacion del pueblo, pero sin daño considerable de los edificios, aunque con mucha conmoción de las gentes, en las cuales ha hecho gran fruto esta elocuentísima mision: de manera que para Bolonia más ha sido beneficio que castigo. En varias otras ciudades de Italia se experimentó el mismo temblor, pero mucho más mitigado, sin que sepa que haya perecido persona alguna dentro de Italia en tan inminente peligro.» Fue tan pertinaz este azote, que en 17 de Diciembre del mismo año escribía el Padre á su hermana: «Los temblores de la tierra no cesan, y los clamores al cielo se continúan.»

Aunque sentía el P. José dejar á Bolonia en tan triste situacion, que ofrecía vastísimo campo á su infatigable caridad á favor de los pobres y necesitados, á quienes era preciso aliviar y socorrer con limosnas corporales no menos que con espirituales consuelos; aprovechó no obstante la buena ocasion que se le ofrecía de emprender con su hermano un viaje á Cerdeña; para lo cual escribió ántes á su sobrina la duquesa anunciándole su próxima visita. Salieron ambos para Turin el mes de Junio. Pasaron por Parma, en donde fueron á visitar al infante de España, el duque D. Fernando; el cual les recibió con manifestaciones de singular cariño, y no consintió que durante su permanencia en su corte se alojasen en otra posada que en su propio palacio.

Aquí contrajo el Siervo de Dios aquella amistad con el infante-duque, que duró toda la vida de este, y produjo para la Compañía los ventajosos resultados, de que se dirá largamente más adelante.

Llegaron á Turin los dos hermanos el día 11 de Julio (1779); y de su llegada escribe el duque en su Diario estas lacónicas frases: «A cosa de las ocho de la noche llegaron los señores don José y don Nicolás Pignatelli, hermanos del difunto conde de Fuentes.» El P. José contaba entonces tan solo cuarenta y dos

años aun no cumplidos; pero las austeridades, las dolencias y los grandes trabajos físicos y morales que había padecido, le daban el aspecto de un anciano. Era de elevada estatura, muy flaco de cuerpo, de rostro largo y facciones regulares, afeado por una gran nariz que le colgaba sobre la boca, sumida por falta de dientes. Su porte era distinguidísimo: bajo el humilde traje eclesiástico reconocíase en él al caballero de raza: era naturalmente cortés y afable, y estaba informado, por decirlo así, hasta en sus más mínimas acciones por la austera gravedad del religioso mortificado. Vestía como los clérigos italianos de entonces, calzon corto, chupa y casacon largo que le mediaba la pantorrilla, y peluca sin polvos, que dejaba ver la tonsura en la parte superior de la cabeza<sup>1</sup>.

Recibió el duque á los dos hermanos Pignatelli con grandes muestras de consideracion y de respeto. Á los pocos dias de su llegada llevólos él mismo á visitar al arzobispo de Turin, á quien pidieron licencias para decir misa, y en el acto les fueron otorgadas.

Los vastos conocimientos del P. José en lenguas, en artes bellas y antigüedades, le sirvieron admirablemente para conquistarse la benevolencia y el afecto del duque. Ayudóle en aquellos días con grande asiduidad y mayor paciencia en los trabajos sobre las fábulas griegas que el duque tenía entre manos; y le refundió casi por completo una disertacion, que para remitirla á España escribía el duque sobre la tabla Isiaca, existente en la universidad de Turin, considerada entonces como uno de los más antiguos monumentos egipcios, y mirado hoy por los inteligentes como un monumento pseudo-egipcio de la época de Adriano.

Deseaba la duquesa que así como el Padre con la superioridad de su talento se imponía poco á poco al duque su marido, se le impusiera también con la superioridad de su virtud y de su fe religiosa para traerle á la práctica de la religion y de la vida cristiana. Instóle con devota impaciencia para que emprendiese

<sup>1</sup> P. COLOMA, *Retratos de antaño*, Cap. XVIII.

la obra de convertir á su esposo; pero el P. José tan solo contestó á las instancias de la sobrina con aquellas palabras de un profeta: «Vendrá un niño pequeño, y lo pastoreará<sup>1</sup>.» Con esta frase aludía al hijo que esperaba la duquesa, la cual tuvo siempre como verdadera profecía las palabras de su santo tío, pues vio á poco cumplirse en todas sus partes aquel prenuncio.

Al mismo tiempo que el P. José remitía á la accion de la gracia la conversion del duque, dióse con todo el ardor de su celo á adelantar en el camino de la virtud á la duquesa. Desde luego descubrió en la sobrina un espíritu todo de Dios, una perfeccion nada comun, una alma capaz de grandes empresas de la gloria de Dios y susceptible de cultura espiritual muy superior á la debilidad de su sexo. Por su parte la duquesa al momento se sintió dominada por la presencia de su tío y deseosa de ponerse bajo su direccion, como si allá en su alma se la certificase de que cultivada por aquel hombre de Dios, había de correr á pasos de gigante por el camino de la virtud.

Abrió de par en par á su santo tío todo su corazon hasta el último repliegue: y como advirtiera el prudente varon algun exceso en el amor del retiro y de la soledad, trazóle el plan de vida que más conveniente le pareció, basando el edificio de su santidad en el exacto y fiel cumplimiento de los deberes de su estado. Animóla á pelear con el ejemplo contra las modas menos conformes con la honestidad y recato. Cercenó sus oraciones vocales, en que la buena señora gastaba gran parte del día; y la enseñó la práctica de la meditacion y de los exámenes, recomendándole la frecuente lectura de la *Vida devota* de San Francisco de Sales, los *Ejercicios de perfeccion y virtudes cristianas* del P. Alonso Rodríguez, y la *Cuaresmillá* de Masillon. En una cosa no introdujo reforma el P. Pignatelli, y fue en las abundantes limosnas que hacía la duquesa, aunque su marido la calificaba de pródiga; porque «prodigalidades de este género,» decía el Padre, «son vicios que á los grandes sientan muy bien.»

<sup>1</sup> *Puer parvulus minabit eos.* Isai. XI, 6.

Llegó por fin la hora del alumbramiento de la duquesa. Dio á luz un niño, en lo cual vio cumplirse la primera parte de la profecía del P. José. Ofrecióse el rey, Victor Amadeo III, á apadrinar el recién nacido, fijando la ceremonia para cuando la duquesa pudiese presentarse en la corte. Como en Turin arreciase el calor y temiese el duque por el recién nacido, trasladósele á una casa de campo, que ofreció el marqués de Meana Taglioni, entre Turin y Moncalieri. La duquesa, en cuanto le fue posible, pasó tambien á la quinta Meana, á donde la acompañaron los Padres Pignatelli. Hizose la ceremonia solemne del bautismo el día 8 de Setiembre, y tres días después salieron para Bolonia los Padres Pignatelli, prometiendo ántes el P. José á la Duquesa volver el verano próximo para darle los Ejercicios de San Ignacio<sup>1</sup>. Dirigiéronse á Parma en cumplimiento de la palabra que habían dado al Duque; el cual los acogió á la vuelta con los mismos agasajos y cordialidad con que los había recibido á la ida.

Vueltos á Bolonia á principios de Octubre, no pudieron desatender los ofrecimientos de los príncipes Spada, que se empeñaron en tenerlos algunos días en una quinta poco distante de la ciudad. El P. José que no buscaba sino pretextos para prolongar la permanencia de Nicolás á su lado, aunque varios negocios de los que tan propios le eran, esto es, el prestarse al socorro de los necesitados, reclamaban su presencia en la ciudad; persuadió con todo esto á su hermano, que era conveniente aceptar la invitacion de los príncipes; y convinieron en pasar el día en el campo con aquellos señores, y de noche trasladarse á la ciudad para despachar las peticiones de los que acudiesen á él por favor ó por remedio. Y así lo hicieron.

Todo esto consta por una carta del P. Isla de fecha 16 de Octubre de 1779, en que dice así<sup>2</sup>. «Los caballeros Pignatelli,

<sup>1</sup> El Duque escribía en 11 de Setiembre: «Se fueron los tíos don José y D. Nicolás Pignatelli á Bolonia con ánimo de volver el año que viene.»

<sup>2</sup> Cartas á varios: carta CXXXVII.

luégo que se restituyeron de Turin á Bolonia, dieron principio á una *villeggiatura diurna*<sup>1</sup> poco distante de nuestras murallas, donde hace su campaña mi señora la marquesa Espada. Por el día son *campagnuoli*<sup>2</sup>, y por la noche *cittadini*<sup>3</sup>; por cuya razon no podré desempeñar la comision de vuestra excelencia, y otra que tengo para ellos de un sobrino mio al servicio de la corte de Parma, (cuya casa honraron con su hospedaje á la ida y vuelta de Turin), hasta que dejen de ser *pipistrelli*<sup>4</sup>. Oigo decir que dentro de dos ó tres días se retirarán á los cuarteles de invierno, y entonces cumpliré con uno y con otro encargo, de lo que será vuestra excelencia avisado.»

<sup>1</sup> Temporada de campo.

<sup>2</sup> Habitantes del campo.

<sup>3</sup> Ciudadanos.

<sup>4</sup> *Murciélagos*: esto es, hasta que dejen de estar visibles en Bolonia solamente de noche.

## CAPÍTULO IV

Comocion en los Estados Pontificios y causa de ella. — Temores de los jesuítas de Rusia por el formidable decreto. — Conviértense en gozo por la concesion del noviciado. — Agitacion que tal noticia produce en todos los ánimos. — Alegría de los jesuítas españoles residentes en Bolonia. — Desea el P. José pasar á Rusia. — Dificultades que surgen. — Una visita al colegio de Polotsk. — Pío VI y el cardenal Calini. — Formacion del proceso de Carvallo. — Comunícase al Papa un extracto de él. — Puntos principales del extracto.

1779 — 1780

Á su vuelta de Turin halló el P. José Pignatelli las ciudades del Estado Pontificio en una verdadera comocion, promovida precisamente con ocasion de lo que más á él le interesaba, cual era su madre la Compañía. Para explicar el carácter de esta agitacion de los espíritus, preciso será remontarnos al origen de ella, que no fue sino la cuestion del noviciado en Rusia.

Hemos visto cuán amplias facultades sobre las órdenes religiosas había comunicado Su Santidad el Papa Pío VI al obispo de Mallo. La noticia del decreto pontificio y de las omnímodas atribuciones que en él se conferían á aquel obispo, llegó á los Padres rusos en Setiembre de 1778, y los sumió en un abismo de tristeza y de consternacion. El Vice-Provincial P. Czerniewicz creyóse en el caso de tener que prescribir oraciones á todas las casas y colegios para alcanzar de Dios, por intercesion de San Francisco Javier, que librase á aquellos restos de la Compañía de

luégo que se restituyeron de Turin á Bolonia, dieron principio á una *villeggiatura diurna*<sup>1</sup> poco distante de nuestras murallas, donde hace su campaña mi señora la marquesa Espada. Por el día son *campagnuoli*<sup>2</sup>, y por la noche *cittadini*<sup>3</sup>; por cuya razon no podré desempeñar la comision de vuestra excelencia, y otra que tengo para ellos de un sobrino mio al servicio de la corte de Parma, (cuya casa honraron con su hospedaje á la ida y vuelta de Turin), hasta que dejen de ser *pipistrelli*<sup>4</sup>. Oigo decir que dentro de dos ó tres días se retirarán á los cuarteles de invierno, y entonces cumpliré con uno y con otro encargo, de lo que será vuestra excelencia avisado.»

<sup>1</sup> Temporada de campo.

<sup>2</sup> Habitantes del campo.

<sup>3</sup> Ciudadanos.

<sup>4</sup> *Murciélagos*: esto es, hasta que dejen de estar visibles en Bolonia solamente de noche.

#### CAPÍTULO IV

Comocion en los Estados Pontificios y causa de ella. — Temores de los jesuítas de Rusia por el formidable decreto. — Conviértense en gozo por la concesion del noviciado. — Agitacion que tal noticia produce en todos los ánimos. — Alegría de los jesuítas españoles residentes en Bolonia. — Desea el P. José pasar á Rusia. — Dificultades que surgen. — Una visita al colegio de Polotsk. — Pío VI y el cardenal Calini. — Formacion del proceso de Carvallo. — Comuníquese al Papa un extracto de él. — Puntos principales del extracto.

1779 — 1780

Á su vuelta de Turin halló el P. José Pignatelli las ciudades del Estado Pontificio en una verdadera comocion, promovida precisamente con ocasion de lo que más á él le interesaba, cual era su madre la Compañía. Para explicar el carácter de esta agitacion de los espíritus, preciso será remontarnos al origen de ella, que no fue sino la cuestion del noviciado en Rusia.

Hemos visto cuán amplias facultades sobre las órdenes religiosas había comunicado Su Santidad el Papa Pío VI al obispo de Mallo. La noticia del decreto pontificio y de las omnímodas atribuciones que en él se conferían á aquel obispo, llegó á los Padres rusos en Setiembre de 1778, y los sumió en un abismo de tristeza y de consternacion. El Vice-Provincial P. Czerniewicz creyóse en el caso de tener que prescribir oraciones á todas las casas y colegios para alcanzar de Dios, por intercesion de San Francisco Javier, que librase á aquellos restos de la Compañía de

la última calamidad, que juzgaba inevitable. Para colmo de desgracia se supo que el obispo había anunciado ya su visita á las casas religiosas de Orcha; y en Marzo de 1779 se publicó el decreto de Roma en toda la provincia de la Rusia Blanca y en todas las casas de los jesuitas.

En situacion tan angustiosa escribió el P. Czerniewicz al general-gobernador, que era el que con más zelo había promovido la obra del noviciado, implorando su auxilio en la furiosa tempestad que se cernía sobre sus cabezas. Respondióle Tchernichef que no tenían para qué temer ni él ni los suyos; que el decreto les había sido promulgado á ellos, lo mismo que á los demás ciudadanos, á título de mera notificacion; que el obispo conocía perfectamente la voluntad de la Emperatriz con respeto á los jesuitas, y que no había peligro que osase oponerse á ella; finalmente que él le había escrito ya á este propósito.

Calmáronse con esto los ánimos; leyóse una y otra vez con reflexion el formidable decreto; y advirtieron que tan amplias facultades se extendían hasta á la apertura de un noviciado, si así le viniese en voluntad al obispo. En esto recibió el Padre Czerniewicz una carta de un ex-jesuita polaco residente en Roma, en que le decía ser cosa corriente en aquella ciudad entre los que estaban en el secreto, que el Papa había consentido en comunicar tanto poder á aquel obispo, precisamente porque no ignoraba que lo había de usar segun la voluntad de Catalina, la que tanto se interesaba por el establecimiento del noviciado. El suceso demostró cuán fundada había sido la prevision del Pontífice. A principios de Julio de este año de 1779 se leyó en los púlpitos y se fijó en las puertas de todos los templos del rito católico latino el siguiente decreto del obispo de Mallo:

«El Papa Clemente XIV, de feliz recordacion, para condescender á los deseos de la muy Augusta Emperatriz de los Rusos, nuestra Clementísima Soberana, dejó de hacer ejecutar en los estados de su imperio el Breve *Dominus ac Redemptor*. Nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío VI, que felizmente reina, muestra la misma deferencia á los deseos de Su Majestad Impe-

rial, no oponiéndose á que los clérigos regulares de la Compañía de Jesús conserven, no obstante el dicho Breve, su traje y su nombre en los dominios de Su Majestad. Además la muy Augusta Emperatriz, á quien tan obligados estamos Nós y las numerosas iglesias católicas establecidas en sus vastos dominios, Nos ha recomendado de palabra y por escrito, que con todo Nuestro poder prestásemos favor á los dichos clérigos regulares de la Compañía de Jesús, y que proveyésemos á la conservacion de su instituto: por lo cual Nos apresuramos á cumplir tan grato deber, y Nos creeríamos dignos de reprehension, si economizásemos Nuestros cuidados en razon de cumplirlo. Hasta hoy día no han tenido noviciado en estos países: de condicion que disminuyendo poco á poco su número, es evidente que no podrían ejercer su provechoso ministerio: lo cual Nos ha decidido á otorgarles la facultad de recibir novicios.»

«Á este fin, después de haber ofrecido el santo sacrificio en honor de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, cuya fiesta se celebraba ayer; después de haber implorado la luz de lo alto por su intercesion, y oído el parecer de Nuestros canónigos de la Rusia Blanca, reunidos en cabildo: hemos leído una y otra vez el decreto de Nuestro Santo Padre Pío VI, dado el 9 de Agosto de 1778, y promulgado en toda su plenitud y sin restriccion alguna, con el consentimiento de la muy Augusta Emperatriz Nuestra Soberana, el 2 de Marzo del corriente año'..... En virtud, pues, de esta jurisdiccion ordinaria y de este poder á Nós conferido sobre todos los religiosos del imperio Ruso, y por consiguiente tambien sobre los clérigos de la Compañía de Jesús; movidos por graves razones, Nós concedemos á los mencionados clérigos de la Compañía de Jesús el permiso de abrir un noviciado y de recibir novicios en su Compañía, y les damos nuestra pastoral bendiccion<sup>2</sup>.»

No cabían en sí de puro gozo los Padres, al ver por cuán

<sup>1</sup> Aquí se insertaba el decreto de Pío VI.

<sup>2</sup> *Archiv. Vatic., Nunziatura di Polonia*, v. 258: citado por ZALENSKI.

extraordinarios caminos venía la Providencia á cumplir sus más ardientes deseos. Las copias de este edicto se propagaron por toda Europa con una rapidez sin ejemplo. Los ánimos entraron en una viva agitación, según que eran ó adversos ó favorables á la Compañía, no sin quedar unos y otros igualmente sorprendidos. Los diplomáticos españoles, al verse tan solemnemente chasqueados, no acababan de creer lo que tenían ante sus ojos. Preciso será dejar la palabra al caballero Azara, que en esta ocasión, como en otras semejantes, se hizo eco fiel de los sentimientos de los suyos.

El 3 de Setiembre de 1779 escribía la impresión que le causó la noticia de lo ocurrido en Rusia, con estas palabras: «Ya es público aquí el noviciado que han abierto los jesuitas en la Polonia moscovita con decreto de aquel visitador apostólico. La cosa es la más singular que se ha visto en el mundo, pero es cierta. El Papa desaprueba y desaprobará todo esto; pero sin embargo es un gran triunfo para todo el partido, y ha de costar más de un suspiro el deshacer este disparate.» Y añade de su puño y letra: «El obispo que ha resucitado á los jesuitas fue protestante.»

Que el Sumo Pontífice aparentase dar á entender á Azara que todo esto merecía su desaprobación, es lo más natural; pero no puede negarse que lo que realmente la merecía, y lo que él en verdad reprobaba, eran las intrigas con que le asediaban los agentes de la corte de Madrid, impidiéndole el poder obrar con la libertad de Supremo Pastor de la Iglesia; y no tardó en convencerse Azara de que en realidad Pío VI se alegraba de que su decreto hubiese producido el resultado que él pretendía y el contrario al que ellos deseaban.

De la alegría que los sucesos de Rusia causaron en todos los buenos, da noticia Azara en el siguiente correo, á 9 del mismo mes, con estas palabras: «El negocio de la Rusia Blanca, siendo un puro desatino, ha puesto en un extraño movimiento á todo el jesuitismo; y no hay ninguno de ellos que no vaya con el decreto de aquel loco obispo en la mano, persuadiendo la rea-

lidad de la resurrección, y jactando la inteligencia del Papa, con que suponen se ha hecho, no obstante que esto sea falso. El hecho es, que ha de costar muchos pasos el aclarar y deshacer este disparate. El mal está en que el Papa, al mismo tiempo que se ve forzado á desaprobar la conducta de esta gente, no se atreve disgustarla. Ahora, por complacerla, acaba de mandar que no se venda ni enajene nada de lo que fue de los jesuitas. Así, viendo sus bienes unidos, conservan la esperanza de volverlos algún día á poseer.»

He aquí lo que descubre la verdadera disposición de ánimo de Pío VI respecto de la Compañía. ¿Cómo hubiera prohibido enajenar lo que fue de los jesuitas, si hubiese desaprobado lo de Rusia? Esta orden ¿no indica más bien un presentimiento de que á no tardar espera hacer en Roma lo que ya se había hecho en Rusia? Y ¿por quién se ve forzado á desaprobar tal conducta? De seguro que no es por su conciencia, sino por los agentes de España, á quienes aterra la sola posibilidad de la resurrección de la Compañía.

Pero continúe hablando Azara: «Ya he avisado á V.,» dice, «la novedad importante del noviciado, que los jesuitas han abierto en Rusia. Este negocio ha de ser mucho más espinoso de lo que parece. El Papa desaprueba y desaprobará la conducta de aquel obispo; pero no por eso dejen los jesuitas de llevar adelante su empresa. Han esparcido á un mismo tiempo á todos los obispos de Francia copias del decreto de la restauración de dicho noviciado: están tratando de abrir otro en Prusia: y se ve claramente que tiran á amotinar el mundo entero. Quien hace muy mala figura es el Papa; pues ve tratados sus decretos con el último desprecio, y que un obispillo sármata se hace juez de ellos. Esto le sucede á quien quiere vivir en medio de dos partidos, sin disgustar á ninguno.» Esto escribía en 16 de Setiembre. La fantasma de los jesuitas le persigue: ya en su temor los ve amotinando el mundo entero.

La evidencia de los hechos le aplastaba: el triunfo de los jesuitas no podía negarse, y esto era lo que más dolía á él y á



los suyos. El miedo le abultaba el triunfo, como decía en 25 del mismo mes. «Los que triunfan de veras son los jesuitas, que se creen asegurados de su resurreccion, como ya tengo escrito á V. El contagio va ya dilatándose por la Prusia, segun traen las gacetas; y una infinidad de jesuitas italianos parten para irse á establecer en aquellos parajes, donde renace su querida Compañía. Yo no me he engañado; pues desde el primer instante predije que este negocio tenía muy altas raíces y que había de costar más de un suspiro. Ahora preveo aún más: y es que se han de descubrir tales manejos y diabluras de esta corte con aquel obispo ruso, que han de horrorizar y hacerse increíbles.»

Ni tales manejos ni tales diabluras se pudieron jamás descubrir, porque en realidad no existieron: lo único que se descubrió fue que los enemigos de la Compañía quedaron cogidos en el mismo lazo que á ella habían preparado; y tan cogidos quedaron, que perdieron toda esperanza de poder escapar de él con todas sus intrigas y manejos, á que sucedieron las amenazas para espantar al Pontífice<sup>1</sup>. Así lo confiesa Azara en 8 de Octubre.

«De las cosas de Rusia,» dice, «no hay novedad alguna, ni probablemente la habrá hasta que vengan las respuestas á las últimas cartas que se escribieron de aquí. Sería tontería dudar

<sup>1</sup> No faltó en Roma quien ufano y glorioso por haberse despachado el Rescripto para el obispo ruso con tan amplias facultades, en una conversacion familiar dijese al príncipe Borghese, que después la hizo pública, esta notable expresion: «Ahora se va á cortar en Rusia el hilo de la Compañía de D.<sup>a</sup> Marina de Escobar,» aludiendo á la revelacion que tuvo esta señora, de que la Compañía adelgazaría, pero que no se quebraría del todo. Cuando el príncipe supo lo ocurrido en Rusia, se divertía con aquel su amigo, diciéndole: «Segun todas las señas aquel hilo de la Compañía, lejos de cortarse, se ha fortificado más: y es muy creíble que se vaya engruesando y haciendo un cordel, una soga, una maroma y un grueso cable de navío.»

Era secretario de la Congregacion de *Propaganda Fide* Monseñor Estévan Borgia; y como tal, había firmado el Rescripto. Celebróse este hecho en Roma, con la siguiente pasquinada: *Sanctus Ignatius de Loyola Societatem instituit: Sanctus Franciscus Borgia ampliavit: Dominus Stephanus Borgia restauravit.* (P. LUENGO, *Diario*, Tomo 13, págs. 531-534.)

de la respuesta que dará aquel obispo, medio calvinista, el cual quiere parecer católico mientras le trae cuenta, y luégo se cubre con su corte para no hacer lo que no quiere. Yo creo que llegando el caso, el Papa hará una demostracion fuerte; porque la piel esta más cerca que la camisa; y por más jesuitismo que tengamos, no podremos tolerar que el obispillo ruso se quiera subir á Papa.»

Tales eran los miedos y tales las angustias en que el noviciado ruso sumergió á los adversarios de la Compañía, al paso que sus amigos celebraban aquel hecho como un extraordinario triunfo, pues aquella era cuestion de vida ó muerte para la Compañía.

El efecto que produjo en Bolonia la noticia de la apertura del noviciado en Rusia lo describe así un testigo de vista<sup>1</sup>: «No hay palabras en la lengua, ni figuras en la Retórica, que puedan ser bastantes y á propósito para exponer y pintar, segun en la realidad fue y es todavía, el rumor, el bullicio, el estrépito y alboroto por una noticia que vino en los primeros días de este mes de Setiembre (1779) con señales muy claras de ser cierta y segura.»

«Es noticia de un suceso de alguna importancia y consecuencia en el negocio y causa de la Compañía de Jesús; y esto basta para que se interese y conmueva todo el mundo; porque aquí no hay hombre alguno imparcial é indiferente: todos son ó afectos y apasionados de los jesuitas, ó contrarios y enemigos suyos: y de aquí nace necesariamente, que un suceso de alguna monta, ó favorable ó adverso á los jesuitas, á todo género de gentes, de todas clases y condiciones, toca é interesa, mueve las lenguas de todos á hablar de él, y excita por consiguiente una increíble conmocion y tumulto.»

«La *Dama filósofa*<sup>2</sup> decía los años pasados con muy par-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 13, pág. 356 y siguientes. (Día 24 de Setiembre de 1779.)

<sup>2</sup> Parece ser esta dama una señora boloñesa ilustrada á la moderna, á la cual ganó para Dios el P. Pignatelli, como se dirá.

ticular gracia en su librito de oro, que si hubiera un órden de jesuítas mujeres, como le había de hombres, ella se haría jesuíta al instante, para contentar su ambicion y tener el gusto de ver ocupada en hablar de ella toda la Europa, sin hacer gran caso de los grandes ejércitos y escuadras de ingleses y franceses, que en aquel mismo tiempo combatían en tres partes del mundo. Lo mismo se puede repetir ahora con toda verdad y sin la menor exageracion, haciéndose bien poco caso de las formidables escuadras inglesas, francesas y españolas, que andan por la mar, y llevándose la atencion de todos este suceso de alguna monta en la causa de los jesuítas.»

«La ambicion de estos, por muy desmesurada que se quiera fingir, nunca ha llegado á aspirar á un honor tan grande; y este le deben alguna cosa (sic) al afecto y amor de sus amigos, y por la mayor parte al odio, á la rabia, al furor sin límites algunos de sus enemigos y perseguidores, y al miedo que les tienen aun en el estado miserabilísimo en que se hallan, estremeciéndose con un solo rumor de que en algun rincón del mundo un puño de jesuítas tiene algun suceso favorable. En este caso nos hallamos al presente.....»

«¿Y se debe extrañar mucho, que á vista de este suceso haya habido un bullicio y alboroto tan grande, y en realidad inexplicable, aunque nos empeñáramos en exponerle largamente? Pero por decir algo en este asunto, aseguramos con toda verdad, que ahora sucede lo mismo que cuando fue extinguida la Compañía de Jesús; pero trocándose las suertes. Entonces murió la Compañía, se alegraron y triunfaron sus rabiosos enemigos, se abatieron y consternaron todos los jesuítas y todos sus amigos y afectos. Ahora resucita en alguna manera, y se han llenado estos de consuelo y de gozo, y aquellos de rabia, de furor y de despecho.»

«¿Qué es ver en esta ciudad, y lo mismo sucederá necesariamente en otras, centenares de jesuítas, que no pudiendo disimular ni ocultar el contento y alegría de sus corazones por un suceso tan grande y tan ventajoso para su estimadísima madre

la Compañía de Jesús, presentan en sus semblantes y en sus frentes, palpables y como de bulto el júbilo, el gozo, el alborozo y consolacion de sus pechos; y absortos con este gustosísimo objeto, no saben hablar de otra cosa en sus casas, en las plazas y en las calles; y excitando entre sí de este modo un género de tumulto y alboroto festivo, alegre é inocente, que á nadie debe ofender, porque á nadie se hace mal alguno? ¿Qué de reflexiones piadosas, santas y aun sublimes sobre los admirables caminos de la divina Providencia! ¿Qué de expresiones y vehementes admiraciones, de tiernísimas bendiciones y gracias al cielo, no se oyen á todas horas y en todas partes!.....»

«No es menor el bullicio y alboroto de los enemigos de la Compañía..... hallándose de repente con una novedad que ellos temían menos que nosotros esperábamos. En su rabia y furor vomitan mil necias expresiones, y buscan vanos consuelos para templar el dolor y despecho que les causa el ver viva y en proporcion de conservarse y propagarse esta aborrecida rival, que creían muerta para siempre. Al principio quedaron generalmente todos ellos atónitos, confusos y mudos, como hombres que ven delante de sus ojos una cosa que les desagrada mucho, les irrita, les trastorna todas sus ideas y pensamientos, y que á su juicio jamás podía suceder.» Hasta aquí el autor del Diario.

El P. José en su firme esperanza de que la Compañía había de volver á su ser primero, ya no pensó en otra cosa más que en unirse á los jesuítas de Rusia; deseo que se excitó en el corazón de gran número de sus antiguos hermanos, que alimentaban iguales esperanzas. Pero su realizacion ofrecía al P. Pignatelli graves inconvenientes.

Y en primer lugar el estado de su delicada salud le hacía humanamente prever que su viaje á Rusia y su permanencia en aquel frigidísimo país era para él empresa que prudentemente no podía acometer sin exponerse á quedar del todo inutilizado. Por otra parte su desaparicion de Bolonia ofrecía serias dificultades. La agitacion que reinaba entre sus compañeros, y los

rumores grandemente exagerados de que muchos de ellos, no solo italianos y portugueses, sino tambien españoles, partían para Rusia con el objeto de engrosar las filas de aquel sagrado ejército, no podían menos de avivar la vigilancia que sobre su persona se ejercía en Bolonia. Pero estas dificultades no las reputaba tan serias que no se les pudiese hallar solucion satisfactoria. Otra se le ofrecía de mayor transcendencia para él y sumamente delicada, y que á todo trance era preciso resolver ántes de dar el primer paso en la realizacion de su proyecto.

Todas las apariencias en la causa del noviciado favorecían la opinion de los enemigos, de que no podía considerársele como legítimamente instituido. Los términos en que estaba concebido el decreto del Papa, por el cual confería tan ilimitadas facultades al obispo de Mallo, y el objeto que con él se proponía, que era responder á la peticion de abrir el noviciado, se presentaban á la interpretacion dada por los enemigos, de que aquel omnímodo poder se le había comunicado más bien para destruir los restos de la Compañía en Rusia, que no para conservar su vida y proveerla de elementos jóvenes que prolongasen y vigorizasen su existencia.

Por otra parte Su Santidad debía exteriormente mostrarse como ajeno á aquel asunto, para evitar complicaciones y disgustos con las cortes, mayormente con la de España; complicaciones, que sin duda hubieran surgido, y de seguro muy graves, á no aparentar el Papa que reconocía en el uso hecho de sus facultades por aquel obispo ciertas miras, que si no eran del todo vituperables, con todo no procedían de puro interés por el bien de la Iglesia, sino que reconocían por móvil los particulares intereses del prelado.

Y esto era así verdad: porque en efecto lo que le había inducido á dar aquel paso era el complacer á su Soberana, que quería á todo trance se estableciese el noviciado; y el obispo habría caído en la desgracia de Catalina, si no hubiera secundado sus deseos en esta parte, y mucho más, si abiertamente se

opusiera á ellos. Esta situacion del Soberano Pontífice daba pie á que se le juzgase opuesto al obispo ruso, y como que desaprobaba su conducta en aquel negocio.

Algunos de los ex-jesuitas italianos, que se sintieron con ánimo de trasladarse á Rusia para entrar de nuevo en la Compañía, quisieron ántes informarse bien del estado de las cosas en aquel imperio, pues era grande la confusion que reinaba en Italia entre los que no se dejaban llevar de las agradables impresiones que les causaba la noticia de aquel triunfo. Uno de los que escribieron al P. Vice-Provincial Czerniewicz para disipar toda duda en este punto, fue un Padre napolitano, por nombre Arezzo, el cual recibió la siguiente contestacion á su carta:

«Reverendo Padre: — Espero en la bondad de V. R. que me disimulará si no he respondido hasta ahora á su carta de 4 de Setiembre: no he podido hacerlo ántes, ya que por la visita de los domicilios de nuestra vice-provincia, ha sido bastante larga mi ausencia de casa; ya tambien porque al volver á ella, he estado un mes entero gravemente enfermo. Para dar á V. R. la razon que me pide de cómo permanecemos aquí en el mismo estado antiguo de la Compañía, le diré que luégo de haber llegado á nuestra noticia el Breve de Clemente XIV, recibimos una carta del Illmo. Ordinario local, en que nos mandaba que no hiciésemos mudanza alguna con ocasion del mencionado Breve, hasta que él ordenase otra cosa.»

«En tal situacion creímos que debíamos obedecer al obispo, y continuamos ejerciendo todos los ministerios sin hacer novedad en nuestro estado. Poco tiempo después fuimos llamados á San Petersburgo por un mandato imperial, y nos encaminamos allá ignorando enteramente la causa del llamamiento. Llegados á la capital, se nos ordenó que en un reverente memorial expusiéramos á la Serenísima Emperatriz lo que en el estado en que se encontraba la Compañía deseábamos de S. M.»

«Presentamos efectivamente el memorial, en el que no pedimos otra cosa sino que S. M. nos permitiera obedecer al Bre-

ve; pero la Emperatriz nos replicó, que había resuelto ya no admitir para sus estados el tal Breve; y añadió, que no se creía obligada á ser más católica que el Rey Católico, á quien era lícito no admitir las Bulas pontificias, cuando juzgaba que no eran conformes á las leyes de sus reinos. Y con efecto lo hizo saber así por un edicto á todo su Imperio, y prohibió bajo gravísimas penas que nadie se atreviese á poner en ejecucion el referido Breve.»

«Muy particularmente dio este encargo al Illmo. Estanislao Siestrzencewicz, que había sido nombrado obispo de la Rusia Blanca, para que con su autoridad removiera todos los obstáculos que impidiesen á los nuestros permanecer allí en su antiguo ser. Nosotros á la verdad siempre hemos estado prontos, y lo estamos tambien ahora, á obedecer el mandato de la suprema potestad de la Iglesia; pero mientras no recibamos la orden por el Ordinario local, ó por otra cualquiera persona delegada que nos libre de los vínculos del estado religioso, no podemos por nosotros mismos desatar nuestros votos, ni abandonar nuestro estado ni nuestras casas. Así que permitiéndolo la autoridad eclesiástica y ordenándolo la secular, retenemos nuestro antiguo estado y el mismo nombre y vestido en esta Rusia Blanca, en la que tenemos seis domicilios, de los cuales uno es el colegio máximo de Polotsk, contándose en ellos 86 sacerdotes, 8 escolares y 33 hermanos coadjutores.»

«Tal es, Reverendo Padre, en resúmen el estado de nuestras cosas. Y por lo que atañe al modo con que se ha hecho la concesion del noviciado para la Rusia Blanca, lo entenderá V. R. por el diploma del Obispo que nos lo ha concedido. Sea lo que quiera de lo que se ha divulgado en los papeles públicos sobre esta concesion, como si fuese inválida; en tanto que no se declare nula por el Sumo Pontífice, nos serviremos de ella de buena fe; pues se funda en la amplia facultad otorgada al Obispo, como se lee en el mismo diploma.»

«Deseo á V. R. perfecta salud, y me encomiendo en sus santos sacrificios. — Polotsk, á 14 de Enero de 1780. — Su humildísi-

mo y afectísimo siervo en Cristo. — ESTANISLAO CZERNIEWICZ, de la Compañía de Jesús<sup>1</sup>.

Díose, pues, principio al noviciado en 2 de Febrero de 1780 con la admision de cuatro candidatos, á los cuales se agregaron muy presto otros seis; y todos juntos emprendieron su nueva vida bajo la direccion del P. Lubowicki<sup>2</sup>. Antes de terminar el año, un ex-jesuíta húngaro, el P. Francisco Javier Kalatai, que acompañaba al emperador José II en su visita á la emperatriz Catalina en Crimea, fue testigo de lo que pasaba en el noviciado de Polotsk, y dio noticia de lo que vio en los siguientes términos:

«En Mohilew, en el fondo de las provincias últimamente desmembradas de la Polonia, los jesuitas subsisten todavía en el mismo estado que ántes: la Emperatriz los protege poderosamente á causa de su habilidad para la educacion de la juventud en piedad y letras. Cuando fuimos á ver el colegio, pedí permiso para saludar al Provincial, el cual es un hombre verdaderamente venerable. Pregunté á él y á sus subordinados en qué se fundaban para negarse á someterse al Breve de la extincion, y me contestó: «En la proteccion de nuestra clementísima emperatriz, en las reclamaciones de un pueblo abandonado, en Roma que lo sabe y no lo contradice<sup>3</sup>.»

«Mostróme en seguida una carta del Pontífice reinante, en que los consuela y exhorta á permanecer en su estado hasta nuevos arreglos: los obliga á recibir novicios y admitir á los jesuitas de las demás provincias que desearan unirse á ellos para volver á tomar sobre sí el suave yugo de Jesucristo, del cual tan violentamente se los ha descargado. Añadió el Provincial: «Todos los jesuitas rusos están dispuestos á abandonarlo todo á la primera señal auténtica de la voluntad del Papa.» He aquí el verda-

<sup>1</sup> P. ZARANDONA, *Hist. de la extincion y restablecimiento de la Compañía de Jesús*, Tomo III, pág. 16.

<sup>2</sup> P. ZALENSKI, Tomo I, Lib. III, Cap. III.

<sup>3</sup> *Clementissima imperatrice nostra protegente, populo derelicto exigente, Roma sciente et non contradicente.*

dero espíritu de la Compañía de Jesús conservado en su primitivo vigor por sus débiles restos<sup>1</sup>.»

En esta carta del P. Kalatai se ve con toda claridad la intención de Pío VI al comunicar tan extensas facultades al obispo de Mallo. ¿A qué vendría si no el escribir á los Padres rusos mandándoles que recibiesen novicios, y no solamente novicios, sino tambien á todos los jesuitas, á quienes se había intimado el Breve de Clemente XIV, y que desearan unirse á los rusos «para volver á tomar sobre sí el suave yugo de Jesucristo, del cual tan violentamente se les había descargado?»

Lo mismo demuestra otro suceso ocurrido en Roma por este tiempo. Hallábase en esta ciudad, en la cual había vivido por muchos años y desempeñado importantes empleos, el cardenal Calini: el cual, siendo ya de edad de ochenta y cuatro años, determinó retirarse á Brescia, su patria, para emplear el poco tiempo de vida que le quedaba, en disponerse para morir.

Antes de salir de Roma para Brescia, fue á despedirse de Su Santidad el día 31 de Marzo de 1780: y en la audiencia hizo un sincero elogio de la Compañía de Jesús, declarando lo que él había observado por sí mismo acerca del infatigable celo con que sus hijos trabajaban en bien de las almas, en la propagación de la fe y defensa de la Santa Iglesia: confesó que le constaba haber sido injustamente destruída por una cábala de cuatro ó cinco ministros faltos de toda religion, que tenían dominados á sus príncipes ignorantes de sus intrigas, y que solo por odio á la Iglesia habían hecho esfuerzos increíbles para aniquilar á sus más celosos defensores, como repetidas veces se lo había dicho á Clemente XIII, quien estaba bien enterado de los diabólicos planes de los enemigos de la Compañía.

Á este tenor le fue diciendo muchas otras razones, y añadió estas palabras: «En vista de todo esto, suplico á Vuestra Santidad, que haga de modo que esta órden religiosa resucite. Vues-

<sup>1</sup> Trae este documento CRÉTINEAU JOLY, *Hist. de la Comp. de Jesús*, Cap. XXXVIII.

tra Santidad, puede creerme, con este acto honraría su pontificado, y la Iglesia universal se lo agradecería.»

Contestóle Su Santidad, que estaba persuadido de que la destruccion de los jesuitas fue verdaderamente un misterio de iniquidad; que se hallaba dispuesto á restablecerla; y que él entraría el primero en este camino, haciéndolo con el mayor gusto, en cuanto se le presentase ocasion propicia para ejecutarlo. «Roguemos,» dice, «al Señor, que nos dé á conocer el camino que nos conduzca al término. Este restablecimiento no es imposible, puesto que la destruccion se ha hecho injustamente y sin guardar ningunas reglas<sup>1</sup>.

El día siguiente, primero de Abril, el anciano cardenal extendió un escrito, en que relatava todo lo acontecido en la audiencia del día anterior: y él mismo de palabra lo ponía en conocimiento de cuantos le visitaban y trataban, con el intento de que se hiciese público su modo de pensar acerca de tan grave asunto, y supiese todo el mundo que el cardenal Calini reprobaba aquella tan palpable injusticia; y si bien había tomado parte en la eleccion de Clemente XIV, pero de ningún modo había aprobado su Breve abolitivo de la Compañía de Jesús.

Con tan próspero viento seguían su curso las cosas de los jesuitas á pesar de los constantes esfuerzos de los ministros de Carlos III para conseguir la total destruccion de la Compañía conservada en Rusia, cuando otro acontecimiento, muy desfavorable para los ministros, y sobre toda ponderacion satisfactorio para los jesuitas, vino á avivar las esperanzas de estos y los odios de aquellos. Tres años hacía que se estaba trabajando con toda actividad en la formacion del proceso de Carvallo, y en impedir los enemigos que esta obra pasara adelante.

Apesar de los tratados de Portugal con España, beneficiosos para aquella nacion y perjudiciales á la nuestra, la reina María,

<sup>1</sup> Véase el documento íntegro en CRÉTINEAU JOLY, *Clemente XIV y los Jesuitas*, Cap. V.

deseosa de cumplir con su conciencia, y temerosa más de la divina justicia que de la corte de Madrid, daba calor al negocio; y por dos años enteros con apretadas órdenes secretas recogió de todos sus dominios en África, América y en la India todos los papeles, escrituras y cartas de Carvalho, las cuales todos los gobernadores y el virrey, parte para cumplir con las terminantes órdenes de su soberana, y parte por lo vejados que se habían visto en el gobierno anterior, remitieron con toda prontitud, y sirvieron para la formación del proceso. Halláronse también en Portugal dos cofres llenos de manuscritos é impresos, que Pom- bal había depositado en poder de una hija ó hermana suya monja, á la cual había hecho elegir abadesa perpetua.

Terminado el proceso, hizose de él un extracto, del cual se envió copia á las cortes de Francia y Austria, y al Sumo Pontífice. Al Papa lo comunicó el embajador Meneses en 27 de Abril de este año de 1780, y el día 18 de Mayo escribía Azara á su amigo Roda: «Los jesuitas continúan en su insolencia, triunfando de las cosas de Rusia, y en cada gaceta hacen poner alguna historieta del favor con que los distingue la Czarina. Aquí en Roma se han propasado aun á mucho más: pues esta semana han esparcido un supuesto decreto de la reina de Portugal, en que declara haber reconocido la inocencia de todos los jesuitas y la bondad de su instituto, el cual quiere y ordena que sea restablecido en su antiguo estado; concluyendo con la graciosísima expresion de que *no tiene miedo del Rey de España*. La cosa es tan bestial como V. ve; pero no sería indigna de un cerebro portugués,» es decir, nos contraría en extremo, mas por desgracia es verdad.

«Pocos días después de las audiencias del comendador Meneses, embajador de Portugal, en las que comunicó al Papa el resumen ó compendio de las declaraciones de Carvalho, salieron de Roma,» dice el P. Luengo<sup>1</sup>, «con el pretexto de ir á ver los trabajos de las lagunas Pontinas, el Excmo. de Bernís, el duque

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 14, pág. 385.

Grimaldi<sup>1</sup> y el Sr. D. Nicolás de Azara; y en Roma se tuvo por cierto que el verdadero motivo de este viaje, á un mismo tiempo y á un mismo país, de estos tres ministros borbones no fue otro, que el verse por una parte libres de los lamentos, clamores y recursos á ellos de tantos interesados en este negocio y afligidos con estas novedades de Portugal, á lo menos los primeros días del mayor tumulto y bullicio; y por otra, poderse juntar, tratar y deliberar sobre el caso con mayor libertad y sin que nadie lo notase.»

«Y no les serviría de embarazo alguno en sus juntas y congresos la princesa de Santa Cruz, que fue en su compañía; porque esta princesa es por antonomasia la *Dama borbona*; y cuando no entre por decencia en las juntas de los ministros borbones, no habrá negocio alguno que en ellas se trate, ni arcano de gabinete, de que no sea plenamente informada.....»

En efecto el 4 de Mayo escribía Azara: «Escribo á V. únicamente para fe de vida, y para que sepa V. mi paradero, que es en Albano, á donde he venido á pasar cuatro días con el cardenal de Bernís..... Continuando mi expedición, pasaré mañana á las Paludes Pontinas.» Salió, pues, de Roma después del 27 de Abril, unos días después de la entrega del proceso al Papa por el embajador Meneses; esta salida fue resuelta pasado ya el 27 de Abril, en el cual día escribió á Roda y nada le significó de su próxima ausencia: en suma, la noticia de aquel documento y de su contenido debió de moverle á salirse de Roma con Bernís y los demás personajes de que habla el P. Luengo.

Pasemos ya á decir algo del contenido del proceso, que derrama torrentes de luz, y descubre todas las maquinaciones de los enemigos de la Compañía y todo el misterio de iniquidad, que para arruinarla concibieron y ejecutaron.

Tengo en mis manos un extracto de este proceso, escrito en italiano, y, á lo que parece, á raíz de este ruidoso acontecimiento, por uno que debió de ver dicho extracto, y no es je-

<sup>1</sup> Era embajador de España en Roma.

suita. Creo necesario dar una traducción de la parte que se refiere á la Compañía de España, porque coloca en clara luz la inocencia de toda ella, y quita de un golpe toda sombra que pueda haber echado sobre su reputacion el hecho de la expulsión y destierro de España. Dice así:

«Extracto de los puntos más capitales del proceso de Carvalho, venido de Portugal. — Visto el proceso de Carvalho, no tengo dificultad en remitir á V. un resumen de sus puntos más capitales. — El primero dice, que el difunto rey José nunca fue herido. — El segundo, que no se le dispararon los tres arcabuzos del tres de Abril de 1758. — El tercero, que preguntado Pombal por qué, pues, había procedido á tan bárbara ejecucion contra aquellos caballeros y contra todos los jesuitas, respondió que en todo esto no había hecho más que ejecutar las órdenes del Rey.»

«Cuarto, que después de algunas semanas (porque los criminalistas ó jueces de instruccion, conforme á las órdenes que tenían de la Reina, procedían con lentitud y mostraban grande indolencia y flojedad), le mostraron cartas suyas, con su firma, escritas á otros ministros y gobernadores que dependían de él, y eran desventajosas á la fama y reputacion de los jesuitas, y en ellas los amenazaba con grandes males; él las reconoció, y dijo que contenían los sentimientos de desafecto del Rey con los jesuitas; que él las escribió por orden del Soberano; que por otra parte él los tenía por buenos religiosos, santos, útiles al Estado, y muy dignos de veneracion; pero que el Rey era de contrarios sentimientos y estaba inflexible con ellos.»

«Quinto. Refugiado Carvalho en este reducto de achacar al Rey la culpa de todos los desastres pasados, así de los jesuitas, como de aquellos caballeros, teniase por seguro; pero sintióse vivamente herida la Reina, al ver este nuevo atentado de querer desacreditar á su padre. Por esto después de algunas semanas los criminalistas recibieron orden de presentar con la acostumbrada indiferencia á Carvalho la firma de otra carta suya; y reconocida que fue por Pombal, dieron vuelta al papel para que

leyese la carta. En ella se congratulaba con otro de que había logrado atraer al Rey á sus sentimientos y á enfurecerle contra los jesuitas y contra los caballeros, y confesaba haberse excedido en su comision de extirparlos y exterminarlos. Aquí fue donde mudó color, se estremeció, y dijo, que, pues no había remedio, era preciso confesarlo y descubrirlo todo; y lo hizo más de lo que era menester, revelando cosas siempre más graves, en tal manera, que las posteriores ahogaban con su gravedad, y casi desvanecían, las precedentes.....»

«No es fácil enumerar el infinito cúmulo de imposturas descubiertas en este proceso. La más grave es la más que diabólica de la bastardía del rey de España: y lo que aturde es el objeto de ella, que no fue sino enconar el ánimo del Rey contra los jesuitas. Además de otros muchos documentos, se le presentó un folleto estampado, en el cual se presentaba al Rey como hijo bastardo de la Reina; y en vista de esto se excitaba á los grandes de España á arrojarlo del trono y á colocar en él á su hermano D. Luis, aun á costa de tener que asesinar al Rey y á toda su familia, si fuere menester: y ultra de esto, se le mostró una carta, toda de letra del P. General Ricci, con su nombre y rúbrica perfectamente imitada, la cual contenía la misma exhortacion hecha á sus jesuitas. De este inicuo y horrible plan empleado contra los jesuitas de España hace mucho tiempo que se tenían grandes conjeturas en esta corte de Roma; y yo he tenido una hoja entera llena de ellas. Pero en la actualidad se sabe auténticamente por confesion del mismo Carvalho.»

«Como se hubiesen hallado muchas copias impresas de aquel folleto en los dichos cofres<sup>1</sup>, y además el manuscrito original, se le preguntó de dónde los había habido; y respondió que le habían venido á las manos, y que los juzgó á propósito para indisponer el ánimo del Rey Católico contra los jesuitas, y hacerlos extrañar del Paraguay, á fin de que, echados ellos, tuviese efecto

<sup>1</sup> Los dos cofres de papeles, que Carvalho tenía depositados en poder de su hija ó hermana monja.

el tratado de permuta de aquellas siete reducciones, en lo cual creía él haber hecho un ventajoso servicio á la corte de Portugal.»

«Interrogado de quién hubo aquel folleto, respondió que de ciertos..... enemigos de los jesuitas, que por todas partes abundaban: y luego preguntándole si sabía quién era su autor, dijo que no lo sabía; pero mostrándole entonces la copia manuscrita original, y preguntándole de quién la había recibido; dijo que de un .....N. portugués, á quien oía llamar Pérez; mas que no sabía si él era su autor. Al llegar á la total convicción, se le mostró la carta ántes mencionada; y entonces lo confesó todo: dijo que él mismo lo había hecho escribir; y que para la traduccion, se sirvió de otro .....N. español, llamado Mañalich, de quien dijo que era aquel mismo, que venido á Roma, había hecho acuñar por un grabador las monedas del rey Nicolás I del Paraguay; y que para echar la culpa de esto á los jesuitas, tuvieron en España modo de hacer que se encontrasen algunos ejemplares sellados y dirigidos en un paquete al General Ricci: los cuales fueron descubiertos en los baúles de ciertos procuradores de América, que viniendo á Roma, fueron secuestrados en el camino; y hecho ante testigos el registro de los equipajes, lo mandaron con el atestado jurídico al Rey Católico<sup>1</sup>.»

«Esto es cuanto puedo decir del resultado de la célebre y larga audiencia, que el ministro de Portugal tuvo del Papa el 27 de Abril de 1780. Presentáronle al Papa no solamente una carta declaratoria de la Reina Fidelísima, sino además otras cartas auténticas escritas por personas principales del partido á Carvalho acerca de este asunto, y sobre los medios de arruinar á los jesuitas y sacar otras consecuencias peores para Roma.»

Hasta aquí el extracto, del cual omito otros varios descubrimientos, que no hacen á mi propósito. Y su autor añade que no se hablaba de otra cosa en Roma; que todas las gacetas y cartas de particulares trataban de ello como de cosa cierta en toda Eu-

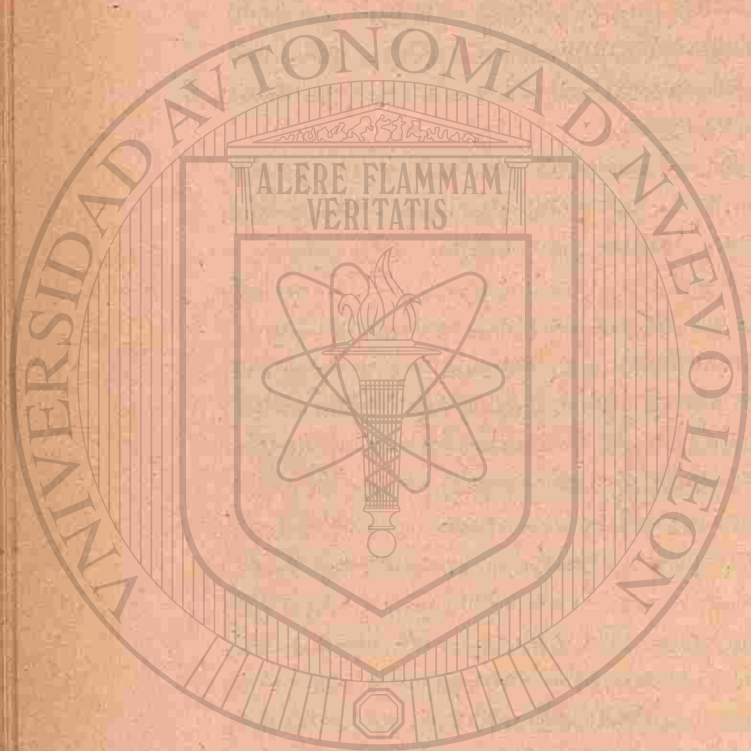
<sup>1</sup> La relacion de este curioso hecho por el P. Bernardo Recio, la pusimos en el libro primero, apéndice, núm. III.

ropa; que se quiso en un periódico romano desmentir todo esto, y que no se hizo, porque al saberlo el embajador de Portugal, respondió que si lo negaban, al momento iba él á publicar todo el manifiesto de su corte; que ya Almada, ministro pasado de Portugal, que hasta entonces no trataba con jesuitas, ahora tomó ó admitió un jesuita en su servicio, de secretario, y lo llevaba públicamente consigo en coche.

Concuerta con este documento la declaracion de Carvalho que trae el P. Boero, y es del tenor siguiente: «Declaro que siempre he tenido á los jesuitas por hombres sabios, probos y útiles al reino. Declaro que cuanto con ellos ejecuté, lo hice por orden de los ministros de España, así pasados como presentes, y de los de Francia, especialmente de Choiseul, como consta de la carta que me escribió acerca de la muerte del Delfin. Hizose además por instigacion de los PP. NN. Estos fueron los promotores del rumor de la monarquía del Paraguay, los que acuñaron y repartieron las monedas, los que escribieron la carta sobre la bastardía del rey de España, atribuyéndola al General de la Compañía y fingiendo su letra. Al mismo fin procuraron excitar el tumulto de Madrid, siendo sus fautores, y cabezas los señores NN. NN., pero con el concurso de otros muchos. Gastáronse en la destruccion de los jesuitas treinta millones, que mandaron á N. distribuidos en cierto número de pensiones anuas á NN. y á muchos otros, como consta de los atestados anualmente entregados por los susodichos, que se hallarán en mi archivo en el número 43<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> *Secunda memoria Cattolica*, Parte I, art. IV, pág. 134, citada por el P. BOERO en su *Vida del P. Pignatelli*, Lib. II, §. VII.





## CAPÍTULO V

El P. Bernardo Recio y el cardenal Vitaliano Borromei. — Efectos, que en los jesuitas de Italia producen las declaraciones de Pombal. — Pasan á Rusia varios jesuitas italianos para entrar de nuevo en la Compañía. — Manejos de los ministros de España contra el noviciado ruso. — Carta de la emperatriz Catalina á Carlos III. — Intimacion del Breve de Clemente XIV á los jesuitas de Prusia. — El conde de Aranda, primer Gran Maestre del Grande Oriente Nacional. — Segundo viaje del P. Pignatelli á la corte de Cerdeña. — Ejemplos de virtud que da en Turin la duquesa de Villahermosa. — La princesa María Adelaida Clotilde. — La princesa rusa Dashkoff en Turin. — Dificultades en la admision del P. José á la Compañía.

1780 — 1781

Entre los muchos que en Roma leyeron el extracto del proceso de Carvalho remitido desde Lisboa, uno fue el cardenal Vitaliano Borromei: quien, deseoso de informarse minuciosamente de todas las circunstancias de este suceso, procuró averiguar los nombres de los Padres venidos de América como procuradores, con el fin de oír de sus propios labios la narracion de lo ocurrido.

Supo que el uno de ellos había fallecido ya, y esto ántes que saliese de España; y que el otro era un tal P. Bernardo Recio, que se hallaba albergado en la casa del Jesús de Roma. Fue el cardenal á visitar al P. Recio; y durante la conversacion que

con él tuvo, le rogó que le informara de su viaje de Quito á Madrid, de su detencion en la corte, de su salida de ella, de su destino, y particularmente de todo lo que le había pasado desde Madrid hasta la frontera de Francia.

Deseoso el P. Bernardo de complacer al Emmo. Borromei, recapitó especies, y fue refiriéndole el caso como en otro lugar hemos ya dicho. Preguntóle el prelado si sabía el contenido del pliego. Respondió sencillamente el Padre que no le era posible saberlo. Entonces dijo el cardenal: «En efecto, V. no podía saberlo; mas yo se lo diré á V. El famoso paquete, maliciosamente consignado á V. y acompañado con supuesto billete del Nuncio Pontificio, suplicándole lo llevase á Roma, encerraba la inicua obra de la bastardía, compuesta por los enemigos de los jesuitas; obra con la cual se tramó una negra calumnia, que ha producido la total abolicion, y tiene por título *La bastardía de Carlos III.*»

«Y he aquí por qué el buen rey, en su decreto de extrañamiento de los jesuitas, dice que se reserva en su real pecho las razones que le movían á tomar aquella resolucion. Yo mismo,» dijo el Cardenal, «he visto los procesos, que acaban de llegar á Roma, y las manifiestas declaraciones y retractaciones que en ellos hace el ministro Carvallo en favor de la inocencia de los jesuitas y de la nobleza de Portugal, descubriendo las cábalas y las intrigas y cuanto de maligno se forjó, mayormente contra la Compañía.»

Quedó atónito el P. Recio al oír aquella relacion, como lo quedaron todos sus compañeros; y todos á la vez, los españoles, portugueses, italianos y franceses saltaban de gozo por descubrimiento tan inesperado y tan glorioso para la Compañía<sup>1</sup>.

«El primer efecto de las declaraciones de Pombal, especialmente en los jesuitas españoles, fue,» dice el P. Luengo<sup>2</sup>, «un asombro, un horror sumo, un estremecimiento desde lo más

<sup>1</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. II, §. VI.

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 14, pág. 406. (20 de Junio de 1780.)

alto de la cabeza hasta lo más bajo de los pies, un helarse la sangre en nuestras venas, un perder el color y casi el aliento, y un indignarse juntamente, casi hasta enfurecerse y bramar, al oír que se nos habían imputado maldades tan execrandas, tan sacrilegas y tan diabólicas, como hacer adúltera á nuestra bienhechora y estimadísima señora y reina la Sra. D.<sup>a</sup> Isabel Farnesio, bastardo é ilegítimo á nuestro siempre amado y venerado monarca Carlos III.....»

«Y este es sin duda el gravísimo delito de la inocente Compañía de Jesús, que nuestros enemigos depositaron en el ánimo del sencillo y piadoso monarca, nuestro rey y señor Carlos III, y que él conserva reservado y oculto en su corazón..... En un momento, todo, menos la justa abominacion de tan horribles maldades y de sus autores, se convirtió en gozo, en alegría, y en un júbilo, que del corazón les rebosaba á todos en sus palabras y en sus semblantes, y en tiernísimas acciones de gracias al cielo por habernos librado de una imputacion tan odiosa, y por haber hecho pública nuestra inocencia de un modo tan maravilloso.»

No puede caber duda que de tan vehementes afectos participarían todos los jesuitas, y en grado tanto mayor, cuanto más tierno fuese el cariño que á su madre profesaban; pues la veían públicamente como absuelta de los enormes crímenes, de que falsamente se la había acusado. Y ¿quién podía exceder á nuestro P. José en el amor á la Compañía? ¿Quién estaba más pronto á hacer por ella cualquier sacrificio? Y si bien es verdad que se hallaba en la corte de Cerdeña, cuando tales cosas sucedían en Roma; no dejarían de comunicarle tan faustas nuevas y de tanta gloria para la Compañía, los numerosos amigos y compañeros de Bolonia.

No consta por documento alguno cuáles fueron sus impresiones particulares en estas circunstancias; pero si se sabe que por este tiempo algunos ex-jesuitas italianos salieron para Rusia á juntarse con los jesuitas allí conservados. Uno de los que se determinó á pasar allá, aunque no lo pudo realizar hasta tres ó

cuatro años más adelante, fue el P. Luis Panizzoni: el cual en carta de 26 de Febrero 1799 aseguró que ántes de ponerse en camino, obtuvo la debida autorizacion de su prelado para trasladarse á aquel remoto país<sup>1</sup>. Siguiéron á dichos jesuitas varios jóvenes para entrar en aquel noviciado, entre ellos algunos bolonenses de familias acomodadas y muy conocidos en la ciudad.

La autorizacion, que concedian los Prelados á los que deseaban pasar á Rusia, hizo que los jesuitas residentes en Italia acabasen de persuadirse de la legitimidad de la Compañía en aquellos lejanos países, y de que no eran sino invenciones de sus enemigos las especies, que tanto se propalaban, de la irregularidad y nulidad del acto del obispo ruso, y de su desaprobacion por el Soberano Pontífice.

Es increíble lo que se afanaban los diplomáticos españoles para persuadir esto á las gentes y para alcanzar de la Santa Sede una formal condenacion de la conducta del obispo de Mallo y de los jesuitas, que usaban de la facultad por él otorgada. Fatigado el Pontífice de tanta intriga, remitió el asunto á Monseñor Archetti, su Nuncio en Polonia, bien convencido como estaba, que toda la diplomacia europea junta no había de bastar para hacer que la emperatriz Catalina retrocediera de su camino y consintiera que el obispo deshiciese lo hecho.

Un año entero duraron las negociaciones; y el prelado ruso no abrió su boca hasta al cabo de este tiempo, en que después de cuatro generalidades que no venían al caso, daba por toda respuesta que no podía entrar en más pormenores. Así lo escribía Azara en 3 de Agosto de 1780: «Cada día,» dice, «se descubre más empeño en sostener aquel espantajo de noviciado. El obispo de Mallo después de más de un año ha respondido á la carta de reconvenion, que le escribió el Nuncio de orden del Papa; pero en su respuesta ni menos contesta una palabra á las razones con que se le arguyó, ni se disculpa en manera alguna

<sup>1</sup> *Io stesso, andai colà a rivestirvi l'abito della Compagnia con espressa approvazione del Sig. Card. Mattei, allora mio Arcivescovo.*

de su atentado; y dice solamente, que ha recibido la carta y que su situacion le excusa de entrar en otro detalle.... Entre tanto sé que muchos jesuitas van desfilando de aquí para aquella su tierra de promision.»

Este desfile, que ántes para Don Nicolás era de *infinitos* jesuitas, y ahora de *muchos*, y dentro de una semana será solo de *los más animosos*, era lo que acababa de hacer apurar el cáliz hasta las heces á los adversarios de los jesuitas, para quienes era un *espantajo* y pura *bestialidad* lo del noviciado ruso. Oígame otra vez al caballero Azara en 10 del mismo Agosto, siete días después de escrita la anterior carta: «De las cosas de aquí no hay nada que avisar, estando todo en perfecta calma; y solo se ejercita la paciencia en oír las bestialidades que cuentan los jesuitas de su noviciado septentrional. Cada día parten de aquí los más animosos para ir á auxiliar su tártaro establecimiento. De algunos días á esta parte no se ve por Roma otra cosa más que jesuitas con hábitos largos.»

Vino por fin á poner freno á las exigencias de los ministros de Carlos III una carta de la Emperatriz de Rusia á este monarca, del tenor siguiente: «Pongo en conocimiento de Vuestra Majestad, que he tomado la resolucion de conservar en mis Estados por causas á mí conocidas el instituto de los jesuitas. Y como yo no me he opuesto á las intenciones de V. M. en vuestros reinos en lo concerniente á estos religiosos, espero que V. M. se dignará no poner obstáculo alguno á lo que en bien de los mismos hago yo en mi Imperio. Sepa tambien V. M. que en todo este asunto nada he pedido al Pontífice reinante y nada he obtenido de él; ni he hecho otra cosa que usar de los poderes á mí otorgados por el difunto Papa Ganganelli. Tenga, pues, á bien V. M. no dirigir á Su Santidad la menor queja ni molestarle sobre este asunto; porque todo lo que contra él hiciere, lo tomaré como hecho contra mi propia persona; y me veré obligada á tomar su defensa, aun con riesgo de mi corona, si fuese necesario<sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> P. RAVIGNAN, *Clemente XIII y Clemente XIV*, Vol. suplem., Capí-

¡Tan á pechos tomaba Catalina la defensa de sus jesuítas! Y tal impresion produjo esta carta en el ánimo de Carlos III, como escribe el P. Luengo, que desaprobó el Rey las gestiones de sus ministros contra el noviciado de Rusia, y mitigó sus bríos: con lo cual respiró Pío VI; pues en el abandono en que le habían dejado las potencias católicas y en la violencia que le hacían en la causa de la Compañía, hallaba proteccion y defensa en la Soberana de una poderosa nacion enemiga y cismática.

Pero ya que nada podían contra Rusia los enemigos de los jesuítas, vieron de desahogar su cólera contra los de Prusia, cuyo rey al fin se doblegó á las reiteradas súplicas de sus amigos los volterianos; y Azara pudo en 29 de Junio de este año de 1780 dar á Roda la noticia de que el rey de Prusia había mandado dar el *exequatur* al breve de extincion en Varmia y Quiavia, los dos obispados de Polonia<sup>1</sup>, que eran los únicos parajes de sus estados, donde no se había cumplido aquel requisito indispensable. Sensible golpe fue este para los buenos católicos y mucho más para el Papa, quien no podía menos de lamentar que no se pudiera promover el bien de la Iglesia en una nacion, sin que esto mismo redundase en daño de la misma en otra.

No fue este el único consuelo de los ministros españoles entre tantas causas de disgusto como se iban acumulando. La francmasonería se propagó tan rápidamente por toda la península en estos últimos años, que contaba ya por este tiempo un número suficiente de logias para tener dentro de España un Grande Oriente, que las dirigiera á ulteriores conquistas, y fue condecorado con el titulo de Gran Maestre el conde de Aranda.

Así consta en la medalla conmemorativa de este suceso. En el fondo de ella aparecen la escuadra y el compás, con un número 6 en medio, y rayos luminosos al derredor; y en torno se

titulo X. Tráela tambien LANGUET en sus *Anales*, n.º 7, pág. 260. Véase la *Civiltà Cattolica*, 10 de Oct. de 1876.

<sup>1</sup> En 20 de Julio dice que son tres los obispados de Polonia en que el Rey mandó dar el *exequatur*.

lee esta inscripcion: GRANDE ORIENTE NACIONAL DE ESPAÑA FUNDADO EN 1780 POR EL CONDE DE ARANDA 1.<sup>m</sup> GRAN MAESTRE. En el anverso se halla esta otra inscripcion: CENTENARIO DEL GRANDE ORIENTE NACIONAL DE ESPAÑA CELEBRADO EN 1880, 5.<sup>o</sup> AÑO DEL 6.<sup>o</sup> GRAN MAESTRE<sup>1</sup>.» Nadie negará que el implacable perseguidor de los jesuítas y de la Inquisicion hubiese contraído méritos bastantes para hacerse merecedor de tanta honra.

¡Notable coincidencia! Al mismo tiempo que se fundaba en nuestra patria el Grande Oriente nacional bajo la presidencia del conde de Aranda, tratábase de celebrar en Alemania la asamblea de Wilhemsbad, en la que el jefe y fundador del Iluminismo se propuso atraer á sí toda la masonería, para infundirle su espíritu revolucionario y aniquilador. Logró Weishaupt su intento con tal fortuna, como adelante se dirá, que dentro de algunos años la masonería francesa toda había adoptado los misterios del Iluminismo; y la célebre revolucion no fue sino el primer estallido de la francmasonería iluminada.

Pero volvamos á nuestro asunto. Mientras la impiedad tomaba la nueva fase, que acabamos de decir, y se preparaba á poner en infernal conflagracion el mundo todo, allá en un rincon de Europa la Compañía alistaba nuevos soldados para la defensa de la sociedad y de la Iglesia, y no pocos veteranos pasaban á engrosar sus filas. El P. Pignatelli, uno de estos, se preocupaba seriamente en arbitrar medios para trasladarse á Rusia y satisfacer sus ansias de verse en compañía de sus hermanos. El primer paso que dio fue escribir al Superior de la Compañía en aquellas regiones, manifestándole sus ardientes deseos de vivir bajo su obediencia y observar la regla del santo fundador y padre Ignacio.

No creo temerario sospechar que esta carta la escribió desde Turin en su larga estancia en esta capital, que duró, este año

<sup>1</sup> P. LUIS COLOMA, *Retratos de antaño*, Cap. XVI. DANVILA en su *Hist. de Carlos III*, Tomo 2.<sup>o</sup>, págs. 358-359 reproduce la medalla, y dice que está «batida en cobre.»

de 1780, desde el 7 de Abril hasta el 26 de Setiembre. En esta segunda visita á sus sobrinos, los duques de Villahermosa, llegó á su colmo la satisfaccion del P. Pignatelli, al considerar cuán copiosa cosecha había producido en corto espacio de tiempo la semilla que el año anterior había sembrado, y cómo se había cumplido la segunda parte de su profecía. En efecto: halló al duque completamente trocado en otro hombre, creyente, devoto y dado á ejercicios de piedad, después de haber hecho confesion general con el P. Felipe Grana, religioso barnabita, teólogo del duque de Parma, predicador elocuente, como lo manifestaron sus sermones en la capilla real de Turin durante la cuaresma, que acababa de terminar, á los cuales asistió el duque<sup>1</sup>.

Por lo que toca á la piadosa duquesa no podía desear más la acendrada caridad y celo del P. Pignatelli. Contrajo la buena señora íntima familiaridad con la princesa María Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI, casada en 1775 con Carlos Manuel, príncipe heredero, á la cual había conocido la duquesa en la corte de Versalles. Reteníala á su lado la princesa horas enteras, y mantenía con ella largas y provechosas pláticas espirituales, de que salían ambas llenas de fervor y mutuo aprecio. Hizola entrar en varias asociaciones de señoras, fundadas en Turin por la princesa misma para alivio de pobres y enfermos, y muy especialmente le recomendó la cofradía de «Las humildadas,» que tenía por objeto fomentar entre las señoras de más tono la modestia y decoro en los trajes.

Supo además el buen Padre el retiro y recogimiento que durante toda la cuaresma había guardado su sobrina: pues durante

<sup>1</sup> En el Diario del duque se lee el 12 de Marzo: «Empezóse la mejor obra: quiera Dios que la acabe en su santo temor y gracia.» Y más adelante, el día 20 del mismo mes, escribía: «Concluyóse la mejor obra con el P. Grana, Barnabita.» Desde esta fecha hasta quince días ántes de la muerte del duque (18 de Setiembre de 1790), que es cuando termina su diario, hállase consignado en este, primero cada quince días, y últimamente cada ocho, esta lacónica frase, que garantiza lo sincero de su conversion y lo fiel de su perseverancia: «Comulgé en la iglesia.»

aquel santo tiempo se encerró en su casa, sin salir más que á la iglesia; y como algunas damas de sus más íntimas persistieran en venir á acompañarla por las noches, hizo la duquesa con muy buena gracia que durante estas veladas se leyesen en su estrado los sermones de Massillon, que el Padre le había recomendado. Aunque este fervor de la duquesa henchía de gozo el corazón de su santo tío; afligióse este no obstante, al observar en la buena señora síntomas nada equivocados de escrúpulos, á que tenía la duquesa muy marcada propension.

Deseaba ella retirarse á principios de Mayo á la quinta Meana para recibir del Siervo de Dios los ejercicios, segun la promesa del año anterior; pero se lo estorbó una visita inesperada del marqués de Santa Cruz, cuya permanencia en Turin duró desde el 3 hasta el 22 de Mayo. Al día siguiente se retiró á la quinta con el P. Pignatelli, para principiar los santos ejercicios: hizolos con gran fervor y recogimiento, y recibió tal copia de ilustraciones celestiales, que parece haber entonces echado los cimientos y afianzado para toda su vida aquel continuo vencerse á sí misma por amor de Dios y aquella conformidad absoluta de su querer con el divino, en que tanto se distinguió.

Entre otras visitas que vinieron á perturbar el acostumbrado recogimiento de la duquesa, una fue la de cierta persona, que hubo de serle en extremo repugnante. Tal era la famosa princesa Dashkoff, Catalina Romanowna<sup>1</sup>. Pretendíase en aquella sazón el valimiento de la princesa con la emperatriz Catalina, para que retirase esta su proteccion á los jesuitas existentes en su imperio. De aquí el que procurasen los ministros de Madrid que el embajador de España la agasajase y atendiese en Turin, como lo había hecho en París el conde de Aranda. Acudió la duquesa á hacer los honores de la embajada á aquella antipática mujer,

<sup>1</sup> Esta fue la que tuvo gran parte en la conjura militar y palaciega, que derribó del trono de Rusia á Pedro III para colocar en él á Catalina II. El día del alzamiento vióse á caballo, vestida de hombre, y capitaneando un cuerpo de ejército.

aunque no sin haber ántes hecho decir aquella misma mañana siete misas en honra de los Dolores de la Santísima Virgen, á fin de alcanzar la conversion de aquella miserable, que le causaba compasion y cierta especie de miedo<sup>1</sup>.

Seis meses habian transcurrido desde la llegada del P. Pignatelli á Turin, cuando el cielo concedió por segunda vez á la duquesa la dicha de ser madre, dándole una hija, que nació el 10 de Setiembre. Bautizósela con el nombre de María, y fuele preciso al P. José aceptar la honra de ser padrino de la recién nacida. El poderse hallar al lado de la duquesa en este peligroso trance, fue indudablemente la causa de prolongar tanto tiempo su estancia en Turin; pues vemos que á los pocos días de haber cumplido con este deber de piedad, es á saber, en 22 del mismo mes de Setiembre, emprendió su viaje de regreso á Bolonia.

Completo hubiera sido su gozo, si el volver á esta ciudad hubiese sido para despedirse de sus compañeros y volar á sus queridos hermanos de Rusia; pero tuvo que ofrecer á Dios un sacrificio quizás el más costoso de su vida. Respondiósele de Rusia suplicándole se hiciese cargo de la calamitosa condicion de los tiempos, en que el amor mismo de la Compañía y el deseo de conservarla imponían á los Superiores el deber de adoptar ciertas precauciones, que para este fin consideraban de todo punto necesarias.

Una de las medidas que creyeron deber adoptar, fue no dar ocasion á la corte de España para suscitar nuevas dificultades contra el noviciado de Rusia, lo cual era suscitarlas contra la existencia de la Compañía. Esta precaucion, para ella tan indispensable, no la exigía menos la difícil situacion en que se hallaba Su Santidad; pues acababa de ver no sin gran sentimiento la destruccion de la Compañía en Prusia, alcanzada por la corte de Madrid y consentida por la de Berlin, en desquite de la restau-

<sup>1</sup> Al saber el duque lo de las siete misas de su esposa, le dijo: «Si lo sé yo á tiempo, hago decir otras siete para echar los siete demonios de los siete pecados capitales, que la tal princesa debe tener dentro.»

racion del noviciado de Rusia. En vista de todo lo cual, se había resuelto no admitir á ninguno de los antiguos jesuitas, que fueron súbditos de Carlos III, mientras no cambiase el estado actual de cosas, y no remitiese el gobierno español su odio contra la Compañía. Con él sin embargo se hacía una excepcion; y era, que podía trasladarse á aquellas regiones y permanecer allí con residencia fija por algun tiempo, durante el cual no les parecía cosa muy difícil que pudiese obtener lo que tanto ansiaba, como era ser contado en el número de los hijos de la Compañía<sup>1</sup>.

El acuerdo de los Padres Rusos, de no admitir á ningun jesuita español, parecióle muy acertado, pues exigía la prudencia que se antepusiese el bien universal de la Compañía actual y futura al particular de algunos individuos. La conmocion que había producido en la corte de Madrid la apertura del noviciado, hubiera hecho que se aprovechara cualquier ocasion, que se ofreciese, de crear nuevas dificultades á la existencia de los jesuitas en Rusia; y esta ocasion se la podía ofrecer la ida de cualquier súbdito del Rey Católico á vestir la sotana de la Compañía en aquellos países.

Militaban por Pignatelli razones especiales para creer que su fuga de Italia y entrada en la Compañía indujese al gobierno español á levantar una fiera persecucion contra los jesuitas: estaban con los ojos fijos en él los comisarios regios; no podía el P. José ausentarse de Bolonia sin contravenir á las órdenes de la corte; y este desprecio de la autoridad del rey, unido á los muchos desaires que este había recibido del P. José, cuales eran las numerosas negativas dadas á las proposiciones de que abandonase la Compañía, hechas en Zaragoza, Tarragona, Bastia, San Bonifacio, Génova y Ferrara, no podía menos de excitar la cólera de Carlos III, hecho juguete de sus ministros.

<sup>1</sup> Así lo escribe el P. AGUSTÍN MONZON en la *Vida del Siervo de Dios*. (Lib. 1, Cap. 12.) Confieso que se me hace difícil de creer una tal excepcion hecha á favor de Pignatelli: antes me parece que aun en el caso de ser admitidos en Rusia otros súbditos de Carlos III, al P. Pignatelli

Consideradas y ponderadas todas estas razones, determinó delante de Dios hacer el costoso sacrificio de posponer su propio bien particular al de la universal Compañía, permaneciendo en Bolonia, con la esperanza de que el Señor, por cuyo amor se privaba de un bien tan suspirado, no dejaría de recompensárselo; y dispondría más tarde las cosas de tal manera, que sin ofensa de nadie y sin peligro de la Compañía, pudiese él dar cumplimiento al más vehemente de sus deseos.

Desde aquel instante gozó el P. José de la mayor reputación y estima con aquellos Padres; y no solamente en lo sucesivo se lo demostraron, sino que desde luego le dieron pruebas de ello participándole que quedaba admitido á la Compañía<sup>1</sup>, y que podría agregarse á ella luego que desapareciesen los obstáculos que en la actualidad se lo estorbaban. Mucho debió de alegrarse el P. Pignatelli al verse honrado con tal promesa por los Superiores de Rusia: sintió acrecersele en su pecho aquella ternísima devoción con aquel instituto, que desde niño había amado con toda su alma: y no suspiraba por otra cosa que por verla acrecentada en el número de sus hijos, y propagada por el mundo para provecho de los fieles y edificación de la santa Iglesia.

convenía exceptuarle y no admitirle, por el mayor peligro que su admisión, siendo el que era, podía ofrecer.

<sup>1</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. V.

## CAPÍTULO VI

Sentencia dada en Lisboa á favor de la inocencia de caballeros y jesuitas. — Blandura con el reo é indiferencia con los inocentes. — Esfuerzos de los adversarios para impedir se publique el decreto declaratorio de la inocencia de los jesuitas. — Corta ausencia del P. Pignatelli á Turin. — El príncipe imperial de Rusia en Bolonia. — Pío VI de paso por la misma ciudad. — Protesta del P. Asistente de España á favor de la inocencia de la Compañía. — Primera Congregación General en Polotsk. — El P. José deja la tutoría de su hermano Nicolás. — El ruso Benislawski en Ferrara y Bolonia. — Agregaciones á la Compañía de Rusia. — Un jesuita español calumniado y preso en Bolonia. — Logra el P. Pignatelli se le ponga en libertad. — Declárase su inocencia. — Nuevas esperanzas de acabar con el noviciado ruso. — Salen frustradas. — Visitas de los PP. Pignatelli á ilustres personajes que pasan por Bolonia. — Salen para Rusia dos hermanos Angiolini y el P. Luis Panizzoni.

1781 — 1784

Á tanta dicha del Siervo de Dios se añadió otra, que hubiera sido un total complemento de la primera, si la realidad hubiese correspondido á sus esperanzas. En vista de la actitud tan resuelta que había tomado la reina de Portugal en la causa de Carvalho, esperaba el P. Pignatelli, y con él todos los jesuitas portugueses y españoles, que á no tardar se publicaría un decreto, en que se declarase la inocencia de los caballeros y de los jesuitas, y que á los portugueses se les alzara el destierro y se los llamara á Portugal; y todo esto sería el principio del desen-

Consideradas y ponderadas todas estas razones, determinó delante de Dios hacer el costoso sacrificio de posponer su propio bien particular al de la universal Compañía, permaneciendo en Bolonia, con la esperanza de que el Señor, por cuyo amor se privaba de un bien tan suspirado, no dejaría de recompensárselo; y dispondría más tarde las cosas de tal manera, que sin ofensa de nadie y sin peligro de la Compañía, pudiese él dar cumplimiento al más vehemente de sus deseos.

Desde aquel instante gozó el P. José de la mayor reputación y estima con aquellos Padres; y no solamente en lo sucesivo se lo demostraron, sino que desde luego le dieron pruebas de ello participándole que quedaba admitido á la Compañía<sup>1</sup>, y que podría agregarse á ella luego que desapareciesen los obstáculos que en la actualidad se lo estorbaban. Mucho debió de alegrarse el P. Pignatelli al verse honrado con tal promesa por los Superiores de Rusia: sintió acrecerse en su pecho aquella ternísima devoción con aquel instituto, que desde niño había amado con toda su alma: y no suspiraba por otra cosa que por verla acrecentada en el número de sus hijos, y propagada por el mundo para provecho de los fieles y edificación de la santa Iglesia.

convenía exceptuarle y no admitirle, por el mayor peligro que su admisión, siendo el que era, podía ofrecer.

<sup>1</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. V.

## CAPÍTULO VI

Sentencia dada en Lisboa á favor de la inocencia de caballeros y jesuitas. — Blandura con el reo é indiferencia con los inocentes. — Esfuerzos de los adversarios para impedir se publique el decreto declaratorio de la inocencia de los jesuitas. — Corta ausencia del P. Pignatelli á Turin. — El príncipe imperial de Rusia en Bolonia. — Pío VI de paso por la misma ciudad. — Protesta del P. Asistente de España á favor de la inocencia de la Compañía. — Primera Congregación General en Polotsk. — El P. José deja la tutoría de su hermano Nicolás. — El ruso Benislawski en Ferrara y Bolonia. — Agregaciones á la Compañía de Rusia. — Un jesuita español calumniado y preso en Bolonia. — Logra el P. Pignatelli se le ponga en libertad. — Declárase su inocencia. — Nuevas esperanzas de acabar con el noviciado ruso. — Salen frustradas. — Visitas de los PP. Pignatelli á ilustres personajes que pasan por Bolonia. — Salen para Rusia dos hermanos Angiolini y el P. Luis Panizzoni.

1781 — 1784

Á tanta dicha del Siervo de Dios se añadió otra, que hubiera sido un total complemento de la primera, si la realidad hubiese correspondido á sus esperanzas. En vista de la actitud tan resuelta que había tomado la reina de Portugal en la causa de Carvalho, esperaba el P. Pignatelli, y con él todos los jesuitas portugueses y españoles, que á no tardar se publicaría un decreto, en que se declarase la inocencia de los caballeros y de los jesuitas, y que á los portugueses se les alzaría el destierro y se los llamaría á Portugal; y todo esto sería el principio del desen-



gaño del rey de España y de que Carlos III hiciese otro tanto con los jesuitas españoles, cuya inocencia quedó evidenciada en el proceso de Carvalho.

Esto era lo que naturalmente debía suceder. Pero los ministros españoles, que veían el abismo de miserias en que iban á sumirse, revolvieron cielos y tierra para impedir la publicación de tal decreto, ya que no les había sido posible estorbar el envío del proceso á las cortes y á Roma. Y doloroso es tener que confesarlo; lo que no pudieron lograr en la causa del noviciado de Rusia, lo consiguieron en la del decreto de Portugal.

Los arbitrios de que se valieron los ministros de España para eludir el golpe que iba á descargar sobre ellos, no se saben con certeza. Lo que no se puede ocultar es, que la conducta de la corte de Portugal en este asunto ofreció tantas irregularidades, extravagancias é inconsecuencias, que cualquier hombre pensador, que estudie con mediana atención los hechos, no podrá menos de inferir, que obraron en el ánimo de la reina poderosísimas causas perturbadoras, y contrarias á sus reales intentos y á su decidida voluntad de que triunfases la justicia y la inocencia. Oigamos al P. Luengo<sup>1</sup>, quien, como grandemente interesado en este asunto, seguía con atenta solicitud todos los pasos que en él se daban, y estudiaba las causas que en él más ó menos influían. Dice, pues, así:

«Contenta, al parecer, la corte de Lisboa con haber comunicado á otros monarcas las declaraciones del ministro; aunque ellas bastaban, y aun sobaban, para sacar de su opresión á los inocentes oprimidos por Carvalho; se estuvo por muchos meses quieta sin dar paso alguno decisivo, ni aun de importancia, en este negocio. Al fin después de largo tiempo salió un orden de la Reina Fidelísima, mandando que se revisara el proceso y sentencia sobre el atentado contra el Rey José I, y nombrando un respetable tribunal para la revisión de esta causa. El tribunal, á lo que se podía entender, ya no pensaba dar sentencia sobre

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 15, pág. 499 y siguientes.

esta causa, ó no pensaba darla tan presto; y repentinamente, en día y hora irregular, se le hace que dé sentencia; y efectivamente la dio la noche del sábado ántes de la Dominica de las Palmas, 7 de Abril de este año de 1781, gloriosísima para los jesuitas y caballeros, y declaratoria de la inocencia de todos. Después de dar los jueces esta sentencia, se han buscado medios y arbitrios para suspender su publicación, y para sepultarla para siempre, si fuese posible; y efectivamente todos se persuadieron, en fuerza de los pasos de los ministros de Madrid, de que hablamos ántes, que en la corte de Portugal se había dejado el pensamiento de publicar, á lo menos por ahora, la sentencia dada la noche del siete al ocho de Abril.»

«Estando todos en esta persuasión, y con eficacísimas razones para ello, llegó ayer en la Gaceta de Florencia de data de 25 de este mes de Setiembre un decreto de la Reina Fidelísima que es alguna publicación de la dicha sentencia; y por cartas se sabe, que es cierto y legitimo..... Está firmado por la Reina el día 25 del mismo mes y año. Alguna irregularidad es haber tardado tres meses y medio en hacer la publicación de la sentencia; pero es todavía otra mucho mayor la publicación misma.»

«En dicho decreto se hace mención del destierro á Pombal del ministro Carvalho, de la temeridad de este en publicar una apología de su ministerio, y del decreto de Su Majestad, con que fue desaprobada. Se insinúa después, que fue examinado el ministro sobre varias acusaciones contra él, y que lejos de disculparse, las confesó y agravó más; y se añade, que examinada esta causa en una junta de ministros, fue sentenciado en ella que «el Marqués de Pombal era reo y merecía un ejemplar castigo. Pero yo» (habla la Reina) «ordené que no se ejecutase, en atención á sus graves indisposiciones y á la decrepita edad en que se hallaba, creyendo deber hacer más uso de la clemencia, que de la justicia; y también porque el mismo Marqués me suplicó que le librase de las penas corporales que se le impusiesen. Y finalmente se le condena á Carvalho á estarse veinte leguas lejos de la corte, y se permite, que el fisco y los particulares puedan

pedir contra el dicho ministro la reparacion de los daños temporales, que de él hayan padecido injustamente.» Este es un fiel extracto de este decreto de la Reina Fidelísima, en que se publica y ejecuta de algun modo la sentencia dada por el respetabilísimo tribunal destinado á la revision del proceso, después de haber tomado al Marqués de Pombal declaraciones sobre muchos delitos, que él confesó y agravó. Y ¿qué se dice en este decreto, como sentencia del dicho tribunal contra Carvalho?»

Dícese «que es reo;» pero se callan sus enormes crímenes y ni aun de un modo general se hace mencion de ellos. Añádesse que «merecía un ejemplar castigo;» y no se dice cuál es este castigo de tantas y tan bárbaras muertes de personas respetabilísimas por su nobleza y religion, y de tantas prisiones y destierros. Después que en un renglon se dicen de prisa y obscuramente los delitos y la pena de ellos, al renglon siguiente ya desaparece todo: se trata á Carvalho como á reo sentenciado y condenado por un tribunal respetable, sin que se diga su sentencia y condenacion, y aun se le perdona la pena sin saberse cuál es.

La reina, «creyendo deber hacer mayor uso de la clemencia que de la justicia,» relaja al reo convicto y confeso la pena que merecía por sus delitos; y no se hace el menor bien á las familias ilustres de los caballeros, que fueron ajusticiados, ni á los jesuitas, de mil maneras oprimidos y desterrados á Italia: esto es, como dice el P. Luengo<sup>1</sup>, «se hace salir del corazon de la Reina Fidelísima caudalosisimos ríos de real clemencia con que lavar, ó por lo menos inundar y cubrir, sus horrendas, sacrilegas, brutales y tiránicas injusticias; y para los otros ¿no ha de destilar de él ni una gotica siquiera de piedad y compasion, con que humedecer y ablandar de algun modo sus durísimas prisiones, y darles algun refrigerio en el horno de sus ardores, de sus trabajos, de sus tribulaciones y miserias?»

Además, ya que tan extraña benignidad y clemencia se usaba con el reo, ¿por qué no se había de usar siquiera de justicia

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 15, pág. 307.

con las víctimas? ¿Qué otra cosa necesitaban y esperaban los jesuitas, sino lo que de justicia les era debido, desde el momento en que á su verdugo y perseguidor se le declaraba reo, es á saber, que se los declarase inocentes, y se los resarciera de los daños que les hizo, ó á lo menos que se les perdonasen las penas, que injustamente se les impusieron?

Dase á los ofendidos y vejados por Carvalho facultad de recurrir contra él á los tribunales; y solamente los jesuitas portugueses quedan privados de pedir sus antiguos colegios. Esperaban los Padres que saldría otro decreto, en que se publicase la sentencia del tribunal destinado á la revision del famoso proceso, en que cuando menos se declarase su inocencia; pero salieron fallidas sus esperanzas.

Consta que la Reina Fidelísima se creía obligada en conciencia á hacer esta declaracion. De su esposo, el rey D. Pedro, que falleció el 25 de Mayo de 1786, escribe el P. Luengo<sup>1</sup> que era muy piadoso y afecto á los jesuitas; y se cree que hubiera tratado mejor su causa, si hubiese tenido más mano y autoridad en el gobierno. Había hablado en favor de ellos, encomendáolos á la reina, y solicitado la publicacion de su inocencia; y al morir protestó que sentía no haber tenido el consuelo y el gusto de ver publicada la inocencia de los caballeros y de los Padres<sup>2</sup>.

Y ¿cómo se explica esta irregularidad apenas concebible? Cualquiera que tenga una ordinaria noticia de las intrigas de que se valieron los ministros de España para impedir la obra del

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 20, pág. 270.

<sup>2</sup> En confirmacion del afecto del rey á los jesuitas, cuenta CRISTÓBAL DE MURR en su *Diario*, que en 1782 en la introduccion de la hija del marqués de Peñalba en la corte como dama de honor, admiraron todos los cortesanos la erudicion de la nueva dama y su gran conocimiento de la lengua latina. Preguntó el rey á sus cortesanos quién había sido el maestro de tan distinguida joven: y respondiéndole que lo fue el jesuita Francisco Duarte, exclamó: «Estos hombres eran nacidos para enseñar: siento vivamente la falta de los jesuitas. Haga el cielo que ántes de mi muerte los pueda llamar á mi reino.» — «Así es,» añadió la reina: «mucho hemos perdido con tal pérdida.»

noviciado de Rusia, comprenderá que la presión ejercida sobre los reyes de Portugal fue obra exclusiva de aquellos, ya en venganza del desaire recibido en Rusia, ya para impedir que se descubriese á la faz del mundo su complicidad con Carvalho y sus feas calumnias contra la Compañía.

Todo esto, según afirma el P. Luengo<sup>1</sup>, «es obra de los jansenistas con sus astutas negociaciones y con los caudales de su caja de religión, y mucho más de los ministros de Madrid con sus manejos, con el recuerdo de las paces ventajosas concedidas á Portugal, y con la profusión del erario del rey; acaso más todavía de los ingleses con su mucha autoridad en aquella corte [de Lisboa], de la que han usado con fuerza en agradecimiento á los importantes servicios que van recibiendo en las cosas de la guerra del Ministerio de Madrid<sup>2</sup>.»

El dolor que causaba en los desterrados españoles el ver á su querida patria en manos de ministros desleales, era más agudo y cruel que el que su propia desgracia producía en sus corazones. El P. Pignatelli, deseoso de hallar algún lenitivo á sus penas, emprendió su tercer viaje á Turín, adonde llegó el 7 de Agosto de 1781 con intento de pasar con sus sobrinos el verano, como había pasado los dos antecedentes. Mas tampoco encontró allí el refrigerio que buscaba; antes al contrario, se le ofrecieron nuevas causas de desconsuelo y de dolor.

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 15, pág. 517.

<sup>2</sup> Estaba á la sazón España en guerra con los ingleses; guerra, que á juzgar por los ofrecimientos que para ella hicieron la nobleza, el clero y el pueblo, fue sumamente popular. Uno de los principales deseos de todos los españoles era la recuperación de Gibraltar y de la isla de Menorca. Asegura el P. LUENGO que la conquista de Gibraltar era cosa certísima, y que solamente á las traiciones de los ministros de Madrid se debió el que permaneciera, como permanece aún hoy, en poder de la Gran Bretaña. Trata esto extensamente en un largo discurso de treinta y ocho páginas; y de todo infiere que los ministros de Madrid pagaron con la posesión de aquella plaza los buenos servicios de Inglaterra, que dominaba en Portugal, en razón de impedir la publicación del decreto declaratorio de la inocencia de los jesuitas. Véase el *Diario*, Tomo 15, desde la pág. 170 á la 208.

Dos días después de su llegada, el 9 de Agosto, atacó á su ahijada, la niña María, una fuerte calentura; y como temiese el médico se declarasen las viruelas, determinaron los duques separarla de su hermanito Victorio<sup>1</sup>. Lleváronla á Turín la duquesa y el P. Pignatelli; y quedóse el duque en Reviglasco, quinta distante tres millas de Turín, al cuidado de su hijo. Al amanecer del día siguiente, falleció la niña en brazos de su padrino el P. José, con el sentimiento de sus padres que se puede imaginar.

Prodígóles su santo tío los consuelos que tan triste caso requería; y el duque, que dos años ántes, incrédulo y orgulloso, hubiera desafiado á Dios mismo al solo pensamiento de perder á uno de sus hijos, ahora bajaba humildemente la cabeza, y escribía resignado y sumiso en su Diario esta hermosa frase: «¡Gracias sean dadas al Todopoderoso, que me ha dado conformidad para llevar este golpe! Poco después de las siete de la mañana recibí la fatal noticia.»

Desde fines de Julio estaba autorizado el duque por el rey de España para ausentarse por tres meses de su embajada. Había pedido esta licencia con el fin de llevar á España al niño Victorio, de débil complexión, para dejarle allí con su madre, si aquel clima le sentaba mejor que el de Cerdeña. Habíase fijado la salida para el otoño; pero la muerte de la hija hizo anticipar la marcha de los duques, y salieron de Turín el 9 del Setiembre próximo. Acompañóles el P. Pignatelli hasta Lannebourg, al pie del Mont-Cenis, en donde se despidió de sus sobrinos, que sintieron no poderle llevar consigo á España; y él se volvió á su nueva patria Bolonia á compartir con sus hermanos las penas que los oprimían.

Vino á templar en alguna manera el cruel desengaño producido por el triste desenlace de la tragedia de Portugal un acontecimiento no esperado por los jesuitas residentes en la ciudad de Bolonia. A principios del año 1782 visitaron á Italia el

<sup>1</sup> Así se escribe en los documentos de la familia. En español decimos Víctor.

príncipe imperial de Rusia, Alejandro, y su esposa, María de Witemberg. Llegaron á Bolonia el 28 de Enero; acudió á verlos un inmenso gentío: «y serían muy pocos,» dice el P. Luengo<sup>1</sup>, «los jesuitas, entre los muchos centenares que hay en Bolonia, que pueden moverse á lo menos arrastrando, que no procurasen ver á este príncipe, hijo de la grande Emperatriz de la Rusia Catalina II, á cuya beneficencia y generosidad debemos únicamente que no se haya borrado del todo de la faz de la tierra la ilustre Compañía de Jesús nuestra estimadísima madre.»

Unos días ántes habían llegado á Bolonia algunos señores de su séquito, á los cuales convidó á comer el cardenal arzobispo, Monseñor Gioanetti. Á la mesa asistió un abad camaldulense, á cuya órden pertenecía el prelado. Durante la comida recayó la conversacion sobre los jesuitas de la Rusia; y el bueno del abad manifestó sencillamente que tenía sus dudas acerca de la legitimidad de la Compañía en aquel país y particularmente acerca de la del noviciado. Al momento salió á su defensa uno de aquellos señores rusos; y atacó al abad con tal ardor y denuedo, que el cardenal legado Buoncompagni, que se hallaba presente, procuró cortar aquella conversacion y desviarla á otra, para que no se diese ocasion de disgusto á los ilustres huéspedes; y lo pudo lograr.

Pocos días después, á 8 de Febrero, estuvo de paso para Viena de Austria, el Sumo Pontífice, que iba á aquella corte á verse con el nuevo emperador José II. Hospedóse en el convento de Padres Dominicós, donde por la tarde admitió mucha gente á besarle el pie; y con grande amabilidad preguntaba á cada uno quién era. No faltaron varios jesuitas españoles á darle esta prueba de veneracion. Al primero, que se le acercó, preguntóle quién era: respondió él: «Soy un pobre jesuita español, desterrado de su patria.» Conmovióse tan vivamente el Pontífice al ver su pobreza y al recordar las desgracias que sobre los jesuitas españoles habían venido, que los demás de ellos que se iban

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 16, Parte primera, págs. 116-117.

acercando, para no causarle pena, callaron su calidad de jesuita al preguntarles quién eran, y solo respondian que eran españoles<sup>1</sup>.

No podían menos de consolarse los jesuitas boloñeses con la presencia de Su Santidad, no ignorando, como en efecto no ignoraban, que se interesaba por su bien y por el de su madre cuanto la calamidad de los tiempos le permitía. Añadiéronse este mismo año de 1782 otras dos causas de consuelo: la una que tocaba de un modo particular á los jesuitas de la Asistencia de España; la otra á todos en general. La primera fue la declaracion solemne de la inocencia de los jesuitas de España y de la América dependiente de ella.

Diose esta declaracion por el P. Francisco Montes, Asistente de España en Roma cuando se abolió la Compañía, y como tal, bien enterado de los negocios y personas de las Provincias españolas y americanas. Hallándose el P. Montes á los ochenta y un años de edad y sin esperanza de vivir muchos más; á imitacion del P. General Lorenzo Ricci, que próximo á la muerte protestó solemnemente contra los crímenes que se imputaban á toda la Compañía, quiso hacer otro tanto con respecto á la Compañía universal, y en particular á su Asistencia. El escrito original del P. Montes, conservado en el archivo de la Provincia de Aragon, es del tenor siguiente:

«Siendo de edad de ochenta y un años, juzgando no poder ser muy larga mi vida, y dess[e]ando que en los tiempos venideros se sepa la verdad; Haviendo sido Asistente acá en Roma por las Provincias de España; como si estuviera en el tribunal de Dios, declaro como yo, y toda mi Asistencia, y toda la Compañía, en quanto he podido saber de su modo de proceder, así el cuerpo de ella como en los particulares estamos inocentes de todos los pretendidos delitos por los cuales se procuró la abolicion.»

«Y haviendo estado en el castillo de San Angel preso, aunque fui tratado con mucha benignidad, nunca me hicieron cargo de

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 16, Parte primera, pág. 280.

delito alguno, aunque me tomaron dos veces declaracion: y assi quando el Juez me mandó firmar, le dije yo: «Y bien, Sr. Juez, si aquí no me ha hecho cargo de delito alguno, ni resulta nada contra mí, ¿porqué estoy en esta cárcel?» Respondió el Juez: «Esta no es cárcel, sino una custodia.» Sometiéndome al Juez, firmé la declaracion. Todo esto constará más bien de los mismos procesos y declaraciones auténticas: y por ser así, lo firmo en Roma á 20 de Marzo de 1782. — FRANCISCO MONTES.

Siguen luego estas dos atestaciones: «Yo, el infrascrito señor José Locaia, con juramento depongo y atestigo haberme hallado presente cuando el sobredicho Sr. D. Francisco Montes suscribió esta escritura, y afirmo que la firma es su propia y verdadera letra. En fe de lo cual lo firmo en Roma hoy día 14 de Marzo de 1789. — JOSÉ LOCAIA. — Yo José Manuel de la Torre y Domínguez, hijo de Alejandro, de la Diócesis compostelana, afirmo con juramento y depongo ser letra del sobredicho don Francisco Montes la arriba escrita al pie de esta escritura, pues le conocí y traté desde que vino á Roma para Asistente de la Compañía de España, y después, suprimida la Compañía, hasta que pasó á mejor vida. En fe..... en Roma hoy 14 de Marzo de 1789. — JOSÉ MANUEL DE LA TORRE. — Finalmente legaliza las firmas de los testigos Francisco Pío Pozzi, notario público de Roma.

La otra causa de consuelo para todos los jesuítas fue un suceso acaecido en Rusia y de alegres consecuencias para toda la Compañía. Hasta ahora solo podían considerarse como pertenecientes á la orden de San Ignacio los pocos individuos de ella que al tiempo de la abolicion residían en la Rusia Blanca. Desde la apertura del noviciado y comunicacion de la facultad, ó más bien mandato, del Soberano Pontífice de que fuesen admitidos en la Compañía todos los que desearan sujetarse de nuevo al yugo de Jesucristo, que tan violentamente se les había quitado<sup>1</sup>, era preciso dar una forma definida y estable á la Compañía en

<sup>1</sup> Véase la carta del P. Kalatai, en el capítulo IV de este libro III.

Rusia, que hasta entonces solo había subsistido como Vice-Provincia. Á instancias, pues, de la Emperatriz, y con autorizacion del obispo de Mallo, se juntaron á Congregacion General en Polotsk treinta de los Padres que para ello tenían derecho, y el 17 de Octubre (1782) fue elegido Vicario perpetuo con potestad de Preposito General el P. Estanislao Czerniewicz.

Como al día siguiente participase el P. Vicario á la Congregacion que su Majestad Imperial le mandaba partir sin pérdida de tiempo para la corte; después de tratado y resuelto un asunto urgente que se ofrecía, se dio por terminada la Congregacion. El punto importante que en ella se resolvió, fue: si á los antiguos jesuítas, que estaban por este tiempo secularizados, al ser de nuevo admitidos en la Compañía, se les debían contar ó no como de existencia en ella los años transcurridos entre la extincion y el momento de admitírselos. Respondieron afirmativamente los Padres congregados, en consideracion á que la mudanza de religiosos en clérigos seculares les había sobrevenido contra toda su voluntad, y después de ella con un acto verdaderamente heroico se debían desterrar á aquellas lejanas regiones para unirse de nuevo con su madre. Ordenóse además que los aun no profesos que tuviesen la edad requerida por las leyes del Instituto, ántes de profesar, hiciesen un mes de ejercicios, que les sirviese de tercera probacion<sup>1</sup>.

Al mismo tiempo que la Compañía en Rusia daba muestras de su vigorosa vida en un acto de tanta trascendencia como es juntarse en Congregacion General, reuniase en Alemania una asamblea misteriosa, que fue el principio de las más horrorosas convulsiones sociales. Hablo de la reunion celebrada por los francmasones en Wilhemsbad. Promoviola el jefe del Iluminismo, deseoso de contraer alianza con ellos, imbuirlos en sus máximas destructoras, infiltrarles su espíritu anti-religioso y anti-social, y reducirlos á dóciles instrumentos de sus ocultos y atrevidos planes.

<sup>1</sup> Véanse las actas de esta primera Congregacion Polocense.

No había transcurrido un año después de la iniciación de sus dos primeros discípulos, cuando á uno de ellos escribía al empezar el año 1777: «Voy á daros una noticia:» le dice, «antes del próximo carnaval iré á Munich, y me haré francmason. No os espantéis por eso: nuestro negocio seguirá su curso de la misma manera. Por este medio nosotros sabremos un vínculo ó un secreto nuevo, y nos haremos más fuertes que los otros<sup>1</sup>.» Entró en efecto Weishaupt en la francmasonería; enteróse poco á poco de todos sus secretos; y después de haber vacilado sobre si la reformaría, ó crearia un nuevo sistema masónico, ó la incorporaría á su Iluminismo para formar de las dos sociedades una sola, optó por este último plan.

Á este fin promovió una asamblea de francmasones en la ciudad de Wilhemsbad, en donde se reunieron representantes de las logias de todos los países. Merced á las maniobras de Knigge, uno de los más celosos y astutos propagadores de la secta é intimo confidente de su fundador, los diputados masónicos fueron iluminados; y desde entonces los progresos del Iluminismo fueron tan rápidos y universales, que en breve se vio todo el mundo lleno de conjurados<sup>2</sup>. En su propio lugar diremos el resultado de esta propagación de la secta de los iluminados. Volvamos ahora á nuestro P. Pignatelli.

Entre las alternativas por que pasaban los jesuítas de Bolonia de grandes y risueñas esperanzas y de grandes y bien tristes desengaños, acibaraba el corazón del P. José Pignatelli la conducta de su hermano Nicolás. Ya dijimos cómo para poner freno á su excesiva prodigalidad se había adoptado el medio de ponerle bajo la tutela del P. José. Pero todo fue inútil. Nicolás continua-

<sup>1</sup> Abate BARRUEL, *Compendio de las Memorias*, etc., Parte 5.<sup>a</sup>, §. II.

<sup>2</sup> Uno de los diputados franceses fue el conde de Mirabeau. Otro fue el conde de Virieu; el cual picado por las agudezas del conde de Gilliers, que creía ser cosa inocente y sin resultado lo de la Asamblea de Wilhemsbad, le respondió: «No os diré los secretos que traigo; pero sí que todo esto es más serio de lo que os pensáis, y que se trama una conjuración tan bien urdida y profunda, que será difícil que no sucumban la religión y los gobiernos.»

ba derrochando y adeudándose; y los buenos oficios y cariñosas amonestaciones de su hermano lejos de reducirle al cumplimiento de su deber, le indisponían más y más contra su tutor, y á este le hacían pasar por un severo censor de sus acciones.

Esta lucha afligía sobremanera al P. José y afectaba notablemente su espíritu hasta perjudicar su salud, que en este tiempo tenía casi completamente perdida. Resolvió, pues, desentenderse de la tutoría de su hermano Nicolás; y con tales razones apoyó su buen propósito, que no pudo menos de ser aprobado por su hermano D. Ramon, y por su sobrino el duque de Villahermosa, como se lo manifestó este en carta de 5 de Julio de este año de 1782. Todo esto consta por la que á 21 de este mismo mes y año escribió desde Bolonia el P. José en contestación á la del señor duque, que está concebida en los términos siguientes:

«Bolonia 21 Julio 82. — Sobrino amigo y querido. — Recibo la tuya del 5 del corriente, que aunque atrasada, por venir por la vía de Madrid, llegó más presto que la que supones haberme escrito tu mujer y dirigido por Zaragoza, que no ha comparecido todavía, y su tardanza comienza á hacerme temer se haya perdido. Lo prevengo para que en lo sucesivo me envíes tus cartas por Madrid; pues es siempre preferible el recibirlas atrasadas á correr el riesgo de que se pierdan.»

«Como me faltó esta de la Duquesa, no sé de positivo la novedad que me anuncias en su salud; tu explicación y añadidura de que si se verificare, la habrás de volver á Madrid, y tomar la ruta de allí, me la hace creer de nuevo en cinta, y lo celebro, para que la sucesión y casta de gente tan buena, como lo son Vds., y lo digo sin ceremonias, es bien necesario se multiplique y asegure. Dile que si tal fuere, se pasarán los correspondientes oficios á las Basílicas, en las que se prosiguen siempre las oraciones por la salud del niño, que siento no se halle en el grado de robustez que le deseo. El verano, y su excesivo calor, parece es contrario á su temperamento; y quizá á esto debe atribuirse su desazon actual. Espero con ansia saber cómo le prueban los

baños, que supongo sean templados, de agua no fría, y si fueran en agua corriente, creería fueran más favorables.»

«Celebro hayas aprobado mi resolución de abandonar la tutoría de mi hermano, paso á que me ha costado el reducirme; pero, como te digo, le creo necesario. Viniendo en lo sucesivo nuestras asistencias por el giro, estos comisarios le darán su parte; recogerán su recibo; sus acreedores, no siendo él puntual en pagarles, tendrán recurso á dichos comisarios, que segun las instrucciones que para casos tales tienen del Consejo, le podrán y deberán retener la tercera parte de su renta; providencia que pudiera hacerle entrar dentro de sí, que es el blanco de mi deseo.»

«Coronel<sup>1</sup> me gira en este correo cinco mil reales vellon de tu orden: creo sean los de casa; de que te doy particulares gracias; pero el recelo de que no haya algun mal entendido, por lo que escribí en la que te incluía para Cavañero, y que este haya puesto en el giro los cinco mil míos con los de Nicolás, y los nueve mil que le remitió Ramon, me hace prevenirte, que si tal fuere, los retengas de la otra partida del semestre de Andalucía, que dice Ramon cobraría sin falta en este mes, y pasaría igualmente á Cañavero. Te renuevo mil gracias por esto, y por cuantas finezas te debo, y por la bondad con que sufres las secaturas y molestias que te ocasiono, y viviré perpetuamente obligado.»

«Por acá no tenemos nueva de importancia: las esperamos de ahí; yo deseo saber qué hacen Carlos y Juanito en San Roque. ¿Pasó Juanito á edecan del nuevo general? ó quedó de voluntario? Dios les conserve y saque con honra y provecho del riesgo. ¿Va con Córdoba Joaquín? ¿cómo está de salud?» Da mis ex-

<sup>1</sup> Téngase presente que el comisario Coronel murió á poco de haber el Siervo de Dios llegado á Bolonia. Es otro, pues, el Sr. Coronel que aquí gira estas cantidades.

<sup>2</sup> Carlos y Juanito eran dos sobrinos del P. Pignatelli, hijos de su difunto hermano el conde D. Joaquín. El primero nació en 4 de Julio de 1735; el segundo en 28 de Enero de 1737. Del contexto de la carta se desprende que ambos militaban contra los ingleses en el ejército de Andalucía, á cuyo frente estaba el general Córdoba.

presiones á la Duquesa, y que no la escribo, por no duplicar cartas sin necesidad. Á doña Luisa que me cuide bien de sus niños: y tú vive seguro que soy y seré siempre tu más agradecido amigo y agradecido tío y servidor — JOSEPH. — Excmo. Señor Duque de Villahermosa.» Hasta aquí la carta<sup>1</sup>.

Desde este tiempo, descargado el P. José del peso de la tutoría, pudo entregarse con más desahogo al alivio de sus pobres compañeros de infortunio y á su tarea favorita de irse cada día disponiendo para crecer en la perfeccion religiosa y hacerse apto instrumento de la divina gloria; á lo cual le alentaban poderosamente los sucesos prósperos que iban verificándose en Rusia á favor de la Compañía. De todo lo que sucedía en aquellas apartadas regiones tuvieron noticia indubitable y cierta los jesuitas residentes en Italia, y la oyeron de los labios de un testigo ocular digno de toda fe. El día 17 de Febrero de 1783 llegó á Ferrara Juan Benislawski, natural de la Rusia Blanca, que había sido jesuita ántes de la extincion, y ahora se dirigía á Roma comisionado por la emperatriz Catalina para tratar verbalmente con Su Santidad sobre ciertos asuntos concernientes á la religion y á la conservacion de la Compañía en el imperio ruso.

El regocijo y el entusiasmo que produjo en los jesuitas de Ferrara la presencia de Benislawski, y la narracion verídica del estado de la Compañía en Rusia, no hay palabras con que puedan explicarse. Como hubiese pasado de largo por Bolonia, y los jesuitas aquí residentes se vieran privados de la buena suerte de escuchar de su boca noticias de tanto interés; diéronselas por escrito los Padres de Ferrara en carta de 23 de Febrero, cuya copia trae el P. Luengo<sup>2</sup>, y es del tenor siguiente:

«Amigo D. Ignacio. — De Ferrara pocas, pero buenas. Si yo hubiese creído que mis amigos de Bolonia no habian logrado la misma suerte que los de Ferrara, no hubiera diferido á este correo; pero veo que como nuestro Coadjutor Benislauski, se

<sup>1</sup> Archivo de Villahermosa.

<sup>2</sup> *Papeles varios*, Tomo 13, pág. 43.

había concertado con el *Vettorino*<sup>1</sup> hasta Florencia; este, por ahorrar gastos, no le habrá llevado por Bolonia. Séase como se fuere, vamos al caso.»

«Nuestro Benislauski, de mediana estatura, enjuto, ojos vivos, nariz ducal, luengas y desgredadas gueejas, lleno de fuego, viveza y actividad, pero modestísimo, humilde, deseoso de ver, hablar y satisfacer la curiosidad de los Nuestrs, llegado á Ferrara lunes 17 de Febrero hacia las veinte<sup>2</sup> salió á girar la ciudad con su compañía, que se reducía á un sobrino suyo jóven, á un oficial también jóven que se le había dado en Pietroburgo<sup>3</sup> por compañero, y á un criado que hablaba el latín, que había aprendido en nuestras aulas de Mohilow. Encontró al viejo Andrés García<sup>4</sup>, se le dio á conocer, y le encargó avisase algunos jesuitas, que tendría gran placer de verles y hablarles. Por fortuna me tocó á mí esta suerte. Casi tres horas logré su amable compañía; muchas cosas le oí; contaré las que me acuerde, refiriéndolas, por facilitar la memoria, por orden de tiempo.»

«Publicado el Breve de abolición, y no admitido por la Emperatriz, se mantienen los jesuitas; pero no contentos de su estado, logran que la Emperatriz escriba á Su Santidad la resolución que había tomado de conservarles sin la mínima mutación, la cual resolución deseaba ver aprobada por Su Santidad. Se le respondió por la vía de Propaganda: *Jesuitæ manent ut sunt*. Clemente XIV nunca escribió por sí.»

«Nuestro Benislauski, nacido en la Rusia Blanca, que oyó esto, corrió á su patria; y su presencia, aceptísima entonces á Cernikeu<sup>5</sup>, y después al príncipe Potemkin (de quien de una vez para siempre diré, que ha sido el principal motor de toda

<sup>1</sup> *Calesero*.

<sup>2</sup> Cerca de las dos de la tarde.

<sup>3</sup> San Petersburgo.

<sup>4</sup> Tenía á la sazón 84 años de edad. Nació en Jijona en 4 de Marzo de 1699, entró en la Compañía el 1.º de Febrero de 1715; murió en Ferrara á los 4 de Julio de 1794.

<sup>5</sup> Tchernichef.

esta máquina, y lo es hoy más que siempre, gozando toda la gracia de su Soberana) fue y es el consuelo y apoyo de los Nuestrs.»

«Desde luego se vio que sin noviciado no podían los jesuitas subsistir. Encargado Potemkin de este cuidado, sabiendo que el Obispo de Mohilow estaba ganado por el Nuncio Archetti, imaginó valerse de esta combinación para pedir el famoso Breve de Delegado Apostólico para este obispo, persuadido que sería más fácil obtenerlo, pidiéndole para una persona partidaria de Roma. En efecto así sucedió. Vino el Breve, la corte ordenó que en fuerza de este se abriese el noviciado, y luego se amontonaron las contradicciones. El Archetti escribía al obispo amenazando, desaprobando; el obispo remitía las cartas de Archetti á la corte; pero como estas no abrían brecha, se recurrió á España.»

«Dos cartas escribió nuestra corte; á la primera que vino acompañada de trescientos mil escudos para diversas personas, se respondió en substancia, que como la Rusia había dejado obrar libremente á Su Magestad Católica, así esperaba que esta no querría impedir las resoluciones que Su Magestad Imperial creía convenientes á sus estados. Á la segunda, la Emperatriz no quiso responder, y así acabó el empeño de nuestra corte.»

«Poco después compareció una carta de Pío VI al obispo, en que se le prohibía servirse del Breve para abrir noviciado; pero ni esta tuvo efecto; pues que estando escrita de mano y letra de Archetti, se averiguó que no era sino una firma en blanco procurada por Archetti, y de que se había servido para llevar adelante su empeño. Lo que no mudó la corte, excitó los escrúpulos de los Nuestrs; parecfales menos legítima la apertura del noviciado, y casi forzada. El obispo cada día inventaba nuevos motivos de dilación; y Potemkin, para satisfacer á los Nuestrs, hizo que se escribiese á Roma quejándose de las dilaciones del obispo, que no acababa de servirse del Breve. A esta carta respondió Monseñor Borgia al obispo: *Utatur Brevi in favorem Jesuitarum*. Pocos días después..... [se] imprimió aquel papelucho que trataba de cismáticos al obispo y jesuitas. Súpolo



Pietroburgo, pidió satisfaccion, se le ofreció que se haría retracar el autor.....»

«Abrióse el noviciado: y dejando menudencias, se trató de la eleccion del General. Nuevos enredos. Unos contra el personal del entonces Provincial, que ahora es Vicario General; otros sobre la dependencia de Roma é independencia del obispo. Pero Potemkin, que tiene el instituto en su cuarto, que le ha estudiado y está enamorado de él, persuadió finalmente á la Emperatriz, que escribiese la carta-orden, que vimos, para la eleccion.»

«Hecha esta, Potemkin, el Coadjutor, y el Vicario General, partieron á Pietroburgo. Fue presentado el Vicario General; y la Emperatriz le animó diciéndole que ella le aligeraría el peso del gobierno. El General se mantiene en la corte, no con carroza, como se habia dicho, pero sí estimado y honrado de todos. Se ha encomendado la direccion de las iglesias de Pietroburgo y Mosca<sup>1</sup> á los Nuestrros. Entre los destinados á Pietroburgo uno es Magnani, de quien hace mil elogios. El Primate<sup>2</sup> es afectísimo á los Nuestrros, á quienes se aficionó en la China por los servicios que los Nuestrros hicieron á sus griegos en aquel imperio. Potemkin ha hecho traducir é imprimir en lengua rusa la Memoria Católica<sup>3</sup> y otras apologias.»

«Así están nuestras cosas. Pero Potemkin, viendo que Roma no respondía á las cartas de la Emperatriz, dirigió á los Nuestrros la publicada en las Gacetas; y no queriendo esperar más, dispuso que la Emperatriz enviase á Roma nuestro Coadjutor para terminar á boca las diferencias.»

«Este partió el 17 de Diciembre de Pietroburgo. Pasó por Viena, donde habló con Garampi: el cual le dijo que no tenía valor de remitir al Papa la carta de la Emperatriz, porque preveía la suma afliccion que causaría á Su Santidad. Con esto Ga-

<sup>1</sup> Moscou.

<sup>2</sup> El primado de la Iglesia griega.

<sup>3</sup> Tres apologias se escribieron con este título: la primera y tercera por el P. Carlos Borgo. Refiérese el autor á la primera.

rampi avisó á Roma la venida del Coadjutor, y efectivamente de Roma escribía Cabrera, que le esperaban. Sus comisiones son: el palio del Arzobispo; su Consagracion, que la Emperatriz desea se haga en Roma, y estas dos cosas sin ninguna condicion, pues con condicion de destruir el Noviciado, ya les habia prometido Archetti la confirmacion del General; y por último, como el ducado de Curlandia está bajo la proteccion de la Emperatriz, y el Duque desea que se restablezcan los dos colegios de jesuitas que habia antiguamente, pide la Emperatriz, que de sus jesuitas pasen libremente á Curlandia. Si no se le conceden sus peticiones, tiene orden de volverse inmediatamente, y de no admitir ninguna cortapisa.»

«Estoy cansado de escribir. No sé si me olvido alguna menudencia; pero cosa que se lo valga, no, etc., etc. — Ferrara, y Febrero 23 de 1783. — Su verdadero amigo — O. F. M.» Hasta aquí la carta.

Obtuvo Benislawski cuanto pedía. Su consagracion tuvo lugar no en Roma, sino en Rusia, por el Nuncio Archetti. La aprobacion de la Compañía y del General nuevamente elegido hizose *viva vocis oraculo*, como consta de la declaracion de Benislawski, que se halla á continuacion de los decretos de la primera Congregacion Polocense y dice así:

«Habiéndome la muy augusta Emperatriz de Rusia enviado á Roma á Nuestro Santísimo Señor Pío VI á tratar los negocios concernientes al arzobispado de Mohilew, á la coadjutoria del mismo, y á la aprobacion de los Jesuitas; expuse á Su Santidad el estado de los Jesuitas, cómo vivian conforme á su Instituto, y cómo para conservar este su estado, por mandato de la muy Augusta Emperatriz habian elegido Prepósito General. Oído lo cual, el Papa benignamente confirmó aquel estado de los Jesuitas y la eleccion del General, repitiendo hasta tres veces esta palabra: *approbo, approbo, approbo*.<sup>1</sup> — De este oráculo de viva

<sup>1</sup> De estas palabras se ve cuán verdadera es la idea que de Pío VI tenía un autor nada sospechoso de favorable á los jesuitas. Este era

voz doy plenísima fe, lo escribo de mi mano, y sello. — Dado en Polotsk, el día 24 de Julio de 1785. — † JUAN BENISLAWSKI, obispo Gadarense<sup>1</sup>, Coadjutor del arzobispado de Mohilew, caballero de la Orden de San Estanislao, de mano propia.»

Esto es de Benislawski: el cual de vuelta de Roma, llegó á Bolonia el 24 de Abril á media tarde, y fue visitado de algunos jesuitas españoles: visita, que les fue de sumo consuelo, y alentó sus esperanzas del restablecimiento de la Compañía á pesar de los grandes obstáculos que lo estorbaban.

Las noticias ciertas y seguras, que del estado de la Compañía en Rusia dio Benislawski á los jesuitas residentes en Italia, acabaron de confirmar á muchos de ellos en el propósito de trasladarse á aquellas lejanas regiones, ó á lo menos de agregarse á la Compañía los que se veían imposibilitados para emprender tan dificultoso viaje ó consideraban como insoportables los rigores de aquel frigidísimo clima. Efectivamente comenzaron desde luégo las agregaciones, como consta del catálogo de ellas, cuya copia tengo ante la vista.

Haciase la agregación renovando la fórmula de los últimos votos, con lo cual los renovantes quedaban constituidos miembros de la Compañía conservada en Rusia. No hacían los agregados ninguna mudanza en lo exterior. Vestían, como ántes,

SAINT-PRIEST, el cual en su obra titulada *Caída de los Jesuitas*, pág. 173, escribe: «Pío VI sentía una secreta compasión por ellos [los jesuitas], que solo aguardaba una ocasión para trocarse en protección manifiesta.» Y el protestante SCHOEL, refiriéndose á las instrucciones de Catalina á Benislawski y á la orden de no admitir ninguna de las concesiones, si no se las otorgaba todas, escribe: «El sucesor de Clemente XIV [Pío VI] dio también á los Jesuitas en 1783 facultad de nombrarse Vicario General.... Verdad es que fue preciso intimidar á Pío VI para obtener de él este permiso; mas se puede tener por cierto, que esta aparente violencia no tenía otro objeto que el de justificar al Pontífice ante las cortes borbónicas, cuyo furor contra los Jesuitas, no estaba calmado aún. Desde este momento comenzaron los Jesuitas á gozar de existencia legal en Rusia.» (*Curso de Historia de los Estados Europeos*, Tomo 44, pág. 85).

<sup>1</sup> De Gadara, ciudad de la Palestina, obispado *in partibus*.

de clérigos seculares: vivían dispersos sin reunirse en comunidad: y en general guardaban tal reserva, que hasta los compañeros, con quienes vivían, ignoraban su agregación. De aquí que estos llamasen «clandestinas» á las tales agregaciones.

Acerca de este particular hubo con el tiempo gran diversidad de juicios entre los jesuitas. Unos creían que no era necesaria para formar parte de la Compañía, por haber sido arrancado por la fuerza el Breve de abolición; y por lo mismo, inválido y nulo. Á otros no les satisfacía por completo el pertenecer á la Compañía, y no vivir en compañía de sus hermanos, reunidos en comunidad, y ejercitando los ministerios propios del Instituto, al modo que lo hacían ántes de la extinción.

No faltaban quienes desearan tener un testimonio auténtico é indubitable de la mente de Su Santidad acerca del valor de tales agregaciones. Así puede inferirse de un acto del P. Francisco Javier Idiáquez, realizado en 1789. Constaba á este Padre la legítima existencia de la Compañía en Rusia: no podía ignorar que muchos de sus amigos en Italia se habían de hecho agregado á ella: y con todo, deseando morir con la satisfacción de ser miembro de la Compañía, creyó necesario suplicar á Pío VI le diese expresa facultad para incorporarse á la subsistente en Rusia.

Á este fin en el dicho año de 1789, á los 78 de su edad, escribió al Sumo Pontífice el memorial siguiente<sup>1</sup>: «Beatísimo Padre: Francisco Javier de Idiáquez, primogénito del duque de Granada de Ega, Grande de España de primera clase, etc. se presenta humildemente ante el solio de Vuestra Santidad, y después de besarle con humildad los pies, expone: Que desde el año 1732 vivió en la Compañía de Jesús, y hasta la extinción siempre perseveró en ella. Y constándole que en la Rusia Blanca subsiste aún la Compañía, instantemente suplica, que hallándose ya quebrantado por la vejez y los trabajos, le dé el consuelo de restituírle á la Compañía y de aplicarle con autoridad Pontificia

<sup>1</sup> NAVARRETE, *Vida del P. Idiáquez*, Cap. XX.

á la Provincia de la Rusia Blanca, al objeto de que pueda al fin morir en aquella órden, en la cual con suma satisfaccion tanto tiempo había vivido. Esta gracia pido á Vuestra Santidad por las entrañas de Jesucristo,» etc<sup>1</sup>.

Esto escribía el P. Idiáquez en 1789. Y aunque se valió de una persona muy privada de Pío VI para lograr que llegase á manos de Su Santidad el escrito, no obtuvo respuesta alguna. Y la razon de ello salta á la vista. No le era posible al Papa hacer á favor de la Compañía una demostracion auténtica de que aprobaba todo lo hecho en Rusia, sin exponerse á gravísimas vejaciones por parte de los ministros de España. Por otra parte no era necesaria tal demostracion: pues existían señales muy suficientes para entender que aprobaba la existencia de la Compañía en Rusia.

Y que estas señales bastaban para asegurar la conciencia de los jesuitas, se echa de ver por lo que varios de ellos practicaban. Muchos realmente, los más animosos, que decía Azara, pasaron á Rusia, y se incorporaron en la Compañía. Otros, que no podían pasar allá, ó por habérselos excluido, como los españoles, ó por no permitírsele su edad ó sus achaques, se agregaron á ella, quedándose en el lugar donde residían. Ya en este año de 1783 vemos que se agregan á la Compañía rusa el Padre Francisco Lozano en Ímola, y los PP. Pío Scotti y Cayetano Grisendi en Reggio. El año siguiente de 1784 hicieron otro tanto los PP. Francisco Huberti en Wúrtzburg y Juan Láscaris Guarini en Roma. Y en adelante cada año se van repitiendo y aumentando en número las agregaciones, como consta por los catálogos de los agregados.

Por este tiempo se ofreció al P. Pignatelli buena ocasion

<sup>1</sup> Como el P. Idiáquez sentían varios de los jesuitas de más prudencia y santidad. Uno de ellos era el P. Pignatelli: quien, á pesar de sus ansias vivísimas de formar parte de la Compañía, no se resolvió á agregarse á ella hasta el año de 1797, como veremos. Y aun dos años después quiso oír de boca de Pío VI que era legítima la Compañía de Rusia, cosa de que él no dudaba lo más mínimo.

para ejercitar su caridad con un hermano suyo en un caso muy ruidoso acontecido en Bolonia. El día último de Marzo de este año de 1783 á un ex-jesuita, llamado Miguel Sánchez, le fue robado un estuche, que contenía alhajas de plata por valor de unos ochenta duros. Hizo el robo un sujeto, que fingiéndose sacerdote español, se presentó en la casa donde residía Sánchez, y pidió en nombre de este el estuche.

Por las señas que dio del timador la mujer de la casa, cayó sospecha sobre otro ex-jesuita español, por nombre Juan Dávila; el cual solo por esta leve conjetura, fue ignominiosamente preso, por órden del arzobispo Gioanetti, con gran desacato, insolencia y crueldad, y encerrado en un estrechísimo calabozo, en donde hubiera estado rodeado de una gruesa cadena, si con algun dinero que tenía consigo no se hubiera librado de esta vejacion. Grande fue el escándalo que con esta prision se dio á toda la ciudad: no se hablaba en ella de otra cosa; y aplicando á todos como cosa cierta lo que era pura sospecha en uno, se miraba á todos los ex-jesuitas españoles como ladrones.

El P. Pignatelli, enterado de lo ocurrido, no dejó piedra por mover en razon de que se entendiese la verdad del hecho, y de lograr la libertad de Dávila, si era inocente, ó de librar de aquella ignominia á sus hermanos, si Dávila era culpable. Ayudáronle en esta empresa los PP. Luis Valdivia é Isidro López. Su primera diligencia fue hacer entrar en esta causa al comisario regio D. Luis Gnecco, y empeñarle en que escribiese sobre el caso al duque Grimaldi, embajador de España en Roma.

Hízolo en efecto D. Luis: su carta fue acompañada de una relacion del suceso, en que resaltaba la precipitacion con que había procedido Gioanetti: todo lo cual disgustó tanto al embajador, que al instante informó de todo al Papa, y escribió al arzobispo dándole amargas quejas por haberse así oprimido á un súbdito español sin dar aviso al ministro ni al comisario de Bolonia. Quedó atónito el bueno del arzobispo, al ver con cuánta eficacia tomaban los agentes de España la defensa de sus nacionales; mandó luego sacar del calabozo á Dávila, púsole en liber-

tad; y quedó con tanto temor, que en adelante trató con alguna mayor consideracion á los jesuitas.

Esto pasaba en los meses de Junio y Julio: y en 16 de Agosto el P. José Massi, de la órden de Predicadores, ante notario público y tres testigos declaró por escrito, que habiendo oído en confesion al verdadero autor de aquel robo, aseguraba que no era ningun español; y que esto lo hacía á nombre del penitente, en cumplimiento de la obligacion que aquel tenía de restituir la fama al inocente jesuita español, encausado y encarcelado por ocasion de aquel hurto que no había cometido. Con esto se apaciguó todo merced á la diligencia del P. José, y recobraron su buen nombre los españoles que por aquel accidente habían sido difamados<sup>1</sup>.

Aunque con este empeño defendía el embajador español en Roma á un súbdito de su rey, que era jesuita y estaba desterrado de su patria; no cesaban sin embargo los ministros de Madrid de mover cielos y tierra para obtener la destruccion del noviciado ruso y arrancar de raíz aquella recién nacida planta, la cual preveían transformada ya en un árbol corpulento, que había de extender sus ramas por todo el mundo. Fundaban ahora todas sus esperanzas en un suceso favorable á la religion ocurrido en la Rusia.

A 15 de Julio de 1783, Monseñor Archetti, Nuncio en Varsovia y elegido como Legado extraordinario de Pío VI en la corte de Rusia, era recibido en la capital del Imperio. Estaban los ministros españoles tan persuadidos que el Legado había de obtener de la Emperatriz licencia para intimar el Breve de extincion, que dando ya por seguro el hecho, lo publicaron como cierto en una gaceta de Madrid el mes de Setiembre próximo. El fundamento que tenían para creerlo eran las exorbitantes promesas que habían hecho al Nuncio, y la esperanza de que este no se mostraría insensible á ellas.

Extraordinario fue el estrépito, el furor y la algazara que

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 18, pág. 312 y siguientes.

así en gacetas como en cartas de personas de todas clases, produjo la noticia publicada en Madrid, aunque desmentida por numerosas cartas llegadas de Rusia, escritas algunas de ellas por personas que de Bolonia habían pasado á Polotsk y vestido la sotana de la Compañía. No pudiendo ya los romanos sufrir y llevar con paciencia tanto mentir, y con tanto descaro, en gacetas, en cartas y en conversaciones, pusieron una *pasquinada* en forma de diálogo entre Pasquin<sup>1</sup> y Marforio sobre el estado de los jesuitas de Rusia, decidiendo uno de ellos la controversia con estas palabras: *Visi sunt oculis insipientium mori: illi autem sunt in pace*<sup>2</sup>. Pasó por fin la tempestad, y gozaron de alguna calma los jesuitas, los cuales de continuo se veían agasajados por personas de cuenta que pasaban por Bolonia, con cuya frecuente comunicacion endulzaban las amarguras de tan prolongado destierro.

Varios fueron, además de los que ya hemos dicho, los personajes de distincion, que por este tiempo pasaron por Bolonia, mostraron especial afecto á los abatidos españoles, y fueron visitados por los hermanos Pignatelli. Aprovechaba el P. José tales ocasiones para levantar la opinion de los desterrados ante los boloñeses. Á 8 de Mayo de 1783 estuvo en la ciudad de paso para España el Illmo. Senmanat, obispo de Ávila; y esta cualidad bastó á los PP. José y Nicolás para ir á presentarle sus respetos y ofrecerle sus servicios, que aceptó el prelado español

<sup>1</sup> El origen de los pasquines en Roma es el siguiente. Había en esta ciudad un zapatero llamado Pasquin, en cuya tienda se juntaban los burlones de su tiempo. Murió, y estos echaron mano de una estatua de mármol sin narices, brazos, ni piernas, que estaba en un rincón del palacio de los Ursinos, para dar al público los productos de su maledicencia, fijando en ella por la noche los carteles satíricos, que llamaron *pasquines*. El Papa Adriano IV quiso quitar la estatua para echarla al Tiber ó reducirla á polvo; pero le contuvo uno de sus privados, diciéndole que si ahogaba á *Pasquin*, desde el fondo de las aguas gritaría con mayores alaridos que las ranas en sus pantanos; y si la quemaba, los poetas satíricos se juntarían todos los años para celebrar sus exequias en el lugar de su suplicio.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 17, pág. 394.

haciéndose acompañar en todas partes por tan ilustres paisanos<sup>1</sup>.

En 19 de Enero del año siguiente de 1784 pasó por Bolonia de vuelta de Roma la Archiduquesa María Amalia, Duquesa de Parma. Sabíase en Bolonia que esta señora había hablado de los jesuitas en Roma no solo con franqueza y libertad, sino aun con ardor y entusiasmo, volviendo por ellos, alabando sus virtudes y los inmensos servicios prestados á la religion y al estado; y esto hizo delante de personas, que eran enemigos acérrimos de la Compañía. Excusado es decir el gusto con que sería obsequiada por cuantos se honraban de verse defendidos en tales circunstancias por persona de tanta autoridad: y en especial debió de recibir mayores obsequios de los Padres Pignatelli, á quienes conocía personalmente, y no ignoraba que el Infante, su esposo, se honraba con su amistad<sup>2</sup>.

Pero más ruidosa fue otra demostracion de una persona de alta nobleza en favor de los desterrados en Bolonia. El 27 de Octubre del año anterior había estado de paso para Roma en Bolonia la Excm. Sra. Duquesa de Frias, sin detenerse apenas; mas á la vuelta de aquella ciudad, hacia mediados de Mayo de 1784, detúvose de propósito en Bolonia para tratar con sus nacionales los jesuitas. «Bastaba ser español,» dice el P. Luengo<sup>3</sup>, «para ser recibido de ella con distincion y agrado.» Ella misma fue en persona á visitar á los Padres Pignatelli en su casa. Dos veces fue á la del P. Francisco Javier Idiáquez; y como no le encontrase en ella, fue tercera vez, y estuvo razonando con él un buen espacio de tiempo, mostrándose muy afecta á la Compañía, deplorando sus desgracias, y más aún la ceguedad de sus enemigos, cuyo odio á la religion había sido el único móvil de las persecuciones que contra la Compañía levantaron.

Grandes consuelos proporcionaban á los desterrados españo-

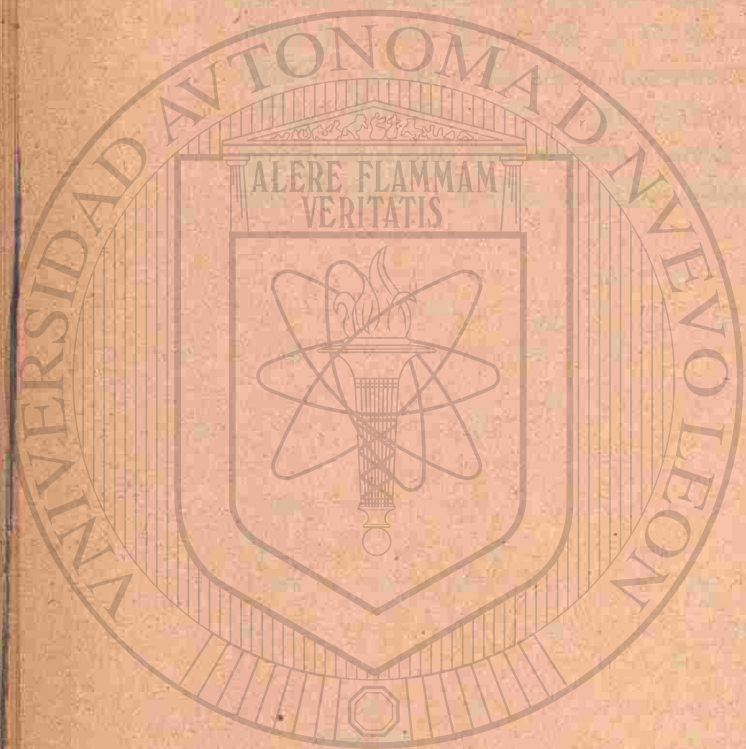
<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 17.

<sup>2</sup> *Ibid.*, Tomo 18, pág. 13.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 144.

les estos inocentes desahogos con personas de tanta representacion, que mostraban compadecerse de sus calamidades. Pero mayor consuelo hubiera sido para nuestro P. José el de poder cumplir los deseos más ardientes de su corazon de trasladarse á Rusia á vivir en compañía de sus hermanos: y hubo de hacerse más apetecible al ver ahora que en este mismo mes de Mayo dos antiguos jesuitas llamados Angiolini, y otro, el P. Luis Pannizzoni<sup>1</sup>, logrados sus deseos, salian de Italia para aquellas apartadas regiones, admitidos á ingresar segunda vez en la Compañía.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 18, pag. 149.



## CAPÍTULO VII

Enferma en Turin la duquesa de Villahermosa. — Asístela el P. José Pignatelli y la acompaña á Montpellier. — Cambios en el personal. — Azara ministro en Roma. — Favorece á los jesuitas. — Monseñor Archetti legado en Bolonia. — Honra con su amistad al P. Pignatelli. — Persiste en su retraimiento el arzobispo. — Propagan los jesuitas en Bolonia la devocion al Sagrado Corazon de Jesús. — Contrato espiritual con los jesuitas de Rusia. — Encierro del P. Nicolás en Fuerte Urbano. — Su amigo Joaquin Palomo. — Rumores sobre la prision de Nicolás. — Palomo en Santángelo. — Las Casas y Llanos en Bolonia. — La Segunda Memoria Católica y el P. Pignatelli. — Continúa en su encierro Nicolás. — Celo y santa vida del P. José. — Honor que le tributa el legado Monseñor Archetti. — Muerte de Carlos III. — Sentimientos de los jesuitas de Bolonia. — Juicio de los mismos sobre el difunto monarca y su reinado.

1785 — 1788

Cuánto hubiesen aprovechado en el camino del espíritu los duques de Villahermosa con el trato y la prudente dirección de su fervoroso tío, puede colegirse de la encendida caridad y humildad profunda de la duquesa, y de la devocion y piedad de su esposo. En carta que desde Madrid dirigió á este su esposa, le decía<sup>1</sup>: «Te recomiendo, cuando estés con quietud, que te acuerdes del libro de nuestro Fenelon, que nos ha dado juntos tan grande idea de Dios; porque con este fundamento del cono-

<sup>1</sup> Archivo de Villahermosa, carta de 17 de Octubre de 1782.

cimiento de Dios, según lo que alcanza nuestra miseria y cordedad, viene todo lo demás grandemente, y hace otra fuerza é impresion, y al cabo todo viene á parar al amor; y este se engendra, crece y se perfecciona, mediante la gracia de Dios, con la consideracion de su infinita bondad y perfecciones, de la que dimanán todas sus obras en beneficio nuestro.»

«Yo, considerando este punto, me he propuesto pedir siempre á Su Majestad, por medio de su Madre Santísima y de los Santos, este uno necesario, que encierra en sí todas las virtudes: y así amor, y más amor, es y será mi peticion para mí y para tí, hasta que seamos consumados en este amor por la union con el mismo amor, que es Dios.»

Y un poco más abajo, quejándose amorosamente con el duque porque la había alabado en una carta, le escribe: «En esto de alabarme y formar concepto de mí, por Dios que te moderes; pues te ciega el cariño; y cree que me hace mucho daño, porque me ensoberbezco, y son muchos los pensamientos de presuncion y vanidad que tengo. Y para que te persuadas, sabe que el nuevo Padre de espíritu<sup>1</sup>, dice que en esta novena es menester pida y trate de convertirme de veras. Mira qué tal me habrá hallado, pues juzga esto aun por empezar: y no creas es por decir, sino que él lo piensa así, y todo cuanto me dice, se encamina á esto.»

Como á mujer fuerte probábala el Señor en el crisol de la adversidad: y en carta de 4 de Noviembre la buena señora se lamentaba de la sequedad de espíritu y afliccion interior de dudas y escrúpulos que la atormentaban, por no entenderse bien con su nuevo director. «No hallo aún,» dice, «la paz, que necesito, con este santo hombre; pero la espero todavía en arreglándome; pues aún no me ha puesto en un pie fijo ni de horas ni de devociones. Con todo temo que por ahora Dios no me la quiera dar, para que vea que todas las criaturas, por santas que sean, no la pueden dar; porque es don del cielo. Á lo menos

<sup>1</sup> Este era el P. Juan Andrés Comenge, del Oratorio de San Felipe.

procuro esperarla sin congoja ni afan, y conformarme á vivir sin ella, si Dios lo permite así. Su Divina Majestad me sostenga, que es lo que necesito.»

Bien necesaria le fue á la atribulada señora esta total y entera conformidad con las disposiciones del Señor. Causó en efecto tales estragos en su espíritu esta enfermedad de los escrúpulos, que vuelta un año después á Turin al lado de su esposo, toda la pericia de su santo tío no pudo impedir sus funestos resultados. Y lo peor fue, que la dolencia se le comunicó del espíritu al cuerpo, y en otoño de 1784, en vista de los progresos que el mal hacía, á juicio de los médicos tuvo que ser trasladada la enferma á Montpellier de Francia para curarse. Acompañóla el P. José, permaneciendo junto á ella hasta que estuvo restablecida.

Durante su permanencia en Francia todas sus delicias eran tratar con los sacerdotes, que en otro tiempo habían pertenecido á la Compañía, y entonces se ocupaban en ministerios apostólicos con el prójimo, trabajando como sacerdotes seculares con el mismo celo y con la misma actividad, que cuando vivían juntos en el seno de su madre la Compañía.

Uno de los que con más intimidad y frecuencia trató fue el P. Nolhac, antiguamente religioso de la Compañía, rector del colegio de Tolosa, y á la sazón cura párroco de San Sinforiano en la ciudad de Aviñon: era Nolhac un venerable anciano de grande santidad: más tarde fue bárbaramente asesinado en odio de la religion por los revolucionarios, el postrero entre numerosos feligreses suyos, á quienes dispuso para el martirio, no solamente en la cárcel mientras estaban presos, sino también después en el lugar del suplicio.

Casi dos meses duró la estancia de la duquesa en Montpellier, al cabo de los cuales se sintió restablecida lo suficiente para pasar á España<sup>1</sup>. En este viaje el P. Pignatelli no los acompañó

<sup>1</sup> Consta en el «Diario» del Duque, que el P. José salió de Turin con la duquesa, su sobrina, el 9 de Setiembre de 1784, llevando quince

hasta la frontera, como da á entender el P. Monzon<sup>1</sup>, á quien sigue el P. Boero: pues afirma terminantemente en su Diario manuscrito el duque, que en Montpellier se despidió de la sobrina el P. Pignatelli para no volver á verla más. De Francia se dirigió otra vez á Italia, y se retiró á su ordinaria residencia de Bolonia.

A principios de este año de 1785 se verificaron algunos cambios en el personal de los agentes de España en Roma y en Bolonia, y aun en las autoridades de esta legacion; y de estos cambios resultó alguna ventaja para los ex-jesuitas españoles. En el mes de Enero renunció el duque Grimaldi su puesto de ministro de España en Roma; y á su paso por Bolonia dio grandes muestras de amor á los jesuitas españoles. Que le salía del corazon este amor, lo demostraba el hecho de llevarse consigo de secretario á Benavides, antiguo jesuita andaluz.

Sucedió á Grimaldi Azara: el cual tambien se interesó desde luégo por la suerte de sus nacionales, á quienes veía en gran número materialmente sumidos en la miseria; pues los que no tenían más recurso que la pension, de cuatro reales escasos, no podian atender á su decorosa subsistencia: situacion que en breves palabras declaró el P. Luengo, diciendo que «el que comía, no se vestía; y el que se vestía, no comía.» Negoció Azara con el gobierno un aumento de pension<sup>2</sup>, y á fin de conseguirlo con facilidad, ideó un medio sencillo para que aquel aumento no fuese de gravámen al erario; y fue, que en vez de mandar de España oro para el pago de la pension, se enviase plata, que en Italia tenía por entonces premio regular.

Tambien salió de Bolonia para Madrid en Mayo de este mismo

caballos; y llegaron á Montpellier el veinte del mismo mes á las cinco y media de la tarde. La duquesa estuvo allí hasta el 8 de Noviembre del mismo año, que salió para España con su marido á las doce y media del día, y llegaron á Perpiñan el día 11 á las cuatro y media de la tarde.

<sup>1</sup> *Vida*, Lib. I, Cap. XII.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 168.

año de 1785 el célebre comisario D. Pedro Forcada, no quedando para todos los jesuitas de la legacion más que un comisario, que fue el ya mencionado D. Luis Gnecco, á cuya casa pasó á vivir el P. José. Las buenas disposiciones de los nuevos agentes de España se echaron de ver además en la gracia de doble pension concedida á Marcos, el coadjutor filipino, con la obligacion de asistir en sus enfermedades á todos los jesuitas españoles de Bolonia, con lo cual estos se ahorraban los honorarios del médico en sus dolencias. Tambien obtuvo doble pension el P. Requeno por un libro que escribió sobre el modo de pintar de los antiguos<sup>1</sup>.

Finalmente á principios de Julio el cardenal legado Buoncompagni pasó á Roma, ascendido á secretario de Estado del Papa, y le substituyó Archetti, vuelto de Varsovia, y creado cardenal en 27 de Junio. Nadie podía estar mejor enterado de las cosas de los jesuitas rusos que este señor cardenal Archetti, pues intervino en todos los asuntos más graves de aquel resto de la Compañía y en particular en el de la apertura del noviciado. Acercáronse varios á preguntarle por los jesuitas de Rusia; mas él á nadie respondió palabra sobre esto, de lo cual se originaron varias habladurías y fábulas por la ciudad. No es probable que guardara tanta reserva con dos de los jesuitas españoles, José Pignatelli y José Heredia, á los cuales contó el cardenal en el número de sus más íntimos amigos, como escribe el P. Raimundo Diosdado Caballero<sup>2</sup>.

La benevolencia del legado Archetti con los jesuitas españoles causaba tanto mayor extrañeza, cuanto que permanecía aún tan alejado de ellos el arzobispo Gioanetti, como manifiesta el caso siguiente.

En el año de 1785 un jesuita italiano, por nombre Campo, predicó en la iglesia de San Felipe Neri de la ciudad de Cento

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 296. Nació el P. Requeno (Vicente) en Calatorao (Aragon) el 14 de Julio de 1743: entró en la Compañía el 2 de Setiembre de 1757: murió en Tiboli á los 15 de Febrero de 1811.

<sup>2</sup> *Gloria Postuma*, pág. 87.



el panegírico del Santo el día de su fiesta<sup>1</sup>. En tal manera gustó su discurso á los Padres del Oratorio, que habiendo escrito á los de Bolonia dándoles noticia de las cualidades del orador, estos entraron en deseos de que el siguiente año repitiera el Padre Campo su discurso en la iglesia de Bolonia. La dificultad estaba en obtener licencia del cardenal arzobispo Gioanetti para que un jesuita predicase en Bolonia.

Ninguno de los Padres se atrevía á pedir semejante autorización: hasta que el P. Porcia, que había pertenecido á la Compañía, se animó á presentarse al arzobispo. Vase á él, expónele el deseo de los Padres; y el arzobispo se niega. Insta una y otra vez; y otras tantas oyó la misma respuesta negativa. Como otra vez replicase, cansado de su impertinencia el buen cardenal, le dice estas formales palabras: *In somma: io voglio salvare la mia anima*, esto es: «Acabemos: yo no quiero condenar mi alma,» que fue tanto como decir, que juzgaba por pecado mortal el conceder á un jesuita licencia para predicar en la ciudad de Bolonia el panegírico de un Santo, que ya había predicado en otra ciudad del arzobispado, y por lo mismo con autorización suya ó de su vicario general. Este solo hecho basta para comprender el estado de inacción á que estaban condenados los jesuitas en Bolonia, y en especial los españoles, que no poseían con perfección la lengua italiana.

Á pesar de todo esto no se apagaba en sus corazones el deseo de trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas: y como su celo no podía estar ocioso, diéronse á establecer y propagar entre los boloñeses la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y los mejicanos la de Nuestra Señora de Guadalupe, bajo cuyo título llegaron á formar una congregación numerosa. Al Sagrado Corazón lograron que en dos diferentes iglesias se le erigiera un altar en cada una; y celebraban su fiesta con la solemnidad y aparato que su pobreza les permitía<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 20, pág. 426 y siguientes.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 340.

La devoción que profesaban al Sagrado Corazón era tan característica de los jesuitas, que por ella eran reconocidos por tales aun de las personas que no los conocían. Así le sucedió á nuestro P. José, como refiere el P. Juan Antonio Grassi, por estas palabras: «Celebró un día en un monasterio de Salesas; y al acabar la acción de gracias, mandó llamar la Superiora; y así que le vio, le dijo: «V. es jesuita.» Dijole el Padre: «Y ¿cómo lo ha sabido V.?» Respondió ella: «Observé que fijaba V. los ojos con gran atención en la imagen del Sagrado Corazón de Jesús<sup>1</sup>.»

Propagóse también entre los jesuitas de Italia otra práctica para ellos de mucha devoción. Después que se abrió el noviciado en Rusia, varios ex-jesuitas y algunos jóvenes boloñeses emprendieron el viaje á aquellas regiones, con ánimo de entrar en la Compañía, y fueron admitidos en ella. Entre estos contábase tres hermanos del apellido Magnani, los cuales con frecuentes cartas enteraban á los de Bolonia de todo lo que por allá ocurría<sup>2</sup>. «Por este tiempo envió el P. Agustín (Magnani) un papelito con una oración muy devota y muy acomodada para el asunto, que era el pedir al Señor el restablecimiento general y glorioso de la Compañía; y la proponía como un contrato espiritual á todos los que tuviesen gusto de entrar en él. Todos generalmente lo aceptaron con gusto, y aun elogio de un pensamiento tan oportuno, para avivar en todos el deseo de la resurrección de la Compañía, para pedirla al cielo con mayor espíritu y fervor, y para conseguirla de la misericordia y bondad de Jesucristo<sup>3</sup>.»

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 336.

<sup>2</sup> Dos de ellos, llamados Agustín y Juan, habían pertenecido ya á la Compañía. El P. Agustín, nacido en 28 de Agosto de 1746, había entrado en la Compañía el 10 de Octubre de 1762, y murió en Czeczerski á 21 de Abril de 1791. El P. Juan nació en 25 de Diciembre de 1747; entró en la Compañía en 29 de Noviembre de 1763, y murió á 22 de Octubre de 1794 en Polotsk. (P. ZALENSKI, Tomo 2.º, *Documento AX.*)

<sup>3</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 253, día 25 de Junio de 1785. La invitación y oración eran del tenor siguiente: «*Poloch, 10 Februarii*

Un suceso muy desagradable vino á contristar á todos los jesuitas españoles de Bolonia y de una manera muy particular al P. Pignatelli, como á quien le tocaba más de cerca: lo refiere el P. Luengo con estas palabras <sup>1</sup>: «La noche del 28 al 29 de Julio (1785) sucedió en esta ciudad de Bolonia una desgracia bien grande á un jesuita español y persona más distinguida que los otros de que hablamos el mes pasado; pues es el Sr. D. Nicolás de Pignatelli, de la Provincia de Aragon, que tiene aquí otro hermano jesuita en la misma Provincia, y ambos lo eran del difunto conde de Fuentes, Grande de España.»

«La dicha noche fue este Sr. D. Nicolás arrestado en su casa por orden de la corte de Madrid, ejecutando la prision este Eminentísimo Legado Buoncompagni<sup>2</sup> con decoro y con honor. Á media noche fue á su casa un capitán de granaderos con algunos hombres: le intimó el orden, y al amanecer le hizo entrar en un coche, y fue conducido á la ciudadela ó fuerte Urbano. Todos los españoles,» añade, «y aun italianos han sentido mucho la desgracia del Sr. D. Nicolás, y se han compadecido mucho de él; porque es un jóven inocente, de buenas costumbres y muy amable. Pero al mismo tiempo no dejan de conocer generalmente todos que merece lo que se ha hecho con él por su poco juicio en algunas cosas, por su simple prodigalidad y por su entereza muy fuera de propósito. Faltas,» dice el Padre, «muy propias

1785—*Invito et rogo omnes, quotquot gratum habituri sunt, ut ineant nobiscum sanctum fœdus, quod consistit in recitandis quotidie sequentibus precibus:*

*Domine Jesu, memor esto verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti, quando dixisti: Si duo ex vobis consenserint super terram de omni re, quamcumque petierint, fiet illis a Patre meo. Oro te igitur, Domine Jesu, in unione omnium, qui tecum de hac re consenserunt, per Sacratissimum Cor tuum et Sanctissimum Matris tue Mariæ, ut ultimus actus vite nostre sit supernaturalis et perfectus actus amoris Dei, et ut Societas Jesu quam primum in toto orbe et melius quam antea restituatur. — Pater noster....., Ave Maria....., Psalm. In te, Domine, speravi, ut in Completis. (P. LUENGO, Papeles varios, Tomo 14, pág. 58).*

<sup>1</sup> Diario, Tomo 19, pág. 291.

<sup>2</sup> No había resignado aún el mando en Archetti, pues no salió para Roma hasta 17 del próximo Agosto. (*Ibid.* pág. 301.)

de señores, por las cuales creen que se deshonran poco ó nada, y aun suelen hacer gala de ellas.»

Aduce luégo como origen de tanto mal la prodigalidad de D. Nicolás y las grandes deudas que por ella había contraído, advirtiendo sin embargo que algunos amigos esplotaban al sencillo jóven y «abusaban de su generosidad y de su honrado corazón.» Habla especialmente de un italiano, cuyo nombre no descubre, y de un español, llamado Joaquín Palomo, de quien hace el mismo P. Luengo la siguiente pintura.

Era Joaquín Palomo, «á quien tengo obligacion de conocer,» dice, «por haber sido mi discípulo algun tiempo,» un jóven, cuyo corazón «no puede ser más bueno, más recto y sencillo, sin malignidad ni doblez alguna; pero tampoco su cabeza puede ser más ligera, más sin juicio ni peso alguno. El genio es bullicioso, entremetido, amigo de singularizarse y parecer algo; y llegándosele una fantasía fogosa y desconcertada,..... ahora que se ha hecho mundanillo, cada hora piensa ó sueña un centenar de locuras.»

«Para mayor desgracia suya, siendo este su genio y su carácter, por algun otro peso duro le sacaron el título de capellan del Eminentísimo Juan Francisco Albani, y por esto la facultad de ponerse cuello morado; y con algun otro peso duro más le sacaron tambien de una casa de Roma, que tiene privilegio de dar algunos, el título de Proto-Notario Apostólico, y por esto puede usar de medias moradas, y le dan, á lo menos de cortesía, el tratamiento de Monseñor.»

«No es fácil explicar la altanería y orgullo, la soberanía y majestad, de que se revistió este jóven atolondrado, viéndose con cuello y medias moradas, y saludado de Monseñor..... Ya se miraba en una altura y elevacion tan grande, á su parecer, que casi le costaba trabajo el poner los ojos en los que no tenemos calzas moradas. Todos debíamos visitarle, darle la enhorabuena, celebrar sus cosas; y si no, éramos tratados como unos ambiciosos de su gloria, y declarados enemigos suyos; á los cuales protestaba el nuevo Monseñor, que no les haría con todo eso

mal alguno, como podía fácilmente, y se contentaría con no hacerles bien ni protegerles<sup>1</sup>.»

Tales eran los amigos de confianza de D. Nicolás, de los cuales se rodeó al separarse de la compañía de su hermano José. Este, á lo que se dice, previó muy de antemano la desgracia de Nicolás, y aun se la predijo. En vista de tantas prodigalidades y de tantas deudas, se pensó corregir este desórden, continúa el Padre Luengo, y «ponerle en alguna economía, dándole lo bastante para que pudiese pasarlo con decencia, y reservando lo demás de su renta para ir pagando á sus acreedores. Se inquietó mucho el Sr. D. Nicolás con esta justa y necesaria providencia, siendo tan grande su desgobierno. Protestó con toda resolucion contra ella: y no parando en solas palabras, escribió á este comisario real, D. Luis Guecco, al ministro en Roma, D. Nicolás Azara, y acaso tambien al ministro, D. José Moñino, con entereza, con libertad y desahogo, y quizá con alguna desvergüenza.....»

«Aun el Papa, dicen algunos, que ha tenido por su parte justo motivo de concurrir á la prision y reclusion en una fortaleza del Sr. D. Nicolás. La cosa con que puede haber ofendido á Su Santidad este jóven Pignatelli, es un proyecto tan temerario, que es propiamente un delirio y una locura; y solo se puede hacer algo creíble por su desgracia de haber tenido á su lado en su amistad y confianza otro jóven español, de mucho menos juicio y cabeza que él mismo.»

Era este el Joaquin Palomo, de quien acabamos de hablar. El proyecto á que se refiere, era que estando el Papa en tratos con el Emperador para comprarle un pequeño estado que tenía este cerca de Ferrara, llamado *la Mésola*, se dejaron ver en el gabinete de Viena (á lo que se decía) cartas de este Nicolás Pignatelli, como de hombre que pretendia comprar aquel estado: y de aquí se siguió que se le hiciese al Papa mal tercio, ó porque se le levantó algo el precio del estado, ó porque se le retardó la conclusion del negocio.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 19, pág. 324.

No da crédito el autor del Diario á esta voz que en público corría; pues el precio del estado era de ochocientos ó novecientos mil escudos, y la renta de D. Nicolás no pasaba de veinte ó treinta mil reales: y el solo intentar esta compra fuera un verdadero delirio y frenesi: «y en tal caso,» dice, «él y su consejero y asesor, Joaquin Palomo, debian de ser encerrados no en una fortaleza ó castillo, sino en una casa de locos.»

Y continúa: «Lo peor en esta desgracia del Sr. D. Nicolás es, que siendo su único ó principal delito, y la causa de su arresto y prision el haber escrito con poca atencion y respeto al ministro de Roma, y acaso tambien al de Madrid, se puede temer mucho que su reclusion en el castillo dure por mucho tiempo. Porque así como es cierto que no se tardaría mucho en perdonarle esta falta, si él se les humillare y pidiere perdon y excusa; así lo es tambien que sin esta diligencia no se la perdonarán tan presto. Y se puede temer mucho que segun el genio y humor de D. Nicolás, tarde mucho en resolverse á humillarse á Azara y á Moñino, y á pedir perdon de lo pasado.»

Cuán bien fundadas fuesen estas reflexiones del P. Luengo, lo dirán los sucesos, como más adelante se verá. Que en esta causa de D. Nicolás hubiese (á lo menos en apariencia) algo más que las cartas poco respetuosas al comisario y á los ministros, parece inferirse de haberse impuesto la misma pena que á él á su amigo Palomo, á quien por lo menos debió de tenerse por cómplice, si ya no por compañero ó consejero, en la falta de que se acusó, ó que se le castigó, á D. Nicolás.

Pues añade el P. Luengo: «Cuando fue llevado al fuerte Urbano el Sr. D. Nicolás Pignatelli, vino al mismo tiempo orden de llevar á la ciudadela de Ferrara al jóven D. Joaquin Palomo, su amigo, confidente y consejero; pero estando el dicho Palomo en camino para Roma, no se pudo ejecutar aquí la prision, y se ha ejecutado ahora en aquella ciudad, y ha sido encerrado en el castillo de San Ángel. De esto se infiere que son los mismos los delitos de los dos, y que todo el pecado de Palomo ha sido haber ayudado á D. Nicolás Pignatelli en sus empre-

sas de resistirse á las providencias que se daban para moderar sus gastos, y de querer comprar al Emperador el estado de Mésola. Y en estas cosas no puede este jóven haber tenido más culpa, que el haber fomentado estas ideas en D. Nicolás y haberle servido en las negociaciones que ha practicado para su ejecución<sup>1</sup>.

Todo esto sucedía en el mes de Agosto. Á principios de Setiembre de 1786 pasó por Bolonia el Sr. Las Casas, que iba de embajador á Venecia<sup>2</sup>; el cual no solamente trató franca y cordialmente con gran número de españoles que fueron á visitarle, sino que él en persona fue á visitar al P. José Pignatelli, tratándole con grande consideracion. Un mes ántes había pasado el Sr. Llanos, que fue ministro en Parma, é iba ahora de embajador á Viena, y no se mostró nada esquivo con los jesuitas. De lo cual sacaba el P. Luengo, que en Madrid se iba remitiendo el odio á los jesuitas, y que Moñino estaba apaciguado, pues tan diferentes disposiciones manifestaban para con los expulsos estos altos funcionarios de España.

En algun mayor desahogo vivían, pues, los expatriados en Bolonia, mayormente desde que á mediados de 1785 se publicó un libro con el título de «Segunda Memoria Católica,» en que se descubría la sustancia del proceso de Pombal, y abrió á muchos hombres de buena fe los ojos para conocer las verdaderas causas de la extincion de la Compañía, con lo cual empezaron á compadecer como á víctimas inocentes á los que habían con-

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 19, pág. 322. Día 23 de Agosto de 1785.

<sup>2</sup> La ida de Las Casas á Venecia era para ocupar el vacío dejado en aquella embajada por el célebre Marqués de Esquilache, muerto en 13 de Setiembre del año anterior de 1785. De este dice el P. LUENGO, que solicitó y consiguió aquel empleo, á lo que él opina, persuadido de «que estando en el oficio de embajador, lograría más fácilmente conducto y ocasion para desengañar al Rey, é informarle de los verdaderos autores del tumulto, que le separaron de su lado. Para el mismo fin,» añade, «creo que solicitó que su hijo, que es ya cardenal, fuese por Nuncio del Papa á la corte de Madrid. (*Diario*, Tomo 19, mes de Octubre.)

siderado como perturbadores del orden público y trastornadores de la paz de las monarquías.

Fue el autor del libro un ex-jesuita catalan, por nombre Andrés Febrés, aplicado á la Provincia de Chile, en donde se hallaba al tiempo de la expulsion. Es increíble la actividad con que trabajó Azara para venir en conocimiento de aquel jesuita, el cual se vio obligado á andar fugitivo y oculto, sin que jamás pudiera ser habido. Pero el ministro, ya que no logró dar con el que á su juicio era un reo, obtuvo al menos que fuese condenado el libro por el gobernador de Roma, Monseñor Busa, y que se fulminara sentencia de muerte contra su autor, y otras gravísimas penas contra sus cooperadores.<sup>1</sup>

Si es cierto que el P. José no aprobó la primera Memoria Católica del P. Borgo, como se insinúa en los procesos<sup>2</sup>, mucho más es de creer que reprobaría esta segunda; no porque no fuese demasiado verdad lo que se contenía en ella; sino por carecer de oportunidad estas públicas defensas de la Compañía, que para todo hombre de recto juicio y sano corazón eran innecesarias, para los voluntariamente ciegos, inútiles, y para la causa de la Compañía, más bien perjudiciales que provechosas.

Esta rectitud en su modo de ver las cosas, unida al amor verdaderamente filial que profesaba á su abatida madre, le hacían amable y simpático á cuantos le trataban, como se ha visto en las personas de distincion que estuvieron de paso en Bolonia: y en este mismo año de 1787 sucedió otro caso parecido con don Francisco de Acedo y Torres, auditor de la Rota, que se dirigía, á España, y fue á visitar por sí mismo á los tres jesuitas más distinguidos de Bolonia, que eran los PP. José Pignatelli, Idiáquez y López<sup>3</sup>.

Algo, y aun mucho, le traía afligido al P. José la conducta

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 22, pág. 634.

<sup>2</sup> «Si no me engaño,» dice el P. PEDRO ROSSINI, «me parece que él fue uno de los que desaprobaban el opúsculo del P. BORGO, titulado «La Memoria Católica.» (*Process. Rom.*, fol. 799).

<sup>3</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 21, pág. 494.

de Nicolás, en cuyo ánimo así como ántes no habían hecho impresion las súplicas y exhortaciones del P. José, así tampoco hizo mella en él la humillante reclusion en una fortaleza, como dice el P. Luengo por estas palabras. «En el castillo ó fuerte Urbano prosigue el Sr. Don Nicolás Pignatelli; y al parecer tan de asiento, que nada se habla de él, y mucho menos de que pueda salir presto de su reclusion. Es verdad que cada vez es más cierto y seguro que no está allí encerrado por las cosas que dieron motivo á su prision, sino precisamente porque él no quiere humillarse, y sujetarse á algun modo de vida y de gobierno, que se juzga necesario para que en lo venidero no vuelvan á suceder las mismas cosas que fueron la causa de ser preso y encerrado en aquel castillo. Así que su detencion en él más es providencia y precaución, que castigo ó pena por sus delitos!»

Sentía el P. José la tenacidad de su hermano y la triste situación á que su conducta menos arreglada le había conducido. Él á pesar de esto continuaba dando pábulo á su celo en bien espiritual de sus prójimos y fomentando el estudio entre sus compañeros. De ello da testimonio Luis Pancaldi<sup>2</sup>, quien confiesa haberlo oído decir á un boloñés testigo ocular. «Vivia» dice, «en Bolonia [el P. Pignatelli] con decoro, juntando al buen ejemplo de los ex-jesuitas la grandeza y comodidades propias de su familia, ocupándose no solamente en obras apostólicas, sino tambien en las ciencias en union con otros jesuitas de su Provincia, y fomentando academias particulares para promover el estudio de las ciencias modernas.»

Añádese en el proceso de Bolonia que «fue un eclesiástico respetable,» «que era hombre muy caritativo y que socorria á sus compañeros» esto es, «á sus hermanos los jesuitas.» Y testifica Luis Rezzi en el proceso romano<sup>3</sup>, «que siempre gozó de grande opinion de hombre prudente y de consejo.»

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 21, pág. 505. Día 16 Octubre 1787.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 843.

<sup>3</sup> Fol. 1176.

Así, pues, el estado humillante de Nicolás no impedía que el P. José fuese estimado y querido de los boloñeses, y mucho menos enfrió la amistad con que le honraba el Emmo. Archetti, como lo manifestó el legado en la ocasion que voy á referir<sup>1</sup>. Solían adjudicarse premios públicos en la ciudad de Bolonia á las obras de arquitectura, de escultura y de pintura, que á juicio de una comision examinadora eran de mérito superior. Dábase principio á la solemnidad del acto con un discurso acerca de la excelencia y utilidad de las artes liberales; discurso, que por oficio debía escribir y pronunciar uno de los senadores. El encargo era honroso, y por lo mismo ambicionado de muchos; pero era arriesgado á la par, como que de su desempeño dependía la reputacion de quien tenia que ser blanco de la censura de un escogido público, de las autoridades de Bolonia, de los senadores y del cardenal legado, que intervenían con solemne pompa.

Sucedió, pues, que pocos días ántes de la funcion se originó entre los concurrentes una contienda que no se pudo apaciguar: y no hallando el cardenal otro arbitrio, cortó el nudo diciéndoles á todos que corría de su cuenta el discurso de apertura. Llama en seguida al P. José Pignatelli, cuéntale lo ocurrido, manifiéstale el compromiso en que se halla, y le suplica que se encargue de aquel discurso, pues tenia la seguridad de que siendo él el orador, uno y otro quedarían airosos.

Alegó el Siervo de Dios cuantas excusas se le ocurrieron para desviar aquella honra; pero ninguna le admitió el cardenal, y tuvo que callar y someterse. Solos tres días tuvo de tiempo, y

<sup>1</sup> El P. BOERO dice que pasó este caso con el cardenal legado Archinto (Lib. III, §. 1). El P. MOZON (Lib. I. Cap. X) escribe haber sucedido con Archetti; y esto parece ser más exacto. Pues, segun se lee en el *Diario* del P. LUENGO, los legados que por este tiempo gobernaron en Bolonia, fueron los cardenales Branciforte (hasta Octubre de 1776); Ignacio Buoncompagni (hasta Julio de 1785); Andrés Archetti (hasta Octubre de 1795) y Antonio Vicenti Mareri. De lo cual se deduce que durante el tiempo que residió el P. Pignatelli en Bolonia, no pudo ser legado en ella el cardenal Archinto, como consta de cierto que lo fue Archetti.

escribió un discurso tan galano, tan elocuente y tan lleno de erudición sobre las tres artes liberales, que al pronunciarlo arrancó aplausos estrepitosos, y por mucho tiempo no se habló de otra cosa en Bolonia.

Acercábase entretanto para los jesuitas, mayormente los españoles, días de halagüeñas esperanzas y de amarguísimos engaños. A 14 de Diciembre de 1788 falleció Carlos III, llevando oculto en su ánimo el motivo de su conducta con la Compañía, es decir, su engaño. Cuáles fuesen los sentimientos de los jesuitas españoles desterrados en Bolonia, al saber la muerte de Carlos III, se verá por el siguiente pasaje del P. Luengo: «Entre nosotros,» dice, «si bien se ha excitado necesariamente alguna esperanza de mejor fortuna,..... casi generalmente han dominado los afectos de compasión, de ternura y de amor para con nuestro Rey y Monarca: y hablando con toda sinceridad, hago juicio que apenas se encontrará uno entre los quinientos jesuitas sacerdotes que están en Bolonia, que no le haya encomendado [de corazón á Dios<sup>1</sup>] no solo en sus privadas oraciones, sino también diciendo una ó más misas por su alma, aun dejando de recibir el estipendio ordinario en las iglesias, con edificación y con asombro de las gentes del país. Estos son aquellos hombres malvados, á quienes no pudo sufrir en su monarquía Carlos III.»

«Aunque se habló de hacerle unas honras públicas con decoro, y aun con magnificencia, para [que públicamente demostrásemos que aunque hemos sido tratados con tanto rigor en el tiempo de su reinado, no por esto había en nuestro corazón afecto alguno de rencor ó de venganza, y que conservábamos para con nuestro Rey y Señor el afecto, veneración y lealtad de buenos y fieles vasallos; pero no prevaleció este proyecto, porque si queda dominante en Madrid el ministerio antiguo, se nos acusaría al instante de que presumimos formar comunidad to-

<sup>1</sup> Estas palabras se suplen por faltar en el original: cortóse algo la última línea al encuadernar el libro.

avía, y de que conservábamos el espíritu de cuerpo; y porque á pesar de la pureza y rectitud de nuestra intención en la muestra de obsequio á nuestro Monarca, estando el mundo tan mal dispuesto para con nosotros, fácilmente se atribuiría por muchos á fines bajos y torcidos, y por lo menos á una afectación de grandeza de ánimo y heroicidad, pretendiendo que se crea de nosotros que sabemos hacer bien á los que nos han hecho mucho mal<sup>1</sup>.»

Tales eran los sentimientos de veneración y piedad de estos religiosos vasallos con su Rey, de quien habían sido severísimamente castigados como reos de crímenes, que jamás habían soñado cometer. Y no sentían así de su monarca llevados del deseo de cumplir con él la ley evangélica de perdonar al enemigo y de volver bien por mal; sino porque estaban certísimos de que no era Carlos III el que tan furiosa tempestad había levantado contra la Compañía, sino los astutos y perversos ministros que le rodeaban, y lograron sorprender su buena fe.

Muchos y muy diversos son los juicios que acerca de este monarca se han emitido, sintiendo de él cada autor conforme las ideas políticas que le dominaban. No dudo en asegurar que la historia de su reinado es una de las épocas históricas de nuestra patria que está más envuelta en las sombras del misterio. Ofrecense en ella hechos abiertamente contradictorios, que no tienen satisfactoria explicación, por ignorarse, de buena fe ó por afectación, las verdaderas causas que en ellos influyeron.

Una de las más principales, y la menos conocida ó advertida, fue la causa de la Compañía de Jesús, en cuya destrucción se emplearon todas las fuerzas de nuestra patria, por aquel tiempo la nación más poderosa del mundo; y en tal grado las agotó, que ha venido á parar en la más débil de las civilizadas.

El que con más verdad nos pinta á Carlos III, es, á mi juicio, el P. Manuel Luengo<sup>2</sup>. Según él fue príncipe sin vicio alguno

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 22, pág. 636.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 697 y siguientes.

personal: liberal<sup>1</sup> y generoso, recto, justo, benigno, compasivo y misericordioso aun con los reos y culpables de graves delitos. Era por genio cándido, sencillo é inocente; no estaba dotado de talento particularmente perspicaz, nada instruido y versado en los ardidés y astucias de los políticos, imbuído en máximas venenosísimas por los que le rodeaban, y en especial por el maligno Tanucci; expuesto á persuadirse sin dificultad de que todos sus ministros eran buenos, fieles, celosos é incapaces de hacer la menor injusticia; distraído del gobierno por la malignidad de los mismos privados suyos en fomentarle tanto la inclinación á la caza, que esta vino á ser su principal ocupación<sup>2</sup>.

Así en sustancia juzgan de este príncipe cuantos jesuitas hablan de él después que fueron desterrados de España. «Yo mismo,» dice el P. Luengo, «he oído más de una vez en el destierro al P. Isidro López, que conoce el corazón y carácter de Carlos III tan bien como cualquiera de los que han estado cerca de su persona, que si su confesor le hubiera dicho un día por la mañana: «Señor, los jesuitas son inocentes; y es malo y ofensa de Dios lo que se ha hecho con ellos,» no hubiera llegado la noche sin haber revocado la Pragmática sanción por la que fuimos desterrados.»

Con un rey de este carácter, sus ministros, favoritos y confidentes tuvieron un poder absoluto é ilimitado para hacer todo

<sup>1</sup> En el siglo pasado el adjetivo *liberal* conservaba todavía su antigua significación, y con él se apellidaba al que tenía y practicaba la virtud de la liberalidad, «que consiste en distribuir uno generosamente sus bienes sin esperar recompensa.» (Academia, Dice.) En nuestros días se emplea ordinariamente en sentido muy diverso.

<sup>2</sup> Desde niño fue inclinado á este ejercicio. «Esta afición,» dice DANVILA, «no era en el infante D. Carlos un mero pasatiempo..... Conociendo por experiencia que su familia era expuesta á caer en la melancolía, y temiendo sus malas resultas, procuró siempre evitarlas con los ejercicios cinegéticos con gran cuidado..... «Yo le oí decir en el Pardo,» añade FERNAN NÚÑEZ, «estando sirviéndole en la mesa: «Si muchos supieran lo poco que me divierte á veces en la caza, me compadecerían más de lo que pueden envidiar esta inocente diversion. (Reinado de Carlos III, Tomo I, Cap. II).

lo que les plugo. Y estos fueron la causa de que un reinado, que con ministros fieles y de mediano talento hubiera podido ser muy glorioso, no fue sino muy fatal para España. Tres cosas lo acompañaron desde el primer día hasta el último, y son: el ensalzamiento de gente baja, excesivas prodigalidades y continuas traiciones.

En cuanto al primer punto, ántes tenía la grandeza española tres ó cuatro embajadas, y estaban en sus manos las presidencias de los Consejos de Órdenes y de Indias y del cuerpo de carabineros reales; y á la muerte de Carlos III ninguna de estas tres cosas tenían, y de las embajadas sola la de París. Ántes solían proveerse en personas de la alta nobleza el obispado de Cuenca, los arzobispados de Sevilla y de Toledo, y el Patriarcado de las Indias; y durante este reinado dejaron de proveerse en la nobleza todas estas dignidades. Lo mismo sucedió con los siete colegios mayores<sup>1</sup> de España y con el cuerpo de abogados.

En cuanto á prodigalidades, calcula el P. Luengo que por término medio entraban en el erario de Carlos III anualmente de quince á veinte millones de duros más que en el reinado anterior de Fernando VI: y comparando la menor cantidad de dinero efectivo que quedó en el erario á la muerte de D. Carlos, y el aumento en las deudas, ascendería á la inmensa suma de ciento y cincuenta millones de duros lo que se disipó con tan exorbitante y monstruoso derramamiento. Y es preciso confesar que sumas tan fabulosas en su mayor parte se invirtieron en pensionar á los que trabajaban contra la Compañía y en atraer á los que deseaban favorecerla.

Añádase á todo esto el importe de las pensiones de los desterrados; para los cuales, siendo en tan grande número y viviendo en país extraño, era forzoso que saliese de España para Italia un «río de oro,» como decían los mismos desterrados. Ya

<sup>1</sup> Así se llamaban los colegios de jóvenes seculares, de familias distinguidas, que vivían en cierta clausura, sujetos á un rector colegial que ellos nombraban, por lo comun cada año.

en los años anteriores se había pensado llamarlos á la patria con el fin de ahorrar tan crecidos caudales. Uno de los que más se oponía á este proyecto, se dijo ser Roda. Murió este el 30 de Agosto de 1782: y en 11 de Noviembre del mismo año escribía la duquesa de Villahermosa al duque su marido lo que sigue:

«Corre por Madrid que los desterrados vuelven para que no vaya tanto dinero fuera, y que esto es golpe del conde de Floridablanca. Me parece muy acertado, sea de quien fuere; y extraño que hayan aguardado quince años para caer en la cuenta. Dicen que Roda lo estorbaba. Si se verificase, tendré particular complacencia en vivir con mi tío y con su amigo; y les ofrezco cuarto en casa desde luego, si tú lo apruebas<sup>1</sup>.» No tuvo esta satisfacción la duquesa: y se continuó enviando dinero á Italia.

Finalmente de las traiciones dice el citado autor, que fueron tantas, tan feas y tan enormes, que apenas hubo negocio de monta en el largo tiempo que reinó Carlos III, en que no se hubiesen mezclado traiciones, conocidas por todos los hombres de algun discernimiento. Enumera después algunas de ellas; y al llegar al negocio de la extincion de la Compañía, que, á juicio de amigos y enemigos, fue el más principal de su reinado, dice que en él se pueden contar no ya por docenas, sino por centenares y por millares; y que se derramaron en ellas á manos llenas por todas partes los tesoros del erario.

<sup>1</sup> Archivo de Villahermosa.

## CAPÍTULO VIII

Peligro de los ministros de Carlos III. — Astucia con que lo conjuran. — Esperanzas de los jesuitas. — Ardides de los enemigos para frustrarlas. — Los PP. Pignatelli, Idiáquez y López. — Enferma el Padre Nicolás Pignatelli. — Su libertad. — Establécese en Ferrara. — Jura de Carlos IV y la causa de los jesuitas. — Ciérranse de nuevo las puertas de la patria. — Fallecimiento del P. Idiáquez, de D. Vicente Pignatelli y del duque de Villahermosa. — El marqués de Valdezarzana en Bolonia. — El francés abate Maury. — Caída de Floridablanca. — Esperanzas fallidas. — Nuevos temores. — El infante duque de Parma y los jesuitas. — El P. Pignatelli y el P. Carlos Borgo. — El P. José en Nápoles. — Los emigrados franceses en Bolonia. — Caridad del Siervo de Dios con ellos. — La marquesa de Forbin. — Notable mudanza en el porte exterior del P. Pignatelli. — Los jesuitas en el seminario de nobles de Parma.

1789 — 1792

Terribles fueron los apuros de cuantos contribuyeron á engañar de una manera tan villana el sencillo ánimo de Carlos III, al ver posible que á la muerte del monarca se descubriesen á la faz del universo sus inicuas tramas y sus soeces intrigas. Quien más interés mostró en este descubrimiento y revelacion fue la corte de Portugal; pues le constaba de un modo innegable todo el misterio de iniquidad. D. José Seabra de Silva, sucesor de Carvalho en el ministerio, no ocultaba sus ansias por publicar aquel proceso. «Al menor resquicio,» decía, «que se descubra



en los años anteriores se había pensado llamarlos á la patria con el fin de ahorrar tan crecidos caudales. Uno de los que más se oponía á este proyecto, se dijo ser Roda. Murió este el 30 de Agosto de 1782: y en 11 de Noviembre del mismo año escribía la duquesa de Villahermosa al duque su marido lo que sigue:

«Corre por Madrid que los desterrados vuelven para que no vaya tanto dinero fuera, y que esto es golpe del conde de Floridablanca. Me parece muy acertado, sea de quien fuere; y extraño que hayan aguardado quince años para caer en la cuenta. Dicen que Roda lo estorbaba. Si se verificase, tendré particular complacencia en vivir con mi tío y con su amigo; y les ofrezco cuarto en casa desde luego, si tú lo apruebas<sup>1</sup>.» No tuvo esta satisfacción la duquesa: y se continuó enviando dinero á Italia.

Finalmente de las traiciones dice el citado autor, que fueron tantas, tan feas y tan enormes, que apenas hubo negocio de monta en el largo tiempo que reinó Carlos III, en que no se hubiesen mezclado traiciones, conocidas por todos los hombres de algun discernimiento. Enumera después algunas de ellas; y al llegar al negocio de la extincion de la Compañía, que, á juicio de amigos y enemigos, fue el más principal de su reinado, dice que en él se pueden contar no ya por docenas, sino por centenares y por millares; y que se derramaron en ellas á manos llenas por todas partes los tesoros del erario.

<sup>1</sup> Archivo de Villahermosa.

## CAPÍTULO VIII

Peligro de los ministros de Carlos III. — Astucia con que lo conjuran. — Esperanzas de los jesuitas. — Ardides de los enemigos para frustrarlas. — Los PP. Pignatelli, Idiáquez y López. — Enferma el Padre Nicolás Pignatelli. — Su libertad. — Establécese en Ferrara. — Jura de Carlos IV y la causa de los jesuitas. — Ciérranse de nuevo las puertas de la patria. — Fallecimiento del P. Idiáquez, de D. Vicente Pignatelli y del duque de Villahermosa. — El marqués de Valdezarzana en Bolonia. — El francés abate Maury. — Caída de Floridablanca. — Esperanzas fallidas. — Nuevos temores. — El infante duque de Parma y los jesuitas. — El P. Pignatelli y el P. Carlos Borgo. — El P. José en Nápoles. — Los emigrados franceses en Bolonia. — Caridad del Siervo de Dios con ellos. — La marquesa de Forbin. — Notable mudanza en el porte exterior del P. Pignatelli. — Los jesuitas en el seminario de nobles de Parma.

1789 — 1792

Terribles fueron los apuros de cuantos contribuyeron á engañar de una manera tan villana el sencillo ánimo de Carlos III, al ver posible que á la muerte del monarca se descubriesen á la faz del universo sus inicuas tramas y sus soeces intrigas. Quien más interés mostró en este descubrimiento y revelacion fue la corte de Portugal; pues le constaba de un modo innegable todo el misterio de iniquidad. D. José Seabra de Silva, sucesor de Carvalho en el ministerio, no ocultaba sus ansias por publicar aquel proceso. «Al menor resquicio,» decía, «que se descubra

por la corte de Madrid, se publicará no solo la inocencia de los jesuítas, sino otras muchas cosas de mucha importancia<sup>1</sup>.»

Pero forzoso es confesar, que los interesados en que tales revelaciones no se hiciesen, adivinaron desde luégo todo su peligro; y como diestros ya en el arte de precaver las tempestades que sobre sus cabezas se desencadenaban, idearon su plan de defensa, y lo llevaron á cabo con astucia y constancia inauditas hasta llegar á obtener la consecucion de sus deseos, como se verá por la relacion de los hechos, cuyos pormenores nos suministra el P. Luengo.

Grandes esperanzas concibieron los jesuítas á la subida de Carlos IV al trono de España: los personajes que de Madrid pasaban frecuentemente por Bolonia para ir á desempeñar importantes cargos en diversas cortes, les habían hablado en varias ocasiones del afecto del príncipe de Asturias para con los pobres desterrados; estaba en la conciencia de todos que el difunto rey había vivido torpemente engañado por los que le rodeaban; engaño, del cual no había sido víctima el hijo y sucesor de aquel monarca; vivía aún el antiguo maestro de Carlos IV, el Padre Zacanini, aquel mismo á quien el príncipe el día ántes de salir de Madrid para el destierro los jesuítas, había prometido que cuando le llegase su día se acordaría de su maestro, y desharia todo lo que á nombre de su padre se estaba haciendo. Este Padre, y el P. Bramieri, á quien tuvieron en grande estimacion la reina viuda y la actual esposa de Carlos IV, habían escrito cartas á las personas reales, pidiendo se compadeciesen del estado de abatimiento y miseria, en que se hallaban los jesuítas en Italia. Igual deseo de escribir se había despertado en la mayor parte de los jesuítas españoles, valiéndose de la intercesion de parientes y amigos, que gozaban de algun influjo en la corte, para alcanzar la misma gracia.

Al ver los enemigos de la Compañía tanta agitacion, hicieron escribir por personas amigas de los desterrados numerosas car-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 23, pág. 136.

tas, en que les aconsejaban que se estuviesen quietos y tranquilos, y que no pensasen en hablar ni escribir cosa alguna, porque esto era lo que por entonces más les convenía. Desde luégo sospecharon muchos que tal consejo no era sino de enemigos, y que se les daba con el fin de tener ellos más tiempo y mayor franqueza para engañar y deslumbrar al nuevo soberano; y el suceso mostró bien pronto, que no había sido sospecha infundada, sino una verdad cierta y segura.

En efecto, á solicitacion de los ministros de la corte de Madrid se escribieron de Roma á España muy siniestros informes: al mismo Soberano Pontífice indujeron á dirigir al Rey Católico una carta, en la que se mostraba sumamente disgustado por cierto libro publicado por jesuítas. En igual sentido escribieron muchas otras personas de grande autoridad, residentes en Roma. En España se dispensaron grandes favores á los adversarios de los jesuítas; y á sus amigos se los tenía tan aterrados y acobardados, que ninguno tuvo ánimo y valor para poner en manos del rey ó de la reina un memorial de los jesuítas desterrados.

El Duque de Parma, padre de la nueva reina, de quien al principio hubo esperanzas que se dignaría dirigirle una carta de súplica para ella y un memorial para el rey, no se atrevió á efectuar estos deseos: la duquesa viuda de Granada, cuñada del P. Idiáquez, y que gozaba de grande favor con la nueva reina, aunque el mismo Padre se lo suplicó con todo empeño, y con ser así que le profesaba una casi ciega veneracion; se excusó resueltamente de presentar cosa alguna á la reina. El dicho Padre Idiáquez, en union con los PP. José Pignatelli é Isidro López, trabajó muy de intento un memorial, que se consideraba el más solemne y autorizado de todos; y con ser personas de tanto valimiento con la grandeza española y las más á propósito para obtener un feliz resultado, ó no se atrevieron á enviar el memorial, ó sepultaron en el silencio el mal suceso de sus gestiones.

El resultado final fue, que á los cinco meses de la muerte de Carlos III, su hijo estaba tan prevenido contra la Compañía como su difunto padre; y quedaron cerradas en la corte de Ma-

dríd todas las puertas á las reclamaciones de los jesuítas<sup>1</sup>. Hasta D.<sup>a</sup> María Manuela, duquesa de Villahermosa y sobrina del Padre Pignatelli, á pesar de su gran valimiento en la corte y de sus ardientes deseos de gozar de la compañía de su santo tío, tuvo que renunciar á la idea que había concebido de llamar á Madrid al P. José para encargarle la educacion de sus hijos: pidiólo una y otra vez, mas no le fue posible alcanzarlo.

Y si este mismo año de 1789 el P. Nicolás fue extraído del fuerte Urbano y puesto en libertad, no fue esto porque se usase con él de alguna indulgencia; antes al contrario, á pesar de humillarse él, fueron una y otra vez desatendidas sus humildes súplicas, y para nada se tomó en cuenta el triste estado de su salud. «El P. Nicolás Pignatelli,» dice el P. Luengo<sup>2</sup>, «jesuita de la Provincia de Aragon, se hallaba bastante trabajado de unas tenaces tercianas en su reclusion del castillo ó fuerte Urbano; y esto le hizo finalmente humillarse á pedir su libertad. Á este fin escribió, del modo conveniente al intento, al Sr. Azara, ministro de Madrid en Roma, y no habiendo conseguido su libertad con la primera ni aun con la segunda carta, escribió la tercera: y sin responderle á ninguna, dio el dicho ministro orden á este comisario real, D. Luis Gnecco, para que fuese sacado del castillo.»

Del rigor con que se trató al pobre P. Nicolás, se queja amargamente el citado autor, ponderando primero la humillacion de no ver contestada ninguna de sus cartas; segundo, la gravedad del castigo por faltas tan leves en sí, con ser el reo persona de tal calidad, cuando «en una persona,» dice, «de bajo nacimiento estaban suficientemente castigadas con alguno que otro mes en el castillo.» Y añade: «Nosotros tenemos un gusto muy particular en que en todo este negocio no haya cosa alguna que sea de desdoro de este ilustre jesuita aragonés ni del cuerpo de la Compañía.»

Concluye dicho Padre su relacion con estas palabras: «Este

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 23, págs. 193-226.

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 23, pág. 455.

día, 29 de Agosto, por la tarde, salió del castillo ó fuerte Urbano; y así ha estado en él cuatro años y un mes cabales..... Pasó de noche, y sin ser visto, por esta ciudad, y por ahora ha ido al pequeño lugar, llamado San Pedro, para curarse de sus tercianas y restablecer su salud. Después debe ir á establecerse en la ciudad de Ferrara, en la que está el cuerpo de su Provincia: y parece que es condicion que se le ha puesto para concederle libertad. Pero es muy creíble que después de cuatro años de reclusion en una fortaleza, en cualquiera parte en que viviere, se guardará de caer en las mismas faltas y en otras semejantes.» Trasládose Nicolás á Ferrara, y allí vivió hasta el establecimiento del gobierno republicano después de la entrada de los franceses: y entonces, para no ser víctima de los atropellos de los nuevos gobernantes, se retiró á Venecia<sup>1</sup>.

He creído conveniente referir todos los pormenores que el P. Luengo nos da de todo lo sucedido con el P. Nicolás, porque este escritor, como investigador sagaz y testigo de vista, nos puede dar, y de seguro nos da, la verdadera historia, algo diferente de la que escribe el P. Boero<sup>2</sup>, siguiendo al P. Monzon<sup>3</sup>, los cuales no dejan en muy buen lugar al hermano del P. José; y de las palabras con que refieren el hecho, se engendra en el ánimo del lector cierta desestima de la persona del P. Nicolás.

«No encuentro,» dice el P. Boero, «especificados en los autores los proyectos [de D. Nicolás]; sino solamente que eran en extremo imprudentes y peligrosos, en los tiempos que entonces corrían, llenos de sospechas y de temores por las novedades que se andaban maquinando y realizando en Italia y en otras partes.» Y añade, que en efecto fue tenido «por sospechoso de innovador.» No tienen explicacion estas gravísimas acusaciones, sino suponiendo que la desgracia del P. Nicolás aconteció en tiempo en que ya había la revolucion no solamente estallado en Francia,

<sup>1</sup> P. MONZON, *Vida*, Lib. II, Cap. 7.

<sup>2</sup> *Vida*, Lib. III, §. XIX.

<sup>3</sup> *Ibid.*, Lib. I, Cap. 12.

sino propagádose á Italia, y que la sospecha de *innovador* se refería á simpatías del P. Nicolás por las nuevas ideas revolucionarias contra la sociedad y la Iglesia. Del relato de los hechos y de la época en que se verificaron, segun escribe el P. Luengo, se demuestra ser todo esto contrario á la verdad histórica.

Que el P. José con oraciones continuas á Dios trabajase á favor de su hermano, que se doliese de su desgracia, y que emplease todos los medios que estuviesen á su alcance para mejorar su triste estado, es cosa tan puesta en razon y tan conforme con su carácter y su solicitud en proteger á toda suerte de personas puestas en necesidad, que no se puede poner en duda; pero no creo pueda admitirse como cosa cierta, que Nicolás estuviese persuadido de que su hermano José le hubiese proeu-rado aquella pública deshonra, y que esto lo dedujese Nicolás de la oposicion que siempre mostró el P. José á sus proyectos, y de haberle predicho que pararía en una cárcel. No hay necesidad de recurrir á estas conjeturas, que pugnan con la realidad de los hechos, para explicar el resentimiento que toda su vida conservó Nicolás con su hermano José; pues queda esto suficientemente explicado con la contraria conducta que observaron los dos desde poco después de su llegada á Bolonia.

Pero volvamos á tomar el hilo de nuestra narracion, y veamos por qué fases pasó y qué fin tuvo en España el negocio de la vuelta de los jesuitas á su patria. Toda la táctica de los ministros consistía en estorbar que los desterrados enviaran memoriales á la corte é interesasen á sus familias y demás personas afectas para que intercediesen por ellos con cuantos tenían algun poder, influjo y valimiento con el príncipe, que dentro de pocos días debía ser jurado: y por otra parte trabajaban ellos por apagar en el ánimo del príncipe toda afiecion á los jesuitas, é introducir en su real corazon por todos los medios imaginables las sospechas, la desconfianza y el odio con que había vivido y muerto su augusto padre. Continuaron, pues, los ministros entreteniendo con falaces esperanzas á los jesuitas desterrados; y en muchas cartas que recibían estos de España y aun de la mis-

ma corte, se les anunciaban como no lejanos muy prósperos acontecimientos. En esto resaltaba la astuta política de los enemigos de la Compañía.

Acercábase el tiempo de convocar las cortes para la jura del nuevo príncipe de Asturias: temían los ministros que los diputados de las provincias agitarían la cuestion de la vuelta de los jesuitas á España y abogarian por su restablecimiento; y para impedir que esto se hiciese, procuraron prevenirlos, dándoles á entender que ya ellos efectivamente estaban tratando de este asunto.

Reúñense las cortes el 21 de Setiembre; júrase al príncipe el 23; y á pesar del misterioso arcano en que envolvieron sus resoluciones, en carta digna de crédito que llegó á Bolonia, se escribió que en dichas cortes se había hablado con efecto de la causa de los jesuitas, y que se había tomado sobre ella la siguiente determinacion: «Que las cortes dejaban este negocio en manos de Su Majestad, para que hiciese en él lo que tuviese por más conveniente para su real servicio;» lo cual equivalía á decir que por parte de las cortes los ministros no tenían embarazo alguno, y quedaban con las manos sueltas para continuar á su antojo teniéndolos para siempre desterrados de España, como al instante lo ejecutaron.

En efecto: el día 28 del mismo Setiembre el Excmo. Sr. D. Antonio Porlier, Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia de Indias, escribió al comisario de Bolonia una carta, en que le decía: «En varias representaciones que han dirigido á este Ministerio de Gracia y Justicia de Indias los ex-jesuitas D. Juan Tomás de Silva, etc..... han solicitado bajo distintos pretextos que se les conceda volver á las Indias, de donde salieron al tiempo de la expulsion de los de su Orden. Su Majestad ha denegado todas estas instancias. Y á fin que cesen para lo sucesivo semejantes recursos, me ha mandado prevenir á V. S., como lo hago, haga entender á los ex-jesuitas americanos, que no concederá jamás ningun permiso de esta clase, ni alterará la prohibicion absoluta que tienen para volver á los dominios del Rey.»

Y para que no pudieran creer que solamente á los jesuítas americanos se cerraba la puerta de su patria por algunos particulares inconvenientes que se pudieran temer de su vuelta á aquellos países, cuidó el señor comisario de evitar este error, añadiendo estas textuales palabras: «Aunque no se habla más que con los americanos, comuníquese la carta á todos, porque es general la providencia.» Y acaba pidiendo que de haberse comunicado esta declaración se le dé el aviso correspondiente.

Dura fue esta intimación, y cruel la circunstancia del tiempo que se escogió para comunicarla, que fue el mismo día de San Carlos, nombre del santo de Su Majestad, precisamente cuando estaban persuadidos los desterrados, que después de tantos motivos de beneficencia de parte del nuevo rey, y de tantas promociones, honores y premios á toda clase de personas, á nacionales y extranjeros, en día de tanto regocijo se había de firmar el decreto, como de perdon y gracia, con el que se permitiese á todos los jesuítas desterrados regresar á su patria y volver al seno de sus familias<sup>1</sup>.

Tal fue el desgraciado fin que tuvo la causa de los jesuítas en España. Perdida toda esperanza de volver á su patria, y convencidos una vez más de que los ministros perseveraban en su odio contra la Compañía y eran poderosos para conservarlo en el corazón del monarca, como ya habían logrado infiltrárselo, entregáronse en manos de la Providencia, confiando que á su tiempo volvería el cielo por los inocentes oprimidos, ya que de los hombres no se podían prometer más que desengaños.

Añadióse á esta adversidad otra que los hubiera sumido en el abismo de la tristeza y desconsuelo, á no tener bien conocida la gran caridad del P. José Pignatelli y su prestigio en Bolonia para defender de cualquier insulto y atropello á sus hermanos. El día primero de Setiembre de 1790 en la casa de campo inmediata á la parroquia de Bertelia, á un cuarto de legua de Bolonia, falleció el P. Francisco Javier Idiáquez, consuelo, sosten y

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 23, pág. 641.

apoyo de los Padres castellanos, cuya Provincia gobernó poco antes del extrañamiento de España y al tiempo de la extincion, como en su lugar queda dicho.

Á este golpe, que no dejó de ser grandemente sensible para el P. Pignatelli, sucedieron otros dos no menos dolorosos, que fueron la muerte de su hermano D. Vicente en 6 de este mismo mes de Setiembre en Zaragoza, y la de su sobrino el duque de Villahermosa, ocurrida en Madrid doce días después, esto es, el 18 de Setiembre de este mismo año de 1790.

Desde muy jóven fue D. Vicente admitido en la órden militar de Jerusalem, y siguió la carrera de las armas con destino á la Real marina, en la que llegó á ser capitán de fragata: mas desengañado del mundo, abandonó su carrera y se ordenó de sacerdote. Fue arcediano de Belchite en la metropolitana de Zaragoza, luégo capellan mayor del real convento de la Encarnacion en Madrid, y después prior de la órden de San Juan y visitador del sacro convento de la villa de Caspe.

Reunió una selecta y copiosa librería, estimó y protegió á los literatos honrados y virtuosos, cultivó la pintura, en que fue hábil paisajista, como lo muestran sus obras, que son muy estimadas de los inteligentes: cedió una casa de su propiedad para establecer en Zaragoza una academia de dibujo y pintura. En 1767 fue nombrado individuo de la Academia de Nobles Artes en Madrid, y obtuvo sucesivamente todos los destinos de aquel ilustre cuerpo, llegando á ser su vice-protector, cargo que desempeñó hasta su muerte. Deseó Carlos III tener en su compañía un hombre tan ilustre, y le nombró sumiller de cortina en su real oratorio<sup>1</sup>.

El duque de Villahermosa falleció víctima de una pulmonía, ocasionada, á lo que se cree, por el afan y solicitud con que tomó el recoger limosnas para el socorro de los infelices que perdieron

<sup>1</sup> *Biografía eclesiástica completa*, Tomo XVIII, pág. 202. Sumiller de cortina es el eclesiástico destinado en palacio para asistir á los reyes cuando van á la capilla, correr la cortina del camon ó tribuna, bendecir la mesa real en ausencia del Patriarca de las Indias, etc.

sus ajuares en el incendio de la plaza mayor de Madrid. Aunque la ajustada vida, que llevó en sus postreros años desde su conversión, daba á la duquesa D.<sup>a</sup> María Manuela sólidas esperanzas de que el Señor había acogido en su seno el alma del duque su marido; no pudo menos, sin embargo, de serle muy dolorosa su pérdida, por lo tierno del cariño que le profesaba y por la falta que le había de hacer para la educacion de los tres hijos, que á su padre sobrevivieron.

Un solo arbitrio se le ofrecía para salir airosa en esta empresa; y fue el encargar el cuidado y formacion de los hijos al P. José. Y aunque había pedido ya esta gracia al rey por mediacion de la reina D.<sup>a</sup> María Luisa, y le salió frustrada su peticion, creyendo ahora que el estado de su viudez movería el corazon de Carlos IV á otorgarle tan deseada licencia para su tío, acudió á él, interpuso el valimiento de las personas más allegadas á Su Majestad; pero tampoco logró que se accediera á sus piadosos deseos.

Al ver D.<sup>a</sup> María Manuela que le era imposible llamar á Madrid á su tío, determinó trasladarse ella y sus hijos á Bolonia, entregarse á la direccion espiritual del Padre y encargarle la educacion de los hijos. Pidió el competente permiso al rey, y le fue otorgado. Disponía ya sus cosas para el viaje á Italia, cuando se divulgó por la corte el plan de la señora duquesa; y fueron tantas las contradicciones que contra ella se levantaron, que juzgó prudente desistir de su empeño y permanecer en España, contentándose con comunicarse con su tío por cartas, y así recibir de él consejo en sus dudas y alivio en sus penas y tribulaciones.

No dejaban de recibir algunos consuelos los jesuítas españoles en medio de la afliccion en que los tenía el ver tan cerradas las puertas de su patria por la corte. El día 12 de Agosto de 1791 llegó á Bolonia, de vuelta de Austria, el marqués de Valdezarzana, Grande de España y sumiller de Corps<sup>1</sup>; y en el

<sup>1</sup> Llámase así uno de los jefes de palacio, que tiene á su cargo el cuidado de la real cámara.

día que se detuvo en esta ciudad, le visitaron nuestro Padre Pignatelli, el P. López y otros muchos. De aquí pasó á Nápoles; y á su vuelta, que fue el 13 de Noviembre, aunque fueron él y los de su comitiva muy cortejados del cardenal Legado, del conde Zambecari, ministro de España, y de otras personas distinguidas, su mayor ocupacion fue tratar con los jesuítas españoles, sus conocidos, ya en la posada, ya en las casas de dos de ellos, al parecer, los PP. Pignatelli y López, á los que fueron á visitar muy despacio.

Al talle de los amos eran todos los criados de su acompañamiento; los cuales recibían con muy buen modo y particular agrado á todos los que fueron á visitar á sus señores: encargábase con gusto de llevar cartas y otras cosillas, que algunos, aprovechando tan propicia ocasion, les entregaron. Finalmente en las calles saludaban con cariño á todos los que encontraban, aunque no los conociesen. «Tiene algo de prodigiosa,» dice el P. Luengo, «esta constancia y casi obstinacion de la gente de honra de España en amar y estimar á los jesuítas ausentes y desterrados con ignominia<sup>1</sup>.»

Impresiones bien diferentes recibieron en Bolonia los jesuítas españoles con la inesperada presencia en dicha ciudad de una respetable persona eclesiástica. El día 23 de Noviembre de 1791 llegó á Bolonia el abate Maury, miembro de la Asamblea Nacional de Francia, reunida en 4 de Mayo de 1789, y convocada por la masonería iniciada en los misterios del Iluminismo para poner en ejecucion su plan de abolir toda autoridad religiosa y civil, según lo acordado en una reunion tenida en Fráncfort en 1786, en la cual se decretó la muerte de Gustavo III, rey de Suecia, y la de Luis XVI, rey de Francia<sup>2</sup>.

Las tendencias revolucionarias de la Asamblea Nacional se manifestaron bien pronto en el juramento del juego de la pelota, en la toma de la Bastilla el 14 de Julio, en la providencia,

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 25, pág. 625.

<sup>2</sup> *Civiltà Cattolica*, 19 de Febrero de 1878.

tomada en 5 de Enero de 1790, de confiscar los bienes de los sacerdotes emigrados, y principalmente en la Constitucion civil del clero á todas luces cismática (29 de Mayo - 13 de Julio 1790), y en el juramento de la misma que se exigió al clero.

Aunque al principio no se le pedía sino un juramento puramente civil cuando en 1.º de Octubre se transformó en legislativa la asamblea, hasta entonces constituyente; no dejaron de conocer los sacerdotes que tal atenuacion no era sino un lazo que se les tendía para seducirlos: y no fue difícil prever la furiosa persecucion de que á no tardar iban á ser víctimas, como efectivamente sucedió; pues á 26 de Mayo de 1792 se decretó la exportacion de los sacerdotes no juramentados. Previnieron este golpe muchos de ellos; uno de los cuales fue el mencionado abate Maury, «célebre,» como escribe el P. Luengo<sup>1</sup>, «por su celo, intrepidez, teson y elocuencia en defender la religion católica y hacer frente á los filósofos incrédulos, y entre ellos á los más impíos, más orgullosos, más hábiles y más locuaces.»

Corrieron á visitarle los jesuitas españoles, para darle el más sincero y expresivo parabien, no faltando quién le ofreciese muy de corazon todo su caudalillo y lo demás que necesitase de la pobreza de los jesuitas. Tuvieron el gusto de hallar en él un hombre afectísimo de la Compañía de Jesús y de sus hijos. Dijoles que había deseado y pretendido con empeño ser de la Compañía ántes de su extincion; que todo lo que era y lo que sabía se lo debía á los jesuitas; abrazábalos estrechamente, y en público y en presencia de varias personas se derramaba con efusion en elogio suyo<sup>2</sup>.

Á principios del año 1792 brilló otra vez para los jesuitas desterrados un rayo de esperanza por la caída de su más implacable enemigo, el conde de Floridablanca<sup>3</sup>. No contento Car-

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 25, pág. 673.

<sup>2</sup> P. LUENGO, lugar citado.

<sup>3</sup> La odiosa negociacion de la abolicion de la Compañía fue la que valió á Moñino este título y al poco tiempo el ministerio, muy contra la voluntad de Aranda, que cordialmente le aborrecía.

los IV con separar á Moñino (en Febrero) de un cargo que durante tan largo período de tiempo había desempeñado, mandó que se le procesara, y trasladara en calidad de preso á la ciudadela de Pamplona como reo de abusos de autoridad y de malversacion de caudales públicos<sup>1</sup>.

Tan constante había permanecido el conde en su odio á los jesuitas, que jamás consintió en llamarlos del destierro, aun cuando á sus cómplices, y tales como el conde de Aranda, parecía conveniente la vuelta de los desterrados á España. Así se lo escribía desde París Aranda en 1785: «Aseguro,» decíale<sup>2</sup>, «á V. E. que ya extinto el instituto Loyolista, yo tendría por mejor el dejar volver á los expulsos, que se retirasen á sus familias los que quisiesen; que se quedasen en Italia los que no teniéndolas, prefiriesen concluir sus días en aquel clima, ya habituados á él; y que cuantos hubiese de talento, instruccion y mérito los emplease el rey en la enseñanza y en escribir sobre buenas letras y ciencias: más, que los hiciese canónigos y deanes, si fuesen dignos.» Esto escribía Aranda.

Á pesar de todo Floridablanca jamás quiso se diera un paso en este sentido; antes agotó los recursos todos de su poder para ahogar las voces de los españoles á la muerte de Carlos III, y todos los ardidés de su fina astucia para sorprender el ánimo de Carlos IV. Y preciso es confesar, que no fueron más afortunados los pobres jesuitas con el nuevo ministro, el conde de Aranda, de quien, por lo que siete años atrás, desde su embajada de París, deseaba que hiciese Moñino, podía esperarse que lo haría él ahora desde el ministerio. Pero no hizo sino todo lo contrario<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> MODESTO LAFUENTE, *Hist. gener. de España*, Parte III, Lib. IX, Cap. II.

<sup>2</sup> *Ibid.*, Lib. VIII, Cap. XXI.

<sup>3</sup> Dos años después de la caída de Floridablanca, le tocó igual suerte al conde Aranda. El favorito Godoy, estaba decidido á declarar la guerra á Francia, pero el conde opinaba por la neutralidad armada. «Dirigió al favorito,» dice D. VICENTE DE LA FUENTE, «serias reconvenciones, y

Para sofocar en el corazón de estos los deseos de volver á su patria, echó mano del sistema, tantas veces empleado, de aterrarlos y hacerlos desistir de su empeño: para lo cual se esparcieron voces de que en efecto se los iba á llamar á España; pero con tales condiciones, que mucho mejor les fuera morir en el destierro. De todo da cuenta el Venerable en una carta escrita al P. Borgo, en la cual descubre la congoja de su corazón por las tristes noticias que llegaban á Bolonia y por la posibilidad de nuevas calamidades y desventuras, á la par que su entera resignación en las manos de Dios y el único deseo de su alma de que todo cediese en gloria suya. Dice así:

«Bolonia, 10 de Junio de 1792. — Carísimo y estimadísimo amigo D. Carlos. — Mis temores tengo, y gravísimos, de que en realidad no carece de sólido fundamento la noticia que V. en su muy apreciada carta me comunica. Algunas cartas, no solamente de las provincias, sino también de la misma corte de España, nos la confirman, aunque afortunadamente no convienen en las circunstancias.»

«No falta quien supone que será una mera concesión el permitir, solo á los que lo desearan, el volver á su patria; y esto no sería un gran mal. Otros empero creen que será una orden terminante y general para todos, acompañada de amenazas, contra los desobedientes, de privarlos de la pensión del Rey, y no sé si también de los socorros de la familia y de sus patrimonios. Quiénes, cargando aun más la mano, según la loable costumbre de añadir nuevas tribulaciones al afligido, exigen previo juramento de fidelidad al soberano, renuncia de toda comunicación

aun le enseñó los puños. Al regresar Aranda á su casa, después de este célebre Consejo, que se tuvo en Aranjuez (14 de Marzo de 1794) se presentó en ella el Gobernador del sitio, el cual le ocupó los papeles, como él los había hecho ocupar á los jesuitas; le hizo entrar brutalmente en un coche, sin tomar alimento, como él había hecho con los jesuitas; y le hizo conducir atropelladamente á su destierro de Jaen, como él había desterrado á los jesuitas. ¡Cuán cierto es,» exclama, «que si no hubiera Providencia, habría que inventarla! (*Hist. eclesiástica de España*, §. CCCLXXVII).

con los ex-jesuitas extranjeros, abandono de toda lisonjera idea de posible resurrección de la gran Madre, y omnimoda y perpetua inhabilitación para los sagrados ministerios de predicar, enseñar, y confesar, conforme á la pragmática de 1767.»

«La muchedumbre de estas discrepancias debiera hacernos dudar de la realidad de la cosa. Pero como *Agitur de summa re*, no dejan de darnos luz las tales cartas, como V., carísimo Borgo, puede bien comprender. ¿Será que tal vez nos reserve el Señor para ulteriores pruebas y nuevos desastres? ¿Exigirá él quizás nuevos sacrificios, nuevas humillaciones? *Dominus est: quod bonum est in oculis suis, faciat*. Entretanto encomendados, caro amigo, al Señor, suplicándole ilumine y fortalezca á estos sus siervos españoles, á fin de que busquen su mayor gloria y obedezcan á su santa y siempre adorable voluntad.»

«Estando yo engolfado en tan tristes pensamientos y téticas reflexiones, cuya sola posibilidad me oprime, aunque me esfuerzo á demostrar lo contrario para no desalentar á los compañeros, dispéñeme, caro amigo, si no tomo la parte que yo querría en esas sus útiles y gloriosas empresas.»

Para comprender el sentido de lo restante de esta carta, es preciso advertir, que si en España no produjo ningún buen resultado favorable á la causa de la Compañía el cambio de ministerio; no sucedió lo mismo en el ducado de Parma. Deseaba el duque D. Fernando desde algun tiempo llamar á sus estados á los Padres de la Compañía para encargáreles la instrucción de la juventud y el cultivo espiritual de sus vasallos; pero jamás se atrevió á realizar sus propósitos por miedo al ministro español, que todo lo podía con su soberano. Ahora en el momento mismo en que supo su caída, permitió al jesuita Anguisola, conservado ocultamente en su corte hasta ahora por temor á Floridablanca, se manifestase sin reserva alguna. Llamó también á otros dos jesuitas, Cataneo<sup>1</sup> y Galli, para que en el estado de Parma ejer-

<sup>1</sup> Este es el mismo Cataneo, de quien habla el P. Casada en la carta que pusimos en el Apéndice del libro primero.



citasen públicamente los ministerios de la Compañía, principalmente las misiones<sup>1</sup>.

Encargó luégo al P. Borgo reuniese profesores para entregarles el seminario de nobles. El P. Borgo llamó en su auxilio al P. Pignatelli: el cual después de excusarse, como hemos visto, continúa y le dice: «Hablé sin embargo tres ó cuatro veces al Sr. De la Cella<sup>2</sup>; el cual me alegó las razones que á V. expuse. La de su salud me hizo fuerza: porque con los dolores nefríticos

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 634. El hecho de tratar el duque de Parma de reponer en sus estados á los Padres de la Compañía inmediatamente después de la desgracia de Moñino, manifiesta claramente lo persuadido que estaba de que la tenaz oposicion de la corte de Madrid á los jesuitas dimanaba, no de la persona del soberano, sino de la de su ministro el conde de Floridablanca. Y es cosa bien digna de notarse, que en las tres cortes, que más trabajaron en la extincion, como fueron las de París, Lisboa y Madrid, el odio á la Compañía duró tanto tiempo, quanto duró el poder y favor del ministro, que promovió aquella obra de iniquidad.

Cae Choiseul en Francia, y tras él el Parlamento: y aunque continuó en el trono Luis XV, cesó la guerra á la Compañía; la cual hubiera sido inmediatamente repuesta en aquel reino, á no estorbarlo los ministros de España. Muere en Portugal José I, y con él acaba el favor del marqués de Pombal; y uno de los primeros cuidados de su hija y sucesora es declarar la inocencia de los jesuitas, y tratar de rehabilitarlos: y lo hubiera conseguido, á no oponérsele los ministros de Madrid, cuyas malignas tramas hubieran quedado patentes á todo el mundo, si se hubiese declarado la inocencia de los jesuitas y se los hubiera restablecido.

En España fue llamado al ministerio á raíz de la extincion el que fue por ministro á Roma para arrancar de Clemente XIV con sacrilega violencia el Breve abolutivo de la Compañía. Para desgracia de esta conservóse en su puesto el ministro hasta la muerte de Carlos III, y continuó en él los dos primeros años que reinó Carlos IV: y en todo este tan largo período no hubo suceso próspero para la Compañía, á que no se opusiera España con todo su poder, ni se hizo tentativa alguna de restablecimiento, que con promesas y amenazas no la ahogase España en sus principios. Únicamente á la caída de Moñino, y aun siendo reemplazado por un conde de Aranda, se atreve el duque don Fernando á tratar con eficacia de restablecer la Compañía en sus estados. Tampoco esperaba Pío VI otra cosa que la remocion del poderoso obstáculo, que la corte de Madrid le oponía para advertir á Carlos IV de la obligacion de reponer á los jesuitas en sus reinos.

<sup>2</sup> El P. della Cella, antiguo jesuita.

y otros achaques que padece, mal podría adaptarse á las fatigas de la vida comun, que exigiria la buena disciplina de un colegio.»

«En quanto á los españoles, no tres, sino trescientos, reconocerian un deber suyo, y tomarian como un honor, el secundar los útiles intentos de tan gran soberano, á quien profesan la más respetuosa veneracion y el afecto más sincero. Pero este plan ¿podría en la actualidad combinarse con los últimos proyectos de nuestra corte? Pensémoslo seriamente. Yo sería de parecer que conviene aguardar á que salgan al público los nuevos planes y combinaciones, que parece preocupan actualmente al Gabinete de Madrid.»

«Entretanto auguro á V. y con todo mi corazon le deseo más feliz resultado en Roma y en Milan. ¡O cuánta fatiga! ¡O cuántos cuidados le cuesta el procurar el bien público, que con tanta facilidad y quietud se conseguía veinte y cinco años atrás! Esperémoslo todo en el Señor, querido Borgo: porque no, no, no ha puesto en olvido á los hijos del grande Ignacio. — *Vale, jube, meque mutuo dilige.* — *Tuus ex animo.* — JOSEPH PIGNATELLI<sup>1</sup>.»

Y no se equivocaba el Siervo de Dios. En este mismo mes de Junio en que escribía, el duque D. Fernando determinó que con toda la solemnidad posible se celebrase la fiesta de San Luis Gonzaga en la iglesia del real sitio de Colorno, unas diez millas distante de la ciudad de Parma<sup>2</sup>, y mostró deseo de que predicase el panegírico del angélico jóven el P. Gerardo Pennazzi, natural de la misma ciudad de Parma, de la que hacía veinte y dos años que estaba desterrado.

Escribiósele en este sentido: y, lleno el corazon de júbilo, púsose en camino el venerable octogenario; pasó por Bolonia, hospedándose en una casa de jesuitas españoles: y llegado á Parma, predicó el sermón del angélico Luis con particular esfuerzo y con mucha devocion y ternura, en presencia de un in-

<sup>1</sup> De la copia remitida por el P. Van Meurs.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, loc. cit.

menso auditorio, por la mayor parte de gente principal, no faltando á tan devota fiesta los soberanos y toda su familia.

Por devocion particular de la Archiduquesa Maria Amalia, ó por determinacion del Duque, se celebró el mismo día con mucha solemnidad otra fiesta al Santo en la iglesia del colegio de la Compañía, que desde la expulsion de los Padres en 1768 hasta el presente año de 1792 había estado cerrada. Dejáronse ver aquella mañana cinco jesuitas, que se hallaban en la ciudad, en los confesonarios de dicha iglesia, oyendo á los penitentes, como hacían cuando moraban en aquel colegio<sup>1</sup>.

Mientras en el ducado de Parma los jesuitas se manifestaban tan en público como acabamos de ver, en Bolonia se iba á verificar un cambio de alguna importancia para el P. Pignatelli. Dejó el cargo de comisario real, D. Luis Gnecco, y tuvo por sucesor en él á D. José Capelleti<sup>2</sup>, en cuya compañía tuvo que pasar á vivir el P. Pignatelli, como había vivido hasta entonces en casa de los tres comisarios Coronel, Forcada y Gnecco, que habían precedido á Capelleti.

Sea que este señor permitiese alguna mayor libertad á su venerable huésped, ó bien que ya no fuera tan rigurosa en este tiempo la vigilancia que sobre el Padre se ejercía; lo que no se puede poner en duda es, que el Siervo de Dios este año emprendió un viaje á Nápoles con licencia y permiso expreso que de aquella corte se obtuvo para ello<sup>3</sup>. De la estancia del P. José

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 381.

<sup>2</sup> Llegó á Bolonia el 28 de Julio de 1792. P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 433.

<sup>3</sup> Los reyes de Nápoles, Fernando y Carolina, hermana del emperador de Alemania, arrastrados primero por el ministro Tanucci y después por José II, habían causado grandes pesadumbres al Sumo Pontífice. Á medida que la revolucion francesa iba tomando un aspecto más amenazador, reconocieron su extravío, y trataron de enmendar su antiguo yerro, mostrando menos altivez y tenacidad en sus relaciones con el Papa. Entraron en negociaciones con Pío VI á fines de 1789, y el año siguiente quedaron terminadas; hecha la reconciliacion, pasaron los reyes á Roma en la primavera de 1791, siendo recibidos del modo más afectuoso por el Pontífice. A principios de 1792 se

en aquella ciudad da testimonio el jurisconsulto D. Gregorio de Micillis, administrador de los condes de la Acerra<sup>1</sup>. El objeto de este viaje no lo manifestó el Padre; pero no parece admitir duda que fue explorar el terreno y preparar la reunion de los jesuitas, como se hacía en Parma.

De vuelta á Bolonia, presentóse á sus ojos el más triste espectáculo. Á mediados de Octubre (1792) empezaron á llegar á esta ciudad eclesiásticos franceses que venían desde el Piamonte, en donde se habían refugiado, huyendo de Niza y Saboya: y todo el mes fueron llegando diariamente en gran número, de suerte que por todo el Noviembre se reunieron en dicha ciudad como unos mil doscientos, acogiéndolos con gran caridad los jesuitas españoles: hicieron en beneficio suyo una colecta entre los de esta nacion residentes en Bolonia, en la cual recogieron quinientos cuarenta escudos; y ellos de su pobreza les repartieron en pequeños y privados donativos una cantidad mayor.

En otras muchas cosas procuraban ayudarlos, servirlos y agasajarlos, convidándolos á desayunarse en sus casas, familiarizándose con ellos para animarlos, consolarlos, instruirlos en las cosas del país y dirigirlos en todo lo que se les ofrecía. Ellos, con expresiones de mucha gratitud, protestaban que en todas las ciudades, en que han encontrado algun jesuita, siempre habían hallado en él igual acogida y caridad<sup>2</sup>. Quien más desplegó en estas circunstancias las alas de su celo fue el P. Pignatelli.

Juntamente con los eclesiásticos habían emigrado á Bolonia nobles distinguidos, y familias ilustres y poderosas, obligadas á abandonar su país natal para poner en salvo su vida y la fe de sus mayores, que por igual peligraban en su país. Errantes en tierra extraña, carecían de techo en que refugiarse y de recur-

proveyeron las sillas vacantes conforme se había convenido. Esta feliz coyuntura debió de aprovechar el P. Pignatelli para restablecer allí la Compañía, pretextando una visita á su hermana la condesa de la Acerra.

<sup>1</sup> *Process. Neapol.*, fol 514.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 664.

sos con que atender á las primeras necesidades. No es decible cuánto laceraba semejante vista el corazón del Siervo de Dios. Preguntado en cierta ocasión por un amigo cuál era el motivo de su melancolía, respondió: «¿Quién puede ver sin entristecerse la desgracia de tantos venerables sacerdotes, de tantas matronas nobles, y doncellas delicadas, y niños inocentes, de toda edad y condición, que piden como gran merced un pedazo de pan para matar el hambre?»

Todo el dinero que tenía, y era mucho el que le llegaba de Madrid de mano de su sobrina D.<sup>a</sup> María Manuela, lo repartió en limosna; y agotada la moneda, echó mano de todo lo que en su casa tenía. A las mayores y más extremas necesidades acudía con mayor solicitud, llegando á dar hasta veinte, treinta y más duros de una vez.

No contentándose con socorrer á los que manifestaban, ó de palabra ó en su exterior, el extremo de su pobreza, buscaba con solícita compasión y ternura á los vergonzantes, y los auxiliaba en secreto con extraordinaria largueza. Un solo caso particular referiré, en el cual campea lo benéfico é ingenioso de su caridad: quiso dejarlo escrito para perpetua memoria la marquesa de Forbin, agradecida á su bienhechor.

«En la primera revolución,» dice, «del 1792, huyendo á toda prisa de Francia, venimos á Italia, y nos detuvimos por algun tiempo en Bolonia, donde habitaba el P. Pignatelli. Apenas supo nuestra llegada, vino á visitarnos y ofrecernos sus servicios con tanta cordialidad, que no parecía sino que le hacíamos señalado favor en aceptarlos. Estábamos por cierto nosotros bien apurados: y habiendo sabido el P. Pignatelli que por añadidura un niño mío estaba malo de una pierna, me visitó, y pidió verle; y mientras le estaba haciendo caricias y animándome á mí á sufrir, conmovido por mi desgracia, valiéndose de la oscuridad de la habitación, puso bajo la colcha de la camita su generosa dádiva, en la confianza sin duda, de que como yo recibía muchas visitas, no caería en que había sido él.»

«Le acompañé hasta la puerta; y al volver á la alcoba, me

encontré al niño llorando y quejándose amargamente de que yo le hubiese llevado allí á aquel sacerdote, el cual mientras le acariciaba con una mano, «había apoyado el codo,» decía el angelito, «sobre el puesto del mal, y aún sentía la impresión.» Empecé á consolarle; pero la criatura no cesaba de llorar: hasta que yo, levantando la ropa para ver lo que aquello había sido, me encuentro con sorpresa colocado sobre la piernecita mala del doliente un lío de cien ducados de oro de Holanda. Al ver aquello, solo Dios sabe cuál fue mi admiración, mi alegría y mi gratitud por acción tan noble y generosa. Nos mirábamos atónitos uno á otro sin decir palabra, y entretanto las lágrimas del agradecimiento se deslizaban por nuestras mejillas.» Con esta finura y disimulo sabía el Siervo de Dios ejercitar su misericordia.

Por este mismo tiempo se notó en el P. Pignatelli una mudanza repentina en su exterior, que llamó en gran manera la atención de cuantos le trataban. El P. Luengo aduce como causa de este súbito cambio el que experimentó la ciudad de Bolonia por efecto de las nuevas ideas, que hacían presentir próximos desórdenes. «El trastorno de Bolonia,» dice<sup>1</sup>, «por la revolución republicana, quitándole el gusto de vivir en aquella ciudad, le fue ocasión y motivo de una gran mudanza en toda su conducta.»

Ignoraba el autor del Diario la intervención del P. Pignatelli en el asunto de la Compañía en Parma; en el cual procedía el Siervo de Dios con suma reserva. El verdadero motivo de su «gran mudanza en toda su conducta,» no fue sino la determinación que desde luego hizo de agregarse con los jesuitas del parmesano á los de Rusia. Sábese esto por un joven boloñés, por nombre José Colliva, testigo del cambio que se obró en el Padre, y enterado, como puede juzgarse, por el mismo, de las causas que lo motivaron, por haber sido más tarde en Colorno novicio del P. Pignatelli.

De dicho Colliva lo oyó Luis Pancaldi, siendo ya de la Com-

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 43, pág. 1069.

pañía, y lo depuso con estas terminantes palabras<sup>1</sup>: «Recuerdo bien haber oído decir al boloñés José Colliva, que el Padre en Bolonia juntaba á la vida de eclesiástico una cierta manera de vivir conforme con la nobleza de su nacimiento. Y al mismo oí decir, que apenas se determinó á ir á Colorno, pareció en público como un simple particular ordinario, vestido con un decente, pero humilde, traje de sacerdote secular, con una mal peinada peluca: lo cual me hizo creer que había cambiado de estado, y se adaptaba á una vida religiosa y no ya secular.»

Iba tan adelante la causa de la Compañía en Parma, que á los últimos días de Octubre de este mismo año de 1792 se reunieron en el seminario de nobles trece jesuitas. Pasaban los alumnos del seminario las vacaciones en la casa de campo, y al empezar el curso á primeros de Noviembre, comenzaron á estarles sujetos como lo estaban á sus antiguos superiores<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 865.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 643.

## CAPÍTULO IX

Celo del P. Pignatelli por la conversion de la dama filósofa. — Convictorio de San Roque en la ciudad de Parma. — Proceder del Padre José en el asunto de la agregacion. — Fallecimiento de D. Ramon Pignatelli. — Su elogio. — La fiesta de San Ignacio en San Roque. — Negociaciones del duque D. Fernando á favor de la Compañía. — Carta al P. Vicario Lenkiewicz. — Convictorio de San Pablo en Placencia. — Llegada de tres Padres de Rusia á Parma. — Agitacion en Italia y España. — Pide el duque á Pío VI autorice la agregacion. — Respuesta restrictiva del Papa. — Convictorio en San Dominico. — El P. Messarati en Bolonia. — Plan de Borgo y oposicion que halla. — Muerte del P. Borgo. — Sale de Bolonia el cardenal legado Archetti. — Carta del P. José Chantre al P. Manuel Luengo acerca de la cuestion promovida en Parma.

1793 — 1794

Aunque á los jesuitas españoles residentes en Bolonia no era permitido ejercitar los ministerios de confesar, predicar y enseñar, y demás que son propios de su instituto; no estaba sin embargo absolutamente ocioso en ellos el celo de la salvacion de las almas; y no fue en esto inferior á sus compañeros el Padre Pignatelli. Vivía en aquella ciudad una señora principal, perteneciente á una de las más notables familias boloñesas, dotada de peregrinas cualidades de espíritu y de una extremada belleza corporal; pero distinguíase de una manera particular por su aficion á las ciencias, en cuyo estudio hizo sorprendentes

pañía, y lo depuso con estas terminantes palabras<sup>1</sup>: «Recuerdo bien haber oído decir al boloñés José Colliva, que el Padre en Bolonia juntaba á la vida de eclesiástico una cierta manera de vivir conforme con la nobleza de su nacimiento. Y al mismo oí decir, que apenas se determinó á ir á Colorno, pareció en público como un simple particular ordinario, vestido con un decente, pero humilde, traje de sacerdote secular, con una mal peinada peluca: lo cual me hizo creer que había cambiado de estado, y se adaptaba á una vida religiosa y no ya secular.»

Iba tan adelante la causa de la Compañía en Parma, que á los últimos días de Octubre de este mismo año de 1792 se reunieron en el seminario de nobles trece jesuitas. Pasaban los alumnos del seminario las vacaciones en la casa de campo, y al empezar el curso á primeros de Noviembre, comenzaron á estarles sujetos como lo estaban á sus antiguos superiores<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 865.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 26, pág. 643.

## CAPÍTULO IX

Celo del P. Pignatelli por la conversion de la dama filósofa. — Convictorio de San Roque en la ciudad de Parma. — Proceder del Padre José en el asunto de la agregacion. — Fallecimiento de D. Ramon Pignatelli. — Su elogio. — La fiesta de San Ignacio en San Roque. — Negociaciones del duque D. Fernando á favor de la Compañía. — Carta al P. Vicario Lenkiewicz. — Convictorio de San Pablo en Placencia. — Llegada de tres Padres de Rusia á Parma. — Agitacion en Italia y España. — Pide el duque á Pío VI autorice la agregacion. — Respuesta restrictiva del Papa. — Convictorio en San Dominico. — El P. Messarati en Bolonia. — Plan de Borgo y oposicion que halla. — Muerte del P. Borgo. — Sale de Bolonia el cardenal legado Archetti. — Carta del P. José Chantre al P. Manuel Luengo acerca de la cuestion promovida en Parma.

1793 — 1794

Aunque á los jesuitas españoles residentes en Bolonia no era permitido ejercitar los ministerios de confesar, predicar y enseñar, y demás que son propios de su instituto; no estaba sin embargo absolutamente ocioso en ellos el celo de la salvacion de las almas; y no fue en esto inferior á sus compañeros el Padre Pignatelli. Vivía en aquella ciudad una señora principal, perteneciente á una de las más notables familias boloñesas, dotada de peregrinas cualidades de espíritu y de una extremada belleza corporal; pero distinguíase de una manera particular por su aficion á las ciencias, en cuyo estudio hizo sorprendentes

progresos, llegando á abrir academia, en que daba públicamente lecciones á la gente erudita.

Alcanzó tal fama de docto, que se la conocía con el nombre de la «Dama filósofa.» Diósele este calificativo no tanto por la universalidad de sus conocimientos, cuanto por su afición desmesurada á las doctrinas de Voltaire y Rousseau y demás mal llamados filósofos del siglo pasado; con lo cual queda dicho que bien pronto tomaron asiento en aquella alma las máximas perwersas de sus maestros con grave daño propio y de cuantos admiradores de sus talentos frecuentaban su academia. Sentía vivamente el P. Pignatelli la perdición de aquella alma, los peligros á que se exponían sus partidarios, y el escándalo que personas tan principales daban á la ciudad.

Revestido de superior espíritu, acometió la difícil empresa de ahogar en su principio tanto mal, reduciendo á buen camino aquella oveja extraviada. Hizose introducir en su casa por los amigos de la señora, y aun parece que se llegó á hacer discípulo suyo, asistiendo á su academia. Así lo halló en el proceso de Parma, en el cual depone el H. Santiago Annoni<sup>1</sup> que le parece «haber oído decir, que el P. Pignatelli asistió algunas veces á una academia científica de una señora, que en Bolonia gozaba de grande reputacion de sabia.» Por este camino, por el aprecio que de sus dotes hacía, y por la benignidad y finos modales con que la trataba, llegó á congraciarse con ella y á tener gran prestigio y ascendiente sobre su corazon.

Hizole conocer luego su ingratitud con aquel Señor que de tan relevantes dotes la había adornado, pues las empleaba en daño de su propia alma y en ruina de las ajenas. Tanto penetraron en su corazon las razones del Siervo de Dios, que poco á poco fue perdiendo el gusto por aquellas perniciosas lecturas; y aunque le quedaban impresos en el espíritu los erróneos principios que de ellas había sacado; no obstante empezó á dar ejemplos de piedad y virtud, que se avenían muy mal con ellos.

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 744.

Y cuando sus amigos la notaban por sus obras, tan diferentes de sus antiguas máximas, por toda respuesta les decía: «Así juzga que se ha de obrar D. José Pignatelli.» Tal era la estima que del bendito Padre cobró la dama filósofa, cuya completa conversion se referirá más adelante. Volvamos ahora á los sucesos de Parma y á lo que el príncipe D. Fernando obraba en bien de la Compañía.

Estaba hondamente perturbado el reino de Francia y triunfaba la revolucion. El rey Luis XVI había sido condenado á muerte, y en 21 de Enero de 1793 la sentencia se ejecutó. Este trágico suceso hizo estremecer á la Europa entera; y los demás soberanos de la casa de Borbon comenzaron á abrir los ojos para conocer las tendencias de los que hasta entonces se habían vendido por sus más fieles servidores.

El príncipe D. Fernando comprendía que para librar á sus pueblos del contagio de la revolucion, era menester restituirle sus antiguos maestros y apóstoles. Por esta razon no contento con los colegios que hemos dicho, se apresuró á reunir un buen número de jesuitas en su misma corte; y en efecto ya algunos de ellos principiaron á vivir juntos en el colegio ó convictorio de San Roque en la ciudad de Parma, los cuales desde los primeros días de Mayo (1793) comenzaron á ejercitar los ministerios propios del instituto de San Ignacio, no suspirando el Infante por otra cosa más, que por la restauracion de la Compañía<sup>1</sup>.

No eran menos ardientes que las del Duque las ansias de los jesuitas reunidos de ver canónicamente aprobada su reunion y realizada su agregacion á la Compañía legitimamente conservada en Rusia. El P. Borgo conocía la dificultad de obtener del Sumo Pontífice esta autorizacion, á causa de la calamidad de los tiempos. Por otra parte estaba persuadido que tal autorizacion no era necesaria, y que bastaba agregarse á los de Rusia por vía de hecho. No eran de este parecer los jesuitas sus compañeros; los

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 27.

cuales deseaban una formal declaración de Pío VI, que tranquilizase sus conciencias sobre este particular.

En vista de todo esto, adoptó Borgo un plan, que tampoco quisieron aprobar sus compañeros; y fue poner en cierto modo al Papa en el compromiso de tener que autorizar la agregación de los jesuitas de Parma á los rusos, ó de indisponerse con la Emperatriz Catalina. Consistía el plan en interesar á la Emperatriz á favor del establecimiento de la Compañía en Parma á petición del Duque: para lo cual sugirió á este que suplicara á la Emperatriz le enviase algunos de los Padres allí existentes para restablecer la Compañía en Parma. Vino en ello D. Fernando: y el P. Borgo, ántes que se escribiesen las cartas á Rusia, se dirigió al P. Pignatelli, preguntándole el nombre del Vicario General de Rusia, y pidiéndole su valiosa cooperación.

Contestóle inmediatamente el Siervo de Dios con una carta brevísima en verdad, pero llena de sabios consejos y atinadísimas indicaciones, que descubren la exquisita prudencia y el tino con que sabía proceder el P. Pignatelli en el manejo de negocios tan delicados é importantes. Pues si bien es cierto que ninguna cosa deseaba con más ardor que contribuir, cuanto posible le fuese, á las santas empresas de Borgo en bien y prosperidad de la Compañía; sin embargo no quería proceder con ligereza y con fervor indiscreto, sino con grande moderación y mayor reserva, porque preveía cuán erizado de gravísimas dificultades estaba el negocio de la restauración de la Compañía en Parma. Contestó, pues, al P. Borgo en los términos siguientes:

«Estimadísimo abate Borgo y amigo carísimo. — *P. C.*<sup>1</sup> — Las escasas horas que nos concede vuestro correo, solamente me permiten deciros hoy: 1.º Que el nombre del Preósito General de Rusia es «P. Gabriel Lenkiewicz<sup>2</sup>.» 2.º Que el haberse divulgado en demasía vuestro empeño de encontrar un hábil profesor

<sup>1</sup> *Pax Christi.*

<sup>2</sup> Fue elegido en 22 de Setiembre de 1785 por muerte del P. Czerniewicz en 18 de Julio del mismo año.

de Teología, hablando á más de un sujeto, nos hará más dificultoso el buen éxito: el alma de los negocios, mayormente negocios como este, es el secreto; y este no lo han guardado aquellos á quienes os habéis dirigido. Los hermanos Monton serian muy buenos; mas hoy por hoy dudo que se presten<sup>1</sup>. 3.º Para mejor ayudaros en este asunto desearía saber la base y principales circunstancias sobre que piensa fundar el conde de Plasencia. 4.º Estad seguro, carísimo amigo, que haré lo posible para contribuir por mi parte á las santas empresas de vuestro celo en honor de nuestra amadísima Madre. El tiempo no me permite más. — *Vale, jube, et scribe.* — *Tuus ex animo* — JOSEPH PIGNATELLI<sup>2</sup>.»

De la carta del P. Pignatelli, que acabamos de transcribir, se deduce cuán al corriente estaban los Padres de Bolonia del estado de la Compañía en Rusia, y en especial el P. José, quien vivía con el corazón más en aquellas apartadas regiones, que en Italia. En secundar tan santa empresa se ocupaba el Siervo de Dios, cuando vino á herir su corazón la triste noticia de la muerte del único hermano que le quedaba con vida en España.

En 30 de Junio de este año de 1793 falleció en Zaragoza el canónigo del Pilar D. Ramon Pignatelli, que siempre había hecho oficios de verdadero padre con su hermano José, y era grande admirador de sus relevantes prendas. Habíase D. Ramon graduado de doctor en la universidad de Zaragoza, cuyo rector fue más adelante en tres años diferentes, y lo era este en que

<sup>1</sup> Llamábanse Juan Francisco y Bartolomé. Eran naturales de Orrios en el reino de Aragón. Juan Francisco nació el 12 de Octubre de 1739: entró en la Compañía en 22 de Noviembre de 1760, y murió á los 11 de Octubre de 1809 en Roma. Bartolomé nació el 2 de Marzo de 1745: entró en la Compañía á 24 de Marzo de 1759: murió en Ferrara á los 15 de Noviembre de 1802, según el catálogo de Aragón, y el 16 de dicho mes según otro catálogo.

<sup>2</sup> Esta carta carece de fecha. Debió de escribirse á fines de Mayo ó principios de Junio de 1793. En Junio de este año dio el P. Borgo al P. Vicario Lenkiewicz conocimiento de los planes del Sr. Duque de Parma, y no llegó la carta al P. Vicario hasta Diciembre: á fines de este mes contestó el P. Lenkiewicz. (P. VAN MEURS).

murió. Fue regidor de la real casa de Misericordia, censor perpetuo de la real Sociedad Económica Aragonesa, académico honorario de la real de San Fernando, sumiller de cortina y caballero pensionado de la real Orden Española de Carlos III<sup>1</sup>.

La obra más insigne de D. Ramon, y que le hizo merecedor de inmortal memoria y de la gratitud del pueblo aragonés, fue el canal de Aragon. En efecto: «con su constancia y vastos conocimientos consiguió sujetar el caudaloso Ebro con aquella presa que eternizará su memoria, y que causa la admiracion de cuantos inteligentes la examinan: á pesar de los obstáculos de todo género que se le oponían, en el espacio de tiempo que otros hubieran empleado para trazar el plano del proyecto, consiguió llevar el canal hasta Torrero por medio de obras colosales, y triunfando de todas las dificultades que el terreno le presentaba<sup>2</sup>.» Agradecido Aragon á bienhechor tan insigne, erigió una estatua en honor suyo en el paseo de Santa Engracia de la ciudad de Zaragoza en el año 1859.

El P. Monzon, á quien sigue el P. Boero, escribe que á la muerte de D. Ramon el gobierno de España llamó al P. José para colocarle al frente de las obras del canal. Por más diligencias que he practicado para verificar este hecho, no he podido hallar el menor indicio ni siquiera de su verosimilitud.

Añade el P. Boero, que el Siervo de Dios, movido de su humildad, que repugnaba á tal honra, determinó alejarse de Italia é ir á sepultarse en las lejanas regiones de Rusia en compañía de sus hermanos, que allí moraban. Tampoco me parece fundado este aserto. El asunto del restablecimiento de la Compañía en Parma absorbía por este tiempo toda la atencion del Padre Pignatelli, y prosperaba en tal grado, que más había de parecerle necesaria su presencia en Italia, que útil en Rusia.

Así como el año pasado de 1792 se celebró con tanta solemnidad en Colorno la fiesta de San Luis, así en el siguiente de 1793

<sup>1</sup> *Biografía eclesiástica universal.*

<sup>2</sup> MADOZ, *Diccionario*, art. ARAGON (canal de).

se solemnizó en 31 de Julio la de San Ignacio en el convictorio recién abierto de San Roque en Parma. Viose la fiesta honrada no solamente por un inmenso concurso de fieles de todas condiciones, sino tambien por el Infante, quien *ex profeso* se trasladó del real sitio de Colorno á la ciudad de Parma, y por la Archiduquesa, que residía en el palacio de Sala. Á vista de la apiñada muchedumbre oraron los duques devotamente por largo tiempo ante el altar del santo patriarca<sup>1</sup>.

No se contentaba con estas demostraciones públicas el religioso Duque. Consideraba que su obra no ofrecía las prendas de consistencia y perpetuidad, que él deseaba: puesto que no teniendo aquellos operarios más vínculo que el de la caridad, estando exentos de todo voto que los obligase á aquel género de vida y á depender de una sola cabeza, que les diese unidad en su ser y en sus obras, y por último siendo ya la mayor parte ancianos; naturalmente estaba D. Fernando en continua zozobra y temor de que alguna desunion de aquellos sacerdotes los separase entre sí, ó se los arrebatase uno á uno la muerte, que para muchos de ellos no podía estar muy lejana.

Pensó maduramente y no una sola vez en el modo de evitar tales inconvenientes; aconsejóse con personas amantes del bien de la patria y fieles á su soberano; encomendó la cosa muy de veras á nuestro Señor; y en consecuencia se determinó á adoptar el único medio inspirado por Borgo, y que á su juicio podía poner término á sus temores, que fue negociar el restablecimiento de la Compañía de Jesús en Parma en las mismas condiciones en que se hallaba en Rusia, con facultad de admitir novicios, que suplieran las bajas de los que muriesen, y aumentasen el número de los ministros evangélicos.

Antes sin embargo escribió al rey de España Carlos IV, suplicándole que no pusiera obstáculos á la ejecucion de su proyecto, pues lo consideraba necesario para el buen gobierno de sus súbditos y de grande utilidad para la religion. Respondiósele de

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 27.



España, que en sus propios estados era dueño de obrar como mejor le pareciese; y entonces determinó poner manos á la obra con todo el calor que su celo le inspiraba.

El primer paso que dió fue despachar un correo para Rusia con una carta autógrafa para la emperatriz Catalina, en que le rogaba se dignase enviarle algunos Padres de la Compañía, de los que en su Imperio se conservaron ilesos en el naufragio general, ó después de este se habian refugiado á aquel puerto de salvacion. Sintióse orgullosa la cismática czarina al ver á un príncipe católico acudir á ella en demanda de auxilio para su pueblo; tanto más, cuanto que esto daba cierto aire de profecía á una prevision de su sagacidad, segun la cual, cuando se negó á aceptar el Breve de Clemente XIV, solía repetir, que tiempo llegaría en que los mismos príncipes católicos, conjurados contra la Compañía, mudando de parecer, le pedirían algunos de aquellos Padres para sus estados.

Era á la sazón Vicario General el P. Gabriel Lenkiewicz, elegido, como hemos visto, el 22 de Setiembre de 1783. La emperatriz en vista de la carta del Duque, remitió al P. Vicario la que el mismo príncipe incluía para él, y le dió orden de que lo más presto y cumplidamente que pudiera hacerlo, sirviese á aquel señor. Estaba la carta escrita en latin<sup>1</sup>, y abundaba tanto en sentimientos de caridad, de celo y de religion, que bien mostraba tener muy arraigadas en su alma estas virtudes el duque. El original lo tuvo á la vista el P. Boero; y su traduccion es como sigue:

«Sin duda que Vuestra Paternidad se admirará muy mucho cuando reciba esta, escrita de mi mano. Llegará á las suyas por medio de su real señora y emperatriz, que le comunicará los

<sup>1</sup> «El 1.º de Diciembre de 1793,» escribe el P. ZALENSKI, «un correo de San Petersburgo traía un paquete de cartas al Vicario General Lenkiewicz. Algo perturbados por este nuevo correo los Padres, abrieron el paquete, y hallaron una carta del Infante de España, príncipe de Parma y de Plasencia, dirigido al P. Vicario General.» (*Los Jesuitas de la Rusia Blanca*, Tomo II, Lib. IV, Cap. III).

mismos deseos que en esta se expresan. Á la referida emperatriz ántes que á nadie he pedido un don deseadisimo: don, que á ella sola pertenece por muchos títulos. Hace mucho tiempo que el Señor me infundió en el corazon un deseo ardiente de restablecer en mis estados la Compañía de Jesús, desde cuya pérdida he palpado los graves daños que han sobrevenido á la Santa Iglesia de Dios y á todos los reinos.»

«Consideradas, pues, detenidamente y dispuestas con oportunidad todas las cosas, allanado y asegurado el camino para llegar á tan alto término, he comenzado á llamar y colocar en algunas casas de mis estados á no pocos de los hasta hoy dispersos individuos de la Compañía, quienes con el auxilio de Dios veo que ya corresponden perfectamente á las esperanzas en mi corazon concebidas.»

«Con todo, Reverendo Padre, yo juzgaría no haber hecho cosa alguna, si no llegase á dar á esta obra, que tanto me interesa, cierta forma de perpetuidad, sin la cual sería infructuoso mi celo por el bien de mis súbditos. En la serie de todas las disposiciones tomadas hasta el día para conseguir cosa de tan indisputable utilidad, he recibido con inexplicable júbilo de mi alma innumerables pruebas de la prodigiosa, paternal y omnipotente mano de Dios, que me asiste y ayuda, y me promete para lo sucesivo plausible resultado: esta divina proteccion, dispensada ahora en el mismo principio, no puedo menos de mirarla como prenda segura de que bien pronto llegará á completarse la grande obra que tan ardientemente deseo.»

«Á Vuestra Paternidad muy Reverenda, pues, ofrezco mis estados como nueva cuna, en que la Compañía pueda revivir y resucitar para aquella gloria, á que en su nacimiento fue destinada. Aquí ya existe la Compañía en muchos de sus hijos; y para perpetuarla no les falta más que la vida comun y la union con su legítimo Superior. Es por tanto indispensable que Vuestra Paternidad los haga hijos legítimos suyos, declarándolos tales é incorporándolos á esas vivientes reliquias, que por admirable disposicion de Dios han sido conservadas por vuestra Emperatriz

y Señora. Mándenlos, pues, Vuestra Paternidad acá un religioso de los suyos, provisto de facultades para fundar, según la norma de su instituto, una nueva Provincia, y señaladamente para abrir un nuevo noviciado.»

«Suplico además á Vuestra Paternidad que esté tranquilo, y crea que el religioso que nos envíe, hallará aquí todas las cosas bien dispuestas para el pronto, estable, seguro, tranquilo y legítimo cumplimiento de esta obra verdaderamente divina. «La caridad de Cristo,» decía el Apóstol, «nos urge:» y aunque yo no me atrevo á compararme con él, confieso sin embargo á Vuestra Paternidad que me estimula con vehemencia la caridad para con Dios y mis pueblos; y no solo con vehemencia, sino sin tregua: y siento en mi alma tal ardor, que bien echo de ver que no puede venirme sino de Dios; por lo cual toda tardanza me parece larga é importuna.»

«Ea, pues, Reverendo Padre mío, lo que Dios quiere que se haga, hay que hacerlo con presteza. Dignese Vuestra Paternidad de contestarme á esta carta, y á todos y cada uno de sus puntos. Dios le guarde, Padre mío, y haga pronto este bien para mayor gloria de Dios.»

«En sus santos sacrificios y oraciones y en los de esos sus hijos me encomiendo de corazón. — De Colorno, á 23 de Julio de 1793. — Afectísimo en el Señor — FERNANDO, Infante de España, duque de Parma, Plasencia y Guastalla.» Hasta aquí el Infante duque.

En el mismo paquete iba otra carta de Borgo, que daba más pormenores acerca de los deseos del príncipe; contaba cómo ya muchos ex-jesuitas ocupaban los tres antiguos colegios del ducado de Parma, en donde habían sido recibidos é instalados con una pompa verdaderamente regia y llevados como en triunfo. Añadía que se les había puesto en posesión de sus antiguos bienes, que el local de las escuelas era poco capaz para la numerosa juventud que las frecuentaba, y la iglesia para el pueblo que acudía á las funciones religiosas. Terminaba indicando que sin duda habían de seguir el ejemplo del duque de Parma los de

Módena y de Toscana, y que por lo tanto convenía que lo más pronto posible se les enviasen Padres de la Rusia Blanca<sup>1</sup>.

Terminada la lectura de aquella carta, *Sustulerunt Nostrí manus in caelum*, dice un historiador<sup>2</sup>: esto es, levantaron los Nuestros las manos al cielo, dando gracias á la divina providencia por tan soberano beneficio, como les dispensaba.

El proceder de Borgo fue tan poco del gusto de gran parte de sus compañeros, que no faltó quien por escrito enterase á uno de los jesuitas residentes en Rusia para que trabajase con el Vicario General en sentido opuesto al de Borgo. Era el jesuita de Rusia uno de aquellos jóvenes boloñeses, que entraron en la Compañía en cuanto tuvieron noticia de haberse abierto noviciado en aquel país.

Así consta por carta del P. José Chantre, uno de los reunidos en Plasencia, al P. Manuel Luengo, en que tres años después le daba cuenta de todo lo ocurrido en este negocio. «La intencion de Borgo,» dice<sup>3</sup>, «era hacerlo *per viam facti*..... Cuando yo estuve en Reggio con Perotes, me informó de las intenciones de Borgo, y me confió en todo secreto, (que era entonces necesario,) cómo había escrito á Natale Magnani para que hiciese el mayor esfuerzo con el Vicario General que no permitiese la venida de los Rusos sin que hubiese precedido el informe.»

Entretanto que se aguardaba la respuesta de Rusia, el duque daba todo el calor posible á la obra de la formación de varias comunidades de jesuitas, así italianos como españoles, en sus estados. El 13 de Octubre de este mismo año de 1793 abrióse el convictorio de San Pablo, en la ciudad de Plasencia, con trece Padres. Entre ellos los había italianos para los ministerios de predicar y confesar, y también españoles destinados á la enseñanza. Hechos los preparativos necesarios, el 5 de Noviembre se abrió el curso de los estudios; y el mismo día comenzaron los

<sup>1</sup> P. ZALENSKI, *loc. cit.*

<sup>2</sup> *Hist. Albo-Rossæ Soc.*, Pars II, Cap. 42.

<sup>3</sup> P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 24, pág. 68.

obreros á ejercitar públicamente los ministerios espirituales con los prójimos, siendo extraordinario el concurso de los fieles al templo, atraídos por la novedad de la cosa, y deseosos de aprovecharse de los consejos y enseñanzas de sus antiguos Padres<sup>1</sup>.

Estábase esperando con impaciencia el resultado de la negociacion con los Padres de Rusia. El P. Vicario, sea que no hubiese recibido la carta de Perotes, sea que la voluntad de Catalina tan abiertamente manifestada no consintiese dilacion, lo cierto es que destinó á Parma tres de sus súbditos, varones de muy probada virtud y profundos conocedores del Instituto de la Compañía, y los más á propósito para que diesen principio á la nueva Provincia, y le imprimiesen aquella forma y aquel espíritu, que era menester para que correspondiesen al diseño de su santo fundador.

Fueron estos los PP. Antonio Messarati<sup>2</sup>, con autoridad de Vice-Provincial, Luis Panizzoni y Bernardo Scordialó<sup>3</sup>, griego este é italiano los dos primeros. Dioles el P. Vicario una minuciosa instruccion<sup>4</sup> acerca de lo que habían de hacer en Parma en aquellos principios para evitar las gravísimas dificultades con que habían de tropezar, y dándoles su bendicion, los despidió para su destino. Salieron de Rusia los tres Padres á últimos de Diciembre de aquel mismo año; atravesaron la Alemania con los caminos cubiertos de nieve; y vencidas mil dificultades, y superados mil peligros, llegaron á Parma á principios de Febrero de 1794, en donde fueron muy bien recibidos del duque y su familia, de la corte y de todo el pueblo.

La noticia de la llegada de los tres Padres rusos causó en toda Italia una sorpresa, que no puede con palabras expresarse: en los enemigos, porque no podían negar la conservacion y exis-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 27, pág. 172.

<sup>2</sup> Algunos escriben Messerati. Nació en 26 de Diciembre de 1731: entró en la Compañía en 15 de Octubre de 1755.

<sup>3</sup> Nació el 20 de Agosto de 1737: entró en la Compañía en 17 de Octubre de 1752: murió en 29 de Enero de 1802.

<sup>4</sup> Véase una copia de ella en el Apéndice, núm. 2.

tencia de la Compañía á pesar de sus esfuerzos por aniquilarla: en los amigos, por la esperanza que concibieron de verla propagarse por Italia. Á últimos de Febrero se había esparcido tambien por toda España la tal noticia, produciendo allí los mismos efectos que en Italia<sup>1</sup>, y en grado mayor, porque eran más allí y más implacables los enemigos.

Con fecha 20 de Enero<sup>2</sup> escribió Don Fernando á Su Santidad Pío VI dándole cuenta de su negociacion con la Emperatriz y el P. Vicario, y del ánimo con que ella estaba para con la Compañía. Entregó la carta á Monseñor Julio Maria de la Somaglia, que más adelante fue cardenal, sin descubrirle cosa de lo que en ella se contenía, pues deseaba que solo el Sumo Pontífice estuviese enterado de aquel asunto de tanta importancia.

Las expresiones contenidas en la carta del duque al Papa y todo el espíritu de ella revelan que no le pedía simplemente una autorizacion para hacer lo que él deseaba, sino que le hacía constar un derecho para realizar lo que acababa de hacer, y para llevarlo adelante.

«Persuadido,» decía el duque<sup>3</sup>, «é íntimamente convencido de que la Compañía de Jesús de hecho y de derecho subsiste en Rusia, tengo libre facultad, como príncipe temporal, para llamarla á mis estados, recibirlos, y darles asiento en ellos, y confiarles los ejercicios propios de su instituto en bien público de mis pueblos..... Cierto, pues, de mi derecho de llamar á mis dominios cualquiera religion aprobada, entre las cuales se halla sin disputa la Compañía; seguro de que en esto no hacia cosa que fuese desagradable á Vuestra Santidad; y segurísimo de su fácil consentimiento; determiné pedir á la Emperatriz Catalina

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 28, págs. 90 y 343.

<sup>2</sup> El P. ZALENSKI dice que no se dió cuenta á Su Santidad de la gestión hecha con Catalina y de su resultado, sino después de la llegada de los tres Padres á Parma. El P. BOERO cita el día 20 de Enero como fecha de la carta, cuya minuta vio y leyó: fue, pues, escrita más de once días ántes que llegasen á Parma los tres Padres.

<sup>3</sup> P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. V.

algunos Padres de la Compañía de los de allá, que reuniesen y juntasen bajo una sola cabeza y autoridad á los jesuitas dispersos, y admitiesen á otros que de nuevo se les quisieren juntar.»

Haciale saber además que ya había obtenido de la Emperatriz el favor solicitado; que tres de los Padres de aquel imperio estaban ya en camino, y próximos á llegar á Parma con el fin de abrir casas y colegios y dar principio á un noviciado; que ponía todo esto en conocimiento de Su Santidad en señal de sumision al Jefe augusto de la Iglesia, suplicándole tuviese á bien ratificarlo con su aprobacion, en lo cual haría mucho placer á la soberana Emperatriz de Rusia, y la alentaría á continuar protegiendo á la Santa Sede y á la Iglesia de Jesucristo. Rogábase por último que le respondiese pronto, ó al menos le devolviese el mismo papel con su firma al pie, con lo cual quedaría completamente tranquilo y satisfecho.

Suspense por algun tiempo tuvo esta carta el ánimo de Pío VI. Amaba el Pontífice al duque, y apreciaba á la Compañía: quisiera condescender á los piadosos ruegos de aquel, pues deseaba el progreso y dilatacion de esta; pero no estaban todavía apaciguados del todo los antiguos odios; y una aprobacion demasiado clara y terminante podía herir susceptibilidades y producir trastornos.

Mandó, pues, que se respondiese al duque con igual secreto que él había escrito, que podía abrir colegios y noviciado de la Compañía; pero que se procediese con circunspeccion y sin ostentar en público tal novedad; que los Padres vistiesen el traje de los sacerdotes seculares, y que los novicios no hiciesen allí los votos del bienio, sino que al terminar el noviciado, se trasladasen á Rusia; y allí, gozando de la libertad que la Emperatriz les concedía y de la proteccion que les dispensaba, se obligasen con los votos á vivir para siempre en la Compañía<sup>1</sup>. Esto era,

<sup>1</sup> Segun el P. ZALENSKI, el Papa contestó al duque alabándole su celo por el bien de sus vasallos, y diciendo que él mismo, aun sin ser rogado, entendiera en el restablecimiento de la Compañía, pero que

atendidas las circunstancias de los tiempos, cuanto creyó prudente conceder el Soberano Pontífice; pero no llegaba con mucho á satisfacer los deseos del duque ni á colmar sus esperanzas y las de los compañeros del Padre Borgo reunidos ya en los colegios de Parma.

Contrarió grandemente esta restriccion á los Padres llegados de Rusia, los cuales creían que estaban ya de antemano allanadas todas las dificultades en lo que concernía á la autorizacion de la Santa Sede. La obligacion de enviar á Rusia los jóvenes, que hubiesen de hacer los votos al fin del noviciado, imposibilitó la apertura de una casa de probacion y la admision de novicios, objeto principal que se habían propuesto tanto el duque al pedir Padres al P. Vicario, como este al enviárselos; y el Padre Messarati comprendió que su mision salía frustrada. Resolvió, pues, que permaneciesen las cosas como hasta entonces habían estado, y que continuaran los colegios sin modificacion alguna hasta que cambiasen las circunstancias y los tiempos mejorasen. Así se ejecutó en las tres casas que ya existían en los estados del duque, y en el «bello colegio» de la ciudad de San Donnino<sup>1</sup>, que se abrió en 24 de Febrero, poco después de la llegada de los Padres rusos.

À quien mayor sentimiento hubo de causar la restriccion del Soberano Pontífice fue al P. Borgo, que había inspirado el plan y era su principal ejecutor. El P. Pignatelli convenía con él en promover la obra del restablecimiento de la Compañía; pero no juzgaba acertado el modo con que procedía Borgo. El P. Vice-Provincial Messarati, sea para visitar á varias familias boloñesas bienhechoras de los Padres de Rusia, ó cuyos hijos habían pa-

no quería dar pretexto á España para la invasion de los Estados Pontificios y para complicaciones aun más difíciles. Añade que sin embargo en una carta confidencial le permitió el restablecimiento en Parma con la restriccion de que no tomasen el nombre ni la cifra de la Compañía, que vistiesen de clérigos seculares y desempeñasen sin exterioridad sus ministerios. (Tomo II, Lib. IV, Cap. III.)

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 28, pág. 230.

sado á aquel país para entrar en la Compañía, como se decía de público, sea para abocarse con el P. Pignatelli, pues no ignoraba cuán decidida proteccion dispensaba al P. Borgo, pasó á Bolonia desde Parma en los últimos días de Abril de 1794<sup>1</sup>.

Lo que trató con el P. Pignatelli, no trascendió á lo de fuera. Ya vimos que tenía por principio el Siervo de Dios que el alma de estos negocios era el secreto. Lo único que logró husmear el P. Luengo fue, que la ida del P. Messarati á Bolonia tuvo por objeto real buscar entre los jóvenes jesuítas refuerzos para los convictorios de Parma.

En estos convictorios produjo una verdadera conmocion la respuesta del Papa, ó por mejor decir, la gran reserva que sobre este punto se guardaba con ellos. Ignoraban si el Sumo Pontífice había respondido de palabra ó por escrito, cuáles eran los términos formales de su contestacion, y qué facultades había otorgado á los Padres venidos de Rusia: por otra parte entonces con mayor firmeza que ántes sostenía el P. Borgo que la agregacion de los jesuítas del parmesano á los de Rusia podía hacerse por sola vía de hecho, y aun proponía que se ligasen con ciertos votos, que no merecieron la aprobacion de los jesuítas reunidos, mayormente de los españoles.

De aquí tuvo origen la division de pareceres. Unos estaban con Borgo por la agregacion por vía de hecho; otros exigían la formal autorizacion pública del Papa ó un testimonio del duque que les asegurase que tal autorizacion se le había concedido; otros finalmente vacilaban sin saber á qué extremo inclinarse. Pudiera ser que estas contrariedades influyesen en la salud del P. Borgo; pues en este mismo tiempo comenzó á sentirse gravemente enfermo, y falleció poco después, á 30 de Junio de 1794, en el convictorio de San Roque de Parma, en donde un mes ántes, el 28 de Mayo, había hecho su agregacion.

Muy dolorosa debió de ser al P. Pignatelli la pérdida de tan grande amigo y de tan fervoroso promovedor de la obra del res-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 29, pág. 227.

tablecimiento de la Compañía. No le fue menos sensible la partida de Bolonia del cardenal legado Archetti, que en Octubre de este mismo año fue trasladado á Roma y reemplazado por el cardenal Hipólito Antonio Marcri. En el cardenal Archetti perdía el P. José un poderoso amigo, y sus hermanos un verdadero padre. «Con toda verdad aseguro,» dice el P. Luengo<sup>1</sup>, «y lo hago con gusto y con accion de gracias, que no tenemos motivo alguno de queja por respeto á nosotros.»

Pero volvamos á la cuestion de Parma. Muerto el P. Borgo, no se dió un paso adelante en la causa de la Compañía. En los convictorios ya establecidos continuó la misma indecision, y aun nació algun gérmen de discordia, que pudo ser origen de gravísimas y muy lamentables escisiones. En tal estado permanecieron las cosas hasta mediados de 1796 por lo menos, como lo demuestra en su carta el ya mencionado P. José Chantre, residente en la actualidad en el convictorio de San Pablo en Plasencia. Era este Padre íntimo amigo del P. Manuel Luengo. Desde Bolonia había pasado á Plasencia al abrirse el colegio de esta ciudad.

Con ocasion de la muerte del portugués Azebedo en aquel convictorio, y de un rumor que parece haber esparcido en Bolonia el P. Pedro Goya, asegurando que Pío VI había autorizado la agregacion de los jesuítas del parmesano á los de Rusia, escribió al P. Chantre el P. Luengo pidiéndole noticias del difunto Azebedo, y confirmacion de la fama, que por Bolonia corría, acerca de la otorgada autorizacion. Respondióle el P. Chantre con la siguiente carta, en la cual le explica brevemente la interesante historia de todo lo ocurrido en los recién establecidos convictorios de Parma con ocasion de la respuesta de Pío VI á la carta del duque. Dice así la carta<sup>2</sup>:

«Plasencia y Abril 14 de 96. — Amigo D. Manuel. Estimo

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 29, pág. 245.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 24, pág. 68. El autor de la carta se firma JOSEPH: creo será el P. José Chantre, grande amigo del Padre Luengo, que estaba en correspondencia epistolar con él.

el ver su letra después de tanto tiempo. Yo escribo frecuentemente á Lázaro, (y no hago poco entre tantas ocupaciones de varios ramos), quien supongo, dará parte á ustedes. Hace Vmd. dos preguntas ó encargos en la suya, á que no sé si tendré tiempo para responder, ó satisfacer, aunque empiezo á responder bien de mañana. Se reducen al dicho de Goya, y á la etopeia de nuestro buen viejo Azebedo.»

«Sobre el dicho de Goya, dudo mucho que ahí dijese la concesion del Papa *viva vocis oraculo* á nuestro Real Infante para nuestra agregacion, porque no ha habido tal concesion; y si esto dijo D. Pedro, no estaba bien informado. La intencion de Borgo era hacerlo *per viam facti*, particularmente después de una carta que (*ut probabilius existimo*) tuvo el Duque del Papa con cierta cláusula equívoca, que hacía á dos palos.»

«Cuando yo estuve en Reggio con Perotes, me informó de las intenciones de Borgo, y me confió en todo secreto, (que era entonces necesario), cómo había escrito á Natale Magnani, para que hiciese el mayor esfuerzo con el Vicarió General, que no permitiese la venida de los Rusos, mientras no se declarase el Papa, etc. Con esta noticia vine con los ojos abiertos, aunque creo que hubiera hecho lo mismo, sin que hubiese precedido el informe. Recien llegados á Plasencia, Ruiz<sup>1</sup> y yo vimos á Catani<sup>2</sup> un poco vacilante en este punto, y no estaba del todo firme Masdeu<sup>3</sup>.»

«Yo me declaré con toda resolucion, y lo mismo hizo Ruiz (que cierto es de muy buen juicio y modo de pensar) que no vendríamos en manera alguna en la agregacion *per viam facti* (que no podía menos de ser pública) con los Rusianos, mientras no pudiésemos descubrir abiertamente la cara<sup>4</sup> ó por conce-

<sup>1</sup> El P. José Ruiz Suárez se había agregado á la Compañía en Rímini el 2 de Octubre segun un catálogo, ó el 23 segun otro, de 1791.

<sup>2</sup> Sic. Querrá decir Catáneo. Este era el presidente del convictorio de Plasencia, como dice el P. Cáseda. Véase el Apéndice al libro primero, núm. 7. Al fin de la carta el P. Chantre le llama *Superior*.

<sup>3</sup> Hizo su agregacion en 12 de Marzo de 1795 en Plasencia.

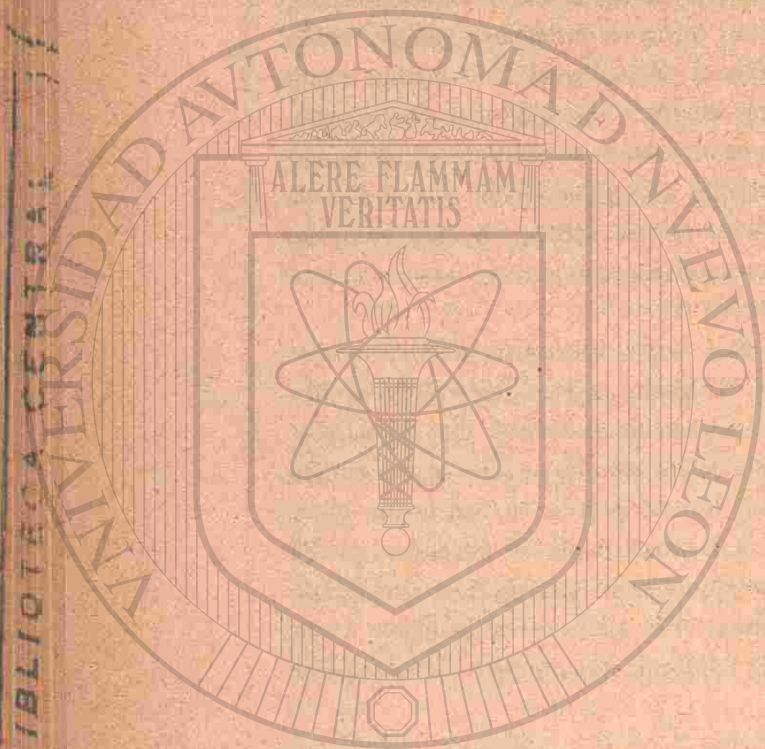
<sup>4</sup> Esta publicidad precisamente era la que no quería el Papa. La

sion auténtica del Papa, ó por lo menos por testificacion del Infante, que nos asegurase habérselo ya concedido Su Santidad.»

«Todos en la primera consulta fueron de este parecer, á que añadimos Ruiz y yo, que si se trataba de hacer no sé qué votos, en que pensaba Borgo, nos volvíamos á Bolonia; que por Cristo habíamos venido á servir al público y al Real Infante, segun nuestro capital y nuestras fuerzas, y que sola *catena Christi sponte et voluntarie suscepta* nos mantendría. Todos en suma fuimos de este parecer, y conforme á esta resolucion (que no le supo bien por entonces á Borgo, que se hallaba ya enfermo, y no asistió á la consulta) escribió el Superior Catani (Catáneo) al primer ministro del Infante.»

«Los ex-jesuitas de San Roque celebraron nuestra resolucion; y Bebilaqua (cómo el mismo aquí confesó) mudó de dictámen, porque era ántes del partido de Melecio, digo del parecer de Borgo. Del convicto de nobles, *non me ne curo*, ni he querido informarme. El que más levantó el grito en San Roque fue y lo será siempre Regonó. Tan satisfecho de los españoles, que ha llegado á decir, que caso que suceda la agregacion canónica de los convictos con los Rusos, él se atiene á la Compañía de los españoles, antes que á la Compañía que quieran aquí establecer los Rusos.»

causa de que los jesuitas reunidos estuviesen á oscuras respecto de la respuesta del Pontífice, sería verosímilmente este deseo «de descubrir abiertamente la cara» y hacer «públicamente su agregacion» á los de Rusia.



## CAPITULO X

Viaje del P. Pignatelli á Nápoles. — Vuelta á Bolonia. — Napoleon Bonaparte en Italia. — Rehusa el Siervo de Dios volver á España por no abandonar á sus hermanos. — El P. Pignatelli y D. Nicolás de Azara en Bolonia. — Aboga con él el Padre á favor de los jesuitas. — Entran en Bolonia los franceses. — Detencion del cardenal Pignatelli. — El Siervo de Dios y los cardenales Pignatelli y Gioanetti. — Alcanza de Bonaparte que sean respetados los jesuitas españoles. — El Padre mártir. — Un peligro conjurado. — Vuelta de algunos jesuitas á España. — El P. Pignatelli y el directorio boloñés. — Va á Parma y vuelve á Bolonia. — Ejercita su caridad con el misionero Alba. — Se agrega á la Compañía de Rusia. — Vuelve á Nápoles. — Visita á su hermana en Acerra. — Ejemplos de virtud y predicaciones. — Carta de Pío VI á la reina de España. — Real orden por la cual se permite la vuelta de los jesuitas á España.

1795 — 1797

Estando el negocio de la agregacion de los Padres de Parma á los de Rusia en el estado poco satisfactorio que acabamos de ver, el P. Pignatelli emprendió un viaje á Nápoles hacia fines del año de 1795<sup>1</sup>. El pretexto, que en lo de fuera alegaba, era visitar á su hermana la condesa de la Acerra, anciana ya y enfermiza; pero el motivo real que le impulsó á emprender aquel camino, fue explorar el ánimo de los reyes Don Fernando y Doña Carolina, y las disposiciones de sus ministros con respecto á la

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 502.

restauracion de la Compañía y á la reunion de los jesuitas napolitanos en convictorios, como acababa de hacerse en el ducado de Parma.

Parece que no tuvo gran resultado este viaje á Nápoles, aunque no dio el Padre por perdidas sus diligencias, por el conocimiento que adquirió del desengaño de aquellos monarcas en la cuestion de la Compañía. Así se desprende de las palabras que pronunció á su vuelta á Bolonia; pues «dijo absolutamente que sus Majestades Sicilianas, y no menos el rey que la reina, entendían ya perfectamente el motivo del destierro, opresion y extincion de los jesuitas, y sabían que no fue otro que el abatimiento de los tronos y de la religion<sup>1</sup>.» Este desengaño, á juicio del P. José, era una disposicion muy favorable para que los reyes de Nápoles tratasen de reparar su yerro.

Llegó el Padre á Bolonia á fines del año 1795 ó á principios de 1796, en donde muy pronto se le ofreció campo vastísimo para ejercer su caridad é incansable celo con ocasion de la entrada de las tropas francesas en aquella ciudad. En los primeros meses del año de 1796 Bonaparte, encargado por el Directorio de llevar á la península italiana lo que él llamaba «el presente de la libertad,» emprendió una expedicion contra Bolonia, y amenazó invadir todo el Estado Pontificio para castigar, segun él decia, á todos los que deseaban el triunfo de la casa de Austria. El Soberano Pontífice Pío VI se vio obligado á aceptar un armisticio y á verse privado de las dos legaciones de Bolonia y Ferrara.

La proximidad de los franceses y los temores de que á no tardar llegarían á Bolonia, pusieron en conmocion á la ciudad toda, y despertaron en ella un movimiento religioso particular<sup>2</sup>. Al saberse en España por las familias de los jesuitas el peligro que á estos amenazaba, entraron en temores por su suerte, y algunas consiguieron para sus parientes licencia de volver á Es-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *ibid.*

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 415.

paña. De dos toledanos y del P. José Pignatelli se sabe que no quisieron aprovecharse de tal concesion. Á nuestro P. José se la habia alcanzado su sobrina D.<sup>a</sup> Maria Manuela. Oigamos cómo refiere este suceso el autor del Diario.

«Con esta ocasion» dice<sup>1</sup>, «se ha hecho público que le ha sucedido lo mismo que á estos dos toledanos, al P. José Pignatelli, de la Provincia de Aragon. La Duquesa de Villahermosa, su sobrina, que le ama tiernísimamente, ya que no pudo lograr, como intentó con todo empeño, venir á vivir en su compañía en esta ciudad de Bolonia, consiguió licencia para que el P. José fuese á España, y de este modo lograría que viviese con ella en la corte ó en otra parte. Pero el P. José se negó tan resueltamente á separarse de sus compañeros en la misma suerte de desterrados á la Italia, que por grande que sea el amor de su sobrina y sus ansias de verle, no le molestará más sobre este asunto, viendo que es enteramente inútil y que le da con esta su pretension un disgusto muy grande.»

Tal era el amor del P. José á sus hermanos, que le hacia posponer á él los deseos tan piadosos y ardientes de su gran bienhechora y tan estrecha pariente, y su propia comodidad. Y así con razon añade el P. Luengo: «Todos debemos agradecer al P. Pignatelli esta su generosa y determinada resolucion: porque en el día, como en otro tiempo nuestro P. Idiáquez, es el padre, protector y escudo de todos los jesuitas españoles y americanos, y ayuda y protege á todos con mucho amor, actividad y talento en los lances que ocurren. Y nos importa mucho en el estado presente, y más en este país, tener de algun modo á nuestro frente un hombre de sus circunstancias, que con toda franqueza y sin temor alguno puede hablar á los cardenales Legado y Arzobispo, á los comisarios reales, y á cualquiera otro que tenga sobre nosotros alguna autoridad; pues es claro que sirve mucho para que no se nos oprima tan fácilmente y á capricho, como ha sucedido muchas veces.» En este pasaje pinta

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 228.



el P. Luengo con vivos colores el grandé prestigio que el Padre Pignatelli había alcanzado en Bolonia.

Esto escribía en 10 de Abril el autor del Diario; y bien pronto se fueron presentando nuevas ocasiones, en que mostró el Padre José su tierna solicitud. En la triste situación en que se encontraban los Estados Pontificios, Pío VI creyó que la persona más á propósito para evitar los males que le amenazaban, amansando las iras del general Bonaparte, era el ministro español don Nicolás de Azara. Nombróle, pues, plenipotenciario Pontificio; y con calidad de tal salió Azara para Milan, en donde residía Bonaparte. Llegó á Bolonia la tarde del 21 de Mayo: hospedóse en casa del comisario Capelleti, en la cual vivía el P. Pignatelli. Allí fueron á visitarle prontamente los cardenales Legado y Arzobispo, el Vice-Legado, y otras muchas personas distinguidas de la ciudad, pues le consideraban como el *Libertador* del Estado de la Iglesia; y los senadores boloñeses fueron también allá á conferenciar con Azara.

«El P. José Pignatelli, con ocasión de vivir con él en una misma casa, trató despacio con él, y aun le presentó varios jesuitas aragoneses, á todos los cuales recibió Azara con agrado y con cariño. En su presencia se metió plática sobre la presente situación de los españoles; y no faltó quien dijese que muchos de ellos, como era así verdad, sobrecogidos y atemorizados, pensaban irse á otra parte, temerosos de que si llegaban á entrar los franceses, lo pasarían allí muy mal. Respondió el ministro que el partido más acertado era que se estuviesen quietos, que no les habían de molestar los franceses; con lo cual muchos desistieron del pensamiento de marcharse á Venecia ó á la Toscana.»

«Oportunamente replicó el P. Pignatelli: «Y ¿cómo se han de mantener aquí con la pensión de cuatro reales, estando ya todas las cosas muy caras, y debiendo de subir mucho el precio de todas ellas en el caso de que fueran los franceses ó aun solo anduviesen en los países vecinos?» El ministro confesó que tenía razón el Padre en lo que decía, y protestó que por su parte ha-

bía dado informes favorables en el asunto, y que si se arreglaran á ellos, de seguro la pensión se les aumentaría<sup>1</sup>.»

El día 18 de Junio (1796) llenóse de terror la ciudad de Bolonia al saber la entrada de tropa francesa en la provincia: aquella misma noche llegó un piquete de caballería con algunos oficiales franceses; á la mañana del día siguiente entran en la ciudad unos mil soldados, entre infantería y caballería, con cuatro cañones; se alojan en la plaza, y ponen cuerpos de guardia en las dos puertas principales.

El día 20 por la noche llega Bonaparte con el comisario Saliceti: llama el general á su presencia al Legado y Vice-Legado, depónelos de sus empleos, y les manda partir en el término de tres horas: llama después al senado, y pone en sus manos la soberanía de este país con dependencia de la República francesa. El 21 se apoderan los franceses de todo lo rico, precioso y artístico de la ciudad á título de conquista: el mismo día llega el cardenal Francisco María Pignatelli, legado de Ferrara, llamado por Bonaparte, el cual le pone en prisión: al cardenal Arzobispo de Bolonia le trata con indecencia y le aterra con amenazas.

En los tres días que estuvo detenido el cardenal Pignatelli en el palacio del cardenal arzobispo Gioanetti, le visitó con frecuencia su primo el P. José; y en estas ocasiones conversó con ambos cardenales, que estaban, como se deja entender, sumamente afligidos y acongojados: versaba la conversacion sobre las presentes novedades y trabajos, sus causas y principios, y el fin y remate que al cabo vendrían á tener<sup>2</sup>. El P. Pignatelli dijo oportunamente: *En sanguis eius exquiratur*<sup>3</sup>, como respondió Ruben á sus hermanos hallándose en tribulación. Esto dijo el Siervo de Dios aludiendo á que, conforme á la opinion de todos los hombres pensadores, la extincion de la Compañía había acelerado el triunfo de las ideas filosóficas y revolucionarias. Reco-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 364.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, Parte primera, pág. 501.

<sup>3</sup> Gen. XLII, 22.

bró el día 23 su libertad el cardenal Pignatelli con permiso para partir, aunque, á lo que se aseguraba, como prisionero de guerra, con obligacion de presentarse si le llamaba el general Bonaparte.

Solicito el P. Pignatelli por la salvacion y paz de sus hermanos, suplicó á D. José Capelleti, comisario en Bolonia, que se los recomendase eficazmente al general francés, para que en atencion á las buenas relaciones entre Francia y España, no recibiesen molestia alguna<sup>1</sup>. Hizolo á satisfaccion Capelleti: y á 20 de este mes de Junio escribió al H. Pedro de la Fuente, que era con quien se entendía el comisario en los asuntos referentes á los Padres españoles, una carta, en que le decía así:

«Muy Sr. mío. — De resulta del abocamiento que he tenido con el Generalísimo Buonaparte, después de haberme asegurado de toda su proteccion hacia los españoles, me ha aconsejado que sería bien, que cada individuo de la Nacion se ponga la Cucarda Española; pues así tendrán con ellos mayor consideracion.»

«Lo participo á Vm. para su noticia y para que lo haga saber en mi nombre á los Sres. ex-jesuitas de este departamento.»

«Ntro. Señor guarde á Vm. muchos años. — Bolonia, 20 de Junio de 1796. — P. D. Prevenga Vm. á esos Sres. que esta disposicion ó consejo del Sr. General Buonaparte no tiene más objeto que el de asegurar á los individuos españoles el mayor respeto y consideracion de las tropas francesas, y que así lo esparzan entre los bologneses. — B. L. M. de Vm. — Su más atento S. S. — JOSÉ CAPELLETI. — Sr. D. Pedro de la Fuente<sup>2</sup>.»

De la ejecucion de lo prescrito en esta carta habla el autor

<sup>1</sup> Tan amistosas eran estas relaciones, que dos meses después, á 18 de Agosto, se celebró en San Ildefonso un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el príncipe de la Paz y el ciudadano Perignon, quedando las fuerzas de España casi á disposicion del Directorio francés. Este tratado, como observa un historiador, fue un verdadero pacto de familia con la república francesa.

<sup>2</sup> Hállase copia de esta carta entre los *Papeles varios* del P. LUENGO.

del Diario en estos términos: «Todos, pues, hasta los más ancianos y más respetables por muchos títulos, nos hemos puesto en los sombreros escarapela encarnada, que es la española: espectáculo ridiculo, como por sí mismo se entiende, andando por esta ciudad trescientos ó cuatrocientos eclesiásticos españoles, y los más de hábitos largos, con su escarapela de soldado en el sombrero.»

«Nosotros nos reimos mutuamente unos de otros; y por esta parte no tiene esta ridiculez, en que nos ha metido este general, otro efecto. Pero los tiene muy importantes entre los soldados franceses, que efectivamente miran con respeto la escarapela española, y viéndonos con ella, nos saludan y nos llaman amigos.....»

«La gente vil de la ciudad nos mira con una especie de pasmo, y aun de encogimiento y de temor, como que aprehende que siendo amigos de los franceses, nos debe temer como á ellos, y que si nos ofende en alguna cosa, será tratada del mismo modo que si ofendiese á la tropa francesa; los eclesiásticos, así seculares como regulares, que son los más atribulados de todos,..... muestran envidia de nosotros, viéndonos á cubierto de todo insulto y agravio con nuestra escarapela española; y más de cuatro á mí mismo me han dicho con las lágrimas en los ojos: «Ustedes son verdaderamente felices y afortunados; pues por ningun lado les alcanzan los inmensos males, que tenemos sobre nosotros con la entrada de los franceses<sup>1</sup>.» Y como si aun fuese poco esto, «el senado, que hace ahora de soberano, por medio del P. José Pignatelli, á quien hablaron los senadores, nos ha asegurado de su proteccion<sup>2</sup>.»

El prestigio del P. Pignatelli se vio en algunos casos particulares. Uno de ellos fue el ocurrido con el P. José Uriarte, conocido allí con el nombre de *el Padre mártir*. Había sido este durante muchos años celoso misionero de Quito, y padecido

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, pág. 494.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 505.

grandes trabajos en la reduccion de los infieles, por los cuales fue una vez tan mal tratado, que tendido en el suelo le dejaron por difunto. Tenialos ya reducidos á vida civil y cristiana, cuando el decreto de Carlos III vino á arrancarle de la compañía de aquellos sus neófitos.

Trasladado á Italia y residiendo ahora en Bolonia, su corazón no podía apartarse de sus amados indios de América; y cierto día se fijó el pobre y sumergió tan profundamente en su idea favorita, que casi fuera de sí empezó á dar vueltas por la ciudad como enajenado y sin saber á dónde iba ni qué hacía. Topó con él por acaso el P. José Pignatelli, quien le preguntó: «¿dónde vais con tanta prisa?» — «Á América,» le dijo, «á ver á mis queridos salvajes.»

Después de dada la orden para que todos los jesuitas españoles de Bolonia llevasen por distintivo la escarapela, el Padre Uriarte, fuese por ignorancia ó por sencillez, cogió dos pedacitos de paño de color de grana, y cosiéndoselos en el sombrero en forma de cruz, con su nueva divisa salió á la calle. Los boloñeses, que conocían bien al Padre mártir, y sabían quién era por una gran cicatriz que llevaba en la frente, lo tomaron á risa; mas no así los republicanos franceses, los cuales teniendo aquella demostracion por un insulto á su general, acusaron al Padre, y de seguro le hubiera costado, á bien librar, algunos meses de calabozo, á no haber terciado en el asunto el P. José Pignatelli y contado con brevedad á los jueces la vida del P. Uriarte, hombre de arraigada fe, de amable sencillez, y por lo mismo incapaz de agraviar á nadie.

El otro caso, en que la autoridad del P. José con los senadores boloñeses salvó á los españoles, fue el que voy á referir. Un oficial francés, ofendido, segun se dijo, por el mal tratamiento que recibió estando prisionero en Barcelona, propuso vengarse en los jesuitas españoles, y los acusó al general de que no hablaban bien del nuevo régimen, y soliviantaban los ánimos de los boloñeses. El resultado de la denuncia fue, que sin proceso ni formacion de causa se publicó un terrible edicto, por el

cual á todos los españoles se les mandaba salir del condado de Bolonia en el término de cuarenta y ocho horas.

Suspendió el senado boloñés la ejecucion de este edicto, y comisionó á los senadores Caprara y Marescalchi, muy estimados de Bonaparte, que pasaban á Milan, para que los disculpasen con el general y le asegurasen de la falsedad de la denuncia. Rindióse Bonaparte á las representaciones del senado boloñés, y revocó su formidable decreto; pero por hacer algo y para dar á entender que no habia procedido ligeramente, escribió una breve carta al senado, llena de amenazas para adelante, que decía así:

*«Libertad..... Igualdad»* — Del cuartel general de Brescia, á 25 del Termidor [14 de Agosto] del año cuarto de la República francesa, una é indivisible. — Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia, al Senado de Bolonia. — Oigo, Señores, que los ex-jesuitas, los eclesiásticos y los religiosos turban la tranquilidad pública. Hacedles entender que así como la República francesa protege á la Religion y á sus Ministros, así tambien es inexorable contra aquellos, que olvidando el propio estado, se mezclan en los negocios políticos y civiles. Advertid á todos los Superiores de las diferentes religiones, de que á la primera queja que me llegué contra los regulares, haré responsable todo el convento, los arrojaré de la ciudad, y confiscaré sus bienes á beneficio de los pobres. — BONAPARTE<sup>1</sup>.»

Entretanto hacia incesantes progresos la revolucion en Italia, y la situacion de los jesuitas españoles llegaba á hacerse insostenible. En Génova se intimó en 1797 la orden del destierro á los religiosos que contasen menos de veinte años de residencia en aquel país; y en virtud de esta orden tuvieron que salir de Génova veintinueve jesuitas españoles, de los cuales diez y seis se esparcieron por varias ciudades de Italia, y los cinco restantes<sup>2</sup>, con pasaportes librados por el ministro de España, Sr. Huerta,

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 30, Parte segunda, pág. 70.

<sup>2</sup> Llamábanse Vives, Guitart, Ferrer, Mariátegui y Roca.

se embarcaron para su patria, tomando puerto en Barcelona, en donde fueron bien recibidos<sup>1</sup>. Ya á mediados del año anterior de 1796 algunos habían logrado penetrar en España, sin que se los molestase por ello.

La noticia de este buen recibimiento animó á otros varios á probar la misma fortuna. El gobierno español comprendía que era ya demasiada crueldad el dejar abandonados á numerosos súbditos suyos, arrojados de su patria y expuestos á los furros de la revolucion; y por vez primera, desde el año 1767, empezó á mostrar sentimientos de humanidad con aquellos inocentes desgraciados. Consultó Godoy á Azara, preguntándole en qué provincias de Italia podrían tener alguna seguridad los jesuitas españoles. Ya antes se había tratado de reunirlos á todos en Parma, como punto el menos peligroso y más seguro, á lo cual se resistieron ellos en vista de los gastos que el trasladarse les había de acarrear, para los cuales no bastaba su corta pensión; pero en la actualidad el mismo Azara comprendió que aquel estado ya no ofrecía la seguridad que se deseaba.

No se presentaban mejor las cosas en Bolonia; pero la diligencia y autoridad del P. Pignatelli pudieron calmar la tormenta y librar de todo peligro á los españoles. En 26 de Abril de este año de 1797 quedó definitivamente constituido por eleccion popular el directorio democrático, y en primero de Mayo ya pudo escribir el autor del *Diario*<sup>2</sup>: «Por lo que toca á los jesuitas, así nacionales como extranjeros, nada teníamos que temer ni de los consejos ni del directorio: y los tres directores Magnani, Guastavillani y Ricci, habiéndoles visitado en particular el P. José Pignatelli, todos tres le ofrecieron con expresiones las más sinceras y cariñosas una eficazísima proteccion en todo lo que pueda ocurrir á los jesuitas españoles.»

En este ejercicio de su caridad el Venerable no se vio libre de la maledicencia de los envidiosos: pues no faltaron quienes

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 31, pág. 165.

<sup>2</sup> Tomo 31, pág. 472.

reprobasen su continuo roce con los miembros del directorio, llegando hasta á llamarle jacobino. Despreció él la calumnia, y continuó desviviéndose por el bien de sus hermanos, tranquilo con el testimonio de su conciencia y con la seguridad de que agradaba al cielo la caridad que con los inocentes oprimidos ejercitaba.

Seguro ya de la benevolencia del nuevo gobierno con sus hermanos, emprendió el P. Pignatelli un viaje á Parma. En 28 de Diciembre del año anterior de 1796 había fallecido en el convictorio de San Roque de Parma el P. Messarati, nombrado Vice-Provincial de los que se iban agregando á la Compañía de Rusia, y moraban en aquel estado. Venía designado para sustituirle el P. Luis Panizzoni: el cual con increíble actividad trató de dar nuevo impulso á la obra del restablecimiento. Grande admirador de la prudencia del Siervo de Dios y de su valimiento con los reyes de Nápoles, llamóle á Parma con el objeto de tratar con él las cosas de aquel reino, que tenía el Venerable bien conocidas.

Fue allá el P. José. Yo creo que en esta ocasion haría los ocho días de ejercicios, que debían preceder al acto de renovar la profesion los antiguos profesos, que de nuevo se agregaban á la Compañía. Así se determinó en la congregacion General Polocense del año 1785, y así tambien constaba en la instruccion dada por el P. Vicario General Lenkiewicz al P. Messarati al enviarle desde Rusia á Parma. El fundamento en que me apoyo para creer esto, es que no se ve indicio alguno de que hiciese el Siervo de Dios en Bolonia los ejercicios inmediatamente antes de renovar la profesion, como luego se verá.

Tratado el negocio de Nápoles con el P. Panizzoni con aquella madurez y detenimiento que la gravedad del caso requería, y provisto de las instrucciones necesarias para el acierto en asunto tan erizado de dificultades, regresó á Bolonia el P. Pignatelli con grande consuelo de sus hermanos, que bajo su proteccion y amparo vivían seguros y libres de todo atropello en las azarosas circunstancias en que se hallaban.

Y no se ceñía á sola la ciudad de Bolonia y á sus hermanos en religion la compasiva caridad del P. Pignatelli. El misionero Alba había estado en Roma no tan oculto que no se supiese que estaba allí, pero tampoco con entera libertad ni dándose á conocer. Habíase venido á Roma el primer año del pontificado de Pío VI, dejando los montes y cavernas en que andaba escondido huyendo del furor del Ministerio de Madrid.

A mediados de Enero del año 1779 escribieron de Roma que había sido preso por orden del Papa, por haber querido, segun parece, imprimir un libro que disgustaba á Roma. Hizosele un breve proceso, y se le dio sentencia de ser echado de Roma y llevado á Perosa<sup>1</sup>. Estuvo aquí encerrado en un castillo hasta que para entregarlo á los franceses en 1797 se sacó de él á los presos. Uno de estos era Alba, que fue recluido en el convento de Observantes, llamado *del Monte*.

Al saber por carta del P. Martin Aresti que Alba vivía, «se enternecieron tanto los Padres Joseph Pignatelli é Ignacio García<sup>2</sup>,..... que muchos años hace le conocieron y trataron en España y en este país, que mostraron un gran deseo de socorrerle en todas sus necesidades con todo lo que hubiese de menester<sup>3</sup>.» Enviáronle los dos, y tambien el P. Luengo, algun socorrillo y Alba les dio las gracias en una carta que dice así:

«Monte, 30 de Abril de 1779<sup>4</sup>.— No puedo explicar el afecto de mi gratitud por la singular memoria que todos tres se dignan hacer de mí y por la limosna que por medio de D. Martin<sup>5</sup> he recibido. Quien la envía da manifiestamente á ver que sabe bien

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 13, pág. 121.

<sup>2</sup> Nació el P. Ignacio en Calatayud el 13 de Noviembre de 1721; entró en la Compañía en 3 de Noviembre de 1741; fue uno de los que volvió á España á fines del siglo, y murió en su ciudad natal en 1800.

<sup>3</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 31, pág. 508.

<sup>4</sup> *Sic.* Nota el P. LUENGO que esta fecha está trabucada, y ha de ser 1797. Dicho Padre insertó el autógrafo de esta carta, del cual he sacado la copia que va en el texto, en los *Papeles varios*, Tomo 26, página 171.

<sup>5</sup> P. Martin Aresti.

el Arte de negociar con el Señor. Agradezco, como es debido, un tal efecto de Caridad digno de eterna retribucion. El Señor sabe cuánto ardiente es el deseo que tengo de ver y de abrazar á mis mui queridos Piñateli, Luengo y Garzia. O y cómo quisiera, que en vez de la Carta fuese la Persona! Mas no puede ser.»

«Me hallo mucho tiempo ha en alta Mar en borrasca luchando día y Noche con soberbias Ondas, y siempre contrario el viento. Con todo por la misericordia de el Señor ninguna cosa me altera el Ánimo, ni me priva del sueño, ni me quita el apetito. Gozo ahora por Divino beneficio un poco de sosiego: mas Yo temo que no sea este sosiego de tanta duracion como fue la hiedra de Jonás. En fin se haga en todo la voluntad del Señor.»

«Me basta saber que *per multas tribulationes oportet nos introire Regnum Dei*. El Señor por sus altos Juicios permite que los vientos soplen terriblemente. A nosotros toca tener paciencia hasta que venga la calma. Sople furiosamente inhorabuena: *quia sicut tempestas transiens erit impius*. Yo no perderé jamás la esperanza de ver al fin la victoria.»

«A Dios, mui queridos míos, a Dios. No se olviden de mí miserable en el S. Sacrificio, en el seguro que Yo haré siempre lo mismo con todos Vds. O quien me diera el verlos renacer! = *Totus vester ex corde. = Aurora in tenebris*<sup>1</sup>.»

El deseo del ilustre prisionero de ver renacer la Compañía, por cuyo amor tanto había trabajado y tan prolijo y penoso cautiverio sufría con gran resignacion, iba á ser una realidad, merced al celo y solicitud del P. José Pignatelli. Mucho consuelo causaba á los afligidos Padres de Bolonia la presencia del Siervo de Dios en esta ciudad; pero esta vez poco les duró la alegría de tenerle consigo, y no pasó mucho tiempo sin que entrasen estos en nuevas zozobras, siendo la causa en primer lugar la destitucion del comisario Capelleti, que no era de la satisfaccion del nuevo gobierno, y hasta al presente se había interesado con gran

<sup>1</sup> Advierte el P. Luengo que este era el seudónimo con que se firmaba Alba.

solicitud en favor y provecho de los jesuitas. La segunda causa fue la salida del P. Pignatelli para Nápoles, de la cual conviene que demos alguna noticia.

Lamentándose el P. Luengo de la ausencia del comisario Capelleti y de la que luego iban á experimentar de la persona del P. Pignatelli, escribe estas palabras: «Quedamos, pues, por esta parte sin proteccion alguna humana para los casos y embrollos que verosíblemente irán sucediendo en adelante, segun es la turbacion é inquietud de esta ciudad: y para que sea mayor nuestro abandono de parte de los hombres, partirá dentro de dos ó tres dias<sup>4</sup> de esta ciudad á la de Nápoles el P. José Pignatelli, que por su ilustre nacimiento y por sus prendas personales se hace mucho lugar en todo género de gentes de Bolonia, y por su grande amor á la Compañía de Jesús, su madre, y por su afecto á los que fueron sus hermanos, está siempre pronto á servir y ayudar á todos.»

Que el mismo P. José no era insensible á este desamparo, en que dejaba á sus compañeros, lo confiesa el mismo autor, diciendo: «Por este respeto y consideracion siente mucho el mismo P. Pignatelli dejarnos en este caos y laberinto de cosas, como se ha explicado con varios españoles: y no hay duda en que su presencia nos sería útil en muchas ocasiones, como lo ha sido en varios lances en estos últimos tiempos..... El gran consuelo en este total abandono de parte de los hombres es la experiencia palpable, y reconocida por todos con humildad y con gratitud, de una particularísima proteccion del cielo para con nosotros en esta general confusion y opresion de todas clases de personas, y mucho más de las eclesiásticas así seglares como regulares. Apoyados á ella,» continúa, «y bajo de su sombra viviremos tranquilos sin apoyo alguno humano, aunque lleguen hasta las nubes las olas de este agitado y turbulento país.»

No podía ser sino muy poderoso el motivo que obligase al

<sup>4</sup> Escribe esto en 2 de Julio de 1797: *Diario*, Tomo 31, Parte segunda, pág. 501.

P. Pignatelli á dejar á sus hermanos sumergidos en tan hondo abismo de males, constando, como consta, que era muy grande la ternura de su corazon y el amor y entrañas más que de madre con que se desvivía por su bien. El motivo de la partida del Padre á Nápoles, en lo que salía hacia fuera, reduciase á instancias de los de su familia y á la necesidad que tenían de su persona para sus propios negocios. «Pero yo estoy persuadido,» dice el P. Luengo, «y no lo digo sin gravísimo fundamento, á que no se hubiera rendido á las instancias de los suyos, por muy eficaces que fuesen, si al mismo tiempo no pensara hacer algun servicio importante en el negocio de la Compañía.»

Los fundamentos en que se apoyaba el P. Luengo eran en efecto graves, y lo que es más, reales y verdaderos. «De parte del mismo P. Pignatelli,» dice, «aunque procede con la conveniente reserva, se han visto algunas disposiciones, que indican que en Nápoles se proyecta alguna cosa á favor de la Compañía; y que por lo menos se piensa en formar algunos convictorios de jesuitas y poner en sus manos algunos seminarios de nobles, como se ha hecho en el estado del Duque de Parma. Antes de emprender el viaje á Nápoles, ha estado en la dicha ciudad de Parma, y ha tratado muy despacio con el P. Panizzoni, jesuita de la Rusia, y al presente Superior, destinado por el P. Vicario General para todo lo que pueda ocurrir en la causa de la Compañía en Italia.»

Y prosigue: «Me consta que el P. Pignatelli ha formado lista de los sujetos de la Provincia de Castilla, que por su edad, instruccion y talentos puedan ser empleados en la enseñanza: y se supone que lo mismo habrá hecho en su Provincia de Aragon, y acaso en otras. Y ¿á qué fin,» pregunta, «llevar consigo á Nápoles estas listas de sujetos hábiles para la enseñanza y para otros ministerios, si no tuviera alguna esperanza de que por lo menos se formasen convictorios y se entregasen á la direccion de los jesuitas algunos seminarios de nobles? Ni ¿cómo podía esperar semejante cosa, si no tuviera algunos avisos de que en Nápoles se pensaba en ella?»

Así discurría el autor del Diario, y discurría con acierto: que tales eran en realidad los proyectos del Padre y los firmes propósitos de los reyes de Nápoles. Pero á pesar de toda su perspicacia y buen olfato nada pudo rastrear de un acto del Venerable Siervo de Dios realizado pocos días después de la fecha en que escribió lo que acabamos de decir. Antes de partir de Bolonia para Nápoles el P. Pignatelli, renovó en la misma ciudad la profesion y se agregó formalmente á la Compañía de Rusia el día 6 de este mismo mes de Julio de 1797<sup>1</sup>. Este hecho me hace sospechar si se alcanzaría del Padre Santo por este tiempo una autorizacion más terminante y clara respecto de las agregaciones. De otra suerte cómo se explica que tardase tantos años el Siervo de Dios en agregarse, si consideraba como bastantemente explícita la facultad del Papa, y cómo se resolvió ahora á hacerlo, si no estaba seguro de la voluntad de Pío VI en asunto tan delicado<sup>2</sup>.

Que interviniese una declaracion menos ambigua del Papa, me induce á creerlo el cambio de conducta de la corte de España con respecto á los jesuitas, única que podía infundir recelos al Sumo Pontífice. España permitía la vuelta á su patria á un número de jesuitas, incluso el P. José; admitió sin dificultad á algunos que allá volvieron; se interesaba por la tranquilidad de

<sup>1</sup> Los tres catálogos, que aún se conservan, de los agregados á la Compañía de Rusia, convienen en que el P. Pignatelli se agregó el día 6 de Julio de este año de 1797. Respecto del lugar, en que se verificó el acto, discrepan entre sí. Segun dos de ellos, que llevan por título *Rossiae Catalogi*, fue la ciudad de Parma; y á estos siguió el P. Borno, (Lib. III, §. VI). Segun el otro catálogo, no fue Parma, sino Bolonia. Y esto tengo por más probable, fundado en las palabras poco ha transcritas del autor del Diario; quien, en 2 de Julio, decía que dentro de dos ó tres días partiría el P. José de Bolonia para Nápoles. Dificilmente, pues, pudo hallarse el día 6 en Parma, de donde había vuelto hacía poco tiempo.

<sup>2</sup> Desde 1783, en que comenzaron las agregaciones, todos los años se registran algunas en los catálogos arriba dichos, excepto el año 1796, en que no se halla ninguna; y en este de 1797 solamente se registra la del P. Pignatelli.

los mismos en la invasion de las tropas francesas; estaba finalmente en visperas de abrirles á todos las puertas por una real orden que adelante copiaremos.

Pío VI por esta parte no tenía que temer. Que además estuviese bien convencido de que para remediar tantos males como oprimían á Europa era menester restaurar la Compañía, de cuya destruccion se originaba tanto trastorno, consta por un documento que vamos á aducir. Es por tanto creible que el Papa concedería al nuevo Vice-Provincial Panizzoni plena facultad para la agregacion á la Compañía de Rusia, y este sería el negocio que con tanta reserva trataba el P. Pignatelli en sus entrevistas con dicho Padre, y el que ahora le llevaba á Nápoles.

Renovada la profesion, partió para dicha corte. Llegó á tiempo que su hermana la condesa estaba veraneando en la Acerra. Allá fue el P. José, y allí le conoció el siciliano D. Luis Ruíz, que desde su niñez se crió en aquella poblacion. Años adelante, siendo canónigo de la catedral de la Acerra, depuso en los procesos haber conocido al Venerable en el palacio de los condes, á donde por invitacion del conde D. Fernando solía ir á comer los días festivos mientras estudiaba en el seminario de la Acerra. «Un día,» dice D. Luis<sup>1</sup>, «vi allí al Venerable por primera y última vez. Fui á besarle la mano, y me formé de él una idea como de un San Felipe Neri.»

Cuenta además el mismo Sr. Ruíz un caso que ocurrió con un niño, en que pareció el P. José dotado ya del don de profecía. Fue á palacio un jovencito de doce años, hijo de un pobre barbero. Miróle el Padre, le gustó, y le recomendó á su hermana, encargándola que le hiciese estudiar en el seminario, «prediciéndole que sería un buen eclesiástico.» El pobre muchacho padecía del hígado y dolíale el costado. El Siervo de Dios le acariciaba el rostro con la mano para consolarle. «El tal niño,» añade D. Luis, «se restableció, hizo grandes adelantos en los

<sup>1</sup> *Process. Neapol.*, fol. 1068.

estudios, y llegó á ser arcipreste y aun vicario capitular de la catedral de la Acerra.<sup>1</sup>»

Algo de profético parece tambien notarse en otro suceso de que fue testigo el administrador del conde D. Fernando, que lo era el abogado D. Gregorio de Micillis. El general Francisco Pignatelli, esposo de la sobrina del Padre, hija de los condes, fue elegido para el virreinato de Palermo. No quería el general admitir el cargo: aconsejábale el Siervo de Dios que fuese á Sicilia; mas él se cerró, y de ningun modo quiso admitir. Así, pues, «permaneció en Nápoles,» añade el administrador<sup>2</sup>, «con el cargo de ministro plenipotenciario de Fernando IV: y sobreviniendo la revolucion, fuele necesario escaparse, y cayó en desgracia de su soberano.» Hasta aquí el Sr. Micillis, el cual afirma que conocía al Venerable desde el año de 1792, y da á entender que le conoció por este tiempo en Nápoles: de donde se infiere que este viaje de 1797 á Nápoles no fue el segundo, sino el tercero que hizo á aquel reino.

Tambien por este tiempo conoció al Padre María Beatriz Marucelli, natural de la Acerra: tenía á la sazón doce ó trece años de edad; observábale cuando iba á la iglesia y se admiraba de la gran modestia del Padre. Confesóse con él: y depone que el Padre no se extendía en razones, sino que solo hablaba lo preciso. «Dábame,» dice<sup>3</sup>, «santos consejos, y decíame que de ciertas faltas me enmendaría yo al adelantar en años, como en efecto me aconteció. Era muy afable y un modelo de amable santidad.» Añade que le dio el Siervo de Dios una reliquia del *Lignum Crucis*.

Finalmente atestigua haber conocido al Siervo de Dios en su corta estancia en la Acerra Ana María Maruccella, tal vez hermana de la anterior. Recuerda que el P. Pignatelli vestía de abate romano: y depone que concibió grande estima de él, «por-

<sup>1</sup> *Ibid.*

<sup>2</sup> *Process. Neapol.*, fol. 525.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 842.

que le veía,» dice<sup>1</sup>, «modesto, limosnero y lleno de caridad.» Esto es lo que se halla en el proceso de Nápoles respecto á las virtudes y santidad del Venerable Padre José Pignatelli por este tiempo.

Por lo que toca al restablecimiento de la Compañía, pronto se convenció el Siervo de Dios que sería infructuoso y de ningun resultado su viaje. Proponian los ministros napolitanos que los individuos jóvenes de la extinguida religion se reuniesen bajo la obediencia de un Superior y formasen una Provincia sin dependencia alguna de los Superiores que residían en Rusia; con lo cual evitarían los recelos del rey de España, y así podrían remediar las necesidades de Nápoles. Desde luégo tuvo el P. Pignatelli semejante plan por inadmisibile y por destructor del principio más vital de la Compañía, que consiste en la estrecha union de todos sus miembros con la cabeza. Protestó, pues, enérgicamente que aquello era pretender no restablecer sino arruinar la Religion: y con tales argumentos lo demostró, que el rey y sus ministros se convencieron plenamente de lo descabellado de su proyecto, y determinaron desistir de él.

Mientras estaba el P. Pignatelli tratando en Nápoles el asunto del restablecimiento de la Compañía en quel reino, el P. Panizzoni concebía sólidas esperanzas de la pronta restauracion no solamente en Italia, sino tambien en España. Y el motivo que le asistía para esperar tanto bien, fue el que voy á decir.

Al volver desde Roma á España el Illmo. Sr. D. Rafael Múzquiz, arzobispo de Seleucia y confesor de la reina Doña María Luisa, Pío VI le entregó para esta señora una carta, que Múzquiz á su paso por Parma mostró al duque Don Fernando, y este con toda reserva comunicó su contenido al P. Panizzoni: fue escrita en Setiembre de este año de 1797, y estaba contenida en estos breves términos: «Estoy ya convencido de que todo el trastorno acaecido en la Europa proviene de la destruccion de la Compañía. Por tanto, para remediar tantos males, es nece-

<sup>1</sup> *Ibid.*, fol. 1052.



sario restablecerla. V. M. se verá obligada á recibir los jesuitas, á los cuales deseo poder restablecer sin oposicion» etc<sup>1</sup>.

En Nápoles, como hemos dicho, nada se alcanzó ahora. El P. Luengo, enumerando las causas de la esterilidad de los esfuerzos del P. Pignatelli, dice: «Todo lo que se puede hacer para socorro de las presentes necesidades es muy poco, estando ya reducidos los jesuitas de aquellos reinos á un corto número de ancianos; ya porque siempre se aprehenderán inconvenientes por parte de Roma y de Madrid; y ya finalmente porque siempre harán oposicion, del modo que puedan, á todo restablecimiento de los jesuitas los muchos jansenistas y filósofos que hay en aquella corte y ocupan en ella puestos de importancia.»

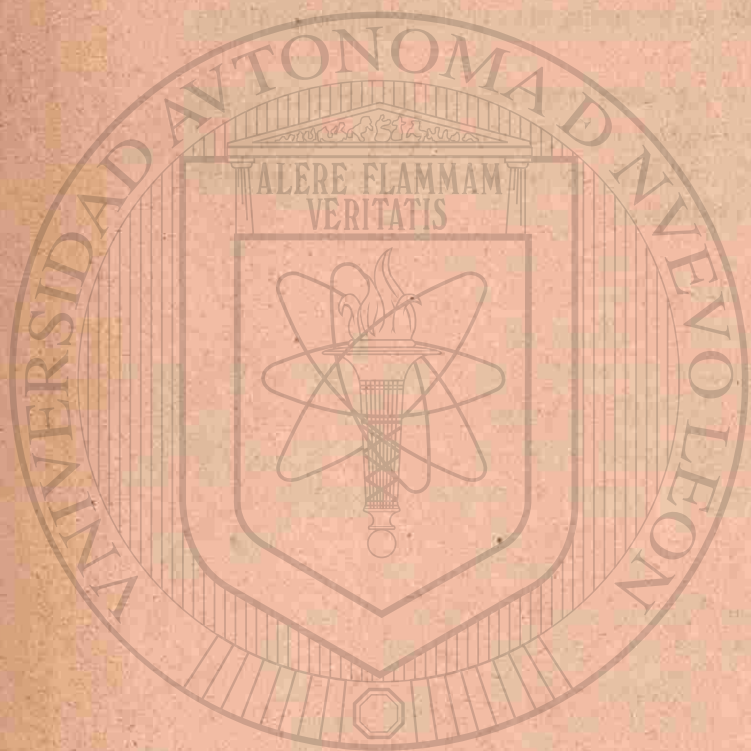
Esta última fue, como dijimos, la principal dificultad de aquel restablecimiento: porque por una parte la falta de sujetos napolitanos hábiles para la enseñanza podía suplirse con otros de las diferentes provincias de Italia y de España, cuyas listas se había procurado en su prevision el P. Pignatelli: por otra parte no podía encontrar reparo en esta obra el Papa, al ver que España abría á los jesuitas las puertas hasta ahora tan obstinadamente cerradas: y esto lo hacía con un documento público, esto es, con una Real Orden, comunicada por el principe de la Paz al Consejo de Castilla, de fecha 29 de Octubre de este año de 1797, en que decía así:

«Excmo. Señor: Las turbulencias de Italia y providencias tomadas por el nuevo Gobierno de Génova contra los ex-jesuitas españoles, han hecho que estos se determinen á venir á España huyendo de las persecuciones y aun de la muerte. Enterado el Rey de esto por varias representaciones de los mismos ex-jesuitas que han llegado á nuestros puertos, y siendo muy propio del corazon de Su Majestad proteger esta parte de sus vasallos, que se ven en el día sin país donde poder subsistir; se ha servido Su Majestad resolver, que luégo que vayan arribando á España, se les destine á los conventos más oportunos, y que allí

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 31, pág. 218.

se les pague la pension hasta que muéran. Lo que de real órden comunico á V. E. para su inteligencia y la del Consejo, y á fin de que este me proponga los conventos de más soledad, donde podrán acomodarse dichos ex-jesuitas en términos que no haya muchos unidos.»

Inútil es decir que no se aprovecharon de tan menguado favor los jesuitas españoles, prefiriendo los peligros de Italia á la reclusion propia, casi diría, de malhechores, en determinados conventos de España.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO XI

Estado de Bolonia al volver de Nápoles el Padre Pignatelli. — Los prelados de Italia y los jesuitas. — La dama boloñesa convertida. — Paccanari y Pignatelli. — Reputacion del Venerable levemente empañada y plenamente defendida. — Su caridad con la condesa de Montauban. — Sale definitivamente de Bolonia. — Entrevista con Pío VI en Florencia. — Alcanza un privilegio para los jesuitas españoles. — Limosna de la Duquesa de Villahermosa á Su Santidad. — La causa de la Compañía. — Marotti y Pignatelli. — El noviciado de Parma.

1798

Al volver el P. Pignatelli de Nápoles á principios de 1798 halló profundamente cambiada la faz de Bolonia y aun de todo el estado pontificio. El anciano Pío VI había sido despojado sacrilegamente de sus dominios temporales por el ejército de la república; y arrojado de su sede el 20 de Febrero, confinósele á la ciudad de Sena, á donde llegó á 25 del mismo mes en compañía del cardenal Lorenzana, enviado de Madrid para consuelo del afligido Pontífice. Hasta el 25 de Mayo de este mismo año Pío VI permaneció en Sena: y habiendo experimentado graves desperfectos á causa de un espantable terremoto el convento en que habitaba, fue trasladado á Florencia después de algunos días.

Tan bárbaro atropello, cometido en la persona veneranda del Jefe Supremo de la Iglesia, no permitia á los jesuitas españo-

les esperar mejor tratamiento de parte de los republicanos, por más seguridades que de ellos hubiesen recibido. Iguales temores habí concebido el gobierno de Madrid: el cual, como viese lo ineficaz de la real orden expedida el año anterior, en que se permitía á todos ellos la vuelta á su patria; publicó otra más benigna, y les concedió que llegados á España los jesuitas, pudiesen cada cuál retirarse al seno de sus familias. Esta mayor latitud y los temores de nuevas vejaciones en Italia determinaron á la mayor parte de los españoles á dejar su destierro y á ir á buscar el reposo y descanso, por que tanto suspiraban, en la patria que les vio nacer.

Antes de salir de Italia, los Padres se procuraron testimoniales de sus respectivos prelados, los cuales se las dieron muy satisfactorias. La de Monseñor Bizzani, obispo que fue de Forli, estaba concebida en los términos siguientes:

«Yo tenía noticia de la vuelta de los ex-jesuitas españoles á su patria, como tambien de la de los portugueses, que vivían aún después de tan largo destierro. El rey católico tendrá motivo de gran consuelo al recobrar y admitir de nuevo en sus dominios á tantos súbditos fieles y benévolos, dignos de toda estimacion por su ejemplar conducta y piedad, por su sólida y profunda doctrina, y por su cultura en las bellas letras; sujetos casi únicamente hábiles para la importantísima obra de la educacion de la juventud en el temor santo de Dios, en la debida sumision á la Iglesia y al estado, y en todo género de ciencias y literatura.»

«No exagero al decir esto, sino que digo la pura verdad, que me consta de varios modos por haber sido obispo de Forli, por el juicio de los demás obispos de la Romanía, de Pésaro, de Fano, de Gubbio, mis contemporáneos, y por la constante fama de tantas personas de bien y honradas con las que he tenido ocasion de tratar, especialmente en Roma, donde se separaba el grano de la cizaña y se cernía á los hombres. ¡Cuántas y qué hermosas y útiles obras de toda especie de literatura y piedad dadas á luz por los españoles no he tenido yo ocasion de leer

y admirar en estos últimos años! ¡Cuántas he leído además, prontas ya para ir á la prensa! ¡Cuántos individuos dignos y respetables en mi larga carrera de 75 años no he tenido proporcion de conocer y tratar á fondo personalmente y por cartas!»

«Diré por último con toda ingenuidad y franqueza, que por cualquier lado que se mire, ha de ser perjudicialísima para Roma y para gran parte de la mísera Italia la marcha de los ex-jesuitas españoles en estos desgraciados tiempos: pero la majestad del rey católico pretende el bien y provecho espiritual y temporal de sus felicísimos estados, y por cierto que no tardará en conseguirlo, poniendo en movimiento y accion á tantos y tan dignos súbditos. Deseo entretanto á todos aquellos, que conserven algun recuerdo de mi inútil persona, un viaje enteramente feliz, etc.— Santo Ángel en Vado, 22 de Junio 1798. — BIZZANI, que fue obispo de Forli<sup>1</sup>.»

Vuelto á Bolonia el P. Pignatelli, apenas halló más jesuitas españoles que unos pocos ancianos achacosos, los cuales no se habían sentido con salud y fuerzas para emprender tan penoso camino. Sensible fuera al Siervo de Dios el sacrificio forzoso hecho por sus enfermos hermanos, á no haber previsto ó con luz superior ó por ciertas conjeturas de orden natural, que la estancia de los jesuitas en España había de ser efímera y de muy poca duracion, y seguida de una nueva orden de extrañamiento, como en efecto se verificó bien pocos años después, ni más ni menos que como á sus compañeros lo había anunciado el P. Pignatelli. De todas maneras su presencia en Bolonia ya no era tan necesaria para el bien de sus hermanos, como hasta ahora lo había sido.

Por otra parte la actual benignidad de la corte de Madrid, el cambio de gobierno establecido en Bolonia, y la destitucion del comisario español Capelleti por Bonaparte, habían desvanecido ya uno por uno los lazos todos que le tenían preso en Bolonia,

<sup>1</sup> En el apéndice núm. 3 se hallarán otros cuatro documentos de otros tantos prelados.

y los obstáculos que hasta entonces le habían impedido realizar su antiguo deseo de trasladarse á Rusia. Además, su agregacion á la Compañía, que realizó el año pasado, le imponía, á su juicio, cierto deber de pasarse á vivir bajo la obediencia de su Superior y en compañía de sus hermanos.

Antes de dejar á Bolonia para ir á realizar su intento, ofreciósele ocasion y oportunidad de dar el último asalto á la dama filósofa, de quien ya hemos hablado; y para reducirla á Dios, precisamente tomó pie de un contratiempo que la sobrevino, ó por mejor decir, que ella misma se acarreó. Durante la ausencia del Padre, la dama recibió un ligero desaire, que ella reputó gravísima injuria. La persona de quien se ofendió, era un caballero muy íntimo de su esposo y que solía frecuentar su casa. Herida ella en lo más vivo de su amor propio, montó en cólera, y meditó la manera más segura de vengarse.

Entre los varios recursos que se le ofrecieron, se atuvo al menos digno de su condicion, que fue denunciar al caballero, su ofensor, como partidario del gobierno pontificio y desafecto al republicano recientemente establecido en Bolonia por la revolucion. Al hacer la denuncia, creyó que le había de ser fácil dar el golpe y esconder la mano, de modo que su émulo ignoraría el delator, sería condenado irremisiblemente al destierro, y ella se libraría así de tan insoportable estorbo. Pero la cosa le salió muy al revés; porque si bien el sujeto fue encarcelado, y aun condenado á trabajos públicos; la sentencia se fijó en los sitios acostumbrados de la ciudad con expresion del nombre de la que le había delatado.

Moríase de vergüenza la dama cuando lo supo; y más cuando divulgada la noticia entre el pueblo, se levantó contra su persona un sordo murmullo, que la obligó á encerrarse en una habitacion, donde estuvo largo tiempo sin atreverse á parecer en público. El P. José, al saber esto, juzgó que aquel era el momento oportuno de dar el último asalto. Va á su casa, manifiéstale su dolor por el infausto acontecimiento, y empieza á describirle poco á poco la infelicísima condicion de su alma y los

castigos temporales y eternos que la amenazaban en esta y en la otra vida, si no daba entrada al saludable arrepentimiento.

Como la tribulacion la había empezado á abrir los ojos, las palabras del Siervo de Dios la penetraron, é infundieron en su alma tan viva luz, que mirándose, se horrorizó de sí misma; y retractando sus errores, y detestando su indigna conducta con amarguísimas lágrimas, se reconcilió con Dios, propuso emprender vida nueva, y se entregó en manos de quien la había iluminado y convertido. Obtuvo que se pusiera en libertad al perseguido por su causa; y este, convencido por la persuasiva del Siervo de Dios, hizo las paces con su ofensora. Cumplido este deber de conciencia y reparado el escándalo, entregóse toda á Dios y á obras de cristiana piedad, en las que, con ejemplo y admiracion de toda Bolonia, vivió cerca de un año, hasta que con muy fundadas señales de salvacion pasó de esta mísera y caduca vida del mundo á la inmortal y dichosa de la gloria.

Terminado el negocio de la dama boloñesa tan á satisfaccion del Padre y de la interesada, ofreciósele al Siervo de Dios otro negocio de muy diversa índole ántes de que se pusiera en camino. Presentósele cierto día un jóven, vestido con la sotana de la Compañía, que le rogó se sirviese oírle, pues tenía que tratar con él un asunto de grande importancia. Sorprendióle al P. Pignatelli el traje de su interlocutor: el cual se dio prisa á quitarle la sorpresa explicándole la autorizacion, por lo menos tácita, que del Sumo Pontífice tenía para vestir la sotana de San Ignacio.

Dijole que venía de Sena, como era la verdad: que allí se había presentado á Pío VI con aquel mismo traje, sin ser por ello reconvenido de Su Santidad; quien por el contrario, le había recibido con amabilidad y deferencia, y había aprobado el proyecto que para bien de la Iglesia y de la Compañía había concebido, estaba realizando, y acababa de someter á la aprobacion del anciano Pontífice.

La facilidad en la expresion, lo vivo de su genio y una seductora elocuencia que arrebatava, llamaron vivamente la aten-

cion del P. Pignatelli, impaciente por saber el nombre, la historia y los proyectos de su huésped. Llamábase este Nicolás Paccanari: había pertenecido al antiguo Oratorio fundado en Roma por el P. Caravita, á donde se había juntado con los demás jóvenes obreros y comerciantes que en él se reunían, saliendo de allí para ir á enseñar el catecismo á los pobres y niños de Roma y de los lugares de la vecindad, como practicaban los Padres en los tiempos anteriores á la extincion de la Compañía.

Al ver la falta que esta hacía en Europa, se propuso Paccanari restablecerla conforme á las constituciones y al espíritu de San Ignacio. Su plan había sido aprobado por Pío VI, quien le acababa de conceder, para durante siete años, algunos privilegios; y le ordenó que tomase bajo su proteccion y cuidado á los alumnos del colegio de la Propaganda, dispersados por los nuevos gobernantes en Roma.

Varios afectos se agitaron en el corazon del P. Pignatelli al oír la relacion de Paccanari, y no dejaría de tener por intempestivo su proyecto en vista de los esfuerzos que en Parma se hacian por personas venidas expresamente de Rusia y por otros antiguos jesuitas, uno de los cuales, y no el menos principal, era él, para el restablecimiento de la religion de San Ignacio. Pero como varon que era prudentísimo y sumamente respetuoso con el Sumo Pontífice, abstúvose de manifestarle lo que sentía de su plan, contentándose con preguntarle acerca del modo cómo él y los suyos entendían y practicaban las constituciones de la Compañía.

El resultado de esta conferencia de Paccanari con el Padre Pignatelli lo refiere el P. Juan Antonio Grassi<sup>1</sup>, á quien se lo contó el mismo Venerable, con estas palabras: «Antes de salir de Bolonia,» dice, «presentósele un día dicho P. Paccanari: quiso el Siervo de Dios enterarse de cómo se observaba entre los suyos el Instituto. Al oír que había introducido en él varias alteraciones, sin titubear un momento declaró á Paccanari que ni él ni

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 945.

los suyos tenían nada de jesuitas, ni lo serían jamás: porque los verdaderos jesuitas,» dijo, «respetan hasta la última jota y tilde del Instituto.»

Gravísimas fueron las palabras del Siervo de Dios y encierran una verdadera prediccion del triste fin que tuvo la obra de Paccanari, y más su padre y autor, segun que adelante se irá diciendo. Llegaba ya la hora de salir de aquella ciudad que le había dado asilo por espacio de casi veinte y cinco años, y que había sido el teatro de su celo por el bien de sus hermanos, á quienes socorrió en sus necesidades, defendió en sus persecuciones, consoló en los casos adversos, en una palabra, á quienes hizo de padre cariñoso y solícito en todas las ocasiones que se ofrecieron.

Singulares ejemplos de toda virtud resplandecieron en el P. José durante su larga permanencia en Bolonia, y el ejercicio de ella, mayormente de su caridad, más de una vez dio pretexto á los que no conocían la alteza de su espíritu, para interpretar en sentido menos favorable la aplicacion de los mismos medios que para hacer bien á otros adoptaba.

Su continuo roce con la nobleza de la ciudad, su porte exterior y el trato de su persona conforme exigían sus relaciones, y las numerosas visitas de los personajes españoles de más representacion que pasaban por Bolonia, eran interpretadas como espíritu mundano menos en armonía con la humildad y recogimiento religioso: y no obstante es cosa cierta que él lo hacía por el único motivo de impedir pecados y de tener autoridad con los poderosos para estorbar que oprimiesen á sus hermanos.

Yo creo fue providencia particular de Dios se mandase de España á raíz de la extincion que el P. Pignatelli pasara á establecerse en Bolonia, en donde residían los tres comisarios regios, y las autoridades eclesiásticas se mostraron, más que en otras partes, desafectas á los jesuitas españoles; precisamente para que donde era mayor la necesidad, fuese también más eficaz el remedio. Tres sujetos capaces de evitar mil atropellos á los pobres desterrados dispuso la Providencia que se juntasen en Bo-

lonia; estos eran, los Padres Francisco Javier Idiáquez, Isidro López y nuestro José Pignatelli. Los dos primeros habían fallecido ya: el P. José, terminada su mision en dicha ciudad, iba á salir de ella para vivir de asiento en Parma. El P. López, que tan familiarmente trató con el Siervo de Dios no solo en Bolonia, sino tambien ántes en Ferrara, llegó á decir que no conocia otro sujeto de talento tan universal, de erudicion tan vasta, de penetracion y vista tan acertada, como el P. José Pignatelli.

Antes de referir la santa vida que entabló el P. Pignatelli en aquel ducado, creo oportuno cerrar la relacion de su residencia en Bolonia disipando una pequeña nube, con que pareció oscurecerse la pureza de su santidad en dicho tiempo. En el proceso formado en Roma<sup>1</sup> dijo el P. Juan Bautista Pianciani: «En el colegio de Viterbo el Padre della Cella<sup>2</sup>, haciendo una vez mencion de una señora, no sé cuál, que vivia en Bolonia, y no recuerdo que me descubriese su nombre, dió á entender, así como de paso, que el P. Pignatelli frecuentaba su casa; y añadió: «la acompañó al teatro.» Esta expresion, proferida así como de paso, no sé cómo se ha de interpretar. Ignoro el grado de certeza que tenga la noticia, ni de dónde la sacó. Fuera de esto no he oído del dicho Padre della Cella otra cosa que pueda oponerse al buen concepto del Siervo de Dios.» Hasta aquí el P. Pianciani: cuya confesion dió motivo á que en el proceso, que se hizo en Bolonia, se inquiriese con gran cuidado y escrupulosidad acerca de este delicadísimo punto.

Y en efecto: la pregunta número 31, que se mandó hacer á los testigos, contenia los capítulos siguientes: «Si sabían, ó habían oído decir, si visitaba personas grandes, ú otras, y cuáles: si visitaba mujeres, y cuáles, y en qué circunstancias; si las visitas eran de día ó de noche, si frecuentes ó raras, si cortas ó largas.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 1057.

<sup>2</sup> Murió este Padre en 1817, diez y nueve años ántes que se comenzase el proceso; pues este se incoó en 17 de Mayo de 1836. Que morase en Bolonia después de la extincion, despréndese de la carta del Padre Pignatelli á Borgo copiada en otro lugar. Véase pág. 178.

Y declare de estas personas los nombres y las costumbres, y los de los compañeros, si algunos había, que fuesen con el Venerable: declare el juicio que la gente formaba de esto, y todas las circunstancias.»

Á esta pregunta responden á una voz todos los interrogados, que el Venerable no frecuentaba otra casa que la de los marqueses Spada: lo cual explica el testigo primero, Francisco Boschi, con estas textuales palabras: «No tengo noticia que el Venerable frecuentase otra casa fuera de la del Marqués Senador Mucio Spada; advirtiendo, como ya hemos dicho, que vino tambien á mi casa cuando se despidió para Florencia: ni sé que visitase á la señora ú otras mujeres, salvo el caso de conveniente cortesía, á la mujer de dicho Senador Marqués Spada, señora piadosísima y religiosa, de la familia senatoria Péppoli. He oído decir que á dicha casa Spada iba todas las tardes; y ordinariamente se iba de allí cuando se preparaban las mesillas del juego de pura y honesta diversion.»

No fue menos satisfactoria la respuesta á la siguiente pregunta concebida en estos términos: «Si saben, ó han oído decir, si alguna vez el Venerable, durante su residencia en Bolonia, asistió á espectáculos públicos; si fue allá con otros compañeros, ó si acompañó á ellos á alguna mujer, y por qué motivo.» Dos de los testigos responden no haber jamás oído tal cosa; los cuatro restantes lo niegan sencillamente.

Tal fue el resultado de la minuciosa averiguacion practicada acerca de tan delicado punto. Y parece haber sido especial providencia de Dios que se inquiriese con tanta diligencia en él, á fin de que resaltara más y más el recato y honestidad del Padre Pignatelli durante el largo periodo de veinte y cinco años, que vivió en Bolonia, abandonado á su libertad, sin compañeros que fuesen testigos de sus actos, sin Superiores que vigilasen sobre su conducta, como hubiera tenido, si hubiese formado parte de una comunidad religiosa.

Y para decir lo que en este particular se me ofrece, creo que el dicho del Padre della Cella no tiene otro fundamento que un

rumor público en Bolonia, y del cual se hizo eco el mismo Padre Manuel Luengo en su Diario<sup>1</sup>. No se refería aquella voz á la persona del P. José Pignatelli, sino al P. José Doz, su amigo desde la niñez, y que después de la extincion de la Compañía se vino á Bolonia á vivir con el P. Pignatelli.

De este P. José Doz se dijo que frecuentaba la casa de cierta señora, aunque de modo que nadie podía sospechar cosa mala de tal comunicacion; y añádase que la habia acompañado una vez al teatro; lo cual ya no se reputaba por cosa digna de un religioso secularizado. No veo más origen que este del hecho que se imputó al P. Pignatelli por álguien, que hubo de confundirle con su intimo amigo el P. Doz<sup>2</sup>.

Uno de los testigos interrogados en Bolonia al formarse el proceso del P. Pignatelli, fue Valerio Boschi: el cual respondiendo á la primera de las dos preguntas que poco antes hemos referido, nos descubre un acto de fina caridad del Siervo de Dios, y nos suministra un dato precioso para determinar el tiempo preciso de su salida de Bolonia y el punto á que desde dicha ciudad se dirigió.

Dice así el citado Boschi<sup>3</sup>: «Una vez le vi [al P. Pignatelli] en mi casa, á donde vino á ver á mi madre; la cual, como le hubiese participado el Padre que iba á salir para Florencia, le suplicó se sirviese visitar á una cierta condesa de Montauban, emigrada francesa, persona muy respetable y en sus costumbres virtuosa y santa, que se habia refugiado en Florencia<sup>4</sup>: y luégo

<sup>1</sup> Tomo 37, pág. 337.

<sup>2</sup> Añade sin embargo el P. LUENGO: «Poco ántes de nuestro viaje á España, observé que [el P. Doz] se habia ya retirado en gran parte de aquellos cortejos mundanos: y al llegar á Roma le vi muy diligente y fervoroso en ejercitar el ministerio de la confesion, y animado de un celo algo bullicioso,..... y moviendo á todos á confesar en los hospitales y cárceles; y él consiguió presto, aunque no era cosa tan fácil, tener confesonario en la iglesia de la casa del Jesús.» (*Ibid*).

<sup>3</sup> Nació en 20 de Diciembre de 1780. Tenia pues en 1798, en que el Venerable salió de Bolonia, diez y ocho años no cumplidos.

<sup>4</sup> Quizás haya de decir Bolonia. En esta ciudad la supone emigrada el P. BOERO.

oí decir á mi madre que dicho Padre fue á la casa de esta Montauban; y habiendo notado su necesidad, pues para poder vivir habia tenido que aplicarse al trabajo y á la educacion de señoritas, dejó ocultamente sobre el telar en que bordaba, ó sobre otro mueble de su habitacion, una cajita de oro: y después se fue. La señora, al ver aquella caja, salió en busca del P. Pignatelli: y sé que este se negó á recibir la cajita.»

De esta relacion se desprendé que el P. Pignatelli salió de Bolonia directamente para Florencia. La ida á esta ciudad, á donde se trasladó desde Sena el Sumo Pontífice Pío VI poco después del terremoto del 25 de Mayo, segun que hemos referido, ¿estuvo relacionada con la persona augusta de Su Santidad? En un documento, que tengo á la vista, hallo una concesion de Pío VI en favor de los jesuitas españoles que se quedaron en Italia, la cual fue otorgada en Florencia, y segun todas las probabilidades debió de ser alcanzada por el P. Pignatelli.

Hemos dicho que acababan de salir para su patria la mayor parte de los jesuitas españoles, no quedando en Italia sino los viejos y achacosos. Con cuánto dolor se arrancaría de estos en Bolonia el P. José, es fácil conjeturarlo. Que trataría de aliviarnos en lo que le fuera posible, no admite duda.

Pues en el documento, que acabo de mencionar, otorga el Papa á todos y á cada uno de ellos autorizacion para erigir oratorio en sus casas, y celebrar en él misa, aun en los dias solemnes, que en anteriores concesiones se habian excluido. Los primeros á quienes se comunicó la noticia de tal privilegio, fueron los jesuitas residentes en Bolonia: á ellos se remitió el original de la concesion, expedida en Florencia el dia 18 de Junio de este año de 1798: en Bolonia la recibieron ántes de los quince dias de su expedicion, puesto que el citado documento lleva al pie la autenticacion del notario público de Bolonia, Juan Bautista Comi, firmada el tres de Julio de este año: y al dia siguiente certifica la calidad de notario del dicho Comi el arzobispo Andrés Gioanetti.

De aquí se puede inferir la época precisa en que salió de

Bolonia el P. Pignatelli. Porque Pío VI hubo de llegar á Florencia á fines de Mayo ó á principios de Junio. El Padre, al despedirse en Bolonia de la señora Boschi, debía saber que el Pontífice estaba ya en Florencia; pues dijo á la señora que partía para aquella ciudad. Salió por consiguiente de Bolonia en la primera quincena de Junio, y probablemente hacia la mitad de ella.

El P. Luengo ya había salido para España cuando el P. Pignatelli volvió de Nápoles á Bolonia, y nada supo de la reunion del Siervo de Dios á sus hermanos de Parma hasta que se lo escribió desde Plasencia su amigo el P. José Chantre. Por esta razon en el Diario, que continuó escribiendo en España, no le fue posible determinar el día preciso de la partida del P. Pignatelli de Bolonia; y en 1814, en el elogio que escribió á la muerte del Siervo de Dios, se contentó con escribir que fue á últimos de 1798 ó á principios de 1799. «Al fin,» dice<sup>1</sup>, del año 1798 ó á principios de 1799 dejando [el P. Pignatelli] para siempre á Bolonia, se fue á establecer en Parma ó Colorno, en donde se juntó con los jesuitas rusos que estaban allí, y se incorporó en la Compañía de Jesús conservada en Rusia; y empezó á ser jesuita, á vestir casi como jesuita, y con tal fervor de espíritu, segun por aquel tiempo me escribió á España desde Plasencia mi amigo el Padre José Chantre, como que quería hacerse un santo.»

Determinado el tiempo en que el Padre dejó á Bolonia, ocurre preguntar si fue algo más que alcanzar el privilegio dicho lo que le movió á dirigirse á Florencia. Creo que ha de dar mucha luz para resolver esta duda histórica el siguiente párrafo que se lee en los «Apuntes para la vida de la Duquesa de Villahermosa D.<sup>a</sup> María Manuela.» Dice así su piadoso hijo: «Llegamos al tiempo en que la persecucion que sufrió la Iglesia en la persona de su cabeza visible el Sumo Pontífice Pío VI, abrió á la señora Duquesa un nuevo campo á su devoción y liberalidad: pues habiendo entendido las miserias y estrecheces que el Sumo

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 45, pág. 1070.

Pontífice pasaba en su viaje, destierro y confinamiento; con un desprendimiento de que hay pocos ejemplares en la historia moderna, hizo pasar á Su Santidad, por medio del Cardenal Arzobispo de Toledo, el Sr. Lorenzana, que estaba al lado del Papa, cuantiosas sumas, siendo una de ellas la de cuarenta ó cincuenta mil duros, con lo que tuvo el Santo Padre con que sostenerse á sí y á los pocos que le seguían, segun lo expresó, aunque sin denotar la persona, su sucesor el Santísimo Padre Pío VII en su carta Encíclica á los Obispos católicos<sup>1</sup>, teniendo su Exce-lencia el gran gusto de haber sabido que hasta los últimos momentos del Santo Padre sirvió su dinero para alimentarle y sostenerle.» Hasta aquí el autor de los Apuntes.

La caritativa señora tomó todas las precauciones imaginables para que su liberalidad no trascendiese al público; pues deseaba que solo Dios fuese testigo de su buena obra. Así, pues, como no sería temerario sospechar que al practicarla se moviese por inspiracion de su amado tío el P. José; así tambien es muy creíble que la sobrina se valiese de él para trasladar á las manos del empobrecido Pontífice las cuantiosas sumas, ó al menos la primera de ellas, que le enviaba. Lo cual explica perfectamente, á mi modo de ver, no solo el objeto del viaje á Florencia, sino tambien aquel aire de misterio de que estuvo rodeado, que lo hizo impenetrable á la perspicacia de sus compañeros y de su historiador.

Muéveme además á creer esto, otro hecho de que tampoco se da suficiente explicacion en las biografias del Padre. Desde 1794 estuvieron los Padres en Parma con autorizacion de Pío VI, como hemos visto. Entre las instrucciones dadas por el P. Vicario al P. Messarati al enviarle á Italia, una era que procurase abrir noviciado y admitir novicios. Esta instruccion no tuvo cumplimiento durante los tres años que en Parma vivió el P. Messarati; y esto á causa de la condicion impuesta por Pío VI

<sup>1</sup> Dice así: *Quum nisi alicuius fuisset ei pietas et liberalitas opitulata, non habuisset quo se et paucos, qui se assectarentur, aleret.*



de que los novicios pasaran á Rusia á hacer allí sus votos. Un año después de esta entrevista del P. Pignatelli con Pío VI en Florencia, abrióse noviciado en Parma, y se recibieron novicios. ¿Influyó esta entrevista en la apertura del noviciado? ¿Qué facultades alcanzó de Su Santidad el Siervo de Dios?

Que con el Papa trató de la Compañía y de su restablecimiento, se infiere con claridad de lo que escribe el P. Monzon, y es como sigue: «Sábese además que con esta ocasion ordenó el Padre Santo á Monseñor Marotti<sup>1</sup>, su secretario de las cartas latinas, que extendiese la minuta de la Bula para el restablecimiento de la universal Compañía; y añadió: «Nós mismo la publicaremos, si Dios Nos pone en condiciones de poderlo hacer; ó si no, la recomendaremos á Nuestro sucesor.» De que tal orden diera el Pontífice, tenemos por autor al mismo Monseñor Marotti, del cual confesó con toda sinceridad haberlo oído un sacerdote, entre otros, digno de toda fe, y este nos lo contó á mí y á otros muchos.» Hasta aquí el P. Monzon<sup>2</sup>.

Todo esto induce á creer que el P. Pignatelli debió de conseguir alguna gracia particular relativa á la apertura del noviciado. De cierta autorizacion da testimonio el P. Jenaro Cutinelli, admitido en la Compañía en Nápoles por el P. José. «La legitima existencia,» dice<sup>3</sup>, «del noviciado en Colorno se desprende de la autorizacion habida de viva voz del Santísimo Padre Pío VI.» Que dicha facultad la obtuviera cuando el año siguiente estuvo Pío VI en Parma, segun insinúa el P. Boero, lo hace inverosímil la grave dolencia que allí padeció Su Santidad, y la conducta del duque con él; conducta que le mereció una seria desaprobacion del P. Pignatelli, como luego se dirá.

Otro argumento de haber obtenido el P. José la autorizacion, puede sacarse de lo que dejó escrito el P. Luis Mozzi, y es como sigue: «Habiendo el P. Provincial [Pignatelli] determinado pasar

<sup>1</sup> Este Monseñor era Padre de la Compañía cuando se la extinguió.

<sup>2</sup> *Vida*, Lib. I, Cap. XII.

<sup>3</sup> *Process. Neapol.*, fol. 715.

á Rusia, salió de Nápoles para este efecto, y se llegó á Florencia, en cuya Cartuja estaba custodiado por los franceses Pío VI: puesto á sus pies, le manifestó su designio, y le dijo que ántes de realizarlo, deseaba saber qué pensaba acerca de ello Su Santidad y si miraba á aquellos jesuitas como jesuitas verdaderos. Respondióle el Papa que se uniese á ellos, que él los reconocía por verdaderos y legitimos jesuitas: aprobó el pensamiento del P. Pignatelli de unirse á ellos y le dio su bendicion. Y el Padre Provincial,» termina el P. Mozzi, «me dijo que estaba pronto á confirmar con juramento la verdad de todo lo dicho. Otro tanto afirmo y juro = Luis Mozzi, S. J. = Roma, 26 de Febrero de 1808<sup>1</sup>.»

Á pesar de tantas seguridades, el Siervo de Dios no fue á Rusia, sino que pasó á establecerse en Parma, donde vamos á verle ejercitar los ministerios y en seguida abrir una casa en Colorno para recibir novicios, cuyo maestro fue el P. Pignatelli. Lo cual induce á creer que sería voluntad del Papa que se admitiesen novicios, ó cuando menos que autorizaba la fundacion de un noviciado en Parma.

¿Alcanzó del Sumo Pontífice algo más que la simple autorizacion de instalar un noviciado? ¿Logró que revocara Pío VI la condicion expresa de que los novicios no pronunciasen los votos del bienio en Parma, sino que para ello pasasen á Rusia? Punto histórico es este, que conviene aclarar. Es cierto que en los libros, en que esto debiera constar, no existe documento alguno escrito, en que la tal facultad se consigne<sup>2</sup>.

Además consta por documentos originales, que en su propio lugar copiaremos, que cuatro novicios, y solos cuatro, tres de ellos sacerdotes y uno escolar, pasaron de Parma á Rusia ántes de terminar el noviciado. Finalmente consta por escritos particulares y por otros de carácter oficial, que á fines de 1801, el

<sup>1</sup> Copia del original, comunicada por el P. Van Meurs en carta de 1.º de Octubre de 1893.

<sup>2</sup> P. VAN MEURS, carta de 18 de Marzo de 1893.

P. Pignatelli, con ocasion de haber dos novicios terminado la segunda probacion, quiso obtener de Pío VII su consentimiento para que hicieran los votos en Parma; y el Sumo Pontífice, en vista de la agitacion que produjo en España el Breve expedido á favor de los jesuitas de Rusia, tuvo por más conveniente negar aquella peticion.

De todo lo cual puede inferirse que en Parma no pronunciaron los novicios, que allí permanecieron, los votos religiosos; que en Colorno á lo más harian votos de devocion; y solamente al trasladarse á Nápoles á fines de 1804 harian allí los votos del bienio, que los constituían verdaderos religiosos. Todo esto constará más claro por lo que se dirá en el libro siguiente.

## APÉNDICE AL LIBRO TERCERO

### I

#### CARTA DEL CONDE DE ARANDA Á MONSIEUR L'ABBÉ ISIDORE

Paris 3 de Julio de 1775. — Mui Sr. mio: He recibido la de Vmd. de 1.º de Junio, que sin duda me han dirigido desde Leon los portadores respecto á que mudarían de idea sobre venir á Paris. Sin ser Propheta, y años antes al crítico<sup>1</sup> llamaba yo á Vmd. l'abbé Isidore. Quien hubiera dicho, que no solo se verificaría, sino que yo avia de ser el que hiziese la fiesta<sup>2</sup>. Nuestro proverbio español dice que en dando en que el perro ha de rrabiar, rrabia. Todo el mundo dió en que el cuerpo Tiratino<sup>3</sup> no convenia. Yo assí lo creo, y cada dia mas vivo persuadido de ello; como que tambien fuera mui util á la cristiandad y al bien de los estados políticos el hacer otro tanto e igual supresion de muchos otros cuerpos de uno, y de dos colores<sup>4</sup>. El de Granaderos ya cayó, mas facil seria pegar con los demas, y no faltarian justisimas razones para ello. Entiendo que llegará su dia, bien que no en los nuestros; y Vmd., apuesto que concibe lo mismo: consuelese con aver abierto el camino y servir de exemplar.

Considero, que un socorrillo podrá aliviar á un abate, y no se opone á que como proximo se le facilite, maormente quando ya no es ex

<sup>1</sup> Al del extrañamiento de España.

<sup>2</sup> La expulsion.

<sup>3</sup> Por «Teatino.» Así apodaban á los jesuitas.

<sup>4</sup> Refiérese á los dos colores (blanco y negro) de los religiosos de Sto. Domingo.

P. Pignatelli, con ocasion de haber dos novicios terminado la segunda probacion, quiso obtener de Pío VII su consentimiento para que hicieran los votos en Parma; y el Sumo Pontífice, en vista de la agitacion que produjo en España el Breve expedido á favor de los jesuitas de Rusia, tuvo por más conveniente negar aquella peticion.

De todo lo cual puede inferirse que en Parma no pronunciaron los novicios, que allí permanecieron, los votos religiosos; que en Colorno á lo más harian votos de devocion; y solamente al trasladarse á Nápoles á fines de 1804 harian allí los votos del bienio, que los constituían verdaderos religiosos. Todo esto constará más claro por lo que se dirá en el libro siguiente.

## APÉNDICE AL LIBRO TERCERO

### I

#### CARTA DEL CONDE DE ARANDA Á MONSIEUR L'ABBÉ ISIDORE

Paris 3 de Julio de 1775. — Mui Sr. mio: He recibido la de Vmd. de 1.º de Junio, que sin duda me han dirigido desde Leon los portadores respecto á que mudarian de idea sobre venir á Paris. Sin ser Propheta, y años antes al crítico<sup>1</sup> llamaba yo á Vmd. l'abbé Isidore. Quien hubiera dicho, que no solo se verificaría, sino que yo avia de ser el que hiziese la fiesta<sup>2</sup>. Nuestro proverbio español dice que en dando en que el perro ha de rrabiar, rrabia. Todo el mundo dió en que el cuerpo Tiratino<sup>3</sup> no convenia. Yo assí lo creo, y cada dia mas vivo persuadido de ello; como que tambien fuera mui util á la cristiandad y al bien de los estados políticos el hacer otro tanto e igual supresion de muchos otros cuerpos de uno, y de dos colores<sup>4</sup>. El de Granaderos ya cayó, mas facil seria pegar con los demas, y no faltarian justisimas razones para ello. Entiendo que llegará su dia, bien que no en los nuestros; y Vmd., apuesto que concibe lo mismo: consuelese con aver abierto el camino y servir de exemplar.

Considero, que un socorrillo podrá aliviar á un abate, y no se opone á que como proximo se le facilite, maiormente quando ya no es ex

<sup>1</sup> Al del extrañamiento de España.

<sup>2</sup> La expulsion.

<sup>3</sup> Por «Teatino.» Así apodaban á los jesuitas.

<sup>4</sup> Refiérese á los dos colores (blanco y negro) de los religiosos de Sto. Domingo.

illis. Por esso recibirá Vmd. quando esta 400 [libras] de esta moneda á fin de que se arrobe, y empeluque; y no me retraigo, de aliviarlo en sus trabajos, como experimentará Vmd. siempre que tenga la confianza de avisarmelos. He cuidado del quondan frai Joseph<sup>1</sup>, y lo continuaré hasta el fin de sus dias con el maior gusto. Un difunto<sup>2</sup> me le avia hecho pasar alguna estrechez, pero se remedió, y no volvera á sucederle.

Si el Santísimo Padre acabasse de desengañar el mundo de que los muertos no pueden resucitar<sup>3</sup>, creo que les haria un gran bien: y sin este medio no puede prometerse, que sus huessos se trasladen á ser enterrados en su tiempo bajo el sol que nacieron. Lo demas sera un fanatismo que revolverá los Principes hijos de la iglesia; se tendran firmes sobre lo hecho, y la corte romana no está ya en tiempos que se ande á burlas. Mejor seria, que piense en los repetidos viages que hace á Italia la familia apostólica, y que un dia u otro puede volver á Obispo de Roma, y a la vista del Soberano á quien irá a hacer su corte como qualquiera hijo de vecino, pues le avrá pedido su confirmacion, quando lo huviesen elegido; volviendo á las modas antiguas, que como mas inmediatas á San Pedro, tienen grande recomendacion.

Vmd. tranquilice su ánimo, conformese con la voluntad de Dios, y crea que le estima, y desea servirle. = ARANDA. = *Monsieur l'abbé Isidore.*

En el catálogo del archivo, en donde se conserva el original de esta carta, se la supone dirigida al P. Isidro López; y el P. Luis Coloma en sus *Retratos de antaño* (cap. XVI) se conforma con lo escrito en aquel catálogo. Yo juzgo que la carta fue escrita no al P. Isidro López, sino al P. Isidoro Cervantes. Á esto me persuade el contenido de la carta: y entre otras cosas lo inverosímil de que Aranda desde París dé conocimiento al P. López, residente en Bolonia, de lo que en esta ciudad era tan público, como fue lo ocurrido con los hermanos Pignatelli.

Menos verosímil es que juzgase Aranda ser el P. López de su mismo sentir acerca de la utilidad de acabar con las otras órdenes religiosas;

<sup>1</sup> El P. José Pignatelli, segun el P. Coloma.

<sup>2</sup> El P. Nicolás Pignatelli. Llamábale «difunto,» porque era uno de los extinguidos. Así el P. Coloma.

<sup>3</sup> La Compañía no puede ser restablecida.

pues carecía de todo fundamento para ello, y le sobraban razones para creer todo lo contrario.

Finalmente aquello de no ser ya *ex illis*, no podía con rigor decirse del P. López, como ni de ninguno de los jesuitas, que hasta que fueron extinguidos permanecieron fieles á su vocacion; y cuadraba muy bien á los que vencidos de las penalidades del destierro, abandonaron la Compañía, como hizo el P. Cervantes á su llegada á Bolonia. Esta defeccion pudo dar motivo á Aranda para creerle partidario de la extincion de las órdenes religiosas; y su ausencia de Bolonia hace más creíble que el conde le comunicase desde París lo sucedido con el *quondam* fray José.

## II

## INSTRUCCIONES DADAS POR EL P. VICARIO

## Á LOS PADRES ENVIADOS Á PARMIA

1. Quoniam omnipotenti Domino ac Patri misericordiarum placuit Serenissimum Ducem Parmæ ad id cœlesti suo admonitu incitare, ut primus de restituenda in suis ditionibus Societate maximam sollicitudinem atque curam susciperet, eoque fine ex reliquiis eiusdem Societatis mirabili divina opera, sub tutela Augustissimæ Imperatricis Rossiarum servatis, aliquot Socios ab Illa petierit, et obtinuerit; proinde R. V. sui que itineris Socii cum ad locum destinatum pervenerint, curabunt quamprimum, Serenissimo Duci, cuius tanta in nos est clementia, debitum honoris atque gratiarum actionis deferre homagium, redditisque meis litteris explorare eius mentem de legitime exequendis iis rebus, ad quas perficiendas sunt evocati.

2. Adeundus est etiam ante omnia loci Ordinarius, cum deferendi honoris atque debite submissionis gratia, tum ut ab eo expetant Pastoralem benedictionem, atque, ubi opus fuerit, in exequendis muniis præsentem opem ac benevolum patrocinium.

3. Iam cum nihil obstiterit, instituat Vice-Provincia Parmensis, omnia iuxta Institutum Societatis quam religiosissime observando. Præcipue ad præsentem casum sequentia:

4. Ab omnibus iis, qui se denuo ad cœtum Societatis nostræ obtulerint, antequam habitum nostrum assumant, accipiendum est testimonium propria cuiusque manu subscriptum, quo se vere superioribus subdere, ac in omnibus rebus Constitutiones Societatis Jesu integre conservandas profiteantur.

5. Professi omnes, quorum bonum nomen hucusque permanerit, habilesque sint ad agenda in Societate munia, quando commodum nacti tempus, quoniam simul omnes non possunt, Exercitia octo dierum absolverint; tum demum privatim confirmabunt suam Professionem olim factam iuxta formulam sibi propositam, quam a se exaratam, manuque propria subscriptam, Superiori reddent.

6. Non Professi vero cum bona morum suorum commendatione venientes, solis votis simplicibus antea in Societate ligati, ab iisque per Breve facti liberi, explebunt annum Probationis, quo finito, si habiles ad Societatem iudicabuntur, vota simplicia emittant. Ad hæc: habita ratione virtutum, doctrinæ et meritorum, qui ex his ad Professionem quatuor votorum proponendi videbuntur idonei, possunt ab integro tertiæ probationis anno dispensari, Exercitia tamen quatuor hebdomadarum indispensabiliter absolvent.

7. Coadiutores existente Societate formati, qui cum bono suo nomine expetent admissionem, facta unius anni probatione, Coadiutorum gradum solito more faciant.

8. Qui vero Coadiutores olim in Societate, facti sunt extra Societatem Sacerdotes, præmissa simili unius anni probatione, ad gradum Coadiutorum spiritualium admittentur.

9. Curandum in primis quam maximopere, ut favore Serenissimi Ducis, cum auctoritate simul Ecclesiastica, quam primum aperiatur Novitiatus, fiatque Candidatorum diligens et cautus delectus.

10. Si a quibusdam Principibus, vel aliis Potestatibus expetentur Socii ad formandam in eorum ditionibus Societatem, poterit satisfieri eorum desideriis eodem modo, quo iuxta leges Instituti nostri et ad rationem huius præscripti, factum fuerit in Ducatu Parmensi: at me facto certiore prius.

11. Si alicubi penes domicilia nostra de novo aperiendæ forent scholæ, ad id etiam R. V. tribuo facultatem, ac maiorem in modum commendatum cupio, ut in erudienda iuventute litteris et christianis moribus ea omnia accurate observentur, quæ hac super re habentur præscripta in Instituto. Maxime vero curandum, ut libri Novatorum de aliquo errore suspecti nulla ratione discentibus permittantur.

12. Quod vero concernit ipsam Rm. Vm., sciat sibi factam esse potestatem a me pro hac vice et in præsentibus casibus, etiam quoad constituendos locorum Superiores, cum hic et nunc difficilis sit recur-

sus, ut designentur Superiores iuxta præscriptum Instituti. Immo addo: ut casu extremæ necessitatis, quam avertat Deus, possit in sui locum designare alium cum plenitudine potestatis sibi concessæ.

13. Ad ultimum: cum divina ope omnia perfecta fuerint iuxta Constitutiones et morem Societatis, de omnibus ad me referet, ac in posterum, temporibus in Instituto designatis, quæ perscribenda sunt, mihi perscribi curabit.

Datum 20 decembris an. 1793<sup>1</sup>.

GABRIEL LENKIEWICZ  
Vicarius Gen. Soc. J.

III

TESTIMONIALES DADAS Á LOS PADRES ESPAÑOLES  
POR LOS RESPECTIVOS DIOCESANOS

I

ANTONIUS GABRIEL, *ex comitibus Severoli,*

*Dei et S. Apostolicæ Sedis gratia Episcopus Fanensis.*

Cum per Hispaniarum regem Carolum, hoc nomine IV, quem Deus sospitet, post diuturnum exilium, in suam cuique patriam redire tandem liceat omnibus et singulis, quos ex-iesuitas dicunt, Hispanis; eis abeuntibus liceat et Nobis vehementem animi, quo indidem cruciamur, dolorem patefacere. Eum iustissimum esse is unus neget, qui nesciat, quanto studio pro communi dioceseos huius, qua temporali, qua spiritali bono, huiusmodi homines, quamdiu apud nos commo-

<sup>1</sup> Ex Regest. Epistolar. Præposit. Gen. in Russia.

rati sunt, adlaboraverint, sumptibus aut laboribus parcentes nullis, ut vel egenis subveniendo, vel verbum Dei annuntiando, vel confessiones excipiendo, vel iuvenes sana doctrina et bonis moribus informando, et Nobis semper obediendo, de Nobis, deque universo grege, in quo Nos posuit Spiritus Sanctus regere Ecclesiam Dei, optime sese meritos constanter exhibuerunt. Nimirum vestes exuentes, mores Instituto Societatis Jesu conformes retinuerunt. Fieri ergo omnino non potest, ut grex nostræ curæ commissus de iactura, quæ ex eorum discessu in cœtum quemque redundat, vehementer doleat, seseque æternam beneficiorum, quæ ab eis accepimus, memoriam conservaturum profiteatur. Faxit Deus, ut uberes, quos ex eorum apostolica industria percipere incepimus fructus, tamdiu durent, quamdiu alios his hominibus pares, suæ Nobis Deus gloriæ et animarum salutis administros, quod enixe peroptamus, provideat. Interea illi a Nobis discedunt, magnum tamen sui nobis desiderium relinquunt.

Datum Fani, postrid. kal. iunii, 1797.

† Loco Sigilli

A. G., Episc. Fanensis.

Vincentius Francolini, Cancellar.

ALEXANDER, Tituli S. Mariæ in Araceli,

S. R. E. Presbyter Card. Matthæius, Archiepiscopus Ferrariensis.

Cum complures Hispani sacerdotes, Societati Jesu olim adscripti, ex diœcesi Ferrariensi, piissimo Catholico Rege probante, in patriam proficiscantur, postremam hanc illis benevolentiae nostræ significationem præbere voluimus, testantes eos, quamvis diu in diœcesi nostra magno numero commorati sint, ita se constanter gessisse, ut eorum vita ac mores bonis omnibus, Nobisque maxime probarentur, religionem, pietatem, atque honestas disciplinas usque fovisse, illosque, quorum opera in procuranda animarum salute usi sumus, fideliter atque utiliter in id muneris adlaborasse. Quare sicut eorum præsentia

in acerbissimis malis animus noster recreabatur, ita nunc ob ipsorum iacturam non parvo dolore torquetur. Proinde illos Reverendissimis Episcopis, in quorum diœceses pervenerint, maiorem in modum sinceris sensibus commendamus.

Datum ex monasterio Badiæ Vangatitiæ, die 14 iunii 1798.

† Loco Sigilli

A. Card. MATTHEIUS, Archiep. Ferrarien.

Petrus Coluzzi, Secretarius

3

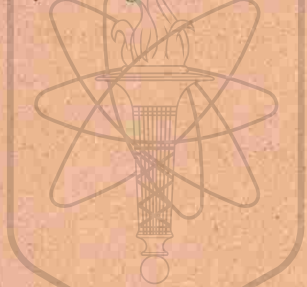
VINCENTIUS FERRERI, Dei gratia Episcopus Ariminen.

Postulat a Nobis pastoralis muneris cura, ut christianarum virtutum specimina ob omnium oculos proponentes, debitis laudibus et honore eos prosequamur, qui eiusmodi vivendi rationem perpetuo insectati sunt, qua et ipsis gloria reddatur, et ceteris in exemplum sint atque incitamentum. Quapropter universis et singulis præsentibus nostras litteras visuris et inspecturis notum facimus atque testamur, tam RR. DD. Sacerdotes, quam laicos seu coadiutores, hispanos, qui olim suppressæ Societati Jesu nomen dedere, quotquot in hac Nostra diœcesi, integro annorum pene triginta supra unum spatio moram traxere et nunc degunt, toto eo tempore irreprehensam vivendi normam sequutos fuisse; nulla ad Nos, neque prædecessores Nostros, quod sciamus, adversus eos querela perlata, nullo ad publicam offensionem invento scandalo, nihil ab iis non recte dictum factumque fuisse; quin etiam plures privata litterarum scientiarumque schola civium instructioni, omnes vero ad catholicæ religionis incrementum totis viribus incubuisse, erectis pietatis institutionibus, altaribus, exercitiis ad cultum SS. Cordis Jesu, B. Virginis Mariæ, Sanctorumque: erogata etiam ad commune bonum in egenorum plurimumque familiarum levamen ingenti pecunia: nec minus se Deo et religioni, quam sæculi sublimioribus potestatibus, obsequentes præstitisse, et in præsentiarum se præstare: eximiam erga Catholicum Hispaniæ regem et Summum Pontificem fidelitatem et obedientiam præferentes, ita ut per hanc

temporis calamitatem nemo unus ex eis fuerit, qui non egregie hominis catholici, sacerdotis Christi, et innoxii subditi personam gesserit, geratque, et debitum officium adamussim adimpleat. Quibus de causis commune civium votum sensumque exprimentes, vicem Nostram, oviumque Nobis commissarum, magnopere dolemus, quum horum virorum impendentem ad patriam reditum animo revolventes, tot bonorum iacturam perpendimus et illacrimamur. Quo autem Nostra de his sententia ubique pateat, ipsisque in testimonium sit, hanc scripsimus, et sigillo Nostro, quo modo utimur, munivimus.

Datum Arimini ex palatio nostro Episcopali hac die 21 mensis augusti 1798.

† Loco Sigilli



VINCENTIUS, Episc. Ariminen.

*Franc. Ceccarelli, Cancellar.*

GREGORIUS, Ordinis S. Benedicti, Congregationis Casinensis,

*Tituli S. Calixti, S. R. E. Presbyter Cardinalis Claramontius,*

*Episcopus Imolensis<sup>1</sup>.*

Ex magno virorum extinctæ Societatis Jesu nationis Hispanicæ numero, qui in hac civitate ad multos annos morati sunt, plerosque omnes integritate vitæ excelluisse profiteamur libentissime. Nec vero sibi solis vixerunt, sed aliis magis quam sibi. Nam multi, quos charitas Christi urgebat, sua bona in pauperes largiter distribuebant, familiasque sustentabant; alii, quorum non erat dives suppellex, confessionibus excipiendis, etiam Monialium, Nobis non solum permittentibus, sed imo etiam petentibus, operam dabant. Carceri addictis, aut infirmis in nosocomiis opem spiritualem ferebant, non neglecto temporali auxilio, quod a ditioribus impetrabant, atque eisdem fide-

<sup>1</sup> El siguiente año de 1800 fue elegido Soberano Pontífice. Tomó el nombre de Pío VII, y fue el restaurador de la Compañía.

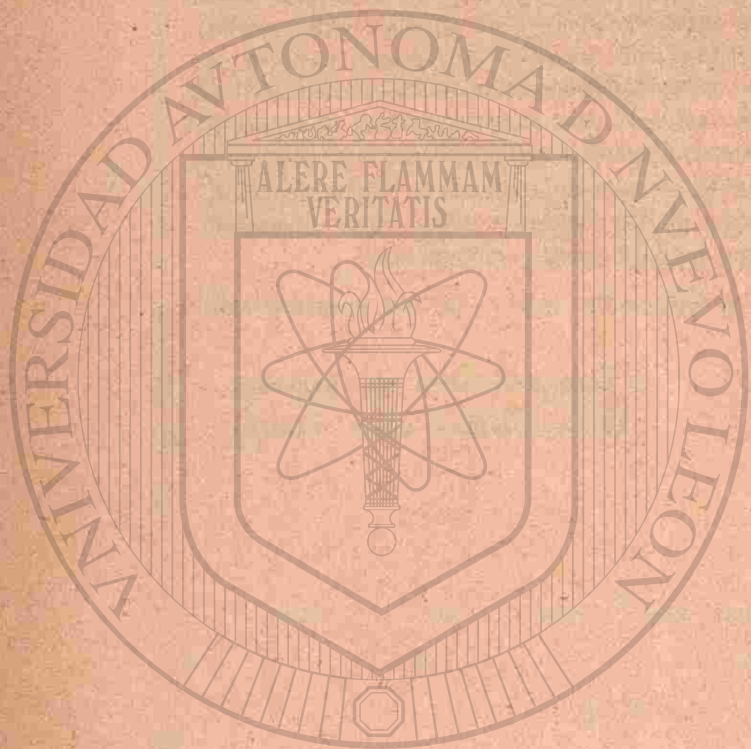
liter erogabant. Reliqui vero, prælucente virtute, cunctos verbo et exemplo suo ad christianos mores vel emendandos vel perficiendos excitabant. Ex iis vero adm. Rev. D. Bernardus Allende, Americanus, talem morum vitæque totius integritatem præsetulit, ut plures eius vestigiis inhærentes, salutis tramitem, sæculi pompis abiectis, inoffenso pede sequuti fuerint; omnes vero eius prudentiam, pietatem admirarentur, et uno ore confiterentur. Hæc cum vere dicimus, non possumus non dolere maxime, quod ab hac civitate et consuetudine nostra in patriam rediturus discedat; at animus erga eum vere gratus nos impellit, ut sponte hoc publicum feramus de illo testimonium, quod cedat in laudem et gloriam omnipotentis Dei, a quo bona omnia procedunt, et sine quo nihil est bonum, nihil sanctum.

Datum Imolæ, ex Episc. nostro palatio, hac die 30 mensis aprilis 1799.

† Loco Sigilli

GREGORIUS, Card. Episc. Imolensis

*Thomas Sebastianus Galeati, Cancellar.*



## LIBRO CUARTO

Desde la apertura del noviciado en Parma con autorización de Pío VI hasta el restablecimiento de la Compañía en el reino de las Dos Sicilias por Pío VII.

1798 — 1804

La historia del V. P. José Pignatelli en el periodo que acabamos de exponer en los dos libros precedentes, es la de toda la Compañía y de cada uno de sus individuos en particular; y se reduce á referir las gravísimas persecuciones que sufrió de parte de los enemigos de la Iglesia y de la sociedad, y las alternativas de esperanzas de pronto restablecimiento y de amarguísimos desengaños.

De aquí que la gigantesca figura de nuestro Venerable, apenas se destaca de la de sus heroicos compañeros, por cuya muchedumbre y por la variedad é importancia misma de los acontecimientos que se refieren, se ve en cierto modo ahogada y confundida. Hase visto, no obstante, al P. Pignatelli no solamente descollar por sus dotes singulares entre los que le rodeaban, sino también cumplir su providencial misión de ser amparo y defensa de sus hermanos en las continuas vejaciones con que fueron afligidos.

De aquí en adelante la historia de la Compañía hasta poco antes de su total restablecimiento, está, por decirlo así, como sintetizada en la persona del V. P. Pignatelli. Cuando el volcan



revolucionario en su primera erupcion hace temblar á Europa, derriba tronos seculares, conmueve los cimientos mismos de la sociedad, despierta con sus sordos mugidos á los que dormían, y con su luz fatídica muestra á sus ojos la falsa paz que se habían prometido de la abolicion de la Compañía; allá en el retiro de un pequeño estado de Italia el P. Pignatelli, oculto á las miradas del escudriñador más sagaz, reúne y labra las primeras piedras del nuevo edificio que se propone construir, y echa los sólidos fundamentos sobre que debe estribar.

Allí, con un celo comparable al de los primeros fundadores de la Compañía, transmite á una generacion nueva, y hace revivir en los restos de la antigua, el genuino espíritu que de su santo Padre heredó, y que había conservado puro y vigoroso durante los veinte y cinco años de forzosa secularizacion.

De él se puede asegurar, que al aparecer en Parma, se alegró como gigante para correr su carrera; pues segun el testimonio de un testigo ocular, el P. José Chantre, presentóse allí el P. Pignatelli «con tal fervor de espíritu,..... como que quería hacerse un santo:» argumento irrefragable de que jamás, aun en el tiempo en que tuvo que vivir secularizado, aflojó un punto en el cuidado de crecer en espíritu, llegando hasta hacerse «muy semejante á su santo Padre, el fundador de la Compañía.»

## CAPÍTULO I

El P. Pignatelli en el convictorio de San Roque. — Ocupase en los ministerios con los prójimos. — Ejemplos de virtud y celo que da. — Sus conocimientos literarios y científicos. — Afabilidad y mansedumbre con los demás. — Pío VI en Parma. — Santa entereza del P. José con el duque D. Fernando. — Paccanari en Parma. — Pide su agregacion y de los suyos á la Compañía. — Se le niega. — Paccanari y los Padres de la Fe. — Dificultades que se oponen al establecimiento del noviciado. — Muerte de Pío VI. — La mision de Colorno. — El P. Pignatelli designado maestro de novicios. — Su entrada en Colorno. — Su celo con los pobres, enfermos y encarcelados. — Trata de fundar un hospital.

1798 — 1799

En tres ciudades del ducado tenían casa ó colegio los jesuitas, cuando el P. Pignatelli, después de su viaje á Florencia, pasó á juntarse con sus hermanos para fijar definitivamente su residencia en Parma. La casa única de ministerios que existía en esta ciudad, era el convictorio de San Roque, y á él fue destinado el Siervo de Dios. «Las ocupaciones de los Padres de San Roque, en donde residía el P. Pignatelli, eran,» como atestigua Fernando Robuschi<sup>1</sup>, «asistir al confesonario, enseñar el catecismo, hacer los domingos pláticas á la juventud, y promover el

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 140.

bien con las congregaciones.» Y del P. Pignatelli asegura el mismo<sup>1</sup>, que «se ocupaba en particular en oír confesiones» en la iglesia del convictorio.

Desde el primer día que entró en San Roque, «apareció revestido de un nuevo espíritu, ó por decirlo mejor, animado del espíritu de su vocacion, que siempre había conservado vivo en su pecho<sup>2</sup>.» Acerca de esto mucho habría que decir, si al principio se hubiese puesto en sus actos la advertencia que se puso más tarde. Conservase con todo una carta de un testigo de vista, que en pocas palabras da una idea bastante cabal de la santa vida del Siervo de Dios en aquellos principios. Escribióla un noble eclesiástico, el marqués D. Mateo Ordoño de Rosales, al Padre Mozzi, desde Milan, el día 2 de Agosto de 1812.

Dice así<sup>3</sup>: «Muchos meses he vivido en Parma en el colegio de San Roque, donde residia el P. Pignatelli. No recordaré los actos de aquella religiosa piedad, que eran comunes á todos los que se gloriaban de seguir su primer instituto, ora en el predicar y en el asistir á las congregaciones, ora en el visitar los hospitales y oír las confesiones de los moribundos. Pero nunca podré olvidar cuanto de extraordinario me parecía descubrir en la persona del P. Pignatelli.»

«Vile muchas veces en oracion en la iglesia pública y en la capilla privada; y si no temiese demasiada presuncion de mí mismo en atribuirme un conocimiento, que apenas puede encontrarse en el que posee la experiencia práctica de la perfeccion cristiana, aseguraria sin reparo que se me presentaba absorto en la contemplacion de las cosas celestiales. Estaba siempre arrodillado en el desnudo suelo, sin apoyo alguno, los ojos casi inmóviles y fijos en el altar donde estaba el Santísimo Sacramento, los brazos ya extendidos, ya cruzados sobre el pecho, manifestando en su semblante los interiores afectos de su cora-

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 136.

<sup>2</sup> P. MOZON, *Vida*, Lib. II, Cap. 1.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*

zon abrasado, sin distraerse por cualquier objeto exterior que se le pusiera delante.....»

«El sacerdote que hacia de sacristan me confesó que le tenía en opinion de santo, y que casi siempre le veía en la iglesia por muchas horas con una devocion del todo singular y que se aproximaba al éxtasis; y esto tanto, que le movía á veneracion cuando le veía orando, y á amor cuando con él conversaba. Era afable y cortés en su trato, humilde en sus palabras, tranquilo y paciente en escuchar á los demás: resplandecía la moderacion y la prudencia en sus consejos, la ciencia y la doctrina en la resolucion de las dudas en materias teológicas, y en las controversias que yo mismo expresamente promovía.»

«Como era el señalado para hacer el catecismo en las plazas públicas de la ciudad, veíase rodeado de un inmenso concurso de pueblo, que se apiñaba para escucharle; y mi criado, que fue muchas veces oyente suyo, me hablaba de él con grande elogio..... Estoy persuadido que no sentirán de otra manera que yo cuantos hayan conocido en Parma al P. Pignatelli, en donde era muy comun el concepto de su santidad.» Todo esto es de aquel piadoso é ilustrado sacerdote.

He aquí retratado por mano maestra el espíritu del P. José en los principios de su residencia en Parma. Explicando un poco más lo que tan en breve atestigua el mencionado sacerdote, diremos que «el Siervo de Dios era uno de los más eruditos entre los Padres españoles, tanto en las bellas letras, como en las lenguas sabias, especialmente en la griega y hebrea.» Así afirma el P. Vicente Pavani<sup>1</sup> habérselo oído decir al P. Luis Fortis y á otros Padres.

Era además «hombre versado en la teología, historia eclesiástica, sagrada Escritura, lenguas modernas, como la francesa é inglesa<sup>2</sup>.» El Sr. Obispo de Parma, Diosdado Turchi, alababa en el P. Pignatelli lo vasto de sus conocimientos en la teología

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 711.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 750.

moral<sup>1</sup>. Respecto de esta ciencia «recomendaba el Siervo de Dios el estudio del entonces Venerable Monseñor Liguori<sup>2</sup>,» y en la actualidad San Alfonso Maria de Liguori.

Por lo que toca á los sistemas teológicos, refiere D. Tito Cececoni<sup>3</sup>, «haberle oído hablar más de una vez del sistema del P. Molina, del cual mostraba tener aprecio; mas siempre añadía,» dice, «esta observacion: Considerad los tiempos en que escribió aquel sabio teólogo. Entonces habian prevalecido las doctrinas de Calvino acerca de la predestinacion. Era voluntad del Santo Padre Ignacio, que algun teólogo buscara un sistema, que aterrase menos á los fieles, y juntamente conservara sin mengua ninguna la doctrina católica. Á esto parece haber satisfecho el P. Molina con la ciencia de los condicionales que reconoce en Dios. Advertid sin embargo, que el misterio siempre permanece; mas siguiendo aquella doctrina, el hombre queda más tranquilo y consolado.» Hasta aquí el Sr. Cececoni.

El espíritu de benignidad y de dulzura era el cebo con que el P. Pignatelli atraía á sí los corazones de cuantos le trataban. Jamás se le oyó prorrumpir en un acto de cólera ni con los domésticos ni con los extraños. Todo era mansedumbre y afabilidad; y así en lo próspero como en lo adverso conservaba inalterable la hilaridad del rostro, la compostura en las palabras, y la apacibilidad en todo su exterior.

Con los pecadores señaladamente mostró entrañas de caridad más que paternas. Acogíalos con expresiones de sincerísimo afecto, y manejando prudentemente sus llagas cancerosas, las curaba con oportuna unción de aceite y vino, esto es, de celo y mansedumbre. Eran no pocos en aquellos días, aun después del anatematizado sinodo de Pistoia<sup>4</sup>, los que propendían al rigor jansenístico, con funestísimos efectos para las almas, que,

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 750.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 766.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 768.

<sup>4</sup> Lo fue por Pío VI en 28 de Agosto de 1794.

tratadas con dureza por ministros sin discrecion, se alejaban de los sacramentos y obstinábanse en los vicios. Procuró, pues, el P. Pignatelli oponerse á estas opiniones y doctrinas, y auxilió con avisos y dinero á varios autores para que escribiesen y publicasen su confutacion; y por su parte se captaba la confianza y el amor de los pecadores y enternecía sus endurecidos pechos con la discrecion, suavidad y dulzura.

Manifestóle en cierta ocasion el P. Luis Mozzi los temores y angustias que pasaba para dar la absolucion á los penitentes, de cuyas disposiciones no tenía toda la certeza que habria deseado; y el Siervo de Dios le respondió de esta manera: «Yo soy de parecer, que Dios, habiendo confiado la administracion del Sacramento de la penitencia á los hombres y no á los ángeles, lo ha establecido para la salud de aquellos: y así hago lo que está de mi parte para disponer bien á contricion á los penitentes; y luégo, levantando al cielo los ojos, «Señor,» digo, «yo he hecho por la salvacion de esta alma lo que he podido: á Vos toca hacer lo demás:» y así les doy la absolucion: y os aseguro que más de una vez he visto la mano de Dios en su conversion mientras los estaba absolviendo.»

Era muy enemigo de medir ó restringir la obra de la divina gracia segun el bajo y corto juicio del hombre; por lo cual tenía alto y sublime concepto de la misericordia de Dios, y no podía tolerar que se afirmase como cosa cierta que la mayor parte de los cristianos no se salva. «Dios,» decía, «tiene medios infinitos, y para nosotros ocultos, con que convertir á una alma, aunque sea á los últimos de la vida: ¿porqué, pues, le hemos de quitar la gloria que le resulta de hacer muchísimas veces uso de ellos, para que triunfe su misericordia? ¿Hará Dios en esto cosa mayor que la que hizo cuando se encarnó y cuando murió en una cruz para redimir y salvar al hombre?»

Continuaba el P. Pignatelli trabajando en el ducado, y principalmente en la ciudad, de Parma, en donde se atraía los corazones de cuantos le trataban: y era el mismo infante D. Fernando el que mayores pruebas de amistad y confianza le prodi-

gaba, comunicando con él las cosas más íntimas de su espíritu con la misma sencillez que un hijo con su padre. Lo mismo sucedía con otras personas de la principal nobleza y de mucha representación; con las cuales, aunque siempre se mostraba cariñoso, cortés y afable; pero en el hablar era muy contenido y parco; y media cada palabra con la norma de la razón y verdad, mayormente cuando respondía á dudas, ó daba consejos, ó emitía su juicio sobre cualquier asunto.

No admitía falsas preocupaciones, ni se dejaba gobernar por afectos particulares ó respetos humanos. Por muy nobles, elevadas é influyentes que fueran las personas con quienes trataba, jamás se intimidó, cuando la gloria de Dios exigía de él intrepidez y franqueza para decir la verdad; y solía repetir á menudo que él no conocía aquella torpe política, llamada prudencia, que siempre se atiene á los partidos medios con daño y mengua de la verdad y de la justicia.

Bien lo demostró una vez con el mismo duque D. Fernando. No contento Bonaparte con haber arrojado á Pio VI de Roma, determinó sacarle de Italia y confinarle á Valencia de Francia. En su viaje desde Florencia á aquella ciudad, emprendido el primero de Abril de 1799, pasó el Pontífice por Parma, en donde cayó gravemente enfermo. Dio orden á pesar de esto el capitán Mongen de que al momento saliese de allí el Papa en dirección á Turin, anunciando al duque que era preciso prestara su auxilio á aquella orden; pues de lo contrario el ejército de la República ocuparía á Parma y á Plasencia, y las trataría como á país enemigo.

Aterrado con aquella amenaza el duque, y mucho más que él el marqués Ventura, su ministro, dieron prisa al Sumo Pontífice para que saliese pronto de Parma; y en efecto se puso luego en camino para Turin, á donde llegó el 22 del mismo mes de Abril, escoltándole doce soldados parmesanos, que tuvo que aprestar el duque.

En cuanto supo todo esto el Siervo de Dios, sintiólo vivamente. Lo que hizo con D. Fernando, dejemos que lo refiera

Monseñor Pedro Baldassarri en su memoria de las adversidades y padecimientos de Pio VI. «Lo que el gobierno de Parma,» dice, «había hecho para conseguir que Pio VI saliese de allí, y el haber suministrado al comisario francés una escolta que sirviese como de alguaciles para custodiar al Vicario de Jesucristo, fueron cosas muy mal vistas y sumamente afeadas por personas muy respetables, las que hubieran deseado que el príncipe y sus ministros en aquella ocasion se hubiesen conservado meramente pasivos.»

«Un venerable Siervo de Dios, José María Pignatelli, celeberrimo en los fastos de los Jesuitas por la fama de su santidad, no temió presentarse al Duque, y echarle en rostro blandamente lo mal que el gobierno de Parma se había conducido con el Papa; y excusándose el Duque con decir que los franceses amenazaban que ocuparían sus dominios, y que Dios sabe los males que de allí hubieran sobrevenido; el P. Pignatelli respondió al momento: «Sepa Vuestra Alteza, que tambien los judíos recurrieron á este argumento, cuando deliberaban sobre el partido á que atenerse con respecto á Cristo. «Vendrán, decían ellos, los romanos, y nos arrebatarán el territorio y á sus habitantes.» Pero permitame Vuestra Alteza le recuerde lo que sobre estas palabras de aquella gente nota San Agustín, cuando dice: «Temieron perder su reino temporal, no tuvieron en cuenta la vida eterna, y así perdieron ambas cosas<sup>1</sup>.»

Hasta aquí dicho autor. El duque no solo recibió con humildad el aviso, sino que dio gracias al Siervo de Dios por la santa entereza y libertad con que se lo había dado; y deshaciéndose en lágrimas, confesó su yerro en haberse dejado arrastrar de un temor excesivo.

Acompañaba al Soberano Pontífice, como dijimos, el jesuita Monseñor Marotti: «y el P. Pignatelli aprovechó la ocasion de su paso por Parma para hacerle una visita, y le entregó

<sup>1</sup> *Temporalia perdere timuerunt, et vitam aeternam non cogitaverunt, ac sic utrumque amiserunt.* (S. Aug., Tractat. 49 in Joannem).

una suma cuantiosa de dinero<sup>1</sup> para atender á las necesidades de Su Santidad y de los que le acompañaban.» Excusado es decir que este dinero era donativo de la señora duquesa de Villahermosa, que por medio de su tío socorria al Papa.

En la entereza y dignidad del P. Pignatelli, en la circunspeccion en el hablar, y en aquel no aspirar nunca á otra cosa que á ejecutar lo que conocia ser voluntad de Dios, veian sus compañeros una imágen del fundador de la Compañía. Confirmábalos en esto aquel continuo empeño que notaban en él de estudiar todo lo que pertenecía al Santo, fijándose en sus más insignificantes palabras, en sus sentencias y en sus acciones todas: revolvía con gusto y con afán los libros ó escritos que de esto trataban; mayormente las constituciones, en las cuales veía pintado con los colores más naturales y con sus propias dimensiones el espíritu más que humano del santo Fundador.

Tales eran las ocupaciones del P. Pignatelli en Parma, cuando se presentó en aquel estado Nicolás Paccanari con doce compañeros suyos, con los cuales á fines de 1798 había fundado una congregacion, que llamó «Compañía de la Fe de Jesús,» con objeto, segun él decia, de preparar hombres aptos para la Compañía de Jesús, que entrasen en ella cuando fuese restablecida. Estando Paccanari en Roma ejecutando la comision de Pio VI de recoger y amparar á los alumnos del colegio de Propaganda, fue preso por la policia francesa, y encerrado en el castillo de Santángelo. Llamados á Roma sus compañeros, les tomó declaraciones el gobierno; y no hallando fin alguno político en su asociacion, como habían sospechado, los dieron por libres, y solamente les prohibieron vivir en el territorio de la que titularon «República Romana.»

No ignorando Paccanari la devocion del duque de Parma con los jesuitas, dirigióse á él para ponerse á sí y á los suyos bajo la proteccion de D. Fernando. Los Padres de los diversos convitorios, al verlos con la sotana de la Compañía, al oír la aquies-

<sup>1</sup> P. BOERO, *Menologia*, 28 Enero 1804, vida del P. José Marotti.

cencia y aun fruicion con que el Padre Santo los había recibido, y la comision que les había dado en Roma, y más que todo al entender el fin de la nueva congregacion; los recibieron con los brazos abiertos, y los trataron como á hermanos. Acabólos de confirmar en la creencia de que realmente eran tales, el ver los deseos, que en ellos reconocian y que el mismo fundador manifestaba, de reunirse á la Compañía conservada en Rusia; deseo, que en muchos de los secuaces de Paccanari era sincero y eficaz.

Hallábase á esta sazón ausente de Parma el P. Vice-Provincial Luis Panizzoni, que había pasado á Rusia con el fin, á lo que yo creo, de tratar con el P. General la cuestion del establecimiento del noviciado en Parma. Dirigióle Paccanari una carta escrita en Venecia á 9 de Febrero de este año de 1799, pidiéndole le alcanzara la agregacion de él y de los suyos á la Compañía. Sea que de palabra ó por escrito el P. Pignatelli hubiese enterado al P. Panizzoni del carácter de Paccanari y de las tendencias de su fundacion, sea que por sí mismo reconociese el Vice-Provincial algo de lo que en realidad había, por el contenido de carta de Paccanari; en lo que no cabe duda es que el P. Panizzoni á 10 de Julio respondió desde Polotsk en tales términos, que buenamente le dio á entender que la tal agregacion no era posible; y esto, por las mismas razones que obligaron al P. Pignatelli á decirle que ni Paccanari ni los suyos eran jesuitas ni lo serian jamás.

Escrita la carta al P. Panizzoni, pasó Paccanari á Florencia á informar al Padre Santo del resultado poco satisfactorio de su comision en Roma, del destierro intimado á él y á sus compañeros, y de la forma de congregacion con el nombre de Compañía de la Fe de Jesús, que acababan de adoptar. En esta visita de Paccanari á Pio VI, que tuvo lugar el mes de Marzo de este año de 1799, concedióle el Pontífice nuevas gracias y privilegios. En este mismo tiempo los Padres de la Fe, residentes en Viena de Austria, suplicaron al Vicario de Jesucristo se dignase aprobar su congregacion del Sagrado Corazon de Jesús.

Era Superior General de esta congregacion el P. Varin, elegido en 9 de Julio de 1797, por muerte de Monsieur de Tournely, quien juntamente con el príncipe Carlos de Broglie había dado principio á la nueva asociacion, y destinádola, como Paccanari la suya, á formar sujetos aptos para la Compañía cuando fuese restaurada. Establecidos primero en Ostert, pueblo de Luxemburgo, después en Lovaina, y finalmente en Viena de Austria, llegaron á juntarse hasta cuarenta individuos. Tomólos bajo su proteccion la archiduquesa Maria de Austria, y les fundó una casa en Praga, en donde tenía tambien bajo su amparo una nueva asociacion de señoras, que estaba fundando con el objeto de educar cristianamente á las señoritas.

Viendo el Papa la identidad de miras de ambas asociaciones, manda á Paccanari que se dirija á Viena de Austria, en donde residen, dice, unos Padres, que con el mismo fin que él había instituido su Compañía de la Fe de Jesús, ellos estaban fundando una asociacion del Sagrado Corazon de Jesús; que pues el objeto de ambas instituciones era uno mismo, el de preparar sujetos idóneos para cuando la Compañía de Jesús se restaurase, trabajaran de consuno él y el P. Varin, Superior de dichos Padres, y las dos corporaciones se fundiesen en una.

Paccanari, que no suspiraba por otra cosa más que por verse fundador de una orden, voló á Viena á realizar la reunion de las dos congregaciones. El 18 del siguiente Abril tuvo en la corte de Austria una entrevista con el P. Varin, y ambos convinieron en que desapareciese el nombre de Sagrado Corazon de Jesús, que se conservara el de Compañía de la Fe de Jesús, y que el Superior General de ambas congregaciones reunidas, cuyos miembros eran ya unos setenta, sería Paccanari. Así se hizo: y aquel mismo día los profesos renovaron sus votos en manos de Paccanari, y le prometieron obediencia. Aun pasó más adelante el nuevo Superior: fue á Praga, incorporóse no solamente los Padres que allí residian, sino tambien las señoras reunidas bajo la proteccion de la archiduquesa; fundó con ellas un instituto sujeto á él, y las dio el nombre de «Amadas de Jesús» (*Dilette di Gesù.*)

En esto recibió la carta del P. Panizzoni en que le negaba la agregacion de los suyos á la Compañía conservada en Rusia. Y si ántes se preocupaba poco por esta agregacion, que la mayor parte de sus miembros deseaban vivamente; ahora, al verse ya Superior de una nueva orden, y autorizado con la aprobacion del Sumo Pontífice, mas bien rehuía su union con los Padres de Rusia, única esperanza y único deseo del P. Varin y de los suyos. En estas críticas circunstancias falleció en 29 de Agosto de este mismo año de 1799 el Pontífice Pío VI en Valencia de Francia.

El P. Pignatelli, que trabajaba con todas sus fuerzas en vencer las dificultades que se atravesaban en la obra de la fundacion del noviciado, comprendía el daño que podía resultar del dualismo, que naturalmente se iba á producir, con la Compañía de San Ignacio y la de nueva creacion de Paccanari. Era indispensable tener un local, donde se pudieran reunir para formarse segun el espíritu de la Compañía, los que se sentían llamados á ella. Pudiera muy bien acontecer que el nuevo Pontífice, que saliese elegido, en vista de las nuevas dificultades que le creaba la revolucion, tuviera por más conveniente al bien de la Iglesia el mantener las cosas de la Compañía en Italia en el mismo estado en que se hallaban á la muerte de su predecesor.

No se amedrentó por esto el magnánimo corazon del Padre Pignatelli: antes bien por una parte se aprovechó del nuevo peligro, que amenazaba á su favorito proyecto, para incitar al duque D. Fernando á que trabajara con todo ahinco para superar las dificultades que en Parma se ofrecían; y por otra empleó todas las diligencias posibles para evitar el peligro que de nuevo se presentaba. Manejó con tal acierto el negocio, que á no tardar fueron los obstáculos desapareciendo uno á uno, cual si una mano invisible los apartase de en medio del camino.

El duque D. Fernando halló manera de consignar renta fija para el noviciado; módica, es verdad, pero no dudaba el Padre que suplirían su insuficiencia con gran liberalidad su hermana la condesa de la Acerra y su sobrina la duquesa de Villahermosa,

conforme fuesen creciendo las necesidades de la casa. Vencido este inconveniente, ofrecióse medio de hacerse con local á propósito con la ocasion que aquí diré.

Iba recorriendo los estados del duque, dando misiones, el apostólico predicador P. Luis Mozzi. En una de sus excursiones vio un monasterio abandonado por sus antiguos moradores los Padres de Santo Domingo, á causa de su insuficiencia para contener decentemente el número de religiosos que en él vivía, y se habían trasladado á otro más capaz en otro punto de la poblacion. Estaba dicho convento en Colorno, sitio real y residencia ordinaria del duque: sus habitantes se habían enfervorizado en gran manera durante una mision del citado P. Mozzi, en la cual admiraron el ardiente celo del mismo P. Pignatelli, que se manifestó de un modo especial en desterrar las canciones menos honestas, sustituyéndolas por otros cánticos religiosos.

Así lo atestigua Fernando Solari por estas palabras<sup>1</sup>: «Hicieron en la mision dos procesiones: ambas salieron de la iglesia de San Estévan, y se dirigieron la una á la de Santa Margarita, la otra á la de San Liborio. El Padre ordenaba las filas, insinuaba á todos el recogimiento, y andaba con los ojos bajos. Entonces fue cuando el Padre con industria hizo aprender una cancioncita devota en honor de la Virgen Maria con el objeto de quitar la mala costumbre, que reinaba en aquel país, de cantar canciones profanas y menos decentes: y en efecto de allí en adelante no se oyó cantar sino aquella cancion.»

Con el abundante fruto de la mision producido en los colorneses, no se dudó acogerian con entrañas de caridad á los de la Compañía que allí en medio de ellos se estableciesen. No pareció mal el sitio al duque, y menos al P. Provincial; y ambos convinieron en elegirlo para casa de noviciado con el beneplácito de los Padres Predicadores, quienes vieron con mucha satisfaccion que su antiguo convento se aplicase á tan santo destino.

Una dificultad restaba todavía que vencer, y era la del maes-

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 351.

tro de novicios. La persona á quien tal cargo se debía confiar, tenía que reunir cualidades excelentes, pues se trataba de infundir en los corazones de los nuevos candidatos el espíritu genuino del Fundador de la Compañía. No debió de ser este asunto el menos atendido por el P. Panizzoni en sus conferencias con el Vicario General durante su permanencia en Polotsk en este mismo año: y no puede negarse que una de las mayores glorias del P. Pignatelli es el habersele conceptuado el más á propósito para desempeñar oficio tan delicado.

No se le ocultaba al P. Panizzoni, que conocía bien al Padre José, la sorpresa que había de causarle, y la resistencia con que se opondría á ello su humildad; pero sabía cuán arraigada tenía el Siervo de Dios la obediencia en su alma. Llámale, pues, y pregúntale si se sentía con ánimo para hacer por Dios un sacrificio. Encogióse de hombros el humilde Padre con ademan de que se ofrecía para lo que se le ordenase. «Ha llegado ya el día,» dice, «en que por fin se abre el noviciado en Colorno: he pensado confiar á V. R. la formacion de los novicios y el gobierno de la nueva casa.» — «Pero, Padre,» respondió, «me conoce bien V. R.? Después que he vivido veinte y cinco años en medio del mundo, ocupado en negocios tan ajenos de la religion, ¿es posible que yo haya siquiera conservado el poco espíritu de la Compañía que tuve mientras viví en ella? Y ¿cómo lo podría infundir en los que ahora van á dar principio á este noviciado, el primero de la Compañía que se quiere restaurar, en el cual han de echarse los fundamentos de la religion con la misma solidez y pureza que en los primitivos tiempos de ella, cuando el Santo Padre Ignacio le comunicó su espíritu?»

Respondióle el P. Panizzoni que veía todo esto; que en las mismas circunstancias se hallaban todos los demás Padres, á quienes otros impedimentos no imposibilitaban para aquel cargo; que de Rusia no se podía mandar á Italia ninguno de aquellos religiosos para colocarle al frente del noviciado; y que por todas estas razones convenia que se echase en brazos de la Providencia, confiando que ella supliria lo que á él le faltase. «¡Ah Padre

mio!» exclamaba, «¡yo maestro de novicios! ¡yo Superior!» Y decía esto como aturdido y fuera de sí, y con un semblante tan lleno de confusión y vergüenza, que daba lástima verle.

Tan baja era la opinión que de sí tenía el humilde Padre, siendo así que á pesar de haber residido tan corto espacio de tiempo en la ciudad de Parma, la fama de su santidad se había extendido ya y había llegado á Colorno, según lo afirma Pablo Navaroli con estas palabras: «Recuerdo haber oído hablar de este Padre aun antes de su venida á Colorno; y una vez en particular, estando en la Plaza con el Doctor Uberto Bettoli, este me dijo: «Mira; pasa el hombre santo;» aludiendo al P. Pignatelli allí presente.»

Con la resistencia del Siervo de Dios el P. Provincial se confirmó más y más en su propósito; y el P. Pignatelli tuvo que inclinar la cerviz á la obediencia y tomar sobre sus hombros el peso que se le imponía. Con el alma, pues, y con el corazón puesto en aquel Dios, de cuya voluntad son intérpretes los Superiores, se abstuvo de resistirse más; y á los pocos días partió para su nuevo destino con el fin de abrir el noviciado antes de la elección del nuevo Pontífice.

De la entrada del P. Pignatelli en Colorno véase cómo habla Alejo Lamberti, testigo ocular: «En Noviembre,» dice<sup>2</sup>, «del año 1798<sup>3</sup> abrióse la casa contigua al convento de Padres Dominicanos para uso de los Padres Jesuitas que iban á servirse de ella. El P. Pignatelli fue el primero que en compañía del novicio D. Antonio Seranzo vino á habitar aquella casa; á los cuales se juntaron dentro de pocos días los PP. Rodríguez, Martínez y Montesisto, y algun otro novicio con el maestro Guerini.»

«Yo tuve la suerte de hallarme presente en el momento mismo en que el P. Pignatelli bajó del coche; y yo mismo fui el que por orden del Sr. Constantino Dafossi, persona que servía

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 695.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 659.

<sup>3</sup> *Sic*: será error de copia: fue en 1799.

en la corte, y además Prior de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, erigida ya entonces en aquella iglesia, saqué del carruaje una cajita, que contenía cierta cantidad de dinero, según me dijo el Sr. Constantino Dafossi, y la llevé al cuarto destinado para el P. Pignatelli.»

«Yo me hallaba entonces agregado á aquella iglesia en calidad de campanero y sacristán, y me retribuía la mencionada congregación. De allí á poco el mismo P. Pignatelli me dijo que en adelante me retribuirían los PP. Jesuitas; y continué yo en efecto en mis oficios hasta que los Padres salieron definitivamente de Colorno, excepto un solo año que estuve fuera de la ciudad.» Hasta aquí el buen Alejo; y añade<sup>1</sup> que «en aquel primer tiempo eran cuatro los novicios.»

Llegado, pues, á Colorno el P. Pignatelli, lo primero que procuró fue que se amueblase con decencia, aunque con pobreza suma, el convento de San Estévan, se dispusiese el local y se distribuyese en aposentos, dormitorios y otros departamentos y oficinas para el servicio de la casa; y todo de tal suerte, que facilitase la observancia regular y la disciplina doméstica; y no se llamó á ningún otro de los jóvenes, que estaban ya admitidos, antes de que siquiera lo más necesario estuviese en su punto y en buen orden.

Entretanto, cual si á su caridad hubiese sido encomendada toda la población de Colorno, abrasado en celo y deseoso de dar expansión á la fuerza interior de su espíritu, se dedicó á promover con todo el afán y con todas las santas industrias de su prudencia el bien espiritual de sus prójimos. Y para conformarse más al espíritu de su vocación y seguir las huellas de los primeros fundadores de la Compañía, se aplicó de un modo particular, y casi diría exclusivamente, á socorrer y ayudar á los pobres y menesterosos, á los enfermos más abandonados y miserables, y á los presos de la cárcel.

La casa de San Estévan, antes que fuesen á habitarla los

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 661.



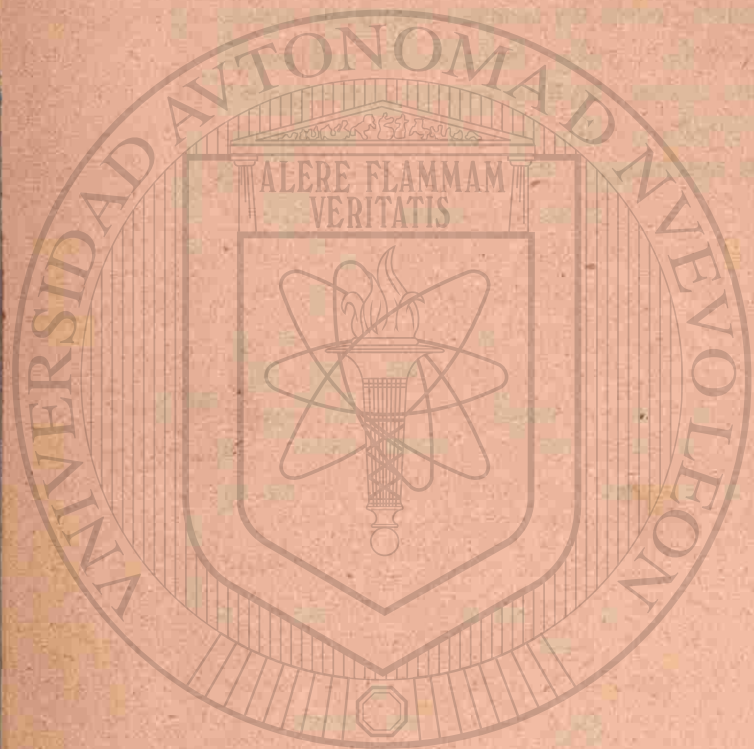
Padres, se había destinado para la erección de un nuevo hospital; y unos bienhechores habían dispuesto de dos pequeñas mandas pías para este efecto<sup>1</sup>. No era con mucho bastante esta cantidad para aquella obra; y el P. Pignatelli, no queriendo que el pueblo de Colorno, por haberle acogido á él en aquella casa, se quedase sin un refugio para los enfermos, buscó en seguida otro local á propósito: halló una casa por nombre «la Fattoria,» aplicó á ella los legados arriba dichos, y se interesó con el duque para que contribuyese con la cantidad necesaria á la fundación: á lo cual accedió el piadoso Infante.

Como este se hallara en la actualidad en menos desahogo del que era necesario para desembolsar la suma que se necesitaba, y propusiera diferir la obra para mejores tiempos, no se pudo contener el caritativo Padre, y con el ascendiente que tenía con D. Fernando, le dijo con marcado acento: «Oh no: comencemos pronto de la manera que podamos; después correrá á cuenta de Dios perfeccionar esta pia obra.» Dicho esto, se ofreció á contribuir con una determinada suma de dinero á la formación de los fondos necesarios para la fundación; y admirado el duque del celo y liberalidad del Padre, se vio en el compromiso de secundar sus santos intentos, y dio las órdenes oportunas para que se procediera inmediatamente á la ejecución de la obra, y no se levantara la mano de ella hasta concluirla.

Dirigió luego sus miradas á la cárcel; y este fue el campo donde al principio más ejerció su celo. Desviviase por morigerar á los infelices que en ellas estaban detenidos por crímenes notorios, procurando reducirlos á vida digna de cristianos. Visitábalos varias veces á la semana; pasaba largo tiempo instruyéndolos en las cosas necesarias para la salud de sus almas, y procuraba excitarlos al dolor de sus culpas y á lavarse de ellas

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 661. Que existía ya uno, lo insinúa PEDRO MAZZERA (*ibid.*, fol. 241.) quien dice que el Padre le hizo llevar un cestito de dinero, «y nos dirigimos» añade, «al hospital viejo, cuyo administrador era el difunto D. José Tarchioni, al cual yo entregué aquel cestito.»

en el sacramento de la penitencia por medio de una sincera y dolorosa confesión. La causa de haber escogido la cárcel y hospital como primer teatro de su celo, además de lo que hemos indicado, esto es, la imitación de los primeros Padres de la Compañía, fue la formación de los nuevos hijos de ella, que pronto habían de frecuentar aquellos humildes lugares para echar los fundamentos de su santidad según la norma de los antiguos Padres, que fundaron la Compañía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO II

Los primeros novicios de Colorno. — Cómo los introduce el P. Pignatelli en los ejercicios. — Sus relevantes dotes para su esmerada formación. — Espíritu interior que les infunde. — El conclave. — Liberalidades de la duquesa de Villahermosa. — Elección de Pío VII. — El P. Panizzoni y el nuevo Pontífice. — Benevolencia de este con la Compañía. — Esperanzas del pronto restablecimiento. — Aumentan las agregaciones. — Razonamiento del P. Pignatelli con un candidato. — Método que observaba en el dar los ejercicios. — Práctica de lo determinado en ellos. — Precede el Padre y atrae con su ejemplo. — Visitas á cárceles. — Sólida virtud de los novicios de Colorno. — Singular recato y pureza del Siervo de Dios.

1799 — 1800

Luégo que el P. Pignatelli hubo dado al edificio de San Estévan la forma acomodada á las necesidades de los que habían de morar en él, llamó á Colorno á cinco jóvenes que en Bérgamo estaban aguardando el aviso de trasladarse allá para dar principio á su noviciado. La manera cómo se hubo con ellos al comenzar su primera probación, y cómo los introdujo en el primer experimento de los santos ejercicios, la cuenta con brevedad y concisión uno de ellos por estas palabras<sup>1</sup>:

«A 16 de Noviembre de 1799,» dice, «llegamos á Colorno cinco novicios, que venimos de Bérgamo, y ya estaba allí otro

<sup>1</sup> P. Mozzon, *Vida*, Lib. II, Cap. IV.

venido de Bolonia. Ibamos todos prevenidos de que hallaríamos un santo por director; mas el hecho superó nuestras esperanzas.»

«El P. Pignatelli nos recibió á la puerta con afabilísima caridad; introdujónos en la casa, y no se mostraba solícito de otra cosa sino de que descansásemos de nuestro viaje. Ni una palabra nos habló de noviciado, ni de reglas, ni de observancias religiosas, ni de otra formalidad semejante. Aquel prudentísimo varon quería introducir entre nosotros las prácticas más menudas de la Compañía; mas á su tiempo: y entretanto por vía de amigables conversaciones nos hacía preciosas pláticas de cosas espirituales, pero de una manera general, y de tal suerte, que nos enfervorizaban para la virtud y la perfección cristiana. Sacábanos á paseo, é hizo caer un día la conversacion sobre los ejercicios espirituales: y sin manifestar que iba á dárnoslos, habló de ellos con tal arte, que nos encendió en ansias de ellos.»

«Era aquel el día de la Presentacion de nuestra Señora, el sexto después de nuestra llegada; y sin duda quería el Padre dar principio á ellos; y nosotros al punto, con solo haber oído la descripción que nos había hecho, le pedimos que nos introdujese pronto en ellos, á lo cual parecía él mostrar alguna repugnancia: sin embargo vueltos á casa, aquella misma tarde nos llamó para comenzarlos. Expúsonos con grande amabilidad el fin, el método, las utilidades de los ejercicios de San Ignacio, y con encendido afecto nos dio los puntos de la meditacion. Continuó su tarea de la manera más insinuante por espacio de treinta y tres días, esto es, hasta el día de Navidad.»

«En este tiempo nos iba indicando el uso de las penitencias en refectorio y de las privadas, y esto lo decía así como por incidencia: á cada uno por separado fue distribuyendo disciplinas, y enseñóles la manera de usarlas: otro tanto hizo con la cadelilla. Nada de esto mandaba; á ninguno imponía obligación alguna; hablábanos en tono familiar; sin embargo ejercía en nuestro ánimo tanta influencia, que alcanzaba de nosotros todo cuanto pretendía. Nada ordenaba, y nada quedaba por hacer.

Así que muy presto quedó planteada enteramente la distribución diaria del novicio de la Compañía; es á saber, meditacion, lectura, exámenes, oficios manuales, ejercicio de escritura, servir en la cocina, penitencias en refectorio, y además los tonos, los sermones en el refectorio y en la iglesia: y estas cosas y cada una de ellas las hacíamos con tal suavidad, que los discípulos del P. Pignatelli no guardaban aquel tenor de vida porque eran novicios, sino que eran novicios porque lo guardaban: y el prudente maestro atendía no tanto á formar exteriormente y de golpe jesuitas que pareciesen tales, sino á imprimir en el corazón de sus alumnos la virtud que al jesuita es necesaria.»

«Para concluir, el P. Pignatelli se preocupaba más de las cosas mismas, que de sus nombres: lo cual, si bien se considera, tiene grandes ventajas, porque induce al amor de la virtud en sí misma, purifica en gran manera la intencion, y no deja entrar en el corazón de los jóvenes principio alguno de espíritu de partido. Para esto hablaba siempre con loa de las demás religiones; veneraba su instituto, y el hábito que usan, y las personas que en ellas viven; y esto con una estima tan de corazón, que edificaba grandemente.»

«A este propósito decía otro de aquellos, cuando ya sacerdote: «En Colorno la virtud no se practicaba sino á impulsos de la propia voluntad: y el P. Pignatelli poseía la divina arte de hacerse importunar para conceder abstinencias, maceraciones corporales y humillaciones. Muchas eran realmente las penitencias que permitía, pero siempre rogado y como resistiéndose con cariño paternal. Era difícil en conceder las que pueden causar daño á la salud del cuerpo; y solía ser muy largo en permitir las que servían para dominar la gula, para vencer el respeto humano, la soberbia y las antipatías naturales, y para ejercicio de las obras de misericordia espiritual y corporal. Con la misma discrecion introdujo insensiblemente entre los novicios el uso de distribuir la sopa á los pobres en la portería y de comer allí en un mismo plato con ellos; aunque después á los tales haciales tomar algo más de alimento: tambien los enviaba

dos veces á la semana y en algunos otros casos extraordinarios á llevar y distribuir la sopa á los presos de la cárcel.»

«No le pareció prudente que hiciesen el mes de peregrinacion; pero lo suplió mandándolos á menudo con las alforjas al hombro á pedir limosna para los pobres y presos; y aun se usó alguna vez el ir con un jumentito á mendigar por las granjas de fuera de la poblacion. Dentro de casa ayudaban á los albañiles trasportando madera, piedras, y argamasa para las obras; y los novicios á la vista del público construyeron una pocilga y encima de ella un gallinero: tambien fregaban los platos casi á vista de todos.»

Con la suavidad y eficacia de tal magisterio los novicios fundadores del noviciado de San Estévan hicieron rápidos progresos en el desprecio de sí mismos y del mundo; y penetráronse tanto del primer espíritu de la Compañía, que en poco tiempo se convirtió aquella casa en modelo de noviciados, y nada tenia que envidiar á los más fervorosos y mejor disciplinados de la Compañía ántes de su extincion.

Así lo testifica el P. Luis Mozzi. «Cuando á los pocos meses de abierto aquel noviciado,» dice, «me llegué allá para verlo, quedé profundamente sorprendido, al encontrar en todos aquellos jóvenes el verdadero espíritu de la Compañía, y aquella casa en todo montada segun la disciplina de nuestros antiguos noviciados: contentos todos, rebosando todos fervor, y todos amantes de la más estrecha observancia, cuanto pudieran serlo los novicios de nuestros antiguos y más ejemplares noviciados.» Esto presencié el P. Mozzi cuando todavía era canónigo de Bérgamo; y tal vez la vista de aquellos novicios tuvo no poca influencia en su espíritu para decidirle á renunciar su prebenda y entrarse de nuevo en la Compañía, como lo hizo.

No se limitaba el celo del P. Pignatelli al bien de sus novicios, sino que se extendía al de toda la cristiandad. La muerte de Pío VI y la dificultad de elegirle sucesor en la cátedra de San Pedro fue ocasion de tentativas de cisma en algunas naciones europeas; y España fue tal vez la que más atrevida anduvo en

este particular. Siete días después del fallecimiento del Pontífice, los buenos católicos españoles leyeron con asombro en la Gaceta de Madrid el siguiente real decreto:

«La Divina Providencia se ha servido llevarse ante sí, en 29 de Agosto último, el alma de nuestro Santísimo Padre Pío VI; y no pudiéndose esperar de las circunstancias actuales de Europa y de las turbulencias que la agitan, que la eleccion de un sucesor en el pontificado se haga con aquella tranquilidad y paz tan debidas, ni acaso tan pronto como necesitaria la Iglesia; á fin de que entretanto mis vasallos de todos mis dominios no carezcan de los auxilios precisos de la religion, he resuelto que hasta que yo les dé á conocer el nuevo nombramiento de Papa, los Arzobispos y Obispos usen de toda la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina de la Iglesia, para dispensas matrimoniales y demás que les competen.....»

«En los demás puntos de consagracion (*sic*, por confirmacion) de Obispos y Arzobispos..... me consultará la Cámara por mano de mi primer secretario de Estado y del despacho; y entonces con el parecer de las personas, á quienes tuviere á bien pedirle, determinaré lo conveniente, siendo aquel supremo tribunal el que me lo represente, y á quien acudirán todos los Prelados de mis dominios hasta una orden mía.»

Á este decreto acompañaba una circular á los obispos, la cual terminaba así: «Espera Su Majestad, que V. S. I. se hará un deber el más propio en adoptar sentimientos tan justos y necesarios..... procurando que ni por escrito, ni de palabra, ni en las funciones de sus respectivos ministerios se viertan especies opuestas, que puedan turbar las conciencias de los vasallos de Su Majestad.....»

Los enemigos de la Iglesia vieron llegado ya para España el tan ansiado momento de romper con Roma y de instituir una Iglesia cismática al modo anglicano. Este era el ideal de los gobernantes, mayormente de D. Luis Urquijo y del marqués Caballero. El cisma naciente en España, y las demás calamidades que en la universal Iglesia podía ocasionar una larga Sede va-

cante, afligía, más de lo que con palabras puede encarecerse, el corazón del P. Pignatelli. Designóse la ciudad de Venecia como el punto más á propósito para el conclave. Mas era tal la penuria de recursos en que los cardenales se hallaban, que no les era posible sufragar los gastos precisos para trasladarse á aquel lugar.

Entonces fue cuando el Siervo de Dios, desde la oscuridad de su retiro, trató de poner remedio á los males de la Iglesia. Interesó á favor de ella á su sobrina la duquesa de Villahermosa, y acudió á su inagotable caridad, suplicándola que alargara su mano para subvenir á la indigencia de los cardenales. No se hizo sorda la buena sobrina á las súplicas de su santo tío: y como escribe el duque, su hijo<sup>1</sup>, «entendiendo que muchos cardenales, por falta de recursos, no estaban en estado de ir al conclave, que debía reunirse en Venecia, hizo Su Excelencia, por medio del Emmo. Cardenal Lorenzana, se les asistiese con lo necesario para el viaje.»

Que el dinero remitido por la señora duquesa pasara por manos del P. Pignatelli, parece inferirse de lo que deponen Pablo Navaroli en los procesos por estas palabras<sup>2</sup>: «Recuerdo haberme encontrado en el banco *Serventi* de Parma con el ya difunto Juan Bautista Belloni, vecino de Colorno, y haber visto muchas veces montones de dinero, que se remitían á él [al P. Pignatelli]: y corría la voz que tenía mil duros mensuales, equivalentes á otros tantos escudos romanos.»

Sea de esto lo que se fuere, lo que no se puede poner en duda es, que los cardenales necesitados, socorridos con las liberalidades de la sobrina del Siervo de Dios, emprendieron su viaje á Venecia: y juntándose allí á fines de Noviembre en número de treinta y cinco, eligieron Soberano Pontífice en 14 de Marzo del siguiente año de 1800 al cardenal Bernabé Chiaramonti, que tomó el nombre de Pío VII, y fue coronado el 21 del mismo mes.

<sup>1</sup> Apuntes etc., pág. 15.

<sup>2</sup> *Process. Parm.*, fol. 696.

Antes de la elección, entre los cardenales «se declaró suficientemente que el negocio del restablecimiento de la Compañía debía ser mirado por el que fuese elegido Sumo Pontífice como cosa de grande importancia y digna de los primeros cuidados en el gobierno de la Iglesia, y como una verdadera obligación de su persona y dignidad<sup>1</sup>.» Verificada la elección, el P. Panizzoni, á nombre del P. General, presentó una memoria al nuevo Pontífice pidiéndole el reconocimiento de la legítima existencia de la Compañía en Rusia. No tuvo él reparo en hacer este reconocimiento; y en lo que tocaba á restablecerla en la Iglesia universal, aseguró que estaba pronto á hacerlo, si los príncipes católicos y los obispos se lo pedían<sup>2</sup>. El primer príncipe, que solemnemente y oficialmente se lo suplicó, fue el cismático emperador de Rusia, Pablo I, como en su lugar veremos.

El duque de Parma felicitó á Su Santidad por su elevación al trono pontificio, manifestándole sus ardientes deseos de ver repuesta la Compañía no solo en sus estados, sino en todo el mundo: y Pío VII le contestó con una carta escrita toda de su puño y letra prometiéndole hacer para ello cuanto estuviese en su mano.

Debía el nuevo Pontífice trasladarse de Venecia á Roma. Enterada la señora duquesa de Villahermosa de la indigencia en que el Jefe de la Iglesia se encontraba, y deseosa de que su viaje y la entrada en la ciudad eterna se verificase con la pompa y magnificencia que á tan encumbrada dignidad correspondía, se ofreció á sufragar todos los gastos que para ello fuesen necesarios. La gratitud de Pío VII con D.<sup>a</sup> Maria Manuela no reconoció límites; y dio de ella elocuentes y repetidos testimonios no solamente á la caritativa señora, sino también al P. Pignatelli, pues no ignoraba ser él el promotor de tales obras de caridad y devoción de su piadosa sobrina con el Soberano Pontífice.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 34, pág. 134.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*

Con estos socorros pudo hacer Pío VII su viaje á Roma con el esplendor conveniente: y con el mismo hizo su entrada en aquella ciudad en 3 de Julio de 1800. Al pasar por Fano, fuele presentado el jesuíta Iturriaga, perteneciente á una de las provincias de América; quien, al besarle el pie, le recitó el siguiente epigrama:

*Brachium ubi est dextrum, quo Ecclesia fortiter usa*

*Vincebat, Jesu fortificata manu?*

*Nunc prope victa iacet: querula nunc voce precatur:*

*«Quod Clemens tulerat, tu mihi redde, Pie!.»*

Seguro el P. José de la benevolencia del nuevo Pontífice con la Compañía, no dudó un momento que ninguna oposicion había de hallar en él la obra del noviciado en Colorno: antes al contrario, los deseos manifestados por Su Santidad en la carta autógrafa al duque, de restablecer la Compañía en la universal Iglesia, en cuanto lo permitiesen las circunstancias, le alentaban á esperar tan fausto acontecimiento, y le estimulaban á emplear todos sus talentos y todas sus fuerzas en imbuir á sus novicios en el verdadero espíritu de su vocacion, para que pudiesen transmitirlo vigoroso y robusto á la generacion venidera.

Por este tiempo era ya tan general la buena opinion y la fama de santidad de los moradores de la casita de Colorno, que hasta á España había llegado. El P. Luengo, que á la sazón se hallaba en Teruel, dice que allá se le escribía cómo en el noviciado de Colorno todo iba bien y con muy particular observancia<sup>1</sup>. Desde entonces con la esperanza del pronto restablecimiento de la Compañía, fueron en gran número los antiguos jesuitas que se agregaron á los de Parma, á quienes apellidaban Rusos<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> P. LUENGO, lugar citado. En el segundo pentámetro hemos sustituido *tulerat* al *abstulit* de la copia del autor del *Diario*, á fin de que el verso constase.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 37, pág. 141.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 333. En los catálogos, cuya copia tengo á la vista, consta que se agregaron 12 en este mismo año de 1800, y otros tantos el año siguiente: en 1802 solos 6, y 24 en 1803. Recuérdese que, como ya se notó, dichos catálogos son incompletos.

Sigamos la narracion de los hechos que demostrará cuán á satisfaccion obtuvo el buen maestro tan alto fin como era el que se había propuesto.

Como ya tenía en tan buen pie el noviciado, con los jóvenes que de nuevo iban entrando en él ya no usaba de tantas consideraciones, porque el ejemplo de los otros novicios las hacía innecesarias. Desde su entrada les proponía el blanco y fin sublime á que era necesario aspirar, si deseaban ser verdaderos hijos de tal madre; y exigía en ellos disposicion de ánimo para hacer y padecer todo lo que en el instituto se propone y se requiere.

No será ingrato al lector oír una parte del razonamiento que tuvo el buen maestro con un postulante el día mismo en que llegó al noviciado, segun que lo cuenta el mismo. «Al presentarme,» dice, «al P. Pignatelli, confieso que sola su presencia me hizo concebir grandísimo concepto de su persona: siempre me acuerdo de las primeras palabras que me dijo, cuando me condujo á mi aposento, que fueron estas: «Decidme, hijo: habéis venido á ser religioso de la Compañía de Jesús, ¿no es así? Pues bien: ¿estáis dispuesto á ocuparos en aquello que se os mandare?»

«Preguntóme por mis padres, y luégo añadió: «Para servir al Señor, es menester que dejéis todas estas cosas, y con ellos tambien la esperanza de volverlos á ver más; porque posible cosa será que la Compañía os destine á regiones muy apartadas; y en este caso es menester ponerse en camino con toda prontitud, sin excusarse y sin esperanza de volver jamás á la patria. Además de esto hay que disponerse y prepararse para todo lo que Dios nos envíe de tribulaciones, persecuciones, calumnias, vituperios y cosas semejantes, que se suelen hallar en el divino servicio, mayormente en la Compañía. Si queréis llamaros compañero de Jesús, debéis andar por el camino que él anduvo, es á saber, de padecimientos, dolores, pobreza y deshonras: en resúmen, tenéis que padecer lo que por mí y por vos él ha padecido; porque «No es el discípulo más que el maestro.»

«Si, pues, estáis resuelto á seguir á Jesucristo en su Compañía y alistaros bajo su bandera, es necesario que os apliquéis

aquel consejo que dice: «Quien quiere venir en pos de mí,..... tome su cruz y sígame.» No os desalentéis por esto: porque la cruz de Cristo más espanta de lejos, que de cerca: y tan grande es la bondad de nuestro Maestro y Señor, que él es el que echa sobre sus hombros la parte más pesada de su cruz. Con la gracia del Señor todo lo podréis, no os quepa duda, con gran consolación vuestra y provecho de vuestra alma.»

Para que tales documentos y advertencias se grabasen profundamente en los ánimos de sus discípulos, y estos, conforme al espíritu de su vocación, cobrasen aliento para emprender el camino de la virtud; lo primero que hacía era ponerlos en ejercicios, para que comenzasen su noviciado por este fundamental experimento: y á medida de la devoción ó necesidad de algunos, los alargaba á más de un mes, cuidando con gran diligencia que los hiciesen segun las prescripciones todas del Santo Fundador.

Durante este largo tiempo les hacía guardar absoluto retiro dentro de casa; no salían de su cámara sino para ir á la iglesia, á la mesa, ó por otra necesidad que ocurriese: estaban en su aposento dedicados á la meditacion, á la lectura, á los exámenes, segun se prescriben en las anotaciones, adiciones y reglas de los Ejercicios. Dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, los juntaba, con el fin de proponerles los puntos de la meditacion: explicábales con suma brevedad las materias que se hallan en el libro, dejando á cada cual que con su propio discurso las fuese desmenuzando hasta encender en su alma vigorosos afectos, que le moviesen á formar sólidas resoluciones y firmes propósitos, y pretendiendo que con tal ejercicio aprendiese la práctica de meditar.

Aunque sus palabras eran pocas, las decía con la fuerza de una tan profunda convicción, que eran como rayos de luz que ilustraban el entendimiento, y dardos de fuego que atravesaban y enardecían el corazón. Veces hubo en que al proponer los puntos, aparecía con un rostro más que humano, y su vista causaba una especie de religioso pavor y asombro.

Exigiales con frecuencia menuda y detallada cuenta de todos sus interiores movimientos é ilustraciones. Para esto no solamente estaba todo el día á su disposición, á fin de que fuesen á tratar con él sus cosas; sino que después de la comida y cena iba á conversar con ellos, ahora con uno, ahora con otro: entérbase del fruto que sacaban de cada ejercicio, y los pasaba á otra materia, ó les hacía repetir una ó más veces la misma, segun veía que estaba más ó menos penetrado de la verdad su entendimiento, y más ó menos resuelta su voluntad á apartarse del mal y á abrazar el bien que conocían.

Las meditaciones de la primera semana se las hacía repetir con mayor detenimiento que las de las siguientes; porque juzgaba de suma importancia, para sacar el fruto deseado en las otras tres semanas, el fundamento de la verdadera vida espiritual y apostólica, que se pone en la primera. Exhortábalos á que escribiesen con brevedad las ilustraciones recibidas del cielo en la meditacion, y los propósitos que conforme á ellas concebían: pues aseguraba que es de grande utilidad leer después de cuando en cuando estos apuntes para resucitar aquellas luces y conservar el fervor, si alguna vez viniese á entibiarse, y para avivarlo de nuevo y hacerlo permanente.

El continuo trato, que con él tenían, les aligeraba sobremana la pesadez de aquella larga experiencia acompañada de tanta soledad y apartamiento de todas las cosas y personas de este mundo: y se animaban tanto á proseguir en su tarea con fervor, contento y alegría, que aun terminado el mes, le rogaban que prolongase los días de ejercicios. Así lo escribe uno de los que bajo la dirección de tan santo maestro los hizo. «Con hacer los ejercicios en Colorno,» dice, «con todo el rigor del método de San Ignacio; era no obstante voz comun de todos, que bajo la dirección del P. Pignatelli gustosos pasarían toda la vida en ejercicios.»

Ocupados por tan largo tiempo en la consideración de las cosas divinas, instruidos y con tanto esmero cultivados en el espíritu por el P. José, hallábanse al fin de los ejercicios aquellos

jóvenes completamente cambiados y transformados en otros hombres, ansiosos de su aprovechamiento espiritual, rebosando alegría y devoción, y fervorosos en la práctica y observancia de la disciplina religiosa. Y á esto dirigía el P. Pignatelli de un modo particular su espiritual magisterio, esto es, que las obras virtuosas de sus novicios naciesen de un impulso interior y de un ardiente deseo de ejercitarse en la mortificación de sus pasiones, con lo cual su espíritu revestía un carácter de permanencia y constancia tal, que aseguraba su duración, y no se reducía á sola apariencia y afectación exterior, sino que se fundaba en obras y en verdad.

Terminados los ejercicios, para plantear el noviciado en todo su fervor, ejercitaba á los novicios en empleos humildes, á fin de que adquiriesen la práctica del propio menosprecio. Cómo se hubiese en esto, lo refiere uno de los que fueron parte y testigo con las siguientes palabras: «Su modo de sugerir era hacer él primero todo aquello que deseaba imitasen los demás: y así era el primero á fregar los platos en la cocina los sábados, el primero á besar los pies en el refectorio, el primero á repartir la sopa y explicar la doctrina cristiana á los pobres, el primero á barrer la casa, á ir á la cárcel cargado con las ollas y á pordiosar de puerta en puerta con la alforja al hombro, escogiendo siempre para sí las calles más frecuentadas.» Así habla aquel testigo ocular. Las más de las veces no hacía sino ir delante con el ejemplo sin proferir palabra; otras añadía alguna breve amonestación para atraerlos á lo mismo que él hacía, y esto con mucha gracia y suavidad.

Disponía que junto á su cuarto se pusieran tantas escobas cuantos eran los novicios, y luego los llamaba y les decía: «Somos pobres, hijos míos, y no tenemos quien nos asee la casa:» dichas estas palabras, echaba mano á una escoba, y empezaba á barrer. Bastaba tal ejemplo para que enternecidos aquellos jóvenes se lanzasen á las escobas, tomase cada uno la suya y se pusiera á barrer: y por más que hiciesen para impedir que continuara en su ejercicio el santo maestro, nunca lo pudieron conseguir.

Otras veces los reunía en su aposento, al cual de antemano había hecho traer las alforjas; y recordándoles la regla que prescribe que se esté preparado para mendigar de puerta en puerta cuando la necesidad ó la obediencia lo exigiere, se echaba una de aquellas alforjas al hombro, y les decía: «Vamos á pedir limosna. No nos corramos de parecer lo que somos, pues somos pobres de Cristo. Pidamos limosna, no para nosotros, que gracias á Dios en la actualidad no la necesitamos; sino por amor de Dios y por los pobrecitos presos de la cárcel. Vosotros, como nuevos en la religión, no sabéis aún cómo se practica este ejercicio. Venid conmigo, y lo veréis.» Echaba á andar, y tras él iban los novicios rebosando de contento.

El pueblo de Colorno, edificado al ver aquella pléyade de jóvenes de finos modales, que descubrían su esmerada educación, realzada con una modestia angelical, capitaneados por el humilde P. Pignatelli, que no ignoraban pertenecía á una familia de Grandes de España y de la primera nobleza de Italia, les hacía abundante limosna; y mucho más el duque, á quien no pocas veces se presentó el Padre con las alforjas al hombro: así que recogían bastantes víveres para alimentar á los presos y buen número de prendas de ropa con que cubrirles su desnudez.

Llegados á la cárcel, distribuía á los novicios por las diversas prisiones; señalaba á cada cuál uno ó más presos para que los instruyese en la doctrina cristiana; y él entretanto oía las confesiones de los que se hallaban preparados para ella, ó instruía á los más rudos en un rincón del calabozo. Á sus tiempos rezaban en común ciertas oraciones, y entonaban cánticos piadosos, con que se desterraron las canciones profanas y soeces, con edificación de los que desde la calle las oían.

En las festividades más solemnes de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen les hacía recibir la sagrada comunión, para la cual los preparaba, ayudado de sus novicios, con tal esmero, que, como aseguran testigos de vista, al acercarse aquella pobre gente á comulgar, parecía en la compostura y devoción un coro de ángeles. Con estas y otras semejantes industrias se trocaron



aquellas prisiones en retiro de penitentes cristianos. No se oía en ellas ni una blasfemia, ni una palabra mal sonante, ni una conversacion escandalosa: no se veía sombra de riñas; todo era paz y union perfecta de voluntades.

No se contentaba el buen Padre con alimentar espiritual y aun corporalmente á los presos, sino que les procuraba toda comodidad compatible con su desgracia. Él de su bolsillo pagó unos entablados para poner encima de ellos los jergones en donde pudiesen descansar menos incómodamente. «Los diez entablados,» dice Rafael Melloni<sup>1</sup>, «costaron 1200 liras antiguas de Parma, segun me dijo el carpintero que los fabricó.» Y no fue esto solo; sino que el Padre le quiso ayudar á montar los entablados, como se lo refirió el mismo carpintero al testigo que lo depone. Un tal Marcos Agresti, que por ciertas pendencias había sido encerrado en la cárcel, llamado como testigo al formarse el proceso, dijo grandes alabanzas de la caridad del P. Pignatelli<sup>2</sup>.

La comida para los presos se guisaba en el noviciado, ya de lo recogido de puerta en puerta, ya de lo que de la comunidad se reservaba para emplearlo en tan santa obra de caridad. Era de ver el espectáculo de los domingos, cuando se llevaba la comida á los presos. Veíase al buen maestro á la cabeza de sus novicios con una olla en la mano ó un caldero al hombro atravesando la ciudad de Colorno, haciéndose calle por entre la turba, que á la hora de mediodía era numerosa al salir del sermón, y muchos se paraban como atónitos á mirar aquel nuevo género de tropa, y no podían contener las lágrimas de pura devocion. Ni dejaban de verterlas los novicios, que seguían arrastrados suave, pero eficazmente, como por una fuerza oculta que salía del corazon de su padre.

Un domingo de cuaresma, después que había pasado toda la mañana en el confesonario, al mediodía, hallándose fatigado y sin aliento y muerto de frio, se fue á la cocina, y «Ya que hoy,»

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 535.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 392.

dijo, «no he podido ir al sermón, vamos á predicar con el ejemplo.» Dicho esto, ase de la olla, se la echó á cuestras, y sale con los demás á distribuir la comida á los presos.

De la misma industria usaba para enseñar á servir á los enfermos del hospital. Sin hablar palabra, se ponía á mullir las camas, á vaciar las escupideras, á limpiar los vasos inmundos, á barrer las salas y á hacer otros oficios semejantes, empezando siempre por lo más pesado y de más humillacion. Bastaba que sus novicios fijasen en él la vista, para sentirse revestidos de valor y esfuerzo, y triunfar de todo respeto humano y de la vana estimacion de sí mismos, al ver á un hombre de tan raras prendas de naturaleza y gracia tan mortificado y humilde. Aun los más recientes en el noviciado sentíanse tan movidos con el ejemplo de su maestro, que le importunaban para que los emplease en cosas viles de casa; y él las más de las veces se lo permitía, otras se lo negaba ó difería, para encender en ellos más eficaces deseos, haciéndoles entender que tal concesion era una gracia, que solo á los más fervorosos y alentados debía otorgarse.

Á uno concedió que fuese á fregar platos en la cocina la primera vez que se lo pidió: mientras estaba fregando, se le presentó el P. José, y complaciéndose en el gozo y contento con que el novicio se ocupaba en aquella obra, dijole con amable sonrisa aquel verso de Virgilio<sup>1</sup>: «¡Bravo! héroe novel: así se gana el cielo:» y acercándose añadió: «Veo que sois aprendiz: mirad esto se hace así:» y tomando el mandil, se puso á fregar á su lado.

Á otros les decía: «Mucho falta por acabar: permitidme que os ayude, y terminaremos ántes.» Otras veces al verlos empleados en oficios semejantes, parábase á mirarlos, y lleno de júbilo exclamaba. «Bravo, bravo, hermanitos míos; así va bien: venceos á vosotros mismos, y dad gloria al Señor.»

Con tan suave y eficaz magisterio, aprovechaban de una manera asombrosa sus discípulos. De su escuela salieron aquellos

<sup>1</sup> *Macte, nova virtute puer: sic itur ad astra. Eneid.*, Lib. IX, v. 640.

celosos y fervientes operarios, que después tan gloriosas empresas acometieron y acabaron para gloria de Dios en toda Italia, en Rusia, en Grecia, en América, y adonde quiera que los envió la obediencia. El P. Nicolás Grassi, uno de los primeros novicios de Colorno, lo especifica con estas palabras: «De los novicios del Padre murieron unos víctimas de la caridad sirviendo á los enfermos, como el P. Antonio Soranzo; otros pasaron á las misiones de China, como el P. Antonio Grassi; el P. Domingo Venturi murió en la mision de Tina; otros han sustentado con honor las cátedras, como los PP. Ferrarini y Cavazza; y no se ha de pasar en silencio al P. Luis Fortis, maestro mio, que en todo estaba colgado de él.» Así lo consignó en el proceso romano.

Llevaban sus novicios un carácter particular impreso en su exterior y en todas sus obras, que por poco que uno reflexionase, los conocía y distinguía de sus compañeros. «A mí siempre me ha parecido,» dice el P. José Boero, «percibir en los jesuitas formados ó dirigidos algun tiempo en la carrera religiosa por el P. Pignatelli un no sé qué, que se echa de ver desde luego, y los distingue de los demás. Descuella en ellos una virtud sólida, que hierve allá en lo interior del alma, é informa y dirige las acciones de la vida, sin mostrarse en exterioridades ni tener sombra de singularidad; y á más de esto una caridad ternísima, fuerte y universal.»

«Estas dotes las observé siempre tan uniformes en ellos, que por sí solas daban á conocer que allí había andado la mano del P. Pignatelli, así como de igual manera se concluye que fue un mismo sello el que se imprimió en la cera. Y no es singularmente mio este sentir, sino de muchos otros que como yo han tenido la dicha de tratar familiarmente con alguno de ellos.» Hasta aquí el P. Boero, cuyas palabras son un claro testimonio de la extraordinaria destreza del santo maestro en la formacion religiosa de sus discípulos.

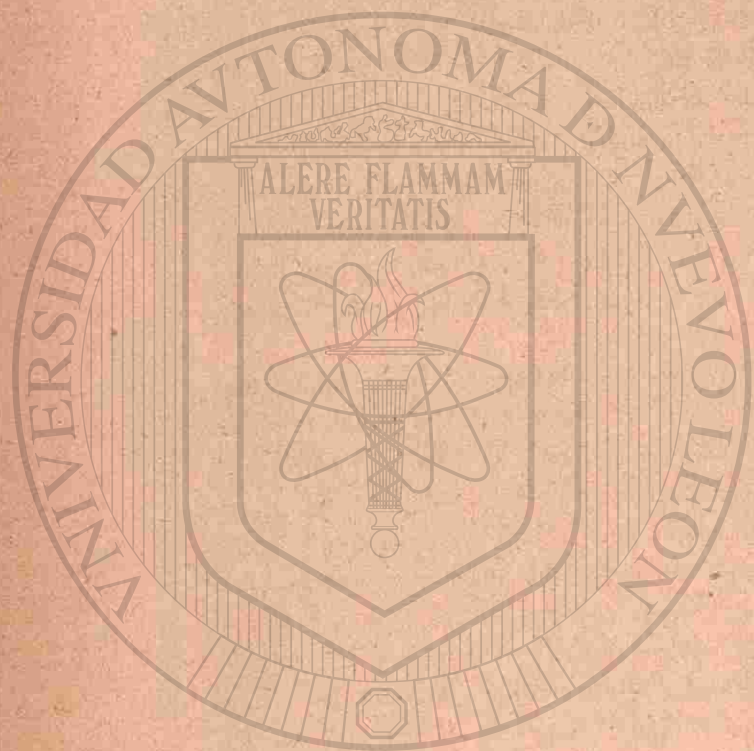
Era muy cuidadoso de alejar de los suyos cualquier peligro que pudiese amenazar, aun ligeramente, á la pureza. Al entrar en la casa de Colorno, advirtió que había una imagen de pincel

excelente, pero no muy modesta: mandóla quitar de allí, y no se sabe lo que hizo de ella: lo cierto es que no se la volvió á ver. «Prefería» dice el P. Nicolás Grassi<sup>1</sup>, «las imágenes devotas á las de belleza artística: y así hizo desaparecer de la casa de Colorno una pintura religiosa de buen autor.» En el Padre tenían los novicios un ejemplar de modestia angelical; y con solo mirarle, se enamoraban de su honestidad. Cuando iba por las calles, llevaba siempre los ojos bajos, y las manos decentemente compuestas, ocultas bajo el manto y ocupadas de ordinario en pasar las cuentas del rosario. No visitaba á mujeres sino en caso de necesidad, y siempre con el compañero delante, y aun así despachaba todo lo más presto posible.

Uno de los testigos depone en los procesos lo siguiente acerca de su pureza: «En cuanto al voto de castidad depongo, que el Siervo de Dios en todas sus acciones, en todas sus palabras, y hasta en el más insignificante movimiento, era purísimo; y que no solamente no he notado en él la más ligera falta en esta materia, sino que siempre me ha parecido angelical su pureza. Realmente admiraban su gravedad, su gran retiro, su continente, su alejamiento de todo regalo terreno, y su guarda de los sentidos. Se veía en él claramente el uso continuo de todos los medios posibles para conservar intacta su pureza: la continua oracion, la fuga del ocio, la mortificacion de la carne, el ejercicio de profunda humildad, la privacion de regalos los más honestos y necesarios..... Esta modestia, como he dicho, verdaderamente angelical, le conciliaba veneracion y respeto de todos en todo lugar donde yo con él he vivido. En resumen he oído decir, y varias veces, á nuestros Padres que le conocieron y trataron largo tiempo, que conservó intacta la inocencia del bautismo<sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fols. 376, 378.

<sup>2</sup> *Summar.*, núm. 16, pág. 228.



### CAPÍTULO III

Los jesuitas españoles en su patria. — Su caridad durante la peste en Andalucía. — Breve de Pío VII, en que aprueba la Compañía existente en Rusia. — Enojo del ministro de Carlos IV. — Segundo extrañamiento de los jesuitas. — El nuevo hospital de Colorno. — Estudios de los novicios. — El tifus en Colorno. — Caridad del Siervo de Dios con los atacados. — Casos edificativos. — Confianza del Padre en la Providencia. — Tentativas de restauracion en la isla de Cerdeña. — El P. Piras en Cágliari. — El P. Senes y Pío VII. — Dificultades que ocurren. — Facultad de agregar á los antiguos jesuitas. — Entusiasmo de los Padres de Cerdeña.

1800 — 1801

No había aprobado el P. Pignatelli el regreso de los jesuitas españoles á su patria. Aunque por ninguna humana razon podía tacharse de imprudente aquel regreso, sancionado con una real orden y aun casi impuesto por el rey; y aunque el modo cómo fueron recibidos en España y el fruto de sus ministerios les granjeaban el amor y veneracion de todos sus compatriotas; apesar de todo esto, cuando más seguros podían fundadamente juzgarse, á deshora y sin que nadie tal cosa sospechase salió una orden del real consejo que los condenaba á abandonar segunda vez su patria y á refugiarse á Italia.

Con cuánto amor y afecto fuesen recibidos á su llegada á España, se puede inferir de un documento que trae en su *Gloria Pós-*

tuma el P. Caballero<sup>1</sup>. Como el P. Diego Ibárrén hubiese escrito á nombre suyo y de sus compañeros una carta al Sr. Obispo de Cádiz dándole las gracias por las amplias facultades que le había concedido para trabajar en su diócesis, le respondió el Venerable Prelado con estas palabras: «Puerto R., 4 de Marzo de 1800. = Muy Señor mío y de mi mayor estimacion: con ella he recibido su carta de V. de hoy 4, en la que por sí y á nombre de los demás Señores, á quienes despaché licencias de confesar, me dan gracias, que no se me deben ni admito; porque en verdad es mío el interés en el aumento de tales operarios. Sirvase V. decirlo así de mi parte con muy afectuosas expresiones á cada uno de esos Señores, que procediendo discretamente, según su costumbre, han reducido sus voces á una: y estén todos en la seguridad de que entre sus más aficionados lo es muy de veras este afecto servidor y Capellan de Vd., Q. B. S. M. = ANTONIO, Obispo de Cádiz. — Sr. D. Diego Ibárrén.»

Conciliáronse la admiracion y benevolencia de los pueblos, mayormente en Andalucía, con sus ministerios apostólicos y cristiana abnegacion. «Mientras los ingleses,» dice Gebhart<sup>2</sup>. «continuaban amenazando los puertos españoles é interceptando las comunicaciones, la fiebre amarilla, nuevo y desconocido contagio importado de América, se cebaba en las comarcas andaluzas. Entonces cuidando los enfermos y consolando á los afligidos, hallaron la muerte muchos miembros de una orden, á la que hemos visto rudamente perseguida durante el anterior reinado<sup>3</sup>. Aludimos á los Jesuitas, que habían regresado á España dos años antes.»

Por este mismo tiempo se dio en Rusia un paso de suma importancia á favor de la Compañía. Gozaba en aquel imperio de grande privanza con el emperador Pablo I el P. Gabriel Grüber<sup>4</sup>;

<sup>1</sup> Basis prima, pág. 18.

<sup>2</sup> *Hist. gen. de España*, Tomo 6.º, Cap. XI.

<sup>3</sup> Trece Padres murieron en Sevilla, doce en Cádiz, dos en el Puerto de Santa María y uno en Jerez.

<sup>4</sup> Pablo sucedió á Catalina, su madre, muerta en 20 de Noviembre

y el emperador, satisfecho cada día más del gran bien que á sus vasallos reportaban los Padres de la Compañía, trató de confiarles la direccion de otros colegios. El número de individuos aptos para la enseñanza no era suficiente para cumplir con los deseos del emperador; y el P. Grüber le hizo entender que no podrían satisfacer sus justos deseos, si no alcanzaba del Pontífice un Breve en que formalmente reconociera la Compañía en Rusia.

Poco después de la eleccion de Pío VII, el emperador escribió la siguiente carta á Su Santidad<sup>1</sup>: «Santisimo Padre: = Habiéndome manifestado el P. Grüber, de la Compañía de Jesús, que los miembros de esta Compañía deseaban ser reconocidos por Vuestra Santidad, he creído de mi deber el pedir una aprobacion formal de V. S. en favor de esta orden por la cual tengo un interés particular: y espero no les será inútil esta mi recomendacion. = Soy de V. S. respetuoso y afectisimo amigo = PABLO. = 11 de Agosto. = Gatchyna.»

Esta carta fue entregada al prelado Badossi para que la presentase á Pío VII. Hizo Badossi su viaje á Roma con gran lentitud, y sin guardar el secreto que se le había mandado. El objeto de su mision fue conocido en Roma mucho ántes del mes de Enero de 1801, en que el prelado llegó allá: lo cual dio tiempo á todos los impíos, confederados con los ministros de España, para que no dejasen piedra por mover en razon de inutilizar los esfuerzos del emperador de Rusia.

El Pontífice, gozoso al ver el celo de Pablo por el bien de la Iglesia y el empeño de estrechar sus relaciones con el Jefe de ella, queria complacerle: por otra parte una nota amenazadora y una formal protesta del embajador de España se oponían á ello. Consultó á los cardenales: creó una congregacion de cuatro de ellos, que eran conocidos por desafectos á la Compañía: y resolvió por una parte no desatender la demanda del emperador, y por otra

de 1796. Fue coronado en Moscou en Abril de 1797. Juntamente con el imperio heredó de su madre el afecto á la Compañía.

<sup>1</sup> *Hist. Albo-Russæ Soc.*, Part. III, Cap. 2. — ZALENSKI, T. II, Libro IV, Cap. V, n. 7.

limitar el Breve según las exigencias de los cuatro cardenales. El Breve fue firmado en 7 de Marzo de 1801, y remitido á Pablo juntamente con una carta del Pontífice, en la que testificaba su gratitud y benevolencia con su Majestad Imperial.

Iba dirigido al P. Francisco Kareu «presbítero y superior de la congregación de la Compañía de Jesús en el imperio de Rusia», al cual declara con dependencia exclusiva de la Santa Sede: conforme á las constituciones de la Compañía aprobada por Paulo III, le faculta para gobernarla, y á esta para ocuparse en sus ministerios como ántes de la extinción. Concluye el Papa declarando que el Breve tiene fuerza de ley, sin que obste el de Clemente XIV *Dominus ac Redemptor*, aunque solo dentro de los límites de Rusia<sup>2</sup>.

Grande fue la alegría que produjo el Breve de Pío VII en cuantos se interesaban por el bien de la Compañía; de ella participó el P. Pignatelli á medida de las ansias en que, como dijimos, ardían en su pecho de verla prosperar y caminar hacia su completa restauración. No fue menor el despecho é indignación que produjo en los ministros de España tan fausto acontecimiento: y ya que no les fue posible otra cosa, se desahogaron con los jesuitas que con tanto celo sacrificaban sus vidas.

Cuál fuese el premio con que les remuneraron tan heroicos sacrificios, oigamos cómo lo refiere una de las víctimas<sup>3</sup>: «No pasaron dos años desde el regreso de los últimos, cuando conocimos habernos engañado enormemente en contar con la seguridad de la fe pública, observada y respetada aun en las naciones bárbaras y entre enemigos declarados. Sin alegar motivo alguno, expidió el gobernador del Consejo una orden circular en nombre del Rey á todas las provincias, para que en término de ocho días saliésemos de ellas todos los ex-jesuitas, y nos presentásemos en

<sup>2</sup> El P. Kareu sucedió al P. Lenkiewicz, que había muerto en 10 de Noviembre de 1798: fue elegido en 1.º de Febrero de 1799.

<sup>3</sup> ZALENSKI, Tomo II, Lib. IV, Cap. VI.

<sup>3</sup> P. JUAN JOSÉ TOLRÁ, *Reclamación de tres ex-jesuitas españoles residentes en la península.*

Alicante ó Barcelona, donde se nos comunicarían nuevas órdenes de S. M.; previniendo, que durante el viaje se nos daría alojamiento *gratis* donde no hubiese casa religiosa, y encargando á las justicias, que se nos vendiesen los víveres á los precios corrientes. ¡Notable prevención y generosidad!»

«Muchos se pusieron en camino sin la menor dilación, algunos á los setenta y más años de edad; otros á pie con la mochila al hombro; otros en carros y galeras; de cuyas resultas enfermaron varios, que quedaron en los hospitales de su tránsito, donde algunos murieron. Los que estábamos más distantes de los puertos señalados, suplicamos á dicho gobernador del Consejo, mandase proporcionar los medios para costear el viaje, que no podíamos hacer á pie; á que respondió, que no tenía fondos para eso, y que obedeciésemos prontamente: pero no nos permitieron ejercitar esta obediencia ciega (tan acriminada á los Jesuitas) las justicias y superiores locales de las ciudades y pueblos en que algunos nos hallábamos; y representaron con testimonios de los facultativos públicos, que unos por la deficiencia de la edad, y otros por el quebranto de la salud, no podíamos emprender camino tan largo sin manifiesto peligro de la vida; á lo que no recibieron contestación alguna; y por lo mismo no nos dieron licencia para salir.»

«Todos los demás fueron segunda vez transportados á Italia, hechos el objeto de la general compasión y el desengaño práctico de no pocos, ántes dudosos, y aun adversos, que de la injusticia de esta segunda expulsión arguyeron la de la primera, y vieron la perfidia é inhumanidad, con que fue violado el crédito y dignidad de la palabra Real, arrancados tantos ancianos del seno de sus familias, y arrojados á un país, que ya revolucionado por los franceses, no podía ofrecerles la antigua hospitalidad, sino el continuo peligro de ser víctimas del hambre, de la rapacidad y de la tiranía.»

Todas las circunstancias de esta segunda expulsión, más cruel é inhumana que la de 1767, manifiestan que su origen y motivo no pudo ser sino un arranque de despecho y de venganza por el

Breve concedido por Su Santidad al emperador de Rusia contra las reclamaciones y amenazas del ministro español en Roma. Toda fue obra de la malignidad de los ministros del rey, pues él nada supo de tal decreto expedido en su nombre, como de sus reales labios se lo oyeron muchos Padres algunos años después, entre ellos el P. José Masden, que lo dejó escrito de su mano. «El Rey Carlos IV me ha dicho,» escribe, «que nada supo de tal destierro; y que solo convino en que los Jesuítas, enamorados de Italia, pudiesen volver á ella.»

No sorprendió esta calamidad de sus hermanos al P. José, pues tan de antemano la había previsto; pero lastimó grandemente su tierno y bondadoso corazón, que sentía los trabajos de los suyos como una amorosa madre los de sus hijos. Templóse sin embargo su dolor al saber el favorable resultado producido en el pueblo español por la residencia, aunque de duración tan corta, de los jesuítas en su patria. «Tuvo,» dice el P. Luengo<sup>1</sup>, «muy estimable efecto la entrada en España de ochocientos jesuítas españoles, aunque fueron segunda vez desterrados, exceptuando pocos amigos ya ancianos. Los españoles generalmente, (y era preciso que así sucediese,) no miraban á los jesuítas sino como unos monstruos con todos los vicios imaginables. Y ¡cuántos se desengañaron teniéndoles dentro de sus pueblos y de sus casas, y tratándoles de cerca, y viendo y observando su buen proceder en todo y su piadosa conducta!»

Pero volvamos á Colorno. Desde que estuvo terminado el hospital y dotado por el duque, este ofreció al P. Pignatelli la administración y dirección de este pío establecimiento. Aceptó el Padre la dirección en todo lo que concernía á la asistencia espiritual de los enfermos; mas por ningunos ruegos se logró persuadirle á que se encargase de la administración temporal, como cosa que creía ajena de su vocación é instituto. Lo único que hizo fue presentar al duque para tal cargo al piadoso sacerdote, penitente suyo, D. José Tarchioni, quien más por obedecer

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 40, pág. 274.

á su confesor, que por ninguna esperanza de interés ó recompensa humana, aceptó el cargo de administrador. De este caritativo sacerdote refiere el H. José Grassi, que no solamente prestaba sus cuidados sin retribución y por solo espíritu de caridad, sino «que contribuía,» dice<sup>1</sup>, «con su dinero, como he sabido: y á hacer esto le movieron el ejemplo y las instancias del Siervo de Dios; el cual, cuando hablaba de esta buena obra, atribuía el mérito de ella al mencionado bonísimo sacerdote.» Y Pedro Longhi añade<sup>2</sup>: «Era yo cajero del nuevo hospital de Colorno: y por esto digo que el P. Pignatelli tuvo parte en su erección ya con consejos ya con dinero: y sé que el difunto Tarchioni contribuyó con la suma de cuatro mil libras antiguas, que desembolsó el día 20 de Julio de 1801 en mis propias manos: pero yo sospecho que este donativo venía del Padre; porque estaba yo bien persuadido que no alcanzaban á tanto las facultades del Sr. Tarchioni.»

Esta sospecha de Longhi se hace más verosímil por lo que depone el cirujano Lorenzo Cugini acerca del secreto con que en esta obra procedió el Padre. «Vistos,» dice<sup>3</sup>, «los registros del hospital de San Mauro, he hallado que no se hace en ellos mención del P. Pignatelli: pero en los tiempos de mi juventud era voz pública que este hospital fue fundado por el Duque á instancias del Padre.»

En cuanto estuvo abierto el hospital y lo frecuentaron los pobres enfermos, empezó el P. José á dar mayor desahogo á su ardiente celo, y abrió, como se ha indicado, nuevo campo á sus novicios, donde se ensayasen á ejercitar su caridad y misericordia con el prójimo.

Por apremiantes que fuesen sus ocupaciones, nunca omitió el visitar dos veces al día á sus enfermos, acompañado de los novicios, para que estos aprendiesen prácticamente la manera de

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 147.

<sup>2</sup> *Process. Parm.*, fol. 211. b).

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 563.

servirlos y de ayudarlos en el espíritu. En cada visita recorría el hospital de un cabo á otro, no de prisa, sino con pausa, acercándose á las camas y dispensando á cada doliente el consuelo y auxilio de que más necesitaba. Con breves, pero muy graves razones, los exhortaba á la paciencia, los instruía en lo necesario para salvarse, procuraba enfervorizarlos, y sobre todo les recomendaba la resignacion en la voluntad de Dios y la práctica de unir sus padecimientos á las penas acerbísimas del Redentor, para participar así de la virtud y eficacia de sus méritos é impetrar más fácilmente las gracias necesarias para salvarse.

Tenía dada orden á los sirvientes de que apenas viesen que empeoraba un enfermo de suerte que á juicio del médico fuese notable la gravedad del mal ó peligrase su vida, le enviasen recado al punto á cualquier hora que fuese del día ó de la noche. En efecto acudía sin dilacion al recibirlo, y disponía al enfermo con fervorosisimas palabras á recibir en aquel extremo los Santos Sacramentos, que le administraba él mismo; y ya no se apartaba de su cabecera, pasando allí días y noches, si era menester, sin cesar de sugerirle actos y coloquios de amor de Dios, hasta que después de espirar, le cerraba los ojos y encomendaba el alma á su Criador.

Tan perfectamente se formaron los novicios en el espíritu de su vocacion ya en el primer año del noviciado, que no creyó el P. Pignatelli hubiese de perjudicarles el estudio de las letras humanas: por lo cual en vista de la necesidad en que los convictos del Parmesano se hallaban de maestros jóvenes y dotados de fuerzas para resistir el improbo trabajo de las clases inferiores, pidió al P. Provincial que le permitiese abrir clases en Colorno, en que se dedicasen los novicios de segundo año al estudio de las letras.

Concedióselo el P. Provincial; y tambien accedió á otra demanda que le hizo el Siervo de Dios, y fue, que le enviase para profesor al P. Luis Fortis, á quien tenía por el hombre de gusto más exquisito en la literatura griega, latina é italiana de cuantos á la sazón vivían en Parma, y tal vez en toda Italia; y lo que era

más, por varon de fervoroso espíritu y grandemente ejemplar. Bajo la direccion de tal maestro y abastecidos de cuantos libros podían serles provechosos, aquellos jóvenes hicieron rápidos progresos en las letras sin aflojar un punto en el ejercicio de las virtudes religiosas, de las cuales el P. Pignatelli les daba continuos y cada dia más heroicos ejemplos, como se entenderá por lo que vamos á referir.

Á los pocos meses de abierto el hospital, se declaró en él el tifus, que se propagó por Colorno y más aún por sus alrededores; y el P. Pignatelli se aprovechó de aquella ocasion para ofrecer á Dios su vida en sacrificio, expendiéndola sin reserva en servicio de los enfermos. Prohibió á los novicios poner el pie en el hospital, cargando él solo con todo el peso y exponiéndose á todo peligro, con el propósito que formó de no volver á casa si contraía la peste y de quedarse á morir allí con sus pobres, por no comprometer la salud y vida de sus súbditos.

Entretanto recorriendo la ciudad y su campiña en busca de los enfermos, que yacían en abandono, acomodábalos lo menos mal que era posible en unas como angarillas, y los mandaba transportar en brazos de hombres al hospital, donde no había ternura de corazon de madre que no les prodigara con el socorro de las necesidades de alma y cuerpo, que eran igualmente extremas. No se sabía cómo pudiese sostener tan improbo trabajo, que no aflojó un momento ni un grado siquiera todo el tiempo que duró la infeccion. Estaba día y noche en movimiento, y con un pie, por expresarme así, en el aire, pronto á acudir adonde la necesidad le llamaba, y esto con tan poca salud y tan maltratado de sus continuos achaques, que parecía un milagro de su celo el durar en tal tirantez de espíritu, y trabajar tanto, que muchos operarios de mejor fibra y más sana complexion no habrían podido imitarle sin sucumbir á poco irremediamente. No había ministerio, por laborioso y repugnante que fuese, á que no se dedicara con prontitud y alegría. Curaba por sí mismo á los enfermos, vendábales las llagas, los limpiaba, los llevaba en brazos con ayuda de los sirvientes de una parte á

otra: y cuando ya le oprimía el cansancio y no podía tenerse en pie, sentábase junto á una cama, y apoyando la cabeza, tomaba un ligerísimo sueño.

Pasmábase la gente de Colorno á la vista de tales ejemplos de mortificación y humildad, y se hacían lenguas en su elogio, no pudiendo comprender lo que tenían ante los ojos, que un hombre, como ellos decían, de sangre de príncipes y Grandes de España, con tantos títulos y riquezas en su casa, hubiese llegado por amor del prójimo á tanto abajamiento y á emplearse en cosas que un pobre andrajoso y mercenario se desdenaría de hacer.

Pero más les quedaba que ver aún. Al principio de la mayor mortandad, el primero á quien le tocó la suerte fue un hombre, á quien entre muchos otros envió el P. Pignatelli desde el hospital al cielo; al cual amortajado y puesto en el ataúd, bajáronle al patio, donde á poco tiempo le rodeó multitud de curiosos. Ya estaban allí los sacerdotes que le habían de acompañar á la parroquia: mas fuese por miedo de contagiarse, ó por natural repugnancia de tocar á un muerto, de cuantos allí estaban ni uno siquiera se prestó al caritativo oficio de trasladarle á la iglesia parroquial. Todos se miraban unos á otros, pero ninguno se movía; hasta que viendo aquella inacción el P. Pignatelli, hizo una seña al sacerdote D. José Tarchioni, administrador del hospital, y echando mano los dos á un tiempo, cargaron con el ataúd sobre los hombros. Al ver aquello tres hombres de los presentes, acudieron á ayudarlos: y muchas devotas mujeres rogaron también al P. Pignatelli que las dejase ponerse en su lugar; lo que rehusado por el Padre, dio motivo á que se volviesen aquellas con enfado á los circunstantes, y les echasen en rostro su cobardía y el haber permitido que el P. José llevase aquel peso y padeciera aquel trabajo.

No fue esta la única vez que dio ejemplo de tan humilde caridad. A pocos días murió otro; y, como la primera vez, no se encontró quien quisiera cargar con él; por lo que tuvieron que hacerlo el P. Pignatelli y Tarchioni con dos dependientes del hospital movidos de su heroico ejemplo. Uno de los que ayuda-

ron al P. Pignatelli en este acto de caridad y misericordia, fue Fernando Benoldi, el cual depones este suceso<sup>1</sup>, y dice: «Yo llevé juntamente con el P. Pignatelli y otros dos cofrades del Rosario el cuerpo de un cofrade difunto hasta el puente del torrente de Parma.»

Al llegar con el cadáver al puente, los encontró un criado del duque, quien al principio se quedó parado mirándolos como atónito y sin saber lo que le pasaba; y cuando pudo, echó á correr, pidiendo á voces al P. Pignatelli que le permitiera ponerse en su lugar; pero el Padre se resistió, y volviéndose á Tarchioni, «Vos más bien,» le dijo, «cededle vuestro puesto.» Respondió el fervoroso sacerdote, que no lo haría jamás; y entonces el P. Pignatelli le impuso por obediencia que lo hiciese, valiéndose de la autoridad que como confesor tenía sobre él. Así el Siervo de Dios con el criado del duque y los otros dos prosiguieron el camino hasta la iglesia.

Distaba esta del hospital cuanto un extremo de la población del otro: y así, como que habían de atravesar las calles más frecuentadas, y pasar por la plaza y por delante del palacio del duque, que teniendo por sitio real á Colorno, habitaba allí buena parte del año; no podía idearse espectáculo más público ni que más llamase la atención de las gentes.

De estos dos casos, que se divulgaron por Colorno y fuera también, se habló mucho tiempo después; y las personas cristianas y de juicio hicieron justicia á la heroica virtud del Siervo de Dios. Llegó además la noticia á oídos del duque Fernando, y súpola tal vez por el mismo familiar que participó del mérito de la buena obra, y no pudo contenerse, diciendo conmovido: «¡Ah! ¡el P. Pignatelli es un santo!» Y con todo esto, mientras que á los demás parecía gran cosa, á los ojos del Siervo de Dios era tan pequeña é insignificante, que se maravillaba no poco de que tanto la admirasen.

Volviendo á casa una de las veces en que le había pasado lo

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 412.



mismo, los novicios, que ya sabían algo, le pidieron en recreación que se lo refiriese más por extenso; y el Padre, sonriéndose, les dijo: «¿Qué queréis que os cuente? Murió uno en el hospital, y no hallándose quien quisiese llevarlo á la iglesia, lo he llevado yo: aquí tenéis la grande historia,» tomando así á juego lo que en realidad era gran recomendación y alabanza de sus virtudes.

Otros ejemplos de la grande caridad del Siervo de Dios se registran en los procesos. Miguel Armenzoni, pobre artesano, testifica<sup>1</sup>, que por espacio de cincuenta días, que le duró el tífus, le visitó el Padre tres ó cuatro veces cada día: y «no recuerdo,» añade, «que el Padre usara de ninguna precaución para que no se le pegase.» Lo mismo afirma Luis Luca; añadiendo que además de dos ó tres visitas diarias durante los dos meses de su enfermedad tifoidea, en todo este tiempo le suministró caldo, que él no podía proporcionarse por ser un pobre jornalero<sup>2</sup>.

Rosa Bergonzi asegura haber oído referir á Mariana Persi, que estando enfermo su marido, le visitaba todos los días el Padre; añadiendo que no recuerda haber jamás oído decir que empleara medio alguno para preservarse del contagio<sup>3</sup>. Admirábanse los colorneses de tanta seguridad del Padre; y este, preguntado un día por Pedro Mazzera cómo no temía que se le pegase el mal, poniéndose el Padre la mano al pecho, le dijo: «Aquí dentro traigo el remedio:» y al decir esto sacó el crucifijo que llevaba al pecho<sup>4</sup>.

Así ejercitaba el fervoroso é incansable Siervo de Dios su ardiente caridad con los desgraciados, sosteniéndole el Señor con especial asistencia las debilitadas fuerzas del cuerpo con abundancia de consuelos espirituales, y premiando sus servicios con el galardón que él más estimaba, esto es, con hacer que los

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 396.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 513.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 466.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 243.

miembros de la religion de Ignacio resucitasen á nueva vida. Hablo de la restauración intentada y realizada en Cerdeña: en la cual tengo para mí, (aunque carezco de documentos positivos para demostrarlo), que tomó parte, y no poco principal, el Padre Pignatelli, ó directamente por sí mismo, ó indirectamente por mediación del duque D. Fernando. Lloraba Carlos Manuel los males gravísimos que ocasionaban á su pueblo, y en especial á la juventud las perversas doctrinas importadas de allende los Alpes; y deseoso de oponer un fuerte dique á aquel torrente devastador, pensó seriamente en los medios más eficaces para ello, y juzgó que el más poderoso sería devolver á la juventud sus antiguos maestros los jesuitas.

Maduro ya el designio, lo presentó el año de 1801 al Sumo Pontífice Pío VII, y este lo aprobó con un oráculo de viva voz; y en cuanto al modo de ejecutarlo, dijo que se debía proceder con suma circunspección y cautela. Dio su consentimiento para que se abriesen de nuevo en Cerdeña las antiguas casas y colegios, se admitiesen novicios, y se profesara por todos el Instituto de San Ignacio, bajo la dirección y obediencia del Preposito General existente en Rusia, confirmado poco ántes con un Breve apostólico.

Significó sin embargo su deseo de que los Padres no vistiesen la sotana de la Compañía ni hiciesen gran ruido en público con su reunión ni con la licencia obtenida para esto de la Santa Sede, á fin de no exasperar á los ministros del rey de España, Carlos IV, que se habían alarmado no poco con el Breve expedido al General en Rusia, y mucho más con la intimación que por medio de su Nuncio en Madrid había hecho Su Santidad al rey, diciéndole que tenía un deber apremiante de conciencia de llamar á la Compañía de Jesús á sus estados por lo mismo que injustamente la había lanzado de ellos su antecesor y padre Carlos III.

Conformándose el rey Carlos Manuel á los sabios consejos del Pontífice, escribió al príncipe su hermano, que como virrey de Cerdeña residía en Cagliari, á fin de que en unión con los

obispos del reino avivara secretamente el negocio: y al propio tiempo envió noticia de todo al P. Luis Panizzoni, Provincial en el ducado de Parma, y le dio la comision de negociar con el P. General la agregacion de los jesuitas de Cerdeña y del nombramiento de superiores.

No tardó el P. Panizzoni en secundar los deseos del rey, y segun las facultades recibidas del Vicario General, el día 31 de Julio de 1801 expidió al P. José Piras, varon de rara prudencia y mucha virtud, la patente de Vice-Provincial de Cerdeña, juntamente con una breve instruccion sobre el método con que debía proceder en reunir á los Padres, que sobrevivian aún á la abolicion, y hacerles renovar los votos y la profesion religiosa, así como tambien en admitir novicios y aceptar casas y colegios: y de todo esto envió copia al rey Carlos Manuel, con carta en que le rendía el más humilde hacimiento de gracias.

Hizose todo esto con tan profunda reserva, que los Padres de Cerdeña no tuvieron de ello el menor barrunto: por lo que no es decible la admiracion, el consuelo y la alegría que les ocasionaron las disposiciones del P. Panizzoni y las anteriores del virrey; y la mejor prueba será copiar aquí parte de la carta, que con fecha 22 de Agosto escribía el P. Piras en respuesta á la del P. Panizzoni, la que confirmará de paso la exactitud de todo lo hasta aquí referido.

«A 17 de Agosto corriente recibí,» dice él, «la favorecida de V. R. de 31 de Julio próximo pasado, en la que me decía haber comunicado á nuestro Soberano las facultades que para extender la Compañía en Italia y Cerdeña ha recibido de nuestro M. R. P. Vicario General, y me comunica las instrucciones que ha recibido del susodicho Nuestro Padre y los decretos de las congregaciones generales celebradas en la Rusia Blanca. Confieso que me sorprendió la carta, pues ignoraba yo semejantes disposiciones de Nuestro Padre; y mucho más, teniéndome, como me tengo, por absolutamente indigno de ocupar el puesto de Superior, con una salud corporal tan flaca, que está á la vista de todos, y con espíritu tan miserable.»

«Me aconsejé con algunos Padres más antiguos y prudentes; les expliqué todo el negocio, diciéndoles que pensaba representar á V. R. y hacerle ver mis graves inconvenientes; pero me exhortaron á que obedeciese á ciegas, me animaron con la esperanza del socorro divino, y me dijeron resueltamente que aceptase el cargo; y yo, Padre mío, que preferiría mil veces quedarme en mi oscuridad y retiro, con las lágrimas en los ojos inclino la cabeza y obedezco, confiando en la providencia de mi Jesús y en la intercesion de María.»

«Ahora voy á exponerle todas las cosas que sé, para dar principio á la debida obediencia. El día 10 del pasado Junio, mientras que yo me hallaba fuera de Cagliari, fueron llamados al palacio arzobispal cuatro de los nuestros; y el secretario de Estado, que tambien acudió, les leyó una nota ó cédula real, que decía haber Su Majestad obtenido del Sumo Pontífice la reunion de los Jesuitas en Cerdeña bajo las constituciones y reglas de su santo fundador. Dieron expresivas gracias ellos á su Alteza el príncipe virrey, y le suplicaron que hiciera sus veces con Su Majestad dándoselas en nombre de todos los Jesuitas del reino.»

«Apenas supe un suceso tan consolador, volé á la ciudad; y en seguida, ignorando todos nosotros las referidas disposiciones de nuestro P. Vicario General, nos reunimos en este seminario los profesos, que pudimos acudir, para deliberar si seria ó no conveniente enviar al rey uno de los nuestros, primero para darle gracias, y luego para pedir por su medio á Su Santidad nuestra union con la cabeza de la Compañía existente en Rusia.»

«Aprobó el príncipe esta junta, y cayendo la suerte en la persona del P. Juan Bautista Senes, profeso, no permitió su Alteza real que partiese al punto, como deseábamos, diciéndonos que era trámite de política de estado el participárselo ántes á Su Majestad, y esperar su aprobacion. En efecto, escribió el príncipe, y llegó de la corte el permiso de aquel viaje con orden de que fuese pronto y á expensas de la real casa. El P. Senes está muy bien quisto con nuestros soberanos, y la reina le distingue mucho

y le honra con sus cartas; y cuando ya estaba para hacerse á la vela, he aquí que llegó por divina providencia la carta de V. R. con sobre al P. Miguel D' Oria, en virtud de la cual se suspende toda súplica al Padre Santo; pero no se puede suspender la marcha de nuestro diputado, ordenada por Sus Majestades y exigida por los negocios temporales, de cuyo arreglo irá exclusivamente encargado el Padre, para que podamos tener casas y colegios.»

«Añado otra cosa: y es, que cuando se nos hubo comunicado la real disposicion, supimos que todos los obispos del reino tenían orden superior de preguntar á sus súbditos Jesuitas si querrian ó no volver á la religion; y en efecto los de Cágliari y de toda esta diócesis fueron llamados por el señor Arzobispo, y, á lo que sabemos, no ha habido ni uno que diga que no, con tal que la religion haya de ser la misma que ántes en todas sus partes.» Hasta aquí el P. Piras.

Á 25 de Agosto partió el P. Senes para Nápoles, donde á la sazón se hallaba la corte; y pasando por Roma, fue á besar el pie al Bmo. P. Pio VII, quien le confirmó todo cuanto había otorgado á Carlos Manuel, nególe el permiso para unirse los Padres sardos á los de Rusia, y le recomendó de nuevo toda circunspeccion y prudencia. Entraba en el plan del rey que al momento se restituyesen dos colegios, de Cágliari y de Sássari, y además el noviciado y la casa de ejercicios, para lo cual habia comunicado ya sus órdenes al príncipe; pero su voluntad tropezó con el terrible obstáculo de algunas personas, que gozando tranquilamente hacia años de parte de las casas y bienes de la Compañía, llevaban muy á mal el que se las despojase de ellos; y como generalmente eran gente principal y podían mucho en el ánimo del virrey, no les costó gran cosa el ir demorando el negocio é inventando dilaciones y protestas para que se olvidase, si fuera posible, ó se diera por irrealizable.

Dos cosas concurrieron á confirmarlos en su propósito: la muerte de la reina, que era la que con más calor promovía el restablecimiento, y la renuncia que el día 4 de Junio de 1802

hizo del trono el rey en la persona de su hermano el duque de Aosta Victorio Manuel. Con estas ocurrencias perdió el P. Piras toda esperanza de salir airoso en la empresa; y ya casi resuelto á abandonarla, escribió con gran sentimiento al P. General Kareu; pero el P. Grüber, que sucedió al P. Kareu en el generalato, en carta de 7 de Diciembre de 1802 le animó á confiar aún y á tener unidos á todos los Padres de aquel reino, agregándolos de nuevo á la Compañía.

«La carta de V. R.,» dice, «escrita el 15 de Agosto, esto es, tres días ántes de la muerte del R. P. Francisco Kareu, se me entregó á mi, elegido sucesor suyo por la congregacion general, el dia 7 de Diciembre; y en este mismo día contesté á V. R. No pierdan ánimo ni se acobarden, si las esperanzas concebidas en ese reino se difieren para otro tiempo. Yo daré á V. R. algunas noticias consoladoras. Nuestro clementísimo emperador ha recibido un Breve pontificio con el que se confirma nuevamente la Compañía en el imperio de Rusia. Además Su Santidad concede benignamente que todos aquellos que un tiempo fueron de la Compañía, y que ahora se hallan dispersos por países católicos y no católicos, puedan ser agregados de nuevo á la misma'.»

«Ahora bien, si en tal estado de cosas los Padres y Hermanos carísimos que están en ese reino, desean de corazón unirse con

<sup>1</sup> Esta facultad fue otorgada de viva voz, por las causas que refiere el mismo P. Grüber en carta de 17 de Febrero de 1803 al P. Marmaduco Stone, Provincial de Inglaterra, en que le dice: «La facultad de agregar y unir á nosotros (los de Rusia) los que se hallan en países católicos ó no católicos, nos ha sido concedida de viva voz y notificada por el Emmo. Cardenal Consalvi, Secretario de Estado, y por el P. Giorgi, teólogo de la Penitenciaría, en otro tiempo jesuita, y en la actualidad nuestro agente en Roma..... El Breve de agregacion no se expide á causa de las contrariedades que de parte del Ministro de la corte de España se levantaron contra el Sumo Pontífice por el Breve expedido para Rusia: dice (el P. Giorgi) que es necesaria gran discrecion, para no ocasionar nuevos trastornos al Padre Santo, que tan paternal afecto nos profesa, y que nos contentemos con el estado actual de las cosas, y que ya basta este para la existencia legal de la Compañía en Inglaterra.» (*Ex Regest. Epist. Praep. Gen. S. J. in Rossia.*)

nosotros y ratificar sus profesiones y votos, infórmeme Vuestra Reverencia exactamente de su nombre, patria, edad, capacidad y demás, á fin de que yo pueda resolver lo que delante del Señor juzgue convenir más á cada uno de ellos. Vuestros trabajos no serán por cierto inútiles: y si no por el camino que os proponéis, por otro seguramente serviréis á la Iglesia. Aguardo con ansiedad la contestacion á esta carta: y entretanto con paternal afecto abrazo y estrecho en mi corazón á todos esos carísimos Padres y Hermanos. — GABRIEL GRÜBER, Prepósito General de la Compañía de Jesús.»

Esta carta encendió en todos aquellos Padres un fervor maravilloso. Reuniéronse cuantos pudieron del territorio de Cagliari, y no solo reconocieron al P. Piras como Superior, sino que uno tras otro con inefable delicia de sus almas renovaron en sus manos las profesiones y votos, prontísimos, aunque ya viejos decrepitos y con enfermedades incurables, á abandonar cátedras, beneficios y prebendas y cuanto poseían en el mundo, para sujetarse de nuevo á la obediencia y pobreza religiosa. Veinte y dos fueron, quince Padres y siete Hermanos coadjutores, los que, según se lee en el catálogo enviado de Rusia, en menos de tres meses se agregaron á la Compañía, y casi todos de la parte meridional de la isla.

No menos prontos y solícitos se mostraron los de la septentrional, ó sea del cabo de Sássari; quienes al tener noticia de la facultad otorgada por el Padre Santo de agregarse á los Padres de Rusia, escribieron cartas apremiantes al P. Piras, suplicándole encarecidamente los aceptase entre los suyos, y muchos de ellos alcanzaron tal gracia, que reputaban por la mayor que pudiera concedérseles.

## CAPÍTULO IV

Conducta del Siervo de Dios con los que deseaban entrar en la Compañía y con los ex-jesuitas deseosos de retirarse al noviciado. — Son destinados á Rusia dos novicios de Colorno. — Consejos que les da el P. Pignatelli. — Á uno le vaticina sucesos futuros de su vida. — Varias predicciones del Siervo de Dios. — Los viajeros de Colorno y el embajador de Rusia en Viena. — Conjúrase un grave peligro de la Compañía. — Aprueba el P. Kareu el espíritu y el gobierno del Venerable. — Una calumnia contra el Siervo de Dios y su paciencia. — Salvacion eterna de los fallecidos en el hospital de Colorno. — Caridad del Padre con algunos enfermos de alma y cuerpo.

1801 — 1802

Aunque el noviciado de Colorno tenía un carácter privado, y según exigían las calamitosas circunstancias de los tiempos procuraba el P. Pignatelli evitar toda demostración que pudiera hacer entrar á los enemigos de la Compañía en sospechas de lo que era realmente aquel convictorio, que en nada parecía diferenciarse de los demás; sin embargo eran relativamente muchos los que conocían su verdadero objeto, y no pocos los que deseaban recogerse á formar parte de aquella fervorosa comunidad. De estos, unos eran antiguos ex-jesuitas, otros jóvenes seculares que se sentían llamados á la Compañía. El noviciado se había abierto principalmente para reclutar elemento joven, que reem-

nosotros y ratificar sus profesiones y votos, infórmeme Vuestra Reverencia exactamente de su nombre, patria, edad, capacidad y demás, á fin de que yo pueda resolver lo que delante del Señor juzgue convenir más á cada uno de ellos. Vuestros trabajos no serán por cierto inútiles: y si no por el camino que os proponéis, por otro seguramente serviréis á la Iglesia. Aguardo con ansiedad la contestacion á esta carta: y entretanto con paternal afecto abrazo y estrecho en mi corazón á todos esos carísimos Padres y Hermanos. — GABRIEL GRÜBER, Prepósito General de la Compañía de Jesús.»

Esta carta encendió en todos aquellos Padres un fervor maravilloso. Reuniéronse cuantos pudieron del territorio de Cagliari, y no solo reconocieron al P. Piras como Superior, sino que uno tras otro con inefable delicia de sus almas renovaron en sus manos las profesiones y votos, prontísimos, aunque ya viejos decrepitos y con enfermedades incurables, á abandonar cátedras, beneficios y prebendas y cuanto poseían en el mundo, para sujetarse de nuevo á la obediencia y pobreza religiosa. Veinte y dos fueron, quince Padres y siete Hermanos coadjutores, los que, según se lee en el catálogo enviado de Rusia, en menos de tres meses se agregaron á la Compañía, y casi todos de la parte meridional de la isla.

No menos prontos y solícitos se mostraron los de la septentrional, ó sea del cabo de Sássari; quienes al tener noticia de la facultad otorgada por el Padre Santo de agregarse á los Padres de Rusia, escribieron cartas apremiantes al P. Piras, suplicándole encarecidamente los aceptase entre los suyos, y muchos de ellos alcanzaron tal gracia, que reputaban por la mayor que pudiera concedérseles.

## CAPÍTULO IV

Conducta del Siervo de Dios con los que deseaban entrar en la Compañía y con los ex-jesuitas deseosos de retirarse al noviciado. — Son destinados á Rusia dos novicios de Colorno. — Consejos que les da el P. Pignatelli. — Á uno le vaticina sucesos futuros de su vida. — Varias predicciones del Siervo de Dios. — Los viajeros de Colorno y el embajador de Rusia en Viena. — Conjúrase un grave peligro de la Compañía. — Aprueba el P. Kareu el espíritu y el gobierno del Venerable. — Una calumnia contra el Siervo de Dios y su paciencia. — Salvacion eterna de los fallecidos en el hospital de Colorno. — Caridad del Padre con algunos enfermos de alma y cuerpo.

1801 — 1802

Aunque el noviciado de Colorno tenía un carácter privado, y según exigían las calamitosas circunstancias de los tiempos procuraba el P. Pignatelli evitar toda demostración que pudiera hacer entrar á los enemigos de la Compañía en sospechas de lo que era realmente aquel convictorio, que en nada parecía diferenciarse de los demás; sin embargo eran relativamente muchos los que conocían su verdadero objeto, y no pocos los que deseaban recogerse á formar parte de aquella fervorosa comunidad. De estos, unos eran antiguos ex-jesuitas, otros jóvenes seculares que se sentían llamados á la Compañía. El noviciado se había abierto principalmente para reclutar elemento joven, que reem-

plazase á los antiguos jesuitas, que una muerte no lejána había de hacer desaparecer.

En admitir á los nuevos candidatos se mostraba fácil el Padre José, á pesar de su pobreza y de la estrechez del local; pero exigía de ellos que tuviesen exacto conocimiento de la nueva vida que deseaban abrazar, de las dificultades que tendrían que vencer y de la elevada perfección á que debían aspirar. Si se sentían con aliento para tan ardua empresa, admitíalos gustoso; y cerrábalas las puertas, si los veía pusilánimes y sin vigor. Buen testimonio de esta verdad será una carta, que por este tiempo escribió á un sacerdote que deseaba entrar en la Compañía<sup>1</sup>. En ella le dice así:

«Amadísimo Señor Don Domingo Venturi, Padua. — La muy juiciosa carta de V. y la respetable autoridad de los Sres. Mozzi y Perocci desvanecen por completo toda sospecha de liviandad, que, según parece, recela V. se ha de oponer á su solicitud. Con todo no tome V. á mal, mi amadísimo Don Domingo, le ruegue también yo que haga el más riguroso exámen acerca de la naturaleza de la obligación que pretende contraer.»

«El método de vida no ofrece en lo de fuera rigor particular; pero bien considerado, se halla ser más austero de lo que á primera vista indicaba. Ultra de los vínculos comunes á todas las órdenes religiosas, el no tener este género de milicia (esto es, la Compañía) ni cuartel ni guarnición estable, sino tener que moverse como y cuando y adonde se le ordena, en atención al mayor y mejor servicio del Señor; la puntual observancia de la Ordenanza; la absoluta igualdad en lo que toca al rancho, al uniforme, al cuartel, entre el recluta de hoy y el veterano, entre la oficialidad y el simple soldado; los trabajos, angustias y tribulaciones espirituales y corporales á que su oficio le sujeta, de lo

<sup>1</sup> El original de esta carta y de otras tres del Siervo de Dios al Padre Venturi se halla en el archivo de la Residencia que los Padres sicilianos tienen en Syros (Grecia). Debo una copia de ellas á la caridad del P. Alberto Amico, Provincial de Sicilia.

cual, amigo mío, en la actualidad ve V. palpables ejemplos, y puede estar seguro que jamás le faltarán otros análogos, puesto que ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad le faltaron; todo esto hace este negocio digno de gran consideración.»

«Si á pesar de esto, V. después de haberlo visto y considerado todo, confiado en la divina gracia, se halla firme y resuelto; en vista de la graciosa licencia de S. E. Revma., siempre y cuando S. E. Revma., superior y dueño de V. no menos que mío, le otorgue su santa bendición, puede venirse á este pobre convictorio, con la seguridad que será recibido con los brazos abiertos por este su servidor y sincero amigo, y con la más cordial y franca acogida por todos los sujetos que habitan en este pequeño tugurio. No le espante, carísimo amigo, este nombre: tal es como le digo; pero por la divina misericordia es mansión de paz y de tranquilidad.»

«Y V., amadísimo Sr. D. Domingo, encomiéndeme al Señor, y hónreme con sus órdenes, y créame que me tendré siempre por dichoso en ser y mostrarme de V., queridísimo D. Domingo, — Afectísimo y muy obligado servidor y amigo — JOSÉ PIGNATELLI. — Colorno, 21 de Setiembre de 1801.»

Con los Padres que sobrevivían á la extinción, se excusaba con lo reducido del local y los remitía á mejores tiempos, que esperaba no tardarían en llegar. Véase en la carta siguiente á un Padre residente en Roma cómo se expresa sobre este particular.

«Colorno, 1 de Setiembre 1801. — Amado amigo. Por el de España recibí anteayer la de nuestro D. Domingo Esparza<sup>1</sup>; y hoy por el ordinario la de V. del 22, en que de ella me avisa. Incluyo á V. la respuesta que podrá incluirle. Nada me habla de venirse por acá: todo vase sobre otra dependencia. Fue mi conovicio; y conservándose cual V. me dice y con tales deseos, lo hubiera podido proponer para el convicto del Borgo San Dominó, adonde vendrá de ahí un Barranca<sup>2</sup>, que V. conocerá.»

<sup>1</sup> Vivía en Civitavecchia.

<sup>2</sup> P. Juan Bautista, natural de Castellón del Duque en el reino de

«Aquí está mi *casuchia*: es tal, que no presta un recovijo: á no ser tal, acogiera con mil amores los hermanos que lo desearan. Demos tiempo al tiempo, y dejemos obrar á quien todo lo manda y todo lo puede.»

«Entretanto celebro que se halle V. tan bien situado, y D.<sup>a</sup> Jacinta tan guapa. Dios la conserve: dígala V. mis obsequios y respetos, como á D. Clemente y Leonida. De nuevo no supiera á V. qué decirle; que ando en una semi-Tebaida, y no me pesa. Cuatro sacerdotes, dos entre ellos de esta casa, emprendieron su derrotero á Plozco [ó Polotsk], donde los quiso aviar mi Viejo<sup>1</sup>. Encomiéndelos al Señor, sin olvidarme á mí y compañeros. No hay lugar á más. — Tuus — J. PIGNATELLI<sup>2</sup>.»

De otra mano se halla escrita en el mismo papel una esquila, que dice así: «Roma, 12 de Setiembre. Esta es la carta que me envía D. Josef; y de ella infiero, que el asunto de que V. le ha escrito, no era el que yo me había figurado, esto es, de ir V. allá. Le incluyo la respuesta de él á V. He corregido en la mía algunas letras tan mal formadas de D. Josef, que apenas podían leerse. Esta correccion podrá servir para la inteligencia de la inclusa, si estuviere tan mal escrita como esta. Deseo saber si González ha recibido ya su carta; pues no puedo instar aquí sin haber tenido ántes noticias de haberla ó no recibido ahí. Vale. Tuus. C.<sup>3</sup>.»

Valencia: nació en 1.<sup>o</sup> de Enero de 1744; entró en la Compañía en 27 de Setiembre de 1761; hizo la profesion en 2 de Febrero de 1815 y murió en Valencia en 1821.

<sup>1</sup> En la carta se lee la siguiente nota: «El viejo, de quien habla don Josef al fin de esta carta, es Panizzoni, que es el que dirige estos intereses. D.<sup>a</sup> Jacinta es la señora de esta casa, que estuvo enferma; y los otros (esto es, Clemente y Leonida) son sus hijos.»

<sup>2</sup> Esta carta se halló por casualidad en un libro de la biblioteca de los Padres de Valencia enviado á Gandía.

<sup>3</sup> Inicial, según entiendo, de Carchano (P. Francisco), natural de Gorga en la provincia de Alicante: nació el 18 de Marzo de 1747; entró en la Compañía el 3 de Marzo de 1760, á los trece años menos quince días de su edad; hizo la profesion en 15 de Agosto de 1816, y murió en Manresa el 24 de Agosto de 1831. El P. Joaquin Carchano, Superior de

Dice en su carta el Siervo de Dios que acababan de emprender su derrotero para Rusia dos sacerdotes del noviciado de Colorno. Eran estos dos de los primeros novicios, que aquí se admitieron, y pasaban á Polotsk para hacer allí los votos, y perfeccionar sus estudios. Sus nombres eran Juan Antonio Grassi y Antonio Soranzo. Al despedirlos entrególes el P. Pignatelli una carta para el P. Vicario Kareu, en la cual con sencillez y humildad de novicio le daba menuda cuenta de su espíritu, de los deseos que tenía de trabajar en bien y aumento de la renaciente Compañía, de su método en la formación de los novicios, y de su manera de gobernar la casa de Colorno, suplicándole encarecidamente se dignase corregirle en lo que anduviera desacertado y sancionar con su aprobacion si algo había que la mereciese.

Entre los varios avisos que dio á estos dos Padres, merece especial atención uno que descubre la gran prudencia del Padre José. Los jóvenes religiosos, al salir del retiro del noviciado, fácilmente condenan por relajacion ó abuso todo lo que no se ajusta con la estrechez y costumbres de la casa de donde salen. Parece que en la frigidísima region á la cual eran enviados estos jóvenes, se acostumbraba tomar una bebida fuerte al principio de la comida, con el fin de dar calor al estómago, para que pudiese recibir los alimentos.

Previó el Padre, que esto podía causar escándalo á sus novicios; y los preparó para que no lo recibiesen. Así lo testifica el P. Grassi: «Diome,» dice<sup>1</sup>, «muy prudentes avisos: y entre ellos que me procurase adaptar á los usos de aquella Provincia Rusa, y en particular al de tomar la copita de aguardiente, que se acostumbra dar ántes de la comida. Y me hizo observar, que cuando en una comunidad regular se ha introducido un uso, no se ha introducido sin buenas razones.» Hasta aquí el P. Grassi.

Gandía, de cuyo abuelo paterno fue hermano el P. Francisco, es el que me dio noticia de la carta del Siervo de Dios.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 945.

Al mismo Padre predijo en estos últimos instantes su vuelta á Italia. Refería muchos años después dicho P. Grassi, que cuando le despidió el P. Pignatelli para Rusia, al darle la bendición, se dirigió á él con plácido semblante, y le dijo lleno de dulzura: «Ahora os vais lejos de nosotros; pero acordaos de lo que os digo, que á su tiempo habéis de volver á Italia á servir con vuestros trabajos á la Compañía ya restaurada.»

La verdad de estas palabras demostráronla los hechos. Fue á Rusia, y al cabo de algunos años recibió una destinacion de los Superiores, que parecía quitarle toda esperanza de volver á Italia; pues habiendo ido á San Petersburgo en el año 1804, recibió orden de prepararse para la mision de Astracan, que á pocos días se le conmutó con la de la China, de donde algunos Padres que vivían aún y eran de los antiguos, habían pedido un refuerzo de operarios que los ayudasen á trabajar en Pekin. Emprendió, pues, su viaje, y atravesando la Suecia y costeadó la Noruega y Dinamarca, pasó á Inglaterra, y de allí, por no haber medio de pasar á la China, fue á Portugal, y estuvo unos dos años en Lisboa, esperando siempre inútilmente el pasaje de la India.

Desde Portugal navegó de nuevo para Inglaterra, después pasó á Irlanda, y cuando estaba ya para volver á Rusia y desde allí entrar en China por tierra, finalmente al cabo de seis años de idas y venidas, á 3 de Agosto de 1810 zarpó para América del norte, donde se empleó con mucha utilidad de sus prójimos y gloria de Dios viviendo en los Estados Unidos bastantes años.

Estando allí, el día 9 de Diciembre de 1814 recibió con indecible consuelo de su alma la Bula *Sollicitudo*, con la que el Sumo Pontífice Pío VII restableció la Compañía de Jesús en toda la Iglesia. Por último enviado á Europa en 1817 para tratar los negocios de aquella mision, pasó á Italia, donde fue definitivamente detenido, y trabajó hasta su muerte, ocupado casi siempre en cargos de gobierno con gran provecho de la Compañía.

«Referíame él mismo,» añade el P. Boero, «que en tantos y tan largos viajes de mar y tierra fueron muchos y muy graves los peligros y padecimientos con que tuvo que luchar; furiosos

vientos, embravecidas tormentas, escollos y bancos de arena, montañas de hielo que embestían al buque, pasajes de ríos rápidos y peligrosos, despeñaderos y precipicios horribles, encuentros con asesinos y corsarios, y á más de todo esto enfermedades de muerte, declaradas incurables por los médicos; y sin embargo, en medio de tantas vicisitudes y de riesgos tan inminentes, teniendo clavadas en el ánimo las palabras oídas del P. Pignatelli al salir para Rusia, no sintió jamás ni ligera turbación ó temor de perder la vida, segurísimo de volver á Italia y de que se realizaría la prediccion de su maestro.

Testifica el mismo P. Grassi que todo lo que le profetizó al despedirle para Rusia, lo dijo sabiendo que los médicos le habían declarado tísico incurable. También dejó memoria de otro hecho, que voy á referir con sus mismas palabras: Dice así: «El P. Pignatelli, siendo yo novicio y recién ordenado sacerdote, me condujo al real Palacio de Parma para presentarme al Sr. Obispo Diosdado Turchi; y hallándole ocupado en rezar el oficio divino, «Vamos,» dice, «á la iglesia á visitar el Santísimo Sacramento, y luego volveremos.» Mientras estábamos allí y el Siervo de Dios oraba con gran recogimiento y devocion delante del altar mayor, entró en el templo un entierro con el cadáver de una joven.»

«Es de saber, que aquel mismo día el Padre había recibido de Bolonia la noticia de la muerte del Hermano coadjutor Fernando Gutiérrez, y había dado orden á los novicios de que al día siguiente aplicasen la comunión por el alma del difunto. Pues al llegar la noche, me llamó aparte, y me dijo estas precisas palabras: «No apliquéis mañana la misa por el Hermano Fernando, que no la necesita, y sí por aquella difunta, que hemos visto en la iglesia, porque tiene suma necesidad; y dicho esto calló.» Hasta aquí el P. Grassi.

Que estuviese el P. José dotado por Dios ya en este tiempo del don de conocer las cosas naturalmente imposibles de saber, demuéstranlo, además de lo dicho, otra gran multitud de predicciones, de las cuales referiré algunas de las más ciertas.



Fue á Colorno con ánimo de entrar en la Compañía José de los Condes Baldi, jóven boloñés, de treinta años de edad, de ilustre, pero arruinada, familia<sup>1</sup>: y mientras estaba aún cumpliendo la que llamamos «primera probacion,» esto es, en los primeros quince días de su estancia en Colorno, recibió la noticia de que su padre se hallaba gravemente enfermo; la cual produjo, como era natural, en su alma un afecto de viva y tierna compasion hacia sus hermanas, que con la muerte del padre iban á quedar abandonadas y casi por puertas. Todo se lo refirió al P. Pignatelli, rogándole que le dejase volver á su patria para asistir á su padre y arreglar las cosas de la casa; pero el Siervo de Dios se lo disuadió, diciéndole que no faltaria en Bolonia quien hiciera sus veces, y que estuviese tranquilo.

No se calmó el jóven, y obtenida licencia del P. Provincial, Luis Panizzoni, para ir á Bolonia, se presentó á despedirse del P. Pignatelli, y prometióle que cuanto ántes pudiese, estaria de vuelta. Entonces el Padre con voz y actitud de compasion le dice: «Id enhorabuena á Bolonia, ya que así lo queréis; pero sabed que os habéis abierto el precipicio á los pies. No veréis más á vuestro padre; vuestros negocios domésticos irán de mal en peor, perderéis la gracia de la vocacion, y no volveréis acá.» Todo se cumplió á la letra; pues ántes de llegar á Bolonia, su padre era difunto; y él en lugar de dar buen sesgo á los asuntos, acabó de arruinar en breve la casa, y se inició para él una serie de miserias y contratiempos.

A otro jóven, llamado Juan Belletti, natural de Plasencia, que por demasiado apego á su madre volvió las espaldas á Dios, acompañándole hasta la puerta el P. Pignatelli, le dijo al despedirle: «¡Ay, hijo mio! No sé cuánto tiempo gozaréis de la compañía de vuestra madre.» Murió esta á los pocos meses: volvió en sí el jóven al ver la prediccion de su maestro, y pidió ser nuevamente admitido; mas no pudo alcanzarlo, porque murió al poco tiempo. Así lo depone el H. José Grassi, cuyo compañero

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 276, b).

era Belletti: este dio parte de todo lo ocurrido y de su tardío arrepentimiento al H. Florencio Grassi, quien lo refirió á su hermano carnal, José, una vez que le visitó<sup>1</sup>.

Habia enviado á Parma un novicio coadjutor para que sirviese de cocinero á los Padres del colegio de San Roque; mas á poco le tentó el demonio con tan violento hastío de la vida religiosa, que le hizo pensar seriamente en volverse al mundo. Mientras que estaba meditando la manera de ponerlo por obra, llegó el P. Pignatelli; y yendo á buscarle en la cocina, le dijo: «¿Qué tenéis, hijo mio, que estáis tan triste? ¿No estáis contento en Parma? Pues yo os llevaré de nuevo á Colorno, porque tenéis que ser de la Compañía.»

Al concluir el noviciado, comenzó los ejercicios que suelen preceder á los votos religiosos; pero seguía la repugnancia; y lo peor era, que le faltaba valor para descubrirla. Llamóle en esto el P. Pignatelli, y sin preambulo le habló así: «Con que ¿no queréis hacer los votos? ¿tenéis gran repugnancia á consagraros perpetuamente al servicio de Dios?.....» y además de penetrarle el corazon, previendo lo porvenir, añadió: «Pues á pesar de eso seréis de la Compañía, y vos mismo pediréis con instancia hacer los santos votos.»

Al verse descubierto, se contuvo por entonces; pero disuelta casi la Compañía en los estados de Parma, durante la ausencia del P. José en Nápoles, cediendo á la tentacion, se volvió á su casa. Supo á poco tiempo haberse la Compañía restablecido en las Dos Sicilias con autoridad apostólica; y se horrorizó tanto de sí mismo, que no pudiendo soportar el aguijon de la conciencia, corrió á Nápoles, y echándose á los pies del P. Pignatelli, le suplicó que le admitiese en la religion de nuevo. Aceptóle el buen Padre como á hijo extraviado que volvía á su seno; y probada con prolijas experiencias su constancia, le otorgó en el año 1806 la deseada facultad de hacer los votos.

Un Padre, llamado Nicolas Grassi, testificó que recordaba

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 276.

haberle el P. Pignatelli manifestado por tres veces lo que pasaba por su alma, sin que él le hubiese hablado palabra de ello.

Instruidos por la experiencia de mil casos particulares, los tentados contra la vocacion estaban atentísimos á las respuestas del P. Pignatelli, y segun ellas, concebían mayor ó menor seguridad de su perseverancia. Acudieron uno tras otro dos novicios á declararle una sugestion diabólica de abandonar la Compañía; y el Padre exhortó al primero á perseverar, pero no le dijo más; al paso que al segundo le animó diciéndole que presto sería de la Compañía. Y efectivamente el primero se volvió á su casa, y el otro perseveró en su vocacion.

El P. Juan Bautista PIANCIANI atestigua haber oído decir que el Padre había predicho un raro suceso al P. Ángel Mai<sup>1</sup>. El caso fue el siguiente. «Invitaron al P. Mai sus parientes á que volviera á su patria para hacerles una visita. Juzgó el P. Pignatelli que esto no convenía, y le dijo que no le faltaría ocasion de volver á su patria. Hablóse tambien sobre que le había añadido, que estaba destinado á una dignidad eclesiástica. Y ambas cosas se han realizado. Porque el jóven Mai, expulsado de aquí (del estado romano) por el gobierno francés, fijó su residencia en Milan, desde donde le era fácil visitar á sus parientes.» Este es el que más adelante fue condecorado con la púrpura cardenalicia. Acerca de la prediccion de su cardenalato no fue interrogado el P. Mai al presentarse como testigo en el proceso de Roma; y así no habló palabra de ello.

Fue una vez el P. José desde Colorno á Roma: visitó el colegio de Santa Úrsula; y rodeándole todas aquellas religiosas, que le profesaban gran veneracion, le preguntaron si la Compañía sería restaurada, y si volvería á España. Respondió el Siervo de Dios, que los Padres volverían á su tiempo á España; pero que presto habría mártires: y el que se halló presente y depones sobre el hecho, añade: «Lo dijo con demostraciones de mucho gozo; del cual yo, á la verdad, como muy niño en la virtud, no participé

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 1062.

gran cosa, y sentí verdaderamente que *durus erat hic sermo*; pero siempre me quedó impresa en la mente tal profecía, y por tal la tuve:» y luégo dice que se verificó en la matanza de religiosos ocurrida en Madrid el año de 1834.

Cierto día en la recreacion hablando de las antiguas misiones de la Compañía, se le oyó exclamar con acento de profunda pena: «¡Y tú, España! Ahora eres grande; pero día vendrá, en que te veas pequeña y dividida<sup>1</sup>.»

Al P. Nicolás Grassi, estando enfermo en Colorno y sin esperanzas de restablecerse, le dijo: «Vivirá V., y vivirá más que yo<sup>2</sup>:» y así fue, pues vivía en 1836 al formarse el proceso romano. Óigase á este propósito un caso que refiere D. Tito Cecconi. «En ocasion en que dos jóvenes escolares, discípulos suyos, el P. Nicolás Grassi y Monseñor Ángel Mai, preconizado cardenal, habian echado algunos esputos de sangre y se temía no pasasen en tísicos, el P. Pignatelli, animándolos con referirles lo que por él había pasado, solía decirles: «Yo tambien he estado en igual peligro; pero Dios me ha conservado para cruz vuestra<sup>3</sup>.»

Que al P. Fortis le predijera claramente que á su tiempo sería General, lo deponen contestes varios sujetos, como cosa muy sabida de todos los que trataron al Siervo de Dios, y lo confirmó el mismo P. Fortis; quien preguntado sobre el particular algunas veces, no supo negárselo á varios de sus compañeros, asegurando que no una vez, sino muchas, le había profetizado el P. Pignatelli aquella dignidad.

De la primera prediccion, que le fue hecha en Colorno, cuando era maestro de retórica, habla de esta manera en los procesos el H. Annoni: «Mientras que, concluida la cena, estábamos en el refectorio los Hermanos, oí que el P. Fortis, hablando con el P. Pignatelli, le dijo: «Más bien de V. Reverencia, que es profeso, puede creerse tal cosa, y no de mí, que soy todavía novi-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 595.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 591.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 751.

cio.» Como quiera que yo no comprendiese de lo que hablaban, conjeturé que el P. Pignatelli había predicho alguna cosa al P. Fortis. Catorce años después, viajando yo con él y con el Padre Pavani, pregunté al P. Fortis si en aquella conversacion le había profetizado el P. Pignatelli el cargo de Provincial: á esta pregunta me respondió que no era aquello, sino otra cosa.»

Tenia él por cosa indubitable que la Compañía había de resucitar á vida nueva y propagarse por todo el mundo: por lo cual desde que fue nombrado maestro de novicios, puso todo su esmero en formarlos segun el primer espíritu de los antiguos Padres, para que pudiesen después con el ejemplo de las virtudes, con el fervor de las obras, y con la continuacion de las fatigas apostólicas, servir de ornamento á su madre y ayudar á sostenerla, promoverla y dilatarla.

Nada repetía tan á menudo á los novicios como que tenían que ser ellos nada menos que la piedra angular del edificio; y así, que procurasen imitar en todo los ejemplos de aquellos Padres, que eligió el Señor para fundar la Compañía, y siguiesen animosa y denodadamente las huellas de su celo, que con tanta utilidad de la Iglesia y de las almas habían dejado impresas en todos los ángulos de la tierra.

Volvamos ya á nuestros escolares enviados á Rusia y á lo que les aconteció en su viaje. Al pasar por Viena de Austria, presentáronse al embajador ruso á pedirle pasaporte para trasladarse al imperio. Sospechó el embajador no fuesen de los nuevos jesuitas ó paccanaristas, y se negó resueltamente á librarles pasaporte para la Rusia. Dijéronle ellos que no eran paccanaristas, sino jesuitas del noviciado de Parma: y en cuanto se hubo asegurado de la verdad y de que iban á unirse con los jesuitas de la Rusia Blanca, los trató con particular estimacion y afecto, y les dio un franco y amplió pasaporte<sup>1</sup>.

La sospecha del embajador ruso era fundada. Con la expedicion del Breve de Pío VII á favor de los Padres de Rusia los paccanaristas mostraron gran descontento de que su Superior retardase la agregacion á la Compañía de Jesús. Paccanari comprendió que el realizarla era destituirse á sí del título de fundador; é ideó un plan de union, que hubiera sido fatal para la Compañía; y con sus artes supo atraer á su partido al mismo Vicario de Roma, como lo refiere el P. Luengo en el lugar citado.

Hablábase en Roma de este proyecto, que pudo ser decisivo contra todos los jesuitas españoles y aun de todas las naciones, el cual se atribuía principalmente al cardenal de la Somaglia, Vicario de Roma, el protector más declarado del fundador Paccanari y de su Compañía.

Había ideado el cardenal no sé qué congregacion ó congregaciones, á manera de las de San Felipe Neri, en las cuales pudiesen reunirse varios ex-jesuitas en una misma casa, y de este modo reunidos ejercitar todo género de ministerios, y aun harían alguna profesion casi religiosa. El querer reducir á ellas toda la Compañía, aun á la conservada con toda legalidad en Rusia, era destruir el mismo Instituto.

Ni faltaban rumores de que se pensaba inducir al Pontífice Pío VII á confirmar la Compañía, reduciéndola á una congregacion de eclesiásticos: lo cual tambien equivaldría á una extincion más eficaz que la intentada con el Breve de Clemente XIV. El medio de que la Providencia se valió para trastornar estos proyectos, contrarios á los jesuitas de Rusia, fue una resuelta determinacion de esta corte de no permitir que se les intimara orden alguna sin asegurarse primero de que no había de ser perjudicial á los jesuitas allí residentes.

Esta fue la causa de haberse negado á los cuatro jesuitas el pasaporte para Rusia. De la agitacion que reinaba en esta corte, y mucho más en Roma, con motivo del proyecto del Cardenal Vicario, fueron indicios algunos sucesos, que refiere el ya mencionado Padre de Roma en carta de 9 de Enero de 1802 al Padre Domingo Esparza por estas palabras: «De las cosas de nuestra causa comun no tenemos mucho de que alegrarnos: solamente acabamos de saber que los cuatro nuestros que partieron para

<sup>1</sup> P. LUENGÓ, *Diario*, Tomo 35, pág. 229.

Rusia, y que bien que hubiesen obtenido en Viena el pasaporte del embajador Ruso y que con todo no habían podido obtener la entrada en el Imperio Ruso, aora finalmente han obtenido el pasaporte amplo y muy honorífico: y dicen que partían á derecha á Petersburgo.»

«Por otra parte sé (pero solo para V. y su compañero) que Pignatelli había pedido al Papa el consentimiento para que dos jóvenes, que habían cumplido el noviciado, pudiesen hacer los votos; pero el Papa se lo ha negado. Al Jesuíta Sardo<sup>1</sup>, que vino estas semanas pasadas aquí para lograr permiso de unirse los Sardos á la Rusia, se le ha negado la petición; y él se ha vuelto desconsolado. En Plasencia se defendieron en aquel convicto unas Conclusiones, en que se sostenía la Ciencia media: el Papa ha mostrado disgusto, diciendo que estos no son tiempos de tratar en disputas estos asuntos.»

Hasta aquí la carta. Y como si el que desde Roma la escribe quisiera significar la razón próxima de no ser tiempos aquellos para tratar en disputas los asuntos á que se refería el Pontífice, ni para acceder á las peticiones que los dos Padres le hacían, añade á continuación: «El Conde del Campo Alanje, que va embajador de España á Amiens, se lleva consigo tres Pacanaristas, ó sea de la Compañía de la Fe. Ximénez, nuestro español, que los vió en Cremona, lo escribe. Corre la voz, y no parece sin fundamento, que el Duque de Parma saldrá de aquel su estado. Llegaron de Alicante á Liorna trece más de los nuestros, es á saber, de los jesuitas que volvían á Italia.»

Desterrábase por segunda vez de España á los jesuitas: el gabinete de Madrid y el ministro español en Roma favorecían el proyecto de la union de los jesuitas con los Pacanaristas; union, que había de acabar con la Compañía: Napoleon suspiraba por anexionarse el estado de Parma, cuyo duque era la única prenda de estabilidad para todas las casas de la Compañía en el Parmesano: era, pues, natural que Pío VII anduviese

<sup>1</sup> El P. Senes, de quien acabamos de hablar en la página 306.

con suma cautela en prestar manifiestamente favor á la causa de la Compañía para no herir susceptibilidades.

Y volviendo á los dos novicios enviados á Rusia, al llegar allí, entregaron la carta de su maestro al P. Kareu, el cual la contestó con las palabras más halagüeñas para el P. Pignatelli. «No puedo expresar con palabras,» dice, «el consuelo que me ha causado la carta de V. R., que me han traído nuestros Padres, llegados aquí felizmente el último día del año próximo pasado. Pláceme el amor á la vocacion que advierto en V. R.; me agrada el espíritu con que se dirige; y me satisface el modo que tiene de formar á los novicios conforme á nuestro instituto.»

«Sé que los dos jóvenes sacerdotes se han conducido con grande edificacion en todo su viaje: y esto es fruto de la industria y trabajo de V. R., que unido á la índole y modestia de ellos, me da esperanza que saldrán dignos discípulos de tan gran maestro. Ahora serán destinados aquí al estudio de la filosofía y de las matemáticas.»

«Suplico al padre de las misericordias que se digne recompensar á V. R. con liberal mano por lo que hasta hoy ha hecho y por lo que de seguro no dejará de hacer en lo sucesivo para bien universal: y deseándole toda felicidad, me encomiendo á sus santos sacrificios. = De Polotsk, 21 de Enero de 1802. = Siervo en Cristo = FRANCISCO KAREU, de la Compañía de Jesús.»

Hasta aquí el P. General, cuyas palabras revelan bien claramente el alto aprecio en que tenía al P. José, y en qué grado estimaba su prudencia, sus dotes de gobierno, su tino en formar los novicios, el amor grande que tenía á su vocacion y el deseo de promover el bien universal de la Compañía. Fue tal la opinion que de él concibió, que desde luego puso los ojos en él para hacerle Superior de todos los reunidos en Parma, para que en todos ellos imprimiera aquel espíritu generoso y sumamente conforme al instituto de San Ignacio, que procuraba infundir á todos los novicios, convirtiéndolos en vivas imágenes de aquellos antiguos Padres, que con el santo fundador dieron principio y forma á la Compañía. Y aunque la muerte atajó los pasos del

P. Kareu impidiéndole realizar su deseo, no quedó este frustrado; pues, como adelante se dirá, le dio cumplimiento su inmediato sucesor en el cargo de Preósito General.

Entretanto continuaba el Siervo de Dios formando á sus novicios y desviviéndose por su obra favorita del hospital. Parecerá por ventura extraño que á pesar de tantos afanes y de tan inauditos desvelos por el establecimiento y conservacion de obra tan santa y provechosa para el bien público, como era este hospital, en pago hubiese de recoger el P. Pignatelli contrariedades y persecuciones. Mas ¿quién no conoce cuál es generalmente la retribucion que suelen tener aparejada los hombres para quien les hace bien y por ellos se sacrifica? Basta que se trate de empresa conducente al servicio de Dios y salvacion de las almas, para que se atraviesen dificultades sin número. Al paso, pues, que muchos loaban y estimaban, como se merecía, la caridad del P. Pignatelli, y por el bien que de ella resultaba al público se la agradecían de corazon; algunos otros, y por cierto no gente vulgar, se declararon en oposicion abierta con él, y empezaron á dar interpretacion siniestra á sus santas intenciones y á oscurecer su buen nombre con feas y mordaces calumnias.

No concebía el Siervo de Dios plan alguno, ni ideaba la más insignificante mejora en beneficio del hospital, que no intentasen por todos los medios posibles impedirlo. Sabedor él de todo, y teniendo muy conocidos á los autores de la trama, sufría con imperturbable paciencia, sin que jamás le detuviese un momento siquiera el contraste en el camino comenzado de procurar la gloria de Dios. Una sola palabra al duque sobraba para desvanecer toda aquella borrasca, porque le quería mucho y le dispensaba cordial y amigable trato; pero jamás quiso decírsela, ya para no atraer sobre sus adversarios y sobre sus inocentes familias la desgracia del principe, ya también por lo mucho que le satisfacía el que la salvacion de las almas le costase trabajos y calumnias.

El sacerdote Tarchioni era molestado y maltratado igualmente; «pero yo,» dice él de sí mismo, «me incomodaba y que-

rellábame al ver tan mal correspondidos mis trabajos y tan pérfidamente interpretadas mis intenciones y pagadas mis fatigas:» y refiere que un día entre otros, en que desahogaba con el Padre su pecho agobiado, dijole este para consolarle y fortalecerle: «¡O hombre de poca fe! Haz lo que puedas, y hazlo por la gloria de Dios y sostenimiento de este hospital; deja todo lo demás en manos del Señor, y cálmate. Entretanto dígame para tu consuelo que el Señor se ha dignado hacer entender á una alma, que cuantos hasta hoy han muerto en el hospital, todos se han salvado.»

Pasmóse Tarchioni al oír tal cosa, y se atrevió á preguntar confidencialmente al Padre quién era aquella alma; pero no pudo sacarle más respuesta: «cierta alma,» repitió, y no dijo más. Lo cual fue suficiente para confirmar al otro en el juicio, que había formado ya, de que Dios, para animar á su siervo y galardonarle por las aflicciones que padecía por su causa, le había revelado la salvacion de todos aquellos pobrecitos, á quienes con tanta caridad había asistido y consolado.

Y á este propósito registranse en los procesos conversiones de pecadores y súbitas mudanzas de vida, que no pueden atribuirse sino á una extraordinaria y particular virtud que Dios mismo infundía á las palabras del P. José para mover y salvar las almas. Me contentaré con recordar uno que otro suceso.

Érase un jóven de costumbres tan infames, que era públicamente tenido por el escándalo de Colorno y llamado comunmente *el diablo* por su desenfrenada conducta. Este, pues, ó por impetu de cólera ó por desahogo de alguna otra pasion, cogió cierto día un puñal, y con tal vehemencia se lo enclavó en el pecho, que se pasó de parte á parte, cayendo en tierra, la cual quedó convertida en un charco de sangre.

Registrada la herida por médico y cirujano, ambos dieron por desahuciado al miserable; y aunque algunas personas caritativas le exhortaron á que pidiese á Dios perdon de sus culpas, todo fue en vano. Aquella alma endurecida no daba señal alguna de temer su muerte próxima. No sabiendo qué hacerse los cir-

cunstantes, le pusieron en una camilla y lo llevaron al hospital, á donde llegaron muy entrada la noche, y dejáronle en el mismo zaguan, temerosos de que espirase si daban un paso más.

Ya el P. Pignatelli había recibido aviso de lo que pasaba; y apresurándose lo más que pudo, y llegando á la camilla, mandó que se apartase la gente que la rodeaba: dirigió al moribundo algunas breves, pero tan encendidas palabras, que le trocaron su corazon y lo amansaron. Dió en seguida orden á los sirvientes del hospital que le trasladasen sin temor alguno á mejor cama, asegurando que no moriría.

Cuando le vio más cómodo y tranquilo, se puso á su lado, y le redujo á hacer una entera y dolorosa confesion de sus culpas con extraordinarias señales de arrepentimiento. Siguió después asistiéndole con gran cuidado, hasta que por sus oraciones, como se dijo generalmente, recobró la salud y tuvo tiempo de reparar los escándalos de su mala vida con un tenor constante de devotas prácticas y costumbres, que emprendió y siguió bajo la direccion de su querido Padre.

A muchos otros enfermos sanó con sus oraciones ya las enfermedades del cuerpo ya las interiores del espíritu juntamente. Hay memoria de un jóven declarado tísico y de una anciana desahuciada, que instantáneamente recobraron la salud por su medio; mas como nada se dice en particular de las circunstancias de tales hechos, sobre ellos no diré más. Hablaré de otra persona, que estaba muy enferma del cuerpo, pero mucho más del alma.

Era este un jóven licenciado y perdido, que llevando una vida más de bestia que de hombre, ocasionaba público escándalo en el país y continua amargura y desolacion á sus padres. Enfermó gravemente: y ya declarado sin remedio por los facultativos, se llamó de prisa al párroco para que le administrase los Santos Sacramentos; pero aquel infeliz, al ver entrar el sacerdote en su aposento, adivinando el motivo, se puso como una fiera, y descargó sobre él una nube de insultos, diciendo á voz en grito que no quería confesion, ni sacramentos, ni Dios.

Acudieron otros sacerdotes, movidos á compasion de aquella alma, que estaba al borde del eterno precipicio; pero en vano: pues el jóven, apenas los veía, empezaba á hacer ademanes y dar gritos de loco y á vomitar blasfemias inauditas; por lo cual, sin esperanza alguna de remedio, estaban ya para abandonarle y dejarle morir impenitente, cuando en buena hora le ocurrió á uno de ellos, hacer la última tentativa, encomendando al Padre Pignatelli el negocio.

Avisaron, pues, al Siervo de Dios; y él, inflamado de caridad y celo, con segura confianza entró en la alcoba del enfermo, y pidió que le dejasen con él á solas. Qué hiciese ó dijese allí, ó qué industrias emplease, no lo sabemos; pero el caso fue que á pocos instantes aquella furia se amansó, y haciendo con el Padre una dolorosa confesion de sus culpas, se trocó en otro muy diferente del que era, esto es, como decía su propia madre, de un demonio en un ángel; y fue tal y tan grande el aprecio que empezó á hacer del P. Pignatelli, que apenas le oía nombrar, «¡Oh qué gran santo!» exclamaba, «¡qué gran santo es mi P. Pignatelli!» y no encontraba palabras con que expresar lo mucho que le debía. Curado así en el alma, obtuvo tambien por las oraciones del Padre la salud del cuerpo; y agradecido á uno y otro favor, publicó por todas partes las maravillas de Dios obradas en él por su siervo el P. Pignatelli.

Más extraño aún es el suceso siguiente, que tambien tuvo lugar en Colorno. Encontróse el Padre Pignatelli un día con cierto jóven de unos treinta años, robusto y vigoroso, y mirándole un rato de hito en hito, le llamó, y díjole: «Quisiera, hijo mío, una cosa; y es, que cuanto ántes os fuerais al hospital.» Aturdido el mancebo con tan extraña, y al parecer absurda, intimacion, pregunta: «¿A qué tengo yo que ir al hospital, si estoy bonísimo y no siento mal alguno?» — «Haced lo que os digo yo,» replica el Padre, «y decid al sacerdote D. José Tarchioni ó al enfermero, que os preparen una cama, que esta noche, ó á más tardar mañana, yo iré allá y nos veremos.»

Por el respeto que tenía al Siervo de Dios condescendió el

jóven; y, aunque á remolque, se fue al hospital. Al día siguiente cumplió el Padre su palabra; y yendo á verle, le exhortó á que se confesase; y como insistiese el jóven en que no tenía mal alguno, le dijo el Padre: «Sí: pero tenemos un deber de aprovechar el tiempo que Dios nos concede; y si vos, hijo mío, lo perdéis, acaso no lo tendréis dentro de poco.»

Atemorizaron estas palabras al jóven, que dulcemente arrastrado por las suavísimas palabras del Padre, al fin se decidió á hacer con él una confesion de sus culpas, y luégo á recibir la Sagrada Eucaristía con gran devocion y piedad. No tardó mucho en reconocer las miras del P. Pignatelli; pues en aquel día mismo le acometió una fiebre maligna, que privándole á poco de todo conocimiento, le causó la muerte.

Divulgada la noticia por Colorno, dio muchísimo que hablar; y el sacerdote D. José Tarchioni, que lo había presenciado todo, no pudo menos de descubrir su pasmo al P. Pignatelli; quien, á fin de esquivar todo asomo de gloria que pudiera resultarle, dijo que nada tenía de particular que Dios se hubiera servido de él en aquella ocasion, cuando para corregir á un profeta, supo hacer hablar á una jumenta; y á algunos de los Padres que varias veces le recordaron el suceso, no dijo nunca otra cosa, sino que reconocía una gran misericordia de Dios en la salvacion de aquella alma.

## CAPÍTULO V

Humildad del P. Pignatelli. — Mutua union y hermandad con los religiosos de Santo Domingo. — Promueve el Siervo de Dios los ministerios espirituales en la iglesia de San Estévan. — Sus trabajos apostólicos. — Infatigable celo y continua mortificacion. — Sus correrías por la campaña. — Rasgos de caridad con enfermos. — Frutos admirables que recoge. — Distribuye entre pobres limosnas abundantes. — Otros casos raros con enfermos.

1802

Es la humildad el fundamento y raíz de las virtudes, y con ella supo el P. Pignatelli consolidar las suyas y acompañar el ejercicio de ellas. Aunque desde el primer día de la apertura de la casa fue el Superior de ella, lo tenía él tan oculto, que ninguno de sus súbditos le nombraba con otro nombre que con el de Don José.

Refiere el P. Nicolás Grassi<sup>1</sup> que «habiendo vuelto el P. Montesisto, en compañía del P. Pignatelli, de una visita al Sr. Duque de Parma, en la recreacion, en presencia del Siervo de Dios, dijo que de allí en adelante no debían llamar al dicho Siervo de Dios con el nombre de «Don José,» sino con el título de «Padre Rector.» El Siervo de Dios rechazó una y muchas veces aquella proposicion, repitiendo: «Yo soy Don José, yo soy Don José.» Y como el P. Montesisto insistiese más en su aserto, el P. Pí-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 540.

jóven; y, aunque á remolque, se fue al hospital. Al día siguiente cumplió el Padre su palabra; y yendo á verle, le exhortó á que se confesase; y como insistiese el jóven en que no tenía mal alguno, le dijo el Padre: «Sí: pero tenemos un deber de aprovechar el tiempo que Dios nos concede; y si vos, hijo mío, lo perdéis, acaso no lo tendréis dentro de poco.»

Atemorizaron estas palabras al jóven, que dulcemente arrastrado por las suavísimas palabras del Padre, al fin se decidió á hacer con él una confesion de sus culpas, y luégo á recibir la Sagrada Eucaristía con gran devocion y piedad. No tardó mucho en reconocer las miras del P. Pignatelli; pues en aquel día mismo le acometió una fiebre maligna, que privándole á poco de todo conocimiento, le causó la muerte.

Divulgada la noticia por Colorno, dio muchísimo que hablar; y el sacerdote D. José Tarchioni, que lo había presenciado todo, no pudo menos de descubrir su pasmo al P. Pignatelli; quien, á fin de esquivar todo asomo de gloria que pudiera resultarle, dijo que nada tenía de particular que Dios se hubiera servido de él en aquella ocasion, cuando para corregir á un profeta, supo hacer hablar á una jumenta; y á algunos de los Padres que varias veces le recordaron el suceso, no dijo nunca otra cosa, sino que reconocía una gran misericordia de Dios en la salvacion de aquella alma.

## CAPÍTULO V

Humildad del P. Pignatelli. — Mutua union y hermandad con los religiosos de Santo Domingo. — Promueve el Siervo de Dios los ministerios espirituales en la iglesia de San Estévan. — Sus trabajos apostólicos. — Infatigable celo y continua mortificacion. — Sus correrías por la campaña. — Rasgos de caridad con enfermos. — Frutos admirables que recoge. — Distribuye entre pobres limosnas abundantes. — Otros casos raros con enfermos.

1802

Es la humildad el fundamento y raíz de las virtudes, y con ella supo el P. Pignatelli consolidar las suyas y acompañar el ejercicio de ellas. Aunque desde el primer día de la apertura de la casa fue el Superior de ella, lo tenía él tan oculto, que ninguno de sus súbditos le nombraba con otro nombre que con el de Don José.

Refiere el P. Nicolás Grassi<sup>1</sup> que «habiendo vuelto el P. Montesisto, en compañía del P. Pignatelli, de una visita al Sr. Duque de Parma, en la recreacion, en presencia del Siervo de Dios, dijo que de allí en adelante no debían llamar al dicho Siervo de Dios con el nombre de «Don José,» sino con el título de «Padre Rector.» El Siervo de Dios rechazó una y muchas veces aquella proposicion, repitiendo: «Yo soy Don José, yo soy Don José.» Y como el P. Montesisto insistiese más en su aserto, el P. Pí-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 540.



natelli replicó: «Ya que quiere que yo lo sea, comience V. por obedecerme en no llamarme «Padre Rector.» «Así,» termina el P. Grassi, «vine yo en conocimiento claro de la autoridad de que estaba revestido el Padre.»

Mostraba gusto especial en tratar dentro de casa con los Hermanos Coadjutores, mayormente con los más sencillos y humildes. Había en Colorno uno, llamado Domingo Cademarchi: era este un jovencito aldeano, sin letras, sin mundo, sin penetración ni gracia: y con él tenía el Padre cada día larga conversación, aun cuando era simple aspirante; y tomó á su cargo adiestrarle por sí mismo en las cosas del espíritu. Cobróle gran cariño que le duró toda la vida<sup>1</sup>.

Signióle Dominguito, que así le llamaba el Padre, á Nápoles, y después á Roma. Echado de esta ciudad por los franceses, se recogió á Bolonia, su patria, en donde le mantenía el Siervo de Dios con recursos que le enviaba desde Roma: y cuando el Padre murió, casi en el mismo tiempo apareciósele en Bolonia, según que adelante se dirá.

La misma propensión de ánimo manifestó al H. José Grassi, su socio Coadjutor desde que fue nombrado Provincial hasta su muerte; y se comunicaba y aun consolaba con él en sus penas, como pudiera hacerlo con un Superior. Los dos Hermanos se presentaron como testigos en el proceso que se formó en Roma.

Una cosa muy singular se advierte en el de Parma. Hemos visto en el libro antecedente cómo el P. José Pignatelli desde los primeros días que estuvo en Bolonia hasta que salió de esta ciudad para la de Parma, cultivó constantemente la amistad de personajes de la nobleza y del mayor influjo y representación. De su misma boca oyeron los que con él trataron, la rectitud de intención que en esto tenía; pues no se propuso otro fin, que el bien espiritual de las personas con quienes trataba, y el amparo y defensa de sus hermanos oprimidos.

Estos dos fines cesaron con su residencia en Colorno: y desde

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 731.

entonces ya su trato no fue con la grandeza del estado de Parma, sino con los pobres, con la gente sencilla, con toda clase de menesterosos. Consta por el proceso de Parma, que invitado por el duque á comer á su mesa, no aceptaba<sup>1</sup>. Así lo asegura Juan Grandi, barquero de la casa ducal. «He oído decir que fue convidado muchas veces á comer con el Duque, y que jamás quiso aceptar.» José Longhi testifica que «nunca oyó decir que en Colorno visitase á ningun magnate<sup>2</sup>.»

Y si Antonio Pagliari, otro criado del duque, confiesa que «algunas veces fue á visitar á caballeros empleados en la corte, sin saber él por qué causas,» advierte á renglón seguido que «siempre que iba á la corte, hacía el viaje á pie<sup>3</sup>.»

Pero lo que he de confesar que me ha sorprendido no poco, es la calidad de los testigos que figuran en el proceso de Parma. Cuarenta y ocho son los que deponen: los más autorizados entre ellos son cuatro sacerdotes, dos de ellos canónigos; siguen á estos el médico del hospital y dos cirujanos; los restantes son todos personas de la ínfima condicion social: nueve criados del duque, que servían en oficios humildes, como de cochero, barquero, etc., y trabajadores de los diversos oficios mecánicos, como carpinteros, albañiles, herreros, tejedores, sastres, algun comerciante y tambien propietario: á alguno de los propietarios se le añade el adjetivo *piccolo*, dando á entender que era muy reducido su caudal. Esta era la gente con quien más trataba él. Algun tendero le conocía por haberle visto en su tienda comprando por sí mismo algun objeto. Con esto demostró el Venerable que si podía alternar con la nobleza, su corazón se le iba á las clases más humildes de la sociedad.

No dejaba pasar ocasion alguna que se le ofreciese de humillarse y mortificarse. Tenían en Colorno los Padres un borrico, que servía para llevar á la casa las provisiones desde Parma; y

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 420.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 231.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 190.

se vio al Padre «entrar en la ciudad,» dice Teresa Riga<sup>1</sup>, «caballero en el rocín en medio de las burlas de los muchachos.» Fernando Casoli<sup>2</sup> asegura «haber oído contar al barbero de la casa, Vicente Berselli, que en las fiestas de los Santos de la Compañía el P. Pignatelli convidaba á comer á algunas personas distinguidas de la ciudad, la mayor parte sacerdotes, y que el Padre les servía á la mesa, contentándose él con un poco de chocolate.»

Confirma lo mismo Francisco Longhi; y dice que las festividades, en que invitaba el Padre y servía á la mesa, eran las de San Luis Gonzaga, San Ignacio y San Francisco Javier<sup>3</sup>. Hacíase en Colorno el día de Viernes Santo una devota procesion, llamada del Santo Simulacro; y afirma Marcos Agresti haber visto al P. Pignatelli que en compañía del duque iba en la procesion los pies descalzos<sup>4</sup>.

De su humildad le nacía la mansedumbre con que trataba á todos, aun á los menos autorizados. «Siempre advertí en el Padre,» dice José Marenzoni<sup>5</sup>, «suma afabilidad en el trato: y lo mismo oía decir á otros, que sentían lo mismo que yo.» Alejo Lamberti cuenta<sup>6</sup> que á poco de la llegada del Siervo de Dios á Colorno, cuando se estaba disponiendo la casa para los novicios, le envió con una carta para un tal Jerónimo Rizzardi, de Colorno. «Como yo,» dice, «estuviese ocupado en otros quehaceres, no la llevé al momento. Viome á poco rato, y me preguntó si había llevado la carta á Jerónimo. Respondíle que no. Entonces con algun imperio me dijo que la llevase inmediatamente. Parecióme que se alteró un poco. Obedecí al instante: y al volver, se me vino el Padre á pedirme perdon de la manera con que me había mandado la segunda vez que llevase la carta.» Hasta aquí Lamberti.

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 576.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 265.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 233.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 392.

<sup>5</sup> *Ibid.*, fol. 318.

<sup>6</sup> *Ibid.*, fol. 668.

El cariño verdaderamente filial que profesaba á la Compañía no le entibiaba el amor y respeto para con las demás órdenes religiosas: á todas admiraba, y se deshacía en elogios de ellas. Profesó no obstante particular amor y afecto á la orden del glorioso Padre Santo Domingo, ya por la deuda de gratitud, con que le obligaban los muchos beneficios, que así él como sus hermanos habían recibido de los Padres dominicos en Córcega y en su viaje por las costas de Génova y por el Apenino, ya tambien porque desde muy jóven había profesado ternísima devocion al Patriarca Santo Domingo; la que le impelía á amar en el padre y por el padre á todos sus hijos. Siempre tuvo en su reclinatorio una devota imágen del santo, á quien se encomendaba fervorosamente en sus apuros y necesidades.

Apenas llegó á Colorno, fue á visitar á aquellos Padres, que trasladados de la casa de San Estévan, tenían su habitacion en el convento de San Liborio. Viva fue la impresion que de su persona les dejó el P. Pignatelli con la afabilidad de sus maneras y la profunda humildad que revelaba todo su continente; y desde aquel punto se estrechó con tal firmeza el lazo de amistad entre las dos familias religiosas, que ni se rompió ni alojó jamás en lo sucesivo con grande edificacion de los colorneses. Amábanse mutuamente y se auxiliaban unos á otros, como si fuesen todos hermanos é hijos de una misma religion; gozaban y se afligían los unos con las satisfacciones y penas de los otros; y todo era comun entre ellos, las casas, los templos y cuanto en ellos había, pudiendo cada cual ir, cuando le pluguiese, á la otra casa á celebrar, confesar y ejercitar cualquier otro ministerio.

Regístrase en los procesos una tierna carta de recomendacion, escrita por el P. Pignatelli al P. Maestro Ferrari, dominicano residente en Plasencia, en favor de Bernabé Piccoli, uno de los primeros discipulos del colegio de San Estévan al abrirse las clases. La carta dice así: «El abate Pignatelli abraza y besa las manos á su muy venerado y estimado Padre, el R. P. Maestro Ferrari, y se atreve á implorar su poderosa proteccion y gracia á favor del jóven Bernabé Piccoli, que en verdad merece

toda buena fortuna. El que esto escribe, penetrado de la más justa devota veneracion y cordialísima sincera estima y amistad, (si el Revmo. P. Maestro le permite honrarse con este nombre), se resigna completamente en Vuestra Paternidad Reverendísima. = San Estévan, veinte y nueve Abril de ochenta y dos<sup>1</sup>. = Este lenguaje tan respetuoso y lleno de afectuoso cariño en un hombre tan mirado y sincero en sus palabras, revela un corazón verdaderamente afecto á la persona á quien se dirige.

Los días en que se celebraba alguna festividad en la iglesia de San Liborio, enviaba el P. Pignatelli varios sacerdotes para que ayudasen á los Padres dominicanos; y á su vez estos enviaban otros de los suyos á San Estévan en días parecidos. En las fiestas de ambos fundadores alternaban los panegiristas; y el que recibía tan honroso encargo, se aparejaba con tanto estudio y diligencia, y procuraba salir tan airoso, que más no se hubiera hecho, si Santo Domingo hubiese sido padre de los jesuitas y San Ignacio de los dominicos. En 1802 un jesuita predicó el panegirico de Santo Domingo; y ya un Padre dominico había predicado el de San Ignacio pocos días ántes. Ambos sermones fueron grandemente alabados<sup>2</sup>.

Teniendo que ir de Parma el Padre que debía pronunciar el panegirico de Santo Domingo, pocos días ántes de la fiesta cayó enfermo, y enviaron el aviso con un propio á Colorno al Padre Pignatelli, que no lo recibió hasta la misma víspera. Grande fue su afliccion; y llamando al P. Luis Fortis, le refirió lo que le pasaba, y le rogó que supliera al predicador, porque nó tenía ánimo para dejar sin panegirico la solemne funcion de los Padres dominicos, especialmente después que ellos pocos días ántes se habían prestado con tanta cordialidad y cortesía á festejar á San Ignacio.

El P. Fortis no pudo menos de alegar algunas razones para declinar el compromiso: «A pesar de todo,» dijo, «si V. R. juzga

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 713.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 36, pág. 216.

diversamente, estoy pronto á cargar con este peso, con tal que me lo imponga por obediencia, de cuya virtud recibiré de seguro el poder y saber, que sin ella sería temeridad prometerme.» Dijole entonces el P. José. «Sí, sí: id en nombre del Señor, y no temáis.»

La mañana siguiente pronunció el P. Fortis su panegirico con tal sublimidad, copia y fuerza de conceptos, tan florido y con tan brillantes pensamientos y bellas frases, y, lo que es más, con tal orden y concatenacion de ideas y de argumentos, que durante una hora larga tuvo á su auditorio pendiente de sus labios. Al bajar del púlpito, le rodearon aquellos religiosos, y se le acercó tambien el duque D. Fernando, que le había oído; y al querer dar algun desahogo, todos á la par, á la satisfaccion que no les cabía en el pecho, les atajó la palabra el P. Fortis, diciéndoles, que los plácemes y las alabanzas se debían no á él, que nada había hecho ni puesto de suyo, sino al P. Pignatelli, á cuyas oraciones había que atribuir todo lo hecho y dicho por él casi improvisando, y no con estudio, como suponían ellos. Contóles lo pasado el día ántes, y venció á la primera maravilla una segunda mayor.

Convidábanse mutuamente á comer las dos comunidades, ya en porciones, ya casi por entero; y de aquí tomaba ocasion el P. Pignatelli para ejercitar un bellissimo acto de caridad y humildad; pues so pretexto de la falta de salud, que no le permitía comer, por no estar ocioso entretanto, como él decía, poníase á servir en la mesa á los Padres dominicos, que inútilmente rehusaban aquel favor y se mostraban avergonzados durante la comida<sup>1</sup>.

Fuera de la ciudad solían reunirse los novicios de una y otra regla, y solazarse y enfervorizarse juntos con santos coloquios; cosa de que se agradó tanto el duque D. Fernando, alguna vez que la presenció, que mandó aparejar un esquife, y convidando á entrar en él juntos y mezclados á aquellos fervorosos jóvenes,

<sup>1</sup> *Summar.*, pág. 89, §. 37.

se dignó pasear río arriba y abajo con ellos gozando de su sencilla y santa conversacion.

Cuando segunda vez los Padres españoles fueron expulsados de España, como dijimos, apenas tuvo noticia de semejante contra-tiempo el P. Provincial de Santo Domingo, ordenó á todos los religiosos de su Provincia, que acogiesen con caridad y trataran como á hermanos á los Padres cuando llegasen de España. Y en general se puede asegurar que de ambas partes se aprovechaban todas las ocasiones que se ofrecian de darse mutuas pruebas de hermandad y benevolencia con rara edificacion de los colorneses, á los cuales las dos religiones cultivaban con gran solicitud por medio de los ministerios espirituales, que á una y otra son comunes. En la iglesia de San Estévan tambien los promovió todos con admirable celo el P. Pignatelli, como son sermones, catecismos, instrucciones, confesiones, ejercicios espirituales, el mes de Mayo consagrado á Maria, y otras prácticas devotas para cultura del pueblo.

Entre las prácticas religiosas que estableció, una fue la que describe José Zaffanelli por estas palabras<sup>1</sup>: «Por la tarde en la iglesia de San Estévan habitualmente se hacia una práctica de devocion, llamada «Vespertino:» consistía esta en unas oraciones á San Ignacio y el rezo de la letanía de la Virgen: corría á cargo de los novicios.» Del mencionado ejercicio dice el H. Santiago Annoni<sup>2</sup>, que en él «por medio de los sacerdotes y de los asociados á la confraternidad del Sagrado Corazon de Jesús allí erigida, se practicaban algunos determinados ejercicios de piedad, á los cuales concurrían los habitantes del país.» Añade Pedro Mazzera, que «algunas veces en los días festivos solía por la mañana explicar el Padre el evangelio, y por la tarde él y el P. Fortis hacían el catecismo en forma de diálogo con grande concurso de pueblo.»

De la distribucion del tiempo que guardaba el Padre, depone

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 201.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 343.

lo siguiente: «En todas las estaciones del año á las cuatro de la madrugada se metía [el P. José] en el confesonario, y allí permanecía hasta las ocho, quitado el tiempo de la misa, que solía decir siempre á las seis. Á las ocho iba al hospital: estaba allí como una hora: volvía al confesonario; y aun después de comer oía confesiones en su cuarto hasta una hora después de anoche-cer<sup>1</sup>.» Advierte otro testigo, que los días de fiesta decía la misa de comunidad. Hay quien recuerda haberle visto en una Dominica *in albis* no abandonar el confesonario hasta muy de noche, y aun eso porque tenía que rezar todo el oficio del día, que no es nada corto.

Muchos enfermos de Colorno le enviaban á llamar á menudo para pedirle una limosna, para aconsejarse con él, ó poner en sus manos la propia conciencia; y no hubo caso en que se negara á ir, aunque distase la casa más de una legua en las afueras de la ciudad, unas veces con el sol de Julio, y otras bajo nieves y lluvias, y sobre el hielo, y con penetrante frío, que en aquel país es en algunos meses insoportable.

Ofrecióle el duque su propio coche, al menos para cuando la estacion era lluviosa y estaban impracticables los caminos, pero nunca lo aceptó. Un cochero de profesion, por nombre Cristóbal Brianti, volviendo de Parma á Colorno, topó con el Padre en un sitio llamado «el margen de San Polo,» á tres millas de Colorno, en una estacion mala: era aquel punto peligroso por las frecuentes agresiones de salteadores, y estaba en aquella sazón casi intransitable el camino. «Por esto,» dice<sup>2</sup>, «yo, que volvía con el coche vacío, le rogué que se sirviese subir á él; pero mi invitacion fue inútil, y solo me respondió: «Voy bien así, hijo: muchas gracias.»

Un día yendo el Padre á Torde á visitar un enfermo, se atolló tanto en un lodazal, que, segun afirma Susana Bergonzi<sup>3</sup>, «con

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 244.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 293.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 278.

dificultad pudo salir de él, y llegó á su casa sumamente fatigado.» Y Tomás Franchi, palafrenero del duque, refiere un caso parecido con estas palabras<sup>1</sup>: «Acuérdomé que le vi una vez junto al dique de Guinago tan hundido en el lodo, que fueron necesarios dos hombres para sacarle de allí.»

Si alguno en lances parecidos le mostraba alguna compasion, respondiale de suerte, que daba á entender que aquello le era cosa conveniente. Asi le sucedió con un canónigo de la colegiata de Santa Margarita de Colorno, llamado D. Francisco Paghari, como el mismo lo testimonia<sup>2</sup>. «Le vi,» dice, «en cierta ocasion llegar de Parma todo cubierto de polvo y bañado de sudor en tiempo de grandes calores: y como yo le dijese que era necesario que se cuidase más, me respondió: «Este cuerpo necesita que lo fatigue.»

Alguna vez el duque D. Fernando tuvo que valerse de toda su autoridad para que en tiempos de grandes lluvias admitiese para sus correrias algun vehiculo: una en particular hizo llevarle en barca por el río, como lo depone Juan Grandi, barquero de la casa ducal. «Llévete,» dice<sup>3</sup>, «cierto día en mi barca, por orden del Duque, desde Colorno á Mezzano de arriba, á donde fue el Padre á visitar un pobre enfermo. Mandó esto el Duque para ahorrarle la incomodidad de un camino cubierto de barro y en un estado desastroso. Terminada la visita, le volví á la ciudad.» Pero por más que se hiciese en razon de persuadirle á que templase sus fervores, el Siervo de Dios, que conocía lo mucho que medraba su espíritu con el ejercicio simultáneo de la caridad y mortificacion, persistía en su propósito.

Volvió á veces á casa tan extenuado y aterido del frío, que ni le era posible tenerse en pie, ni subir la escalera; y tenia que pararse un rato en el portal y sentarse en un banco para tomar aliento. Una noche, entre otras, al llegar á la puerta de

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 501.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 306.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 424.

casa, le sobrevino tal postracion, que desmayado se cayó en tierra. Corrieron al instante los novicios, le tomaron en brazos, le subieron á su cuarto, y encendiendo lumbre y aplicándole unos paños calientes al cuerpo, que tenia helado, le estuvieron confortando hasta que lograron que recobrase el calor vital. Abrió entonces los ojos; y al ver en torno á aquellos cariñosos jóvenes, tristes y sobresaltados, les dijo con semblante lleno de dulzura: «¿Qué hacéis aquí, hijos míos? ya es hora que os retiréis á descansar, que yo no he menester de vuestros cuidados: idos, idos á la cama, que lo necesitáis más que yo.

No quiso que ninguno le velase, como deseaban, y se quedó solo aquella noche. Cómo la pasaría, solo Dios lo sabe: lo cierto es que á la mañana siguiente, como si nada hubiese ocurrido, se levantó con los demás á la hora de costumbre, y cumplidos los deberes espirituales, y arreglados los negocios de casa, salió de nuevo para el hospital y la cárcel y á ver á sus pobres enfermos diseminados por Colorno y su campiña.

Todos los que vivian con él, cuidadosos en extremo por el bienestar y la vida de su Superior, le suplicaban que moderase su fervor excesivo y no se cargase con tanto trabajo, insoportable á su delicada complexion y quebrantada salud. Á pesar de esto, en su dictámen era él el más sano y robusto de casa, y por lo mismo el más obligado á trabajar; y solía decir que se cuidaba demasiado, y que aquellos deliquios mortales que le daban, eran efecto no de cansancio natural, sino de excesiva delicadeza, que no acertaba á sufrir la más insignificante carga. De manera que servía de muy poco el que ellos se tomasen tanto cuidado y pena por él, cuando él mismo no se tomaba ninguno. En el rigor del invierno cuando los novicios veían que hacia el anochecer su amado Padre no había vuelto aún á casa, le preparaban buena lumbre en su cuarto, para que se calentase y repusiera un poco; y el Siervo de Dios, al llegar, agradeciales la caridad que con él usaban, pero jamás se aprovechaba de ella.

Uno de aquellos novicios afirma, que jamás se vió acercarse á la lumbre al P. Pignatelli, como quiera que á veces el frío le

tuviese sin acción ni vida. Miraba dulcemente á los suyos y les decía: «No cuidéis de mí, que estoy muy bien: calentaos vosotros, que tenéis mucho frío:» y aquellos hijos amantes no conseguían otra cosa.

Privados, pues, de este recurso, idearon advertir á los labriegos y campesinos de los alrededores que tuviesen un poco más de discreción y miramiento con el Siervo de Dios, y no le llamasen con tanta frecuencia, obligándole, las más de las veces por una nonada, á andar á pie algunas millas con tanta incomodidad. Súpolo el santo varón, y se querelló dulcemente con ellos; y lleno de viva compasión hacia los infelices, por cuyo amor se sacrificaba á sí mismo, «¡Ay,» dijo, «que á la vista de tantas miserias me siento arrancar el corazón y no puedo menos de acudir á mitigar su dureza hasta donde pueda! ¡Mirad cuánto padecen estos pobrecitos! no tienen ropa con que cubrirse, duermen á cielo raso sobre paja, y para consuelo de su hambre no cuentan más que con un trozo de torta fría. ¡Qué lástima me dan!.....» Así expresaba el Siervo de Dios los sentimientos del alma, que le impelían á despreciar la propia vida para remediar en lo posible las desdichas y extremas necesidades de sus hermanos.

Lo que en medio de tantos afanes le daba vigor y aliento y aquella generosidad de espíritu, que de la naturaleza decaída no podía esperar, eran sin duda los consuelos con que le inundaba el alma el fruto copiosísimo de sus trabajos. Apenas ponía el pie en las chozas ó casuchos de los pobres campesinos, juntaba á toda la familia, grandes y pequeños, que rodeándole pendían de sus labios, y le oían, sin pestañear, todo lo que les iba diciendo de Dios conforme á su capacidad, para lo cual tenía un don especial del cielo.

Aleccionaba á los niños en los rudimentos de la doctrina cristiana; y á fin de tenerlos pronto listos y atentos y de que aprendieran, les prometía regalillos de dinero ó de bagatelas para cuando le dijiesen bien de coro el Padrenuestro, el *credo*, y semejantes oraciones. En seguida visitaba á los enfermos, si los

había, y con ellos se detenía más, consolándolos, sirviéndolos y oyendo sus confesiones. Por último distribuía la limosna según la necesidad; y dejando á cada cual un saludable recuerdo, salía en busca de otro tugurio.

Caridad tan generosa llegó á conquistar los corazones de aquella pobre gente de tal manera, que no sabían separarse de él: y no pocas veces rayaba en indiscreción el ansia de querer verle y oírle, y de que volviera á sus casas. Muchos se entregaron á su dirección, y se tomó él tanto interés por sus almas y supo sacar tal partido de su sencillez, que por su medio llegaron algunos á un sublime grado de perfección cristiana.

Entre estas almas merece particular mención la de una pobre anciana, con la que se encontró como por acaso al ir de una parte á otra por las cercanías de Colorno. Atormentábala una cruel parálisis, que le cogía todos sus miembros y la imposibilitaba hasta para llevarse el alimento á la boca; y el P. Pignatelli se la encontró así echada en una miserable yacija de pajas, dentro de una mala choza y abandonada todo el día, porque su hijo único tenía que ir al trabajo para vivir él y mantenerla á ella.

Entretanto la infeliz, enclavada en aquel miserable lecho y desprovista de todo auxilio, penaba entre agudos dolores y á menudo desfallecía de pura hambre; y como si todo esto fuera poco, se agregó el demonio, al parecer, para atormentarla; porque ciertos gatos, atizados no se sabía por quién ni cómo, entraban en la choza, y mayando sin cesar, saltaban sobre la desdichada, y la martirizaban con mordiscos y arañazos, sin poder ella ayudarse para espantarlos. Vióla el P. Pignatelli en tan extremo abandono, y fue tan viva la compasión que sintió su alma, que lloró sin consuelo; y como si Dios le hubiera conducido á aquel tugurio para que tomase sobre sí el cuidado de aquella desventurada, se puso tan de propósito á consolarla, y socorrerla con sus propias manos y con tales entrañas de caridad, que dejó muy atrás á la de una madre cariñosa.

Desde aquel momento no la abandonó, y determinó los días en que había de visitarla y servirla, ni más ni menos que lo

hacía con los pobres del hospital. La colocó en una cama menos incómoda, la proveyó de ropa, con que se defendiese del frío, y de todo lo demás que necesitaba; y por una persona de su confianza la enviaba de comer ó se lo llevaba él mismo, añadiendo á menudo dulces y algunas cosillas de regalo. No se iba jamás de su lado sin dejarla algun dinero para su socorro. Esta gran caridad no duró menos de dos años largos; y al irse á Nápoles, dejó muy encargado á los suyos que siguiesen socorriéndola, como lo merecían sus virtudes y santa vida, en que no poco adelantó bajo la direccion del P. Pignatelli.

Un trato de tan largo tiempo le hizo descubrir, sin pretenderlo, una alma bien dispuesta para recibir las divinas impresiones de la gracia, y esto le convidó á cultivarla muy de propósito; y tanto se aprovechó la enferma, que él mismo se maravillaba y solía proponerla como ejemplo de perfeccion y de santidad. No solamente la dispuso á recibir como de la mano del Señor y tolerar con invicta paciencia sus males, sino á tener verdadera fruicion en ellos, y desear sufrirlos mayores para agradar más á Dios.

Penetraba muy adentro en las cosas del espíritu, y hablaba de ellas con tan envidiable unción, que era un gozo el oírla: y el santo varón se complacía en ello tanto, que siempre que iba á visitarla, se sentaba á su lado en un banquillo ó una piedra, y se estaba largo tiempo sin sentirlo ni uno ni otro por el inefable consuelo de sus almas cuando hablaban de Dios, y por la recíproca veneracion en que se tenían.

Tambien consta en los procesos que el P. Pignatelli por mucho tiempo usó de la misma caridad de cuerpo y alma con otra enferma, jovencita de quince ó diez y seis años, á quien iba consumiendo poco á poco la tisis, y que se alojaba tambien en una pobrísima casa cerca de Colorno, y recibía á menudo las visitas del P. Pignatelli, que iba siempre á pie á socorrerla corporal y espiritualmente. «Muchas veces,» dice un testigo ocular<sup>1</sup>, «me

<sup>1</sup> El H. José Grassi.

tocó á mí llevarla de parte del Siervo de Dios sopa, carne y algo de confitura; y, «mirad,» me decía el Padre, «mirad cómo esa probrecita carece de todo, y no tiene con que alimentarse; pues observad bien, y veréis qué paciencia es la suya en tanta miseria.»

«Y en efecto,» prosigue el novicio, «siempre que fui, observé con mis propios ojos la resignacion heroica de aquella jóven: me daba las gracias más expresivas, y se le pintaba en el rostro la gratitud: lloraba de ternura; y al hablarme del P. Pignatelli, no tenía palabras con que manifestar el concepto que le merecían su caridad y virtudes de santo, y no acababa de asombrarse de que tuviese la dignacion de tratar con ella tan á menudo y con tanta pausa, y de servirla y consolarla tanto. Confesábala el mismo Padre, y procuraba que cada quince días, poco más ó menos, el párroco le llevase el cuerpo sacratísimo de Jesucristo, del que tenía ella siempre una hambre extraordinaria. Estoy persuadido,» concluye el susodicho Hermano, «que llegó á tan sublime grado de virtud por la caritativa cultura del P. Pignatelli'.»

Tales eran los consuelos que Dios prodigaba á su siervo fiel en recompensa de sus fatigas por el bien de las almas; consuelos de tal cuantía, que embotaban toda la agudeza del dolor de las persecuciones y contratiempos, y hasta de las enfermedades del cuerpo. Confesaba él mismo muchas veces que molestándole dentro de casa agudísimos dolores, no bien ponía el pie en la puerta para salir á sus acostumbradas correrías, cesaba de repente todo mal, y le corría por los miembros un vigor no pensado; y esta frecuente experiencia es increíble lo que le animaba á promover, sin economizarse, la gloria de Dios y la salvacion eterna de sus prójimos.

Mirábanle los colorneses como á su padre por dos títulos: pues siempre le tenían pronto á subvenirlos en sus necesidades no solo del alma sino tambien del cuerpo; y decían que si llegaran á faltarles el duque y el P. Pignatelli, Colorno se hundiría en la miseria. Sobrada razon tenían; pues era la caridad inago-

<sup>1</sup> *Summar.*, pág. 26.

table del P. Pignatelli el principal arrimo del país. Solo Dios, que registró las sumas cuantiosas por él distribuidas, es capaz de saber las limosnas que por medio del santo varon se repartieron entre toda suerte de personas. Un gran número de pobres se mantenían con lo que el Padre les daba á la puerta de casa, á menudo de propia mano: remitía con frecuencia secretos socorros á familias decentes y vergonzantes; no topaba con pobre alguno por la calle, á quien no diese limosna; y á este objeto siempre llevaba una bolsa bien provista, y todo su gusto era volverla vacía á casa.

Sucedió alguna vez que no teniendo ya que dar, ni corazon para despedir desconsolados á los pobres que le cercaban por las calles, se puso á pedir limosna á los amigos, con quienes tropezó, como en calidad de préstamo.

No se sabe de dónde sacaba tanto para dar á los pobres: porque de una parte tenía que gastar mucho en suplir lo que faltaba á la tenue asignacion del noviciado hecha por el duque, y por otra derramaba el dinero en limosnas, con la seguridad de que no había de faltarle nunca ni para un objeto ni para el otro. Es verdad que su sobrina, la duquesa de Villahermosa, le enviaba desde Madrid frecuentes limosnas; pero tiénese por cierto que no bastaban para tanto como el Siervo de Dios repartía entre pobres y aplicaba á las necesidades del noviciado; y que su inagotable tesoro no era sino su confianza sin límites en la fidelidad de aquel Señor que dijo: «Dad, y se os dará.»

Así lo demuestra el hecho siguiente. Solía en los primeros tiempos apuntar las entradas y salidas de casa y de fuera; mas pareciéndole después que aquello era agraviar á la Providencia y querer medirla con la mezquindad y pobreza del corazon humano, no quiso más registros ni libros de cuentas; y siguió dando segun lo exigía el deber y la caridad, con segura confianza, como decía á los suyos, de que aquel Dios, á cuyas expensas vivían, no dejaría de proveer de todo en tanto mayor copia, cuanto más y mejor se despojaban de la pequeñez del propio corazon y colocasen en él todas sus esperanzas.

De su compasion y caridad para con los pobres y necesitados dio heroicos ejemplos ya aquí en Colorno. «Una vez,» dice Fernando Passani, canónigo de la colegiata de Santa Margarita<sup>1</sup>, «una vez le vi en un rincón de una callejuela, llamada Levacher, que se quitaba sus propios calzones para vestir á un miserable.» Otro tanto le vio hacer con otro pobre mendigo un tabernero, llamado Rafael Melloni: para lo cual se metió el Padre «en la puerta cochera de la casa Rossini, ahora de la familia Romani, situada en la vía Filipina, que conduce al hospital<sup>2</sup>.»

Otro suceso un poco raro se lee del Padre, que es verosímil sea un acto de caridad con algun criminal arrepentido. Cuenta el hecho D. Fernando Pablo Marca Bobaschi con estas palabras: «Siendo yo,» dice<sup>3</sup>, «prior de la cofradia del Santísimo, erigida en la colegiata de Santa Margarita aquí en Colorno, una noche se perpetró un hurto sacrilego, en que robaron el copon, el viril y una cajita ó vaso en que está el Santísimo dentro del copon. A la mañana siguiente, después que hube dado parte de lo ocurrido al comisario, vino el Padre á pedirme que no procediese adelante en las pesquisas, prometiéndome que él daría con el ladrón ó ladrones. Al cabo de casi una semana, vino una tarde el Padre á mi casa, y llevaba debajo del manteo un copon, una cajita y un viril todo nuevo y de mayor peso y valor, y me dijo: «He aquí el ladrón: os pido me perdonéis.»

Mayores eran las demostraciones de caridad con los pobrecitos, cuando á su indigencia se añadía la enfermedad. Testifica Estévan Canaltiere, que á una cuñada suya la cuidó en una enfermedad que le duró por espacio de cinco meses, socorriéndola no solo en lo espiritual sino tambien en lo corporal, y la asistió hasta la muerte, no habiendo pasado día en que no la visitase<sup>4</sup>. Otro tanto hizo con una pobre viuda, llamada Maria Bertozzi,

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 326.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fols. 549, 586.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 174.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 429.



proveyéndola de todo lo necesario para ella y para tres hijos de poca edad que tenía<sup>1</sup>.

Su solicitud con los enfermos no se limitaba á solo el tiempo de la enfermedad, sino que se extendía más allá de la muerte. Un buen hombre, de oficio herrero, llamado Antonio Pensi, tan familiar del Siervo de Dios, que cuando este salió de Colorno, fue «el mismo que le dio el brazo para ayudarle á subir al coche<sup>2</sup>,» tuvo un hermano, el cual, asistido en su enfermedad por el Padre, al cabo falleció. Depuso Antonio en el proceso lo que sigue<sup>3</sup>: «Después de la muerte de mi hermano díjome mi madre en cierta ocasion, haberla asegurado el P. Pignatelli, que al celebrar la misa, había visto cómo el alma de aquel hermano mío había pasado á gozar de la gloria del paraíso. Por cuanto yo sé, mi hermano fue siempre de buena conducta, y murió de edad de unos 22 años asistido siempre por el Padre.»

Á Fernando Solari, albañil, consoló en una larga enfermedad de su madre, asegurándole que no moriría. «Mi madre,» dice<sup>4</sup>, «estaba ya desahuciada de los médicos, y aun dos días consecutivos estuvo agonizando, y hacía cuatro que los médicos la habían abandonado. El P. Pignatelli durante todo el curso de la enfermedad no cesaba de repetir que mi madre no moriría, y nos exhortaba á confiar en Dios y á encomendarla á él. La misma seguridad nos dio cuando ya estaba en la agonía. El hecho fue que ella sanó y sobrevivió quince años.»

Bernabé Piccoli deponer<sup>5</sup> haber sabido por su hermano Salvador, que en cierta ocasion fue al colegio de San Estévan á llamar al P. Pignatelli, para que corriese á asistir á una tal Marta Bisi, que estaba muriéndose. Hallábase en aquel momento el Padre en el confesonario, y al recibir el recado, dijo á Salvador: «Vuélvase V., que Marta ha muerto ya:» como en efecto era así,

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 272.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 530.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 533.

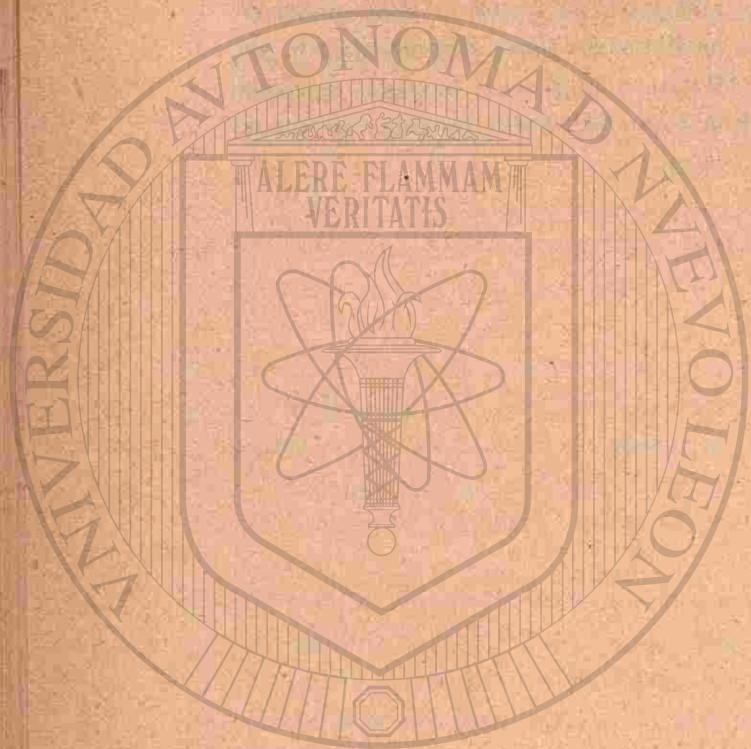
<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 594.

<sup>5</sup> *Ibid.*, fol. 715.

segun luégo verificó; quedando grandemente sorprendido por no entender cómo pudo saberlo el Padre, porque naturalmente no era posible que lo supiera.

Estuvo una vez en Plasencia el P. José, y halló sumida en tristeza á la madre de los Hermanos José y Florencio Grassi, por hallarse privada absolutamente de la vista. Bendíjola el Siervo de Dios, y con esta bendicion recobró ella instantáneamente la vista<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 426.



## CAPÍTULO VI

Caridad con que trata á sus súbditos. — Su celo por la vida comun. — Sacrificase por los suyos. — Cuidado exquisito de los enfermos. — Su conducta con los que lo estaban por sola aprehension. — Celo de la observancia regular. — Suavidad y eficacia en el corregir. — Solicitud paternal en socorrer á los afligidos y tentados. — Gratitude con los bienhechores. — Descuido de sí propio. — Su abstinencia. — Asperezas que practicaba.

1802

Uno de los efectos de la caridad del P. José con sus subordinados fue un gran cuidado y esmero en proveer de lo necesario así á todos en comun como en particular á cada uno. La casita de San Estévan, cuando el Padre entró á habitarla y á plantear en ella el noviciado, estaba absolutamente desprovista de todo, y en breve tiempo la proveyó de lo preciso. Colocó en sitios á propósito las oficinas para los Hermanos coadjutores, y á cada una designó un novicio para jefe ó cabeza, y bajo su direccion puso otros que aprendiesen el arte. No teniendo quien supiera guisar, mandó un Hermano á aprender con hombres de la profesion, á fin de que enseñase luégo á otros de casa. No quería que el alimento fuese regalado ni exquisito, sino comun y saludable, bien condimentado y abundante. Exigia sin embargo de todos que se acostumbraran á toda clase de alimentos, que vencieran la repugnancia natural, y estuviesen dispuestos á soportar con paciencia, cuando Dios así lo dispusiera, la falta aun de lo necesario para

sustentarse, con el recuerdo **de** que eran, no solo por afecto sino tambien en efecto, pobres de Jesucristo.

Perfeccionó todo lo posible **la** vida comun, quitando cualquier particularidad, hasta aquello **poquísimo** que se permitía en aquellos tiempos tocante al **desayuno** por la mañana. Á nadie concedía licencia para tener **dinero** alguno que gastar en cosa que necesitase; y él solo, como **padre** solícito, era provisor de todos, y velaba con atención sobre **lo** que habían menester, y lo buscaba y agenciaba, aun más que **lo** preciso, así tocante á alimento como á vestido y todas las **demás** cosas, hasta privarse á sí mismo de muchas para proveer **á** los demás.

Su fervorosa caridad **hacía** que bajase hasta cosas al parecer de menos monta en lo que **tocaba** al bien de sus súbditos. «Decíanos,» deponen el P. Nicolás Grassi<sup>1</sup>, «que era más conforme á la compostura religiosa descansar de lado, que no supino rostro arriba.» Y D. Tito Ceconi, **refiere** un hecho que le pasó á él, y fue como sigue<sup>2</sup>: «Estando **en** Colorno, vino una noche á mi aposento, y como advirtiese **que** la sola luz de la lámpara no era bastante para que yo pudiese **sin** pena estudiar, tomó él la vela, encendió otra luz, y me dijo: «Conserve V. la vista, que es preciosa: esto no es contra la **pobreza**.»

La misma solicitud, y **aun** mayor, mostraba en cosas que pertenecían al espíritu. Al **citado** P. Nicolás Grassi le dijo en una ocasion<sup>3</sup>, que «pusiese **atención** en las rúbricas para observarlas con exactitud; y **que** si alguna vez en la preparacion y accion de gracias no podía **rezar** todos los salmos, que no omitiese las oraciones, porque **eran** dictadas por la Iglesia:» y «que si por cualquier incidente **hubiera** de dejar las prácticas religiosas para con Dios, que las **supliera** al primer tiempo que tuviese libre<sup>4</sup>.»

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 589.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 777.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 553.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 575.

En lo que ponía especialísimo cuidado era en engendrar en el corazón de sus novicios una confianza tierna, ilimitada y filial para con Dios nuestro Señor, más que temor mal entendido: porque además de que gusta Dios que el hombre confie en su infinita bondad, el temor achica el corazón, y la confianza lo alienta para grandes empresas. Y á este fin procuraba que se formasen de Dios un concepto exacto, y á menudo les decía: «No es Dios como un hombre que nos apunte el fusil al pecho, ó como un riguroso ejecutor; sino padre piadoso y madre tierna juntamente<sup>1</sup>.»

Á un Padre que juzgó ser algo espléndido el trato que daba el Siervo de Dios en Colorno á los novicios<sup>2</sup>, respondió: «Yo he visto los funestos resultados que produce, mayormente en la juventud, la escasez en el trato de sus personas. En España teníamos muchos colegios; mas algunos, y aun muchos, de ellos estaban pobres é imposibilitados de proporcionar á sus moradores el sustento conveniente. Pues bien: á muchos jóvenes de grandes esperanzas por sus virtudes y talentos, no estando desarrollados todavía, veíaseles decaer, perder las fuerzas y acabar por ser no de alivio sino de carga á la Compañía.»

Con grandísima razon exclama el P. Van Meurs, al trascribir este párrafo: *Dictamen hoc est vere aureum*: «es verdaderamente de oro este dictámen:» porque en realidad de la escasa alimentación de los jóvenes proviene gran número de enfermedades, y las casas religiosas vienen á convertirse en hospitales de inválidos, debiendo ser como cuarteles de soldados valerosos. Estuvo el Padre tan firme en este su modo de obrar, que la primera disposicion que tomó á la muerte del duque, cuando quedó sin renta el noviciado, fue que nada se cercenase en lo que tocaba á la alimentación, confiando que no dejaría Dios de proveer, como en efecto sucedió<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 563.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fols. 939, 940.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 345.

Refiere el H. Santiago Annoni<sup>1</sup>, que muchas veces, estando los Hermanos en refectorio comiendo, iba el Siervo de Dios á conversar con ellos, y les decía: «Alimentaos ahora, y alimentaos bien: que tiempo vendrá, en el cual tendréis que contentaros con sola la sopa, y tendréis que mendigar de puerta en puerta, y seréis perseguidos: mas vendrá después otro tiempo, en que seréis bien recibidos, y un Padre y un Hermano bastarán para abrir un colegio.» Todo lo cual sucedió puntualmente como el Padre lo había anunciado.

Siempre que podía complacer á sus súbditos y darles cuanto pedían, sin traspasar los límites de la religiosa observancia, dábásele, sin economizar ni aun la propia persona, haciéndose siervo de todos, y sujetándose por ellos á incomodidades y fatigas no pequeñas; como lo demuestra el hecho siguiente.

Estaba próxima á la muerte la madre de un novicio de Colorno: enviáronle sus parientes un propio suplicándole que con una visita los consolase á ellos, y mucho más á la anciana madre, que suspiraba por verle. Pareció justa al P. Pignatelli la petición. El novicio, como tenía buena salud y su pueblo distaba poco, dijo que haría gustoso el viaje á pie, si á su Reverencia así pareciese. Consintió el Padre; y le mandó que al amanecer del día siguiente bajara á la portería y aguardase al compañero que le pensaba dar. Hizolo así el novicio; y vio con sorpresa que el tal compañero era el mismo P. Pignatelli: resistióse cuanto pudo á permitir que por él se diera aquel mal rato; pero el Padre insistió, y no hubo más remedio que tomarle por compañero.

Mas en lo que descolló singularmente la caridad del P. José fue en el cuidado y esmero con los enfermos. Cualquiera de casa que enfermase tenía en él un padre amoroso y un solícito enfermero, pronto siempre á consolarle y servirle. Sentía los males ajenos como propios, y aun mucho más. Todo leve padecimiento de sus hijos le llegaba al alma y redoblaba su cariñosa diligencia.

Quería que se cumpliesen con rigurosa escrupulosidad las

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 420.

prescripciones de los facultativos, y que se preparasen á tiempo las medicinas, sin reparar en su coste. Ordenando un día al Hermano enfermero que comprase no sé qué medicina, le ocurrió al Hermano decir que iba á costar mucho, si era de la mejor calidad. Turbóse el Padre al oírle: y con semblante algo severo le dijo: «Cueste enhorabuena aunque sea diez veces más: lo que yo quiero es que sea lo más provechoso para el enfermo.»

Procuraba adivinar hasta los deseos y, casi diría, los antojos de los enfermos; y si conocía cuál era su gusto en el comer, ó el guiso que les apetecía, no paraba hasta que los veía satisfechos. Ni dejaba por eso de exigir de los enfermos, como era razon, gran prudencia, resignacion y humilde y pronta obediencia á médicos y enfermeros, y que por delicadeza nimia ó excesivo amor de sí propios no se lamentasen con demasia ni acarreasen molestia á los demás. Si por acaso se encontraba con cierta gente fantástica y aprensiva, que, esclava de su imaginacion, se quejase de dolores que no tuviese, ó los pintara abultados y mayores de lo que realmente eran; entonces el P. José iba más despacio y andaba corto en las demostraciones de benevolencia que solía dispensar á los otros.

No faltó quien extrañase esta diversidad del santo varon; el cual por vía de excusa tuvo que decir, que aquella era, á su parecer, la conducta indicada para con cierta especie de personas demasiado exquisitas y hasta supersticiosas en lo tocante á su salud; y que siempre obraría así, por más que tuviese que violentar su corazon; pues de lo contrario, dándoles cuerda, acabaría de hacerlos inútiles para los ministerios de la Compañía y grave carga de la comunidad. Y solía añadir, que para curar radicalmente ciertas cabezas, no tendría escrúpulo en echar mano de aquel remedio, con que el Santo Padre Ignacio curó al Padre Silvestre Landini<sup>1</sup>; y decía bien, porque la experiencia ha de-

<sup>1</sup> Era este un Padre muy fervoroso, que cayó enfermo, y con la enfermedad perdió la salud no solamente del cuerpo sino tambien la del espíritu. Recobró la corporal, y no daba indicios de preocuparse

mostrado que una impresion de fantasía suele **disiparse** con otra más fuerte, y un temor huye y desaparece con otro mayor.

Pero cuando la enfermedad no era de **aprension**, sino real y verdadera, entonces la caridad del P. Pignatelli era activa, cuidadosa y tierna. Vigilaba á los enfermeros, y á menudo les pedia cuenta de si algo se había omitido por **olvido** ó negligencia: y no tranquilo con esto, él en persona **visitaba** al doliente repetidas veces al día sirviéndole por sí mismo en cuanto había menester. A ninguno se sangraba sin que el buen Padre, temiendo que durante la noche se soltase la **venda** y abriese la cisura, fuese á visitarle á deshora y registrar el **brazo** ó la mano.

Si se agravaba el mal, no tenía límites su **desvelo**: de día y de noche estaba á la cabecera del enfermo, y por mucho que le molestase el frío en lo más crudo de la estacion, no consentía en abandonarle, y dejar el cuidado á otros. **Consolábale** y animábale con santas razones; y si lo había menester, le exhortaba á ponerse con entera resignacion en las manos de Dios para cuanto le pluguere disponer, y á aceptar con **igual** gusto la vida ó la muerte. A este fin ofrecia á Dios sus oraciones y santos sacrificios, encomendando cada enfermo á la proteccion especial de algun santo, cuya reliquia le dejaba, exhortándole á confiar en su poderosa intercesion; y de esta práctica **recogió** no pocas veces frutos maravillosos.

Así logró la salud del P. Nicolás Grassi, jovencito entonces y en muy grave peligro por continuos y violentos esputos de sangre<sup>1</sup>; pues encomendándole el Siervo de Dios muy de veras al Venerable H. Alonso Rodríguez (que aun no estaba beatifi-

por la de su alma. En vista de esto, el Padre San Ignacio le envió á su patria, dejándole incierto de si iba despedido de la Compañía. Entró con esto en sí el P. Silvestre, al ver que había dado motivo para ser echado de la religion: arrepintiéndose de su conducta pasada, y emprendió una vida tan austera, que en poco tiempo **recobró** con grandes creces el fervor pasado y fue un verdadero apóstol. (ORLANDINO, *Historia Soc. Jesu.*, Lib. VII).

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 943.

cado), obtuvo que se pusiera bueno, y le predijo muchas cosas por venir<sup>1</sup>.

Si la enfermedad tenía algo de contagiosa, prohibía severamente á los jóvenes el acercarse al cuarto del enfermo; y él tomaba sobre sí el asistirle á todas horas y servirle de padre, de médico, de enfermero, de criado y de todas las cosas. Cayó en una calentura pútrida, y á juicio de los médicos con peligro de contagio, el P. Juan Antonio Grassi; y día y noche tuvo á su lado al P. Pignatelli con tan entrañable caridad y esmerada asistencia, que no hiciera más una solícita madre en el peligro de su único hijo. Empeoró el mal, y lleno de fervor, preparóle á recibir el santo viático encomendándole muy de veras á Dios por la intercesion de San Antonio de Padua, á cuyo patrocinio le había entregado. Quiso el Señor que el mismo día de la festividad del santo, en el que se viaticó al enfermo, desahuciado ya de los médicos, el mal hiciese crisis de repente, y el P. José tuvo el consuelo de ver fuera de peligro al Padre no sin esperanza de verle tambien pronto convalecido, como en efecto sucedió.

No era menester más que una ligera indisposicion de alguno de los suyos para que el Siervo de Dios se azorase todo, y acudiese con el remedio, aunque fuera á su costa. Abrió en Colorno escuelas públicas de gramática y puso de maestros en ellas algunos de los novicios más antiguos; y como llegara á saber el Padre Pignatelli que uno de ellos no andaba muy bueno, aunque por lo insignificante que él mismo creía ser el mal, no hacía ningun caso de él, le llamó, y enterado de todo, mandóle acostarse y

<sup>1</sup> Nota el P. LUENGO que á principios de 1803 se mandó de Madrid que se activase la causa del entonces Venerable, y ahora ya canonizado, Alonso Rodríguez; lo cual produjo no poca admiracion por las circunstancias de los tiempos en que se dio la orden y por haber desde muchos años completa abstencion en este particular. Es probable que tomara la iniciativa en este negocio el cardenal Despuig, mallorquin. Con esta ocasion exhortaría el Siervo de Dios al P. Grassi á confiar en la intercesion del Venerable Hermano. (*Diario*, Tomo 37, página 48).

que se pusiese en cura. El buen Padre, para no echar á otro la carga, empezó á suplir en la escuela y siguió desempeñándola hasta que el novicio se mejoró. Domingo Pescatori, colornés, estudiante que fue en el colegio de San Estévan, testifica haber visto al P. Pignatelli suplir al maestro Tito Cecconi, y haberle tomado muchas veces la lección dicho P. José<sup>1</sup>.

Pero más singular aún fue el caso siguiente. Sintióse ligeramente resfriado el H. José Grassi, cocinero de la casa: el Padre Pignatelli le oyó toser, y le reconvinó con dulzura por que no le había manifestado á tiempo su indisposicion, y le mandó meterse en la cama. Excusóse el buen Hermano diciendo que no era el mal para tanto; á más de que, no había en casa quien entendiese de cocina sino él: á lo que replicó el Padre: «Vos, idos á acostar, y dejad eso á mi cuidado. ¿Por ventura no hallaré en todo Colorno quien como vos, y algo mejor, desempeñe vuestro oficio?» No tuvo el cocinero más recurso que bajar la cabeza y obedecer: y yendo poco después á visitarle el P. Pignatelli y á llevarle algun remedio, le dijo con apacible rostro y sonriéndose: «Esté tranquilo mi Hermano José, que por buena ventura he hallado ya un cocinero, que nos ha de tratar muy bien. Pensad en ponerlo bueno pronto, y nada más.»

Fuese por curiosidad, ó porque barruntase el Hermano lo que iba á suceder, apenas se ausentó el Siervo de Dios, mandó á uno que espíase quién era aquel nuevo y tan elogiado cocinero; y se encontró que era el mismo P. Pignatelli, que encerrado en la cocina, estaba en faena aparejando la comida para la comunidad. Supieronlo los novicios, y al momento bajaron á suplicar á su Padre que por Dios dejara aquel penoso trabajo: pero él, sin soltar lo que tenía entre manos, dijo: «No, eso no: podéisme ayudar, si os place; pero el hacer de cocinero me toca á mí, que soy yo nacido para este oficio.»

Y no se crea que fue todo exageracion este dicho del improvisado cocinero. Óigase al H. Annoni cómo habla de la habilidad

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 585.

del Padre en esta materia: «He oído decir á los Padres españoles antiguos que era excelente (*sic*) en hacer las tortillas, y en volverlas sin el auxilio de los otros<sup>1</sup>.» Así fue que siguió por algunos días sirviendo á los sanos y al enfermo, á quien se empeñó en llevar él mismo, como enfermero, diariamente la comida y la cena. En este suceso no es fácil decidir qué virtud descolló más, si la humildad ó la caridad. Lo cierto es que ambas campean en grado eminente. Nota el H. José Grassi, que cuando él era cocinero, se le sujetaba de tal suerte el P. Pignatelli siempre que iba á fregar, que nunca dejaba el trabajo hasta que él le decía «basta<sup>2</sup>.»

En la solicitud que le merecieron las almas de sus hijos, fueron las industrias de su caridad muy parecidas á las que leemos haber empleado San Ignacio. Era muy celoso de la observancia regular, y la quería ver puntualmente practicada así por jóvenes como por ancianos, y mas aún por estos, cuyo ejemplo suele hacer tanta impresion en los jóvenes. Si alguno faltaba en algo, aunque fuese cosa ligera, no había respeto humano que le estorbara avisarle y corregirle segun su merecido; si bien no usaba de la misma táctica con todos, sino que se acomodaba á la índole, naturaleza y hábitos de cada uno, y á la diversa disposicion del mismo sujeto en varias circunstancias. Y es muy de notar que esta desigualdad no era nunca motivo para que el P. Pignatelli se apartara un ápice de aquel tenor de suave cordialidad que se había propuesto seguir siempre en la dirección de sus súbditos.

Nunca salieron de su boca palabras de resentimiento, ni mucho menos expresiones despreciativas, ni fórmulas que agravasen demasiado la falta ó confundieran más de lo justo al delincuente. Una amorosa mirada solía bastarle para advertir de su yerro al súbdito: y eran tan eficaces sus miradas, que sin hablar hacía entender más de lo necesario. Á otros les ponía por delante el remedio para la enmienda, pero á manera de quien pide con-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 416.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 143.

sejo, y como si él mismo fuese el reo y deseara saber cómo expiaría la culpa.

Otras veces no hacía más que citar la regla, ó una sentencia de Jesucristo ó de algun Santo, á propósito del defecto que deseaba corregir. Un novicio, al salir de su cuarto, no acompañó con la mano la puerta, que empujada por el viento, dio un ruidoso golpe contra el cerco; y encontrándose en aquel punto con el P. Pignatelli, este se le acercó, y con blanda sonrisa le dijo: «Tal Santo Padré, (y nombróle), es de opinion que no solo se falta al silencio con la lengua, sino tambien haciendo en casa cualquier ruido que moleste á la comunidad.»

Defectos de alguna consideracion no los corregía en el acto, sino esperaba que llegase ocasion oportuna, y daba tiempo al culpable para que entrando en si mismo, reconociese con ánimo reposado su culpa. En público no reprendía sino rarísima vez, y más en tono de chanza que de seria reprension. Con los más débiles en la virtud daba mayor tregua, y les pasaba muchos yerros sin decirles palabra, mirando siempre á que ellos mismos, cayendo en la cuenta, se acusasen é impusiesen la pena para perdonarlos él entonces ó disminuirla.

Si veía recaer á alguno á menudo en los mismos defectos y poner poca atencion en la enmienda más por inconsideracion que por obstinada voluntad, el buen Padre le llamaba á su cuarto, y allí á solas sentándole á su lado y sin sombra de ceño, sino con rostro y entrañas paternas, le decía: «Hijo mío, tal cosa no está bien; es contra la regla: en otros tiempos se imponía por ella una penitencia; pero ahora no, porque quiero más bien que reconozcáis vuestra falta y no la volváis á cometer.»

Herían tan en lo vivo del corazon estas expresiones de ternura, que arrancaban lágrimas de arrepentimiento y propósito firme de la enmienda. Y al tratar de culpas, no aludo á cosas mayores, que ofendiesen á Dios ó quebrantasen su ley; sino á leves inobservancias y en apariencia de muy poco momento, pero que el P. Pignatelli quería que estuviesen muy lejos de los suyos, porque ponen un óbice á la perfeccion; y si á tiempo no

se arrancan, crecen, y sin saber cómo, conducen á la relajacion en el servicio de Dios.

Era grande su solicitud paternal en socorrer á los súbditos, cuando los veía afligidos y tentados. Su aposento siempre estaba abierto para quien tuviese necesidad de aconsejarse ó consolarse con él: y nunca, por muy ocupado que estuviese, despidió á ninguno sin oírle ó citarle para otro rato. Tenía dada orden que nadie le economizase, ni aun en el tiempo de la meditacion: y así era que los novicios, con plena libertad, si no siempre con discrecion, acudian al maestro con bagatelas y niñerías, y le daban ocasion de ejercitar su heroica paciencia, oyéndolos sin dar muestra de fastidio, y pronto siempre á consumir con ellos horas enteras y acortar por su causa notablemente el descanso de la noche; y esto siempre con rostro tan halagüeño y alegre, que solo el verle les ensanchaba el corazon é infundía una confianza sin limites.

Había mandado abrir en un rincon de su cuarto una ventanilla, que daba frente por frente al altar del Santísimo, ante el cual se pasaba de rodillas muchas horas del día en dulce comunicacion con su Dios; pero no bien oía llamar á la puerta, se ponía de pie, y enjugándose las lágrimas y tomando un aire festivo y cortés, como si saliera de la recreacion y no del trato con Dios, recibía á quien llamaba, y entreteníase con él en amena conversacion todo el tiempo que era menester. Si al andar topaba con alguno que diese muestras de turbacion ó melancolia, se acercaba á él, y con amable rostro le decía: «Qué es eso? ¿porqué andáis tan triste? ¿qué tenéis? Vamos, decidmelo á mí que soy vuestro padre. Animo, y estad alegre, que los siervos de Dios nunca tienen por qué no estarlo: *Iusti exultent in conspectu Dei, et delectentur in letitia.*» Otras veces, como leemos de San Francisco á sus religiosos, «Si habéis pecado,» decía, «confesaos y luego estad alegres.»

Mas cuando llegaba á advertir que el enemigo trabajaba en secreto para conducir á perdicion una alma, entonces la afectuosa caridad del buen Padre no dejaba piedra por mover á fin de

descubrir lo que el demonio pretendía se tuviese cerrado y oculto en el pecho. Llamaba el P. Pignatelli á quien veía en tamaña tribulacion, y de silla á silla con demostraciones y palabras de paternal cariño, «Hijo mío,» le decía, «contadme vuestros apuros: no temáis, que soy vuestro padre; os deseo todo bien, y estoy pronto á procurároslo á todo trance, como que os amo con todo corazon: desahogaos, hijo mío, no tengáis temor ni vergüenza; yo tambien he padecido y padezco tentaciones semejantes á las vuestras.» Y con humildad y sencillez se ponía á referirle los medios de que hacía uso para vencerlas con el divino auxilio.

No había corazon tan reacio, que resistiese mucho tiempo á tan vivo desahogo de ternísima caridad: se compungían á poco, y deshacíanse en lágrimas los que le oían hablar así, y depositaban en su seno toda la afliccion; lo cual era bastante para que huyese el enemigo y entrara en su lugar un inefable consuelo. Al verlos ya en completa calma, les sugería medios para asegurarla en lo sucesivo; y al despedirlos, les suplicaba encarecidamente que cuantas veces se sintieran molestados de importunas sugerencias, otras tantas acudiesen á él en cualquier tiempo y hora, aunque fuese á la media noche, puesto que era su deber recibirlos y consolarlos. Por todo lo cual nadie se apartaba de su lado que no rebosase consuelo, y con confianza, siempre más fundada, en su direccion espiritual.

Fue natural efecto de tan entrañable caridad que no solo los novicios, sino tambien algunos Padres de los antiguos, graves y provecos, se entregaran á su direccion espiritual, con la seguridad de gran provecho. Encuentro nombrado entre otros al P. Juan Andrés, aquel varon tan célebre y conocido del mundo literario por sus muchas y eruditísimas obras impresas y vertidas en varias lenguas de Europa<sup>1</sup>. Era ya muy bueno, pero

<sup>1</sup> Fue natural de la villa de Planes, en el reino de Valencia. Nació en 15 de Febrero de 1740: entró en la Compañía en 24 de Diciembre de 1754. Fue uno de los que hicieron la profesion el 15 de Agosto

bajo la direccion del P. Pignatelli se mejoró y refinó hasta llegar á consumada perfeccion; por lo que en lo restante de su vida tuvo á su director en cuenta de hombre santo, y profesóle veneracion especial, como la merecía la sobrenatural discrecion que descubrió en él en las cosas de espíritu.

Y no fue el P. Juan Andrés el único ni el primero que hizo este descubrimiento. Corría la voz entre los novicios de que su Padre maestro penetraba los pensamientos más ocultos y veía claramente las internas disposiciones del corazon; y en prueba de ser así, citaban varios sucesos. Uno asegura, que entrando cierto día en su aposento, el Padre no le dejó hablar, y le declaró por entero todo lo que iba á comunicarle. Otro afirma que jamás fue á pedir consejo al P. Pignatelli sobre las cosas de su alma sin que entablase primero conversacion el Padre sobre lo que el necesitado pensaba decirle.

Manifestó siempre singular afecto de gratitud con los bienhechores. Por ligero que fuese el favor recibido, se deshacía en demostraciones de agradecimiento con los que se interesaban por su persona ó por el bien de la Compañía ó de cualquiera de sus hijos. Ofrecía diariamente oraciones por su salud al Altísimo; y á menudo iba á sus casas, aun con grave incomodidad, á darles las más afectuosas gracias que de un corazon agradecido podían emanar.

Cuando ellos iban á visitarle, recibíalos con muestras de gran júbilo y regocijo, y no creía perdido el tiempo que en agasajarlos y estar con ellos empleaba. Á los que estaban lejos les escribía cartas muy afectuosas con generosos ofrecimientos para cualquiera cosa que estuviese á sus alcances, y les suplicaba le diesen ocasion de manifestar su ánimo lleno de gratitud y deseo de corresponder. Todos los años enviaba al duque D. Fernando una cestita de fruta de la huerta en testimonio de su agradecimiento.

de 1773, un día ántes de publicarse en Roma el Breve de abolicion. Murió en dicha ciudad á los 12 de Enero de 1817.



Al paso que el P. Pignatelli era todo amabilidad y dulzura para con los demás, á sí mismo se trataba con grande rigidez y aspereza. Aunque siempre estuvo enfermizo, jamás se concedió cosa que oliese á regalo. De vez en cuando enviaba sus novicios á recrearse en el jardín del duque ó en otro sitio campestre, pero él se quedaba en casa; y si alguna vez iba por pura necesidad, no se le vio nunca oler una flor ni esparcir la vista por el horizonte para solaz y recreo del espíritu.

Desvivíase por proveer á los suyos de cuanto necesitaban, y no cuidaba de sí: y en toda ocasion escogía lo peor para su persona. Hablando en particular del vestido del Padre, dice el cardenal P. Ángel Mai<sup>1</sup>, novicio del Siervo de Dios, que su vestido era «ya usado, perdido el lustre y lleno de remiendos,» aunque siempre muy aseado; porque tenía por principio que el religioso debía en su exterior andar «pobre sí, pero no sucio,» como dice el P. Grassi<sup>2</sup>. «Tenía dos pelucas,» continúa el mencionado cardenal<sup>3</sup>, «una peor que la otra; y las iba cambiando sucesivamente sin comprar otra nueva.» «El sombrero que usó algunos años, estaba muy magullado y abollado; y al fin lo substituyó por otro basto, pesado y pequeño.» Teresa Riga depone que su marido, Luis Borsani, como viese al Padre abrigado con un manteo algo ruin, le dijo: «Pues tiene V. tanto dinero, ¿cómo no se hace manteo nuevo?» Y él, sonriéndose, le respondió: «Tengo que vestir á mis hijos<sup>4</sup>,» esto es, á mis súbditos y á los pobres.

Jamás quiso tener dos pares de zapatos. Al entrar el invierno, proveía de ropa á los suyos con toda solicitud, y solo de sí descuidaba, y aun lo de su uso repartíalo entre los demás. Algunas veces anduvo sin almilla ó chaqueta interior, por haber dado á algun pobre la que tenía. No faltó quien al verle tan derrotado, movido á compasion, le exhortase á andar algo más compuesto,

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fols. 1106-1109.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 960.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 1164.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 1105.

<sup>5</sup> *Process. Parm.*, fol. 575.

siquiera por la decencia religiosa; mas el Siervo de Dios no le dejó ganas de volver con otro consejo, diciéndole con cierta sonrisa: «Nuestra decencia está en ser pobres y parecerlo: y bien sabéis que para los verdaderos pobres todo es bueno y decente.»

Para terminar este punto, recordaré que era tan parco en el alimento, que su vida podía llamarse ayuno perpetuo. «Por la mañana,» dice Pedro Mazzera<sup>1</sup>, «tomaba una taza de café ó chocolate, alternando esta bebida, de suerte que si á la mañana había tomado el café, á mediodía tomaba el chocolate, y viceversa: por la noche su cena era unas cucharadas de sopa, y catataba, más bien que comía, algo de carne ó de otra vianda, con una onza apenas de pan y un dedo de vino.» No permitió jamás que se hiciese para él nada nuevo ó más delicado; y á veces ni siquiera que se recalentase aquello mismo que tomaba. Padecía angustias y bascas de estómago, que con aquel alimento frío y estadizo se aumentaban, y llegaban á ser dolores crueles; y sin embargo no mudó jamás de método siempre que se lo permitió la obediencia, por no perder una partecica del padecimiento que le proporcionaba.

Viósele algunas veces recogiendo á escondidas los mendrugos de pan más duros y guardárselos para comerlos á su tiempo. Observaba exactísimamente los ayunos prescritos por la Iglesia, como tambien las abstinencias de carne los viernes y sábados, aunque estuviese muy enfermo y le aquejaran los habituales dolores, á no ser que se opusiese la obediencia al confesor, á quien defería al punto y sin la menor réplica. Á los ayunos prescritos por la Iglesia, añadía otros en las vigiliias de festividades de Nuestra Señora y de los Santos de la Compañía. Púsole el cocinero cierto día un poco de pescado más fino y sustancioso que el ordinario; y sin mirarlo siquiera, lo rehusó, dio una buena reprimenda al cocinero por aquel gasto inútil, y le mandó en penitencia que se lo comiese él allí en presencia de todos.

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 251.

Para martirizar su cuerpo, tan extenuado y consumido ya por las dolencias, echó mano de disciplinas, cilicios, cadenillas de hierro, y otros desusados instrumentos de penitencia. Las disciplinas eran un tejido de cuerdecillas entrelazadas con estrellitas y pedacitos de hierro y de latón, que á cada golpe hacían saltar la sangre de las espaldas y desgarraban las carnes. Tenía dos grandes fajas de cerda y gran variedad de cadenillas con puntas de hierro para ceñirse el cuerpo; y bien echaron de ver los domésticos el uso que hacía de tales instrumentos.

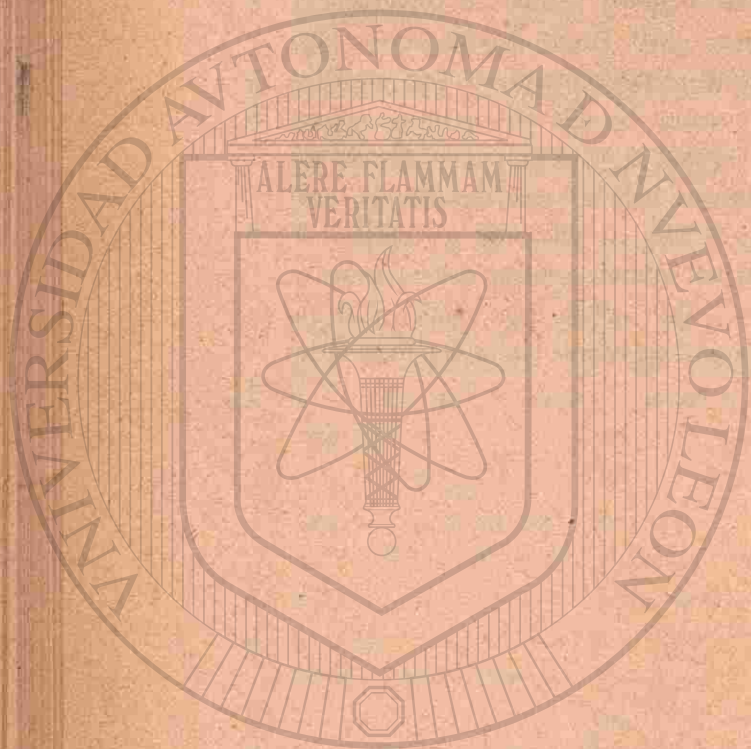
«Una vez,» dice uno de ellos, «observándole yo mientras estaba en ejercicios, me pareció verle más atado que lo de costumbre, y le dije: «V. Reverencia por fuerza tiene encima algun terrible jubón de hierro.» No me lo negó, sino que con mucha maña mudó de conversacion.» Otro dice así: «Creo que el Padre Pignatelli iba siempre ceñido de cadenillas, y un día que estuve con él en Parma me movió á compasion, cuando le vi bajar la escalera del palacio episcopal como á saltos y sin poder doblar las rodillas. Siempre que tenía que bajarse, lo hacía con tanto esfuerzo, que se ponía como una grana, y observé una vez que al querer inclinarse, casi se cayó de bruces, recibiendo un fuerte golpe en las rodillas.»

Lo mismo deponen otros, y señaladamente el H. Grassi, que fue por tantos años su compañero. «Si mi palabra,» dice, «no merece crédito, no se negará por cierto á los horribles instrumentos de disciplinas de cuerda, de cadenillas de hierro y de latón, de asperísimos cilicios, también de hierro y cerda, y de diversas medidas; de todo lo cual tenía en grande abundancia. Del uso que de las disciplinas hacía, habla bien claramente un pañuelo en que, después de usarlas, las envolvía, y que se encontraba siempre hecho como un pastel de sangre cuajada: y certifico y depongo que yo mismo he llevado estos instrumentos en los viajes; pues de todo se olvidaba, pero nunca de tales instrumentos, tan queridos de su corazón como la mortificación de su cuerpo.» Así el H. Grassi; y en prueba y confirmación de lo que dice, aún se conserva el pañuelo, de que habla aquí, tan lle-

no de sangre, que no lo parecería más, si se hubiese empapado y sumergido en este líquido.

Cualquiera que conozca lo que es una inveterada costumbre, que suele trocarse como en segunda naturaleza, comprenderá el valor del acto que refiere el P. Vicente Pavani. «Acostumbrado» dice<sup>1</sup>, «el P. Pignatelli al tabaco de España, mayormente después de la supresión, para no desedificar á los otros, en especial á los novicios y escolares, se privó por algun tiempo del uso del dicho tabaco, hasta que habiéndosele hinchado la nariz y la cabeza con peligro de la vida, le obligaron los médicos á que lo tomase otra vez. Acostumbrado también á llevar peluca, se la quitó, cuando volvió á la Compañía en Nápoles, para no causar extrañeza, aunque era sexagenario. Yo mismo le he visto sin peluca.»

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 727.



## CAPÍTULO VII

Situación política de Parma. — Presiéntese la muerte próxima de don Fernando. — El duque en Fontevivo. — Su encuentro con el Padre Pignatelli. — Siéntese enfermo y reconócese envenenado. — Espira asistido del Siervo de Dios. — Mutua opinión en que se tenían. — Amor del difunto duque á la Compañía. — Vuelta del Padre á Parma y á Colorno. — Tienta la confianza en Dios de sus súbditos. — Encuéntrala arraigada en sus corazones. — Enciéndese en nuevo fervor. — Asegura la salvación del infante. — Ocupación de Parma por los franceses. — Continúa el Venerable sus ordinarios ministerios, sus limosnas acostumbradas y el mismo tenor en el gobierno. — Fama de su santidad. — El senador Abundio Rezzónico en Colorno.

1802

Para mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, conviene recordar la situación política del estado de Parma por este tiempo. La union entre España y Francia era íntima en esta época: no obstante el directorio francés había querido privar de sus estados á los duques de Parma, cuya vecindad comprometía la seguridad del ejército de la república, que ocupaba los estados del rey de Cerdeña.

El ministro Urquijo conjuró la tempestad: mas previendo que podría reproducirse, después de la batalla de Marengo propuso el cambio de Parma por la Etruria, creyendo que este último país, como más separado del teatro habitual de la guerra,

sería un asilo más seguro para los duques y aumentaría la dignidad de aquella rama de la casa de Borbon; pues el soberano de Etruria llevaría el título de rey. El tratado particular en que se estipuló el cambio, fue celebrado en San Ildefonso entre el ministro español y el general Berthier en 1800.

El año siguiente de 1801 por el tratado de Luneville entre Francia y Austria erigióse efectivamente en reino, llamado de Etruria, el gran ducado de Toscana, arrebatado á su gran duque Fernando III, de la casa de Austria. Deseosa la reina de España de desposar á su hija María Luisa con persona de sangre real, D. Nicolás de Azara, ministro de España en Paris, negoció allí con aquel gobierno el matrimonio de la infanta con el príncipe heredero del ducado de Parma, D. Luis, único hijo varon del duque D. Fernando, al que designó por soberano del nuevo reino de Etruria. Repugnaba el duque D. Fernando á la cesion de Parma; y se convino en que conservara su posesion durante su vida. La princesa de Santa Cruz, al oír de Azara el resultado de su negociacion, exclamó horrorizada: «Habéis sentenciado á muerte al buen duque. Bien presto se verá.» Y así fue<sup>1</sup>.

Parece que el P. Pignatelli tuvo conocimiento del próximo

<sup>1</sup> Todo esto lo contó la misma princesa al P. Santiago Bottini, familiar del duque, residente en el colegio de nobles, y testigo de todo lo ocurrido con D. Fernando.

De esta princesa de Santa Cruz escribía el P. LUENGO pocos años después, esto es, en 22 de Abril de 1809. «Ayer estuvieron (Saliceti y Miollis) en Tiboli. Les acompaña la famosa princesa viuda de *Santa Croce*, ó Santa Cruz, de la familia Falconieri. Por su mucha intimidad..... con Bernis, y con D. José Moñino y D. Nicolás de Azara, era omnipotente en Roma en los pontificados de Clemente XIV y Pío VI, especialmente hasta que el año de 1792 Moñino perdió la gracia del Rey: y por todo aquel tiempo no tenía otro nombre que el de «Dama universal,» y por antonomasia «Dama borbona.» De dama borbona pasó de un salto á «Dama republicana» y filósofa, y amiga íntima y cortejada de los enemigos y opresores de los Borbones de Francia y España: y ha criado tan bien con esta leche á sus hijos, que todos ellos, aunque atestados de pensiones, sin mérito alguno, por los reyes de España, son tan republicanos, tan filósofos y tan anti-borbones como su madre.» (*Diario*, Tomo 43, pág. 287).

cambio político del estado de Parma, y de las dificultades en que habian de verse en Colorno, de un modo especial los estudiantes y novicios. A este propósito cuenta el P. Nicolás Grassi el caso siguiente: «Antes que muriese el Duque, el Siervo de Dios mandó traer de Plasencia los escritos de filosofía y matemáticas del P. Gil, antiguo jesuita, á la sazón profesor en el colegio de San Pedro de Plasencia, tal vez con la idea de enviarnos después allá para cursar aquellas asignaturas. Llegados aquellos escritos, nos los hizo copiar, para que no tuviéramos que perder demasiado tiempo en caso de que debiésemos cursar filosofía. Mucho nos ayudó haber tenido esta providencia: porque después de muerto el duque, no pudiendo establecerse el dicho curso á causa del cambio político de las cosas, no nos quedaron más que aquellos escritos, que ya teníamos copiados, para la materia y el orden de los dichos estudios; y de ellos pudieron aprovecharse privadamente en Colorno los jóvenes religiosos que después pasaron á San Roque en Parma y de aquí á Nápoles<sup>1</sup>.»

El trágico fin del duque sucedió de esta manera. Solía don Fernando ir á pasar uno de los primeros días del mes de Octubre, próximos á la fiesta de San Francisco de Borja, en la abadía ó casa de campo llamada *Fontevivo*, propiedad del colegio de nobles. Este año de 1802 quiso darse aquella expansion no solo para tomarse tiempo de tratar con el P. Pignatelli ciertos negocios pertenecientes á la administracion de dicho colegio, sino tambien para desvanecer una idea melancólica que le preocupaba.

Fue á Colorno, donde á primeros de Octubre estaba D. Fernando, un jóven, hijo de un francés, que se había unido á los franceses en Italia. Pidió audiencia para ver y hablar al duque, y negáronsele: instó, y por toda respuesta se le entregaron treinta doblones, creyendo que iba para pedir socorro de alguna necesidad en que se hallaba. Rehusólos el jóven, y esto hizo más misteriosa su petición.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 374.

Suplicó entonces que se le dejase hablar siquiera con el confidente del duque; y accediendo á sus ruegos, se presentó este á ver lo que se le ofrecía. Dijole el jóven, que venía de Cremona y que había andado toda la noche, para anunciar al duque que asistiendo él en una logia masónica, oyó tratar de los medios más á propósito para envenenar al príncipe de Parma. Quedó este consternado al saber tal noticia; y apenas pudieron calmar un tanto su turbacion los esfuerzos de sus amigos, que no veían en aquella denuncia sino un ardid para intimidarle é inclinarle á la renuncia de sus estados, que ya varias veces algunos le habían aconsejado como único medio para salvar su vida.

Tranquilizado con esto, aunque no del todo, el día ántes de la marcha á Fontevivo escribió una esquila al P. Pignatelli, suplicándole que se trasladase allá, en donde hacia el anochecer del día siguiente le aguardaba. La carta del duque decía así: «Carísimo amigo: mañana temprano saldré para Parma; al anochecer ó ántes estaré en la abadía, donde pienso detenerme tres días. Entretanto si no os fuera muy molesto, podriais trasladaros allá, donde con quietud podríamos terminar los negocios que sabéis. En caso de resolveros á ir, sabed que tenéis á vuestra disposición un coche. Adiós. — FERNANDO.»

Extrañó grandemente el P. José aquella imprevista invitacion, y vaciló un buen rato sobre si debía ir ó no á la quinta: pidió consejo á un Padre de su confianza; y diciéndole este que fuese, se decidió á dar gusto al duque. A la mañana siguiente dijo misa con fervor extraordinario, durante la cual parece que el Señor le dio á conocer el resultado de aquel viaje como muy diverso del que él se figuraba, y que le manifestó con claridad la próxima muerte del duque. Terminada la misa y la accion de gracias, fue al refectorio á desayunarse; y sentándose en un banco, se turbó, y dijo suspirando con toda su alma: «¡Ay cuánto me disgusta este viaje! Tiene que ser fatal...» Estaba solo con él el H. José Grassi, que le servía; y aturcido este con la repentina exclamacion, preguntó al Padre qué le pasaba, y por qué se afligia tanto; pero no obtuvo más respuesta que una recalcada re-

peticion de lo dicho: que mucho le disgustaba aquella salida de Colorno.

Lo que luégo pasó, oigámoslo de dos testigos, uno ocular, y otro que lo oyó referir al Padre. Uno de los palafreneros del duque, por nombre Tomás Franchi, refiere así el hecho<sup>1</sup>: «Me hallé presente en Colorno el 6 de Octubre de 1802, día en que el duque se partió para Parma: y me acuerdo que al subir al coche, vi que allí estaba el P. Pignatelli, al cual dirigió estas palabras: «Hasta que nos veamos dentro de tres ó cuatro días.» Llegados á Parma, después que el Duque hubo comido en casa de Monseñor el obispo Diosdado Turchi, salió para Fontevivo; y á la llegada uno de los primeros que salieron á recibir al Duque fue el P. Pignatelli.»

«Como el príncipe quedara sorprendido, le dijo el Padre: «Señor, le he querido dar una sorpresa.» Después de esto le siguió hasta sus departamentos. Al cabo de algunas horas le recrudecieron los dolores que le habían asaltado ya en el camino de Parma á Fontevivo, y desde aquel momento conoció el Duque que se le había envenenado. Poco después, viendo que los recursos del arte no le aliviaban, para el negocio del alma se entregó en manos del Padre, con el cual se confesó y por él fue asistido después hasta su último aliento.»

Á lo depuesto por Franchi añade algunas circunstancias el testigo Mazzera. «El P. Pignatelli,» dice<sup>2</sup>, «salió de Colorno algunas horas ántes que el Duque<sup>3</sup>, y se encaminó directamente á Fontevivo por la vía de San Segundo: llegó allá algunas horas ántes que el Duque: y así pudo salir á recibirle, como lo hizo; y él fue el que le dio el brazo para subir á su departamento. El Duque, apenas llegado á él, como que iba ya enfermo, se echó en cama, y ya no se levantó más de ella, ni se apartó más el

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 503.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 248.

<sup>3</sup> Esto es, ántes que el duque saliese de Parma: pues segun Franchi el Padre se despidió del duque, cuando este salió de Colorno.

Padre de él desde aquel momento hasta después que el Duque hubo espirado.»

«En este intermedio, el Padre, después de haberle confesado, le administró el santo Viático<sup>1</sup>, y le asistió después hasta el postrer aliento. La mañana siguiente se fue de Fontevivo y se volvió á Colorno. Estas cosas y estas circunstancias las sé por el mismo Padre, el cual, apenas llegado [á Colorno], lo contó á la familia durante la comida.» Hasta aquí Pedro Mazzera, sastre, que servía á la casa del noviciado.

En los tres días que duró el mal y la vida del duque, no se apartó el P. Pignatelli de su cabecera: y confesó después el mismo Padre, que durante todo aquel tiempo apenas probó bocado ni cerró sus párpados. Sugeríale de cuando en cuando lo que era propio de aquella situación y convenia más á tal alma, afectos de encendida caridad para con Dios, de perfecta resignación al beneplácito divino, de total desprendimiento de las cosas criadas, y de vivo y ardiente deseo de verse pronto en la gloria y gozar del sumo bien: el enfermo, siempre con sana razón y con el uso libre de sus sentidos, lo iba acompañando todo con extraordinario fervor y gran consuelo de su espíritu; y era cosa que pasmaba el ver la paz, la serenidad y el júbilo con que veía acercársele la muerte. Con los ojos clavados en la devota imágen de un crucifijo, prorrumplía de vez en cuando en coloquios ternísimos, como si estuviese hablando cara á cara con el Redentor, en cuyos méritos infinitos hacía estribar la segura confianza de su salvación eterna.

De la familia, de sus hijos y súbditos, y de cuanto dejaba en el mundo, no quiso oír más palabra; y solo le daba gusto oír hablar de Dios y de los bienes de la vida futura; y todo su consuelo fue acompañar, mientras pudo con la boca, y luégo con la

<sup>1</sup> El cura párroco de Fontevivo, D. Francisco Caraglia, que se halló presente en la habitación del enfermo como una hora y media ántes de la muerte, dice que administró el Viático al duque su confesor el canónigo Ughi, de Colorno. (*Process. Parm.*, fol. 674.)

mente y el corazón, al P. Pignatelli, que dirigía á Dios por él y en nombre de la Iglesia las últimas preces de la recomendación del alma. Cuando sintió que ya se le acababa la vida, quiso dar al P. José y á la Compañía de Jesús la última prenda del amor que á uno y á otra había profesado.

No se le ocultaba la triste condición de los tiempos, y la próxima revolución que amenazaba á sus estados y á su real familia, expuestos todos á la invasión extranjera y á todo lo peor que sabe maquinarse la gente ambiciosa y que no teme á Dios; y sin embargo, como si nada de esto le perteneciese, ni tuviera que cuidar más que de los colegios, y especialmente del noviciado, miró con ternura al Padre, y le dijo como pudo: «¡Ay, mi amado P. Pignatelli! ¡En qué miserable y lastimoso estado os dejo á vos y á vuestros hijos de Colorno! En tiempos tan desastrosos y turbulentos os dejo desprovistos de todo. Pero adoremos los altos juicios de Dios, que así lo dispone para su mayor gloria y bien de nuestras almas.»

Á lo cual el P. José, después de rendirle, no tanto con palabras como con lágrimas, las gracias más expresivas, le dijo: «Vuestra Alteza no tenga la menor pena por nosotros: porque de nosotros tomará todo el cuidado Dios, que es nuestro padre.» Estas palabras testifica el H. José Grassi haberlas oído de los labios del Siervo de Dios<sup>1</sup>.

Satisfecho y tranquilo con esta demostración de benevolencia, entró el duque en agonía, y á poco rindió tranquilamente el alma á su Criador el día 8 de Octubre de 1802.

Habíanse visto aquel mismo día dos forasteros con botas de montar y látigo en la mano, que dejaron sus caballerías en el molino del camino real de Parma á Plasencia, distante como una milla de Fontevivo: todo el día no hicieron más que dar vueltas en derredor de la quinta; y cuando vieron que el párroco, muy entrada la noche, abrió la iglesia, y que se llevó el santo Viático á la abadía, desaparecieron. Súpose después, que

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 144.

ya aquel día mismo muy de mañana se había esparcido en Cremona la noticia de la muerte del duque en Fontevivo<sup>1</sup>.

El ya mencionado cura párroco de Fontevivo testifica que cuando entró en la habitación del duque, hora y media ántes que muriese, encontró en ella al P. Pignatelli, que estaba arrodillado junto al lecho del moribundo; y que no se movió ni dejó aquella postura hasta que hubo fallecido D. Fernando. «Entonces se levantó,» dice<sup>2</sup>, «y me pidió licencia para ir á decir misa en sufragio por el alma del difunto, aunque eran las cuatro y media de la madrugada, y díjome: «Se trata de mandarlo al paraíso.» Yo se lo consentí de buen grado, y le acompañé yo mismo á la sacristía.»

D.<sup>a</sup> Luisa de Borbon, hija del difunto duque y monja ursulina en Roma cuando en esta ciudad se instruía el proceso del P. Pignatelli, dijo que el Padre la fue á visitar en Parma en el monasterio ó colegio de las Ursulinas, para darle algun consuelo en la sensibilísima muerte de su padre. «Sin darme pormenores,» dice, «de lo que había ocurrido en el tiempo que le asistió, se limitó á decirme que había celebrado la misa en sufragio por el alma de mi padre, asegurándome que había tenido una santa muerte.»

Añade que una sola vez se había confesado con él por ausencia de Monseñor Turchi, y termina diciendo: «Muchas cosas pudiera decir del tiempo que estuvo en aquel país el Siervo de Dios, si no hubiese yo llevado una vida de tanto retiro, como era costumbre en nuestra corte, pues vivía en un departamento separado del de mi padre. De boca de este he oído decir: «El Padre Pignatelli es un santo<sup>3</sup>.» También comunicó la triste nueva á los Padres dominicos de Parma; y el P. Fr. José Capponi, que se hallaba presente, atestigua<sup>4</sup> que el P. José «dio muestras de gran firmeza de ánimo y resignación.»

<sup>1</sup> Relacion del P. Santiago Bottini, citado por el P. Boero.

<sup>2</sup> *Process. Parm.*, fol. 674.

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fols. 913-915.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 1106.

Tan lastimoso fin tuvo aquel verdadero padre de la naciente Compañía, y uno de los más entusiastas admiradores de la santidad y virtudes del P. José Pignatelli, á quien jamás apellidaba con otro nombre que el de «santo» y «gran santo;» y cuando hablaba de él, lo hacía siempre con términos de suma veneración y respeto. Á menudo se iba solo á San Estévan, y pasaba horas enteras en conversacion con él, descubriéndole toda su alma con la sinceridad y sencillez de hijo con su padre.

No emprendía cosa de importancia sin su direccion y consejo: y seguía siempre su dictámen, por la gran seguridad que tenía, como él mismo confesó al P. Mozzi, de no ir por mal camino, aunque al pronto pareciese muy contrario á lo que otros menos prudentes opinaban. Tenía dada orden á los de su corte que jamás negasen cosa alguna de cuanto pidiese el P. Pignatelli para promover el servicio de Dios ó el bien de los prójimos; y es cosa averiguada que el Siervo de Dios nunca se valió de tan amplio favor del príncipe para otro objeto, sin mezclarse en negocios de gobierno, ni en recomendaciones de personas en cosas ajenas de su instituto.

Todo el afán del «santo duque,» como le llamaba el Padre Pignatelli, se cifraba en arraigar y consolidar las obras de beneficencia y en acrecentar la Compañía, que era la niña de sus ojos: por él se vio en efecto trasplantada la Compañía en Italia; él la sostuvo y defendió constantemente; él ardió en deseos de verla restablecida por todo el orbe; él obtuvo del Papa Pio VII que escribiera un Breve al rey de España, Carlos IV, para que secundase el plan de los otros príncipes que deseaban restablecerla, aconsejándole que se pusiera de acuerdo con el P. Pignatelli: de lo cual no poco se confundió este; y cuando supo que se negaba á ello Carlos IV, lleno de satisfacción por el triunfo de su humildad, decía que bastaba haber terciado su nombre en aquel asunto, para que tuviese desgraciado éxito; pero al fin alcanzó el duque, como dijimos, protesta formal de Pio VII de que deseaba restablecer la Compañía en toda la Iglesia, como á su tiempo lo realizó. Por todas estas razones per-

manecerá siempre viva en los hijos de la Compañía la grata memoria de tan insigne bienhechor y con eterna gratitud corresponderán ellos á tan grandes beneficios.

Divulgada por Colorno la noticia del fallecimiento del duque, concibieron fundados temores acerca de su porvenir los moradores del noviciado de San Estévan, al ver que les había sido arrebatado el más firme apoyo humano que en Parma tenían. De un modo particular se sobresaltaron los novicios, creyendo que al faltar el único sosten del noviciado, este se tendría que disolver, y ellos serían enviados á sus casas, por no poderlos mantener la Compañía; lo cual los pondría en el trance de no poder continuar la carrera comenzada de su vocacion.

El P. Pignatelli, al volver á Colorno, halló la casa en un total abatimiento. Salieron á recibirle sus hijos; y al advertir que él, en medio de la fatiga pasada y de la extenuacion de fuerzas presente, traía como impresa en el semblante la marca de una total resignacion en las manos de Dios, parecían reanimarse sus esperanzas; pero era tan grave el peso del dolor y tan melancólicas las imaginaciones que se revolvían en su mente, que revelaban en el abatimiento exterior la lucha que allá dentro del corazón sostenían.

Procuró el Padre esforzarlos con sus palabras llenas de confianza en Dios; pero en vano. Después de la cena les refirió la enfermedad y muerte del duque y las prendas que tenía de su salvacion eterna, á fin de reanimar el espíritu de sus súbditos: los cuales, si bien se alegraban de la buena suerte del duque, y aun se la envidiaban; con todo no acabaron de salir de su postacion.

En vista de esto, á los cuatro ó cinco días los llamó á todos á su aposento; y cuando los tuvo reunidos, de pie delante de ellos, con un semblante lleno de dulzura y con un tono de autoridad inusitado, les hizo el siguiente razonamiento, que pondré aquí con las mismas palabras del H. José Grassi, el cual se hallaba presente.

«Después de algunos días,» dice, «habiendo reunido en su

cámara aquella reducida comunidad, les habló en estos términos<sup>1</sup>: «Bien conocido tenéis ya el fallecimiento de nuestro real Infante, de quien al parecer dependía nuestra subsistencia en esta casa. Ya veo bien que vuestros ánimos, inciertos de la futura suerte, están perturbados y afligidos. Aquí estoy puesto por mis Superiores, y hasta ahora he hecho el oficio de padre. De aquí en adelante, ya que nos falta este sosten, todos tenemos que echarnos en brazos de nuestro buen Dios. Yo siempre he procurado no solo que se os proveyese de lo necesario, sino tambien con abundancia: en lo sucesivo no os puedo asegurar el mismo trato, porque vendrán otros señores, que no pensarán como el difunto: y por esto nos veremos obligados á salir de aquí y á reducirnos á un trato más frugal, puesto que no contamos con el socorro del difunto Príncipe.»

«Con todo eso, si estáis dispuestos á seguir el camino comenzado y ser fieles á vuestra vocacion, no tengáis la menor duda que aquel Padre amoroso, que todo lo prevé, y nos ha juntado aquí, no cesará en su providencia de abastecernos del mantenimiento necesario. Pero retiraos á hacer oracion delante de Dios, y considerando bien lo que os he dicho, vaya cada uno pensando lo que le tiene cuenta; y si cree haber de encontrar suerte mejor en su patria, yo no se lo impido: no obstante reflexionad que la cruz de nuestro Señor Jesucristo más espanta de lejos que de cerca.»

«Yo no os echo de mí: mientras tenga yo un pedazo de pan, nos lo repartiremos entre todos. Si resolvieris seguirme, no os prometo el mismo trato [que hasta ahora]: mas aquel Dios que provee á los pájaros del aire, no dejará de proveernos tambien á nosotros; y si fuere necesario andar pidiendo limosna, yo seré el primero, y vosotros me veréis á vuestro lado. Dentro de un rato, vuelva cada uno por separado á manifestarme lo que siente.»

«Á tales palabras, verdaderamente de padre y salidas del co-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fols. 144-145.



razon, no pudimos **contener** las lágrimas de devocion, y las derramó tambien él. **Para** obedecer, nos retiramos á hacer oracion. Todos se resolvieron á seguirle, protestando que jamás le abandonarían. Al ver él **la** uniformidad de nuestros sentimientos, lloró de consuelo, y se le vio que, cual padre amoroso, los iba abrazando á todos **uno** después de otro conforme le iban á manifestar la resolución **de** no abandonarle.» Hasta aquí el Hermano Grassi, cuyas palabras confirma el P. Nicolás Grassi, y añade que el P. Pignatelli, al ver la firmeza de voluntad que todos sus súbditos manifestaron de permanecer con él, les dijo: «Animo, pues, hermanos: más negras las hemos visto: el Señor no nos abandonará.»

En esta ocasion dio **el** P. Pignatelli, á mi juicio, una de las más elocuentes muestras de su exquisita prudencia espiritual. Bien sabía él que aun **faltando** el duque, no había de llegar el noviciado á la situacion **extrema** que preveían los novicios; porque no hubiera jamás **permitido** su dispersion la duquesa de Villahermosa. Á la primera noticia que su tio le hubiese comunicado de la situacion **de** aquella casa, indudablemente hubiera acudido á remediar su **necesidad**. Ni otra cosa podia esperarse de su hermana la condesa de la Acerra.

Mas el sabio maestro quiso en aquel apuro experimentar el temple de la virtud de **sus** discípulos y los quilates de su confianza en Dios; **confianza**, que entonces solamente será calificada de perfecta y robusta, **cuando** no se disminuye, antes bien se acrecienta y aviva, **aunque** en realidad falte todo humano apoyo, ni encuentre cosa **eriada** en que pueda estribar. Razon tuvo para derramar lágrimas de **consuelo** al ver en aquellas almas tan arraigada esta **fundamental** virtud, imprescindible en todo religioso de instituto **apostólico**; pues asegurándole de los auxilios del cielo, pierde el **amor** de todos los bienes y el temor á todos los males de la tierra, **sin** que ninguno de ellos pueda ser parte para impedirle que se **arroje** á acometer cualquier empresa, aun

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 544.

la más ardua, cuando se trata de la gloria de Dios y del bien del prójimo.

El mismo P. Pignatelli, que tan impresa tenia en su corazon esta confianza sin límites en la divina Providencia, descubrió desde este instante un nuevo fervor en el camino de la virtud, volando á ella con toda libertad, á manera de una avecilla, que, rota la sutil hebra que la tenia aprisionada, levanta su vuelo y se mueve con toda libertad por el aire.

Esto á mi juicio, y no otra cosa, significan aquellas graves expresiones del H. José Grassi, que se leen en el proceso romano<sup>1</sup>. «En este otro tiempo,» dice, [esto es, después de la muerte del duque] «me parece que avanzó á grandes pasos á una perfeccion, que á mi no me pudo ser indiferente: porque ultra de su acostumbrada atencion al cumplimiento de todos sus deberes como Superior y como religioso, descolló en una manera sensible su caridad.» Esto dice el buen Hermano, que fue testigo de vista de todo lo que entonces sucedió.

Tranquilos ya los ánimos de los suyos, pensó el P. Pignatelli en la manera de dar alguna pública demostracion del respeto y de la gratitud á que se había hecho acreedor el difunto principe. Colgó de negro, lo mejor que pudo, toda la iglesia de San Estévan de un cabo á otro; en medio levantó un soberbio túmulo, que rodeó de hachas; y por espacio de tres días consecutivos celebró solemnes exequias, aplicándose las misas, tanto rezadas como la cantada con música los tres días, en sufragio por el alma del finado.

Que esta salió presto del purgatorio, parece haberlo conocido con certeza el Padre: pues hallándose en compañía de los suyos el día de Todos los Santos, unas tres semanas después de fallecido el duque, como uno de los que con él allí estaban dijese haber oído de boca de una persona virtuosa, que aquel mismo día había subido al cielo el alma del Infante, él con blanda sonrisa y con tono de aseveracion repuso: «Hace ya al-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 147.

gunos días que está en el paraíso.» Y de la seguridad con que pronunció estas palabras, infirieron los circunstantes que Dios le había manifestado el tránsito de aquella alma á la gloria.

Después de la muerte del duque la archiduquesa Amalia, su esposa; se retiró á los estados del emperador, sobrino suyo, dejando en Parma dos hijas, una religiosa dominica y otra retirada en las Ursulinas<sup>1</sup>. La suerte del ducado estuvo suspendida el tiempo preciso para que fuese á Paris una posta y volviese de allá<sup>2</sup>. Ocuparon luégo los franceses el estado, y al instante mostraron su animosidad contra los jesuitas; pues á principios de Diciembre de este mismo año de 1802 les prohibieron explicar la doctrina cristiana públicamente por las plazas<sup>3</sup>.

Desistieron sin embargo de adoptar medidas semejantes por algun tiempo á causa de las negociaciones entabladas por los reyes de Etruria y la reina de España, con las que consiguieron de Napoleon que el ducado de Parma quedase por el hijo de don Fernando, y á Bonaparte se le dio en cambio la Luisiana en la América septentrional<sup>4</sup>. Murió el rey de Etruria el próximo año de 1803, dejando un hijo, llamado tambien Luis, de solo un año de edad, bajo la tutela de su madre D.<sup>a</sup> María Luisa, administradora del reino.

Tal era la situación del ducado de Parma después de fallecido el duque D. Fernando. Un año y algunos meses permaneció todavía en Colorno el P. Pignatelli, y como testifica el mencionado Sr. Tarchioni, jamás alfojó en el curso de sus fatigas. Quería dicho señor renunciar la administracion del hospital; y dejó de hacerlo, por habérselo desaprobado el Padre: el cual, lejos de dimitir su administracion espiritual, continuó con su acostumbrada asiduidad y celo infatigable en la asistencia de los asilados, de los presos de la cárcel, y de los enfermos y necesitados del país.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*. Tomo 36, pág. 258.

<sup>2</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 251.

<sup>3</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 271.

<sup>4</sup> *Id.*, *ibid.*, pág. 299.

Y aun más extenso campo se ofreció á su caridad: porque como muchos criados de la corte por la muerte del principe hubiesen quedado sin empleo y sin salario, y por consiguiente reducidos á la miseria; el caritativo Padre á cada uno de ellos pasaba cierta cantidad de dinero cada mes, con la cual remediasen su indigencia: y á los que ó no podían ir á cobrar su dinero ó se avergonzaban de hacerlo, enviábaselo el Padre por uno de sus súbditos ó por otra persona de fuera.

No por esto omitía ninguna de sus ordinarias limosnas que daba en casa ó fuera á los enfermos y pobres, segun lo requerían las circunstancias; sino que á todos acudía con igual solicitud y cuidado que ántes: con esto, y con ver los suyos que lejos de faltar para ellos, sobraba para repartir en limosna más que cuando vivía el duque, se alegraban los novicios de haberse quedado en compañía de su Padre, y esperaban con ánimo tranquilo que no los abandonaría la Providencia. Tambien los vecinos de Colorno hallaban en su orfandad un consuelo en el P. José: su único temor era no se viese en la precision de abandonarlos; porque «quitado nuestro Padre,» repetían, «Colorno se precipita en la miseria.»

Quedaba, pues, el noviciado sin entradas fijas y seguras, sin más recurso que la divina Providencia y la liberalidad de personas caritativas, y en continua zozobra á causa de la ocupacion de aquellos estados por las tropas francesas. Nada se cambió sin embargo en el orden y disciplina doméstica establecida por el P. Pignatelli y observada hasta entonces en el noviciado; todo continuó y se conservó en paz y quietud como en los mejores tiempos; ni los varios gobernantes que en aquel estado se sucedieron, hallaron jamás ocasion de quejarse de él ó de los suyos, ni estos tuvieron que tolerar de ellos molestia ó incomodidad notable.

Solo el P. José por su humildad y mortificacion creyó haber de introducir algun cambio en su persona, haciendo á pie sus ordinarios y continuos viajes á la ciudad de Parma en vez de hacerlos en una carroza de la corte, como hizo alguna vez en

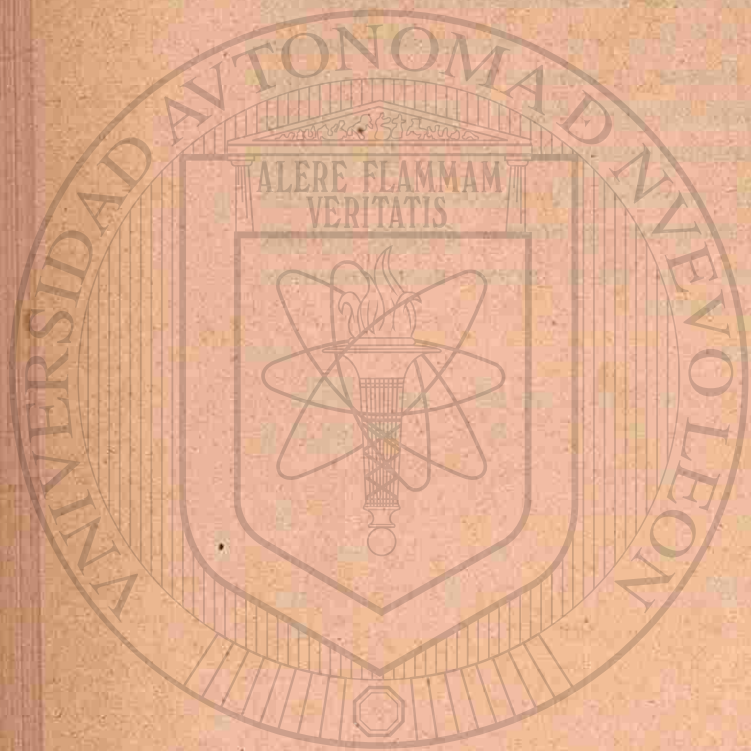
vida del príncipe á puras instancias de este. Y si bien es cierto que por no bastar para las muchas limosnas y los gastos de la casa los socorros que sus parientes de Nápoles y de España le enviaban, llegó á pensar en disminuir las raciones que á los de casa se repartían, y aun dio orden al cocinero que así lo hiciese; mas al instante la revocó, echándose en rostro la falta de confianza en Dios y el olvido de las máximas y conducta de su Padre San Ignacio, que en semejantes casos protestaba que no era milagro el que Dios acudiese á los suyos con lo necesario para vivir, pues tenía empeñada su palabra de socorrer á quien en él confiare. Así que en tan azarosas circunstancias no salían de sus labios sino estas palabras: «Sirvamos á Dios, hijos míos: que como esto hagamos, nunca nos faltará nada.»

Aumentaba de día en día el concepto y fama de la santidad del P. Pignatelli no solo en los de la casa, sino también en los vecinos de Colorno, que experimentaban la largueza de su caridad, y aun en otras ciudades de Italia, á donde llegaba la noticia de las cosas admirables que pasaban en el noviciado de Colorno. Llegábanse continuamente á dicha población, atraídos como por una fuerza oculta é irresistible, sacerdotes, seglares, personas distinguidas por su saber y su nobleza, unos á que les diese los ejercicios, otros á aprender de él una norma de vida cristiana, quién á consultar sus dudas y á pedir su consejo, quién por solo el deseo de ver á un hombre, de cuyo magisterio espiritual tantos elogios esparcía la fama.

Escribe el P. Monzon, y después de él lo atestiguaron otros en los procesos, que cuantos forasteros pasaban por Colorno, iban á visitar al P. Pignatelli: y muchos, en su tránsito por la corte, alargaban el viaje, solo por gozar un rato de su vista y de su conversacion. Uno de ellos fue Don Abundio Rezzónico, sobrino de Clemente XIII y senador romano; el cual viajando para Roma, al llegar á Parma, fue *ex professo* á Colorno para ver al Padre. Este á la cabeza de sus novicios salió á recibirle con demostraciones de singular afecto: y aquel no pudo menos de verter abundantes lágrimas, al ver lo reducido de la habitacion,

la pobreza de su ajuar, y en medio de todo la modestia, fervor y alegría de los novicios.

Quiso comer en refectorio al lado de su querido P. Pignatelli, con quien se entretuvo en tan dulces coloquios espirituales durante la mesa, que más fue aquella refeccion del alma que del cuerpo: y aseguró después el senador, que jamás se había encontrado tan á gusto en los banquetes del Capitolio, como en aquella frugal y pobre comida en Colorno. «Gran dicha la vuestra,» dijo al despedirse, «pues tenéis la suerte y el consuelo de habitar y conversar de continuo con hombre de tanta santidad y de espíritu tan elevado.» Tal era la opinion de que universalmente gozaba el P. Pignatelli.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPÍTULO VIII

Pío VII llama á Roma á un Padre de Rusia. — Concepto en que de los Padres rusos es tenido el P. Pignatelli. — Es nombrado Provincial de Parma. — Sorpresa que su nombramiento le causa. — El general francés Moureau y los jesuítas de Plasencia. — Viene de Rusia el P. Cayetano Angiolini. — Su paso por Viena. — Llega á Roma. — Efectos que produce su llegada. — Españoles agregados en Roma á la Compañía de Rusia. — El P. Angiolini y Pío VII. — Pasan á Rusia otros dos novicios de Colorno. — Obsequia el Provincial de los Padres dominicos al P. Pignatelli. — Devocion del Venerable al Señor sacramentado, al Sagrado Corazon de Jesús, á la Virgen Santísima y otros Santos. — Sorpréndele en su oracion retirada un niño estudiante penitente suyo.

1803

Siendo tanta, como acabamos de ver, la opinion de santo de que gozaba el P. Pignatelli; el único cuyos ojos permanecian ciegos á sus resplandores, era el mismo Padre. Tan metido estaba en el profundo conocimiento de su inutilidad y de su miseria, que los ajenos elogios le humillaban, al ver que carecia de las prendas y dotes que se admiraban en él, siendo así que su cargo demandaba que los tuviese en realidad.

Estaba creído que otro cualquiera gobernaría con más prudencia y mayor ejemplo aquella familia religiosa, y la adelantaría más en el camino de la virtud; pero muy de otra manera opinaban sus Superiores; el Provincial, por lo que con sus mis-

mos ojos veía y admiraba; el General, por las informaciones que de los Padres de Parma recibía, y por las cartas del mismo Padre José, en que le daba cuenta de su espíritu y le suplicaba le exonerase del oficio de gobernar, que tan mal desempeñaba. Veamos cuán al revés de sus deseos le sucedió todo.

Deseaba Pío VII restablecer la Compañía: mas eran tantas las dificultades que se atravesaban, que se vio precisado á guardar en este negocio la más estricta reserva y prudente secreto. Por medio del mencionado senador Rezzónico agenció con la corte de Rusia la ida de uno de los Padres á Roma con el oficio de Procurador General de la Compañía. Según el P. Zalenski, para obtener pasaporte, fue necesario valerse del pretexto de que convenia pasase un Padre á Italia, á fin de tomar posesion de una rica biblioteca dejada en testamento á la Compañía: lo cual supone que no era fácil el emperador en otorgar tales documentos.

Sea de esto lo que se fuere, lo cierto es, que por este tiempo, á principios de 1803, por orden de Pío VII pasó á Roma el P. Cayetano Angiolini; el cual, ántes de salir de Rusia, pidió al Padre General Grüber nombrase Provincial de Italia al P. Pignatelli. Oigamos cómo refiere este hecho D. Luis Maria Rezzi. Dice así: «Recuerdo haberme dicho el P. Angiolini, que cuando él fue enviado á Italia por el P. Preósito General Grüber, le propuso que nombrase Provincial al P. Pignatelli; y que el P. Grüber al principio dio muestras de no adherir á su propuesta, diciendo, como hombre que era de prudencia y penetración, que siendo italiano el uno y español el otro, tal vez no andarian acordes, por efecto del diferente carácter nacional; pero que después accedió á ello por haberle el P. Angiolini dado á entender que el P. Pignatelli era hombre de tal virtud, que no daría lugar á semejantes disgustos.»

Este era el concepto que tenían del Siervo de Dios los Padres de Rusia: y en la seguridad de que el buen Padre andaría per-

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 1196.

fectamente de acuerdo con el P. Angiolini, y pondría todas sus fuerzas al servicio de la Compañía en la nueva fase en que esta, conforme á los deseos del Papa iba á entrar; escribió el P. General una carta al anciano P. Panizzoni, participándole su cesacion en el cargo de Provincial y el nombramiento de su sucesor en el oficio, que era el P. José Pignatelli, conforme á la patente que le acompañaba. Al nuevo Provincial escribió tambien anunciándole su nuevo destino y la ida del P. Angiolini á Roma, señalando á cada uno los limites de su autoridad, y haciéndolos depender mutuamente uno de otro, de forma que hubiera unidad de accion entre los dos.

La carta del P. General al P. Pignatelli estaba concebida en estos términos: «Agravándose cada día más la edad del P. Luis Panizzoni, he juzgado en el Señor confiar á V. Reverencia el oficio de Provincial de Italia; y á este fin le envío las letras patentes, é incluyo un ejemplar de la instruccion que se dio tiempo atrás al P. Antonio Messarati, para que V. Reverencia conozca por ella las facultades que tiene. Escribo tambien al Padre Panizzoni comunicándole esta mi disposicion, y encargándole entregue á V. Reverencia el oficio con la instruccion susodicha.»

«Tome, pues, V. Reverencia sobre sus hombros esta carga con felices auspicios y con la proteccion del Señor; pues no dudo que sabrá llevarla con aquella prudencia que le reconozco, de manera que sea para grande gloria del Señor y según la mente de N. S. Padre. He enviado á Roma para tratar los negocios de la Compañía al P. Cayetano Angiolini, asistente. En las cosas de mayor momento acuda á él V. Reverencia; pues le he nombrado tambien procurador general, y le he encargado que se entienda con V. Reverencia para la aceptacion de nuevas casas y colegios. — San Petersburgo, 7 de Mayo de 1803.»

Sorprendióle sobremanera, y aun le alteró su paz imperturbable, la noticia de su nuevo destino. No sabiendo qué hacerse, vase á Parma á consultar con un Padre de su confianza: el cual quedó un poco admirado al verle por vez primera en turbacion

giolini á esta ciudad se supo, á lo que parece, por Viena, en donde había estado de paso para Italia, y llamó extraordinariamente la atención de la corte imperial la vista de un jesuíta, que no ocultaba serlo, antes lo descubría vistiendo el traje ordinario de tal. Recibió visitas de muchos grandes de la corte, que se le mostraron afectos.

Que el motivo de la venida de este Padre fue la expresa voluntad del Soberano Pontífice, lo deponen D. Luis Pancaldi con estas formales palabras: «Sé que el P. Angiolini era el único jesuíta, que con hábito había venido de Rusia por prudentes prácticas usadas de Pío VII por medio del senador Rezzónico, de acuerdo con el cual alcanzó que de concierto con la corte de Rusia se viniese á Roma, por la grande resolución que este Pontífice tenía de restablecer la Compañía.» Hasta aquí Pancaldi<sup>1</sup>. Así que nada consiguieron los enemigos, y el Padre continuó su viaje. De su llegada á Roma habla extensamente el P. Luengo, testigo de vista, pues á su vuelta de España se fijó en esta ciudad<sup>2</sup>.

Llegó á ella el P. Angiolini á una hora de noche del día 4 del mes de Julio (1803), y se fue á apear á un meson ó posada pública. La mañana siguiente dijo misa en el altar de San Ignacio, en la iglesia del Jesús, sin ocultar quién era. Mientras celebraba, se extendió la voz entre los jesuitas que moraban en la casa del Jesús; y al acabar, ya acudió uno, español, á convidarle á tomar chocolate, y otros varios á verle. Y mientras se desayunó, fueron á verle otros muchos, y allí tuvieron un inocente y alegre desahogo, al ver dentro de su casa á uno de aquellos verdaderos jesuitas conservados providencialmente en la Rusia. El conde Casini, agente en Roma de la corte de San Petersburgo, luego que tuvo noticia de la llegada del Padre á Roma, le sacó del meson, y le llevó á su casa, en donde vivió de asiento.

No puede con palabras explicarse la curiosidad y solicitud de todas las gentes, para averiguar si era cierta su venida, y para

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 902.

<sup>2</sup> *Diario*, Tomo 37, pág. 333 y siguientes.

verle y hablarle: grande era el contento y gozo de unos, y la displicencia y confusión de otros, y la admiración y pasmo de todos; pues eran pocos, aun de los amigos, que tuviesen por cierta la legítima conservación de la Compañía en la Rusia Blanca.

Visitábanle muchos en su casa, deseaban otros que fuese á la suya: y el Padre empezó á hacer sus visitas á cardenales, prebados y otras personas de distinción. Deseó verle entre otros la archiduquesa Mariana; y el príncipe Albani dio este gusto á su Alteza, llevando en su coche al P. Angiolini. La visita fue larga: la archiduquesa, gran protectora de los Paccanaristas, hizo al Padre mil preguntas sobre la conservación de la Compañía en Rusia; á las que él satisfizo con la verdad, diciéndole cuanto bastaba para que entendiese que la Compañía se había conservado sin interrupción en aquel país. Por último la archiduquesa le convidó á comer con ella un día; y el Padre se excusó modestamente. Otros muchos romanos de todas clases y condiciones le visitaron con grandes demostraciones de aprecio y estimación.

Aunque era cosa tan pública en Roma la existencia de un jesuíta venido de Rusia, estaba tan oculta la verdadera causa de su venida, ó por lo menos la guardaba tan secreta el Pontífice, que á su mismo Secretario de Estado no la había comunicado. Así lo hace constar el Sr. D. Luis Pancaldi por estas palabras<sup>1</sup>: «Sé que todos los ojos de los dos partidos (conviene á saber, de los amigos de la Compañía y de sus enemigos) que á la sazón estaban muy vivos, se fijaban en solo el P. Angiolini, al cual recibió Pío VII aquí en Monte Cavallo, en donde alojó. Sé que el Papa le trataba como embajador extraordinario de Rusia, y tuvo oculta aun al Cardenal Consalvi la causa por la cual le había llamado.» Hasta aquí Pancaldi.

Tan grande agitación y la publicidad de estos hechos hicieron entrar al Ministro de España, D. Antonio Vargas, en la

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fols. 902, 903.

sospecha de que algunos jesuitas españoles se habían reunido á los de Rusia: estaba con cien ojos abiertos sobre el Padre Angiolini y la conducta de los españoles con él, para enterar de todo, como pedía su oficio, á la corte de Madrid.

Y en efecto muchos eran los españoles que se habían agregado á los jesuitas de Rusia ó de Parma; y eran tantos, que tenían Vice-Provincial en Roma. «Después de nuestra venida á Roma,» dice el P. Luengo<sup>1</sup>, «y de la entrada de muchos [de los desterrados de España segunda vez], que han entrado en la casa del Jesús, apareció uno de la Provincia del Paraguay, llamado Francisco Ocampo, con alguna autoridad recibida del Provincial Panizzoni; y con esto se aumentaron los asociados á la Rusia<sup>2</sup>. Con la venida de Angiolini se excitó nuevo fervor, y se asociaron algunos.»

Al peligro que amenazaba por parte de Madrid, se añadió otro en Parma. «Aquel estado,» continúa dicho autor, «está todavía en manos de los franceses, aunque ya debían de haberle entregado á España. El rey católico se le compró á la república francesa, dándole por él la Luisiana en la América Septentrional;» pero Bonaparte vendió aquella provincia á la república de los Estados Unidos, y no entregó Parma á España. «Es, pues, grande,» termina, «el peligro de que vayan por tierra todos aquellos convictorios.»

El P. Angiolini después de haber estado privadamente con el cardenal Secretario de Estado y presentándole los papeles convenientes para ser tenido por lo que era, el día nueve ó diez acompañado en el coche por el Ministro de Rusia en Cerdeña y por el agente de la misma en Roma, fue á la audiencia pública del Papa, el cual le recibió con mucho agrado, y le saludó expresamente con el nombre de PADRE PROCURADOR GENERAL. POR

<sup>1</sup> *Diario*, lugar citado.

<sup>2</sup> El P. Ocampo se agregó á la Compañía de Rusia en 29 de Junio de 1799 en Barcelona. Entre las agregaciones que se registran en los catálogos, cuya copia tengo á la vista, esta es la única hecha en España.

su parte y en nombre del Padre General y de toda la Compañía de Jesús de la Rusia hizo á Su Santidad las más respetuosas protestas con expresiones de obsequio, de veneracion y de obediencia. El Papa le concedió un día á la semana (y al cabo paró en los domingos) para oírle sobre sus negocios: y desde luego comenzó á ir solo á la audiencia de Su Santidad<sup>1</sup>.

Pero volvamos ya á nuestro P. Pignatelli, á quien, en medio de tanta satisfaccion, como no podía menos de experimentar por este suceso, le amargaba su dicha el nuevo cargo de Provincial, que de ningún modo pudo excusar, como veremos.

Hacia fines de Junio envió el P. José á Polotsk al P. Venturi y al H. Domnino. Escribiéronle estos desde Viena; y él les contestó con la siguiente carta, que revela toda la ternura de su corazón. Dice así: «Colorno, 30 de Julio de 1803. = Muy Rev. en Cto. Padre. = P. C. = Su muy grata carta del 6 del corriente, escrita desde Viena, calmó en parte la solicitud y congoja en que el bendito viaje tan largo de Vs. nos tiene á mi y á estos sus queridos hermanos. En vista de ella hemos dado al Señor las debidas gracias por el primer tercio, á buena cuenta, del camino, pasado sin contratiempo; y más animados proseguimos en las acostumbradas preces *pro itinerantibus*, que continuaremos hasta recibir la fausta nueva del deseado arribo á nuestra santa Palestina.»

«Los inevitables disgustos con los conductores, el mal alojamiento en las posadas, las mal arregladas comidas, y el gasto, que V. llama excesivo, no me sorprenden; pues demasiado previstos los tenía, y aun á V. antes de la salida se los había insinuado como otros tantos ejercicios de resignacion y de paciencia, en la cual se habrán ejercitado, como espero, mi P. Domingo y el H. Domnino con fruto y abundante mérito. Supongo que en estos momentos estarán ya próximos al término deseado.»

«Me congratulo, y en espíritu los abrazo, mezclándome con los carísimos Padres y Hermanos que ahí encuentran, atentos

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 37, pág. 171.

todos á hacerles olvidar los trabajos y peligros pasados y á demostrarles el característico espíritu de caridad, que siempre y en todas partes reina, de la buena Madre: ¡y cuánto más en país tan santo y privilegiado! Díguese el Señor, como espero lo hará, conservar sano á V. R., y hacerle verdadero hijo de Padre tan santo, y obrero de la viña del Señor, cuales él los describió en sus santas Constituciones.»

«Estos sus compañeros cordialísimamente le saludan y se encomiendan en sus santas oraciones. El P. Andrés, que actualmente se halla aquí, aprueba lo que V. R. sabiamente hizo respecto á su carta para aquella conocida Señora de Viena; y le da un cariñoso abrazo. El P. Fortis, aunque ha estado últimamente en cama por sus acostumbrados achaques, confío que podrá venir á predicarnos su bellissimo sermón de Santo Domingo. ¿Qué más? A principios del próximo Agosto entrarán á ocupar el aposento de V. R. Boffi, á quien habrá V. conocido en Parma, y Rezzi<sup>1</sup>, placentino, examinado y aprobado ya de filosofía: sean ellos también un día destinados á Polotsk.»

«Los Padres Grassi y Soranzo fueron los primeros; después V. R. Veremos lo que se hará con estos<sup>2</sup>. Entretanto encomiéndelos al Señor. El P. Panizzoni escribe á V. R., y quizás

<sup>1</sup> En la copia del original se lee *Razzi*. Evidentemente ha de ser Rezzi (Luis María); el cual entró en el noviciado de Colorno en 4 de Agosto de este año de 1803, y estuvo con el P. Pignatelli en Nápoles hasta Noviembre de 1805, en que fue enviado á Sicilia, y á esta Provincia perteneció por espacio de nueve años. Fue secretario del P. Angiolini, y más tarde consultor de las Sagradas Congregaciones de Ritos del Índice.

<sup>2</sup> De estas palabras del Siervo de Dios se deduce, que desde Agosto de 1801, en que salieron para Polotsk los novicios PP. Grassi y Soranzo, hasta la presente fecha, ningun otro novicio fue enviado á Rusia, ni siquiera aquellos dos, para quienes pidió el P. José á Pío VII facultad para hacer los votos en Parma, y no la obtuvo, según vimos en el capítulo cuarto de este libro, página 322. Y como no es verosímil, que en la corta permanencia del Padre en Parma después de la salida de estos dos novicios, enviara otros á Rusia, resulta que solos cuatro fueron los que envió desde Colorno á Polotsk, como escribimos en el libro tercero, capítulo once, página 241.

escriba también el P. Perocci: por esto nada le digo de Parma, y paso á escribir dos líneas al H. Domnino. Al P. Desperamus le escribo dándole las gracias por lo que en Viena ha hecho por ustedes<sup>1</sup>.»

«Y esperando noticia de su llegada al término del viaje, *quod faustum fortunatumque sit*, quedo siempre, en plenitud de aprecio y cariño, de V. R., en cuyos santos sacrificios me encomiendo. — De V. R. — Afectísimo siervo en Cristo — JOSÉ PIGNATELLI.»

Algunos días ántes de salir de Colorno los dos novicios, Padre Venturi y H. Domnino, le ocurrió un lance que mortificó bien su humildad. Sabedor el P. Provincial de Santo Domingo de que el P. Pignatelli lo iba á ser de la Compañía, quiso honrar la humildad del Siervo de Dios y dar pública muestra de la union y armonía que reinaba entre ambas religiones, haciéndole presidir en un acto solemne: honor que hasta entonces se había reservado al obispo.

Solía ir todos los años á Colorno, donde estaba la corte, para la festividad del *Córpus*, Monseñor Diosdado Turchi, obispo de Parma, y oficiar de pontifical en la procesion de aquel solemne día. Muerto el duque, y teniéndose el obispo por desobligado de tal atencion, quedóse aquel año de 1803 á oficiar en la iglesia catedral. Al P. Provincial de Santo Domingo correspondía la presidencia en la solemne procesion que salía de su templo de San Liborio; mas tuvo á bien ceder aquel puesto de honor al P. Pignatelli, para que se ensayara á desempeñar semejantes oficios, cuando, siendo ya Provincial de la Compañía, se hallase en el compromiso de tenerlo que hacer.

Resistióse una y muchas veces el humilde Padre, y otras tantas renovó sus instancias el Padre dominico; y se hubiera hecho interminable la contienda, si este no hubiese dado á entender al P. Pignatelli, que de admitir la presidencia, había de

<sup>1</sup> El P. Eduardo Desperamus nació en 27 de Setiembre de 1757, entró en la Compañía el 6 de Noviembre de 1751, y murió en San Petersburgo el 14 de Noviembre de 1812.



resultar grande edificacion en el pueblo de Colorno. Á esto no tuvo qué responder, y admitió el agasajo. Llamó luego á su habitacion al mencionado P. Domingo Venturi, que había sido muchos años maestro de ceremonias del obispo de Reggio, y le pidió que le diese una leccion sobre lo que tenía que hacer. Esparcióse entretanto por Colorno la noticia de que iba á officiar el P. Pignatelli; y anhelando las gentes por ver en tal actitud, como decían, á un santo, corrieron de todos los ángulos de la poblacion á la iglesia y á las calles por donde la procesion había de pasar.

Al salir del templo el Padre, con un rostro angelical y con el corazon y los ojos fijos en la hostia sacrosanta, fué tal la admiracion producida en el pueblo, que nadie sabía mirar otra cosa sino á él; y muchos, no satisfechos con haberle visto una vez, corrían por atajos, y pasaban de un extremo á otro de las calles en grupos para verle más y mejor, y saciar su devocion. El fervoroso Padre ahondó tanto en la contemplacion del augusto misterio, que no fue señor de contener su llanto, y diole rienda suelta á poco de empezada la procesion, sin poderlo atajar por más que hizo en toda ella, Dios sabe con qué confusion de su profunda humildad. Así fue, que apenas se despojó en la sacristia, intentó y obtuvo escurrirse por entre la turba, y á buen paso se retiró á casa todo corrido.

Fueron sus novicios luego á darle la enhorabuena; pero él, avergonzado por aquella precision, en que le habian puesto, de llamar la atencion contra su voluntad, «Dios se lo perdone,» les dijo, «al P. Provincial de los dominicos, que casi me ha forzado á escandalizar á este pueblo haciéndome hacer cosas que no son para gente como yo.» Fue por tanto forzoso dejarle en paz y no hablarle más de lo ocurrido para no afligirle, siendo así que era mucha verdad lo que corría de boca en boca, que espectáculo más tierno y edificativo no se había presenciado en Colorno en mucho tiempo.

La devocion al Señor sacramentado era una de las más favoritas del Siervo de Dios. Cuando se encontraba por la calle

con el viático, se unía al pueblo, y le acompañaba con tal compostura y reverencia, que movía á devocion y lágrimas á cuantos le observaban. No podía llevar en paciencia el escaso aprecio que muchos fieles hacen de Jesús sacramentado; y lanzaba chispas de fuego, cuando se ofrecía hablar de las irreverencias, profanaciones y sacrilegios con que muchos le ultrajan. Tratando un día sobre esta materia con el P. Mozzi, «Mirad,» le decía, «cuántas fiestas se celebran á los Santos, á María Santísima, á la sangre milagrosa de Jesucristo nuestro Señor, que se venera en varios sitios. Tiénense tambien en gran veneracion las reliquias y las cosas más triviales tocadas por los Santos; y luego no se demuestra devocion alguna á los vasos sagrados, que tocan el verdadero cuerpo y la sangre de Jesucristo. Antes bien ¿no son muchos los que con esta misma frialdad celebran el santo sacrificio? ¿Y hay por ventura reliquia más sagrada y más digna de honor, ó de la que podamos prometernos milagros con mayor confianza, que el cuerpo y la sangre de Jesucristo, que manejamos diariamente? Debe tributarse honor á los santos; pero más que á todos á nuestro señor Jesucristo.»

Así se expresaba, y con las obras no desdecía de sus palabras: porque era todo fervor y devocion cuando ofrecía el sacrificio incruento<sup>1</sup>. Mientras que las enfermedades no le impedían tenerse en pie, celebró siempre; y cuando iba de viaje, su primera diligencia, al llegar á la posada, era ir en busca de alguna iglesia donde pudiera decir la santa misa al día siguiente. A imitacion de su Padre San Ignacio tomó la costumbre de leer siempre la noche ántes la misa toda entera del siguiente día, y no tanto para que estuviese pronta y registrada de antemano, cuanto por gusto de leer despacio la epístola y evangelio, y sacar de allí luces y afectos que le sirviesen en la meditacion de la mañana, y así prepararse mejor al sacrificio.

Atentísimo á la observancia de las más menudas rúbricas, las repasaba con detencion á menudo, leyéndolas en un librito á pro-

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 318.

pósito que siempre tenía consigo; y el tiempo que empleaba, incluso la preparacion y accion de gracias, era siempre de unas dos horas, pues en sus últimos años acostumbró oír una misa ántes y otra después de la propia. Más de tres cuartos de hora estaba en el altar, cuando celebraba privadamente; pero en público se acomodaba al pueblo, y aconsejaba á los demás que hicieran lo mismo. Santiago Serati depone haber oído muchísimas veces al P. Pignatelli pronunciar estas palabras: «Yo sé que no se puede celebrar larga la misa; pero no puedo decirle corta'.»

No pueden con palabras expresarse las interiores dulzuras y los consuelos que se derramaban en su espíritu durante la celebracion; y en este tiempo solía ser tal la sobreabundancia de los afectos, que rebosaba por defuera y le hacía tomar aspecto de un serafín. Se le enardecía el rostro, y poco á poco iba enterneciéndose hasta el extremo de no poder contener un arroyo de lágrimas. «Era maravilloso,» dice José Marenzoni<sup>2</sup>, «el recogimiento y la devocion que manifestaba en la celebracion de la misa.» Pablo Navaroli añade<sup>3</sup>: «Decíase comunmente, refiriéndose al Padre: «Vamos á oír la misa del Santo:» y continúa: «Tal parecía realmente en el altar.»

El cardenal Angel Mai dice en su deposicion: «En cuanto al fervor del Siervo de Dios en el orar, diré que su misa era bastante larga; y yo, que se la he ayudado algunos años, recuerdo haberle visto absorto en ella, sumido en profunda contemplacion, y penetrado de profunda reverencia'.» Y el H. José Grassi dice tambien: «Habiendo ayudado yo la misa del Siervo de Dios por espacio de algunos años, he notado que ofrecía el tremendo sacrificio con tal ardor de devocion, que me parecía un serafín de amor; y le veía encendido el rostro, si bien era muy enjuto de complexion y pálido su color natural'.»

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 165.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 318.

<sup>3</sup> *Ibid.*, fol. 699.

<sup>4</sup> *Summar.*, n. 6, pág. 118.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 100.

En accion de gracias después de la misa acostumbraba, como dijimos, oír otra con igual devocion. Oigamos á Carlos Rossi<sup>1</sup>: «En la iglesia,» dice, «de San Estévan de Colorno le vi salir de la sacristía después de quitarse los sagrados ornamentos, y entrar en la iglesia para oír una segunda misa delante del altar del Sagrado Corazon de Jesús en la fiesta del mismo Sagrado Corazon: allí estuvo arrodillado todo el tiempo, sin apoyo, en el desnudo suelo, y con las manos juntas.»

En desagravio de los ultrajes que la ingratitud de los hombres comete diariamente contra Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, procuró el P. José propagar en todas partes la devocion al Sacratísimo Corazon de Jesús, establecida con tal fin en la Iglesia. «Era devotísimo del Sagrado Corazon de Jesús,» dice el H. Santiago Annoni<sup>2</sup>: «promovía su culto é insinuaba en los otros una especial veneracion. El día de su fiesta hacía solemnizar en la iglesia este misterio de amor con el canto de primeras y segundas vísperas, con misa cantada y panegirico; y tenía colocada su imágen en varios puntos de la casa, especialmente en la iglesia, en la capilla y en su aposento.»

Á sus expensas se celebraba solemnemente cada año la fiesta, y hasta á muy remotos países llegaban las imágenes y libritos que repartía, recomendando á los misioneros, que difundiesen con un celo especial aquella devocion por sus pueblos. Solía decir que esta devocion era muy propia de la Compañía, y muy recomendable por los muchos provechos que trae consigo, segun lo que el Redentor mismo reveló á la Beata María Margarita de Alacoque. Así que sus palabras eran como de fuego, cuando inculcaba esta devocion á los novicios y á los que ya tenían que cuidar de las almas por sus ministerios, enseñando á todos que era un eficacísimo medio para despegar á los hombres de las cosas caducas y conducirlos al íntimo conocimiento y amor de Dios.

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 151.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 374. Lo mismo confirman el P. Nicolás Grassi (*ibid.*, fol. 629) y el H. Domingo Cademarchi (fol. 535.)

Mas como la mayor ternura de sus afectos era para la contemplacion del exceso de caridad á que llegó el Hijo de Dios dando sangre y vida entre oprobios y tormentos por la salvacion del mundo, puede decirse que era singularmente devoto de la pasion del Redentor. Á fin de tener siempre fresca su memoria, á más de rezar todos los días la corona de las cinco llagas, acostumbró á llevar debajo de la sotana, y colgado al cuello, un pequeño crucifijo, que era toda su delicia en la crueldad de los dolores del cuerpo y aflicciones del espíritu. Los días de semana santa eran para él de continuo y afectuoso llanto. Desde el Jueves hasta la mañana del Sábado estabase casi siempre inmóvil de rodillas, acompañando, como decia, á su Jesús; y pasaba aquellas dos noches sin un momento de reposo, ocupado siempre en la meditacion de Jesucristo crucificado.

Con la devocion del Hijo hermanó el P. Pignatelli la de la Virgen su Madre, de la cual fue amante sobre toda ponderacion. Conservó toda su vida una devocion muy tierna á la Virgen del Pilar. Conocedor el duque de este afecto del P. José con la Santísima Virgen bajo el titulo del Pilar, que maman con la leche cuantos nacen en Aragon y mayormente en su capital Zaragoza, le regaló un magnífico cuadro del Pilar, y «el Padre,» dice el P. Juan Antonio Grassi<sup>1</sup>, «hizo que se celebrara su fiesta todos los años:» y añade: «De los diversos cuadros que recogió en Bolognia llevó consigo á Colorno dos muy hermosos de la Virgen, y colocó uno de ellos en la capilla y conservó el otro en su cuarto. Hizo tambien celebrar el Mes de María segun el método del libro del P. Muzzarelli.» Se aparejaba con fervorosas novenas á todas sus principales fiestas durante el año, proponiéndose imitar en ellas alguna especial virtud de la Señora, y ofreciéndole, á más de particulares oraciones, un buen número de peniteneias.

Ayunaba todos los sábados; rezaba su santo rosario diariamente, y cuando salía de casa, lo repetía varias veces, en vez de conversar con el compañero; lo que solía hacer tambien siempre

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 950.

que tenía que aguardar en alguna antecámara. No ponía mano en negocio alguno sin haberlo confiado ántes á la Virgen; ni pedía á Dios cosa sino mediante su intercesion. Hablaba á menudo de su santidad y hermosura con tanta uncion y tan ardiente afecto, que enamoraba á quien le oía; y todo su empeño era enfervorizar á otros en la devocion de su querida madre. No cesaba de darle pruebas de tierno y filial amor; y la Señora se lo pagó siempre con singulares favores, hasta dejársele ver más de una vez, segun era entre los Padres comun creencia.

Un día hizo notar al P. Nicolás Grassi, á la sazón novicio, cierta devota imágen de la Virgen del Pilar, colgada de una pared junto á su cuarto, y le dijo «que á una alma de Dios había dicho que aquella casa la había tomado bajo su amparo y patrocinio'.» Llegándose otro de los de casa á la puerta del cuarto del Siervo de Dios, oyó que dentro hablaban dos personas; pero después de buen rato de espera, al fin llamó, y entró, y hallóse al Padre solo, que con el semblante encendido se dirigió á él, y le dijo: «¿Veis esta imágen de María? María es vuestra madre:» y no pudo decirle más, por no dejarle hablar la agitacion en que estaba.

Por respeto y amor á Jesús y María veneraba de un modo particular á aquellos santos, así del nuevo como del antiguo testamento, que habían tenido especial adherencia ó parentesco con ambos. Tales eran el patriarca Abraham y el profeta David, honrados con la promesa de que nacería de su linaje el Salvador del mundo; San Joaquin y Santa Ana, padres de la Virgen; San José, su esposo, y el santo precursor San Juan Bautista.

Honraba tambien con culto especial á los santos ángeles, y con grande fervor invocaba su valimiento contra los malignos espíritus que infestan al género humano. Siempre que emprendía algun viaje, á imitacion del Bto. Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio, encomendábase á los santos ángeles, que como tutelares presiden á las ciudades, provincias y reinos por

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 557.

donde pasaba: y solía decir, que le dispensaron seguridad en los peligros, y luz y direccion para tratar los negocios. Merecíanle finalmente veneracion especial los santos fundadores de las religiones, por el gran bien que hicieron á la Iglesia con la institucion de tantas órdenes religiosas.

Lo mucho que como hijo tierno y devoto amaba á su Padre San Ignacio, puede colegirse del incansable empeño y aplicacion que puso en copiar en sí mismo sus heroicas virtudes. Cada hecho de la vida del santo Padre era para él norma y regla para su conducta; y procuraba no separarse un ápice siquiera de ella: de donde resultaba tambien aquella altísima estimacion en que tenia todo lo que de algun modo le podia pertenecer, y señaladamente las constituciones, en las que dejó impreso el espíritu que quiso infundir en la Compañía. Correspondió á este aprecio y estimacion la diligencia y fortaleza que empleó siempre el Padre Pignatelli en conservar entero en todas sus partes el santo instituto, y en inculcar su estima y veneracion en el espíritu de los novicios, que tuvo que formar y preparar para la renaciente Compañía.

Hemos referido cómo tuvo que oponerse en Nápoles á los ministros, que intentaban turbar la union de los miembros con la cabeza: pues á poco supo que el emperador de Alemania trataba de llamar á la Compañía á sus estados, pero alterándola en varias cosas sustanciales; y sin demora escribió una carta á Monseñor Menochio, Sacrista de Su Santidad, suplicándole que aconsejara al Sumo Pontífice Pío VII, que no prestase oídos á aquellas demandas, puesto que pretender restaurar la Compañía con tales cambios, no era ponerla de nuevo en pie, sino echarla á tierra y hacer otra muy diferente de la que hizo y formó San Ignacio. La respuesta fue que el Padre Santo era del mismo modo de pensar.

De aquí se originaba tambien aquel entrañable amor que profesaba á la Compañía y lo incansablemente que trabajó para defenderla, sostenerla, y propagarla á pesar de infinitos obstáculos, contradicciones y dificultades que le estorbaban el paso.

Sentía extraña y fuerte conmocion, cuando recordaba las fatigas, sudores y padecimientos, y las muertes toleradas con invicta fortaleza por los antiguos Padres para aventajar en el mundo la gloria divina y salvar almas; y al oír leer ó al referir él mismo los gloriosos hechos que se recuerdan en los anales de la orden, decía á sus novicios: «Somos hijos de santos: *Filii sanctorum sumus*: tened los ojos fijos en estos dechados, y *Aemulamini charismata meliora.*»

Profesaba devocion particular á San Juan Evangelista; y todos los años, como afirma D. Luis María Rezzi<sup>1</sup>, hacia celebrar en Colorno su fiesta: y además usaba con la comunidad una sencilla demostracion especial en celebracion del día de su nacimiento, como dice el H. José Grassi<sup>2</sup>. Todas estas devociones salían afuera, y por esto eran conocidas de los demás; pero de las privadas, que practicó en el retiro de su aposento, pocas noticias se hallan.

Una, sin embargo, y muy interesante, se lee en los procesos, la cual prueba que aun entre los niños, que frecuentaban las escuelas, pasaba su Rector por hombre santo. Refiere Luis Brabantí, que siendo niño, asistía á aquellas aulas, un caso que escribiré con sus mismas palabras. Dice así<sup>3</sup>: «Frecuentando yo las clases del colegio, alguna vez aproveché la ocasion, que se me ofrecia, de mirar por el ahujero de la llave del aposento del Padre, y enterarme de lo que entonces estaba haciendo: y le vi diversas veces puesto de rodillas y profundamente inclinado hacia un grande crucifijo que tenía delante.»

Y que esto no procedía de travesura natural del muchacho, sino del concepto de santidad en que el Padre era tenido, se puede entender de la bondad y sensatez de nuestro Luis, que se revela en otro de sus asertos<sup>4</sup>. «Yo,» dice, «cuando era niño, me

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol: 1183.

<sup>2</sup> *Ibid.*, fol. 129.

<sup>3</sup> *Process. Parm.*, fol. 687.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 684.

confesaba con él: y él fue el que me preparó para la primera comunión. Recuerdo que solía darme por penitencia que en la comida me abstudiese de algun plato que más me gustara, ó que diera el almuerzo al primer pobrecito que topase: á veces me aconsejaba que hiciese la señal de la cruz al pasar por delante de alguna imagen: otras veces, que al andar por las calles llevara los ojos bajos; y otros actos de mortificacion semejantes á estos.» En donde se ve por una parte la pureza de vida del niño, á quien tan leves penitencias se imponían; y por otra, la destreza del confesor en acostumbrarle á la mortificacion desde sus primeros años, y esto con tanta suavidad. Otro testigo, Fernando Pesci, sin bajar á tantos pormenores, asegura que se había confesado con él, y que salía del confesonario muy contento<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 491.

## CAPÍTULO IX

Suplica al P. General no le imponga la carga del provincialato. — Respuesta del P. Grüber. — Acto de humildad. — Proyecto de un seminario ruso en Roma. — Popularidad del P. Angiolini. — Es llamado por los reyes de las Dos Sicilias á Nápoles para reponer en aquel reino la Compañía. — Enfermedad del P. Nicolás Pignatelli. — Pasa á Venecia el P. José para asistirle. — Reconciliacion de Nicolás. — Agrégale José á la Compañía. — Muerte ejemplar de Nicolás. — El Siervo de Dios ante el cadáver de su hermano. — Exequias. — Circular del P. Angiolini. — Llama á Nápoles al P. Pignatelli. — Salida de Colorno. — Viaje á Roma. — Detencion en esta ciudad. — Audiencias del Papa. — Agasajos del General de Santo Domingo. — Cordialidad con sus hermanos. — Salida para Nápoles.

1803 — 1804

Aunque el poderoso valimiento de tantos intercesores para con Dios hacía esperar al P. Pignatelli que no le faltaría el auxilio del cielo para desempeñar el cargo de Provincial; con todo su humildad se mostró más aguda en inventar razones para no admitirlo, que lo suele ser la ambicion para ingeniar medios de alcanzar sus pretensiones. Veía que á la pequeña Provincia de Parma faltaba, humanamente hablando, todo el apoyo que para subsistir le era menester. No había olvidado que la corte de España siempre tuvo fijos los ojos en su persona.

Mientras estuvo escondido en el rincón de Colorno, el gobierno español le perdió de vista, ó al menos ninguna muestra dio

confesaba con él: y él fue el que me preparó para la primera comunión. Recuerdo que solía darme por penitencia que en la comida me abstudiese de algun plato que más me gustara, ó que diera el almuerzo al primer pobrecito que topase: á veces me aconsejaba que hiciese la señal de la cruz al pasar por delante de alguna imagen: otras veces, que al andar por las calles llevara los ojos bajos; y otros actos de mortificacion semejantes á estos.» En donde se ve por una parte la pureza de vida del niño, á quien tan leves penitencias se imponían; y por otra, la destreza del confesor en acostumbrarle á la mortificacion desde sus primeros años, y esto con tanta suavidad. Otro testigo, Fernando Pesci, sin bajar á tantos pormenores, asegura que se había confesado con él, y que salía del confesonario muy contento<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 491.

## CAPÍTULO IX

Suplica al P. General no le imponga la carga del provincialato. — Respuesta del P. Grüber. — Acto de humildad. — Proyecto de un seminario ruso en Roma. — Popularidad del P. Angiolini. — Es llamado por los reyes de las Dos Sicilias á Nápoles para reponer en aquel reino la Compañía. — Enfermedad del P. Nicolás Pignatelli. — Pasa á Venecia el P. José para asistirle. — Reconciliacion de Nicolás. — Agrégale José á la Compañía. — Muerte ejemplar de Nicolás. — El Siervo de Dios ante el cadáver de su hermano. — Exequias. — Circular del P. Angiolini. — Llama á Nápoles al P. Pignatelli. — Salida de Colorno. — Viaje á Roma. — Detencion en esta ciudad. — Audiencias del Papa. — Agasajos del General de Santo Domingo. — Cordialidad con sus hermanos. — Salida para Nápoles.

1803 — 1804

Aunque el poderoso valimiento de tantos intercesores para con Dios hacía esperar al P. Pignatelli que no le faltaría el auxilio del cielo para desempeñar el cargo de Provincial; con todo su humildad se mostró más aguda en inventar razones para no admitirlo, que lo suele ser la ambicion para ingeniar medios de alcanzar sus pretensiones. Veía que á la pequeña Provincia de Parma faltaba, humanamente hablando, todo el apoyo que para subsistir le era menester. No había olvidado que la corte de España siempre tuvo fijos los ojos en su persona.

Mientras estuvo escondido en el rincón de Colorno, el gobierno español le perdió de vista, ó al menos ninguna muestra dio

de preocuparse por él; «pero en cuanto llegue á su noticia,» se decía á sí mismo, «que Pignatelli es no solo jesuita, sino Provincial de los jesuitas, ¿no es de temer, que resuciten sus antiguos odios no ya contra mí, que esto poco me importaría, sino contra todos mis hermanos que en Parma viven reunidos, y aun tal vez contra los de Rusia? ¿Y he de ser yo ocasion de nuevos disturbios, de nuevas persecuciones y quizás de la total ruina de mi amada madre la Compañía de Jesús, que amo más que mi vida?» Esto causaba al P. Pignatelli la mayor de las penas que oprimían su corazón: pensar que pudiera acontecer que por su causa viniese á toda la religion algun grave daño de parte de la corte de Madrid.

Después de mucho dar y tomar sobre el negocio, y habiéndose puesto en absoluta indiferencia delante de Dios para abrazar lo que fuese más conforme con la voluntad divina, escribió al P. General proponiéndole las razones que en contra de su nombramiento se le ofrecían, reforzando con mayor copia de argumentos la que reputaba más poderosa, y lo era en realidad, del grave perjuicio que pudiera causar á toda la Compañía su nuevo cargo, cuando llegase á conocimiento del rey católico. Agradóse el P. Grüber de la humildad, prudencia y sinceridad que resplandecían en la carta del P. Pignatelli.

No le fue necesario examinar detenidamente las razones que le proponía y los argumentos con que las apoyaba; pues todo lo había previsto ya: así que un día después de haber recibido la carta, á los 19 de Agosto de 1803, le contestó de la manera siguiente: «Reverendo en Cristo Padre: — Ayer recibí la de V. Reverencia, y he leído y examinado las razones y motivos, que por su humildad y prudencia me ha expuesto acerca de su nombramiento de Provincial. Yo, á pesar de todo, juzgo en el Señor que las tales razones no me pueden ni deben mover á variar la resolución tomada. Dios nuestro Señor es más poderoso que nuestros enemigos: y además el Padre Santo, está informado ya, y aprueba la mudanza hecha. Y como todas estas cosas las sabe la corte de España, no hay que temer cosa alguna por

ese lado. Confíemos en el Señor, que no abandona á quien en él confía. Acepte por tanto V. R. la cruz que el Señor le impone, y no dude que le dará las fuerzas, unción, consuelo y victoria por Jesucristo nuestro bien.»

Hasta aquí el P. General, á quien nada tuvo que oponer el P. Pignatelli, sino someterse y aceptar su nombramiento, que veía haber merecido la aprobación del Soberano Pontífice, y ser por lo tanto voluntad manifiesta de Dios que tomara sobre sus hombros la carga del provincialato. Fuele de grande consuelo saber que el negocio de su elección se había tratado no solamente con Su Santidad, sino también con el rey de España, con lo cual se podía prometer que no ocasionaría perjuicio á su Religion el que desempeñase el oficio de Provincial de ella aquel Pignatelli, que tantos recelos le había inspirado en otro tiempo: aunque, á decir verdad, poco le tranquilizó la aquiescencia de Carlos IV; pues no ignoraba que no procedían de su real persona, sino de la mala voluntad de sus ministros, las disposiciones que en Madrid se tomaban contra la Compañía, y los obstáculos que contra su propagación y restablecimiento sin cesar se excojitaban.

No era parte su oficio de Provincial para que dejara pasar las ocasiones de humillarse y mortificarse, que se le ofrecían. Oigase lo que de sí cuenta D. Tito Cecconi. «Recibí orden de prepararme para mi ordenación de sacerdote, lo que sucedió en Setiembre de 1803: y debiendo para ello ir á *Borgo San Donnino* con dimisorias de Monseñor Páolo, obispo de Loreto, mi patria, pedí por favor al P. Pignatelli me dejase hacer todo aquel camino á pie, diciéndole que esto me serviría para cumplir el experimento de la peregrinación. Él me respondió: «Me gusta ese vuestro pensamiento: la única dificultad está en hallar un compañero, porque aquí todos están ocupados.»

«Llegado el día de la partida, vi con grande admiración que el compañero era el mismo P. Pignatelli, el cual me hizo tomar el breviario y una camisa, envolviéndolo en un pañuelo, como lo había hecho él, y me dijo que le siguiera. Me acompañó siempre

á pie hasta Parma (diez millas;) pero aquí el P. Panizzoni, Vice-Provincial, no permitió que el Siervo de Dios prosiguiese el viaje hasta *Borgo San Donnino*; y á fin de quietarle le dijo que me acompañaría él mismo, como lo verificó, pero tomando un coche. Cuando después volvimos á Parma con el Padre Panizzoni, encontramos al Siervo de Dios, que me aguardaba para acompañarme á pie hasta Colorno<sup>1</sup>.»

Del suceso que acabamos de referir se desprende, que ó no había recibido aún el P. Pignatelli la carta del P. Grüber, cuando hizo este viaje, ó que no se había publicado su nombramiento de Provincial; pues se da el nombre de Vice-Provincial al P. Panizzoni. Tal vez presentía el Siervo de Dios que su provincialato de Parma sería efímero, y que no había para que darse prisa á tomar aquel cargo, que casi no había de ejercer; pues á no tardar se le llamaría á Nápoles, en donde ejercería en toda forma aquel oficio para no dejarlo hasta su muerte.

Entretanto continuaba en Roma sus negociaciones acerca del restablecimiento de la Compañía el P. Angiolini: el cual se había pasado á residir en la casa profesa del Jesús, en donde vivían reunidos gran número de jesuitas italianos y de cuarenta á cincuenta españoles: pero como se juzgase por cosa más prudente que no viviera en compañía de jesuitas, como él deseaba, se retiró al que fue noviciado de San Andrés, donde moraban algunos Padres de San Vicente de Paúl, como lo verificó el 27 de Diciembre de este año de 1803<sup>2</sup>.

Uno de los asuntos de que trataba el P. Angiolini en Roma, segun escribe el P. Luengo<sup>3</sup>, era la fundacion de un colegio para jóvenes rusos, á imitacion del Germánico. Está muy conforme con esto lo que en otro lugar escribía el mismo autor con estas formales palabras: «Es indudable y lo han asegurado cien veces estos jesuitas rusos, que vinieron á Parma, que la piadosa (*sic*)

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 756.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 37, pág. 325.

<sup>3</sup> *Diario*, Tomo 38, pág. 118.

Emperatriz tenía grandes é importantísimos proyectos así á favor de la Compañía de Jesús, como á beneficio de la Religion Católica, y sobre la grande obra de la reunion de su Imperio á la Santa Sede.»

«La determinacion de enviar á Roma al Illmo. Benislauski, que por la revolucion de los tiempos y de los Estados no se puso en ejecucion, es algun indicio de estas piadosas intenciones de su Majestad Imperial: y para ir preparando y facilitando la reunion no habrá servido poco una obra que por su orden escribieron sobre este asunto los jesuitas; y al mismo intento se han observado, aun desde tanta distancia, algunas oportunas industrias y arbitrios, y en particular un grande empeño en mostrar aprecio y reverencia para con el Romano Pontífice, é inspirarlas en todas las gentes<sup>1</sup>.» Acaso, si Roma no hubiese gemido bajo la irresistible opresion de las cortes, se hubiera llevado á cabo esta importantísima obra en los días de Catalina II, que de veras la deseaba.

Entretanto excitaba grandemente la curiosidad de los romanos la continua comunicacion del P. Angiolini con Su Santidad y la proteccion que le dispensaba el agente de Rusia en Roma. Esto le ayudó sobre manera á granjearse las simpatias de las personas más autorizadas de la ciudad, como lo escribía el mismo Padre al General por estas palabras<sup>2</sup>: «Los cardenales, los príncipes, y los grandes señores todos me quieren en sus casas, y me asedian de tal suerte, que no me puedo desentender de ellos. Aguárdanme muchos en mi antecámara ántes de levantarme, porque dicen que entre día no es posible dar conmigo: por la tarde, cuando vuelvo á casa, encuentro mi habitacion llena de visitas. Nada digo de las esquelas. En las calles me detienen, me besan la sotana, y me señalan con el dedo, como si hubiese venido del otro mundo.»

Permaneció en Roma el Padre Angiolini hasta principios

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 30, pág. 612.

<sup>2</sup> P. Rozaven, pág. 138; citado por el P. ZALENSKI.



de 1804, en que fue llamado á Nápoles á toda prisa para el objeto que explica el P. Luengo. «Con carta,» dice, «de la Reina de Nápoles, comunicada por el cardenal Carrafa Belvedere, fue llamado á Nápoles con la mayor presteza el P. Angiolini, para restablecer en los dominios de Su Majestad la Compañía de Jesús en union y dependencia del P. General de la Rusia. El P. Angiolini lo comunicó todo al Papa, y le pidió su licencia y bendicion; y el 29 de Febrero de este año bisiesto de 1804, un día después de haber llegado la carta, partió al medio día con toda diligencia.»

«El Ministro Acton recibió al P. Angiolini con mucho agrado y con muestras de afecto y de estimacion, no menos que la Reina, á la cual fue inmediatamente presentado, protestándole que tanto ella como el Rey estaban muy determinados á reponer la Compañía en su reino sin perdonar á diligencias algunas para superar las dificultades que pudiese haber en el asunto. Remitiósele después al Ministro Micheroux, que entiende en los negocios eclesiásticos, para que los dos se acordasen en los pasos que se deben dar en el negocio, y en los medios y manera de ejecutarlo<sup>1</sup>.»

Trabajó el P. Angiolini para vencer las dificultades con tal acierto, que pronto pudo enviar al Papa un memorial pidiendo en forma el restablecimiento de la Compañía. Enviólo firmado de su mano. Pío VII lo deseaba autorizado con la firma del rey ó de su ministro. Ocurrió en este tiempo la muerte de Monseñor Marotti, secretario de cartas latinas, ex-jesuíta, que ayudaba á Angiolini<sup>2</sup>.

El cardenal Antonelli, temiendo la indignacion de la corte de España, oponía dificultades á la ejecucion: y le fue forzoso al P. Angiolini negociar con Carlos IV su beneplácito, que al fin consiguió<sup>3</sup>. Todo esto iba retardando la expedicion del Breve del restablecimiento: y más que todo el no tener Pío VII una peti-

<sup>1</sup> P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 70.—*Process. Rom.*, fols. 902-903.

<sup>2</sup> P. LUENGO, *ibid.*, pág. 82.

<sup>3</sup> *Process. Rom.*, fols. 902-903.

cion firmada por el Rey ó su ministro, como deseaba, y en 30 de Abril manifestó no haberla recibido todavía<sup>1</sup>.

Mientras esto pasaba en Nápoles, el P. Pignatelli tuvo que emprender un viaje á Venecia, á donde se había recogido su hermano Nicolás cuando los franceses ocuparon á Ferrara. La causa de este su viaje fue la que voy á decir.

El día 27 de Febrero de 1804 recibió una carta de Venecia, en que se le anunciaba que Nicolás se hallaba gravemente enfermo y desahuciado de los médicos. Diole tan triste noticia el Padre Francisco Gustá, español, antiguo religioso de la Compañía, muy conocido por sus obras, señaladamente por las publicadas contra los errores jansenísticos<sup>2</sup>. Al avisarle del peligro en que se encontraba su hermano, suplicábale que al momento se trasladase á Venecia para arreglar los negocios de la casa y del alma del P. Nicolás.

Tan inesperada noticia turbó el ánimo del santo varon; y sin demora llamó al H. José Grassi, y mandóle preparar todo lo indispensable para el camino. Hacia el anochecer de aquel mismo día en que recibió la carta, fueron á Parma los dos; y habiéndole prestado un carruaje el ministro de España, partieron con caballos de posta al amanecer del día siguiente, 28 de Febrero, para Venecia.

Larga cosa sería describir los padecimientos de aquel viaje. La estacion era muy rigida, los caminos en pésimo estado y cubiertos de hielo y de nieve, que caía á grandes copos cuando salieron de Parma, y al cabo del primer día de viaje levantaba una tercia sobre el terreno. El carruaje era muy lijero; mas la nieve estorbaba tanto el tiro, que á lo mejor se plantaban los caballos y no había quien los moviese; de modo que temiendo el Padre llegar tarde á Venecia, tuvo que añadir otros dos.

<sup>1</sup> P. LUENGO, *ibid.*

<sup>2</sup> Nació en Barcelona el día 9 de Junio de 1744; entró en la Compañía el 2 de Octubre de 1759; hizo la profesion en 1806, y murió en Sicilia en 1816.

Entretanto iba el Siervo de Dios tan decaído y sin fuerzas por el rigor del frío y escaso alimento tomado á la ligera en los albergues, que no se tenía en pie; y dijo varias veces al compañero, que, como si fuera un árido tronco, no sentía miembro alguno de su cuerpo. Levantábase muy temprano todos los días, y á todo trance quería siempre celebrar el santo sacrificio ántes de ponerse en viaje, lo que no omitió nunca, por lejos que estuviese la iglesia y por muy intenso que fuese el frío.

En una aldea suplicó á no sé quién que le condujese á la iglesia, que no debía de estar muy lejos; pero el pobre hombre, poco práctico, le llevó dando mil vueltas inútiles por veredas intransitables, con tanta molestia, que destituido ya de fuerzas el Padre, cayó en tierra y fue á dar con el pecho en una barra de hierro que salía de una gruta subterránea. Apresuróse el compañero á levantarlo, y preguntándole si se había lastimado, respondió que no, gracias á la protección de Dios y de su ángel de guarda, y dirigiéndose dulcemente á quien los guiaba, le dice: «Dios os perdone, hermano, la mala obra que nos hacéis.»

Arribó tarde una noche á Legnano, pueblo del territorio de Verona, y tuvo que alojarse en un casucho tan malo, que no había puerta ni ventana por donde no entrase y saliese el aire á su gusto: y para remedio del frío, les encendieron unos tarugos verdes, que llenaron la casa de humo insoportable. Con una ligerísima cena, correspondiente al alojamiento, se metió en la cama, que hubo de cederle el compañero, porque era sola para los dos: pero en toda la noche no pudo cerrar los ojos, ya por el rigor del frío, ya por un ejército de ratones, que no contentos con sus corridas sobre el techo del cuarto, se descolgaron por las rendijas á pasearse sobre el cuerpo del santo varón, que se encontró aterido y sin movimiento al amanecer. No se le oyó sin embargo una queja, ni dio señal de disgusto, pasando las horas en oración con su Dios y familiar coloquio con el compañero, á cuyas oraciones encomendaba á menudo el grave negocio que le había obligado á emprender viaje tan desastroso.

Así pasó cuatro días de padecer y merecer, hasta que lle-

gando finalmente á Venecia, buscó al Padre Francisco Gustá, de cuya boca oyó con inefable consuelo que su hermano vivía aún y estaba en su juicio. Lo que daba mucho que pensar era el modo de conducir tan difícil negocio con la necesaria prudencia. Unos eran de opinion que el P. Pignatelli enviase recado de su llegada al enfermo; mas otros por el contrario, creían mejor que se le presentase de repente; pero en uno y otro partido había sus dificultades. Parecía inútil el primero, porque pudiera muy bien Nicolás responder con el mismo propio que no aceptaba la visita, é inutilizar así toda industria; y el segundo llevaba también su peligro por la violenta impresion que podría hacer en la mente débil de un enfermo, ya casi moribundo, la repentina aparición de persona, á quien había mirado de mal ojo por tanto tiempo.

Mientras que se vacilaba entre los dos pareceres y se discutían las razones del pro y del contra, el P. Pignatelli se retiró, y poniéndose en oración, demandó fervorosamente á Dios un rayo de luz que le guiase á conocer y elegir lo mejor y más conveniente; y al levantarse de la oración, dijo: «Ea, conducidme á casa de mi hermano, y dejadme obrar á mí.» Al llegar á la casa, mandó llamar á un criado, y le ordenó que sin decir palabra al P. Nicolás, le llevase á su alcoba, y los dejase solos. Y yo no puedo describir lo que pasó allí entre los dos mejor que con las palabras con que depuso todo el caso en los procesos el Hermano José Grassi, el cual, estando en la antecámara del enfermo en compañía de sus criados, no dejó de espiar y escuchar tras la puerta con ellos todo el tiempo que duró la entrevista, deseosos como estaban todos de ver en qué paraba caso tan grave.

«Entró,» dice él, «el P. José en la habitación, y cerrada la puerta, se puso delante del enfermo, é hincándose de rodillas, hecho un mar de lágrimas, le dice: «Aquí tienes, hermano mío, á tus pies á un enemigo, pero enemigo acaso por imprudencia, por imprevision, no de voluntad. ¿Qué mal te he hecho yo para que te muestres tan esquivo y desamorado conmigo? Sábelo Dios cuánto te he querido como á hermano y con qué

buena fe he procurado en todo tiempo y coyuntura tu mayor bien. Que si tienes justo motivo para quejarte de mí, perdona á un hermano, que con lágrimas en los ojos te pide ardientemente la gracia y la fraterna amistad. Dios es testigo de que jamás fue mi ánimo ofenderte; pero muy bien habrá podido ser que te haya ofendido no pocas veces. Recuerda, hermano mío, que Jesucristo nuestro amabilísimo Redentor desde la cruz pidió al Padre perdon para sus mismos verdugos: *Ignosce illis: non enim sciunt quid faciunt*. Con estas mismas voces te pido yo á tí perdon. No, no sabía yo lo que me hacia cuando te ofendi. Perdóname, pues, que te lo suplico por la infinita caridad de Dios. Tu gracia es la que te pido, tu amistad, tu benevolencia. Ama á tu hermano, como él siempre te amó. Resuelto estoy á no levantarme de este sitio sin lograr de tí el deseado ósculo de paz.»

Quería proseguir, pero no pudo, ya por la vehemente conmocion de los afectos, ya porque el P. Nicolás, que hasta entonces le había escuchado con semblante en que se pintaba mezcla de confusion y aturdimiento, no pudo más resistir; y agitado y convulso sacó el medio cuerpo de la cama, y extendiendo los brazos hacia su hermano, le interrumpió llorando y diciendo. «Levántate, querido hermano mío, acércate á mí, que quiero abrazarte y besarte. Presto, presto, si no quieres que muera de dolor. Tú has hecho conmigo lo que contigo hace mucho tiempo debiera haber hecho yo. Me has arrebatado el mérito y la corona. ¡Desdichado de mí! Demasiado tarde te he conocido, pero á tiempo todavía, por la infinita misericordia de Dios. Ven; que toda tardanza me es tormento insufrible.»

Á estas palabras se puso en pie el P. Pignatelli, y echándose recíprocamente al cuello los brazos, estuvieron así no breve tiempo llorando y estrechándose con indecible ternura. Desde aquel momento Nicolás fue ya otro hombre. Quiso que el Padre José fuese á vivir en su casa y no se apartase de su lado: hizo con él una confesion general con viva compuncion, y recibió devotísimamente los últimos Sacramentos de la Iglesia. Arregladas así las cuentas con su Dios, le prometió con voto de ir á Color-

no, si recobraba la salud, á ponerse bajo su direccion y obediencia: y entretanto suplicó y obtuvo, por estar el P. José autorizado para ello como Provincial, ser admitido de nuevo en la Compañía y contado entre sus hijos, y renovó los votos de su profesion religiosa.

Catorce días, poco más ó menos, vivió después el P. Nicolás; y el Siervo de Dios no le abandonó ni de día ni de noche. Se aprovechaba de los momentos en que ó dormía ó le tenía privado el mal, para descansar un poco, rezar y celebrar la santa misa; pero no bien se despertaba ó volvía en sí el enfermo, exclamaba al punto: «¿Dónde está mi querido hermano?» y su hermano al momento estaba á su lado otra vez. No tomaba medicina alguna sino de su mano y con su bendicion. Se entretenía con él en piadosos coloquios de Dios y de la eternidad dichosa, á cuya posesion aspiraba y en la que pensaba sin cesar, dedicándole sus afectos. Espantados tenía á los domésticos mudanza tan súbita de un hombre que ántes no podía oír nombrar á su hermano D. José sin pesadumbre y disgusto, al paso que «hoy,» decian ellos, «su nombre no se le cae de la boca ni puede estar un minuto sin verle.»

Iba entretanto acercándose á toda prisa á la muerte; y advirtiéndoselo su hermano, se dispuso á recibirla con imperturbable firmeza de alma y serenidad de rostro; y cuando estaba ya para concluir y el P. José le leía la recomendacion del alma, no pudiendo contener la avenida de consuelo que le inundaba el corazon, exclamó improvisamente: «¡Oh cuán dulce cosa es el morir, querido hermano mío!...» Y fueron estas sus postreras palabras, pronunciadas las cuales, rindió su espíritu al Criador el 15 de Marzo de 1804.

Después que espiró, pusieron los criados el cadáver en el suelo para amortajarlo; pero fuese de puro sentimiento ó por natural horror, lo cierto fue, que ninguno se atrevió á tocarlo, y unos tras otros todos salieron de la alcoba, y el H. José Grassi tuvo que ejercitar solo aquel piadoso oficio. Entró, mientras se le amortajaba, el P. Pignatelli, y con los brazos cruzados ante el

pecho é inclinada hacia adelante la cabeza, estuvo un rato mirando de hito en hito el cadáver, como quien está absorto en meditacion; luego levantó un poco el pie derecho, y tocando ligeramente con la punta el cuerpo del difunto «¡He ahí,» dijo, «en lo que vienen á parar los Grandes de España!» Dicho esto, se retiró á su cuarto á orar, dejando al compañero asombrado y temblando por aquella accion y aquellas palabras.

Luego le llamaron á tomar un poco de alimento, y fue; y allí sucedió lo que para mayor fidelidad referiré con las palabras con que el mismo H. Grassi lo depone en los procesos. «Mientras que el Siervo de Dios,» dice, «bendecía la mesa, le vi como absorto en un gran pensamiento: y al sentarse, ántes de empezar la cena, me habló y me dijo: «Hermano José, el alma de mi pobre hermano está en el purgatorio y padece mucho. Demos gracias á Dios, porque está en lugar seguro. Os ruego que mañana comulgéis y apliquéis la indulgencia en sufragio suyo, como yo tambien aplicaré la santa misa, que celebraré muy temprano.»

Solemnes fueron las exequias que el Siervo de Dios mandó hacer en la iglesia parroquial, mucho más notables por el gran número de limosnas y sacrificios, que por la suntuosidad del aparato. Dispuso que se trasladara el cadáver al templo que había sido de la Compañía; y lo depositó, encerrado en su caja, en la sepultura de sus antiguos padres y hermanos. Distribuyó entre los criados los muebles todos de la casa, señalando además á cada uno un vitalicio; y para sí reservó únicamente los escritos y algunos pocos libros y la obligacion de satisfacer á los acreedores.

Cumplido ya el deber de caridad y justicia, volvió á Colorno muy consolado por haber obtenido la gracia pedida á Dios tantos años. Dio por cartas conocimiento de todo á los amigos, y al P. General y demás Padres de Rusia; suplicándoles que se uniesen con él para rendir humildes gracias á la infinita bondad. Por su parte conservó por toda su vida el P. Pignatelli viva y fresca la memoria del acontecimiento, y un amor entrañable

hacia su hermano; y se vio muchas veces correr por sus mejillas el llanto apenas nombraban á su querido D. Nicolás. Pero volvamos al asunto de Nápoles.

Entretanto que se esperaba el Breve del Papa, se iba adelante cada día en las providencias convenientes sobre las haciendas que fueron de la Compañía, para restituírselas, y en otras, que se dirigían á disponer las casas y colegios, en que habían de entrar los jesuitas al instante que estuviesen restablecidos. En 17 de Abril escribió el P. Angiolini á todos los que fueron jesuitas de las Provincias de Nápoles y Sicilia la siguiente carta circular:

«Muy Reverendo Padre en Cto.: Habiéndose dignado Su Majestad el Rey de las Dos Sicilias de llamarme á sí con el fin de restablecer en sus estados los colegios de nuestra Compañía, al mismo tiempo que por comision recibida de Su Majestad, comunico á V. R. esta su soberana elementisima determinacion, le suplico que me haga saber si podrá y querrá reunirse á los antiguos hermanos para profesar el antiguo Instituto, y ejercitar los ministerios propios de él. Su Majestad la Reina muy empeñada, igualmente que el Rey su esposo, en esta empresa, me asegura que en breve se conseguirán del Sumo Pontífice todas las facultades necesarias, para reponer como ántes en estos reinos la Compañía de Jesús. Y como para la ejecucion de las órdenes de Su Majestad, es necesario saber anticipadamente el número cierto de los sujetos que querrán reunirse; suplico á V. R. que me diga prontamente sobre esto su intencion. — Y encomendándome en S. SS. etc. — Nápoles, 17 de Abril de 1804. — CAYETANO ANGIOLINI, Procurador General de la Compañía de Jesús.

Una de las personas á quienes el P. Pignatelli comunicó la triste noticia de la muerte de Nicolás, fue su hermana la condesa de la Acerra, que deseaba ardientemente tener en su compañía al P. José, aunque no ignoraba lo inútil de sus ruegos para obtener de él que se llegase á Nápoles. Recurrió, pues, al Padre Angiolini para alcanzar su piadosa proteccion, y le suplicó se valiese de su autoridad con el hermano, mandándole que fuese á Nápoles con pretexto de servirse de sus consejos é industrias

en el asunto de la reposición de la Compañía en aquel reino. Accedió el Padre Angiolini á petición tan justa, y efectivamente escribió al P. Pignatelli, que se dirigiese luego á Nápoles; y verosíblemente le encargaría que á su paso por Roma activase en aquella corte la causa, que estaba como entorpecida y sin dar un paso adelante.

«Recibida la carta,» dice el H. José Grassi<sup>1</sup>, «me dio noticia de ella, á fin de que le dispusiera yo lo necesario para el viaje, diciendo: «Me es preciso obedecer.» Luego durante el viaje me hizo saber que él iba á Nápoles únicamente para obedecer á las órdenes de su Superior; pero añadió que también entendía que su hermana había arrojado la piedra por mano de otro: porque de otra manera no habría alcanzado, sin esta circunstancia, tenerle [allá consigo].»

Y esto dijo no ignorando que los achaques tenían á su hermana tan al cabo, que pronto acabarían con ella. Así lo dio á entender al llegar á Colorno; pues atestigua Fernando Casoli<sup>2</sup>, que le oyó decir estas palabras: «Me he convertido en sepulturero: vengo ahora de Venecia, en donde he enterrado un pariente; y ahora soy llamado á Nápoles para [enterrar] á otro.»

Al momento, pues, empezó á hacer los preparativos para su nuevo viaje. Fueron tales estos, que los de la casa llegaron á barruntar que se les iba el Padre para no volver á Colorno: y por más que él les aseguraba no haber sido llamado para quedarse en Nápoles, sino para tratar un negocio de mucha transcendencia para la Compañía; pero como nada les manifestaba respecto de su vuelta, se convencieron de que en realidad salía para no volver más allá. Grande fue el sentimiento de los novicios y demás que moraban en el colegio y noviciado de Colorno, al ver que perdían un Superior que con tanta prudencia y suavidad los arrastraba al ejercicio de las sólidas virtudes, y así se lo daban á entender.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 151.

<sup>2</sup> *Process. Parm.*, fol. 261.

El para tranquilizarlos, les dijo que iba á dejarles por Superior un Padre que les haría bien pronto olvidar al P. Pignatelli, porque verdaderamente era todo entrañas de caridad. «Pensaba,» dice, «haberlos dado el Padre tal, que es hombre de espíritu y de gran virtud, y á quien yo estimo en mucho; mas por naturaleza propende á la rigidez: así, pues, os quedaréis con un buen americano, el P. Ignacio Pérez<sup>1</sup>, que es dulce como la miel.»

Esta misma conducta observó todo el tiempo restante de su vida, pues ya no dejó de ser Provincial hasta su muerte. Jamás destinó para el gobierno sino á hombres prudentes, mortificados, que tuviesen ya bien domadas sus pasiones, pero sobre todo que por natural temperamento fuesen inclinados á la suavidad y que amasen á sus subordinados con amor de verdadero padre: y excluyó siempre á los de índole austera y propensos á la ira y resentimiento, por virtuosos que fueran; porque suelen con muy buena intención oprimir indiscretamente á los súbditos.

Segun el Sr. Rezzi<sup>2</sup>, salió de Colorno el Padre «pocos días después de Pascua,» que este año de 1804 cayó en 1.º de Abril; y por Pedro Longhi se sabe que probablemente estaba allí el día 18; pues dice el citado testigo<sup>3</sup>. «Del libro de cuentas de mi tienda consta que la última venta que se hizo para la casa de San Estévan es del día 18 de Abril: fue de cuatro pares de medias de estambre y otros cuatro de escafpines,» que serían sin duda para el mismo P. Pignatelli. Refiere Pedro Mazzerá<sup>4</sup>, el sastre que servía á la comunidad de San Estévan, que al despedirse por última vez el Padre, este le «regaló tres doblones efectivos de Parma, una colcha, una camisa, un par de calzoncillos, y los anteojos. Todos los cuales objetos,» añade, «conservo hasta ahora, menos la camisa, que por el uso se ha gastado ya: y puedo

<sup>1</sup> El P. José Ignacio Pérez, de la Provincia de Santa Fe, había hecho su agregación en Fano á los 72 años de edad en 1800.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 1179.

<sup>3</sup> *Process. Parm.*, fol. 214.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 249.

asegurar que los calzoncillos y los anteojos los usó el mismo Siervo de Dios.» El herrero Antonio Pensi fue el que le ayudó á subir al coche dándole el brazo, como depone el mismo<sup>1</sup>. La ocasion de hallarse allí en aquel momento fue que le trajo una llavecita para el cofre.

Durante su viaje de Colorno á Roma en todas las ciudades por donde pasó fue objeto de grandes demostraciones de veneracion y respeto de parte de los jesuitas italianos y españoles que en ellas residían, como lo refiere el H. José Grassi, su compañero, y lo depone en los procesos con estas palabras. «Lo mismo puedo decir de los Padres antiguos de las ciudades por donde pasamos. Porque, como compañero del Siervo de Dios, pude ver en Bolonia, en Ferrara y en Venecia, en donde nos detuvimos algun dia, cómo acudían aquellos buenos ancianos al aviso de su llegada, y se esmeraban en manifestarle no solamente con palabras, sino tambien con obras, su estima y veneracion: y no contentos con visitarle, juntábanse en torno de él, abrazábanle, se alegraban y regocijaban de tenerlo en su compañía: y no faltó quien me dijo que me envidiaba mi suerte de ser compañero de un Santo.»

«Y añado, que al tener que separarse de ellos para continuar su viaje, mostraban en sus rostros y palabras un vivo sentimiento de tenerse que arrancar de él. El P. Sebastian Soldevila, no satisfecho con haberle tenido en Ferrara en su propia casa; al saber que se dirigía á Bolonia, quiso pasar á esta ciudad, y estar en la casa en donde el P. José se hospedaba, para tener el consuelo de pasar una noche con él, como el mismo me contó<sup>2</sup>. Con

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 560.

<sup>2</sup> Dos eran los PP. Soldevila, Francisco y Sebastian, hermanos carnales, y nacidos ambos en Barcelona. El P. Francisco nació en 15 de Noviembre de 1732; entró en la Compañía en 14 de Setiembre de 1733 y murió en Palermo á 28 de Agosto de 1813. El P. Sebastian nació en 19 de Octubre de 1734; entró en la Compañía el 28 de Abril de 1750, y murió en 20 de Febrero de 1828 en Madrid. No se confundan estos dos Soldevila con otros dos Soldevilla, tambien hermanos, naturales de Graus. Llamábanse Ignacio y Francisco. Este era, como dijimos, Rector de

iguales demostraciones de amor y afecto era buscado y acogido en Mantua, en Módena y en otras ciudades, en que vivían Padres antiguos.» Hasta aquí el H. Grassi.

Pondré fin á este capítulo con la relacion de la llegada del Siervo de Dios á Roma y de lo que en esta ciudad hizo. De ambas cosas da cuenta el P. Luengo, testigo de vista, con estas palabras<sup>1</sup>: «Hacia fuera se da por motivo de este viaje á Nápoles la enfermedad de una hermana suya, que vive en esta corte: y no hay duda en que tiene una hermana y en que esta está enferma. Con todo esto se cree, y con razon, que el principal motivo de este viaje sea el presente negocio del restablecimiento de la Compañía en Nápoles, del cual han tratado con él los reyes más de una vez, y querrán valerse de su consejo en la presente ocasion.»

«Llegó á esta ciudad [de Roma] el día primero de este mes de Mayo por la tarde, y se aposentó en un meson público de la plaza de España, dejando estos y los otros hospedajes, que pudiera haber tenido, por buenos respetos y para tener más libertad para sus cosas. Muchas veces ha estado en Roma, y siempre se le ha visto vestido de abate con bastante aseo; y ahora se ha presentado en todas partes de hábitos largos ó de ropa talar, y aun por el camino venía vestido del mismo modo, como yo mismo le vi, hallándome presente cuando desmontó en el dicho meson de la plaza de España. Esto ha dado mucho golpe á todos, extraños y domésticos, y todos suponen que es jesuita ocultamente incorporado en la Compañía de Jesús, conservada en la Rusia.»

«En efecto es jesuita agregado á los jesuitas rusos; y de algunos meses acá es Provincial de todos los asociados en Italia,

Zaragoza cuando fueron extrañados los Padres, y murió en Bolonia en 30 de Octubre de 1787. Su hermano Ignacio nació en 28 de Octubre de 1707, entró en la Compañía en 20 de Diciembre de 1724, y murió antes de la extincion en Ferrara el 28 de Noviembre de 1771.

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 38, pág. 125. Escribía el Padre esto en 8 de Mayo de 1804.

italianos y españoles, que son en gran número, especialmente de las Provincias de Aragon en Europa, y de Méjico y Paraguay en la América. De paso para esta ciudad se hospedó en el con- victorio, y casi podemos llamar nuevo colegio de la Compañía en Viterbo; y tres días después se pobló de todos los sujetos convenientes, habiendo ido últimamente allá el P. Pedro Goya para maestro de teología, P. Francisco Azpuru para maestro de matemáticas, P. Domingo Oyarzábal para operario, H. Martin Izco para ropero, y el H. Ignacio Dorronsoro para sacristan, y todos son de la Provincia de Castilla la Vieja, aunque no creo que todos estén incorporados con la Compañía de la Rusia; pues veo á los castellanos viejos poco aficionados á estas incorporaciones clandestinas. En ellas, en el provincialato de Piñatelli, y en otras necesarias resultas, disculpo la intencion de los incorpora- dos; pero no puedo menos de decir que en los españoles, siendo en tan gran número y no pudiéndose ocultar la cosa, es un paso imprudente y peligroso: que si hubiera en Roma un ministro español del temple de Moñino ó de Azara, hubiera representado á la corte este hecho como una insolente desobediencia á los Breves de los Papas y á los decretos del Rey, y necesariamente se nos hubiera quitado á todos la pension<sup>1</sup>.»

«En su detencion en Roma ha visitado Piñatelli dos ó tres veces á nuestro Ministro, que ha mostrado estimacion de su persona, aunque se supone que le tiene por un fanático en punto de jesuitismo; y lo mismo se debe suponer de varios cardenales y monseñores á quienes ha visitado, y muy en particular del auditor aragonés Bardaxí, sobrino del difunto Azara<sup>2</sup>; pues sin

<sup>1</sup> El temor de perder este único recurso humano para su subsistencia hizo que el P. Luengo en varias ocasiones juzgase de la conducta de los demás jesuitas con más acritud de lo que debía esperarse de su buen juicio y constante amor á la Compañía.

<sup>2</sup> Murió D. Nicolás en París, siendo embajador de España, á los 26 de Enero de este mismo año de 1804. Monsieur Bourgoin en la biografía que del recien difunto escribió, nos le pinta como hombre que «jamás faltó á la dignidad de su carácter público, ni á las leyes de la religion, en que fue educado, y en que murió.» Dice que «había ad-

verle vestido casi de jesuíta, ha hablado de él en estos términos.»

«De Su Santidad ha tenido varias audiencias; y en general ha dicho que Pío VII tiene estimacion de la Compañía y deseos de poder restablecerla en todas partes. En su trato con personas de distincion en esta ciudad lo más singular es lo que le ha sucedido con el P. Pío Gaddi, General de la Orden de Santo Domingo. Luégo que supo el P. Gaddi que estaba en Roma Piñatelli, fue volando al meson de su hospedaje, y oyendo que estaba en la casa del Jesús, fue allá con toda presteza; y habiéndole encontrado en compañía de varios jesuitas españoles, en presencia de todos le dio cien abrazos, y le llevó en su coche á su convento de la Minerva, y se empeñó en que se quedase á vivir en él. Pero, habiendo rehusado D. José otros hospedajes de personas distinguidas, no pudo condescender con el Rvmo. General.»

«Le dio, no obstante, gusto en ir una mañana á decir misa en su iglesia; y con esta ocasion le hicieron mil obsequios el General y otros Padres autorizados de la Orden. El P. Gaddi nombrado General en Florencia por Pío VI á la muerte del P. Quiñones el año de noventa y ocho, y trastornada la Toscana el año siguiente, se retiró al estado del Duque de Parma, que era en aquel tiempo el único rincón de toda la Italia, en que se podía vivir con hábito religioso y con alguna seguridad. Se refugió, pues, el P. Pío á Colorno, en donde vivía de asiento el difunto Duque D. Fernando, y allí mismo se fundó por el mismo tiempo

quirido bastante generalmente la reputacion de filósofo, que acaso,» añade, «no tenía otro origen, que su intervencion en los asuntos de los jesuitas.» Esta intervencion fue más eficaz en el ministerio de Grimaldi, sucesor de Moñino, en Roma, en donde «Grimaldi era el embajador nominal; pero el verdadero agente de su corte (esto es, de Moñino) era Azara,» con quien «la disimulada propension (de Pío VI) á los jesuitas le empeñó en frecuentes debates.» Escribe finalmente el cándido Monsieur Bourgoin, que en los últimos días de la vida de Azara «su más agradable ilusion era prolongar algunos años el encanto del sentimiento que le unía á la princesa de Santa Croce y á su familia; pero la suerte le negó realizar esta dulce ilusion.» En la mañana del día de su muerte «se llamó á un sacerdote, cuyas exhortaciones escuchó, y se le administraron los socorros espirituales.»

aquella casa de Noviciado de la Compañía, de que ha sido rector desde el primer día este P. Piñatelli. Concurrieron por tanto los dos en el dicho sitio de Colorno, y ambos en mucha estimacion del dicho Duque, que supo casi ser religioso dominico, sin dejar de estimar mucho á los jesuitas, aunque les veía despreciados de todo el mundo, y se hicieron muy amigos.....»

«Ayer siete continuó Piñatelli su viaje para Nápoles, y viajando con la diligencia de la posta, habrá llegado hoy á aquella corte. Ya se entiende, sin que yo lo diga, por una parte la familiaridad y cordialidad del P. Piñatelli con todos sus hermanos de todas las naciones en cuanto ha sido posible; y por otra, el gusto de todos en verle y en tratarle, especialmente en las presentes circunstancias, que se le mira como un hombre que no piensa en otra cosa que en hacer todo lo que pueda en el grande é importantísimo negocio del restablecimiento público, auténtico y solemne de la comun Madre de todos, la oprimida é infamada Compañía de Jesús en el reino de Nápoles, el que será si sucede, un gloriosísimo triunfo.»

«Igualmente se entiende, que en estos días de su detencion en esta corte no se ha hablado entre nosotros de otra cosa que del bueno ó mal éxito que se tendrá en esta empresa, esperando algunos mucho de su buen juicio, talento y mucha privanza con los reyes; y otros no esperando nada, por ser muy poderosos los contrarios en Nápoles, en Madrid y en Roma. Espero, y aun sumpo, que esta variedad, y aun contrariedad, de opiniones no impedirá que todos encomienden al Señor este negocio en sus oraciones y sacrificios, para que esperemos presto á ver el gloriosísimo triunfo de la santa Compañía de Jesús, tiránicamente oprimida en todo el mundo.»

## ÍNDICE AL TOMO SEGUNDO

### PARTE SEGUNDA

#### EL V. P. PIGNATELLI Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS EXTINGUIDA

#### LIBRO TERCERO

	Pág.
Desde la extincion de la Compañía por Clemente XIV hasta la fundacion del noviciado en Parma con autorizacion de Pío VI.	7
<b>CAPÍTULO I.</b> — Encíclica contra los jesuitas. — Sus causas y efectos. — Cambio en el vestir. — Proyecto frustrado de vuelta á España. — Solicitud del conde de Fuentes por sus hermanos José y Nicolás. — Intímase de nuevo la Pragmática Sancion. — El P. José transformado en clérigo secular. — Rumor esparcido contra los Pignatelli. — Se trasladan á Bolonia. — Defensa del P. José por D. Ramon, su hermano. — Plan de vida del P. José en Bolonia. — Pension eclesiástica concedida á los Pignatelli. — Medidas adoptadas para pervertir á los jesuitas. — Primer conato de restablecimiento. — El <i>statu quo</i> en Prusia y Rusia. — Enojo de los enemigos de la Compañía. — Desahogan su cólera vejando á los jesuitas en Italia. — Tristes rumores que esparcen de gravísimos males. — Prision de Bernardina Renzi. — Nuevas congojas y sobresaltos. — Muerte del Pontífice. — Restablécese la calma. — Vigilancia que se ejerce sobre los Pignatelli. — Muerte del comisario Coronel. — Estudios eclesiásticos del Padre José. — Descripcion de Bolonia. . . . .	9
<b>CAPÍTULO II.</b> — Eleccion de Pío VI. — El pliego misterioso. — Retractacion de Clemente XIV. — Reprimé el P. José las demasías del comisario Forcada. — Medidas de Moñino contra los jesuitas españoles. — Confesion de Aranda. — El Iluminismo de Véishaupt. — Sale el P. Nicolás de la casa del comisario y de la compañía del P. José. — Sentimiento de este. — Una esperanza fallida. — Estudia el P. José las ciencias naturales. — Relaciónase con la alta sociedad y personas ilustra-	



aquella casa de Noviciado de la Compañía, de que ha sido rector desde el primer día este P. Piñatelli. Concurrieron por tanto los dos en el dicho sitio de Colorno, y ambos en mucha estimacion del dicho Duque, que supo casi ser religioso dominico, sin dejar de estimar mucho á los jesuítas, aunque les veía despreciados de todo el mundo, y se hicieron muy amigos.....»

«Ayer siete continuó Piñatelli su viaje para Nápoles, y viajando con la diligencia de la posta, habrá llegado hoy á aquella corte. Ya se entiende, sin que yo lo diga, por una parte la familiaridad y cordialidad del P. Piñatelli con todos sus hermanos de todas las naciones en cuanto ha sido posible; y por otra, el gusto de todos en verle y en tratarle, especialmente en las presentes circunstancias, que se le mira como un hombre que no piensa en otra cosa que en hacer todo lo que pueda en el grande é importantísimo negocio del restablecimiento público, auténtico y solemne de la comun Madre de todos, la oprimida é infamada Compañía de Jesús en el reino de Nápoles, el que será si sucede, un gloriosísimo triunfo.»

«Igualmente se entiende, que en estos días de su detencion en esta corte no se ha hablado entre nosotros de otra cosa que del bueno ó mal éxito que se tendrá en esta empresa, esperando algunos mucho de su buen juicio, talento y mucha privanza con los reyes; y otros no esperando nada, por ser muy poderosos los contrarios en Nápoles, en Madrid y en Roma. Espero, y aun sumpo, que esta variedad, y aun contrariedad, de opiniones no impedirá que todos encomienden al Señor este negocio en sus oraciones y sacrificios, para que esperemos presto á ver el gloriosísimo triunfo de la santa Compañía de Jesús, tiránicamente oprimida en todo el mundo.»

## ÍNDICE AL TOMO SEGUNDO

### PARTE SEGUNDA

#### EL V. P. PIGNATELLI Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS EXTINGUIDA

#### LIBRO TERCERO

	Pág.
Desde la extincion de la Compañía por Clemente XIV hasta la fundacion del noviciado en Parma con autorizacion de Pío VI.	7
<b>CAPÍTULO I.</b> — Encíclica contra los jesuítas. — Sus causas y efectos. — Cambio en el vestir. — Proyecto frustrado de vuelta á España. — Solicitud del conde de Fuentes por sus hermanos José y Nicolás. — Intímase de nuevo la Pragmática Sancion. — El P. José transformado en clérigo secular. — Rumor esparcido contra los Pignatelli. — Se trasladan á Bolonia. — Defensa del P. José por D. Ramon, su hermano. — Plan de vida del P. José en Bolonia. — Pension eclesiástica concedida á los Pignatelli. — Medidas adoptadas para pervertir á los jesuítas. — Primer conato de restablecimiento. — El <i>statu quo</i> en Prusia y Rusia. — Enojo de los enemigos de la Compañía. — Desahogan su cólera vejando á los jesuítas en Italia. — Tristes rumores que esparcen de gravísimos males. — Prision de Bernardina Renzi. — Nuevas congojas y sobresaltos. — Muerte del Pontífice. — Restablécese la calma. — Vigilancia que se ejerce sobre los Pignatelli. — Muerte del comisario Coronel. — Estudios eclesiásticos del Padre José. — Descripcion de Bolonia. . . . .	9
<b>CAPÍTULO II.</b> — Eleccion de Pío VI. — El pliego misterioso. — Retractacion de Clemente XIV. — Reprimé el P. José las demasías del comisario Forcada. — Medidas de Moñino contra los jesuítas españoles. — Confesion de Aranda. — El Iluminismo de Véishaupt. — Sale el P. Nicolás de la casa del comisario y de la compañía del P. José. — Sentimiento de este. — Una esperanza fallida. — Estudia el P. José las ciencias naturales. — Relaciónase con la alta sociedad y personas ilustra-	

das. — Muerte del conde D. Joaquin. — Autoridad del Padre José con la nobleza. — Su trato edificativo. — Veneracion en que se le tiene. — Solicitud por sus compañeros. — Moñino y Pignatelli en Bolonia. — Esperanza de restauracion de la Compañía. — Pío VI y los ministros de las cortes. — Temores de estos. . . . . 39

CAPÍTULO III. — Proceso de Pombal. — Esfuerzos de los ministros de España para que no se instruya. — Su inutilidad. — Esperanzas de los jesuitas. — Medidas del gobierno español contra ellos. — Principios de un noviciado en Rusia. — Temores y prenuncios de Azara. — Facúltase en Italia á los jesuitas para ejercitar los ministerios. — Rescripto del Papa á favor de los jesuitas de Colonia. — El *Decreto formidable*. — Prodigalidades del P. Nicolás. — Enfermedad del Padre José. — Encárgase de la tutoría de Nicolás. — Resentimiento de este. — El duque de Villahermosa embajador en Turin. — Terremotos en Bolonia. — Los PP. Pignatelli en las cortes de Parma y de Cerdeña. — El P. José y sus sobrinos los duques. — Vuelta de los Padres á Bolonia. — Obséquianlos los príncipes Spada. . . . . 61

CAPÍTULO IV. — Conmocion en los Estados Pontificios y causa de ella. — Temores de los jesuitas de Rusia por el formidable decreto. — Conviértense en gozo por la concesion del noviciado. — Agitacion que tal noticia produce en todos los ánimos. — Alegría de los jesuitas españoles residentes en Bolonia. — Desea el P. José pasar á Rusia. — Dificultades que surgen. — Una visita al colegio de Polotsk. — Pío VI y el cardenal Calini. — Formacion del proceso de Carvallo. — Comunicase al Papa un extracto de él. — Puntos principales del extracto. . . . . 81

CAPÍTULO V. — El P. Bernardo Recio y el cardenal Vitaliano Borromei. — Efectos, que en los jesuitas de Italia producen las declaraciones de Pombal. — Pasan á Rusia varios jesuitas italianos para entrar en la Compañía. — Manejos de los ministros de España contra el noviciado ruso. — Carta de la emperatriz Catalina á Carlos III. — Intimacion del Breve de Clemente XIV á los jesuitas de Prusia. — El conde de Aranda, primer Gran Maestre del Grande Oriente Nacional. — Segundo viaje del P. Pignatelli á la corte de Cerdeña. — Ejemplos de virtud que da en Turin la duquesa de Villahermosa. — La princesa María Adelaida Clotilde. — La princesa rusa Dashkoff en Turin. — Dificultades en la admision del P. José á la Compañía. . . . . 103

CAPÍTULO VI. — Sentencia dada en Lisboa á favor de la inocencia de caballeros y jesuitas. — Blandura con el reo é indiferencia con los inocentes. — Esfuerzos de los adversarios

para impedir se publique el decreto declaratorio de la inocencia de los jesuitas. — Corta ausencia del P. Pignatelli á Turin. El príncipe imperial de Rusia en Bolonia. — Pío VI de paso por la misma ciudad. — Protesta del P. Asistente de España á favor de la inocencia de la Compañía. — Primera Congregacion General en Polotsk. — El P. José deja la tutoría de su hermano Nicolás. — El ruso Benislawski en Ferrara y Bolonia. — Agregaciones á la Compañía de Rusia. — Un jesuita español calumniado y preso en Bolonia. — Logra el P. Pignatelli se le ponga en libertad. — Declárase su inocencia. — Nuevas esperanzas de acabar con el noviciado ruso. — Salen frustradas. — Visitas de los PP. Pignatelli á ilustres personajes que pasan por Bolonia. — Salen para Rusia dos hermanos Angiolini y el P. Luis Panizzoni. . . . 115

CAPÍTULO VII. — Enferma en Turin la duquesa de Villahermosa. — Asístela el P. José Pignatelli y la acompaña á Montpellier. — Cambios en el personal. — Azara ministro en Roma. — Favorece á los jesuitas. — Monseñor Archetti legado en Bolonia. — Honra con su amistad al P. Pignatelli. — Persiste en su retraimiento el arzobispo. — Propagan los jesuitas en Bolonia la devocion al Sagrado Corazon de Jesús. — Contrato espiritual con los jesuitas de Rusia. — Encierro del Padre Nicolás en Fuerte Urbano. — Su amigo Joaquin Palomo. — Rumores sobre la prision de Nicolás. — Palomo en Santángelo. — Las Casas y Llanos en Bolonia. — La segunda Memoria Católica y el P. Pignatelli. — Continúa en su encierro Nicolás. — Celo y santa vida del P. José. — Honor que le tributa el legado Monseñor Archetti. — Muerte de Carlos III. — Sentimientos de los jesuitas de Bolonia. — Juicio de los mismos sobre el difunto monarca y su reinado. . . . . 143

CAPÍTULO VIII. — Peligro de los ministros de Carlos III. — Astucia con que lo conjuran. — Esperanzas de los jesuitas. — Ardides de los enemigos para frustrarlas. — Los PP. Pignatelli, Idiáquez y López. — Enferma el P. Nicolás Pignatelli. — Su libertad. — Establécese en Ferrara. — Jura de Carlos IV y la causa de los jesuitas. — Ciérranse de nuevo las puertas de la patria. — Fallecimiento del P. Idiáquez, de D. Vicente Pignatelli y del duque de Villahermosa. — El marqués de Valdezarzana en Bolonia. — El francés abate Maury. — Caída de Floridablanca. — Esperanzas fallidas. — Nuevos temores. — El infante duque de Parma y los jesuitas. — El P. Pignatelli y el P. Carlos Borgo. — El P. José en Nápoles. Los emigrados franceses en Bolonia. — Caridad del Siervo de Dios con ellos. — La marquesa de Forbin. — Notable mudanza en el porte exterior del P. Pignatelli. — Los jesuitas en el seminario de nobles de Parma. . . . . 163

Pág.

- CAPÍTULO IX. — Celo del P. Pignatelli por la conversion de la dama filósofa. — Convictorio de San Roque en la ciudad de Parma. — Proceder del P. José en el asunto de la agregacion. — Fallecimiento de D. Ramon Pignatelli. — Su elogio. — La fiesta de San Ignacio en San Roque. — Negociaciones del duque D. Fernando á favor de la Compañía. — Carta al Padre Vicario Lenkiewicz. — Convictorio de San Pablo en Plasencia. — Llegada de tres Padres de Rusia á Parma. — Agitacion en Italia y España. — Pide el duque á Pío VI autorice la agregacion. — Respuesta restrictiva del Papa. — Convictorio en San Donnino. — El P. Messarati en Bolonia. — Plan de Borgo y oposicion que halla. — Muerte del Padre Borgo. — Sale de Bolonia el cardenal legado Archetti. — Carta del P. José Chantre al P. Manuel Luengo acerca de la cuestion promovida en Parma. . . . . 185
- CAPÍTULO X. — Viaje del P. Pignatelli á Nápoles. — Vuelta á Bolonia. — Napoleon Bonaparte en Italia. — Rehusa el Siervo de Dios volver á España por no abandonar á sus hermanos. — El P. Pignatelli y D. Nicolás de Azara en Bolonia. — Aboga con él el Padre á favor de los jesuitas. — Entran en Bolonia los franceses. — Detencion del cardenal Pignatelli. — El Siervo de Dios y los cardenales Pignatelli y Gioanetti. — Alcanza de Bonaparte que sean respetados los jesuitas españoles. — El Padre mártir. — Un peligro conjurado. — Vuelta de algunos jesuitas á España. — El P. Pignatelli y el directorio boloñés. — Va á Parma y vuelve á Bolonia. — Ejercita su caridad con el misionero Alba. — Se agrega á la Compañía de Rusia. — Vuelve á Nápoles. — Visita á su hermana en Acerra. — Ejemplos de virtud y prediciones. — Carta de Pío VI á la reina de España. — Real orden por la cual se permite la vuelta de los jesuitas á España. . . . . 205
- CAPÍTULO — XI. Estado de Bolonia al volver de Nápoles el Padre Pignatelli. — Los prelados de Italia y los jesuitas. — La dama boloñesa convertida. — Paccanari y Pignatelli. — Reputacion del Venerable levemente empañada y plenamente defendida. — Su caridad con la condesa de Montauban. — Sale definitivamente de Bolonia. — Entrevista con Pío VI en Florencia. — Alcanza un privilegio para los jesuitas españoles. — Limosna de la duquesa de Villahermosa á Su Santidad. — La causa de la Compañía. — Marotti y Pignatelli. — El noviciado de Parma. . . . . 227

## APÉNDICE AL LIBRO TERCERO

- I. — Carta del conde de Aranda á Monsieur L' Abbé Isidore. . . . . 243
- II. — Instrucciones dadas por el P. Vicario á los Padres enviados á Parma. . . . . 245

Pág.

- III. — Testimoniales dadas á los Padres españoles por los respectivos diocesanos. . . . . 247

## LIBRO CUARTO

- Desde la apertura del noviciado en Parma con autorizacion de Pío VI hasta el restablecimiento de la Compañía en el reino de las Dos Sicilas por Pío VII. . . . . 253
- CAPÍTULO I. — El P. Pignatelli en el convictorio de San Roque. — Ocúpase en los ministerios con los prójimos. — Ejemplos de virtud y celo que da. — Sus conocimientos literarios y científicos. — Afabilidad y mansedumbre con los demás. — Pío VI en Parma. — Santa entereza del P. José con el duque D. Fernando. — Paccanari en Parma. — Pide su agregacion y de los suyos á la Compañía. — Se le niega. — Paccanari y los Padres de la Fe. — Dificultades que se oponen al establecimiento del noviciado. — Muerte de Pío VI. — La mision de Colorno. — El P. Pignatelli designado maestro de novicios. — Su entrada en Colorno. — Su celo con los pobres, enfermos y encarcelados. — Trata de fundar un hospital. . . . . 255
- CAPÍTULO II. — Los primeros novicios de Colorno. — Cómo los introduce el P. Pignatelli en los ejercicios. — Sus relevantes dotes para su esmerada formacion. — Espíritu interior que les infunde. — El conclave. — Liberalidades de la duquesa de Villahermosa. — Eleccion de Pío VII. — El Padre Panizzoni y el nuevo Pontífice. — Benevolencia de este con la Compañía. — Esperanzas del pronto restablecimiento. — Aumentan las agregaciones. — Razonamiento del P. Pignatelli con un candidato. — Método que observaba en el dar los ejercicios. — Práctica de lo determinado en ellos. — Precede el Padre y atrae con su ejemplo. — Visitas á cárceles. — Sólida virtud de los novicios de Colorno. — Singular recato y pureza del Siervo de Dios. . . . . 273
- CAPÍTULO III. — Los jesuitas españoles en su patria. — Su caridad durante la peste en Andalucía. — Breve de Pío VII, en que aprueba la Compañía existente en Rusia. — Enojo del ministro de Carlos IV. — Segundo extrañamiento de los jesuitas. — El nuevo hospital de Colorno. — Estudios de los novicios. — El tifus en Colorno. — Caridad del Siervo de Dios con los atacados. — Casos edificativos. — Confianza del Padre en la Providencia. — Tentativas de restauracion en la isla de Cerdeña. — El P. Piras en Cágliari. — El P. Senes y Pío VII. — Dificultades que ocurren. — Facultad de agregar á los antiguos jesuitas. — Entusiasmo de los Padres de Cerdeña. . . . . 291

Pág.

- CAPÍTULO IV.** — Conducta del Siervo de Dios con los que deseaban entrar en la Compañía y con los ex-jesuitas deseosos de retirarse al noviciado. — Son destinados á Rusia dos novicios de Colorno. — Consejos que les da el P. Pignatelli. — A uno le vaticina sucesos futuros de su vida. — Varias predicciones del Siervo de Dios. — Los viajeros de Colorno y el embajador de Rusia en Viena. — Conjúrase un grave peligro de la Compañía. — Aprueba el P. Kareu el espíritu y el gobierno del Venerable. — Una calumnia contra el Siervo de Dios y su paciencia. — Salvacion eterna de los fallecidos en el hospital de Colorno. — Caridad del Padre con algunos enfermos de alma y cuerpo. . . . . 309
- CAPÍTULO V.** — Humildad del P. Pignatelli. — Mutua union y hermandad con los religiosos de Santo Domingo. — Promueve el Siervo de Dios los ministerios espirituales en la iglesia de San Estévan. — Sus trabajos apostólicos. — Infatigable celo y continua mortificacion. — Sus correrías por la campaña. — Rasgos de caridad con enfermos. — Frutos admirables que recoge. — Distribuye entre pobres limosnas abundantes. — Otros casos raros con enfermos. . . . . 329
- CAPÍTULO VI.** — Caridad con que trata á sus súbditos. — Su celo por la vida comun. — Sacrificase por los suyos. — Cuidado exquisito de los enfermos. — Su conducta con los que lo estaban por sola aprehension. — Celo de la observancia regular. — Suavidad y eficacia en el corregir. — Solicitud paternal en socorrer á los afligidos y tentados. — Gratitud con los bienhechores. — Descuido de sí propio. — Su abstinencia. — Asprezas que practicaba. . . . . 349
- CAPÍTULO VII.** — Situación política de Parma. — Presiéntese la muerte próxima de don Fernando. — El duque en Fontevivo. — Su encuentro con el Padre Pignatelli. — Siéntese enfermo y reconócese envenenado. — Espira asistido del Siervo de Dios. — Mutua opinion en que se tenían. — Amor del difunto duque á la Compañía. — Vuelta del Padre á Parma y á Colorno. — Tienta la confianza en Dios de sus súbditos. — Encuéntrala arraigada en sus corazones. — Enciéndese en nuevo fervor. — Asegura la salvacion del infante. — Ocupacion de Parma por los franceses. — Continúa el Venerable sus ordinarios ministerios, sus limosnas acostumbradas y el mismo tenor en el gobierno. — Fama de su santidad. — El senador Abundio Rezzónico en Colorno. . . . . 367
- CAPÍTULO VIII.** — Pío VII llama á Roma á un Padre de Rusia. — Concepto en que de los Padres rusos es tenido el P. Pignatelli. — Es nombrado Provincial de Parma. — Sorpresa que su nombramiento le causa. — El general francés Moureau y los jesuitas de Plasencia. — Viene de Rusia el P. Cayeta-

Pág.

- no Angiolini. — Su paso por Viena. — Llega á Roma. — Efectos que produce su llegada. — Españoles agregados en Roma á la Compañía de Rusia. — El P. Angiolini y Pío VII. — Pasan á Rusia otros dos novicios de Colorno. — Obsequia el Provincial de los Padres dominicos al P. Pignatelli. — Devocion del Venerable al Señor sacramentado, al Sagrado Corazon de Jesús, á la Virgen Santísima y otros Santos. — Sorpréndele en su oracion retirada un niño estudiante penitente suyo. . . . . 385
- CAPÍTULO IX.** — Suplica al P. General no le imponga la carga del provincialato. — Respuesta del P. Grüber. — Acto de humildad. — Proyecto de un seminario ruso en Roma. — Popularidad del P. Angiolini. — Es llamado por los reyes de las Dos Sicilias á Nápoles para reponer en aquel reino la Compañía. — Enfermedad del P. Nicolás Pignatelli. — Pasa á Venecia el P. José para asistirle. — Reconciliacion de Nicolás. — Agrégale José á la Compañía. — Muerte ejemplar de Nicolás. — El Siervo de Dios ante el cadáver de su hermano. — Exequias. — Circular del P. Angiolini. — Llama á Nápoles al P. Pignatelli. — Salida de Colorno. — Viaje á Roma. — Detencion en esta ciudad. — Audiencias del Papa. — Agasajos del General de Santo Domingo. — Cordialidad con sus hermanos. — Salida para Nápoles. . . . . 405

